

Pierre

O LAS AMBIGÜEDADES

Herman Melville



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Pierre o las ambigüedades

Melville, Herman

Novela

Se reconocen los derechos morales de Melville, Herman.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Libro I

Pierre deja atrás la adolescencia

Hay en el campo ciertas mañanas estivales misteriosas, en las que, cuando sale a pasear temprano, el visitante llegado de la ciudad queda extasiado ante el espectáculo que le ofrece un universo verde y dorado, aparentemente sumido en un profundo trance. Las flores están petrificadas; los árboles olvidan dejar mecerse por el viento; la hierba cesa de crecer; la Naturaleza, en suma, consciente por unos momentos de su carácter inextricable, se refugia en el silencio y se sumerge en un reposo indescriptible y sobrenatural.

En una de estas mañanas del mes de junio Pierre salió de la antigua mansión de sus padres, adornada con parras y provista de gabletes, fresco y con ese aire espiritual que el sueño confiere al hombre; cruzó con expresión alegre la ancha avenida de olmos del pueblo y dirigió sus pasos, casi sin darse cuenta, hacia una casa de campo que asomaba tímidamente en lontananza.

El glauco trance permanecía lejano y espléndido; nada se atrevía a alterarlo, excepto los moteados rebaños que avanzaban soñolientos hacia los pastos, seguidos, no conducidos, por muchachos de pies blancos y mejillas rubicundas.

Pierre, embrujado por aquel milagro hecho de silencio, se acercó a la casa, pero de pronto se detuvo y levantó la mirada hacia el batiente de una ventana. ¿A qué se debía la pausa brusca y apasionada del joven? ¿Por qué sus ojos y mejillas se habían encendido de un modo tan vivo? En el alféizar de la ventana reposaba una almohada de un blanco deslumbrante, sobre la cual un arbusto anónimo había depositado con suavidad una hermosa flor carmesí.

«Flor fragante —pensó Pierre—, bien puedes sentirte atraída por esa almohada en la que no hace aún una hora reposaba su mejilla».

—¡Lucy!

—¡Pierre!

Era la llamada de un corazón a otro; por un momento ambos permanecieron en silencio: se miraban ardientes, envueltos en el sosiego de la mañana, confesándose sin palabras su amor y admiración sin límites. Por fin, el joven dijo, sonriente:

—¿Sólo Pierre? Has olvidado darme los buenos días.

—Buenos días es poco. Buenas tardes, buenos días, buenas semanas, buenos meses, buenos años..., lo mejor para ti, Pierre, hermoso Pierre.

«En verdad —pensó el muchacho, con una mirada serena de indefinible adoración—, en verdad los cielos se han abierto y este ángel me está mirando desde allí».

—Te devolvería los buenos días, Lucy, si ello no significase que has estado viviendo también en la noche, algo imposible para quien, como tú, pertenece a las regiones de un día infinito.

—¡Vamos, Pierre! ¿Por qué los jóvenes siempre juráis cuando estáis enamorados?

—Porque sentimos que nuestro amor es profano y, sin embargo, pretende alcanzar el cielo a pesar de ser mortal.

—Sigues volando, Pierre; siempre estás embaucándome. Dime, ¿por qué vosotros, los jóvenes, hacéis gala de habilidad cuando se trata de transformar cualquier objeto nuestro, por insignificante que sea, en trofeo?

—Ignoro el motivo, pero siempre hemos actuado así —y, sacudiendo el arbusto, hizo caer la flor, que apretó contra su pecho—. Ahora debo irme, Lucy. Marcharé bajo tus colores.

—¡Bravo! ¡Oh, mi querido soldado!



II

Pierre era el único hijo de una viuda noble y acaudalada, una de esas damas que constituyen un vivo ejemplo de cómo ejercen una influencia embellecedora y duradera el rango, la riqueza y la salud, unidos a un cerebro lúcido, de cultura media, nunca alterado por una pena inconsolable ni deteriorado por manejos sórdidos. A pesar de ser de edad madura, conservaba las mejillas sonrosadas, la delicada cintura llena de elasticidad, la frente suave y no apergaminada y la mirada brillante, poseída por una expresión juvenil. Realzada por la iluminación de un salón de baile y sus refulgentes diademas, la señora Glendinning aún eclipsaba los encantos de damas más jóvenes; si hubiese decidido darles pie, se habría visto perseguida por un interminable número de admiradores, apenas menos jóvenes que su hijo Pierre.

Pero un hijo incondicional y respetuoso constituía el mejor amante para la hermosa viuda; además, Pierre, molesto, celoso e indignado a causa de la admiración demasiado ardiente de los apuestos jóvenes que cortejaban a su madre, a los que a veces sorprendía tratando de conquistar casi sin darse cuenta a aquel ser inalcanzable con absurdas esperanzas de desposarla, más de una vez había jurado con una malicia no provista de humor que el hombre —con barba canosa o sin ella— que se atreviese a proponer matrimonio a su madre desaparecería de la faz de la tierra por causas misteriosas e irrevelables.

El amor filial y romántico de Pierre se veía correspondido por el ilimitado orgullo maternal de la viuda, que veía sus propios atractivos de alguna forma trasladados al sexo opuesto en las facciones bien definidas y el aspecto noble de su hijo. Entre ambos existía un sorprendente parecido. Mientras la madre conservaba su belleza sin que el paso del tiempo hubiese osado turbarla, Pierre parecía coincidir con ella a mitad de camino y, debido a la espléndida precocidad de sus facciones y a su actitud, se encontraba en un punto de madurez que lo aproximaba al pedestal en que había permanecido su madre durante largo tiempo. A causa de la felicidad que presidía su amor indiscutible, y con la extraña licencia que aflora entre dos seres que durante largo tiempo conviven en confianza y entendimiento mutuos, acostumbraban a llamarse hermano y hermana. Era éste su hábito tanto en público como en privado; ni siquiera cuando se encontraban entre desconocidos despertaba sospechas de irrealidad dicho



tratamiento, ya que la belleza imperecedera de la señora Glendinning reforzaba su pretendida juventud. La corriente de la vida fluía, pues, libre y alegre, tanto para la madre como para el hijo. El río de su existencia no se había topado aún con esas rocas que obstaculizan la corriente y que la dividen para siempre en dos torrentes que no han de volver a encontrarse.

Al enumerar las ventajas de su origen, un excelente escritor inglés contemporáneo cita como importante el hecho de haber visto la luz en un medio rural. Lo mismo le ocurría a Pierre. El destino había elegido para él el campo como marco de su nacimiento y su crianza; siempre había estado rodeado por un escenario cuya belleza poco frecuente había moldeado en él una mente delicada y poética, a la vez que sus facciones, de singular elegancia, evocaban la historia familiar y patriótica de los Glendinning. En los prados que se extendían desde la parte trasera de su mansión señorial hasta el serpenteante río, se había librado una batalla contra los indios en los primeros tiempos de la colonia; en dicha batalla, el tatarabuelo paterno de Pierre, herido de muerte, había permanecido apoyado en la silla de su caballo, sobre la hierba, mientras animaba a sus hombres al combate, en un último esfuerzo de su voz. Desde entonces aquel lugar fue conocido como Saddle Meadows, «la pradera de la silla de montar», y ese nombre se extendió también a la mansión y al pueblo. Más allá de la pradera, a un día de viaje para Pierre, se alzaban las cumbres dentadas donde, durante meses y en plena Revolución, su abuelo había defendido un rudimentario pero importante fuerte de los ataques repetidos de indios, torios y regulares. De aquel fuerte había salido con vida el mestizo Brant, caballero y asesino, para cenar en compañía del General Glendinning durante los tiempos pacíficos que siguieron a la sangrienta guerra. Todo lo relacionado con Saddle Meadows despertaba en Pierre un sentimiento de orgullo. Las hazañas de los Glendinning, que habían permitido que su mansión conservase el honor, incluían los nombres de tres reyes indios, primitivos y únicos propietarios de aquellos nobles bosques y praderas. Así veía Pierre, durante su apasionada juventud, el origen de su raza, de la que se sentía orgulloso, sin considerar el posterior desarrollo de su mente que al alcanzar la madurez le había de privar de sus elevados sentimientos.

La educación de Pierre no habría sido completa si él hubiese permanecido únicamente en aquel escenario rural. Sus padres así lo habían comprendido y, desde edad muy temprana, Pierre había acompañado a ambos, y luego a su madre, en sus visitas anuales a la ciudad, donde se había introducido con toda naturalidad en una sociedad más amplia y cultivada que le había permitido formarse en el ambiente más sofisticado de la vida sin que se debilitasen en su ánimo el porte ni el vigor de su raza marcial, alimentados por el fuerte y claro aire del campo.

No por haber desarrollado sus modales carecía Pierre de formación cultural, aún más necesaria que las otras. No en vano había pasado incontables tardes estivales en

busca de volúmenes interesantes en los más recónditos estantes de la decorosa, melindrosa y escogida biblioteca de su padre, donde se había cultivado a la sombra de las ninfas de Spenser, que habían creado en su mente un laberinto de belleza intangible y milagrosa. De ese modo, con un gracioso brillo en sus facciones y la dulce llama de la imaginación en su espíritu, la vida de Pierre iba fluyendo hacia la madurez, sin que nuestro héroe se preocupase por esa época introspectiva cuando toda la delicadeza y calidez que habían caracterizado su adolescencia le parecerían heladas y en la que sin el menor remordimiento exigiría fuegos más ardientes, que habían de consumirle con presteza.

Tampoco el orgullo y el amor, que de un modo tan generoso presidieran la educación juvenil de Pierre, habían dejado la cultura en último término. El padre de Pierre había tenido como lema que la hidalguía era una quimera, y toda pretensión vana y absurda, si la textura del carácter no se veía suavizada por la prístina dulzura y la inagotable humanidad que proporciona la religión; aquel que se llamaba a sí mismo caballero debía adoptar la mansedumbre y la realeza que definen al cristiano. A los dieciséis años y en compañía de su madre, Pierre tomó los Santos Sacramentos por primera vez.

Resulta innecesario, además de difícil, explicar con precisión las verdaderas causas de tales votos juveniles. Baste con señalar que se prolongaban en él las numerosas virtudes de sus antecesores y que, del mismo modo en que era único heredero de sus bosques y propiedades, por un proceso de transmisión espontánea, también rendía homenaje a una fe venerable que había instituido en la familia el primer Glendinning, influido por un religioso inglés. Así pues, en Pierre se reunía el refulgente acero de la aristocracia con la religión, que servía de sutil cinto a su férrea condición. El destino guerrero de su tatarabuelo le había enseñado que aquel simbólico cinto proporcionaría la gloria, tras la última y dura prueba, a quien le fuese fiel, de tal modo que, si observaba una existencia presidida por la Gracia, no debía temer a la muerte. Pero al ser tan consciente de la belleza y de la poesía que encerraba la fe de sus mayores, Pierre no podía prever que este mundo poseía un secreto más profundo que la belleza, y la Vida cargas más pesadas que la muerte.

Tan perfecto le parecía a Pierre el rumbo iluminado donde había seguido su existencia hasta entonces, que sólo podía advertir un error en aquel manuscrito immaculado. En el texto faltaba una hermana. Se lamentaba de que le hubiese sido negado un sentimiento tan delicioso como el amor fraternal. Ni siquiera el título ficticio que utilizaba con frecuencia al dirigirse a su madre podía reemplazar la ausencia. Se trataba de una emoción del todo natural, cuya causa Pierre no podía comprender todavía. Sin lugar a dudas, una hermana bondadosa constituye el segundo don que puede otorgarse a un hombre, siendo incluso el primero en orden cronológico, puesto que la esposa se toma después. Quien no tiene una hermana es un soltero precoz, ya

que las delicias que ofrece una pareja femenina se encuentran ya en embrión en la relación fraternal.

—¡Oh! —exclamaba Pierre, en un mar de lágrimas—. ¡Ojalá mi padre hubiese tenido una hija! Sería para mí alguien a quien amar y proteger, un ser por quien luchar en caso necesario. ¡Tiene que ser un acto glorioso pelear hasta la muerte por una dulce hermana! Si el cielo quisiese escucharme, le suplicaría que me concediese una hermana.

De este modo apasionado y dulce, como corresponde a un ser que ama, invocaba Pierre al cielo, al que imploraba una hermana. Ignoraba por entonces que, si hay algo por lo que un hombre no debe rezar, es precisamente por la concesión de sus más ardientes deseos juveniles.

Quizá el extraño anhelo de Pierre de tener una hermana tuviese su origen en el misterioso sentimiento de soledad que en ocasiones le invadía, no sólo como cabeza de familia, sino también como último Glendinning capaz de conservar el apellido familiar. Su estirpe poderosa se había extendido en ramas femeninas a través de las sucesivas generaciones, de tal modo que Pierre se veía rodeado por parientes numerosos, pero no acompañado por un varón llamado Glendinning, como no fuera el doble que le devolvía el espejo al colocarse ante él. Pero, a causa de su naturaleza romántica, aquel pensamiento no le resultaba del todo desolador; por el contrario, a veces se convertía en motivo de un orgullo exultante. Su joven espíritu rudimentario, apasionado y sediento de gloria, le llevaba a desear el monopolio de esta última, que, al igual que la fama, se le antojaba como una pilastra que debía escalar para asemejarse a sus nobles antepasados.

Pierre no sentía ninguna de esas premoniciones y lecciones proféticas debidas no menos a las canteras de Palmira que a sus ruinas. Entre éstas se encuentra un tallo de columna incompleto y, a una legua, abandonado en la cantera desde hace siglos, yace el capitel que le corresponde, incompleto a su vez.

La acción del tiempo ha hecho presa de ellos, estropeándolos antes de que hubiesen sido contruidos en su totalidad; la piedra orgullosa que tendría que haberse elevado por encima de las nubes yace en el suelo. ¡Oh, qué dominio inextinguible ejerce el Tiempo sobre los hijos de los Hombres!

III

Hemos dicho ya que el hermoso paisaje que rodeaba a Pierre evocaba en él recuerdos impregnados de orgullo. Pero no sólo a causa de meras coincidencias que habían ennoblecido los prados con las hazañas de sus señores, sino de que a los ojos de Pierre hasta las montañas y bajíos parecían santificados por haber constituido la propiedad ininterrumpida de su estirpe.

Un idealismo similar al que, a los ojos del afecto, santifica la baratija más insignificante, por resultarle familiar al amante abandonado, convertía en talismán el escenario rural que envolvía a Pierre. Sin duda, pues al recordar que sus antepasados habían retozado en aquella hierba y que más de una gran dama perteneciente a su familia había paseado con alegría, siendo aún doncella, a través de los bosques y los prados, a la orilla del río o por los mil senderos y vericuetos, Pierre consideraba aquella parte de la tierra como una prenda de amor, convirtiéndose su horizonte en un anillo conmemorativo.

Por lo general, el mundo monárquico imagina que en la demagógica América el Sagrado Pasado no cuenta con estatuas erigidas en su honor, sino que todo bulle en el vulgar caldero de un eterno Presente que jamás cristaliza. Esta idea parece en concreto aplicable a la condición social. Al no existir una aristocracia oficialmente establecida ni un derecho vincular, ¿cómo puede perpetuarse la familia americana? En verdad, ese dicho nuestro según el cual cualquier familia, por muy ilustre que sea, desaparece antes de que transcurra medio siglo, constituye una máxima por desgracia cierta entre la gente común. En nuestras ciudades, las familias crecen y se disgregan como pompas de jabón. El elemento democrático opera entre nosotros como un ácido sutil, que produce lo nuevo a partir de la corrosión de lo antiguo, como ocurre en el sur de Francia con el verdigris, materia prima de un tipo de pintura verde que se obtiene con vinagre auténtico vertido en platos de cobre. Nada puede asociarse de forma más espontánea con la decadencia que la corrosión; por otra parte, nada puede sugerir mejor la exuberancia de la vida que el color verde, elemento de la Naturaleza, representativo de su eterna fertilidad. Por válida analogía podemos comprender el carácter anómalo de América, sin extrañarnos de que ofrezca ante algunas naciones

extranjeras una imagen falsa de sí misma, ya que contradice todas las nociones existentes sobre las cosas humanas. Como por encanto, en nuestra tierra, la Muerte se transforma en Vida. Nuestras instituciones políticas, que en otros países resultarían artificiales, poseen para nosotros la divina virtud de una ley natural, ya que una de las poderosas leyes de la naturaleza es la de aportarnos Vida a través de la Muerte.

Sin embargo, hay cosas en el mundo tangible sobre las que la voluble naturaleza no posee un dominio tan ilimitado. La hierba se renueva todos los años, pero las ramas del roble desafían durante largos períodos la decadencia anual. Del mismo modo, si bien en América la gran masa de familias es comparable con la hierba de un campo, existe una minoría que se asemeja al roble que, en vez de decaer, produce nuevas ramas todos los años. A veces el tiempo, en vez de sustraer y eliminar, capitula ante virtudes superiores.

En lo que respecta al linaje podemos —no con arrogancia, sino con espíritu de justicia— compararnos con los ingleses y, aunque de momento parezca extraño, establecer una cierta igualdad. Me atrevo a afirmar que el Peerage Book, la guía de la nobleza, constituye una fuente estadística adecuada para juzgar; sus compiladores no pueden ser del todo insensibles a aquellos bajo cuyos auspicios trabajan; es a la inteligencia media de nuestro pueblo a la que conviene recurrir. Pero la magnificencia de los nombres no debe conducir por error nuestro pensamiento en relación con la humildad de las cosas. Al igual que hasta el aire de nuestros pulmones es hereditario y mi respiración en estos momentos puede crear más descendencia que el cuerpo entero del Sumo Sacerdote judío, por antiguo que sea su árbol genealógico, los nombres, que en definitiva no son sino aire, aparecen y desaparecen de las interminables listas de herencia. Algunos, como Richmond, St. Albans, Grafton, Portland y Buccleuch, son tan viejos como la mismísima Inglaterra; sin embargo, los duques que conservan estos apellidos ven su linaje detenido en tiempos de Carlos II, época en que se agotan, históricamente hablando, las fuentes de información. No existe en realidad parentesco menos noble que el que pueda tenerse, pongamos por caso, con un Buccleuch, cuyas antepasadas no dejaban de ser madres a pesar de haber omitido el rito preliminar. Ahora bien, en su ascendencia figura un rey, y eso no hace sino empeorar la situación, ya que si un golpe de mendigo constituye un leve insulto y, en cambio, una bofetada de caballero se convierte en una ofensa mortal, debemos calificar el deshonor de un rey de poco halagador. En Inglaterra, la genealogía de la nobleza se mantiene viva a base de restauraciones y creaciones continuas. Un solo hombre, Jorge III, instituyó durante su reinado quinientos veintidós pares. Una propiedad condal, sin dueño conocido durante cinco siglos, ha sido reclamada en la actualidad por un plebeyo que no tenía más derecho a ella que el que las artes de los letrados le han otorgado, al distorsionar las leyes en su favor. Ni el Támesis es tan sinuoso y serpenteante en su curso natural ni el canal de Bridgewater

tan artificial como la sangre que corre por las venas de la nobleza hecha a medida. Perecederas como la Vida, estas familias ennoblecidas de modo antinatural viven y mueren mientras mancillan el nombre que ostentan de forma indebida. En Inglaterra hay dos mil quinientos cuerpos de pares extinguidos cuyo nombre les ha sobrevivido. El aire vacuo de un patronímico resulta más duradero que el hombre, e incluso que las dinastías de hombres; el aire llena los pulmones del ser humano, confiriéndole vida, pero este último, en cambio, no consigue llenar el aire, ni mucho menos darle vida.

Honremos, pues, los nombres y seamos corteses con quienes los ostentan, pero si St. Albans pretende convencerme de que es eterno y honorable, no me quedará más remedio que rogarle que consulte a Nell Gwynne.

Son pocas, y no muy dignas de mención, las familias inglesas que, en tiempos anteriores a Carlos II, pueden trazar algo parecido a una línea genealógica pura y proveniente de tiempos de los normandos, caballeros y ladrones. Su herencia es tan vana que puede compararse con la de un miembro del clero judío con una lata de té en la cabeza, que investigase el primer evangelio según San Mateo para descubrir su relación de sangre con el rey Saúl, que murió mucho antes de haberse iniciado el mandato de César.

No deseo extenderme sobre el hecho de que, mientras en Inglaterra una inmensa parte de la masonería se convierte artificialmente en un contrafuerte destinado a sostener la continuidad hereditaria de algunas propiedades importantes, en América nunca se permitiría que ocurriese nada parecido. Tampoco considero necesario recurrir a la mención de los cientos de familias independientes de Nueva Inglaterra que podrían trazar su línea hereditaria inglesa hasta tiempos anteriores a Charles the Blade, ni a la de familias inglesas con antecedentes orientales que poseen plantaciones en Virginia y en el Sur, como por ejemplo los Randolph, uno de cuyos antepasados se casó con la princesa india Pocahontas en tiempos del rey Jacobo y en cuya sangre, por lo tanto, fluye una realeza aborigen de una antigüedad superior a los doscientos años. Consideremos las viejísimas y magníficas mansiones holandesas del Norte, rodeadas de colinas que se pierden en la distancia y de prados que se extienden y desbordan en condados adyacentes, arrendadas a través de generaciones por más de mil familias de condición elevada, cuya historia es tan antigua como el crecer de la hierba y el fluir del agua. Al pensar en su pasado, uno llega a creer que su escritura de propiedad es eterna y que la tinta utilizada por los letrados resulta tan indeleble como la faz de la tierra. Algunas de estas casonas tienen unos doscientos años de antigüedad; sus dueños o arrendatarios podrían mostrarnos piedras y estacas que, antes del nacimiento de Nell Gwynne, madre del duque, ya estaban colocadas en el mismo lugar que ahora ocupan —por lo menos las piedras—. Del mismo modo, sus genealogías se remontan, como el río Hudson, que riega sus tierras, por un cauce más recto y más largo que el Serpentín de Hyde Park.

Estas praderas holandesas de antiguo linaje están envueltas en una bruma hindú; un patriarcado oriental baña, como un riachuelo, los pastos donde rebaños enteros se alimentan y seguirán haciéndolo mientras crezca la hierba y no se seque el manantial. Estas propiedades rurales desafían el carácter corrosivo del Tiempo y, debido a condiciones derivadas de la calidad indestructible de la tierra, asemejan su pleno dominio con la eternidad. ¡Audacia sin límites la de un gusano que reclama, vehemente, la propiedad de la tierra por donde se arrastra!

Los ingleses alardean de poseer, en los condados centrales, inmensos comedores de roble donde, durante el reinado de los Plantagenet, más de trescientos soldados se adiestraban en el uso de las armas en las tardes lluviosas. Pero nuestros terratenientes no evocan el pasado, sino que apuntan hacia el presente. Más de uno podría mostrarnos que el censo público de un condado no es sino parte de la lista de sus arrendatarios. Algunas cadenas de montañas, tan elevadas como Ben Nevis o Snowdon, les sirven de muro; y ejércitos regulares enteros han tenido que atravesar ríos con artillería pesada, marchar por bosques frondosos y arriesgar sus vidas cruzando profundos desfiladeros al mando de una multitud de oficiales, para reprimir a tres mil arrendatarios dependientes de un único propietario. Una verdad muy sugestiva en dos aspectos, que por ahora nos abstendremos de mencionar.

Pero, a pesar de lo que opinemos de la existencia de tales feudos en el seno de una república y aunque nos resulte difícil comprender cómo sobreviven, al estilo de los territorios indios, a las sucesivas revoluciones, no podemos negar su realidad y su actual pertenencia a algunos terratenientes, que tienen tanto derecho sobre ellos como un campesino sobre el sombrero viejo de su padre o cualquier duque sobre la corona de su antecesor.

Por todas estas razones no caeremos en un craso error si afirmamos con toda humildad que, si eligiese vanagloriarse por causas tan fútiles, nuestra América podría equipararse con Inglaterra en lo referente a la existencia de algo tan insignificante como los vastos latifundios y los antiguos linajes. Al decir linajes me refiero, por supuesto, a aquellos que se conservan sin mácula.

IV

Si bien, en términos generales, nos hemos decidido a establecer la existencia de las altas dignidades genealógicas de los modernos feudos familiares americanos para mejor mostrar, desde un punto de vista poético, la muy aristocrática condición del Señor Pierre Glendinning, cuya distinción familiar ya habíamos afirmado, el lector atento no dejará de observar las posibles secuelas de tal circunstancia, una vez considerada en relación con la singular personalidad y el modo de vida de nuestro héroe. Nadie imagine siquiera que el capítulo anterior era una baladronada absurda y sin propósito.

Pierre está ahora colocado en su noble pedestal. Veremos si sabe mantenerse en él y si el Destino tiene o no algo que decir en relación con nuestra existencia. No tratamos de insinuar que los Glendinning se remontasen a tiempos faraónicos ni que los hechos de Saddle Meadows estuviesen relacionados con los Magos de Oriente que aparecen en los evangelios. Sin embargo, como ya hemos dejado entrever, entre sus heroicos antepasados figuran los nombres de tres reyes: reyes indios y, por lo tanto, de más rancia stirpe.

Pero si bien Pierre no descendía de faraones y los Hampden, familia inglesa de terratenientes, eran los antepasados más directos de los Glendinning; e inclusive, si algunas propiedades americanas ostentaban un mayor número de años y hectáreas, resulta más que natural que un joven de diecinueve años, al esparcir en el hogar de sus cocinas ancestrales trigo en sazón y permanecer de pie ante el fuego desgranándolo y contemplando sus sutiles y libres evoluciones en la mampostería, sintiese, aunque vagamente, una o dos punzadas de eso que hemos dado en llamar orgullo familiar. Me atrevo a insinuar que es inevitable.

¿Qué había de sentir Pierre durante su adolescencia si cada día, al bajar a desayunar, veía sobre la ventana abovedada del salón dos raídos estandartes ingleses capturados por su abuelo en limpia contienda? ¿Qué emoción había de embargarle cada vez que oía tocar a la banda militar del pueblo y reconocía sin lugar a dudas el peculiar sonido de un timbal británico conquistado también por su abuelo en honesta lid y posteriormente marcado en la parte metálica con el emblema de su nuevo

propietario, el cuerpo de artillería de Saddle Meadows? ¿Qué había de experimentar en las cálidas y meditativas mañanas del cuatro de julio en el campo, al salir al jardín con, a guisa de báculo de ceremonias, un bastón alargado, majestuoso y cubierto de plata en la empuñadura como los pertenecientes a los capitanes generales, que había sido esgrimido durante una revista de penachos y relucientes mosquetes por el abuelo ya mencionado con anterioridad? Si consideramos que Pierre era joven y, por lo tanto, exaltado y mal filósofo, que a veces leía la Historia de la Revolución y que además poseía una madre que hacía con frecuencia remotas alusiones de carácter social a las charreteras de su abuelo, el Capitán General, creo que no nos sorprenderá que en tales ocasiones le invadiese cierto orgullo y regocijo. Si esta actitud nos parece estúpida y apasionada o nos lleva a opinar que Pierre no resultaba un auténtico demócrata, o incluso que un caballero no debe vanagloriarse sino de sus propias hazañas, me veré obligado a insistir en que Pierre era aún un adolescente. Creedme, con el tiempo lo calificaréis de auténtico demócrata, si bien excesivamente radical en algunos casos.

Concluyo y advierto que no se me acuse de repetitivo si cito literalmente mis propias palabras al decir que «el destino había elegido para Pierre el campo como marco de su nacimiento y crianza». Porque para cualquier joven americano —más que para cualquier otro— se trata de un destino extraño y privilegiado. Debemos tener en cuenta que, mientras en otros países las mejores familias se jactan de poder vivir en el campo, las más prominentes entre nosotros citan con orgullo a la ciudad como su hogar. Con asombrosa frecuencia, el americano que hace fortuna se construye un caserón metropolitano en la calle más metropolitana de la más concurrida metrópoli. Por el contrario, un europeo, en la misma circunstancia, se instalaría en el campo. Ningún poeta, filósofo o aristócrata, negará que la actitud del europeo es la mejor. Ya que el campo no sólo es la parte de la tierra más poética y más filosófica, sino también la más aristocrática, por haber sido venerada y ennoblecida por boca de los bardos, que le han atribuido los más bellos calificativos. La ciudad, en cambio, reúne características más plebeyas, la más sobresaliente de las cuales es la de tener el rostro perpetuamente sucio. El campo, como una reina, siempre aparece acompañado por una cohorte de doncellas ataviadas de acuerdo con las estaciones; la ciudad no posee más que una vestidura de ladrillo y piedra. La naturaleza viste nuevos ropajes, a cual más hermoso, cada semana e incluso, en ocasiones, veinticuatro veces en las veinticuatro horas; en ella lucen, durante el día, el sol, joya más preciada que el diamante que las reinas ostentan en la frente, y, por la noche las estrellas, que se nos antojan collares de perlas y oro. Sin embargo, el sol de la ciudad es una masa humeante y pastosa, y no un diamante, y las estrellas de la ciudad son falsificaciones del áureo collar.

Fue en el campo, pues, donde la naturaleza plantó a Pierre, porque deseaba que su desarrollo fuese original y poco común. No consideremos ahora el hecho de que posteriormente se mostrase un tanto ambigua; en un principio, se portó con él de maravilla. Hizo sonar las trompetas del viento desde las montañas teñidas de añil y en Pierre anidaron pensamientos poéticos, al igual que el caballo de guerra galopa, al toque de trompeta, en un mar de lírica espuma. Suspiró al atardecer a través de sus profundas cavernas y las venas de Pierre se vieron inundadas por ráfagas de dulce humanidad y amor, tan musicales como el agua al fluir sobre la grava. Elevó su rutilante cresta en una noche profusamente estrellada y, bajo la atenta mirada de su divino Capitán y Señor, mil pensamientos de heroicidad nacieron en el corazón del muchacho, en busca de una causa noble que, habiendo sido vilipendiada, necesitase ser defendida.

El campo fue, pues, una gloriosa bendición para el joven Pierre. Veremos más adelante si se transformó en maldición, como ocurrió con la protección divina prometida al pueblo hebreo. Y, repito, veremos también si el Destino tiene o no algo que decir en relación con nuestra existencia y si esta corta cita latina resulta adecuada al final de mi narración: «Nemo contra Deum nisi Deus ipse».

V

—Hermana Mary —dijo Pierre tras regresar de su paseo, al amanecer, después de golpear con los nudillos la puerta del dormitorio de su madre—. ¿Sabías ya, hermana Mary, que los árboles que han permanecido en pie toda la noche siguen en su lugar esta mañana, ante tus ojos? ¿No hueles algo que recuerda al café, hermana?

Se oyeron unos pasos ligeros que avanzaban hacia la puerta; esta última se abrió y tras ella apareció la señora Glendinning, que vestía un alegre y resplandeciente atuendo matutino y con una vistosa y ancha cinta en la mano.

—Buenos días, Madame —dijo Pierre inclinándose ante ella con una reverencia espontánea y sincera que contrastaba con el tono informal de sus palabras. Así de dulce y devota era la familiaridad de sus afectos, presididos por un profundo respeto filial.

—Buenas tardes, Pierre, pues creo que ya ha pasado la mañana. Acércate, me ayudarás a completar mi toilette; toma, hermano —dijo, dándole la cinta—, veamos si te portas bien.

Y, sentándose lejos del espejo, esperó que Pierre se aproximase para ayudarla.

—Primera Dama, al servicio de la señora duquesa viuda de Glendinning —dijo Pierre, riendo y haciendo una reverencia ante su madre, mientras colocaba la cinta en torno a su cuello y anudaba los extremos en la parte delantera.

—¿Cómo vas a sujetarla, Pierre?

—Trataré de sellarla con un beso, hermana; aquí, ¿ves? ¡Oh, lástima que este tipo de cierre no siempre resulte eficaz! ¿Dónde está el camafeo adornado con cervatillos que te regalé anoche? ¡Ah, en el tocador! ¿Quiere eso decir que lo ibas a estrenar? Gracias, considerada y sutil hermana. ¡Ya está! ¡Un momento! Se ha deshecho uno de tus bucles. Muy bien, querida hermana, ya puedes dar el toque asirio a tu cabeza.

La muy dichosa madre se puso en pie y, mientras permanecía ante el espejo para juzgar cómo la había adornado su hijo, este último, observando el lazo medio deshecho de su zapato, se arrodilló para asegurarlo.

—Y ahora, Madame, ¡vamos, que la cafetera nos llama! —exclamó, ofreciendo el brazo a su madre con alegre galantería. A los pocos segundos descendieron al salón para desayunar.

La señora Glendinning tenía como norma espontánea no comparecer ante su hijo en un deshállé que no fuera atractivo; para ella se trataba de una de esas reglas que presiden la actuación femenina sin haber pasado por el pensamiento. Su observación personal de todo cuanto la rodeaba le había revelado muchas máximas corrientes que a menudo pasan desapercibidas para quien las recibe de forma indirecta. Comprendía a la perfección la inmensa influencia que, incluso entre seres que se aman con todo su corazón, ejercen las apariencias sobre la mente. Y ya que su mayor ilusión en la vida era conservar el amor admirativo y devoción absoluta de su hijo Pierre, no omitía detalle, por superficial que pareciese, que pudiese contribuir a preservar unos sentimientos tan dulces y halagadores.

Además, Mary Glendinning poseía una vanidad —si así puede llamársele— superior a la de otras mujeres, que le había permitido, en sus cincuenta años de existencia, no traicionarse nunca a sí misma cometiendo un acto impropio que indujera a escándalo o que le causara una punzada de conocida naturaleza en el corazón. Por otra parte, nunca había tratado de despertar la admiración de los demás, ya que la obtenía por derecho de nacimiento, a causa de ese eterno privilegio que confiere la belleza, de la que nunca se había visto privada. No necesitaba mover un solo dedo para ser el centro de las miradas, puesto que ello ocurría de modo espontáneo. La vanidad, que en un gran número de mujeres se convierte casi en un vicio espiritual y, por lo tanto, en una visible imperfección, era, en su caso particular —a pesar de existir en un grado elevado—, una muestra de la mejor salud, ya que, al no saber lo que significaba luchar por darse plena satisfacción, era apenas consciente de poseerla. Muchas mujeres llevan en la frente una luz que alumbra su vida, pero la de Mary Glendinning refulgía desde el interior, sin siquiera saberlo. Entre sus infinitos atractivos femeninos, figuraba el de relucir sin destellos, como el jarro que, iluminado por dentro, no muestra a primera vista llama, sino que parece brillar por la exquisita calidad del mármol. Pero esta admiración banal, que satisface a algunas damas de salón, no constituía motivo de preocupación para la madre de Pierre. No era el homenaje general de los hombres, sino el de unos pocos nobles escogidos, lo que ella consideraba su pleno derecho. Y si añadimos su parcialidad maternal, que la impulsaba a santificar los méritos singulares y absolutos de Pierre, comprenderemos que para ella la lealtad voluntaria de su ardiente corazón representaba el rasgo más entrañable de la más perfecta unión que pueda soñarse. Por lo tanto, a pesar de fluir por sus venas una vanidad sutil y a la vez abundante, tenía suficiente con el homenaje de Pierre.

Pero, como para una mujer con sentido común e inteligencia, la admiración de un hombre, por mucho que lo adornen la nobleza y sus dotes personales, no significa

nada si no va acompañada de una influencia consciente y directa, casi encantatoria, sobre su corazón, Pierre, a pesar de su superioridad intelectual sobre su madre, se había mostrado sorprendentemente dócil ante todas las enseñanzas de esta última en todo cuanto hasta entonces le hubiese interesado o afectado, debido no tanto a la inevitable debilidad que caracteriza a los jóvenes inexpertos como a las artes de su propia madre. A Mary Glendinning, la devoción de Pierre la investía del orgullo más delicioso y de esa fascinante autocomplacencia que siente la virgen embrujadora. Y aún hay más. Existe un aroma delicado e indefinible que emana de todo acto de ternura y atención sin límites y que, en todo enlace elevado y honorable, coincide con el galanteo y precede a las últimas amonestaciones anteriores a la ceremonia; pero que, como el bouquet de los más exquisitos vinos del Rhin, se evapora al verterlo en la copa del amor y se transforma en desencanto a lo largo de los monótonos días y noches que constituyen la vida matrimonial. Mary Glendinning, que se acercaba poco a poco al período más crítico de su existencia, revivía, gracias a la cortés admiración de Pierre, similar a la que se profesan los amantes, ese estado de evanescencia, elevación y fantasía —que aún resulta más etéreo al emanar de un pecho filial— que constituye la experiencia más hermosa de nuestra mortal existencia.

Este milagro, que tenía su origen en una combinación maravillosa, pero absolutamente fortuita, de los más felices y singulares accidentes de la tierra, cuya duración no había de quedar limitada por ese clímax tan fatal para el amor común; ese dulce hechizo, que unía a la madre y al hijo en una órbita de felicidad, constituía una insinuación de la posibilidad de preservar las divinas emociones, propias de la más bella etapa del amor, de los embates de nuestra existencia prosaica y llena de limitaciones. Si bien, de un modo individual e independiente, aquella unión parecía materializar los dulces sueños de los creyentes entusiastas que nos describen el Paraíso prometido como un lugar etéreo, sin mancha ni impureza. La pasión más sagrada del hombre unirá para siempre a los pueblos y los climas en un único círculo de regocijo puro e incomparable.

VI

Existía un rasgo prosaico —si bien de escasa importancia— que, en opinión de algunos, podía oscurecer los románticos méritos del caballeresco Pierre Glendinning. Tenía siempre un apetito excelente, en especial a la hora del desayuno. Pero si consideramos que si bien las manos de Pierre eran pequeñas y los fruncidos volantes de sus puños eran blancos, su brazo no era en absoluto melindroso y su tez resultaba oscura, y que acostumbraba a levantarse al alba, no acostándose nunca antes de cabalgar veinte o caminar doce millas diarias, talar una tsuga de considerable tamaño en el bosque, boxear, luchar amistosamente, remar o llevar a cabo otras hazañas gimnásticas; si consideramos, en suma, las costumbres atléticas de Pierre y la plenitud de músculo que había construido en todo su cuerpo, músculo que reclamaba su viril cuidado tres veces al día, comprenderemos que sentir un abundante apetito era, en el caso de Pierre, no sólo irreprochable por vulgar, sino incluso motivo de honor y real admiración, ya que afirmaba su condición de hombre y de caballero. Un gentilhombre bien criado y educado siempre goza de un aspecto robusto y saludable; la Robustez y la Salud acompañan siempre a la persona que come con fruición.

Así que Pierre y su madre descendieron al salón para desayunar, una vez Pierre se hubo ocupado de que no faltase a su progenitora el mínimo adorno que pudiese ser de su agrado y tras haber ordenado un par de veces a su criado Dates, respetuoso e inmemorial, que ajustase mejor los bastidores de las ventanas, para que la traicionera corriente de aire no se tomase excesivas libertades con el cuello de su madre. Una vez en el salón, Pierre, con acento dulce y llano, le indicó a Dates, quien no llevaba, como él, puños alechugados, que inclinase hacia un ángulo de luz determinado y asegurase la horizontalidad de un cuadro elegante y alegre, pintado en ese estilo jocoso que caracteriza a la escuela flamenca (cuadro que estaba clavado a la pared de modo que permitiese ese tipo de ajuste) y lanzó unas miradas reconfortantes desde su silla a las montañas color añil que se elevaban tras las praderas surcadas por el río. Acto seguido, Pierre hizo un ligero y misterioso movimiento de cabeza al estilo masónico al excelente Dates, quien, obedeciendo como un autómatas, le acercó un pastelillo frío, de aspecto muy prominente, que había permanecido en un rincón acogedor hasta

entonces y que, tras una atenta inspección con el cuchillo, resultó ser el sabroso nido que adornaban unos pichones singularmente tiernos que había cazado el propio Pierre.

—Hermana Mary —dijo, al tiempo que levantaba con su tridente de plata uno de los más finos bocados que se hallaban en su plato—; hermana Mary, al matar a uno de estos pichones me ocupé con especial atención de disparar de modo que el pecho resultase totalmente ileso. Es éste, y es para ti. Dates, por favor, acércame el plato de tu señora. ¿No? ¿Sólo las migajas de un panecillo y dos sorbos de una taza de café? ¿Es éste un desayuno adecuado para la hija del más valiente de los generales? —exclamó mientras señalaba un cuadro de cuerpo entero de su condecorado abuelo, que aparecía colgado de la pared de enfrente—. ¡Caso lamentable el mío, ya que me veo obligado a desayunar por los dos! ¡Dates!

—Señor.

—Retira el portatostadas, Dates, y este plato de lengua, y acércame los panecillos. ¡Ah!, y aleja el carrito, buen Dates.

Tras haberse hecho un generoso espacio apartando cuanto no necesitaba, Pierre inició las operaciones, interrumpiéndose entre bocado y bocado para exteriorizar por medio de la palabra su estado de gozo.

—Pareces estar de un estupendo humor esta mañana, hermano Pierre —dijo su madre.

—Sí, me siento bastante bien; por lo menos, no se puede decir que esté triste, hermana Mary; Dates, querido muchacho, tráeme tres tazones de leche.

—Querrá decir un tazón, señor —dijo Dates, en tono grave e imperturbable.

Al abandonar el criado la estancia, la señora Glendinning pronunció estas palabras:

—Querido Pierre, te he rogado en repetidas ocasiones que no permitas que tu buen humor te traicione hasta el punto de sobrepasar la línea que debe marcar tu relación con los criados. La mirada de Dates expresaba una respetuosa reprobación hacia ti hace unos minutos. No debes llamarle mi querido muchacho, no resulta apropiado. Se ha comportado como un auténtico amigo con nosotros, es cierto, pero no hay necesidad de recordárselo cuando estás sentado a mi mesa. Resulta muy sencillo ser amable y gentil con los criados, sin permitir que se trasluzca un tono de momentánea camaradería con ellos.

—Bien, hermana, sin duda te asiste la razón; a partir de ahora omitiré lo de querido y me limitaré a llamar a Dates muchacho. ¡Muchacho, ven! ¿Qué tal suena?

—No es eso lo que deseo, Pierre. Te comportas como un Romeo, así que de momento voy a perdonar tu insensatez.

—¡Romeo! ¡Oh, no! ¡Estoy muy lejos de ser un Romeo! —suspiró Pierre—. Yo río y él lloraba. ¡Pobre Romeo! ¡Desdichado Romeo! ¡Ay de ti, Romeo! Su final fue en verdad deplorable, recuérdalo, hermana Mary.

—Sí, pero por su propia culpa.

—¡Pobre Romeo!

—Desobedeció a sus padres.

—¡Desdichado Romeo!

—Se casó contra los deseos de su familia.

—¡Ay de ti, Romeo!

—Tú, en cambio, te casarás dentro de poco, espero que no con una Capuleto, sino con una de nuestras Montesco; de modo que difícilmente correrás la triste suerte de Romeo. Serás feliz.

—¡Eso hace que me entristezca más por el destino de Romeo!

—No seas ridículo, hermano Pierre, ¿de modo que vas a reunirte con Lucy para cabalgar toda la mañana por las montañas? Es una muchacha dulce y encantadora.

—Creo compartir tu opinión, hermana Mary. ¡Por los cielos, madre, en ninguno de los cinco continentes existe otra igual! Ella es... sí..., por mucho que hable... ¡Dates! ¡Cuánto tiempo necesitas para traerme esa leche!

—Déjalo tranquilo. No seas glotón, Pierre.

—¡Ja! Mi hermana se ha despertado satírica esta mañana. Entiendo.

—No te extralimites nunca, Pierre, ni te excedas en tus delirios. Tu padre jamás cayó en ese defecto; tampoco se ha escrito que le ocurriese a Sócrates; y ambos fueron hombres sabios. Tu padre estaba profundamente enamorado —lo sé mejor que nadie—, pero nunca perdió el control por ello. Siempre se comportó de modo caballeroso; y los caballeros no se alborotan por nada. Sólo los glotones de leche y los simples se sobrepasan en sus palabras y actos, pero nunca los caballeros.

—Gracias, hermana. Déjala aquí, Dates. ¿Están preparados los caballos?

—Creo que los traen en este momento, señor.

—Pero, Pierre —dijo su madre, que miraba por la ventana—, ¿acaso piensas ir a Santa Fe de Bogotá con ese viejo y enorme faetón? ¿A santo de qué viene salir con semejante Juggernaut, con esa momia?

—Un poco de sentido del humor, hermana; me gusta ese carruaje porque es anticuado, porque el asiento se asemeja más a un sofá que a una silla y, por fin, porque cierta dama llamada Lucy Tartan siente veneración por él. Me ha confesado que desearía utilizarlo el día de nuestro casamiento.

—Si es así, Pierre, lo único que me resta por decir es que debes asegurarte de que Christopher sujete con firmeza el pescante a los caballos, con clavos, cuerdas y todo lo demás. Te aconsejo que le permitas cabalgar detrás de ti, en uno de los carros de labranza, con un eje y tablas de recambio.

—No temas, hermana, no temas en absoluto; cuidaré con el mayor esmero del viejo faetón. El escudo de armas de rara belleza que adorna el panel siempre me recuerda quién fue el primero que viajó en él.

—Me llena de gozo que lo tengas presente, hermano Pierre.

—Y tampoco he olvidado quién fue el segundo.

—¡Bendito seas, Pierre! ¡Dios te colme de venturas! Piensa en él y no cometerás error alguno; trata siempre de recordar a tu querido y perfecto padre, Pierre.

—Bésame, querida hermana, pues ahora tengo que partir.

—Aquí; ésta es mi mejilla. La otra es la de Lucy; si bien ahora, cuando miro ambas de cerca, creo que la suya resulta más lozana; supongo que el rocío se desliza por ella con más suavidad.

Pierre sonrió y abandonó la estancia a la carrera, porque el viejo Christopher se estaba impacientando. Su madre se acercó a la ventana y permaneció tras ella.

—¡Noble y dócil muchacho! —murmuró—. Tiene toda la vivacidad que proporciona la juventud y, sin embargo, muy poco de la frivolidad que la caracteriza. Y no se vanagloria en absoluto de su sabiduría ni de su cultura, a pesar de ser tan amplia como la que se adquiere en cualquier carrera. Agradezco a Dios que me inspirase a la hora de decidir si debía enviarlo a la universidad. Es un muchacho noble y dócil. Elegante, altivo, cariñoso, dócil y vigoroso. Ruego al Señor que nunca aparezca ante mí de otro modo. Su joven y futura esposa no pretenderá arrebatármelo, ya que ella también es dócil: bella, respetuosa y de lo más obediente. Rara vez me he cruzado con unos ojos de azul tan intenso como el de los suyos, que no perteneciesen a una persona obediente, por un lado, y dispuesta a someterse a un galán de ojos oscuros y mirada audaz, por otro, cual mansa ovejita que no se despega de su macho arrogante. Me siento feliz de que Pierre esté tan enamorado de Lucy y no de una altiva morena de ojos castaños o negros, con quien nunca podría vivir en buena armonía, porque ella siempre antepondría su estado de joven casada al mío de viuda madura, exigiendo para sí todas las atenciones de mi querido hijo, tan elegante, orgulloso, atento, dócil y vigoroso. ¡Qué muchacho más elevado en su pensamiento, así como noble por su porte y estirpe! ¡Y, además, tan dulce y sumiso! ¡Fijaos en su cabello! En verdad, ilustra aquel inteligente dicho de su padre, según el cual del mismo modo en que los potros más nobles deben asemejarse a una dama en tres puntos —cabello abundante, pecho hinchado y dulce sumisión—, un joven caballero debe tratar de parecerse a un potro de raza. ¡Adiós, Pierre! Espero que pases una mañana feliz.

Diciendo estas palabras, cruzó la estancia y —deteniéndose en un rincón— fijó su orgullosa mirada en el bastón del General, que Pierre había sacado la víspera, en uno de sus impetuosos arranques de alegría, de su lugar habitual en el salón de estandartes y los retratos de familia. Lo alzó en el aire y, meditativo, empezó a agitarlo de un lado a otro; después se detuvo y lo esgrimió como si fuera a pasar revista con él. Su sublime belleza siempre había encerrado un aire marcial; en aquellos momentos, su postura y actitud la hacían aparecer como la auténtica hija de un General. Pierre

descendía de revolucionarios por ambas partes. Llevaba sangre de héroes, heredada tanto de la familia paterna como de la materna.

«Ésta es su herencia: ¡el símbolo del mando! Siento que se me hincha el pecho de sólo pensarlo. Sin embargo, hace unos minutos concebía su docilidad como una de sus más atractivas cualidades. ¡Extraña inconsistencia! ¿Acaso la dulce sumisión es el distintivo de un General? ¿En qué se convierte entonces su bastón, sino en una rueca de mujer? Algo hay aquí que no encaja. Bien pensado, prefiero que no sea tan dulce y sumiso conmigo, ya que resulta muy difícil para un hombre convertirse en héroe indiscutible y comandante de su raza sin rebelarse nunca contra el mandato casero. Ruego a los cielos que muestre su valor en alguna grata empresa que le aporte la dicha, y que no sea llamado a comportarse como héroe de una causa sin esperanza, ya que las causas oscuras o desesperadas convierten al hombre, por su crueldad, en un salvaje. ¡Concédele, Dios mío, huracanes que no le hagan desvariar! ¡Que soplen para él los aires de una indestructible prosperidad! De este modo, seguirá siendo todo docilidad para mí y, a la vez, se comportará como un exaltado héroe ante el mundo».

Libro II

Amor, deleite y alarma

La tarde anterior, Pierre y Lucy habían acordado realizar juntos un largo rodeo a caballo por las montañas que se extendían hacia el sur de las vastas praderas de Saddle Meadows. Si bien el carruaje era ya sexagenario, los animales que tiraban de él eran potros de apenas seis años. El viejo faetón había sobrevivido a varias generaciones de equinos.

Pierre se deslizó valseando por la avenida de olmos del pueblo y al cabo de pocos minutos se detuvo ante la puerta de la blanca casa de campo. Los dos potros eran sus más queridos confidentes y amigos; habían nacido, como él, en aquellos campos y se habían alimentado del mismo maíz que Pierre acostumbraba a tomar todos los días, en forma de pastelillos indios, para desayunar. La misma fuente que por un conducto llevaba agua a los establos, llenaba por otro el cántaro de Pierre. Aquellos caballos constituían una especie de primos carnales para Pierre y en verdad eran dignos de ser llamados así; sus crines eran abundantes y su paso poderoso, sin que por ello resultasen superfluos ni arrogantes. Reconocían en Pierre al dueño indiscutible de la mansión de los Glendinning. Sabían perfectamente que formaban parte de una rama inferior y subordinada de la familia y que, por lo tanto, debían una perenne fidelidad feudal a su más sobresaliente representante. Por esta razón, aquellos jóvenes primos nunca se permitieron huir del lado de Pierre; se mostraban impacientes en su marcha, pero sumisos y tranquilos cuando se les ordenaba detenerse. También gozaban de un excelente humor y eran tan cariñosos como gatos recién nacidos.

—Dios bendito, ¿cómo puedes dejarlos sueltos, Pierre? —exclamó Lucy, cuando salían juntos por la puerta principal de la casa, Pierre cargado con chales, un parasol ridículo y un pequeño capazo.

—Espera un segundo —rogó Pierre, abandonando su carga—. Te mostraré qué clase de potros tengo.

Diciendo esto, les habló con dulzura, se acercó a ellos y los acarició, dándoles unas palmadas. Los potros relincharon, el de la izquierda con acento celoso, como si Pierre no hubiese sido imparcial en su manifestación de afecto. Entonces este último, emitiendo un silbido largo, tenue, casi inaudible, se colocó en medio de los potros, en los arneses. Al verlo, Lucy avanzó un paso y lanzó un débil grito, pero Pierre le rogó

que se detuviese ya que no había el menor peligro. Lucy obedeció; si bien siempre se alarmaba cuando Pierre parecía correr algún riesgo, en el fondo de su alma acariciaba la idea de que Pierre estaba encantado y no existía posibilidad terrena de que muriese o sufriese ningún daño mientras ella se encontrase a menos de cien leguas de él.

Pierre, aún entre los caballos, trepó hasta la lanza del faetón y desapareció por completo, o por lo menos quedó parcialmente cubierto, tras la columnata viviente formada por las ocho flacas y relucientes patas de los caballos. Se introdujo en la columnata por un lado y, tras varios serpenteos, apareció por el otro extremo. Durante su demostración ecuestre, los dos potros relinchaban con alegría y movían sus cabezas de arriba abajo en señal de buen humor, si bien a veces se giraban en dirección al lugar en que se encontraba Lucy, como si quisieran decirle: «Entendemos a nuestro joven amo; lo entendemos, señorita; no tema, hermosa dama: tranquilice su delicioso corazón, empezamos a jugar con Pierre mucho antes que usted».

—¿Temes aún que se escapen, Lucy? —dijo Pierre al regresar a su lado.

—Ya no, Pierre. ¡Son soberbios! Fíjate, han hecho de ti un oficial —añadió, señalando dos copos de espuma que yacían, a guisa de charretera, sobre sus hombros—. ¡Bravo otra vez! Esta mañana te he llamado «mi soldado» desde la ventana, pero veo que ya te han ascendido a oficial.

—Una idea fantástica, Lucy. Pero mira, aún no has admirado su pelaje; no llevan sino el más fino terciopelo de Génova. ¡Obsérvalos! ¿Has visto antes caballos mejor atendidos y cuidados?

—¡Nunca!

—¿Qué te parecería tenerlos como padrinos de boda? Afirmo que serían excelentes padrinos. Llevarían, en sus crines y colas, cien anas de cintas blancas; y cuando tirasen del carruaje hacia la iglesia seguirían esparciendo cintas blancas confeccionadas en sus bocas, como las que hace un momento adornaban mis hombros. Juro por mi vida que serán mis padrinos de boda. ¡Ciervos majestuosos! ¡Perros festivos! Héroes, Lucy. No oiremos campanas nupciales, ellos relincharán para nosotros; nos casaremos al son marcial de los trompeteros de Job. ¡Mira! Ya están relinchando de sólo pensarlo.

—Se ríen de tu lirismo, Pierre. Vayámonos. Y no nos olvidemos de nada: chal, parasol, cesta... ¿Por qué los miras de ese modo?

—Pensaba en el triste estado en que me encuentro. No hace aún seis meses vi a un joven prometido, antiguo compañero mío, que caminaba con dificultad junto a su Lucy Tartán con un montón de paquetes bajo ambos brazos, y me dije a mí mismo: «Ahí va una acémila; pobre diablo, está enamorado». Y ahora, ¡fíjate en mí! Dicen que la vida es una carga. ¿Por qué, entonces, no aceptar la carga con alegría? Pero escúchame, Lucy, porque voy a hacer una declaración y una protesta formales antes de que las cosas entre nosotros vayan más lejos. Cuando estemos desposados, no cargaré con

paquetes, salvo en caso de necesidad. Y aún diré más: cuando estén a la vista tus jóvenes conocidas, no aceptaré ser llamado sin razón justificada para doblar la espalda y cargar pesos sólo porque resulte edificante para ellas.

—Me ofendes de veras, Pierre; ésta es la primera alusión malintencionada que sale de tus labios. Me gustaría saber si hay ahora a la vista alguna de mis jóvenes conocidas.

—En concreto seis, todas ellas en el camino. Pero permanecen tras las cortinas. Nunca me he fiado de las solitarias calles del pueblo, Lucy. Hay tiradores certeros apostados tras cada batiente.

—Entonces te ruego que partamos cuanto antes, querido Pierre.

II

Mientras Pierre y Lucy se alejan por la avenida de olmos digamos unas palabras acerca de Lucy Tartán. Resulta innecesario destacar su belleza, ya que los jóvenes de cabello castaño y mejillas brillantes como Pierre Glendinning no acostumbran a enamorarse sino de auténticas bellezas. Además, en tiempos venideros —así como en tiempos presentes y pasados— deben existir hombres de singular belleza y mujeres de sin par atractivo. ¿Cómo sería eso posible si siempre, a través de las épocas, no casara aquí y allá un joven guapo con una doncella igual de hermosa?

Debido a las citadas provisiones de la Madre Naturaleza, nunca faltarán en el mundo mujeres hermosas, aunque ninguna de ellas será comparable a Lucy Tartán. Sus mejillas estaban teñidas de las más delicadas combinaciones de rojo y blanco, siendo este último color el que predominaba. Sus ojos habían descendido del cielo en manos de algún dios; su cabello recordaba al de Diana rociado con la tormenta de Júpiter; sus dientes habían sido hallados en las profundidades del golfo Pérsico.

Si aquel que acostumbra a posar su mirada en quienes caminan con dificultad por los senderos más humildes de la vida, deformados por la pobreza y el exceso de labor, tiene la fortuna de ver ante sus ojos a una hermosa y agraciada hija de los dioses, que aparece flotando ante él, toda simetría y resplandor, proveniente de climas desconocidos de belleza y opulencia, se sentirá transportado al comprobar que en un mundo de vicio y miseria como el nuestro, todavía pueda brillar con tal fuerza una visible semblanza de los cielos. Porque una mujer hermosa no pertenece por completo al reino de la tierra. Su propio sexo así lo considera. Cuando una belleza espectacular entra en un salón, las demás mujeres la observan como si se tratase de un ave de Arabia que acaba de posarse en el antepecho de la ventana. Aunque se piense lo contrario, sus celos —en caso de que anide en ellas tal sentimiento— no son sino consecuencia de una abierta admiración. ¿Acaso envidian los hombres a los dioses? ¿Envidiarán pues las mujeres a las diosas? Una beldad es, desde su nacimiento, reina de hombres y mujeres, al igual que María Estuardo estaba destinada desde el día en que vio la luz a ser reina del pueblo escocés. Sin distinción de sexos, su pueblo es toda la humanidad, ya que sus partidarios existen en cualquier nación. Un auténtico

caballero de Kentucky podría morir feliz por una hermosa indostaní a la que nunca hubiese visto; sí, apurar gota a gota el elixir de la muerte, hasta que su corazón dejase de latir y descender hasta Plutón para que a ella le fuese permitida la entrada en el Paraíso. Preferiría convertirse en turco antes de traicionar una herencia que comparten todos los caballeros desde el instante en que su Primer Padre, Adán, se arrodilló ante Eva.

Una reina de España de feas facciones no vive siquiera con la mitad de gloria que adorna a una hermosa molinera. Sus soldados podrán cortar cabezas, pero su Alteza no conseguirá romper un solo corazón, mientras la bella molinera podrá ensartar corazones para confeccionarse con ellos sus collares. Sin duda, la Belleza hizo a la primera Reina. Si en alguna ocasión se volviese a someter a discusión la sucesión del Imperio Germánico y un pobre letrado cojo presentase el alegato de la primera mujer singularmente hermosa con la que se topase por casualidad, esta última sería elegida por unanimidad Emperatriz del Sacro Imperio. Como es natural, esto ocurriría si todos los germanos fuesen caballeros sinceros, magnánimos y cordiales y, por lo tanto, capaces de apreciar un honor tan inmenso.

Es absurdo referirse a Francia como sede de la civilización. ¿No observaba acaso este pueblo pagano la ley sálica? Tres criaturas más que embrujadoras —flores inmortales de la línea de los Valois— quedaron excluidas del trono de Francia por tan infame estipulación. ¡Sí, la mismísima Francia!, cuya población católica, que se cuenta por millones, sigue adorando a María, Reina de los Cielos, pero durante diez generaciones se negó a rendir honores a muchas otras Marías, reinas de Francia por derecho propio. He aquí una buena causa para provocar una guerra universal. ¡En qué forma tan vil las naciones, al igual que los hombres, asumen y ostentan sin oposición los rangos más elevados sin el menor mérito! Son los americanos y no los franceses quienes en verdad configuran un modelo de caballerosidad. Por nuestra ley sálica propugnamos que debe rendirse homenaje universal a todas las mujeres hermosas: ningún derecho masculino, por sólido que sea, debe prevalecer contra sus más frívolos caprichos. Si un caballero compra el mejor asiento de una diligencia para ir a consultar al médico por un asunto de vida o muerte, deberá renunciar graciosamente a dicho lugar y alejarse renqueando si una atractiva viajera mueve una sola de sus plumas desde la puerta de la estación de posta.

Si bien empezamos hablando acerca de una dama que había salido a cabalgar con cierto joven, ahora nos encontramos, tras bailar al sol de una alegre danza, asomados a la ventana de una estación de pasta. Ésta puede parecer una forma de escribir un tanto irregular, pero ¿adónde habría de conducirnos Lucy Tartán, sino a un lugar poblado de poderosas reinas y otras criaturas de alto rango para acabar por hacernos desvariar tratando de comprender si el vasto mundo es capaz de asumir tan maravilloso milagro? Por costumbre inmemorial, ¿acaso no debo exaltar a Lucy Tartán?

¿Quién ha de apoyarme sino yo mismo? ¿No es por ventura la prometida de mi protagonista? ¿Qué puede decirse en mi contra? ¿Quién, bajo el pabellón de la noche, puede alojar a otra semejante?

Sin embargo, no sé qué hacer para que Lucy Partan escape a todo este ruido y matraqueo. No es ella quien alardea, ya que es la víctima de la jactancia de otros. Hasta ahora ha flotado por esta vida tan silenciosamente como el vilano del cardo sobre las praderas. Sólo con Pierre emite algún sonido, e incluso con él vive en un jadeante silencio. ¡Oh, esas pausas de amor que tan bien conocen! ¡Qué ominosas para su futuro!; porque la calma es lo que precede a la tempestad y a todas las demás conmociones. Pero dejemos que su cielo permanezca azul, su conversación placentera y su humor alegre.

¡Nunca caeré tan bajo como para recurrir al vil inventario! ¿Cómo iba a salir en la noche estrellada, con papel y pluma, para hacer una lista de lo que veo en el cielo? ¿Quién trataría las estrellas como si fueran cucharillas de té? ¿Quién, pues, podría poner sobre el papel los encantos de Lucy Tartán?

Y en relación con lo restante: abolengo, fortuna que había de poseer, vestidos colgados en su guardarropa, número de anillos en sus dedos, cedo con placer la palabra a los genealogistas, los recaudadores de impuestos y los tapiceros. Mi reino se limita al aspecto angélico de Lucy. Pero como en algunas regiones prevalece una especie de prejuicio contra los ángeles, que no son en definitiva más que ángeles, me martirizaré a mí mismo introduciendo a algunas damas y caballeros en detalles de la historia de Lucy Tartán.

Era hija de uno de los más antiguos y queridos amigos del padre de Pierre. Pero su progenitor había muerto y Lucy vivía sola con su madre en una elegante mansión de la ciudad. Mas, si bien su hogar quedaba en la metrópoli, su corazón estaba en el campo dos veces al año. No le gustaba la urbe por su vaciedad y su aspecto ceremonial y deshumanizador. Resultaba extraño, pero elocuente y representativo de su condición de ángel, el hecho de que, a pesar de haber nacido entre ladrillo y argamasa, en un puerto marítimo, aún suspirase por la tierra sin cocer y la hierba de tierra adentro. El dulce jilguero, aunque haya nacido entre barrotes, en la alcoba de una dama que mora en la costa, y no conozca la existencia de ningún otro lugar, al llegar la primavera se ve agitado por un vago e impaciente revoloteo y no come ni bebe a causa de tan incontrolable ansiedad. A pesar de no haber adquirido ninguna experiencia, el inspirado jilguero sabe, por influjo divino, que ha llegado la época de la migración al campo. Lo mismo le ocurrió a Lucy al sentir su primera añoranza del floreciente verdor. Todas las primaveras se veía agitada por la ansiedad, y todas las primaveras aquella dulce muchacha partía, como el jilguero, hacia el campo. ¡Dios le conceda que las inquietudes posteriores, largas e indefinibles, que han de apoderarse de ella cuando la vida le resulte insoportable y que la profunda desazón que la invada en esos

momentos coincidan también con un último viaje al cielo, que le permita liberarse de la pesada tierra!

Por fortuna para Lucy, su tía Llanlylyn, una viuda melancólica, sin hijos y de turbante blanco, poseía y ocupaba una linda casa de campo en el pueblo de Saddle Meadows. Y aún la favorecía más la fortuna, porque aquella excelente y anciana tía sentía una marcada preferencia por ella y siempre acogía con silencioso deleite su proximidad. En efecto, la casa de la tía Llanlylyn era también la de Lucy. Hacía ya varios años que pasaba varios meses en Saddle Meadows, y había sido entre los puros y suaves influjos del campo donde Pierre había sentido por vez primera su pasión hacia Lucy, que ahora lo hacía totalmente suyo.

Lucy tenía dos hermanos; uno, tres años mayor que ella, y el otro, dos años menor. Pero ambos jóvenes eran oficiales de marina, por lo que no podían vivir siempre con Lucy y con su madre.

La señora Tartán poseía una vasta fortuna. Además, era plenamente consciente de este hecho, y se sentía a menudo inclinada a someterla a la consideración de los demás, aunque esos demás no estuviesen interesados en conocerlo. Dicho de otro modo, la señora Tartán, en vez de sentirse orgullosa de su hija, para lo cual contaba con muchas y buenas razones, prefería mostrarse orgullosa de su riqueza, algo totalmente injustificable, ya que bien podía ver que el Gran Mogol poseía con toda probabilidad una fortuna mucho más amplia que la suya, por no hablar del Sha de Persia, el Barón de Rothschild y tantos otros millonarios, y, en cambio, ni el Gran Turco ni otras majestades de Europa, Asia o África podían jactarse de la presencia en sus dominios de una doncella tan dulce como Lucy. Sin embargo, la señora Tartán era una excelente dama, si tenemos en cuenta qué cualidades son necesarias en este mundo nuestro para que una mujer pueda ser considerada como tal. Estaba suscrita a instituciones de caridad y poseía cinco bancos en otras tantas iglesias. Además, trataba de hacer feliz al mundo consiguiendo que se casasen entre sí todos los bellos jóvenes de su entorno. En otras palabras, era una casamentera —si bien no una sierva de Lucifer—, aunque, a decir verdad, existía la remota posibilidad de que hubiese avivado la melancolía matrimonial en el pecho de ciertos caballeros insatisfechos que se habían casado bajo sus auspicios particulares y siguiendo su particular consejo. Corría el rumor —aunque los rumores siempre resultan engañosos— de que existía una sociedad secreta de jóvenes esposos insatisfechos que dedicaban todo su afán a hacer circular cuartillas de forma clandestina entre los casaderos desconocidos advirtiéndoles de los insidiosos acercamientos de la señora Tartán y citándose a sí mismos como referencia, aunque, eso sí, en clave. Pero tal cosa no podía ser cierta, ya que, exaltada por mil matrimonios —ardiesen con llama tenue o brillante, no era eso lo importante—, la señora Tartán navegaba en los mares de la distinción, haciendo que las gaviotas se

arriasen ante ella y botaba flotillas de damas jóvenes, para las que se encargaba de encontrar los mejores puertos —léase maridos— del mundo.

Pero ¿acaso el arte de casar no empieza, como la caridad, por uno mismo? ¿Por qué no tiene aún pareja su propia hija Lucy? No nos precipitemos: la realidad es que hacía ya años que la señora Tartán se había trazado el dulce plan de unir a Pierre con Lucy, plan que en este caso había coincidido, en cierto grado, con uno anterior del cielo, según cuyos designios Pierre Glendinning había llegado a ser el afortunado elegido de Lucy Tartán. Además, puesto que aquella unión la afectaba muy de cerca, la señora Tartán había actuado casi siempre de modo circunspecto y cauteloso en todas las maniobras relacionadas con Pierre y Lucy. Por otra parte, el asunto no requería excesivas maniobras. Las dos partículas platónicas, tras vagar en busca de su pareja desde los tiempos de Saturno y Ops, se habían unido ante los ojos de la señora Tartán; ¿qué más podía hacer esta última para convertirlos en una unidad indivisible por toda la eternidad? Una vez, sólo una, había existido una sombra de sospecha en la mente de Pierre, que por un momento había pensado que la señora Tartán era una fullera que estafaba con el juego de las tres tacitas y el guisante.

Todo ocurrió en una fase menos madura de su relación, un día en que Lucy desayunaba con su madre en la mansión de la ciudad. Una vez la señora Tartán hubo servido la primera taza de café, declaró de pronto que olía a cerilla quemada en algún lugar de la casa y que tenía que comprobar en persona si había apagado el fuego. Así que, prohibiendo que se la siguiera, abandonó la estancia en busca de las presuntas quemadas, dejando sola a la pareja para que intercambiase las frases corteses que acompañan al desayuno. Por fin les comunicó, por medio de un criado, desde el piso superior, que las cerillas, o alguna otra circunstancia, le habían causado una enorme jaqueca y que, por consiguiente, rogaba a Lucy que le hiciese llegar un té con tostadas, ya que había decidido desayunar en su aposento.

Al oír aquella historia, Pierre miró sucesivamente a Lucy y a sus pies, y al alzar de nuevo la vista vio a Anacreonte sentado en el sofá que se hallaba a un lado de su asiento, las «Melodías» de Moore al otro lado de la mesa, junto a un tarro de miel allí depositado, satén blanco en el suelo y algo parecido a un velo de novia en la araña del techo.

«No tiene importancia —pensó Pierre, y fijó su mirada en Lucy—, deseo fervientemente ser atrapado cuando el anzuelo es un ángel que mora en el Paraíso». Sus ojos volvieron a clavarse en los de Lucy y se encontraron con una mirada de infinito enojo, si bien discreto, y con una mejilla de desusada palidez. En aquel instante habría deseado besar al delicioso anzuelo que rehusaba ser saboreado en la propia trampa. Pero, echando una nueva mirada a su alrededor, observó las partituras musicales que la señora Tartán, con la excusa de poner orden, había colocado con sumo primor sobre el piano, en una pila vertical apoyada en la pared. Una canción llamada Love was once

a little boy yacía en la parte superior, siendo de esta forma la única visible. Ante tan significativo detalle, Pierre pensó que se trataba de una notable coincidencia, dadas las circunstancias, y no pudo evitar que en sus labios se esbozara una sonrisa irónica, aunque no descortés. Pronto se arrepintió de su ademán, ya que Lucy, al reparar en él y captar a la perfección su significado, pronunció un indefinible, indignado, angelical, adorable y persuasivo «¿Señor Glendinning?», que eliminó de raíz toda sombra de sospecha en cuanto a su connivencia en los artificios que Pierre sospechaba en la madre.

En verdad, al actuar, o intrigar, así para lograr por medio de ardidés que naciese el amor entre Pierre y Lucy la señora Tartán no hacía sino comportarse de un modo gratuito y sacrílego, por no decir algo peor. ¿Acaso habría aleccionado al lirio cuando se abre? ¿Habría necesitado de sus trucos para forjar un casamiento entre el hierro y el magneto? ¡Absurda señora Tartán! Pero todo este mundo nuestro es absurdo y está poblado de personas absurdas, capitaneadas por la señora Tartán, que era la casamentera oficial de la nación.

Aún más incomprensible resulta su conducta si se considera que no podía por menos que saber que la señora Glendinning deseaba aquella unión. Además, ¿acaso no era Lucy rica? —en realidad habría de serlo a la muerte de su acaudalada madre (triste pensamiento para la susodicha)—. ¿Y no era la familia de su esposo una de las mejores, y el padre de Lucy amigo íntimo del de Pierre? Y, puestos a casar a Lucy con algún hombre, ¿podía encontrarse otro comparable a Pierre? ¡Tremendamente absurda señora Tartán! Pero cuando una dama como ella no tiene nada positivo y útil que hacer emplea su tiempo en comportarse de un modo tan ridículo como el de la señora de marras.

Transcurrió el tiempo. Pierre amaba a Lucy y Lucy amaba a Pierre, hasta que, por fin, dos caballeros de la marina, que no eran otros que los hermanos de Lucy, entraron de forma inesperada en la sala de estar del hogar de la señora Tartán al regresar de su primera travesía por el Mediterráneo, que había durado tres años. Al penetrar en la estancia se quedaron fijos mirando a Pierre, a quien encontraron en el sofá con Lucy, que no estaba demasiado lejos de él.

—Caballeros; os ruego toméis asiento —dijo Pierre—. Cabemos todos.

—¡Queridísimos hermanos! —exclamó Lucy, y saltó a sus brazos.

—¡Queridísimos hermanos y hermana! —añadió Pierre, fundiendo a los tres en un apretado abrazo.

—Le ruego que nos suelte, caballero —dijo el hermano mayor, que durante las dos últimas semanas había estado sirviendo como guardia marina en espera de una vacante para ascender. El hermano menor retrocedió unos pasos y, mientras acariciaba la daga que llevaba al cinto, declaró:

—Señor, nosotros venimos del Mediterráneo. Permítame que le informe que su conducta es de lo más impropia. ¿Quién es usted, señor mío?

—No puedo explicároslo a causa de la alegría que me embarga —respondió Pierre, abrazándolos de nuevo con expresión de júbilo.

—¡Esto es inadmisibile! —exclamó el hermano mayor, que se desasíó del abrazo y liberó el cuello de su camisa, que levantó con vehemencia.

—¡Retírese! —añadió el más joven, en tono provocativo.

—¡Haya paz, no seáis bobos! —intervino Lucy—, éste es Pierre Glendinning, nuestro antiguo compañero de juegos.

—¿Pierre? ¿Es posible? ¿Pierre? —corearon ambos—. ¡A nuestros brazos! ¡Has crecido unas cuantas brazas! ¿Cómo habíamos de reconocerte? Pero entonces, Lucy... dime, Lucy, ¿qué está pasando aquí? ¿Tendré que considerar esto como un abrazo de desposado? ¿Eh?

—Lucy, no trates de justificarte —dijo Pierre—. Ven, únete al círculo.

Todos volvieron a abrazarse. Aquella misma noche se hizo público el compromiso oficial entre Pierre y Lucy.

A causa de aquel encuentro, los jóvenes oficiales dieron en pensar —aunque ni por un momento lo expresaron en voz alta— que habían sido ellos quienes, de forma autoritaria, si bien indirecta, habían acelerado una relación previamente ambigua y poco recomendable entre la pareja.

III

En los felices (aunque duros) tiempos del abuelo de Pierre, un caballero americano destacable en personalidad y fortuna pasaba el tiempo de un modo que nada tenía que ver con las costumbres de los caballeros de invernadero de hoy. El abuelo de Pierre medía casi un metro noventa de estatura y era tan fuerte que, durante un incendio declarado en la vieja mansión, había derribado, de un solo puntapié, una puerta de roble para dar paso a los esclavos negros que transportaban cubetas de agua. Pierre se había probado más de una vez su chaqueta militar, que se conservaba como una reliquia en Saddle Meadows, encontrándose con que los bolsillos le quedaban por debajo de las rodillas y con que en la cincha, una vez abotonada, cabía un casco militar de respetable tamaño. En una escaramuza nocturna anterior a la Revolución, su ilustre antepasado había aniquilado a dos indios salvajes, haciendo chocar sus cabezas. Y todas estas eran hazañas del caballero con el corazón más dulce y los ojos más azules que pudieran hallarse en el mundo, fiel observador de las costumbres patriarcales de su tiempo y adorador ferviente de los dioses familiares; dicho de otro modo, había sido un padre y esposo excepcional y un amo más que amable para con sus esclavos. Había sido además un hombre de sencillez admirable, sereno fumador de pipa tras la cena, magnánimo para perdonar a quienes le habían herido, cristiano, caritativo y de gran corazón. En resumen, podría ser calificado de puro, jovial, infantil, ingenuo y divino. En su alma, majestuosa y dócil al mismo tiempo, se abrazaban el león y el cordero, como suele ocurrir con un buen hijo de su Dios.

Nunca, al detenerse a contemplar su bello retrato con atuendo militar, podía Pierre abstenerse de añorar su presencia y de desear infundirle vida auténtica. La majestuosa dulzura de aquel retrato tenía efectos milagrosos sobre un observador joven, sensible y de mente generosa. Para este último, el cuadro poseía el celestial poder de persuasión de un discurso angélico: era como un evangelio enmarcado y colgado de la pared que revelase al mundo, como si estuviera en el Monte Sinaí, la nobleza del Hombre, viva imagen de Dios, creada con elixires exquisitos que lo convertían en una combinación de fuerza y belleza.

Pues bien, el viejo y gran Pierre Glendinning era muy aficionado a los caballos, pero no en el sentido moderno de la palabra, ya que no era un jockey. Uno de sus amigos más íntimos había sido un caballo gris, enorme y altivo, sorprendentemente reservado en sus modales, a quien acostumbraba montar; los comederos para caballos estaban contruidos, como los antiguos tajaderos, con sólidos troncos de arce labrados y la llave del arcón de maíz estaba siempre colgada en su biblioteca. Nadie, excepto él mismo, alimentaba a sus corceles, a no ser que se viera obligado a ausentarse, ocasiones en las que confiaba a Moyar, un viejo negro incorruptible y observador de sus órdenes, tan honorable tarea. Solía decir que un hombre que no alimentase a sus caballos con sus propias manos no los amaba realmente. Todos los años, por Navidad, les daba raciones completísimas. «Paso la Navidad con mis caballos», acostumbraba a afirmar el gran Pierre. Se levantaba cada día al alba, se lavaba la cara y el pecho al aire libre, se dirigía de nuevo a su dormitorio y, ya debidamente ataviado, realizaba una ceremoniosa visita a los establos, donde deseaba un feliz y alegre día a sus muy honorables amigos. ¡Pobre de Cranz o de Kit o de Douw o de cualquier otro de los esclavos destinados a los establos, si el gran Pierre encontraba destapado a alguno de sus caballos o descubría cizaña entre el heno que llenaba su pesebre! No llegaba hasta el punto de flagelar a Cranz, Kit, Douw o los otros —dicha costumbre no se conocía en aquellos tiempos y zonas patriarcales—, sino que se limitaba a negarles su habitual y agradable conversación; y aquello les parecía demasiado amargo a Cranz, Kit, Douw y todos los otros, que amaban al gran Pierre como los pastores de Abraham a su señor.

«¡Qué corcel gris tan elegante, tan decoroso! ¿Quién será el nativo de Caldea que lo monta?» «Se trata de Pierre, el Grande, que, cada mañana, antes de almorzar, sale a pasear con su caballo favorito; jamás lo monta sin haber solicitado antes su permiso». Pero el tiempo pasa rápido y el gran Pierre envejece; la gloriosa parra que es su cuerpo se llena de uvas infladas y gruesas y su conciencia no le permite cargar a tan majestuoso animal con su desbordante humanidad. Además, tampoco para el noble corcel pasan los años en vano: pues en sus grandes y atentos ojos se dibuja una expresión enternecedora. «¡Ninguna pierna de hombre volverá a alzarse sobre mi querido amigo —jura el gran Pierre—: Ningún otro arnés volverá a tocarlo!». Cada primavera sembraba un campo de trébol para su equino y cada verano separaba, a mitad de temporada, la hierba más escogida de la mucha que crecía en sus prados para que no le faltase heno en invierno. Siempre hacía que el grano que le estaba destinado fuese trillado con un mayal cuyo palo había sido asta de bandera en una dura contienda en la que el corcel gris había cabriolado con el gran Pierre como jinete: el uno con sus crines al viento, el otro blandiendo la espada.

Ahora, Pierre, el Grande, tiene que cabalgar por la mañana, pero no a lomos de su viejo caballo gris. Se ha hecho construir un faetón adecuado para un General muy grueso, en cuyo pescante caben, escondidos, tres hombres normales.

Las enormes ballestas de piel en forma de «S» han sido reforzadas para que sostengan el doble o triple de un peso corriente, las ruedas parecen haber sido robadas de algún molino y el asiento recuerda a un lecho con dosel. Bajo el corredor abovedado tiran cada mañana del gran Pierre no uno, sino dos caballos; la escena recuerda a aquella otra en que los chinos, una vez al año, sacan del templo a su orondo dios Joos.

Pero el tiempo no detiene su marcha y llega una mañana en la que no aparece el faetón. Los patios y salones están llenos, los cascos militares flanquean los pasillos, las puntas de espada golpean los escalones de piedra del porche, se oyen los mosquetes en la parte superior del edificio y suenan melodías marciales de duelo en todos los vestíbulos. El gran Pierre ha muerto, cual héroe de antiguas batallas, en la víspera de otra guerra; antes de ser destinado a hacer fuego contra el enemigo, los miembros de su pelotón disparan sus armas ante la tumba de su glorioso comandante. Pierre, el Grande, murió en el año 1812 de nuestra era. El tambor sobre cuyo acero se interpretó su marcha fúnebre fue un timbal inglés, el mismo en que una vez sonara aquel himno de jactancioso carácter que había acompañado a treinta mil prisioneros, destinados a vivir en perenne cautiverio por el fanfarrón de Burgoyne.

Al día siguiente, el viejo corcel gris se negó a ingerir alimento, dio media vuelta y relinchó en vano en su cuadra. No aceptó la caricia proveniente de la graciosa mano de Moyar y dijo en un inequívoco lenguaje: «No es la mano habitual la que huelo. ¿Dónde está el gran Pierre? No me alimentes ni me cepilles. ¿Dónde está el gran Pierre?».

Ahora duerme no lejos de su amo; bajo el campo que el general labró ha sido dulcemente enterrado; tiempo atrás el gran Pierre y el corcel habían pasado por esa hierba rumbo a la gloria.

Pero el faetón, al igual que su emplumado féretro, ha sobrevivido a la noble carga que transportaba. Y los oscuros corceles que condujeron vivo al gran Pierre y, según su deseo, tiraron de él hasta la rumba, compartieron el destino de su altivo caudillo, el caballo gris. Aquellos animales de oscura piel existen aún, si bien no en sí mismos ni en la piel de sus hijos, sino en la de dos descendientes de sementales de su raza, ya que en las tierras de Saddle Meadows hombre y caballo son hereditarios; por eso, en una brillante mañana, Pierre Glendinning, nieto de Pierre el Grande, cabalga con Lucy Tartán, sentado en el mismo lugar que había ocupado su antepasado y conduciendo a unos corceles cuyos tatarabuelos habían sido a su vez conducidos por Pierre el Grande.

Pierre se sentía orgulloso: con los ojos de la imaginación veía los espectros de los dos caballos al trote, uno tras otro, ante el faetón.

—Éstos no son sino caballos de varas —exclamó el joven Pierre—, los capitanes pertenecen a generaciones pretéritas.

IV

Pero el amor tiene más relación con sus probables y posibles posteridades que con los ancestros, una vez vivos pero ahora pertenecientes al pasado. Así que la exaltación de orgullo familiar de Pierre pronto dio paso a una sensación más profunda, cuando Lucy le invitó a que el rubor de su mejilla se enarbolase como bandera del amor.

Aquella mañana era la gota más exquisita que el Tiempo guardaba en su jarro. Por los campos y montañas flotaban inefables destilaciones de dulces deleites. Mañana fatal aquella, para los amantes no desposados: «Acude a tu confesor», exclamaba. «Observa nuestros aéreos amores», gorjeaban los pájaros desde los árboles. Lejos, en el mar, los marinos no hacían los nudos de bolina, porque sus manos habían perdido toda habilidad; lo quisieran o no, el Amor ataba sus propios lazos en todos los mástiles relucientes.

¡Oh, alabada sea la belleza de esta tierra; la belleza, y la floescencia y el gozo que provoca! Los primeros mundos creados fueron mundos invernales; los segundos, primaverales; el tercero, y último, fue este perfectísimo mundo estival del que disfrutamos. En las esferas frías e inferiores, los profetas anuncian la tierra como nosotros el Paraíso. «En aquellos remotos lugares —dicen—, amigos míos, tienen una estación en su lenguaje llamada verano. ¡En ella los campos se ven cubiertos por verdes alfombras; la nieve y el hielo desaparecen de la tierra; un millón de cosas extrañas, brillantes, fragantes, esparcen su aroma sobre el césped; y unos seres altos, mudos y majestuosos, se alzan con los brazos abiertos y extienden sus bóvedas sobre los felices ángeles —hombres y mujeres— que se aman y se desposan, duermen y sueñan, bajo las miradas de aprobación de su dios y su diosa visibles, el sol de corazón jovial y la meditativa luna!».

¡Oh, alabada sea la belleza de esta tierra; la belleza y la floescencia y el gozo que provoca! Ya hemos vivido anteriormente y volveremos a vivir en el futuro. Podemos esperar un mundo venidero mejor que éste, ya que venimos de uno peor. El demonio de los Principios está cada día más alejado de los sucesivos mundos: es el detestable obstáculo del caos, y en cada nueva translación lo vamos dejando atrás. ¡Hosannas a este mundo! Tan bello por sí mismo y antesala de uno mejor. De un antiguo Egipto

hemos pasado a este nuevo Canaan, y desde este nuevo Canaan, propugnamos una Circasia. Aunque la Necesidad y el Dolor, villanos persistentes, nos siguieran en el camino de Egipto y ahora mendiguen por las calles de Canaan, las puertas de Circasia no se abrirán para ellos: juntamente con su padre, el demonio Principio, tendrán que regresar al caos, de donde proceden.

El Amor fue concebido por vez primera por la Paz y el Goce, en el Edén, cuando el mundo aún era joven. El hombre oprimido por sus preocupaciones no puede amar; el hombre que mora en la penumbra no encuentra a su dios. Pero la juventud, que, en general, no entiende de preocupaciones ni de tristeza, pertenece al Amor desde el principio del tiempo. Este hermoso sentimiento muere cuando aparecen las aflicciones y la vejez, el dolor y la necesidad, así como las demás variedades del pesar humano; porque el Amor nace con el júbilo. Nunca ha existido un suspiro enamorado sin que antes haya reído el dios de la vida. El Amor nace con la alegría y da paso al suspiro. No tiene manos, sino címbalos; su boca tiene forma de clarín y la instintiva respiración de su existencia exhala notas de jubilosa felicidad.

Aquella mañana, dos corceles tiraban de una risueña pareja por el camino que conduce a las montañas de Saddle Meadows. La masculina voz de tenor de Pierre Glendinning y el juvenil tono de tiple de Lucy Tartán contribuían a perpetuar la armonía del conjunto.

Con la prodigiosa transparencia de su tez, el azul de sus ojos y el tono dorado de su cabello, la resplandeciente rubia, Lucy, estaba ataviada con colores de cielo. «Que sea el azul claro tu color perpetuo, Lucy, es el que más te favorece»: éste era el repetido y azulado consejo de su madre. Por ambos lados y a través de los setos llegaba a Pierre el aroma de los tréboles en flor de Saddle Meadows, mientras de la boca y las mejillas de Lucy emanaba la fresca fragancia de su joven ser, penetrante como una violeta.

—¿Huelo a flores o a ti? —exclamaba Pierre.

—¿Veo lagos u ojos? —preguntaba Lucy, mientras los suyos penetraban en el alma de su amado, como si fueran dos estrellas infiltrándose en una pequeña laguna entre montañas.

Nunca un minero de Cornwall excavó una galería bajo el mar a tanta profundidad como la que alcanza el Amor al sumergirse bajo la superficie de los ojos. La visión de un sentimiento puede llegar a una distancia de diez millones de brazas, hasta el deslumbramiento de un fondo de perlas. El ojo es el espejo mágico del amor en el que todo aquello que no pertenece a la tierra brilla con resplandor sobrenatural. No hay tantos peces en el mar como dulces imágenes en los ojos de un enamorado, en cuya milagrosa transparencia nada un extraño pez volador que a menudo salta a la superficie impulsado por un júbilo instintivo; sus empapadas alas humedecen la mejilla del amante. Los ojos del Amor son sagrados, ya que albergan los misterios de la vida;

mirándose fijamente, los enamorados ven el más profundo secreto de los universos y con una excitación inexpresable y eterna, sienten que el Amor es el único Dios sobre la tierra. El hombre, o la mujer, que no haya amado nunca, ni haya penetrado en la mirada de su pareja, no conoce la religión más dulce y más elevada de este mundo. El Amor es el evangelio para la humanidad de nuestro Creador y Salvador; un tomo encuadernado con pétalos de rosa, grapado con violetas e impreso con pico de picaflor bañado en zumo de melocotón sobre hojas de tulipán.

Infinita es la historia del Amor. El tiempo y el espacio no pueden contenerla. Todo aquello que resulta dulce a la vista, al paladar, a los sentimientos y al oído fue concebido por el Amor. Ninguna otra cosa. No fue Él quien creó las zonas árticas, si bien reclama constantemente su posesión. Decidme, ¿no están desapareciendo, cada día, cada hora, las bestias feroces de la faz de la tierra? ¿Dónde están ahora los lobos de Bretaña? ¿En qué lugar de Virginia se encuentran la pantera y el leopardo? El Amor está atareado en todas partes. En cualquier lugar están los misioneros de Moravia, predicadores sin par. El viento del sur corteja al del norte y calma su barbarie; en más de un litoral lejano el dulce aire del oeste se muestra persuasivo con el árido levante.

La Tierra entera es la prometida del Amor; en vano aúlla el demonio Principio para impedir el matrimonio. ¿Por qué tiene este mundo en su centro una zona tan rica de tórrido verdor?

¿No es ése acaso su atuendo para el rito final? ¿Por qué se puebla de floraciones naranja y de lirios del valle, sino para expresar su deseo de que los hombres y las doncellas se amen y se desposen? Todo matrimonio entre seres que se aman contribuye a la marcha del Amor universal. Las jóvenes desposadas serán las damas del Amor en el mundo venidero, donde reinará la unión. El Amor nos seduce allá donde se encuentre; ¿cómo puede contenerse el joven que contempla el milagro de belleza que caracteriza al mundo femenino? Donde haya una mujer hermosa estará toda el Asia con sus Bazares. No existe en Italia un monumento más maravilloso que una muchacha yanqui; ni contiene el cielo una bendición superior a su amor terrenal. ¿No descendieron por ventura a la tierra los angélicos tenorios a fin de saborear el Amor y la belleza de una mujer mortal, mientras los estúpidos congéneres de ésta lloraban por un idéntico Paraíso abandonado? Sí, aquellos envidiosos ángeles vinieron a nosotros y emigraron. ¿Acaso aquel que emigra no lo hace para enriquecerse?

El Amor es el gran redentor y reformador del mundo; y, puesto que todas las mujeres hermosas constituyen sus emisarios más exquisitos, el dios de la tierra las ha dotado con un magnético poder de persuasión al que no osaría resistirse ningún joven. La elegida del corazón de cualquier enamorado se le antoja siempre a éste como una bruja inescrutable, que gira reluciente a su alrededor donde quiera que vaya, y traza mil hechizos concéntricos y círculos encantatorios, y le murmura significados que escapan a su terrenal comprensión, y envía todos los gnomos y hadas y despuebla al

mar de sus náyades, que acuden presurosas a girar en torno a su persona. Los misterios son evocados pues como exhalaciones del Amor; ¿por qué extrañarnos entonces de que el Amor sea un místico por siempre jamás?

V

Ciertamente, aquella mañana Pierre se sentía muy místico, si bien no en todo momento: un segundo se mostraba en aquel estado y al siguiente parecía dominado por un desbordante e incontenible júbilo. Era a la vez joven Mago y embaucador. De sus labios brotaban improvisaciones caldaicas en espontáneos Versos Dorados expresados por medio de humorística y aguda réplica. La brillante mirada de Lucy lo transportaba más que ninguna otra cosa. Durante unos minutos descuidó las riendas para estrechar a Lucy en un abrazo; como un buceador siciliano, se zambulló en el Adriático de sus ojos, emergiendo con una copa de rey hecha de felicidad y preparada para el brindis. Todas las olas que flotaban en los ojos de Lucy eran para él mares de regocijo en los que se reflejaban las irradiaciones de aquella mañana ataviada de diáfano azur. En los ojos de Lucy parecían brillar el glorioso azul del día y la dulce inescrutabilidad del cielo. En verdad, los ojos de una mujer, como el mar, reciben la influencia de la atmósfera. Sólo en el aire limpio que acompaña a algunos divinos días estivales pueden distinguirse sus ultramarinos y fluidos lapislázuli. Al contemplar a Lucy, estallaba Pierre en auténticas exclamaciones de júbilo, y los rayados tigres de sus ojos castaños saltaban en sus jaulas de pestaña con fiero deleite. Lucy se apartaba de él en un gesto de amor profundo, porque en el extremo del amor se hallan el Temor y la Duda.

Pronto los veloces corceles condujeron a aquellos hermosos dioses hasta las montañas cubiertas de bosque, cuyo distante añil, convertido en un verdor de variados matices, apareció ante ellos como las antiguas murallas de Babilonia, casi ocultas bajo la exuberante vegetación; aquí y allá, a intervalos regulares, se elevaban los picos dispersos como torretas y los pinares que los coronaban, similares a orgullosos arqueros o a enormes y atentos guardianes del glorioso y babilónico Imperio del Día. Al aspirar el aire de las montañas, los caballos cabriolaron y relincharon, riendo sobre la tierra con sus alegres pisadas. Y es que sentían las felices y deliciosas espuelas del día, que había enloquecido por exceso de gozo. Arriba, en el firmamento, se oía el relinchar de los caballos del sol, que exhalaban por sus ollares una espuma vaporosa, similar al vellón, que se extendía sobre las montañas.

La niebla de las llanuras se elevaba lentamente, reticente a abandonar prados tan hermosos. Al llegar a las verdes laderas, Pierre puso riendas a sus caballos y pronto ambos estuvieron sentados en un terraplén con la mirada perdida en la lejanía, más allá de las arboledas y de los lagos, de las tierras altas sembradas de maíz y de las tierras bajas, pasto para rebaños, contempló los vastos bajíos de un verde deslumbrante que anunciaban zonas donde la fértil tierra busca los sinuosos canales que han de regarla; ya que, como siempre ocurre, la abundancia celeste mora en los lugares más bajos y reverdece y alegra los corazones más humildes y abandona a los altivos príncipes a su estado de yerma soledad.

Pero el Pesar, y no el Júbilo, es un moralista; Pierre apenas captó las sabias enseñanzas de aquella escena. Con la mano de Lucy entre las suyas y sintiendo un tenue tintineo, parecía estar estrechamente unido a los reyes estivales y, por dulce estremecimiento, recibir por anticipado los goces más etéreos de la tierra.

Postrado en la hierba, miró hacia arriba con atención, hasta que sus ojos se toparon con los de Lucy, y declaró:

—Tú eres mi cielo, Lucy; aquí estoy, arrodillado a tus pies como un rey-pastor mientras contemplo tus ojos para ver en ellos las estrellas. ¡Ja! Veo pasar a Venus; y ahora un nuevo planeta; y en la lejanía una infinita nebulosa estelar, como si en el fondo de tu ser yaciese un rutilante velo de misterio.

¿Es sorda Lucy a estos arrebatos de lírico amor? ¿Por qué mira hacia el suelo y vibra de ese modo? ¿Y por qué ahora caen de sus sobrecargados párpados cálidas gotas? En sus ojos no resplandece la dicha, en sus labios parece dibujarse un estremecimiento.

—¡Ah! ¡Eres demasiado ardiente e impetuoso, Pierre!

—¡Ah, húmedo y cambiante Abril! ¿Acaso no sabes que al húmedo y cambiante Abril sucede el regocijo de Junio, mes alegre, seguro y despejado? Y, Lucy, este día tendría que ser tu Junio, como es el Junio de la tierra.

—¡Ah, Pierre! No existe Junio para mí. Pero, dime, ¿no está Junio lleno de dulzura gracias a las lágrimas de Abril?

—¡Ay, amor mío! Pero aquí caen más y más gotas; la lluvia de tus ojos es más torrencial que la que corresponde a Abril, y desde luego no pertenece a Junio.

—¡Junio, Junio! ¡Época novia del verano, tras el dulce cortejo de la primavera a la tierra! ¡Mi Junio, aquel que me pertenece, no ha llegado todavía!

—No ha llegado todavía, pero ya ha sido decretado. ¡Es tan bueno como si ya estuviera aquí, e incluso mejor!

—Ninguna flor que, siendo aún capullo, haya sido alimentada por las lluvias de Abril, puede perecer para siempre antes de la eclosión de Junio. ¿Puedes jurar que será así con nuestro amor, Pierre?

—En mi corazón anidan las audaces inmortalidades del amor más divino; y yo te juro que a mi lado vivirás las inalterables eternidades de una dicha jamás soñada por una mujer en este hogar tan apropiado para los sueños que es la tierra. Un dios tiene decretada para ti la eterna felicidad y para mí, la posesión indisputable de ti y de ellos, como feudo inalienable. ¿Crees que deliro? Mírame bien, Lucy; piensa en mí, muchacha.

—Eres joven, bello y fuerte; estás investido de una jubilosa masculinidad y tu intrépido corazón nunca se ha visto afectado por la sombra del temor; pero...

—Pero ¿qué?

—¡Ah! ¡Mi fantástico Pierre!

—¡Con besos voy a aspirar el secreto de tu mejilla! Pero ¿qué?

—Regresemos a casa, Pierre. Se está apoderando de mí una tristeza indescriptible, un extraño desmayo. Preveo una eterna melancolía. Cuéntame una vez más la historia de aquella cara, Pierre, de aquella cara misteriosa y perturbadora que, según me dijiste, trataste tres veces, en vano, de evitar. El cielo está azul y la brisa es suave, Pierre; pero cuéntame la historia de aquel rostro insigne, implorante, con ojos oscuros de aflicción, místicamente pálido e intimidado ante ti. ¡Ah, Pierre! A veces pienso: «No me casaré con mi fantástico Pierre sin desvelar el enigma del rostro». Cuéntame, cuéntame, Pierre, ya que, como un basilisco, con expresión de firme y ardiente dolor el rostro se cierne sobre mí.

—¡Brujería! ¡Brujería! ¡Maldita sea la hora en que actué pensando en que en el amor no hay reservas! Nunca debería haberte explicado la historia de aquel rostro, Lucy. Me he desnudado en exceso ante ti. ¡Oh, en el amor no debe saberse todo!

—Si no se sabe todo, tampoco se puede amar todo, Pierre. No debes volver a decir eso nunca; y, Pierre, escúchame. Ahora..., ahora, en este inexplicable estado de trepidación en que me encuentro, te conjuro a que sigas actuando siempre como lo has venido haciendo hasta ahora, para que yo sepa en todo momento qué es lo que te agita, cuál es el pensamiento, por etéreo y transitorio que te parezca, que penetra en ti desde la vasta atmósfera formada por todo cuanto encierra mortalidad. Si algún día dudase de ti en este aspecto, si llegase a creer que en tu corazón hay algún rincón, por pequeño que sea, que me ocultas celosamente, ese día sentiría un fatal desencanto, Pierre. Declaro en este momento, y es el Amor quien habla a través de mí, que sólo en un estado de confianza sin límites y de intercambio de los secretos más sutiles tiene el Amor posibilidades de perdurar. El Amor en sí es un secreto y de ellos se alimenta, Pierre. Si supiera de ti lo mismo que puede llegar a conocer el resto del mundo, ¿en qué te convertirías para mí, Pierre? Tú debes ser siempre para mí un secreto desvelado. El Amor es vano y orgulloso; cuando camino por la calle y me topo con tus amigos, necesito reírme para mis adentros, mientras abrigo una única idea: «Ellos no le conocen, sólo yo lo sé todo acerca de Pierre, nadie más bajo el circuito del lejano sol».

Así que júrame, querido Pierre, que nunca me ocultarás un secreto, no... nunca, nunca. ¡Júramelo!

—Siento que algo se apodera de mí. Esas inexplicables lágrimas, que se desprenden de tus ojos y caen, caen sobre mi corazón, lo han convertido en una roca. Me siento duro, helado. ¡No juraré!

—¡Pierre! ¡Pierre!

—¡Dios se apiade de ti, y también de mí, Lucy! No puedo ni quiero pensar que en este aire tan ligero y dulce haya agentes invisibles que traman una traición para acabar con nuestro amor. ¡Oh! Si os encontráis cerca de nosotros, seres cuyo nombre desconozco, por un nombre que debería ser eficaz, por el sagrado nombre de Cristo, os conjuro a que os alejéis de ella y de mí. No la toquéis, demonios del aire; ¡partid hacia el infierno; lugar que os ha sido destinado! ¿Por qué estáis merodeando en estas lindes celestiales? ¿Acaso las cadenas del Amor omnipotente no pueden reducirlos, enemigos?

—¿Es éste Pierre? El brillo de sus ojos me aterra; en estos momentos profundizo en él, capa por capa; ha girado en redondo y se dirige al aire con amenazas, como si este último lo hubiera desafiado. ¡Pobre de mí, si este Amor embrujador nos castiga con un hechizo maléfico! ¿Pierre?

—Hace unos segundos me encontraba a una infinita distancia de ti, oh, Lucy mía, y erraba desconcertado en la asfixiante noche; pero tu voz me alcanzaría aunque en mi peregrinar hubiese llegado al reino Boreal, Lucy. Aquí me tienes y, sentado a tu lado, dejo que me tranquilices.

—¡Oh, Pierre! ¡Mi Pierre! Pierre, por ti me dejaría despedazar en diez trillones de partes sin dejar de esconderte en mi regazo ni de darte calor, aunque estuviese sentada en montes de hielo tan fríos como un cadáver. Mi Pierre, ¡bendito seas! En estos momentos desearía clavarme un puñal, ya que han sido mis estúpidos y enfermizos temores los únicos causantes de tu delirio y sufrimiento. Perdóname, Pierre; tu mudado semblante ha hecho desaparecer al otro; el espanto que me causas supera a todo lo demás. Aquel rostro ya no me obsesiona. Aprieta fuerte mi mano, mírame fijamente, amor mío, para que su última huella se desvanezca. Ya me siento casi recuperada; se ha ido por fin. En pie, Pierre; levantémonos y volemós lejos de estas montañas donde, temo, se cierne una gran amenaza sobre nosotros. Volvamos a la llanura. ¡Fíjate! Tus corceles relinchan como si quisieran llamar la atención..., sí, sí, te están llamando. Las nubes descienden veloces hacia el llano. ¡Mira! Estas montañas me parecen ahora desoladas, mientras el valle es todo verdor. Gracias a ti, Pierre. Al abandonar las montañas, mis mejillas se secan; dejo atrás mis lágrimas para que las absorban las hojas perennes, apropiados emblemas del amor inalterable, que se nutren de mi propia tristeza. ¡Cruel destino, que hace que el más bello verdor del amor tenga que nutrirse de lágrimas!

Así pues, Pierre y Lucy descendieron velozmente por la ladera. No se sintieron tentados a subir hasta cumbres más altas, prefiriendo regresar al llano a toda prisa. Las nubes que cubrían los ojos de Lucy se habían evaporado y el brillo oblicuo y espeluznante se había borrado de la mirada de su amante. En la llanura volvieron a encontrar la paz, el amor y el júbilo.

—¡Sólo han sido vapores errantes y perversos, Lucy!

—Un eco vacío, Pierre, de lúgubre sonido. Ya ha pasado. ¡Dios te bendiga, mi Pierre!

—¡Que el gran Dios te proteja siempre, Lucy! Ya volvemos a estar en nuestro hogar.

VI

Pierre acompañó a Lucy hasta el salón más alegre de la casa de su tía e hizo que se sentara junto a la madreselva que se encaramaba hasta casi entrar en el interior de la estancia por la ventana, cerca de la cual se encontraba un caballete de dibujo, que Lucy, con su habitual destreza, utilizaba también como espaldar para dos delgadas ramas de vid plantadas en tiestos en que se apoyaban a su vez los pies del caballete. Y, tras sentarse a su lado para ahuyentar con su agradable y brillante conversación la última huella de tristeza del corazón de su amada, Pierre se levantó, para ir a rogarle a su encantadora tía que no se separase de ella y despedirse hasta la tarde, cuando Lucy lo llamó para pedirle que subiera a su dormitorio a buscar su portapliegos azul, porque deseaba eliminar la última sombra de melancolía —si es que en realidad aún quedaba alguna— distrayendo su pensamiento con la ayuda de un pequeño dibujo hecho a lápiz que representaba escenas muy diferentes a las de Saddle Meadows y sus montañas.

De modo que Pierre subió la escalera, deteniéndose en el umbral de la puerta abierta. Nunca había entrado en aquella alcoba sin sentirse invadido por un respeto sobrenatural. La alfombra se le antojaba tierra sagrada. Cada silla parecía haber sido santificada por algún santo entonces ausente que la hubiese ocupado durante algún tiempo. Su libro del Amor se convertía en una rúbrica que rezaba: Inclínate ahora, Pierre, inclínate. Pero aquella extrema lealtad al aspecto piadoso del Amor, que llegaba hasta él siguiendo el mandato del templo más secreto escondido en su interior, no dejaba de verse alterada por arrebatos en todas sus vísceras, que le hacían imaginar que estrechaba a la mayor belleza del mundo entre sus amorosos brazos; todo su universo quedaba confiado al gran amor que su corazón sentía por Lucy.

Cuando cruzaba el mágico silencio de la estancia vacía, se topó con la visión del lecho, blanco como la nieve, a través del espejo de la cómoda. Aquella escena se le quedó grabada. Por un fugaz instante, creyó ver a la vez los dos lechos separados —el auténtico y el reflejado— y se apoderó de él un inesperado y desalentador presentimiento. Pero vino y desapareció en un suspiro. Así que avanzó y, con un júbilo afectuoso y dulce, sus ojos se posaron en la cama sin mácula y se fijaron en un rollo de

papel blanco como la nieve que yacía a un lado de la almohada. Dio un paso adelante y Lucy pareció venir a su encuentro. Pero no, no era más que el extremo de una de sus diminutas zapatillas que asomaba por debajo de los velos y cortinas que, como estrechos faldones, adornaban el lecho. Su mirada volvió a fijarse en el rollo de papel, de un blanco inmaculado, delgado y bien plegado, permaneciendo absorto ante él, presa de su encantamiento. Nunca el valioso pergamino de los griegos le pareció tan precioso como aquél. Nunca un erudito deseó tan ardientemente desenrollar la mística vitela como Pierre ansiaba descubrir los sagrados secretos de aquel papel resplandeciente. Pero sus manos no tocaron ningún objeto de aquella alcoba excepto el que había ido a buscar.

—Aquí tienes tu portapliegos azul, Lucy. Mira, la llave cuelga de su cerradura de plata. ¿No has temido que lo abriese? Debo confesar que me he sentido tentado de hacerlo.

—¡Ábrelo! —exclamó Lucy—. Sí, vamos, Pierre, adelante. ¿Qué secreto iba a ocultarte? Puedes leer a través de mí si lo deseas. Soy totalmente tuya. ¡Mira! —y, al abrir el portapliegos flotaron en el aire todo tipo de partículas de rosa y el perfume muy delicado de una esencia invisible.

—¡Ah, Lucy, santo ángel!

—¡Pierre! Pareces transfigurado, como si... Pierre, ¿qué sucede?

—Como si acabase de asomarme al Paraíso, Lucy, y...

—Tu mente está vagando de nuevo, Pierre. Ya basta. Vamos, debemos separarnos ahora. Me siento del todo repuesta. Rápido, llama a mi tía y déjame en su compañía. Recuerda que esta tarde tenemos que mirar el libro con grabados que nos envían de la ciudad. Ven pronto; pero ahora vete, Pierre.

—Bien, adiós, hasta esta tarde, cumbre de todo deleite.

VII

Mientras cabalgaba por el pueblo silencioso bajo las sombras verticales que proyectaban los árboles a mediodía, Pierre se vio abandonado por la dulce escena de la alcoba y de nuevo atrapado por aquella mística faz que se adueñaba de su persona. Por fin, al llegar a casa, se encontró con que su madre estaba ausente, de modo que atravesó sin rodeos el amplio vestíbulo situado en medio de la planta baja, descendió la explanada de la parte trasera y caminó sin rumbo, absorto, hasta la orilla del río.

En aquel lugar se erguía un robusto pino que, por fortuna, los leñadores, a pesar de su costumbre de no dejar ningún árbol sin talar, habían descuidado al limpiar aquella pradera tiempo atrás. Fue un día en el que cruzaba —dirigiéndose a aquel noble pino— un bosquecillo de tsugas al otro lado del río, cuando Pierre observó por vez primera el significativo hecho de que, si bien la tsuga y el pino son árboles que crecen de modo similar y alcanzan la misma altura, siendo en su aspecto general muy semejantes (razón por la cual las personas poco acostumbradas a los bosques los confunden) y a pesar de constituir proverbialmente «árboles que evocan la tristeza», hay algo que los diferencia a ojos del atento observador: la oscura tsuga no posee música en sus pensativas ramas, mientras del dulce pino se desprenden notas de melodioso pesar.

Pierre se sentó en sus semidesprotegidas raíces, impregnadas de tristeza, y observó el considerable volumen y la gran longitud de una de ellas en particular que, habiéndose hundido en la tierra, volvía a aparecer, tras sufrir la acción de lluvias y tormentas que la habían expuesto a la luz.

«¡Cómo se extienden estas anchas y fuertes raíces! ¡Estoy seguro de que este pino se sujeta con fuerza a esta hermosa tierra! Ninguna flor, por resplandeciente que sea, posee tan profundas raíces. Este árbol ha sobrevivido, durante un siglo, a generaciones de alegres flores y sobrevivirá, otro más, a aquellas que aún no han nacido. Es muy triste que así sea. ¡Atención! Ahora oigo los lamentos piramidales, incontables y similares a la llama, de este pino eolio; el viento sopla sobre él. Sí, el viento, que es la respiración de Dios. ¿Tan triste está? ¡Oh, árbol! ¡Tan poderoso, tan altivo y sin embargo tan lleno de pesar! ¡Qué cosa tan extraña! ¡Qué veo! ¡Al alzar la

mirada para adivinar tus elevados misterios, oh árbol, el rostro, sí, el rostro se asoma ante mí desde las alturas! “¿Eres tú, Pierre?” —parece preguntarme—. “Ven a mí”. ¡Oh, muchacha desconocida! Qué péndulo tan desafortunado para ocupar un puesto al lado de la imagen de la dulce Lucy, que también pende y lo hizo antes que tú, de mi corazón. ¿Es acaso el dolor la otra cara de la dicha, inseparable de ésta? ¿Es el sufrimiento un intruso que desea entrar sin que nadie haya solicitado su presencia? Sin embargo, aún no te conozco. Aflicción; eres para mí una leyenda. He vivido bárbaras pendencias de glorioso furor; he probado a menudo el sabor del ensueño, origen de la meditación, engendrador de tristeza, procedencia de todo presentimiento poético. Pero tú, Aflicción, eres aún un cuento de fantasmas para mí. No te conozco y no consigo creer en ti. No es que de vez en cuando no sienta el querido agujijón de la pena; pero que Dios me libre de ti, forma desconocida, provocadora de profundo desaliento. ¡Tiemblo ante ti! ¡El rostro, el rostro! De nuevo, desde tu profundo secreto surge el rostro y se me acerca a hurtadillas. ¡Misteriosa muchacha! ¿Quién eres? ¿Con qué derecho me arrebatas mis más elevados pensamientos? Aleja de mí tus esqueléticos dedos; ya estoy comprometido, y no contigo. ¡Déjame! No puedes poseerme y con toda seguridad, no me amas; eso sería muy lamentable para ti, para mí y para Lucy. Es imposible. ¿Qué o quién eres? ¡Oh, funesta imprecisión, demasiado familiar y sin embargo inexplicable! ¡Desconocida, totalmente desconocida! Me siento zozobrar en un estado de perplejidad. Pareces saber algo acerca de mí que yo mismo ignoro. ¿Qué es? Si se esconde un secreto en esos ojos de pesaroso misterio, descorre el velo, Pierre te lo exige; ¿qué ocultas en ti de un modo tan imperfecto que creo ver su movimiento, aunque no su forma? ¡Nunca en el corazón de Pierre penetró nada tan en sordina! Si hay algo acechándome, vosotras, ¡oh, fuerzas soberanas que exigiés de mí la adoración más leal!, yo os conjuro a que destruyáis el velo; debo enfrentarme con mi enemigo cara a cara. Si piso una mina, prevenidme; si camino hacia el precipicio, sujetadme para que no caiga en él; pero, sobre todo, no me abandonéis a una desgracia desconocida que hará presa de mí y se apoderará de toda mi persona; ¡no hagáis eso nunca! Porque la fiel creencia de Pierre en vosotros —ahora limpia e intocada— puede desaparecer sin dejar huella, haciendo que me convierta en un renegado ateo. ¡Ah! Ahora el rostro se aleja. Ruego al cielo que no se haya esfumado sólo por un instante, ocultándose en tus elevados secretos, ¡oh, árbol! Pero se ha ido por completo... sí, se ha ido; doy gracias al Señor, porque siento júbilo de nuevo. Júbilo, mi mayor derecho como ser humano; si estoy privado de él, creo tener una causa de encarnizada lid con lo invisible. ¡Ja! Parece que creciera a mi alrededor un escudo de malla, protegiéndome como una coraza; he oído que los inviernos más crudos vienen anunciados por una farfolla particularmente espesa que crece sobre el maíz indio; así lo afirman nuestros viejos granjeros. Pero es éste un sombrío símil. Dejemos a un lado las analogías, que, si bien suenan dulces en boca del orador, se

tornan amargas en el estómago del pensador. De modo que debo impulsarme a la alegría, para, con una faz resplandeciente de júbilo, ahuyentar a los fantasmas: ya se van todos, y Pierre vuelve a pertenecer a la Felicidad y a la Vida. ¡Tú, pino! A partir de ahora me resistiré a tu traidor poder de persuasión. No permitiré que me traigas con tanta frecuencia hasta tu invisible tienda, ni que me induzcas a meditar sobre las lúgubres y arraigadas estacas que la sujetan. Me alejo de tu lado: ¡La paz sea contigo, pino! Esa bendita serenidad que siempre está al acecho cuando nos ataca el pesar más leve, escondiéndose en su propio corazón, es lo que permanece cuando lo demás se difumina; ese sentimiento es ahora mío, lo he conquistado con toda facilidad. No me arrepiento de haber estado triste, ya que ahora me siento como en el cielo. ¡Mi adorada Lucy! Bien, bien, esta tarde nos divertiremos; primero, hemos de ver un libro flamenco con ilustraciones, y luego contemplaremos el Homero de Flaxman, de contorno muy marcado, pero lleno de una bárbara nobleza desnuda de adornos, así como el Dante del mismo autor. ¡Dante! Poeta de la Noche y el Infierno. No, no nos detendremos en Dante. Creo que ese rostro —¡ese rostro!— me recuerda levemente al de Francesca, melancólica y dulce. Es como si fuera la faz de la hija de Francesca, que fluctúa en el viento triste y sombrío, hacia el observador Virgilio y el lastimado florentino. No, no hojearemos el Dante de Flaxman. La apesadumbrada cara de Francesca es algo irreal para mí. Flaxman la evocaría en toda su intensidad, obligándome a tenerla presente en forma de imágenes de desgracia o de poder embrujador. ¡No! ¡No hojearemos el Dante de Flaxman! ¡Maldita sea la hora en que decidí leer a Dante! ¡Más maldita que aquella otra en que Paolo y Francesca leyeron al fatal Lancelot!».

Libro III

El presentimiento y la verificación

El rostro sobre el que Pierre y Lucy habían hecho insinuaciones oscuras y temerosas no era el resultado de ningún hechizo; sus rasgos mortales, que reflejaban la desgracia, habían sido observados directamente por Pierre. No es que la dueña de aquellos rasgos lo hubiese abordado en privado en ningún páramo solitario bajo la pálida luz del cuarto creciente; el encuentro, por el contrario, se había producido en una estancia alegre, iluminada por muchas velas y resonante, habitada por las voces de una muchedumbre de féminas risueñas. Aquella sombra había avanzado hacia él desde el mismo seno del júbilo. Rodeada por candelabros encendidos había brillado ante él sugiriendo un algo impreciso de carácter histórico o profético; venía del pasado, señalaba un pecado irreparable; se dirigía al futuro y apuntaba hacia un mal inevitable. Era uno de esos rostros que se le aparecen al hombre de vez en cuando y que, sin pronunciar una sola palabra, le revelan visiones fugaces de un temible evangelio. Ataviados con atuendo natural, pero iluminados por una luz sobrenatural; palpables para los sentidos, pero inescrutables para el alma; impresionándonos con su perfección, siempre flotan entre la más negra desgracia y la más intangible belleza... dichos rostros, compuestos de infierno y de cielo, destruyen en nosotros toda persuasión pasada y nos convierten de nuevo en niños que se admiran de cuanto ocurre en el mundo.

El rostro se había aproximado a Pierre unas semanas antes de su excursión en faetón con Lucy a las montañas que se elevaban más allá de Saddle Meadows, y también antes de la llegada de esta última para pasar el verano en el pueblo. Además, el encuentro había tenido lugar en un escenario frecuente y familiar, lo cual no hacía sino intensificar el misterio.

Había permanecido ausente de la mansión la mayor parte del día, pues había ido a tratar un asunto con uno de sus arrendatarios que vivía en un lugar alejado; a los pocos minutos de su regreso, cuando el atardecer empezaba a estar bañado por la suave luz de la luna, Dates le entregó un mensaje de su madre por el que ésta le rogaba que fuese a recogerla sobre las siete y media de aquella misma tarde a casa de la señora Llanyllyn, para acompañarla desde allí hasta la morada de las señoritas Pennies. Al serle mencionado dicho nombre, Pierre supo en seguida cómo iba a transcurrir la

velada. Aquellas ancianas y auténticamente piadosas hilanderas, dotadas de los corazones más benévolos del mundo y privadas del sentido del oído, ya en su edad madura, por la envidiosa naturaleza, parecían haber convertido en una máxima —que había de presidir su caritativa existencia— que, ya que Dios les había negado toda posibilidad de oír el Evangelio de Cristo predicado, debían concentrar todo su esfuerzo en practicarlo. Como es natural, se abstenían de ir a la iglesia, puesto que lo que en ella se celebraba no podía interesarles. Mientras, con sus libros de oraciones en las manos, el reverendo Flasgrave y su congregación de fieles se dedicaban a adorar a su Dios según mandamiento divino, las dos señoritas Pennies, con hilo y aguja, trabajaban duramente para servirle, cosían camisas y confeccionaban atuendos para los pobres de la parroquia. Hacía poco, Pierre había oído decir que habían tomado a su cargo la organización de una sociedad que, formada por las esposas e hijas de los granjeros vecinos, debía reunirse dos veces por mes en su casa (la de las señoritas Pennies) con el propósito de coser conjuntamente, en beneficio del establecimiento en el lugar de unos emigrantes necesitados, que poco tiempo antes habían armado sus populosas chabolas río arriba. Pero si bien sabía que aquella empresa no se había iniciado sin someterla antes a la consideración de la señora Glendinning —ya que era muy querida y honrada por las piadosas hilanderas— y obtener una promesa de sólida colaboración de la graciosa dama de la mansión, Pierre ignoraba que su madre también había sido oficialmente invitada a presidir e incluso a asistir a todos los encuentros quincenales del grupo. En cualquier caso, suponía que, lejos de tener el menor escrúpulo en aceptar tal honor, su madre estaba encantada de participar en una tarea emprendida por las personas más honestas del pueblo.

—Y ahora, hermano Pierre —dijo la señora Glendinning, levantándose de la enorme y mullida silla que ocupaba en casa de la señora Llanyllyn—, coloca el chal sobre mis hombros y deséale buenas tardes a la tía de Lucy. Démonos prisa o llegaremos tarde.

Mientras se acercaban andando al lugar de reunión, añadió:

—Bien, Pierre, sé que tienes cierta tendencia a impacientarte en ocasiones, sobre todo cuando asistes a escenas de costura. Pero ánimo, únicamente quiero asomarme a ver cómo va todo, para tener una vaga noción de lo que hacen; de ese modo puedo seleccionar mejor las piezas que he prometido para uso caritativo. Además, Pierre, podría haberle pedido a Dates que me escoltase, pero he preferido que seas tú porque quiero que conozcas a las personas con las que vives. Deseo que compruebes cuántas mujeres y muchachas, hermosas y refinadas por naturaleza, moran en el pueblo del que algún día serás señor indiscutible. Estoy segura de que vamos a presenciar una auténtica exhibición de rojo y blanco en versión rural.

Alentado por tan agradables promesas, Pierre pronto se encontró conduciendo a su madre hasta una estancia llena de rostros. En el instante en que aparecieron, una

anciana, que estaba sentada haciendo su labor de punto cerca de la puerta, se levantó de forma espontánea y graznó con voz estridente:

—¡Ah, señoras, señoras! ¡La señora Glendinning! ¡Nuestro señor, Pierre Glendinning!

Unos segundos después de la introducción, se oyó un alarido repentino y prolongado. Provenía de una muchacha, pero parecía surgir del más allá. Su autora se encontraba en el rincón más apartado de la doble estancia. Nunca una voz humana había afectado tanto a Pierre. Si bien no podía ver a la persona que la había emitido, cuya voz le era totalmente desconocida, el inesperado alarido pareció vencer todo obstáculo y entrar directamente en su corazón, atravesándolo y abriendo una brecha en él. Durante un momento estuvo confundido, pero reaccionó al oír la voz de su madre, que aún iba cogida de su brazo.

—¿Por qué me aprietas el brazo de este modo, Pierre? Me haces daño. ¡Vamos! Lo único que ha ocurrido es que alguien se ha desmayado, eso es todo.

Pierre recobró su ánimo al instante y, mientras simulaba burlarse de su propio azoramiento, cruzó la estancia a toda velocidad para ofrecer sus servicios, si eran necesarios. Pero algunas mujeres y doncellas se le habían adelantado; las luces de las velas titilaban de un modo especial a causa de la corriente de aire que penetraba por el batiente de la ventana, que se hallaba cerca del lugar del que procedía el alarido y que estaba abierto de par en par. Pero el tumulto ocasionado por el incidente se disolvió en seguida y, una vez cerrada la ventana, todo volvió a la normalidad. La mayor de las hermanas Pennies avanzó hacia la señora Glendinning y le notificó que una de las aplicadas muchachas que trabajaban en aquel rincón se había visto afectada por un ataque repentino pero efímero que podía ser imputado de forma vaga a uno u otro desorden nervioso. La joven se encontraba ya mucho mejor. Y las presentes, sin excepción, ya que todas actuaban de acuerdo con su natural buena educación, basada en la delicadeza y la caridad, se abstuvieron de mostrar la menor curiosidad, de recordar la escena a la muchacha o de mirarla con insistencia; al cabo de unos segundos, las agujas volvían a hilvanar y embastar como antes.

Pierre dejó a su madre sola para que pudiese hablar a placer y ocuparse de los asuntos que más le interesaban, y nadó un rato en el olvido entre aquella animada multitud mientras alejaba de su mente toda desazón pasada; dirigió algunas palabras corteses a las señoritas Pennies insinuándose al entendimiento de éstas a través de una larga trompetilla redonda que, cuando no resultaba necesaria, pendía como un cuerno de pólvora de los cintos de las hermanas hilanderas; manifestó su más vivo y profundo interés por el místico mecanismo de un enorme calcetín de lana que estaba siendo confeccionado por una anciana dama que conocía de modo más personal y que laboraba con las gafas caladas; y, una vez se hubo ocupado de todo aquello y de algunas otras actividades, demasiado fastidiosas para ser detalladas, pero que le

absorbieron durante casi media hora, Pierre, sonrojándose levemente y con una confianza en sí mismo no demasiado equilibrada, avanzó hacia el grupo de muchachas que se encontraban en un rincón apartado en el que, a la luz de unas velas envueltas en su costra de cera, agrupaban sus rostros de mejillas lustrosas como un denso parterre de tulipanes de jardín. Allí estaban las tímidas y hermosas Maries, Marthas, Susans, Betties, Jennies, Nellies y cuarenta bellas ninfas más que batían la nata y preparaban la mantequilla de las granjas de Saddle Meadows.

La seguridad sólo se manifiesta en presencia de gente segura. Cuando prevalece la turbación, afecta al más imperturbable. ¿Qué duda cabe, pues, de que al contemplar aquel conjunto de rostros entrelazados, enrojecidos, pícaros y algo apartados de su mirada, si bien audaces en su vergüenza, Pierre se sonrojó y vaciló en su ademán? En su corazón se escondían el juvenil amor y la dulzura, y a su lengua afloraban palabras amables, pero su cuerpo estaba paralizado, constituyendo una diana para las penetrantes miradas de los arqueros emboscados en los ojos.

Mas su desconcierto se prolongó demasiado; su mejilla pasó del rojo a una extrema palidez; ¿qué era aquello tan extraño que veían sus ojos? Detrás del primer y laborioso petril de activas muchachas, había varias mesas, redondas o cuadradas, a las que se sentaban grupos de dos o tres jóvenes que cosían, por así decirlo, uniendo y comparando sus soledades. Parecían ser las menos notables dentro de aquella sociedad rural; o bien por algún motivo, se habían retirado voluntariamente a su humilde lugar de destierro. La mirada de Pierre, envuelta en una extraña palidez, se había fijado en una de las personas atareadas en una de las mesas más apartadas y menos conspicuas, situada junto a un batiente.

La muchacha estaba sentada, cosiendo con gran aplicación en un silencio total, que también guardaban sus compañeras. Sus ojos estaban casi concentrados en su trabajo; pero un observador atento se habría dado cuenta de que los alzaba furtivamente de vez en cuando y los dirigía hacia donde se encontraba Pierre, si bien con gran timidez. También aquellos ojos se desviaban, reflejaban aún más timidez y de un modo más furtivo, hacia la madre de este último, que se hallaba en un lugar alejado de la estancia. Durante todo el rato, su inexplicable calma parecía existir únicamente para cubrir una intensísima lucha en su seno. Su vestido, humilde y sin adorno, era de color negro y se ajustaba al cuello por medio de una cinta de terciopelo liso que le servía de cierre. Una persona perspicaz hubiese notado una cierta elasticidad en el terciopelo que cubría su pecho, que se contraía y extendía como si algo violento y al mismo tiempo ahogado tratase de traspasar la fecunda región del corazón. Pero sus mejillas oscuras y cetrinas no mostraban sonrojo ni señal alguna de desasosiego. Mientras fuese contemplada en la simple superficie, estaba impregnada de una compostura inefable. Pero su tímida mirada no dejaba de desviarse furtivamente. Una vez y otra, como cediendo a un irresistible ascenso de su emoción oculta, de naturaleza

desconocida, elevó su maravilloso semblante hacia la luz de la vela y por un instante fugaz su rostro sobrenatural se topó sin reservas con el de Pierre. Una mágica hermosura y un halo aún más mágico de soledad se manifestaron con matices de súplica inexplicable en aquella cara inolvidable desde el momento en que se expuso ante él. Pierre creyó ver en ella un bello campo de batalla en el que la Angustia había luchado con la Belleza y en el que al no lograr vencer ninguna, ambas habían quedado tendidas.

Recobrándose por fin de su emoción demasiado evidente, Pierre se alejó hasta un lugar más apartado, para recuperar el dominio consciente de sí mismo. Una curiosidad indomable, sorprendente e incomprensible se había adueñado de él, creándole una necesidad de saber algo más concreto acerca de aquel rostro. En un momento se rindió a tal sentimiento, ya que se sentía incapaz de combatirlo o de razonar con él de ninguna manera. Tan pronto como notó que la compostura exterior había vuelto a él, se formó el propósito de abrirse camino con la palabra por entre aquel mar de ojos y mejillas relucientes y escuchar, con algún astuto pretexto, una sílaba audible de aquella muchacha cuyo aspecto, aun en el silencio, lo había conmovido tan poderosamente. Pero cuando, por fin, con tal propósito en la mente, volvía a cruzar la estancia, oyó la voz de su madre que le anunciaba en tono alegre su partida; al girarse, vio que ya se había puesto el chal y el sombrero. Como no podía dar una excusa plausible para quedarse, trató de controlar su agitación, se despidió de la comunidad en tono azorado y se dirigió al lugar en que le esperaba la señora Glendinning.

Había recorrido en un silencio total parte del trecho que le separaba de casa cuando su madre dijo:

—Y bien, Pierre, ¿puedo saber qué es lo que te perturba?

—¿Te has dado cuenta, madre, la has visto?

—¡Hijo mío! —exclamó la señora Glendinning, deteniéndose de repente, aterrorizada y retirando su brazo del de Pierre—. Por el cielo, ¿qué es, qué es lo que te aflige? ¡Algo muy extraño te sucede! He preguntado en tono jocoso en qué estaba concentrado tu pensamiento, y me respondes con una misteriosa pregunta, con una voz que parece salir de la tumba de tu tatarabuelo. ¿Qué significa esto, Pierre? ¿Por qué permaneces silencioso y por qué hablas de modo tan inoportuno? Respóndeme, explícamelo todo; ese la, ese la... ¿En quién puedes estar pensando sino en Lucy Tartán? ¡Ten cuidado, Pierre, ten cuidado! Te creía más firme, en cuestiones de amar, de lo que tu asombroso comportamiento parece insinuar. Contéstame, Pierre, ¿qué significa esto? Vamos, sabes que detesto el misterio; habla, hijo mío.

Por fortuna, aquella prolongada sorpresa verbalizada por su madre proporcionó a Pierre el tiempo necesario para recuperarse de su doble y agravado estupor, ocasionado en primer lugar por la sospecha de que ella también hubiera quedado impresionada por el extraño aspecto de aquel rostro y también, al deshacerse el

malentendido en forma tan violenta, por su alarma aparentemente sincera al encontrarle en una región del pensamiento que en ese momento no compartía en absoluto.

—No es nada, nada, hermana Mary; no te inquietes, no ocurre nada, de veras. Creo que estaba soñando, que caminaba como sonámbulo o algo por el estilo. Había muchachas muy hermosas en ese lugar, hermana Mary, ¿no es cierto? Vamos, sigamos andando; te ruego que continuemos nuestro paseo, hermana mía.

—¡Pierre, Pierre! Volveré a asirme a tu brazo. ¿Realmente no tienes nada más que decir? ¿Estabas realmente en un ensueño, Pierre?

—Te juro, mi queridísima madre, que nunca en mi larga existencia mi alma ha divagado tanto como hace unos minutos. Pero ahora ya pasó —entonces, en un tono menos grave y más jocoso, añadió—: Y, hermana mía, si sabes algo de medicina fisiológica y sanitaria, comprenderás que el único tratamiento para combatir este caso de aberración inofensiva y temporal consiste en que todos olvidemos el asunto. Así que no pensemos más en mi necesidad. El hablar de ella me hace sentir estúpido y temo que el fenómeno pueda volver a apoderarse de mí al recordarlo.

—Si es así, querido hijo, no se hable más, por el cielo. Pero es algo raro. Si he de decir la verdad, lo encuentro muy extraño. Bueno, y sobre los asuntos que te han obligado a ausentarte esta mañana, ¿qué me dices? ¿Cómo te ha ido?

II

Así que Pierre, enfrascándose con alegría en la nueva fuente de conversación que se le ofrecía, consiguió acompañar a su madre hasta la mansión familiar sin ser para su progenitora motivo de preocupación o sorpresa. Pero no pudo en modo alguno eliminar con igual rapidez su propia inquietud y asombro. Demasiado cierta era en el fondo, por muy evasiva que hubiese resultado en sus efectos, la respuesta dada a su madre, por la que había declarado seriamente que nunca en toda su existencia se había sentido tan conmovido por un fenómeno. Aquel rostro le obsesionaba del mismo modo en que una Madonna implorante, bella y desapasionada alucinaría a un artista mórbido, anhelante, entusiasta y siempre deslumbrado. En el instante en que aquel místico rostro se alzaba ante los ojos de su imaginación, surgía en él un nuevo sentimiento; un alarido femenino, prolongado y sobrenatural, repiqueteaba en su alma, porque había comprendido que el grito escuchado en el taller de costura provenía de aquel rostro; un sonido tan deífico no podía haber nacido en otra fuente. «¿Por qué aquel alarido? —pensaba Pierre—. ¿Es un mal presagio para mí? ¿Qué cambio se ha producido que mi aparición en cualquier escena tiene el poder de provocar tal desolación?». Era sobre todo el rostro, sí, el rostro, lo que se había grabado en su mente. El alarido se asociaba a esto último como un incidente accesorio.

Las emociones que experimentaba parecían haberse apoderado de las más profundas raíces y las más sutiles fibras de su ser. A causa, precisamente, de la huella subterránea que aquel rostro marcaba en él, sentía con mayor intensidad su inescrutable misterio. ¿Qué representaba para él una muchacha desconocida, de ojos tristes y dada al llanto? En varias partes del mundo existían doncellas de ojos tristes, y aquélla no era sino una más. Y, además, ¿qué podía significar para él la mujer de ojos tristes más bella del mundo? El pesar es fuente de hermosura, al igual que la alegría... Por un momento se perdió en un laberinto de ideas. «Esta infatuación tiene que acabar», se decía a sí mismo; pero la divina belleza y el sufrimiento implorante de aquel rostro aparecían ante sus ojos, procedentes de desconocidas regiones en que el aire estaba iluminado.

«Hasta ahora, he tomado a la ligera todas esas historias derivadas de la mística fantasmal de los hombres —pensaba Pierre—; mi credo en este mundo me impulsa a fijarme sólo en la carne hermosa y visible, a escuchar aquello que respira de forma audible y a aspirar aromas dulces y perfumados, siempre que sean reales. Lo cierto es que sólo he creído en una carne visible y una respiración audible. ¡Pero ahora!...». Y volvía a perderse en las reflexiones más sorprendentes e inexplicables que puedan imaginarse, que confundían todo el entendimiento introspectivo de su mente. Él mismo era demasiado para él. Sentía que todo aquello que siempre había considerado como el sólido territorio de la auténtica realidad estaba siendo audazmente invadido por abanderados ejércitos de espectros encapuchados que desembarcaban en su alma como flotillas de buques fantasmas.

Los horrores del rostro no pertenecían a ninguna Gorgona, ya que no era su repulsiva fealdad lo que le petrificaba; por el contrario, se sentía fascinado y confundido por su belleza indefinible y por la angustia sin esperanza, fruto aparente de un largo sufrimiento, que se reflejaba en su expresión.

Notaba que aquel efecto general sobre él tenía algo de especial; el rostro apelaba de un modo que podría calificarse de místico a sus afectos particulares e individuales; y, por medio de una llamada tiránica y silenciosa, desafiaba el aspecto más profundo de su ser moral, convocaba a la Verdad, el Amor, la Piedad y la Conciencia. «¡Misterio de misterios! —pensaba Pierre—; este fenómeno me acobarda por su inescrutabilidad». No podía escapar al rostro. Aunque escondiese el suyo entre las sábanas del lecho, no conseguiría borrarlo. Resultaba inútil refugiarse en la luz solar que bañaba los prados.

Lo más milagroso para Pierre era la vaga impresión de haber visto en algún lugar rasgos similares a los de aquel misterioso rostro. Pero no recordaba dónde y tampoco conseguía imaginarlo por mucho que lo pretendiera. No era insensible al hecho —ya que lo había experimentado en un par de ocasiones— de que a veces un hombre puede ver en la calle un semblante que le afecta de modo magnético e irresistible durante unos segundos porque, a pesar de serle totalmente desconocido, le trae vagas y extrañas reminiscencias de algún otro con el que se ha encontrado antes, en un tiempo casi imaginario de tan remoto, pero de sumo interés para su existencia. Pero no era éste el caso de Pierre. El rostro no le había dejado perplejo durante unos escasos y especulativos minutos para desvanecerse ante él y no regresar nunca más. Por el contrario, permanecía muy cerca y Pierre no siempre conseguía repelerlo apelando a todo su poder de resolución y tenacidad. Además, el hechizo general que había penetrado de un modo furtivo en sus entonces desconocidas sensaciones parecía condensarse en una afilada punta de lanza que le traspasaba el corazón, causándole un inexplicable sufrimiento siempre que aquella emoción —permítaseme llamarla así— que lo diferenciaba de los demás mortales tomaba posesión de sus

pensamientos y agitaba en sus visiones mil formas de tiempos pasados, así como más de una escena familiar muy antigua y casi legendaria que había oído relatar a los más ancianos de sus parientes, algunos de ellos muertos hacía varios años.

Habiendo disfrazado como mejor podía sus irreprimibles ensueños, para que no fuesen observados por su madre ni por ningún otro de los habitantes de la mansión, Pierre estuvo batallando durante dos días contra su propio espíritu obsesionado; al final logró deshacerse de su carácter sobrenatural con tanta eficacia, y consiguió recuperar el dominio de su persona de modo tan efectivo, que, por un tiempo, la vida volvió a sonreírle como si nunca hubiese estado conmovido por misterio alguno. Una vez más, la dulce y espontánea imagen de Lucy llenó su alma por completo y desalojó de allí a sus fantasmales ocupantes. Una vez más montó a caballo, paseó, nadó, saltó, y se dedicó con renovado placer a la brillante práctica de todos aquellos ejercicios masculinos que tanto le agradaban. Inclusive parecía que, antes de prometer su protección y su amor por siempre jamás a Lucy, hubiese tenido que fortalecerse y vigorizarse para adquirir una virilidad muscular y noble que le permitiese defenderla contra todo el mundo físico existente.

Pero —aun antes de las ocasionales repariciones del rostro— Pierre, a pesar de su voluntarioso ardor en la práctica de los ejercicios gimnásticos y otras distracciones, al aire libre o en el interior de su casa, o, dicho de otro modo, con libro o con florete, no podía dejar de sentirse secretamente desasosegado, y no poco perplejo, en lo tocante al motivo por el cual, por vez primera, dentro del alcance de su memoria, le había impulsado no sólo a ocultarle a su madre una circunstancia singular de su vida (aquello le habría parecido un pecado venial y, además, como se verá más adelante, no le habría resultado imposible encontrar un precedente en su vida pasada), sino también, y por añadidura, a evitar, o, más exactamente, a evadir y, en efecto, a responder por medio de algo que se parecía de modo más que alarmante a una mentirilla, a una explícita pregunta que le había hecho su madre. De esta guisa se le aparecía a su exigente sentido una parte de la conversación que habían sostenido aquella tarde llena de acontecimientos. Consideraba también que su respuesta evasiva no había brotado de él de un modo espontáneo en un momento en que su autodomínio había quedado descuidado. No, su madre había hablado largo rato, durante el cual recordaba a la perfección haber estado dando vueltas a su mente, con sumo artificio, a pesar de la agitación que le invadía, tratando de encontrar la manera de despistarla de un rastro que le parecía inoportuno y poco deseable. ¿Por qué había ocurrido? ¿Acaso era su costumbre? ¿Qué era ese algo inescrutable que de forma inesperada se había apoderado de él, convirtiéndole en un farsante —sí, en un farsante y en nada menos que eso— ante su muy querida y confiada madre? Algo extraño le estaba ocurriendo, materia de las más éticas meditaciones. Pero, sin embargo, al sumergirse en una estricta introspección, descubrió que no podría haber actuado de otro modo aunque

hubiese deseado hacerlo; aunque quisiera, ahora ya no le era posible dejar de encubrir aquel asunto en presencia de la señora Glendinning. ¿A qué se debía? ¿Era acaso su costumbre? Había en ello nueva sustancia para misticismos. En imperfectos vislumbres, estremecimientos y presentimientos, Pierre empezó a sentir —algo que todo hombre maduro, todo Mago, llega a saber antes o después y con mayor o menor certeza— que no siempre somos dueños de nuestros actos. Pero ese aspecto de nuestro ser le parecía a Pierre muy sombrío; y como la oscuridad tiene algo de sospechoso y repugnante para los mortales, Pierre se alejó de las aborrecibles catacumbas del pensamiento, desde donde había sido llamado por aquel encantamiento aún en embrión. Únicamente acariciaba una idea, si bien en secreto, y sólo se sentía persuadido de una cosa: por la tierra y todos los cielos no habría consentido que su madre participase de su talante en ocasiones dado al misticismo.

Pero ¿acaso aquella indefinible fascinación que el rostro ejercía sobre él, que durante dos días lo había poseído por completo, lo había sumido en tal estado de perplejidad que no le permitía recurrir al más natural de sus recursos, a saber: regresar de modo franco y valiente a la causa palpable para interrogar, por medio de la voz o la mirada, o ambas, a la misteriosa muchacha? En realidad no se abstuvo del todo de actuar de este modo. Pero su profunda curiosidad y su interés por el asunto —por extraño que parezca— no provenían tanto de la triste persona de aquella muchacha de piel cetrina como de unas radiaciones que emanaban de ella para encarnarse en los vagos pensamientos que agitaban su alma. Allí estaba al acecho el sutil secreto; aquello era lo que Pierre se había esforzado por destruir y alejar de su mente. Desde el exterior ningún efecto misterioso logra labrarse en nosotros, a no ser que reciba la respuesta de otro misterio yacente en nuestro interior. Si la bóveda estrellada sobrecarga nuestro corazón con todo tipo de maravillas que nos sumergen en el arrobamiento es porque nosotros constituimos milagros aún mayores y trofeos más soberbios que todas las estrellas del espacio universal. Los prodigios se entrelazan con otros prodigios; de esta unión nacen los sentimientos confusos. No tenemos razón para imaginar que un caballo, un perro o un gallo queden nunca paralizados en su interior a causa de una celestial carga de majestad. Pero los arcos de nuestra alma se ajustan al de la bóveda; debemos pues impedir que esta última caiga sobre nosotros con una inescrutabilidad insostenible. «Explicadme mi profundo misterio —decía el rey-pastor de Caldea, golpeando su pecho y acostándose boca arriba sobre la llanura—; y entonces, os otorgaré todos mis poderes milagrosos, oh, estrellas majestuosas». Algo similar ocurría con Pierre. «Explícame este extraño sentimiento que se ha adueñado de mi persona —pensaba dirigiéndose al rostro que anidaba en su imaginación— y renunciaré a cualquier otro prodigio para contemplarte absorto. ¡Pero has evocado en mí hechizos más misteriosos que el mismo cielo, oh, rostro! Has

descubierto ante mí una infinita, muda y suplicante faz de misterio que se extiende bajo todas las superficies visibles del tiempo y el espacio».

Durante aquellos dos primeros días de rebelde vasallaje a sus desconcertantes sensaciones Pierre no había dejado de ser visitado por impulsos menos misteriosos. Su predominante estado de semilocura se había visto intermitentemente interrumpido por dos o tres planes sencillos y prácticos sobre formas de proceder deseables en relación con la posibilidad de hallar una explicación simple y llana a aquel absurdo —así lo denominó de momento—. En una ocasión tomó su sombrero, sin recordar los acostumbrados guantes y el bastón, y se encontró a sí mismo en la calle caminando a toda prisa hacia el hogar de las hermanas Pennies. «Pero ¿adónde vas? —se preguntó a sí mismo recobrando la lucidez—. ¿Qué crees que estás haciendo? Apuesto un millón contra uno a que esas viejas hilanderas sordas no pueden decirte nada relacionado con aquello que te consumes por saber. Las hilanderas viejas y sordas no acostumbran a ser las depositarias de tales místicos secretos. Claro que siempre me revelarán su nombre y dirección, y además me dirán algo, por muy fragmentario y poco satisfactorio que sea, acerca de quién es y de dónde viene. Sí, pero tres minutos después de tu partida, en todas las casas de Saddle Meadows se estará murmurando y cotilleando sobre Pierre Glendinning, que, a pesar de estar prometido en matrimonio con Lucy Tartán, se dedica a recorrer el territorio en ambigua persecución de extrañas jóvenes. Y eso no me agradaría. ¿Acaso no recuerdas haber visto a menudo a las Pennies corriendo a toda prisa por las calles del pueblo sin chal ni sombrero, tratando como dos carteros de introducir en los buzones o tras las puertas sabrosos bocaditos de habladuría? Si ahora las visitas, serás tú mismo quien les proporcione una buena golosina. Es bien cierto que sus trompetillas, además de útiles para su sordera, son adecuadas para un llamamiento general. Las hermanas Pennies no oyen, pero hablan hasta por los codos. Saben proclamar a los cuatro vientos lo que les interesa».

«Asegúrese de que le dice que han sido las Pennies las que han traído la noticia, asegúrese, nosotras, las hermanas Pennies, acuérdesse de decirle a la señora Glendinning que hemos sido nosotras». Tal era el mensaje que evocó Pierre medio en broma en aquellos momentos. Al parecer las hermanas solteras e hilanderas, una noche en la que le habían llevado a su madre un escogido obsequio consistente en una rebuscada habladuría, al encontrarse con que la dueña y señora de la mansión estaba ausente, le habían confiado a Pierre el mensaje y habían salido a la carrera hacia otras moradas de inferior condición para que nadie se les adelantase en la divulgación de la gran noticia.

«Desearía —siguió pensando Pierre— haber visto a aquella muchacha en cualquier otro lugar; si hubiese ocurrido en una casa que no fuera la de las hermanas Pennies, creo con toda sinceridad que habría regresado. Pero no al hogar de esas señoritas, no, no debo hacerlo. Estoy seguro de que llegaría a oídos de mi madre y de que esta

última asociaría detalles de aquí y de allá, los cocería en la misma olla y yo tendría que despedirme para siempre de todas sus augustas opiniones sobre mi inmaculada integridad. Paciencia, Pierre, al fin y al cabo la población de esta zona no es tan inmensa. Las densas multitudes de Nínive no confunden en Saddle Meadows las identidades personales. Paciencia; volverás a ver ese rostro antes de lo que imaginas; no tienes más que reconocerlo al vuelo cuando pase junto a ti en alguna de esas praderas donde te consagras al atardecer a gozar de tus ensueños. La dueña de esa cara no puede morar en un lugar remoto. Paciencia, Pierre. Tales misterios siempre quedan antes y mejor aclarados cuando se descubren por sí mismos. O, si lo prefieres, regresa a casa y recoge tus guantes, y sobre todo tu bastón, para iniciar un secreto viaje hasta que encuentres a la que andas buscando. Insisto en la necesidad del bastón, ya que puede tratarse de un largo y penoso paseo. Es cierto que, como acabo de indicar, la dueña de ese rostro no puede morar en un lugar remoto; pero su proximidad quizá no sea en absoluto conspicua. Así que vuelve a casa, quítate el sombrero y deja el bastón donde se encuentra, buen Pierre. No trates de desvelar el misterio de ese modo».

Así pues, durante aquellos dos largos y tristes días de profundo sufrimiento, interrumpidos de un modo intermitente, Pierre estuvo razonando y reconvenciéndose a sí mismo durante prolongadas horas. Por fin, por medio de un tratamiento a base de meditación consiguió dar forma a sus impulsos espontáneos: Sin la menor duda, actuar así constituía una prueba de su inteligencia. Pero en un mundo como el nuestro tan lleno de incertidumbre nunca puede uno estar seguro de que otra persona, por muy consciente, cautelosa y razonable que sea, haya hecho en todos los aspectos concebibles lo más adecuado.

Una vez transcurridos aquellos dos días, Pierre empezó a reconocerse de nuevo a sí mismo tal y como siempre había sido, recuperó su persona con la ayuda del místico exilio y comprendió que le habían abandonado todos los pensamientos que le habían impulsado a buscar de un modo individual y directo lo desconocido, primero por medio de una visita a casa de las hermanas hilanderas y luego, de un modo más general, recorriendo a pie el circuito de la zona con ojos de lince, cual hábil inquisidor, para dilucidar la causa de sus inquietudes. Olvidó momentáneamente estas y otras intenciones.

Ahora luchaba de modo diligente y con todo el poder de su mente para desterrar al fantasma por siempre jamás. Le parecía sentir que engendraba en él una cierta condición de su ser que le resultaba en verdad penosa y que no encajaba en absoluto con su carácter natural y acostumbrado. Había en aquel espectro un halo misterioso de indefinible insalubridad, por así decirlo, ya que en su ignorancia no lograba encontrar un término más apropiado. Yacía en él el germen de algo que, de no ser extirpado lo antes posible, llegaría a amargar y envenenar de forma insidiosa toda su existencia,

aquella existencia exquisita y deliciosa que había prometido a Lucy al ofrecerse a ella de una manera pura y sin reservas tanto para el sacrificio como para el deleite.

No fracasó por completo en su intento. En la mayoría de las ocasiones sentía que poseía cierto poder sobre las idas y venidas de aquel rostro, pero no siempre. A veces su antigua y mística tiranía inicial volvía a apoderarse de él; los largos y oscuros mechones de su cabello en duelo se dejaban caer sobre su alma, arrastrando una misteriosa melancolía que quedaba allí depositada; los ojos llenos, firmes y rebosantes, que reflejaban dulzura y angustia hacían converger sus mágicos rayos, hasta encender fuegos misteriosos, de naturaleza desconocida, en el corazón al que apuntaban.

Una vez le invadía este sentimiento por completo, empezaba el verdadero peligro. Porque si bien aquella sensación tenía algo de sobrenatural y convocaba a todo cuanto de ultramundano se escondía en su alma, le aportaba por otra parte una deliciosa tristeza. Un hada nebulosa nadaba en el celestial éter que le envolvía y derramaba sobre él las más dulces perlas de la meditación. Entonces sentía un singular impulso de revelar su secreto a algún otro mortal. Sólo a uno, nada más. No le cabía en el cuerpo tan misteriosa plenitud, debía compartirla. Fue en uno de aquellos instantes cuando, el encontrarse casualmente con Lucy, a quien adoraba y en quien confiaba más que en cualquier otro ser sobre la tierra, le hizo partícipe de la historia de la cara. No consiguió la muchacha dormir en toda la noche ni quedó libre su almohada durante mucho tiempo de sonidos salvajes, beethovenianos, cuya distante melodía similar a un vals servía de fondo a la danza en el hogar de hadas de ambigua procedencia.

III

Esta historia avanza y retrocede según la ocasión. Conviene poseer un centro ágil y una circunferencia elástica. Regresemos al momento en que Pierre se encaminaba hacia su casa tras un rato de ensueño bajo el pino.

Su explosión de impaciencia contra Dante, el sublime italiano, provenía del hecho de que el poeta había sido quien, tiempo atrás, había abierto sus ojos temblorosos a los abismos y los acantilados del misterio y el sufrimiento humanos, si bien más en el campo de la visión experimental que en el del presentimiento por medio de la sensación. Pierre no había descendido en nuestra miseria a zonas tan profundas como Dante, y por lo tanto era del todo incompetente para encontrarse con el tétrico bardo en su mismo terreno. La ignorante explosión de su joven impaciencia también se debía al desagrado despreciativo y al odio a veces egoísta con los que las mentes débiles de modo natural o aún por desarrollar reciben los oscuros delirios de los poetas elevados, que están en eterno desacuerdo con los sueños superficiales e insustanciales propios de la Juventud, sea ésta apasionada o prudente. La atolondrada e irreflexiva explosión de la joven impaciencia de Pierre parecía haber arrastrado consigo todas sus demás formas de melancolía —si así puede llamársele y haberle devuelto la serenidad—. Se sentía de nuevo preparado para disfrutar de cualquier goce tranquilo que los dioses le tuviesen reservado. Su temperamento era en verdad el más apropiado para un joven: breve en la tristeza, vivo ante la alegría y dispuesto a dilatarse para retener a esta última siempre que se le acercaba lo suficiente.

Al entrar en el salón-comedor, vio que Dates se estaba retirando por otra puerta con su bandeja. Su madre estaba sentada, sola y pensativa, ante la parte de la pulida mesa que había sido despejada, tomando el postre; tenía delante cestas de fruta y una garrafa. El otro tablero de la mesa estaba aún cubierto por el mantel, doblado sobre sí mismo, sirviendo de base a un plato y su acompañamiento habitual.

—Siéntate, Pierre. Al llegar a casa me he enterado para mi sorpresa de que el faetón había vuelto muy temprano; he estado esperándote para almorzar durante un rato, hasta que ya no he podido más. Ve a la despensa verde y allí encontrarás lo que Dates acaba de dejar para ti. ¡Ay!, preveo con toda claridad que se acabaron los

horarios de comidas regulares, o los del té y el almuerzo en Saddle Meadows hasta que su joven amo haya contraído matrimonio. ¡Ah! Esto me recuerda algo, Pierre; pero te lo diré cuando hayas comido algo. ¿Sabes, hijo mío, que si sigues manteniendo esta irregularidad en las comidas y me privas casi por completo de tu compañía correré el temible riesgo de acabar por convertirme en una terrible bebedora de vino? Sí, como lo oyes. ¿Podrías soportar sin alarmarte el saber que estoy sentada aquí sola con la garrafa, como una vieja institutriz, como una gobernanta solitaria, vieja y olvidada, abandonada por su último amigo sobre la tierra, y por lo tanto obligada a abrazarse a la botella?

—No puedo sentirme muy alarmado, hermana —respondió Pierre, con una sonrisa—, ya que he observado atentamente la garrafa, comprobando que está llena hasta la base del tapón.

—Es posible que se trate de una garrafa recién llenada, Pierre —de pronto cambió su tono de voz y añadió—: Observadme bien, señor Pierre Glendinning.

—Decidme, señora Mary Glendinning.

—¿Sabéis, caballero, que vais a contraer matrimonio dentro de muy poco tiempo, y que únicamente resta fijar el día?

—¡Cómo! —exclamó Pierre en una explosión de jubilosa sorpresa, a causa tanto de la naturaleza de la noticia como del severo tono en que le era comunicada—. ¡Querida madre, me asombra que hayas cambiado de idea, mi querida madre!

—Así pasan siempre las cosas; de hoy en un mes espero tener una nueva hermana llamada Tartán.

—Hablas de un modo extraño, madre —replicó Pierre interrumpiéndola—. Supongo que no me queda casi nada que decir referente a este asunto.

—¡Casi nada que decir, Pierre! ¿Qué podrías tener que decir en relación con todo esto? ¿Qué tienes que ver, me gustaría saber? ¿Se te ha ocurrido ni siquiera soñar, muchacho necio, que los hombres deciden su propio matrimonio? Es la yuxtaposición la que casa a los seres humanos. ¡No hay en el mundo más que una casamentera, Pierre, llamada Lady Yuxtaposición, y es una notoria dama!

—Es éste un tipo de conversación muy peculiar, que me causa desencanto teniendo en cuenta las circunstancias, hermana Mary —intervino Pierre, depositando el tenedor sobre el plato—. Lady Yuxtaposición, ¿eh? Y en tu opinión, madre, esta gloriosa y elegante pasión es la artífice de todo, ¿no es eso?

—Eso es, Pierre. Pero escucha también esto otro: según mi creencia, si bien esta parte del razonamiento resulta algo oscura, Lady Yuxtaposición mueve sus piezas sólo cuando ella a su vez ha sido manipulada e impulsada a hacerlo por el espíritu.

—Eso ya está mejor —dijo Pierre, volviendo a tomar el tenedor con su mano—; acabo de recuperar el apetito. Pero ¿qué era todo eso de celebrar mi casamiento en seguida? —añadió, esforzándose en vano por asumir una expresión de incredulidad e

indiferencia—; supongo que bromeabas. Me parece, hermana, que o tú o yo hemos estado divagando mientras hablábamos de ese propósito tuyo. ¿Piensas seriamente en autorizar mi casamiento? ¿De veras has vencido tus sagaces escrúpulos por ti misma, tras mis largos e inútiles esfuerzos por conseguirlo? Bien, estoy más que encantado. ¡Cuéntame, rápido!

—Eso pretendo, Pierre. Sabes muy bien que desde el mismo momento en que me comunicaste, o quizás incluso desde una época anterior, o, mejor dicho desde el instante en que mi discernimiento me hizo comprender que amabas a Lucy, aprobé tu elección. Lucy es una muchacha deliciosa, de descendencia honorable, con fortuna, una esmerada educación y modelo de todo aquello que me parece amable y atractivo en una joven de diecisiete años.

—Bien, bien, bien —exclamó Pierre con ímpetu, interrumpiéndola—; ambos sabíamos ya eso.

—Bien, bien, bien —replicó su madre en tono burlón.

—No está bien, bien, bien, sino mal, mal, mal, que me tortures de este modo; ¡te ruego que sigas!

—Pero a pesar de mi admiración y aprobación, Pierre, como sabes, me he resistido a tus ruegos para que diera mi consentimiento a una rápida boda, porque creía que una muchacha que acaba de cumplir los diecisiete y un joven de veinte años escasos no deberían tener demasiada prisa; había tiempo de sobra, que en mi opinión teníais que aprovechar ambos de forma provechosa.

—Permíteme que te interrumpa, madre. Sea lo que fuere lo que has visto en mí, ella, me refiero a Lucy, nunca ha tenido la menor prisa por casarse; eso es todo. Considerará tus palabras como un lapsus-linguae.

—Sin duda es un lapsus. Pero escúchame. En los últimos tiempos me he dedicado a observaros con mucha atención, tanto a ti como a Lucy, y eso me ha hecho pensar más a fondo en el asunto. Si tú, Pierre, tuvieras alguna profesión determinada o poseyeras algún negocio, si por ejemplo yo me hubiese desposado con un granjero y tú, hijo mío, tuvieras que trabajar en el campo, en ese caso tendríais que esperar un tiempo. Pero como no tienes otra cosa que hacer que pensar en Lucy durante todo el día y soñar con ella por la noche y ella se encuentra, supongo, en similar circunstancia en relación contigo, y como la consecuencia de todo esto empieza a ser discernible por una parte en una cierta delgadez, por así llamarla, de la mejilla, apenas perceptible y totalmente inofensiva, y por otra en una conspicua y peligrosa expresión febril en los ojos, he elegido el mal que me parece menor. Por lo tanto tienes permiso para contraer matrimonio tan pronto como pueda celebrarse con entera propiedad. Me atrevo a afirmar que no tienes objeción alguna para que el casamiento tenga lugar antes de Navidad, ya que ahora nos encontramos en el primer mes de verano.

Pierre no dijo nada, pero poniéndose en pie de un salto, rodeó con ambos brazos a su madre y la besó repetidas veces.

—Una respuesta muy dulce y elocuente, Pierre; pero te ruego que vuelvas a sentarte. Deseo decirte cuatro palabras acerca de asuntos menos atractivos pero necesarios relacionados con tu situación. Sabes que por voluntad de tu padre estas tierras y...

—La señorita Lucy, señora —anunció Dates, abriendo la puerta.

Pierre volvió a levantarse de un salto, pero en seguida recordó la presencia de su madre, se compuso y se acercó a la puerta pero con más calma.

Al cabo de un instante entró Lucy, con un cesto de fresas en la mano.

—Pero ¿cómo estás, querida mía? —dijo en tono cariñoso la señora Glendinning—. Es éste un placer inesperado.

—Sí. Supongo que Pierre estará también un poco sorprendido, ya que era él quien tenía que visitarme al anochecer y no yo a él antes de la puesta del sol. Pero de pronto me vinieron deseos de dar un paseo solitario. ¡Es tan espléndida la tarde! Y al pasar por casualidad, sí, por pura casualidad por Locust Lane, que conduce directamente hasta aquí, me encontré con un muchacho muy extraño que llevaba esta cesta bajo el brazo. «Cómpramelas, señorita», me ha dicho. «¿Cómo sabes que deseo comprarlas?», repliqué yo. «No quiero tus fresas». «Por favor, tendrían que valer veintiséis centavos, pero se las dejo por trece, que es para mí como un chelín. Siempre me ha gustado tener medio centavo suelto. Vamos, no puedo esperar más, ya he permanecido aquí demasiado rato».

—Un pequeño sagaz e impertinente —comentó la señora Glendinning, con la sonrisa en los labios.

—¡Granujilla impertinente! —exclamó Pierre.

—¿Acaso no soy yo la más tonta de todas las muchachas tontas, por contaros mis aventuras con tanta franqueza? —protestó Lucy en tono de burla.

—No, eres la más celestial de todas las muchachas inocentes —replicó Pierre, en una rapsodia de deleite—. La flor se abre con franqueza porque sólo tiene pureza que mostrar.

—Bien, mi querida Lucy —dijo la señora Glendinning—, deja que Pierre te ayude a quitarte el chal y quédate a tomar el té con nosotros. Pierre ha retrasado tanto la hora del almuerzo, que casi vamos a empalmarlo con el té.

—Gracias, pero no puedo quedarme esta vez. ¡Huy! Casi olvido el motivo que me ha conducido hasta aquí; he traído estas fresas para usted, señora Glendinning, y para Pierre. ¡A Pierre le gustan tanto!

—Ya había osado imaginarlo —exclamó Pierre—; para ti y para mí, madre; para ti y para mí, espero que entiendas lo que eso significa.

—Lo entiendo perfectamente, querido hermano.

Lucy se ruborizó.

—¡Qué calor hace aquí, señora Glendinning!

—Sí, mucho calor, Lucy. ¿Así que no vas a acompañarnos?

—No, debo irme ya; sólo deseaba dar un corto paseo, eso es todo. ¡Adiós! Te ruego que no me sigas, Pierre. Señora Glendinning, ¿quiere usted retener a Pierre? Sé que le necesita; ambos estaban hablando sobre algún asunto privado cuando he entrado en la estancia; tenían los dos un aspecto de lo más confidencial.

—No andas lejos de la verdad, Lucy —dijo la señora Glendinning, sin hacer el menor gesto que pudiese impedir la salida de la joven.

—Sí, asuntos de la mayor importancia —corroboró Pierre, fijando su mirada en la de Lucy de un modo muy significativo.

En aquel momento Lucy, que estaba a punto de partir, vaciló cerca de la puerta; el sol poniente, que bañaba la estancia a través de la ventana, iluminó su cuerpo entero envolviéndola en una capa dorada de resplandor y belleza; la maravillosa y límpida transparencia de su tez, blanca como correspondía a una galesa, relucía como nieve rosada. Su vaporoso vestido blanco con cintas azules adquirió un aspecto aterciopelado. Pierre casi llegó a pensar que únicamente podría salir de la casa flotando a través de la ventana abierta, en vez de abandonarla caminando con normalidad. Su imagen se vio ante él transformada en una evanescencia sobrenatural, ataviada con indescriptibles galas de elasticidad y fragilidad.

La juventud no es buen filósofo. No se formó en el corazón de Pierre la idea de que, del mismo modo que la gloria de la rosa sólo perdura un día, la florescencia del etéreo embrujo de una muchacha abandona la tierra con similar rapidez, al ser absorbida celosamente por frugales elementos que convierten dicha florescencia juvenil en un capullo que a su vez se abrirá para florecer. Tampoco invadió a Pierre en aquel fugitivo instante un sentimiento de extrema tristeza provocado por la comprensión de que todos los encantos terrenos poseen una inevitable evanescencia, lo que convierte los momentos más dulces de la existencia en fuente de devoradora y omnívora melancolía. La mente y el sentir de Pierre estaban lejos de esta meditación, si bien en cierto sentido no se encontraba tan distante como pueda creerse.

«¿Y esto ha de ser mi mujer? Yo, que hace sólo pocos días pude sostener cuarenta y cinco sólidos kilos, voy a desposarme con tal celestial evanescencia. A veces pienso que mi abrazo marital rompería el aire que la envuelve y que ella entonces ascendería hacia el cielo del que procede en forma condensada para ser visible ante un mortal. No puede ser; yo estoy modelado con pesada tierra y ella pertenece a la etérea luz. ¡Por el cielo, un casamiento así es un acto impuro!».

Mientras se sucedían aquellos pensamientos e impresiones en la mente y el alma de Pierre, la señora Glendinning tampoco dejaba descansar a su cerebro.

—Hermoso cuadro —dijo por fin, ladeando ligeramente la cabeza como si contemplase una obra de arte—, muy, muy hermoso. Supongo que todo esto ha sido premeditado para entretenerme. Orfeo encontrando a su Eurídice, o Plutón raptando a Proserpina. ¡Admirable! Podría ser cualquiera de las dos escenas.

—No —respondió Pierre en tono grave—; es lo último que has mencionado. Por vez primera comprendo su significado —él se decía para sus adentros: «Soy Plutón raptando a Proserpina, como todo amante que ha sido aceptado».

—Serías muy estúpido, hermano Pierre, si no vieras un significado en cuanto está ocurriendo —replicó su madre, siguiendo el hilo de su propio pensamiento—. Lo que ocurre es lo siguiente: Lucy me ha ordenado que te retenga a mi lado, pero en realidad lo que desea es que la acompañes. Pues bien, te permito que vayas con ella hasta el porche, pero debes regresar de inmediato, ya que aún no ha quedado concluido nuestro pequeño asunto, ya sabes. ¡Adiós, joven damita!

Siempre había un ligero grado de protección afectiva en la forma en que la resplandeciente y madura señora Glendinning se dirigía a Lucy, cuya juventud la hacía delicada y retraída. La trataba como si fuese una niña de destacable hermosura y cierta precocidad, y es que eso era Lucy en realidad. Al adivinar el futuro, la señora Glendinning no podía menos que pensar que incluso cuando alcanzase una etapa de mayor desarrollo a causa de la edad, Lucy seguiría siendo una niña para ella, porque sentía con entusiasmo que, a causa de un cierto vigor intelectual, por así llamarlo, constituía el polo opuesto de Lucy en las esencias de su persona. Esta última poseía una simpatía de cuerpo y de mente que había sido forjada en el molde de una prodigiosa delicadeza. Pero la señora Glendinning tenía y no tenía razón. No andaba errada al afirmar que existían ciertas diferencias entre Lucy Tartán y ella misma, pero sí se equivocaba en cuanto al alcance de éstas, ya que se consideraba superior de una manera innata dentro de la escala absoluta del ser; en ese aspecto estaba confundida de modo tan amplio que casi podría calificarse de ilimitado. Aquello que desde un punto de vista artístico puede definirse como angélico posee la esencia más elevada compatible con los seres creados; dicho estado no contiene el menor vigor común: además, aquello que impulsa inevitablemente a dar muestras externas de vigor —que en el fondo no es, tanto en el hombre como en la mujer, nada más que la ambición— es una cualidad terrenal por completo, no angélica. Es falso que los ángeles cayeran a causa de la ambición, ya que ni pueden caer ni pueden sentirla. Por lo tanto apelo a vuestro corazón. ¡Oh, señora Glendinning, que contempláis emocionada a la etérea Lucy con la benevolencia y afecto sincero que os dicta vuestro corazón! Señora, cometéis un triste error cuando los dobles arcos del brillante peto que cubren vuestro seno se hinchan con orgullo a causa del triunfo secreto que creen haber conquistado sobre alguien a quien tratáis con dulzura pero con cierta superioridad, sobre todo si ese alguien es la pequeña Lucy.

Pero ignorante de todas estas profundas introspecciones, la señora Glendinning, con su soberbio aspecto, se sentó en un ensueño digno, como corresponde a una matrona, a esperar el regreso del pórtico de su hijo Pierre. Sus ojos se fijaron en una garrafa de color ámbar a causa del vino que contenía que estaba justo frente a ella, pero no viene ahora al caso averiguar si estaban al acecho de alguna similitud entre aquella diminuta garrafa notablemente estilizada, cortada con sumo primor y llena de vino dorado y reluciente por efecto de la luz, y la muchacha que acababa de salir. En realidad la expresión complaciente, por recordar o presentir algo muy peculiar, que se dibujaba en su radiante y benevolente faz, parecía el reflejo de algún pensamiento como éste: «Sí, es una jovencita tan hermosa y diminuta como esta garrafa; una jovencita hermosa y diminuta y pálida como el jerez de esta garrafa; yo, yo soy una garrafa de cuarto de litro de... de... Oporto, ¡de poderoso Oporto! Bien, jerez para los muchachos, y Oporto para los hombres... eso es lo que he oído decir a los caballeros; Pierre no es más que un muchacho, pero cuando me casé con su padre... ¿Qué estoy diciendo? Entonces ya había cumplido los treinta y cinco».

Tras unos minutos más de espera, la señora Glendinning oyó la voz de Pierre, que decía:

—Sí, antes de las ocho, no temas, Lucy —la puerta se cerró de modo brusco y Pierre volvió hasta donde se encontraba su madre. Pero esta última observó en seguida que la inesperada visita de Lucy había expulsado toda su capacidad para discutir cuestiones de negocios de la mente veleidosa de su hijo, y que zozobraba de nuevo en un misterioso mar de meditación agradable.

—¡Por favor! En otro momento, hermana Mary.

—Es evidente que éste no resulta el más adecuado, Pierre. Por mi vida que tendré que hacer que secuestren a Lucy y se la lleven de estos campos durante un tiempo y luego me veré obligada a esposarte a la mesa; de otro modo no podré cambiar impresiones contigo antes de rogarles a los letrados que nos visiten. Bien, en un momento u otro lograré que me obedezcas y escuches. Adiós, Pierre; veo que no deseas mi compañía. Supongo que no te veré hasta mañana por la mañana. Por fortuna estoy leyendo un libro muy interesante. ¡Adiós!

Pierre no se movió de su silla; su mirada estaba clavada en la silenciosa puesta de sol que se hacía visible más allá de los páramos, y en las lejanas montañas, que en aquellos momentos parecían estar ataviadas de oro. Era un atardecer de gloria —pero de gloria dulce—, y de gracia, similar en todo a una lengua común a toda la humanidad que dijera: descendiendo en la belleza para alzarme en el gozo; el amor reina en todos los universos visitados por la puesta de sol; y esa estúpida historia de fantasmas... la tristeza y la desgracia no existe en la realidad. ¿Acaso el Amor, que es omnipotente, aceptaría la presencia del infortunio en su reino? ¿Por qué iba a decretar

un lúgubre abatimiento el dios de la luz solar? Todo el universo es hermoso y está libre de defecto y de mancha. ¡Regocijémonos ahora y siempre!

En aquel momento el rostro, que horas antes parecía haber estado escrutando sus sentimientos con expresión de miseria y reproche desde el corazón del esplendoroso atardecer, se desvaneció y lo dejó allí solo con el regocijo de su alma pensando que aquella misma noche pronunciaría ante su Lucy la palabra mágica: casamiento. No había en el mundo un joven más dichoso que Pierre Glendinning contemplando la puesta de sol de aquel día.

IV

Tras una mañana de alegría, un mediodía de tragedia y una tarde propicia para la meditación sobre asuntos diversos, Pierre sentía su alma invadida por una jovial ligereza e inmutabilidad. No cabía en él aquella indomable angustia de arrobamiento anticipado que, en mentes más débiles, expulsa de su nido al dulce pájaro del amor.

El atardecer era cálido, pero oscuro —ya que la luna aún no había salido— y al pasar Pierre bajo la arqueada bóveda formada por los largos brazos de los colgantes olmos del pueblo, le rodeó una negrura impenetrable, sin conseguir introducirse en los salones suavemente iluminados de su corazón. No había avanzado aún mucho cuando vio en la lejanía una luz que se movía lentamente en dirección al lugar donde se encontraba, por el otro lado del camino. Era costumbre de algunos de los más viejos y quizá más tímidos habitantes del pueblo llevar consigo un farolillo cuando salían en noches tan oscuras, de modo que aquel objeto no provocó en Pierre esa impresión que causa lo desconocido. Sin embargo, a medida que se acercaba más y más en total silencio, constituyendo la única forma distinguible en la oscuridad, sintió una especie de presentimiento indefinible, aquella luz le buscaba a él. Casi había llegado a la puerta de la casita donde le esperaba Lucy, cuando el farolillo cruzó el camino acercándosele y al apoyar su ágil mano en el postigo, que según creía estaba a punto de franquearle la entrada a un mundo de deleites, una pesada palma se depositó sobre su hombro y en el mismo momento el farolillo se alzó hacia su rostro, guiado por una figura encapuchada y de funesta apariencia cuyo semblante medio ladeado no se pudo vislumbrar con claridad. El aspecto de Pierre, por el contrario, que no llevaba embozo de ninguna especie, parecía estar siendo escrutado por el misterioso personaje.

—Tengo aquí una carta para Pierre Glendinning, —dijo el extraño—, y creo encontrarme ante él —en el mismo momento, su otra mano exhibió un papel, que fue depositado en la de Pierre.

—¡Para mí! —exclamó este último al borde del desmayo, asombrado por lo inusual del encuentro—; creo que éste es un lugar extraño, además de una hora inadecuada, para que se me entregue el correo. ¿Quién es usted? ¡Espere, no se vaya!

Pero sin esperar respuesta, el mensajero dio media vuelta y volvió a cruzar al otro lado del camino. En un primer impulso irreflexivo, Pierre avanzó unos pasos y habría perseguido al desconocido si no se lo hubiera impedido su propia sonrisa motivada por una mezcla de absurda curiosidad y agitación, que le hicieron detenerse de nuevo. Con suavidad, dio la vuelta a la carta que había en su mano, pensando: «¿Quién será este misterioso corresponsal? Sólo me escriben desde lugares lejanos —se decía moviendo el pulgar en sentido circular sobre el sello—, y todas las cartas que llegan a mis manos son de negocios. Y en lo referente a Lucy... ¡Bah! Estando ella misma en el interior de la casa, no creo que le haya rogado a nadie que me entregue una nota en su propia puerta. ¡Qué extraño! Pero será mejor que entre y la lea. No, eso ni hablar; he venido hasta aquí para leer en su dulce corazón, esa querida misiva que me envía el cielo, y no voy a estarme preocupando por esta carta impertinente. Esperaré hasta llegar a casa».

Cruzó la verja del jardín y apoyó la mano en la aldaba de la puerta de entrada. El tacto frío causó en su mano una ligera sensación que en anteriores ocasiones había sido agradable en gran medida. En aquel momento en que su talante no era el acostumbrado, la aldaba parecía querer decirle: «¡No entréis! ¡Partid, y leed vuestra nota primero!».

Cediendo, medio alarmado y medio burlándose de sí mismo, a sus oscuras premoniciones internas, se alejó de la puerta de modo casi inconsciente, cruzó de nuevo la verja y pronto se encontró caminando en sentido inverso sobre sus propios pasos.

En esta ocasión no se engañó más; la tenebrosidad del aire había invadido violentamente su corazón, extinguiendo su luz; por primera vez en toda su vida Pierre sintió las advertencias e intuiciones inexpugnables del Destino.

Entró en el vestíbulo sin ser visto, subió a su alcoba y tras correr en seguida el pestillo, en plena oscuridad, encendió su quinqué. Cuando la llama alumbró la estancia como se le había ordenado, Pierre, que permanecía de pie ante la redonda mesa de centro sobre la que estaba depositado el quinqué y cuya mano reposaba aún en el círculo de latón que regulaba la salida del petróleo, fijó la mirada en la imagen que le devolvía el espejo, colgado frente a él. Tenía el semblante de Pierre, pero sus facciones parecían haber sufrido extrañas transformaciones que le resultaban desconocidas por completo; una exaltación febril, el miedo y presentimientos indefinibles de desgracia habían desfigurado su rostro. Se dejó caer sobre una silla y durante un rato luchó en vano contra el poder incomprensible que lo poseía. Luego sacó la carta que llevaba guardada en su pecho y, apartándola de su vista, se murmuró a sí mismo: «¡Vamos, Pierre, vuelve en ti! Te sentirás avergonzado cuando descubras que esta tremenda misiva no es sino una invitación para cenar mañana. Rápido, léela,

estúpido, y escribe la respuesta estereotipada: El señor Pierre Glendinning acepta encantado la amable invitación de la señorita Tal y Cual».

Durante un momento, sin embargo, mantuvo la carta a distancia. El mensajero lo había abordado y le había entregado el mensaje de modo tan presuroso, que Pierre ni siquiera había tenido ocasión de mirar por encima el sobrecito. En aquel momento le vino a la cabeza un pensamiento casi irrazonable. ¿Cuál sería la consecuencia si de una forma deliberada destruía aquella nota sin tan siquiera observar el tipo de letra de quien la había escrito? No había tomado aún consistencia aquella demente idea en su alma cuando se dio cuenta de que sus dos manos asían la nota por la mitad, listas para romperla. Saltó de la silla donde estaba sentado y murmuró: «¡Por todos los cielos!», escandalizado en gran medida por la intensidad de un estado de ánimo que estaba a punto de inducirle, aunque fuese inadvertidamente, a hacer algo de lo que para sus adentros iba a sentirse avergonzado por primera vez en su vida. Si bien aquel talante no lo había buscado él por su propia voluntad, era consciente en cierto sentido de que quizás había sido estimulado por medio de esa extraña euforia que la mente humana siente a veces, por vigorosa que sea, ante una emoción a la par nueva y misteriosa. En dichas ocasiones —a pesar del miedo que la situación nos inspira— tratamos de deshacer involuntariamente el hechizo que en ese momento parece franquearnos la entrada al impreciso y sorprendente vestíbulo de los universos espirituales.

En aquellos momentos Pierre sentía con toda claridad cómo dos agentes extraños y antagónicos luchaban por dominar su conciencia tras haber conseguido, al menos uno de ellos, penetrar en ella; dos agentes entre cuyas respectivas ascendencias finales él había de ser el único árbitro. Así creía percibirlo con los ojos de la mente a pesar de encontrarse en la penumbra. Uno de ellos le exhortaba a destruir la nota en un acto de egoísmo, ya que le hacía intuir oscuramente que la lectura de aquellas letras iba a embrollar su destino sin remedio. El otro le impulsaba a desechar todo recelo, no porque no hubiese razón para sentirlos sino porque era su deber de caballero vencer sus temores, fuera cual fuera la consecuencia de la lectura de la carta. El ángel bondadoso parecía decirle con dulzura: «Pierre, lee, aunque de ese modo te veas atrapado; quizá puedas liberar a otro con tu sacrificio. Lee, y adquiere ese estado de beatitud que, gracias a la satisfacción que proporciona el deber cumplido, hace que nos sintamos indiferentes a nuestra propia felicidad». El ángel perverso le murmuraba en tono insinuante: «No la leas, querido Pierre, destrúyela y sé feliz». Ante el estallido de su noble corazón, el ángel malvado fue difuminándose hasta confundirse con el vacío, al tiempo que el bueno se iba definiendo con más y más claridad a medida que se aproximaba a él con una sonrisa triste pero benigna, mientras desde infinitas distancias se acercaban y penetraban en él bellas armonías. Cada una de las venas de su cuerpo registraba en su latir celestiales crescendos y disminuendos.

V

«El nombre que figura al pie de esta carta te resultará totalmente extraño. Hasta ahora mi existencia ha sido desconocida por ti. Esta carta te conmoverá y dolerá. Desearía evitarte este sufrimiento pero me es imposible. Pongo a mi corazón por testigo de que si creyese que el pesar que estas líneas han de darte pudiese compararse en el grado más insignificante con mi sentir, las retiraría de tu vista por siempre jamás.

»Pierre Glendinning, no eres el único hijo de tu padre; juro ante el astro rey que la mano que traza estas líneas pertenece a tu hermana; sí, Pierre, Isabel te llama hermano, ¡su hermano! Oh, dulce palabra, que tantas veces he evocado en mi pensamiento y que casi he calificado de profana para una bastarda como yo, que no debiera ni pronunciarla, ni sentirla siquiera. ¡Querido Pierre, hermano mío, hijo de mi propio padre! ¿Eres acaso un ángel, capaz de pasar por encima de las modas y costumbres de este mundo desalmado y ciego, que ha de llamarte cien veces estúpido y maldecirte si cedes a ese celestial impulso que podría impulsarte a responder a los anhelos tiránicos y ahora por fin inextinguibles de mi corazón? ¡Oh, hermano mío!

»Pero, Pierre Glendinning, me sentiré orgullosa ante ti. No permitiré que mi desgraciada condición extinga en mí la nobleza que contigo heredé en absoluta igualdad. No serás engañado fraudulentamente con lágrimas y angustia para tomar parte en algo de lo que en un momento más sobrio puedas arrepentirte. No sigas leyendo. Si crees que te conviene, quema esta carta; de ese modo escaparás a la certeza de unos conocimientos que, si ahora te muestras frío y egoísta, pueden, en un futuro en el que seas más maduro y estés más dado a la desolación y el remordimiento, causarte una punzante recriminación. No, no voy a implorarte porque no deseo hacerlo. ¡Oh, hermano mío, mi querido, mi muy querido Pierre, ayúdame, vuela hasta mí! Perezco sin ti; piedad, piedad. Me estoy congelando en este vasto mundo, sin padre ni madre ni hermana ni hermano ni forma humana viviente que me profese cariño. Ya no puedo, Pierre querido, soportar seguir siendo una hija ilegítima en este mundo que causó la muerte del Salvador. Vuela hasta mí, Pierre. No, podría romper en mil pedazos la nota que ahora estoy escribiendo, como he hecho con tantas otras en principio destinadas a tus ojos que nunca llegaron hasta ti porque en mi

perturbación no sabía cómo dirigirme a ti, ni qué decirte. Contempla ahora cómo deliro.

»Nada más; no diré nada más. En silencio permaneceré hasta la tumba; me invade la enfermedad del corazón, Pierre, hermano mío.

»Apenas sé qué es lo que he escrito. A pesar de ello aquí están estas líneas que han de resultarte fatales; dejo en tus manos todo lo demás, Pierre, hermano mío. Aquella que lleva por nombre Isabel Banford vive en la pequeña granja roja que se encuentra a dos kilómetros del pueblo, en la colina del lago. Mañana al anochecer — no antes—, no durante el día, no durante el día, Pierre.

Tu hermana Isabel».

VI

Aquella carta, escrita por una mano vacilante y femenina, era casi ilegible en algunos párrafos, lo que daba fe del estado de la mente que la había dictado; también aparecía manchada aquí y allí a causa de las lágrimas, que actuaban químicamente sobre la tinta haciendo que adoptase un extraño tono rojizo, como si fuese sangre y no lágrimas lo que había caído sobre el papel. Como además Pierre la había partido en dos con sus propias manos, el pliego resultaba aún más adecuado para un corazón destrozado y sangrante. Su asombroso contenido privó a Pierre durante un tiempo de toda idea o sentimiento lúcido y definido. Se desplomó en su silla casi sin vida; su mano, estrujando la carta, quedó apretada contra su corazón, como si un asesino lo hubiese apuñalado dándose luego a la fuga y Pierre estuviese sujetando la daga aún clavada en la herida para restañar la sangre derramada.

¡Ay, Pierre, ahora sí que has resultado de veras herido de tal forma que sólo te sentirás curado por completo en el cielo; para ti la belleza moral del mundo, de la que nunca antes habías desconfiado, se ha desvanecido para siempre; para ti, tu sagrado padre ya no será más que un santo; el fulgor ha desaparecido de tus montañas y la paz de tus llanuras; y ahora, ahora por vez primera, Pierre, la Verdad inunda tu alma en una negra oleada! ¡Ah, triste de ti, a quien la Verdad, en sus primeras mareas, no ha traído sino naufragios!

Las formas perceptibles de los objetos, la consistencia del pensamiento y el pulso de la vida retornaron a Pierre con suma lentitud. Y del mismo modo que el marino, tras el naufragio y una vez arrastrado hasta la playa, tiene mucho que hacer para escapar al reflujó de la ola que lo ha arrojado a ese lugar, Pierre luchó y luchó para escapar al reflujó de una angustia que lo había lanzado fuera de su propio ser, sobre la playa de su desfallecimiento.

Pero el hombre no fue creado para sucumbir ante el villano Pesar. La Juventud no es en vano luchadora, además de escasa en años. Pierre se levantó vacilante, con sus grandes ojos fijos y todo su cuerpo sacudido por un temblor.

—Por fin he quedado solo, conmigo mismo —murmuró despacio y con ahogo—. ¡Con mi única ayuda me enfrento a ti! ¡Lanza contra mí todos los temores, libera tus

hechizos! De ahora en adelante sólo deseo conocer la Verdad, sea triste o alegre; quiero saber qué existe en realidad, para hacer lo que me dicte la parte más profunda de mi espíritu —¡la carta!—. Isabel..., hermana..., hermano, yo, yo —mi sagrado padre. ¡Esto es un sueño maldito!—. Pero no; este papel ha sido inventado, fraguado en mi contra. ¡Soy presa de una baja y perversa falsificación! ¡Lo juro! Bien ocultaste tu faz ante mis ojos, vil mensajero del farolillo, que me abordaste en el umbral del deleite con este falso decreto de Desgracia. ¿Por ventura la Verdad se acerca en la oscuridad, para penetrar en nosotros, robarnos la dicha y partir veloz, sorda a nuestras invocaciones y a nuestra persecución? Si esta noche que ahora envuelve mi alma es tan auténtica como aquella que envuelve la mitad del mundo en la que me encuentro, entonces, Destino, tengo una lid pendiente contigo. Eres un traidor y un tramposo; me has conducido con engaño por jardines de alegría hasta un abismo insondable. ¡Oh! Guiado por la falsedad en mis días de júbilo, ¿soy ahora empujado por la Verdad hacia esta noche de dolor? Deliraré, y nada me aplacará. Levantaré mi mano con fiereza, porque ¿acaso no he sido golpeado? Respiraré amargura, porque ¿acaso no es ésta una copa de hiel? Tú, Caballero Negro, que ocultas tu rostro bajo la visera cerrada, enfrentándote a mí y burlándote de mi persona, ¡mírame! Lucharé atravesando tu yelmo y veré tu cara, aunque sea la de una de las Gorgonas. Desencadenadme, amores y afectos; abandóname, piedad; seré impío, porque la piedad me ha embaucado, enseñándome a adorar aquello que debería pisotear. Descorreré el velo de todos los ídolos, ya que desde ahora veré cuanto está oculto. ¡Y llevaré mi propia vida, siempre en la sombra! Siento que sólo la Verdad podrá moverme. Esta carta no es un embuste. ¡Oh, Isabel! Tú eres mi hermana; te amaré, y protegeré, sí; y te reconoceré pase lo que pase. ¡Ah, perdonadme, cielos, por mis delirios ignorantes! ¡Aceptad éste, mi voto! Aquí y ahora juro pertenecer a Isabel. ¡Oh, tú, pobre muchacha proscrita! En la soledad y con angustia debes haber respirado durante largo tiempo el mismo aire que yo sólo he inhalado para mi propio deleite; incluso ahora estarás sollozando, abandonada en un océano de incertidumbre a causa de tu destino que el cielo ha puesto en mis manos. ¡Dulce Isabel! ¿No sería más innoble y vulgar que el latón y más duro y frío que el hielo si permaneciese insensible a unas súplicas como las tuyas? Has caminado ante mí en un arco iris hilado y redondeado por tus lágrimas. Te veo llorar desde hace largo tiempo, y Dios me exige que te consuele: ¡Y te consolará, te alentará, permanecerá a tu lado y luchará por ti ese hermano impetuoso que te reconoce y a quien tu propio padre puso por nombre Pierre!

No podía permanecer en la alcoba; la mansión entera se le antojaba una cascara de nuez que se contraía a su alrededor; los muros le golpeaban la frente. Sin ponerse siquiera el sombrero abandonó rápidamente el lugar. Sólo en el aire infinito halló espacio suficiente para aquella ilimitada expansión de su vida.

Libro IV

Retrospectiva

En sus trazados precisos y sus causalidades sutiles las emociones más fuertes y enardecidas de la vida desafían cualquier entendimiento analítico. Vemos la nube y sentimos el relámpago que en ella nace, pero la meteorología sólo puede informarse por vagas suposiciones críticas de cómo esa nube ha recibido su carga y cómo el relámpago se convierte en una sacudida. Los escritores metafísicos confiesan que el acontecimiento más impresionante, repentino y abrumador es, al igual que el más insignificante, producto de una serie infinita de fenómenos anteriores estrechamente relacionados pero insondables. Algo idéntico ocurre con los movimientos del corazón. ¿Por qué esa mejilla se enciende con noble entusiasmo? ¿Por qué aquel labio se encrespa en ademán despreciativo? Estas cosas no son imputables por completo a su aparente causa inmediata, que sólo es un eslabón más de la cadena, sino a una larga línea de dependencias cuya causa profunda se pierde en las regiones intermedias del aire impalpable.

Sería inútil tratar de penetrar, dando un rodeo, en el corazón, la memoria, la vida interior y la naturaleza de Pierre, para mostrar por qué un descubrimiento que dentro de un curso natural de acontecimientos ha sido recibido, según se sabe, por muchos amables caballeros tanto jóvenes como ancianos con un momentáneo sentimiento de sorpresa y seguido de una ligera curiosidad por saber, culminado en un total desinterés. En el caso de Pierre la noticia se derramó sobre su corazón como lava fundida, dejando en él un profundo sedimento de desolación que a pesar de los posteriores intentos de nuestro héroe impidió que los templos destruidos se reedificasen en su suelo y que un buen cultivo hiciese revivir por completo su enterrada florescencia.

Pero algunos detalles casuales pueden resultar suficientes para desvelar parte del misterio y comprender por qué aquella corta nota lo había sumido en tan singular talante.

En el corazón de fresco follaje de Pierre se elevaba desde hacía tiempo un santuario al que ascendía por los numerosos y planos escalones de la memoria y alrededor del cual colgaba cada año las frescas guiraldas de un afecto dulce y sagrado. Dicho santuario se había convertido en un verde emparrado a causa de las

sucesivas ofrendas votivas de su ser; parecía, y lo era en realidad, un lugar destinado a la celebración de jubilosas y puras ceremonias, más que a la de ritos melancólicos. Pero aunque estuviese cubierto por una filigrana de motivos florales aquel templo secreto era de mármol: consistía en un pilar-hornacina, destinado a ser sólido y eterno, en cuya parte superior se difundían radiantes ramas y volutas esculpidas, formando la base del pilar monolítico que configuraba el templo de su vida moral. Como en muchos lugares de oración góticos, en el corazón de Pierre un pilar central, similar a un tronco, sostenía el tejado. En aquel santuario, en la hornacina de aquel pilar, se erguía la perfecta efigie en mármol de su desaparecido padre, intachable, despejada, blanca como la nieve y serena. Pierre veía en ella la personificación por él más apreciada de la bondad y virtud humanas. Ante la masa marmórea Pierre vertía sus juveniles y respetuosos pensamientos y creencias. Nunca había acudido a Dios desde su corazón como no fuese ascendiendo por los escalones de su santuario, y por lo tanto convirtiendo a este último en vestíbulo de su más abstracta religiosidad.

Más bendito y glorificado que el príncipe Mausolus aparece en su tumba el padre mortal que, tras una existencia honorable y pura, muere y queda enterrado, cual exquisito manantial, en el pecho filial de un ser tierno de corazón y cuerdo en su intelecto. En ese período de la vida las introspecciones salomónicas todavía no han vertido a sus turbios tributarios en el pozo de agua fresca y límpida que riega la existencia infantil. Además, ese líquido que fluye desde el cielo posee una rara virtud preservativa: todos los dulces recuerdos se vuelven de mármol al sumergirse en el manantial y por consiguiente todo cuanto por sí mismo era de naturaleza evanescente se transforma en eterno e inalterable. Del mismo modo, algunas aguas singulares de Derbyshire petrifican los nidos de las aves. Pero si el destino conserva al padre con vida hasta una época posterior, con frecuencia las exequias filiales son menos profundas y su canonización menos etérea. A medida que abre los ojos el muchacho percibe, o cree percibir en nebulosa, ligeras motas y manchas en el carácter de aquel que tanto reverenció.

Cuando Pierre tenía doce años su padre murió dejando tras de sí, ante el mundo entero, una notable reputación como caballero y cristiano, en el corazón de su mujer el fresco recuerdo de días florecientes de vida marital feliz y sin sombras de engaño, y en la parte más profunda del alma de Pierre la impresión de una figura corpórea de singular belleza viril investida con una benignidad que únicamente rivalizaba con el supuesto molde, cúmulo de perfecciones, en el que había sido formado su virtuoso corazón. En algunos de esos atardeceres invernales que llamaban a la meditación junto al hogar encendido, o en verano, en la galería de la zona sur, cuando ese místico silencio vespertino tan particular del campo hacía que la mente de Pierre y la de su madre evocasen largos desfiles de imágenes del pasado, la venerada figura del padre y esposo fallecido siempre caminaba majestuosa, envuelta en un halo de santidad,

encabezando aquella procesión espiritual. En tales ocasiones su conversación era seria y estaba impregnada de reminiscencias que no carecían de dulzura. Una vez y otra, de modo cada vez más profundo, anidaba en el alma de Pierre la idea largamente acariciada de que su virtuoso padre, tan hermoso en la tierra, había sido santificado en el cielo para toda la eternidad. Como su espíritu había sido alimentado en un claustro exquisito, Pierre, a pesar de haber cumplido ya los diecinueve, nunca había sido iniciado en ese aspecto más oscuro pero más auténtico de las cosas que una residencia permanente en la ciudad desde una temprana etapa de la vida graba de forma casi inevitable en la mente de cualquier joven sutil, observador y reflexivo de una edad similar a la de Pierre. Hasta entonces todo cuanto había aprendido permanecía idéntico en su pecho; para él, el santuario de su padre seguía sin mácula y tan nuevo como el mármol de la tumba del de Arimatea.

Juzguen, pues, lo desoladora y destructiva que había de resultar para Pierre aquella explosión que en una sola noche despojaba al santuario más santo creado en su alma de toda la florescencia con que lo había cubierto y enterraba la dulce estatua bajo las postradas ruinas del templo.

II

De igual modo que la viña florece y los racimos se tornan de color púrpura junto a las murallas y hasta en los orificios por donde asoman los cañones de Ehrenbreitstein, el más dulce júbilo de la vida crece en las fauces de sus propios peligros.

¿Acaso la vida es terreno abonado para todo tipo de traidoras futilidades y nosotros, sus equívocos beneficiarios, resultamos tan estúpidos y fatuos que lo que consideramos como la cúspide del placer está a la caprichosa merced del acontecimiento más insignificante: la caída de una hoja, una voz, la recepción de una esquina de folio garabateada con una borrosa caligrafía por una afilada pluma? ¿Vivimos tan inseguros, que ese cofre en el que hemos depositado nuestra felicidad más sublime y que hemos cerrado con un candado que para ser abierto requiere una destreza infinita puede ser tomado y profanado con el toque más ligero de un extraño, a pesar de estar convencidos de ser nosotros los únicos que poseemos la llave?

¡Pierre, eres un necio! Reconstruye... No, esa palabra no es adecuada porque el santuario sigue en pie, y con firmeza. ¿No hueles por ventura sus flores aún sin marchitar y fuertemente enramadas? Una nota como la tuya puede haber sido escrita con facilidad, Pierre. Este sorprendente mundo nuestro no está libre de impostores. ¿No ves que el avispa novelista te escribirá cincuenta mensajes como éste para arrancar de los ojos de sus lectores lágrimas a borbotones, del mismo modo que tu propia nota ha convertido tus viriles ojos en un árido páramo, sí, en un páramo vidriado y yermo? ¡Pierre, necio Pierre!

¡Ah, no nos burlemos de un corazón que ha sido atravesado por una daga! El hombre apuñalado conoce el acero; no tratemos de hacerle creer que no es más que una cosquilleante hoja de árbol. ¿No siente acaso el cuchillo en su interior? ¿Qué es esa sangre derramada en sus vestiduras? ¿Y la punzada en su corazón?

Una vez más, y no sin razón, podrían alzarse invocaciones a esos tres Seres Fantasmales que tienden el telar de la Vida. Sí, de nuevo, podríamos preguntarles: ¿Qué hilos eran aquellos, oh, Seres Fantasmales, que tejáis en tiempos ya pasados y que ahora le transmiten a Pierre presentimientos eléctricos e inequívocos que

convierten su pesar en auténtico y hacen que su padre haya perdido su santidad y que su hermana Isabel resulte una realidad?

¡Ah, padres y madres! ¡Por todo el mundo sed cautelosos, poned atención! Vuestro pequeño quizá no comprenda en toda su extensión el significado de aquellas palabras y señales por las que, en su presencia inocente, creéis disfrazar eso tan siniestro que insinuáis. Ahora no entiende, ni siquiera observa de modo consciente el aspecto externo de las cosas; pero si en una etapa posterior de la vida el Destino coloca la clave de la cifra misteriosa en sus manos será capaz de leer con rapidez y exactitud las inscripciones más oscuras y vagas que encuentre en su memoria. Sí, y además revolverá su cerebro buscando escritos aún más ocultos que merezcan una nueva lectura. Así han sido aprendidas las lecciones más complejas de la Vida; así ha sido destruida la fe en la Virtud que induce a los jóvenes a entregarse al más infiel de los desprecios.

No era eso exactamente lo que le ocurría a Pierre; pero se parecía tanto, en algunos puntos, que la advertencia recién expuesta puede no estar del todo fuera de lugar.

Su padre había muerto de una fiebre y, como resulta frecuente en este tipo de enfermedades, hacia el final su mente deliraba haciéndole desvariar. En tales ocasiones las personas que le atendían, de carácter abnegado y dedicadas a la familia, evitaban por medio de artes sutiles que pasaban desapercibidas que la esposa del moribundo estuviese presente a su lado. Pero el entonces jovencísimo Pierre, cuyo afecto filial sin condiciones le impulsaba a aproximarse con frecuencia al lecho, no fue tenido en cuenta a causa de su inocencia y de su corta edad durante los delirios de su padre. De modo que una noche, cuando las sombras se confundían con las cortinas y la estancia entera permanecía en silencio, Pierre veía de modo confuso el rostro de su padre y el fuego del hogar parecía yacer en un templo derruido de fantasmales carbones, una voz extraña, quejumbrosa, queda e infinitamente lamentable surgió con dificultad de la cama con pabellón. Pierre oyó:

—¡Mi hija! ¡Mi hija!

—Vuelve a delirar —dijo la enfermera.

—¡Querido padre mío! —sollozó Pierre—. No tienes ninguna hija, aquí está tu pequeño Pierre.

Pero de nuevo se oyó la desconsiderada voz procedente del lecho que de pronto se puso a aullar con gran estruendo:

—¡Mi hija! ¡Dios, Dios! ¡Mi hija!

El muchacho asió con fuerza la mano del moribundo, que apenas pudo devolverle el apretón y en el lado opuesto del lecho la otra se alzó por sí sola y se aferró al vacío, como si en él hubiese más dedos infantiles. Entonces ambas manos se derrumbaron sobre la sábana, y en las centelleantes sombras de la noche el pequeño Pierre creyó

vislumbrar que mientras la mano que él había sostenido entre las suyas enrojecía de modo febril, pero suave, la que había permanecido en el vacío estaba blanca, más aún, cenicienta como la de un leproso.

—Ya ha pasado —murmuró la enfermera—, no volverá a delirar hasta medianoche, ésa es su costumbre —pero en su corazón se preguntaba cómo era posible que tan excelente caballero y hombre de probada virtud desvariase de modo tan ambiguo y temblaba al pensar en ese algo misterioso del alma que parece no reconocer la jurisdicción humana, y que a pesar de la inocencia del individuo le obliga a tener horribles pesadillas y a susurrar pensamientos inconfesables. En el corazón infantil, atemorizado y respetuoso de Pierre se infiltró una suposición similar, pero más nebulosa. Pertenecía a las esferas más impalpables de lo etéreo y el muchacho la cubrió con otros recuerdos más dulces, dejándola enterrada; por fin se mezcló con otros pensamientos sombríos provenientes de sospechas oscuras y no sobrevivió como parte de la vida real de Pierre. Pero si bien durante largos años el beleño no dio hojas ni frutos en su alma, la semilla permaneció en ella enterrada y una mirada por encima a la carta de Isabel la hizo renacer de repente, como por encanto. Una vez más oyó la voz acallada desde hacía años, quejumbrosa y lamentable como cuando pronunció por vez primera aquellas palabras:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! —seguidas por un compungido—: ¡Dios! ¡Dios! —ante Pierre volvió a alzarse la mano en el vacío, cayendo después pálida como la ceniza.

III

En los fríos tribunales de justicia la cabeza visible exige juramentos y pruebas escritas, que resultan sagradas; pero en los cálidos salones del corazón un simple destello de la memoria basta, sin necesidad de testigos, para alumbrar tal llamarada de evidencia, que todos los rincones de la convicción quedan iluminados al igual que una ciudad resplandece a medianoche a causa de un edificio en llamas cuyos tizones caen formando remolinos de fuego por ambos lados.

Había un gabinete cerrado de ventanas redondas que se comunicaba con la alcoba de Pierre, al que acostumbraba a acudir en esos momentos terribles y a la vez dulces en los que un espíritu llamaba a otro, diciéndole: «Comparte tu soledad conmigo, hermano gemelo, ven hasta este lugar de destierro. Tengo un secreto que deseo confiarte en un lugar apartado». En dicha estancia, sagrada para las intimidades de Tadmor y reposo del a veces solitario Pierre, había un retrato al óleo que estaba colgado con largas cuerdas de la cornisa; ante él Pierre había permanecido en repetidas ocasiones en estado de trance. Si aquel pequeño lienzo hubiese sido exhibido en una exposición anual y hubiese sido descrito sobre el papel, al llegarle su turno, por los críticos y observadores casuales, habría merecido el siguiente comentario, muy acertado por cierto: «Retrato improvisado de un joven caballero de figura atractiva y corazón alegre. Está sentado con ligereza y, podríamos decir que de un modo casi etéreo, rozando apenas una silla de Malacca. El brazo que sujeta el sombrero y el bastón cuelga perezosamente por el respaldo mientras los dedos de la otra mano juegan con la cadena de oro de su reloj y la llave que lo abre. La cabeza, de amplias sienes, está girada hacia un lado y en sus ojos se adivina una expresión muy particular: radiante, despreocupada, matinal en cierto sentido. Da la impresión de acabar de presentarse en casa de algún conocido de los más íntimos con el único propósito de visitarle. En conjunto este cuadro parece obra de un artista avisado y alegre en extremo y expresa franqueza y elegancia. Sin duda es un retrato y no un producto de la imaginación y, aventurándonos a hacer vagas conjeturas, diríamos que ha sido pintado por un aficionado».

Un hombre tan radiante y lleno de júbilo, tan joven y apuesto, de belleza y salud singulares. ¿Qué sutil elemento impregnaba el conjunto del retrato para que resultase infinitamente desagradable, y repulsivo a los ojos de la esposa del original? La madre de Pierre nunca había soportado aquel lienzo que, según había afirmado en repetidas ocasiones, falseaba la auténtica imagen de su esposo. Su cálido recuerdo del fallecido señor Glendinning le impedía colgar coronas alrededor de aquel cuadro. «No es él», exclamaba con gran énfasis y enojo cuando se le rogaba con insistencia que revelase la causa de su disentimiento irracional que contrastaba con la opinión de casi todos los amigos y parientes del desaparecido. El retrato que según ella le hacía justicia a su esposo por reflejar a la perfección y de forma detallada las facciones de éste y de modo más particular su expresión, mezcla de autenticidad, elegancia y nobleza, poseía un tamaño mucho mayor y ocupaba, en la gran sala de estar de la planta baja, el lugar más conspicuo y honorable del muro central.

Incluso a Pierre aquellos dos retratos le habían parecido singularmente distintos entre sí. Y como el de mayor tamaño había sido pintado muchos años después que el del gabinete de Pierre y por lo tanto representaba al original en una época que el joven recordaba —aunque entonces sólo fuese un niño—, no podía por menos que considerar que aquél constituía la auténtica y viva imagen de su padre. Por consiguiente la preferencia de su madre, a pesar de ser muy marcada, no le sorprendía en absoluto ya que coincidía por completo con la suya. Pero no por tal motivo debía ser rechazado el otro retrato de forma tan categórica. En primer lugar convenía considerar una diferencia en el tiempo y en el vestir. También había que tener en cuenta que los artistas respectivos no coincidían en su estilo y que ambos rostros estaban representados de acuerdo con los respectivos ideales de sus autores que, debido a su espiritualidad, habían captado sendos significados en la expresión del original —en ambos casos presente—, en vez de copiar los rasgos en carne y hueso, por muy brillantes y elegantes que resultasen estos últimos. Por añadidura, mientras el retrato de mayores dimensiones era el de un hombre casado de mediana edad que parecía poseer ese indefinible y ligeramente decoroso sosiego que caracteriza a tal condición cuando va acompañada de la felicidad, el más reducido reflejaba a un joven soltero, vivaz y despreocupado de aquellos que pasan por la vida con alegría por poseer un corazón liviano y un espíritu conquistador, aunque no en demasía. El padre de Pierre aparecía impregnado de pies a cabeza de esa temprana e insaciable plenitud propia del despertar a la vida, pletórico de por sí de frescor y júbilo. Como es natural, había que mostrarse condescendiente ante una interpretación cándida, por muy detallada que se pretendiese, de ambos lienzos. Pierre había sacado una conclusión poco menos que irrefutable al comparar los retratos de su padre con dos suyos, que comparaba poniendo uno al lado del otro. Uno de ellos había sido realizado a una edad muy temprana, cuando no era sino un muchacho de cuatro años ataviado con

túnica y cinturón. En el otro aparecía como un adolescente, ya cumplidos los dieciséis, cuyo crecimiento había concluido. Excepto por un algo indestructible e imperecedero en los ojos y las sienes, Pierre reconocía con dificultad al ya casi hombre de abierta risa en el infante estirado y de meditativa sonrisa. «Si unos pocos años —pensaba— han podido operar en mí un cambio tan total. ¿Por qué no había de ocurrir algo similar en el caso de mi padre?».

Además de todo eso, Pierre tomaba en consideración la historia y, por así decirlo, la leyenda familiar que envolvía al retrato pequeño. Al cumplir los quince años, le había sido regalado por una vieja tía soltera que residía en la ciudad y que veneraba el recuerdo de su padre con esa devoción inmarcesible y casi milagrosa que una hermana doncella y de edad avanzada profesa a un hermano más joven y muy querido, fallecido y por lo tanto alejado de ella para siempre y de forma irrevocable. Como hijo único de aquel hermano, Pierre era objeto del más cálido y extravagante afecto por parte de su solitaria tía, que parecía vislumbrar en él, devuelta a la juventud, la viva imagen y semejanza, tanto en cuerpo como en alma, de su hermano. Pierre había heredado de su desaparecido padre una especial belleza de semblante. Si bien el retrato al que nos referimos tenía una desusada significación para la mujer, con el tiempo el estricto canon de su romántico e imaginativo amor le hizo comprender que pertenecía a Pierre —ya que no sólo era hijo único de su padre sino también su homónimo— y que debía serle entregado cuando fuese lo bastante mayor como si se tratara de apreciar la valía de tan sagrado e inestimable tesoro. Por consiguiente se lo había enviado en una triple caja cubierta con tela impermeable. El precioso paquete fue entregado en Saddle Meadows por un mensajero rápido y confidencial, un viejo caballero desocupado que una vez había estado desesperado a causa de su rechazo como galán, pero que había sabido conformarse, convirtiéndose en un comunicativo vecino. A partir de entonces la tía Dorothea había ofrecido sus ritos matinales y vespertinos a la memoria del más noble y hermoso de los hermanos ante una miniatura de marfil con marco y tapadera de oro, obsequio fraterno. Sin embargo, su visita anual al lejano gabinete de Pierre —a pesar de constituir una singular hazaña para una mujer a quien los años no habían perdonado y que por lo tanto se sentía aquejada de diversas enfermedades— ponía de manifiesto la seriedad del gran sentido del deber y la penosa renuncia al egoísmo que la habían inducido a desprenderse por su propia voluntad de tan precioso recuerdo.

IV

—Dime, tía —preguntó Pierre siendo aún niño, mucho antes de que el retrato pasase a ser de su propiedad—; dime cómo fue pintado este retrato de la silla, como tú lo llamas. ¿Quién lo pintó? ¿De quién era esta silla? ¿Tienes tú la silla ahora? No la veo en esta estancia. ¿Qué es lo que está mirando papá de forma tan extraña? Me gustaría saber en estos momentos qué estaba pensando papá mientras reproducían su efigie sobre el lienzo. Por favor, te lo ruego, querida tía; háblame de esta pintura, para que cuando sea mía, como me has prometido, conozca toda su historia.

—Entonces siéntate y estate muy quieto y atento, mi querido niño —respondió la tía Dorothea, mientras desviaba la cabeza y buscaba algo en su bolsillo con mano trémula e imprecisa. Pierre, sorprendido, exclamó:

—Pero, tía, supongo que la historia de este retrato no estará escrita en un pequeño libro que ahora te dispones a sacar y a leerme.

—Busco mi pañuelo, hijito.

—Tía, está ahí, a la altura de tu codo, sobre la mesa; aquí lo tienes, toma, cógelo. ¡Oh! No me hables ahora del retrato, no pienso escucharte.

—Estate quieto, mi queridísimo Pierre —respondió la tía, tomando el pañuelo que su sobrino le ofrecía—, corre un poco la cortina, hijo; me molesta tanta luz en los ojos. Ahora, ve a la alacena y tráeme mi chal oscuro. No es necesario que corras. Eso es, gracias, Pierre. Siéntate de nuevo y empezaré mi historia. Esta pintura fue realizada hace largo tiempo, hijo mío; tú aún no habías nacido.

—¿No había nacido? —exclamó el pequeño Pierre.

—No, aún no —respondió la tía.

—Sigue, por lo que más quieras; pero no vuelvas a decirme eso de que érase una vez yo, el pequeño Pierre, no existía y que sin embargo mi padre ya vivía. Sigue tía, por favor, no te detengas; vamos, sigue.

—Te estás poniendo muy nervioso, cariño; ten un poco de paciencia. Soy ya muy anciana, querido Pierre; ya sabes que a los viejos no nos gusta que nos vengán con prisas.

—Mi muy estimada tía Dorothea, te ruego que me perdones por esta vez y que continúes narrándome tu historia.

—Cuando tu desdichado padre era aún muy joven, hijo mío, acostumbraba a visitar cada año en época otoñal a sus amigos de la ciudad. Mantenía una relación de especial intimidad con un primo suyo, llamado Ralph Winwood, de edad similar a la suya y como él elegante y agradable joven, Pierre.

—Nunca lo he visto, tía. Dime, ¿dónde se encuentra en la actualidad? — interrumpió Pierre—; ¿vive también en el campo, como mamá y yo?

—Sí, hijo mío; pero en un campo muy lejano y hermoso, espero. Confío en que more en el cielo.

—O sea, que murió —suspiró el pequeño Pierre—. Sigue, tía, te lo ruego.

—El primo Ralph era muy aficionado a la pintura: pasaba largas horas en una estancia de cuyas paredes había colgado cuadros y retratos sin fin. Tenía allí sus pinceles y, cómo no, su caballete. Le agradaba sobremanera pintar a sus amigos y sumar sus rostros a su extensa colección. De aquel modo, cuando estaba solo se sentía acompañado por caras conocidas que adoptaban para él sus mejores expresiones; desde sus lienzos no podían irritarse ni mostrarse disgustados o malhumorados, mi pequeño Pierre. Le había rogado a tu padre en numerosas ocasiones que posase para él, diciendo que su círculo de amigos silenciosos no quedaría completo hasta que consintiera en unirse a él. Pero en aquellos tiempos, hijito, tu padre no paraba ni un solo momento. Me costaba un gran esfuerzo conseguir que permaneciese erguido y quieto mientras le anudaba el corbatín, ya que debes saber que cada día acudía a mí para tan delicada operación. Siempre encontraba excusas para posponer la sesión de pintura que tanto anhelaba el primo Ralph. «En otro momento, primo, hoy no, quizá mañana..., o la semana próxima», acostumbraba a decirle. Transcurridos unos meses, el primo Ralph empezó a desesperar. «Lo pillaré desprevenido, no me doy por vencido», solía decir en tono desafiante. De modo que decidió no hablar más con tu padre para convencerle de que se dejase retratar; pero cada mañana soleada preparaba con esmero su caballete, pinceles y demás instrumentos, para que todo estuviese a punto desde el mismo momento en que tu padre apareciese por casualidad durante uno de sus largos paseos, ya que era costumbre de este último ir a visitar de vez en cuando al primo Ralph en su estudio de pintura, si bien siempre se presentaba de paso y no permanecía con él más que unos minutos. Por favor, querido mío, descorre la cortina, tengo la impresión de que este lugar está quedando demasiado oscuro.

—Eso mismo pienso yo desde hace un buen rato, tía —dijo Pierre obedeciendo a sus deseos. Pero ¿no te daña la luz en los ojos?

—A esta hora ya no, pequeño Pierre.

—Bien, bien; continúa, tía, te lo ruego. No puedes imaginarte hasta qué punto estoy interesado —replicó Pierre, acercando su taburete al repulgo de satén acolchado que llevaba su buena tía en el vestido.

—Claro que seguiré, hijito. Pero primero permíteme que te cuente que por aquellos tiempos arribaron al puerto unos emigrantes franceses con cierta alcurnia en una pequeña embarcación. Los pobres se habían visto obligados a huir de su patria a causa de la cruel situación gala, donde el derramamiento de sangre se había convertido en un rito cotidiano. Supongo que ya habrás leído todo eso en el librito de historia que te regalé hace años.

—Conozco todos los pormenores acerca de la Revolución Francesa —afirmó el pequeño Pierre.

—Tengo que reconocer que posees una notable sabiduría, querido hijo —dijo la tía Dorothea sonriendo ligeramente—. Entre aquellos pobres pero nobles emigrantes había una hermosa muchacha, cuyo triste destino hizo más adelante mucho ruido en la ciudad, provocando más de un sollozo, pero todo fue en vano, ya que nunca más volvió a saberse nada acerca de su paradero.

—¿Cómo? ¿Cómo fue? No comprendo una palabra, tía. ¿Acaso desapareció?

—Estoy precipitándome y adelantándome a los acontecimientos de mi narración. Sí, en efecto, desapareció y no volvimos a tener noticias tuyas, aunque eso ocurrió después, bastante tiempo después, hijito. Estoy segura de que así fue y podría jurarlo sin temor a equivocarme, querido Pierre. Fue después.

—Querida tía —la interrumpió Pierre—, de repente has adoptado un tono grave y vehemente. ¿Después de qué? Tu voz me resulta extraña, te ruego vuelvas a ser la de antes. Me asustas. No sigas hablando de ese modo, te lo ruego.

—Debe ser por este terrible resfriado que tengo; me temo que estoy un poco ronca, Pierre. Pero de todos modos trataré de evitar ese tono áspero y discordante. Pues bien, querido sobrino, algún tiempo antes de la desaparición de aquella joven dama, de hecho poco después de que los infortunados emigrantes pisasen tierra, tu padre conoció a la hermosa joven. Al igual que muchos otros caballeros de la ciudad dotados de espíritu humanitario trató de abastecer a los extranjeros de cuanto necesitaban, ya que eran en verdad muy pobres a causa de los numerosos pillajes en los que les habían despojado de todos sus bienes, excepto algunas joyas de escasa importancia con las que no habrían llegado demasiado lejos. Por fin, los amigos de tu padre trataron de disuadirle de que visitase a aquellas personas con tanta frecuencia; temían que, como la joven dama era hermosa en extremo y ligeramente inclinada a la intriga —eso era lo que afirmaban algunos de ellos—, tu padre se sintiese tentado de casarse con ella, decisión que no habría sido digna de encomio, ya que por muy bella y bondadosa que resultase la joven nadie a este lado del océano sabía una sola palabra acerca de su pasado. La muchacha francesa era extranjera y nunca habría

constituido para tu padre una pareja tan ideal como lo fue más adelante tu querida madre, muchacho. Yo, que por mi parte había conocido siempre muy bien a tu padre en todas sus intenciones, ya que nunca dudó en confiármelas, jamás pensé seriamente que estuviese dispuesto a hacer algo tan imprudente como desposarse con una dama desconocida. En cualquier caso poco a poco fue espaciando sus visitas a los emigrantes; al cabo de unos meses la joven y misteriosa dama desapareció. Algunos afirmaron que con toda probabilidad había regresado a su país en forma secreta y voluntaria; otros declararon que había sido secuestrada por emisarios franceses, ya que, poco después de conocerse el acontecimiento, se extendió el rumor de que provenía de una familia muy noble, emparentada y aliada en ciertos aspectos con la realeza. Como es natural no faltó quien menease la cabeza con ademán misterioso, murmurando palabras como «ahogada», «asesinada» e insinuaciones igualmente oscuras; siempre se oyen comentarios de este tipo cuando desaparece alguien y nadie logra dar con su paradero. Pero aunque tu padre y otros caballeros movieron cielo y tierra para encontrar algún indicio, como ya te he dicho antes, ni ellos ni nadie supieron nunca más nada acerca de ella.

—¡Pobre dama francesa! —suspiró Pierre—. Me inclino a creer, querida tía, que en realidad fue asesinada.

—Pobrecilla, no lo sabremos nunca. Pero escúchame con atención, porque voy a seguir explicándote la historia del retrato. Durante la época en la que tu padre visitaba a los emigrantes con frecuencia, hijo mío, el primo Ralph era de los que sospechaba que tu padre cortejaba a la misteriosa dama. Pero el primo Ralph era un hombre instruido y poco hablador; por lo tanto desconocía qué es lo adecuado y qué lo inútil en el gran mundo, razón por la que no se habría sentido en absoluto mortificado si tu padre se hubiese casado con la joven refugiada. Pensando como pensaba —si bien yo creo que estaba en un error— que tu padre la pretendía en matrimonio, se le ocurrió que nada resultaría más divertido que hacer un retrato de Pierre en actitud de galán enamorado; es decir, pintarlo a los pocos minutos de salir de casa de los emigrantes, adonde acudía todos los días sin excepción. Estuvo al acecho esperando una oportunidad o, dicho de otro modo, tenía siempre a punto todos sus instrumentos en el estudio de pintura, como te he contado antes. Por fin una mañana tu padre se dejó caer por aquel lugar tras su paseo acostumbrado. Pero antes de que entrase a la estancia, el primo Ralph lo estuvo espiando desde la ventana; así que cuando tu padre cruzó el umbral nuestro artista tenía colocada la silla para posar frente al caballete, si bien un poco alejada de éste, y simuló estar concentrado en su trabajo. Le dijo a tu progenitor: «Me alegro de verte, primo Pierre; estoy muy ocupado dando las últimas pinceladas a una de mis obras, de modo que te ruego que te sientes ahí mismo y me expliques algo sobre las novedades más recientes; si lo deseas saldremos juntos dentro de un minuto. Dame noticias de los emigrantes, primo Pierre», añadió con la

astucia que le era habitual, tratando, como habrás comprendido, de dirigir los pensamientos de tu padre hacia sus supuestos amoríos, para captarlo en una expresión que traicionase sus sentimientos. ¿Me sigues, verdad?

—No sé si acabo de entenderlo todo, tía; pero te ruego que no interrumpas tu relato, ya que estoy muy interesado en oírlo. Te lo ruego, continúa.

—Pues bien, por medio de hábiles ardidés y artificios el primo Ralph consiguió que tu padre permaneciese sentado en la silla que había dispuesto para él charlando hasta por los codos, olvidándose de su compostura hasta tal punto que ni siquiera sospeché que durante todo aquel rato el astuto primo Ralph estaba pintando y pintando a gran velocidad, mientras simulaba reírse de las ocurrencias ingeniosas de Pierre. En resumen, el primo Ralph estaba robándole su retrato, hijo mío.

—Yo no diría robándose —replicó Pierre, alarmado—. Eso sería propio de un malvado.

—Si no quieres, no utilizaremos el término «robar», ya que estoy segura de que el primo Ralph se mantuvo todo el tiempo a cierta distancia de tu padre y por lo tanto no pudo apoderarse de cuanto llevaba en los bolsillos; pero sí me atrevo a afirmar que se sirvió de su astucia para arrebatarse su retrato. Y aunque se hubiera tratado de un hurto real, o algo por el estilo, teniendo en cuenta hasta qué punto me ha resultado reconfortante poseer este lienzo, Pierre, y también cómo ha de satisfacerte a ti obtenerlo, o por lo menos yo así lo espero, creo que debemos perdonarle de todo corazón aquella diablura.

—Por supuesto —asintió el pequeño Pierre casi a coro con su tía, observando con ansiedad el retrato en cuestión, que permanecía colgado de la repisa de la chimenea.

—Pues bien, tras engañar a tu padre un par o tres veces más, el primo Ralph terminó por fin su obra; y cuando el lienzo estuvo enmarcado y totalmente acabado, habría sorprendido a tu padre colgándolo con toda osadía de las paredes de su estudio juntamente con los otros por él realizados, si este último no se hubiese presentado de improviso una mañana, justo en el momento en el que el lienzo estaba boca abajo sobre la mesa y el primo Ralph le estaba ajustando la cuerda, y lo hubiese atemorizado al decir con mucha calma que pensándolo bien le parecía que el primo Ralph había estado embaucándole con trucos y ardidés, si bien esperaba estar equivocado. «¿Qué quieres decir?», preguntó este último un poco confundido. «¿No habrás colgado aquí mi retrato, verdad, primo Ralph?», inquirió tu padre mirando con mucha atención las paredes de la estancia. «Me alegro de no verlo —añadió—. Es mi deseo, aunque quizá te parezca una necedad, que si en estos últimos días has estado realizando mi retrato, lo destruyas de inmediato; o, en cualquier caso, no quiero que se lo muestres a nadie. Mantenlo en un lugar oculto, fuera de la vista de todo el mundo. ¿Qué es eso que has dejado ahí boca abajo, Ralph?».

»El primo Ralph se sentía más aturdido a cada minuto que pasaba. No sabía qué hacer, al igual que yo, que tampoco comprendo el misterio ni siquiera en la actualidad, ni cómo interpretar el extraño comportamiento de tu padre. Por fin logró rehacerse y dijo: “Éste, primo Pierre, es un retrato secreto que acabo de concluir; debes entender que los pintores que nos dedicamos a este tipo de arte recibimos encargos de vez en cuando. Por lo tanto, no estoy autorizado a mostrártelo ni a explicarte nada relacionado con él”. De repente, tu progenitor preguntó en tono punzante y amenazador: “¿Has estado o no has estado pintando mi retrato, primo Ralph?”. “Nunca he plasmado sobre el lienzo esa expresión tuya”, respondió Ralph tratando de evadir la cuestión, observando en el rostro de tu padre una mueca de fiereza que nunca antes había visto en él. A tu padre le resultó imposible sonsacarle una palabra más al respecto.

—¿Y qué ocurrió entonces? —inquirió el pequeño Pierre.

—No gran cosa, hijo mío. Tu padre nunca vio este cuadro ni de reojo; en realidad, no llegó a saber con certeza que existía en el mundo un retrato suyo obra del primo Ralph. Este último me lo entregó a mí en secreto, pues no ignoraba mis tiernos y cálidos sentimientos hacia mi hermano, pero hizo que le prometiera solemnemente que jamás lo expondría en un lugar donde él pudiera verlo ni oír hablar de él. Supe guardar mi promesa; sólo tras la muerte de tu padre me decidí a colgarlo en mi alcoba. Bien, Pierre, ésta es la historia del retrato de tu padre sentado.

—Y muy extraña en verdad, además de interesante. Nunca la olvidaré, tía.

—Espero que así sea, hijito. Por favor, toca la campana para que nos sirvan un pastel de frutas. Yo beberé una copita de vino, Pierre. ¿Me estás escuchando, muchacho? Pierre, la campana. Tócala, vamos. ¿Puedo saber qué haces ahí de pie?

—¿Por qué papá no quería que el primo Ralph le hiciese su retrato, tía?

—¿Qué extraño mecanismo mueve las mentes de los niños! —exclamó tía Dorothea mirando al pequeño Pierre, fijamente y con expresión de sorpresa—. Eso es más de lo que puedo decirte, pequeño. El primo Ralph creía haber descubierto el secreto. Pero su idea me parece una locura. Siempre me contaba que estando en la alcoba de tu padre unos días antes de la escena que acabo de describirte, observó la presencia de un curioso libro de fisiognomía, creo que así es como la llaman, en el que estaban expuestas las reglas más extrañas y oscuras para detectar los más profundos secretos de las personas por medio del estudio de su rostro. Así que el necio primo Ralph aseguraba con orgullo que tu padre no deseaba que pintasen su semblante porque estaba enamorado de la joven dama francesa y temía que un retrato pudiese revelar su secreto. El tratado de fisiognomía le había advertido el peligro de forma indirecta. Ten en cuenta, antes de hacer conjeturas, que el primo Ralph era un muchacho retirado y solitario y que por lo tanto siempre tenía ideas extravagantes acerca de las cosas. Por mi parte, no creo que tu padre pensase tales ridiculeces en relación con este asunto.

La verdad es que no puedo decirte con toda seguridad por qué se negaba a que pintasen su retrato; pero cuando seas tan viejo como yo ahora, pequeño Pierre, comprenderás que cualquier persona, la mejor y la peor, actúa a veces de modo enigmático e inexplicable. En realidad algunas de las cosas que hacemos no tienen razón de ser ni siquiera para nosotros mismos, hijito. Con el tiempo irás comprendiendo esa parte extraña y en principio desconocida que existe en el interior del ser humano.

—Espero que así sea... Pero, según creo, Marten había de traernos pastel de frutas. ¿No, querida tía?

—Tira pues del cordón de la campana si deseas que acuda a tu llamada, hijo mío.

—¡Oh, se me había olvidado! —exclamó el pequeño Pierre obedeciendo.

Fueron sucediéndose los minutos. Mientras tía Dorothea apuraba, sorbo a sorbo, el vino de su copa, el muchacho terminaba su ración de pastel y ambos fijaron su mirada en el retrato en cuestión. Pierre, acercando por fin su taburete al lugar de donde colgaba el cuadro, preguntó:

—Dime, tía, ¿papá siempre tenía este aspecto? ¿Era así, tal cual? ¿Lo viste alguna vez con esta misma chaqueta de piel de búfalo y este foulard estampado de enormes figuras? Recuerdo muy bien la cadena y llave del reloj, ya que hace sólo una semana vi cómo mamá las sacaba de un pequeño cajón de su guardarropa, celosamente cerrado. Pero no consigo recordar sus extrañas patillas ni la chaqueta de búfalo ni el foulard blanco estampado. ¿Viste alguna vez ese pañuelo rodeando el cuello de mi padre, tía?

—Hijo mío, yo misma escogí la tela y cosí el dobladillo, bordando las iniciales P. G. en una esquina, pero este último detalle no figura en el retrato. El parecido es sorprendente, hijo mío, y no sólo se manifiesta en el foulard: así era él entonces. Sabes, pequeño Pierre; a veces me siento aquí sola y a fuerza de mirar ese rostro sin apartar la vista de él acabo por creer que tu padre fija sus ojos en los míos, me sonrío, asiente con la cabeza y me dice: «¡Dorothea, Dorothea!».

—¡Qué extraño! Ahora mismo yo también tengo la impresión de que me está observando, tía. ¡Fíjate bien! Todo está tan silencioso en esta estancia anticuada que me parece oír un tintineo proveniente del cuadro, como si la llave del reloj chocase contra la cadena de seguridad. ¡Escucha con atención, tía!

—Por lo que más quieras, hijo mío, no hables de un modo tan extraño.

—En una ocasión oí decir a mamá, desde luego no hablaba conmigo, que a ella por su parte no le agradaba el cuadro de tía Dorothea. No existía parecido con el original, según ella. ¿Por qué a mamá no le gusta este retrato, tía?

—Hijo mío, me haces unas preguntas sorprendentes. Si tu madre no encuentra este retrato lo bastante bueno es por una razón muy sencilla. Tiene en casa uno mucho más grande y bonito, cuya ejecución ordenó ella misma; sí, y además pagó por él no sé cuántos cientos de dólares. Como el parecido de este lienzo posterior también es

excelente, tu madre prefiere contemplar a tu padre en este último. Ése debe de ser el único motivo, pequeño Pierre.

Así charlaban durante horas la anciana tía y el infante. Ambos pensaban que el otro decía cosas extrañas y que el retrato tenía algo de misterioso; mientras tanto el rostro en él representado los miraba por un lado con expresión alegre y franca, como si no hubiese nada que ocultar, y con cierta mueca ambigua y burlona, por otro, como si hiciese un guiño de complicidad a una cara invisible sin necesidad de pronunciar palabra. Con aquel gesto parecía significarle a su intangible interlocutor que su necia hermana, ya entrada en años, y su hijo, pequeño bobalicón, estaban hablando con gravedad y en un tono especulativo en extremo de un foulard estampado, una chaqueta de piel de búfalo y un semblante amable y caballeresco.

Tras esta escena los efímeros años fueron transcurriendo, hasta que el pequeño Pierre se convirtió en Maese Pierre, un adulto ya crecido y preparado para poseer el retrato; ahora, en la intimidad de su gabinete particular, podía permanecer de pie, recostado o sentado durante todo el día contemplándolo si ése era su deseo, y pensando, pensando, pensando... hasta que con el tiempo sus reflexiones se fueron difuminando y por fin dejaron de existir como tales.

Antes de que le fuera enviado aquel lienzo, cuando tenía sólo quince años, descubrió, fuera por un descuido de su madre o bien, y eso es lo más probable, a causa del paso casual de Pierre por el salón en el momento en que se emitía tal comentario, que la señora Glendinning no aprobaba el retrato. Como Pierre aún era demasiado joven, en el cuadro estaba representado el rostro de su padre y dicha obra pertenecía a su tía y era tenida en gran estima por aquella dama afectiva, excelente y muy querida por todos, su madre, con intuitiva delicadeza, se había abstenido de expresar en forma clara su opinión particular en presencia del pequeño Pierre. Y la juiciosa aunque semiinconsciente delicadeza de la madre había sido respondida de modo singular por cierta sutileza de sentimiento en el hijo, ya que los niños que nacen con un refinamiento natural, y si además reciben una crianza amable y suave, acaban por poseer un maravilloso y casi inimaginable sentido de la propiedad, una finura en el pensamiento y un refrenamiento espontáneo, cualidades que le impulsan a actuar con suma corrección en asuntos considerados como delicados por sus mayores, que son tenidos por ellos mismos por excelentes. El joven Pierre nunca le desveló a su madre el secreto merced al cual —a través de otra persona— se había enterado de su opinión en relación con el retrato de tía Dorothea. Parecía poseer un conocimiento intuitivo de esta circunstancia, debido al diferente tipo de relación que ambas habían mantenido con su padre y también por otras razones menos significativas; en algunos casos podía mostrarse más inquisitivo en algunos asuntos relacionados con su progenitor —en particular en todo lo concerniente al retrato sedente— con su tía que con su madre. Comprendía que la hermana de su padre había de responder a preguntas directas; por

esa razón su explicación acerca del desagrado de la señora Glendinning por tan discutido lienzo le resultó satisfactoria, o por lo menos lo bastante aclaratoria, durante largo tiempo.

Cuando por fin llegó el retrato a Saddle Meadows dio la coincidencia de que su madre se hallaba ausente, de modo que Pierre lo colgó en su gabinete sin pedir permiso a nadie. Al regresar la viajera un par de días después no le dijo una palabra acerca de su llegada a la mansión, ya que seguía teniendo presente que aquel cuadro estaba investido con un extraño y dulce misterio, cuyo carácter sagrado temía violar provocando cualquier discusión con su madre acerca del obsequio de tía Dorothea o bien permitiéndose actuar con un exceso de curiosidad al tratar de descubrir por medio del diálogo las razones que habían impulsado a su madre a emitir opiniones particulares e incluso íntimas en relación con él. Pero cuando —ocurrió poco después de la llegada del retrato— se enteró de que su madre había visitado su alacena privada, se preparó para escuchar en la primera ocasión en que coincidiesen algún comentario franco y abierto proveniente de esta última en relación con la reciente adición hecha al ornato de dicho rincón. Pero como la señora Glendinning omitió toda mención al asunto, se limitó a escrutar su rostro con suma discreción para comprobar si podía descubrir en él una velada emoción. No consiguió discernir nada en absoluto. Como las auténticas finuras son acumulativas por naturaleza, el refrenamiento mutuo, respetuoso y tácito existente entre la madre y el hijo permaneció inmutable durante el resto de sus vidas. Aquello creó entre ellos un nuevo lazo de unión dulce, sagrado y santificador. Porque, a pesar de lo que a veces digan los enamorados, el sentimiento del Amor no siempre aborrece la existencia de un secreto del mismo modo que la naturaleza, según afirman algunos, detesta los espacios vacíos. El Amor se construye sobre una base de secretos, de igual forma que la adorable Venecia está sustentada por unos pilares incorruptibles y ocultos bajo el mar. Los secretos del Amor pertenecen a la esfera de lo trascendente e infinito, siendo por lo tanto como aéreos puentes que nuestras sombras más recónditas cruzan para alcanzar las regiones de áureas nieblas y exhalaciones donde se engendran los pensamientos románticos y poéticos. La intimidad y su enigma inherente se derraman sobre nosotros como perlas procedentes de un maravilloso arco iris.

A medida que transcurrían las semanas y los meses, la casta virginidad de aquella mutua reserva hizo que el retrato quedase investido por encantos aún más dulces a causa del misterio que encerraban; alrededor de la venerada memoria del padre crecieron, gracias a la semilla arrojada por lo desconocido, como romero e hinojo frescos. Si bien de vez en cuando, como ya se ha indicado con anterioridad, Pierre sometía a su propio entendimiento posibles soluciones del penúltimo secreto del retrato, que era el relacionado con la aversión de su madre, nunca el hábil análisis al que le llevaba su proceso mental transgredió de forma voluntaria el sagrado límite en

el que la particular repugnancia de la señora Glendinning empezaba a ser matizable por implicar ambiguas consideraciones sobre posibilidades desconocidas relativas al carácter y estilo de vida juveniles del original. No es que hubiese prohibido por completo a su imaginación aventurarse en tales campos de especulación; pero el resultado de sus divagaciones siempre contribuía a exaltar la idealizada imagen que se había formado de su padre, que, en su alma, se basaba en los hechos reales y reconocidos de la vida de éste.

V

Si es cierto que, cuando la mente vaga errante por las primeras elásticas regiones de la evanescente invención, llega a asignarle una forma o rasgo concretos a las múltiples masas que va moldeando a partir de las disoluciones incesantes de sus anteriores creaciones, si, repito, ése es el proceso de nuestro cerebro, podremos entonces tratar de captar y definir la menos oscura de las razones que, durante el período de adolescencia que estamos tratando, se le ocurría a Pierre con más frecuencia al intentar comprender la sorprendente aversión de su madre por el retrato. Nos aventuraremos a esbozar el oscuro pensamiento del joven.

«Quién sabe si después de todo el primo Ralph no estaba tan lejos de la verdad al afirmar que en un tiempo mi padre acarició la sombra de una pasajera emoción o sentimiento en relación con la joven y bella francesa. Y, puesto que en ese caso el retrato habría sido pintado en aquella época y con el deliberado propósito de perpetuar cualquier expresión que pudiese atestiguar, aunque de modo ambiguo, la realidad de tal hecho en el semblante del original, no sería de extrañar que el gesto no fuese compatible, por resultar desconocido, con el gusto de mi madre. Porque en ese caso no sólo los rasgos de mi padre le parecerían a ella los de un extraño (ya que se conocieron en una época posterior), sino que además, debido a esa femineidad que caracteriza a algunas mujeres y que podría llamarse amorosos celos o molesta vanidad en el caso de cualquier otra dama, mi madre podría haber percibido que la mirada que se desprende de los ojos del retrato en cuestión no está dedicada a ella en modo alguno, sino a un objeto desconocido. Como es natural, eso hace que se sienta impaciente e incluso que el cuadro le resulte repulsivo, ya que por fuerza ha de mostrarse intolerante con cualquier reminiscencia que pertenezca a mi padre y que no tenga la menor relación con sus recuerdos personales.

»Por el contrario el lienzo de gran tamaño y cuerpo entero que se encuentra en el salón principal fue realizado cuando mi padre estaba en la flor de la vida, durante los días más felices y rosados de su unión conyugal, a causa del particular deseo de mi madre, por un celebrado pintor elegido por ella misma y con mi padre vestido al gusto de su amada esposa. Si a todo eso añadimos que todos los expertos y amigos del

difunto expresan su admiración por la calidad y el perfecto parecido y que esa opinión se ve reforzada en mi espíritu por mis borrosos recuerdos de la infancia, no nos quedará más que decir que el retrato del salón posee para ella un encanto lógico e inestimable. En él ve a su esposo tal y como siempre apareció ante ella; sus ojos no se posan en otros de inexplicable expresión que miran a un vacío que podría encarnarse en un fantasma desconocido proveniente de los días distantes y para ella poco menos que irreales de su vida de soltero. En el retrato posterior la amorosa mirada de mi padre parece relatarle una vez más las narraciones y leyendas de su devoto querer como esposo. Sí, ahora que lo pienso, creo que debe de ser así. Sin embargo, hay algunas ideas que no acaban de tomar forma en mi pensamiento, pero que no por ello dejan de existir ni de acudir a mi mente cada vez que miro el pequeño y extraño cuadro en el que mi padre aparece sentado. Si bien este último me resulta aún menos familiar que a mi madre, como es lógico, en ocasiones tengo la sensación de que me habla en estos términos: "Pierre, no te creas lo que expresa el lienzo del salón; ése no es tu padre o por lo menos no todo cuanto debes saber de él. Considera en tu mente, Pierre, la posibilidad de unir en una sola a las dos personalidades que se te ofrecen. Las esposas fieles tienen una cierta tendencia, en su amor desmedido, a crearse una imagen ficticia de su esposo; y las viudas, asimismo leales, se inclinan, en su desmedida veneración, a moldear un fantasma imaginario a partir de la imagen ficticia que se forjaron en vida del entonces desaparecido. Fíjate una vez más en mí, Pierre, soy tu padre en su momento más auténtico. En nuestra época de madurez el mundo nos da un barniz similar a un baño de oro, en el que intervienen como componentes mil muecas, comportamientos adecuados y pulidas finezas; es entonces, Pierre, cuando en cierto sentido abdicamos de nosotros mismos y nos impregnamos de otro yo que no es el auténtico. Durante la juventud somos, pero con el tiempo acabamos por parecer. Mírame de nuevo. Soy tu padre, el verdadero, aunque a primera vista no consigas recordarme; piensa que eso es precisamente lo que me hace real. Los padres no acostumbran a mostrarse tal y como son en presencia de sus hijos, sobre todo si éstos son muy jóvenes. Existen cientos de pecadillos de juventud que nos sentimos reticentes a divulgar ante ellos, Pierre. Observa mi extraña y ambigua sonrisa; examina la mueca de mis labios con más atención. Estúdiate de cerca: ¿Qué significa esa luz demasiado ardiente y, por así decirlo, inmoral, que se desprende de mis ojos? Soy tu padre, muchacho. Existió una vez una tierra y, oh, demasiado adorable joven francesa, Pierre. La juventud es caliente y la tentación irresistible, hijo mío; en un momento determinado cometemos actos irreparables llevados por ímpetus incontenibles. El tiempo es un torrente que todo lo barre, pero nuestras acciones no siempre son arrastradas por su corriente; algunas de ellas quedan varadas en sus orillas, perdiéndose en las verdes regiones de la juventud, Pierre. Acércate un poco más. ¿Acaso tu madre me rechaza sin motivo? Piénsalo. ¿No tienden por ventura todas

sus espontáneas y amorosas manifestaciones a magnificar, idealizar e incluso deificar la memoria del que fue su esposo, Pierre? Entonces, ¿por qué ese despecho para conmigo?; ¿por qué no te habla nunca de mí y tú también guardas silencio en su presencia? Reflexiona. ¿No hallas un cierto misterio en todo esto? Sondea tu propia mente. No sientas nunca temor. Nunca. No te preocupes ahora por tu padre. ¿No ves que estoy sonriendo? Sí, mi sonrisa es imperturbable, y lo fue durante muchos años que ya no volverán, Pierre. ¡Es una sonrisa permanente, inmutable! De ella me servía cuando visitaba al primo Ralph, cuando me sentaba con tu querida tía Dorothea en el salón de su casa y por fin, de ella me sirvo ahora ante ti. Durante la etapa de madurez de tu padre, cuando su cuerpo conocía ya el sufrimiento, yo seguía con una sonrisa, oculto en el secreter de tía Dorothea; la mueca de mis labios no desaparecería aunque estuviese sumergido en la más profunda mazmorra de la Inquisición española o me hallase suspendido en una total oscuridad, lejos de los ojos y de las almas. Considera cuanto te digo: la sonrisa es el vehículo predilecto de la ambigüedad, Pierre. Cuando tratamos de engañar sonreímos; cuando incubamos cualquier artificio, por insignificante que sea, con intención de satisfacer nuestros más nimios y dulces apetitos, Pierre, obsérvanos y comprobarás cómo se dibuja en nuestros labios un gesto dorado y extraño similar al que ves en mí. Existió hace ya largo tiempo una adorable joven francesa. ¿Has pensado con detenimiento y de un modo analítico, psicológico y metafísico, en sus pertenencias, entorno y circunstancia, Pierre? Fue una historia bastante extraña la que te contó en una ocasión tu anciana tía Dorothea. Conocí una vez un corazón crédulo y querido. Escarba, escarba un poco; fíjate bien y verás una pequeña grieta. Sí, sí, una hendedura; ahí, sí, exacto. Siempre se consigue algo cuando se examina con perseverancia. No puede uno desarrollar su curiosidad para no averiguar nada. No intrigamos ni nos tornamos diplomáticos y lisonjeros con nuestra propia mente por nuestra voluntad y sin razón alguna. No debemos por culpa del temor dejar de rastrear, como los indios, desde el abierto llano hasta la negra espesura. Pero no diré más: a buen entendedor, pocas palabras bastan”». Así permanecía Pierre ante el retrato de su padre en esas noches largas y serenas del campo, cuando la mansión quedaba en silencio, envuelta en brumas invernales con una espesa capa de nieve amontonada a su alrededor, así como cuando, llegado ya el estío, el resplandor de la luna llena iluminaba sus muros confiriéndoles tonalidades blancas e imperecederas. Incluso durante el reposo le asediaba aquella misteriosa historia y le sorprendía precisamente a él, único morador y centinela de su pequeño gabinete, montando guardia —por así decirlo— ante la mística tienda del lienzo, siempre al acecho de cualquier luz que surgiera del inextricable misterio para iluminar con un brillo especial los significados que en su interior erraban de un lado a otro de forma inexplicable. Pierre se mantenía abierto, si bien no siempre de un modo consciente, a todas las inefables insinuaciones y ambigüedades que junto con veladas

e inconclusas sugerencias habitan la atmósfera del alma y la pueblan de una espesura similar a aquella con la que durante una suave pero prolongada tormenta de nieve los copos invaden el aire y la tierra. Pero con gran facilidad Pierre volvía en sí tras un breve ensueño, recuperando el sólido elemento que caracteriza al pensamiento encaminado e impulsado por la razón. Entonces el panorama se despejaba en un instante, los copos de nieve cesaban en su caída y Pierre, tras reconvenirse a sí mismo por su infatuación autoindulgente, se prometía no abandonarse nunca más a aquellos delirios de medianoche ante el retrato sedente de su padre. Nunca los torrentes de las divagaciones parecieron dejar el menor sedimento en su mente; eran éstas tan ligeras y rápidas que se despeñaban en una catarata cuyo curso no se detenía jamás, limpiando y secando con tal perfección los canales del pensamiento de Pierre, que parecía que el aluvión nunca hubiese fluido por ellos.

De modo que en sus sobrios y cálidos recuerdos la beatificación de su padre permaneció intacta y todo el misterio que encerraba el retrato no sirvió sino para conferir a su idea, de por sí legendaria, un matiz de romance cuya esencia radicaba en aquel carácter inefable que en ocasiones se le había antojado trascendental por sutil y maléfico.

Pero al leer la carta de Isabel, Pierre vio cómo todas las ambigüedades anteriores penetraban en él con la misma rapidez con la que el primer rayo de sol se deslizaba en su alcoba cada mañana y sintió que el misterio se desgarraba bajo la afilada punta de una invisible espada, que abría el paso a tropas y pelotones de fantasmas. Quedaba entonces invadido por un infinito pesar. Sus más remotas reminiscencias infantiles —la mente errante de su padre, la mano vacía y cenicienta, la extraña historia de tía Dorothea—, las místicas sugerencias de medianoche provenientes del mismo retrato y, sobre todo, la intuitiva aversión de su madre, lo asediaban con el significado que adquirirían ante sus ojos.

No podía por menos que comprender que todo cuanto le había parecido enigmático e inexplicable en aquel retrato por una parte, y el carácter indefinible pero familiar de la cara por otra, coincidían como por arte de encantamiento; la expresión jocosa del original del primero no carecía de armonía con la tristeza que reflejaba la segunda sino que, por una inefable correlatividad, se identificaban de manera recíproca y, permítaseme expresarlo de este modo, se fundían al penetrarse entre sí, presentando lineamentos de índole sobrenatural.

Por todas partes el mundo físico de objetos sólidos se desplazaba, se deslizaba, deshaciendo el círculo y dejándolo flotar en un éter de visiones. Poniéndose en pie de un salto con los puños cerrados y los ojos fijos en el inmóvil rostro suspendido en el aire, le espetó un prodigioso verso de Dante que describe las dos imágenes que se absorben mutuamente en el Infierno:

«¡Ah! Ahora sí cambias,

Agnello. ¡Mira, no eres doble,
Ni tampoco uno solo!».

Libro V

Recelos y preparativos

Había pasado ya la medianoche cuando Pierre regresó a la mansión. Había salido de ella con ímpetu con ese completo abandono del alma que, en un ardoroso temperamento, acompaña a los primeros momentos de una aflicción repentina y profunda; a su regreso había recobrado la compostura sin perder la palidez, ya que el sereno espíritu de la noche, la luna entonces alta en el cielo y las estrellas tardías que acababan de ofrecerse a sus ojos se habían convertido en una extraña melodía apaciguadora que, si bien al principio parecía destinada a pisotearle y despreciarle, de un modo gradual había penetrado en los meandros de su corazón, derramando con generosidad su quietud sobre toda su persona. Desde la cumbre de su compostura contemplaba con resolución el vasto paisaje socarrado que yacía en su interior. Recordaba en aquellos momentos al maderero de Canadá que, obligado a huir al declararse un incendio en sus bosques, regresa cuando el fuego ya ha sido reducido y observa sin pestañear siquiera los vastos campos arrasados donde aquí y allí resplandece el brillo de una hoguera envuelta en un lecho de humo.

Se ha indicado ya que siempre que Pierre buscaba la soledad en un refugio material y el aislamiento entre muros, elegía como escondite el gabinete que se comunicaba con su aposento. Así que, al dirigirse a su alcoba, tomó en su mano el quinqué que había dejado en ella y ahora quemaba con mortecina luz y de un modo instintivo penetró en el lugar de retiro acostumbrado, sentándose, con la cabeza inclinada y los brazos caídos, en la antigua silla con pies de dragón donde acostumbraba arrellanarse. En esta guisa permaneció durante un rato con los pies pesados como el plomo, un corazón que pasó de la más total frigidez a una extraña indiferencia y una sensación de aturdimiento general; hasta que por fin, cual viajero que reposa sobre la nieve, empezó a luchar contra un estado de inercia que le pareció un síntoma traidor e incluso mortal. Levantó la mirada y sus ojos se enfrentaron con el retrato de su padre, que, a pesar de haber perdido su carácter enigmático, seguía sonriendo de modo ambiguo. En un instante volvieron a asaltarle el conocimiento y la angustia, pero sin la suficiente fuerza como para vencer a la oscura tranquilidad que se había apoderado de él. De todos modos no pudo soportar la visión del sonriente

semblante y obedeciendo a un impulso indefinible, que se sintió incapaz de refrenar, se puso en pie y, sin descolgarlo, volvió el lienzo contra la pared.

Aquel acto dejó al descubierto el reverso del cuadro, polvoriento y muy estropeado, en el que se observaban unos pedazos de papel arrugado y medio deshecho que asomaban por las juntas tras haberse descolado. «¡Oh, símbolo de la contradictoria idea que anida en mi alma! —exclamó Pierre indignado—; no permitiré que permanezcas de ese modo. Prefiero arrojarte lejos de mi vista y de mi vida que insultarte de modo tan conspicuo. Renuncio a tener padre». Entonces tomó el cuadro en sus manos, lo arrancó de la pared donde pendía y lo sacó del gabinete, escondiéndolo en un gran baúl cubierto de calicó azul, donde lo depositó cerrándolo luego a cal y canto. Pero aún en el espacio decolorado que quedó en el muro parecía permanecer la sombra del retrato como una huella desolada y vacante. Pierre trató de desterrar todo recuerdo de aquel padre cuya imagen tanto se había transformado, temiendo que si aún entonces no resultaba vano un pensamiento relacionado con él, más adelante podría convertirse en un fatal agente de perturbación e incapacitación para una mente que en aquellos momentos ya había sido llamada con urgencia no sólo a soportar el signo del pesar, sino también a actuar en relación con él. Caso cruel y despiadado, piensa siempre la juventud; pero está en un error, ya que la Experiencia sabe muy bien que la acción, aunque parezca agravar el sufrimiento, no hace sino aliviarlo. Antes de suavizar el dolor de un modo definitivo primero tenemos que lanzarle dardos emponzoñados.

No es que en aquel instante Pierre, a pesar de sentir que su ser moral anterior se había desmoronado por completo y que la estructura entera del universo debía ser reconstruida de un modo u otro desde su primerísima piedra, por muy enterrada que ésta hubiese permanecido, no es que se atormentase pensando en su nueva desolación y en cómo aquel yermo lugar debía florecer de nuevo. Parecía vislumbrar en el más recóndito rincón de su alma una fe agazapada indefinida pero muy real, capaz de gobernar en el interregno que se había creado entre sus creencias hereditarias y las persuaciones circunstanciales; su ente no se había hundido en la anarquía total. El abstracto regente había asumido el cetro con el derecho que él mismo se había otorgado; y Pierre no se sentía del todo reticente a incurrir en el pillaje y saqueo de su pena.

Para un corazón menos entusiástico que el de Pierre la cuestión principal que se habría presentado por sí misma en relación con Isabel habría sido: ¿Qué debo hacer? Pero en el caso de nuestro joven, la espontánea sensibilidad que lo adornaba no le dejó sombra de duda en cuanto a la meta que debía alcanzar. Si bien la finalidad estaba clara, no sucedía lo mismo con el camino que había de tomar para cumplir con ella. ¿Cómo actuar? Ése era el problema, para el cual de momento no existían ni atisbos de solución. Pero a pesar de no acabar de darse cuenta de ello, Pierre no

poseía uno de esos espíritus que actúan tras llevar a cabo un escrutinio puntilloso y sórdido de los pros y los contras; por el contrario, por medio de la subordinación total y absoluta a los sagrados dictados de los acontecimientos, encontraba por fin tanto la mejor solución a sus perplejidades como la brillante prerrogativa de la autodeterminación. Y como el «¿Qué debo hacer?» era una pregunta a la que ya había respondido la inspiración de la propia dificultad, Pierre descargó su mente de forma instintiva, por así decirlo, de toda consideración turbadora relativa al Cómo, convencido de que no era momento de preocuparse, ya que su próximo encuentro con Isabel le inspiraría en aquella cuestión de forma más acertada. De todos modos la fuerza invisible que le había guiado hasta entonces no había permanecido muda ni había rehusado desvelarle algunos de los amargos secretos que impulsaban al joven a vislumbrar el aspecto turbulento del vasto océano en el que se estaba sumergiendo.

Si es reino sagrado y, según afirman los sabios, inestimable compensación a los más profundos pesares el hecho de purgar los errores de los corazones alegres revistiéndolos con el conocimiento de la triste verdad, debemos comprender que tal acción no se lleva a cabo por ningún proceso racional inductivo encubierto que tenga como origen la aflicción en sí, sino por la admisión en el más íntimo espíritu del hombre de un elemento hasta entonces desconocido y totalmente inexplicable: el impacto que se recibe de modo inesperado en una atmósfera sofocante y oscura y se dispersa en todas direcciones en forma de ágiles lanzas de luz purificadora, que en un mismo instante descargan en el aire de su pesada pereza, y le confieren la propiedad de iluminar al mundo de tal forma que los objetos que anteriormente —en la incertidumbre de las tinieblas— asumían siluetas sombrías y románticas adquieren por medio del resplandor su realidad más sustancial. Del mismo modo, en las relampagueantes revelaciones emanadas por el milagroso fuego del pesar vemos la verdad en toda su extensión; y aunque, una vez desaparecido el impacto, vuelvan a descender las sombras y se ofrezcan una vez más a nuestros ojos las falsas siluetas de los objetos, estos últimos han perdido su primitivo poder de embaucamiento. Incluso en presencia de los más engañosos aspectos, seguimos reteniendo la impresión de lo auténtico e inamovible, por muy oculto que se encuentre.

Algo así le ocurría a Pierre. Durante la feliz etapa juvenil, antes de que la desgracia se cerniera sobre él, todos los objetos que le rodeaban se habían mostrado de tal guisa que había ignorado su esencia real. No sólo era la venerada imagen de su padre la que se transformaba ante sus ojos en un tronco derribado tras haber sido un verde y poblado árbol, sino también la de todo cuanto había tenido cabida en su mente hasta entonces; su pensamiento entero confirmaba la universalidad de aquel resplandor eléctrico que había penetrado como una lanza en su alma. Ni siquiera su adorable e inmaculada madre permaneció intacta e inalterable tras el impacto. Al serle revelado el nuevo aspecto de su progenitora, Pierre lo había contemplado presa del pánico; y al

amainar la tormenta retuvo en su mente la inesperada y sorprendente imagen con un sentimiento de infinito pesar. Ella, que en su parte menos espléndida pero más atractiva y espiritual se le había antojado no sólo como un hermoso santo al que ofrecer sus oraciones diarias, sino también como una dulce consejera y confesora cuya venerada alcoba servía de celda o confesionario revestido de satén, acababa de perder su fuerza fascinante. Sentía que nunca más podría acudir a ella como a una confidente que simpatizaba con sus secretos y agitaciones; su mente debía cesar de desnudarse ante su madre sin reservas, ya que ella no volvería a indicarle el camino auténtico y más engastado de felicidad. Era prodigiosa la introspección eléctrica que el Destino le ofrecía en relación con el carácter vital de su madre. Podría haber superado cualquier prueba ordinaria, pero al pensar en la piedra de toque de su profundo desfiladero aplicada al espíritu de la señora Glendinning, estaba seguro de que esta última se derrumbaría ante él. Era una noble criatura, había sido moldeada sobre todo para gozar de las doradas prosperidades de la vida, a cuya sencilla serenidad estaba acostumbrada. Había sido educada dentro de la alta sociedad y por lo tanto su espíritu se había desarrollado bajo la única influencia de las conveniencias hereditarias y las buenas costumbres del mundo. Pierre sentía que su refinada, cortés, amantísima y ecuánime madre no podría, como una heroína celeste, hacer frente sin reservas al impacto de su extraordinaria emergencia ni aplaudir, haciendo eco a su corazón, una sublime resolución cuya ejecución había de provocar el asombro y escarnio de sus congéneres.

«¡Madre mía! ¡Madre querida! Dios me ha dado una hermana, y a ti una hija, a la que ha cubierto con el infame desprecio del mundo pero ahora me la confía a mí, y a ti, sí, a ti, madre, para que nos hagamos cargo de ella en un acto glorioso, la reconozcamos y... ¡No! —gruñó Pierre—. Estas sílabas no serán nunca, nunca, toleradas por ella». Entonces se elevó ante él el enorme, desmesurado y amenazador edificio —en el que antes nunca había pensado— del inmenso orgullo de su madre, la soberbia de nacimiento, la opulencia y la pureza que caracterizan a las personas de alta cuna, ricas y de costumbres refinadas. Por tratarse de una mujer, tampoco debía olvidar la arrogancia que evoca la imagen de Semíramis. Al pensar en ello dio un vacilante paso hacia atrás y sólo encontró apoyo en su propia espalda. En aquel momento comprendió que en un rincón de su alma estaba al acecho una esencia divina e inidentificable que no poseía en la tierra equivalente, pero que no por ello le hacía sentirse menos aislado y huérfano. Por un momento habría deseado apelar a las mil dulces ilusiones que nos proporciona la Vida, aunque las adquiramos a un precio muy alto, ya que debemos renunciar por ellas a la Verdad. De ese modo habría evitado sentirse como Ismael, conducido en su niñez hasta el desierto, pero sin una maternal Hagar para acompañarle y proporcionarle consuelo.

A pesar de todo, sus emociones no acompañaban en absoluto el amor que sentía por su madre, si bien lo teñían de una mínima amargura; y aún menos provocaban desdén, por ligero que fuese, a causa de su pretendida superioridad. Pierre comprendía que no era su madre quien había educado a su madre. Su Alteza Infinita la había moldeado y el altivo mundo había acabado de formarla; por fin, un opulento ritual había concluido la obra.

De mágica cabe calificar, permítaseme repetirlo, la introspección que Pierre había adquirido en el carácter de su madre, porque ni siquiera al evocar su rebosante amor por él logró contradecir su repentina persuasión. «Me quiere —pensó Pierre—; pero ¿cómo? ¿Acaso me quiere con ese amor que ve más allá del entendimiento? ¿Ese amor que hace que para beneficiar al ser amado pueda uno enfrentarse con serenidad al odio de los demás? ¿Es el suyo un afecto cuyo himno más triunfal muestra su victoria intensificándose por encima de sus enemigos, el desprecio y la burla? Madre amantísima, tengo junto a mi corazón una hermana a la que quiero pero que aparece ante el mundo como un ser infame. Debo reconocerla; y si me quieres, madre, tu amor también se derramará sobre ella y en el salón de más boato la tomarás de la mano con toda la soberbia de la que puedas hacer acopio». De ese modo Pierre se imaginaba conduciendo a Isabel a la presencia de su madre y al segundo siguiente veía, también con los ojos de la fantasía, cómo la alejaba de la mirada de su progenitora con la lengua hendiéndole el paladar a causa del horror incrédulo y despreciativo que se reflejaba en la paralizada expresión de esta última. En aquellos momentos el corazón entusiasta de Pierre se hundía en abismales profundidades y abría en ellas una brecha insondable; estaba experimentando en toda su punzante intensidad el primer sentimiento de vacío deprimente que ocasiona la vida convencional. «¡Oh, mundo desalmado, orgulloso, dorado y helado al mismo tiempo, cómo te odio! —pensaba—. Con tu tiránica e insaciable zarpa me arrebatas incluso a mi madre en esta hora de amarga necesidad, convirtiéndome en huérfano por partida doble, sin una reciente tumba que humedecer con mis lágrimas. Estas últimas, si me sintiese capaz de llorar, tendrían que ser derramadas en lugares desolados. Es como si mi padre y mi madre se hubiesen ausentado para realizar un prolongado crucero y, al regresar, hubiesen perecido en océanos desconocidos.

»Sí, ella me ama; pero ¿por qué? ¿Qué habría sucedido si yo hubiese sido formado en el molde de un tullido? Ahora recuerdo que solía acariciarme y al hacerlo en sus ojos resplandecían unos escamosos y relucientes pliegues de orgullo. Me ama con ese amor; en mí ve su propia belleza, altiva y sinuosa; permanece ante el espejo que yo le ofrezco como sacerdotisa de la arrogancia y le ofrece sus caricias y besos al reflejo de su propia imagen, no a mí. ¡Oh, poco agradecimiento te debo, Diosa de los Favores, que revestiste a esta forma con toda la belleza de un ser humano, tratando de ocultarme la verdad que encierra la vida! Ahora comprendo que en cuestión de

hermosura el ser humano cae en una trampa y queda cegado como un gusano en su capullo de seda. Sean pues bienvenidas la Fealdad, la Pobreza y la Infamia, así como todos los demás taimados ministros de la Verdad, que cubren bajo capuchas y harapos de mendigos los cintos y coronas de los reyes. Desvanézcense toda la belleza que ha de volver al polvo; desaparezcan la opulencia, el deleite y las prosperidades anuales de la tierra que no hacen sino dorar los eslabones y engalanar con diamantes los burdos dobladillos y las cadenas de la Mentira. Oh, ahora creo comprender un poco mejor por qué desde hace siglos los servidores de la Verdad viajaban descalzos y con una cuerda rodeando su cintura y avanzaban bajo el emblema de la desgracia, que les servía de pabellón. Me vienen a la memoria aquellas primeras y sabias palabras que utilizó Jesucristo, salvador nuestro, en su primer mensaje a los humanos: "Benditos sean los pobres de espíritu, y benditos también los que sufren". Hasta el presente no he hecho más que amontonar palabras; he comprado libros y tenido algunas experiencias insignificantes, forjando mi personalidad en una biblioteca. Ha llegado el momento de aprender a leer. Ahora conozco la noche y comprendo el embrujo de la luna, así como las oscuras persuasiones que nacen en las tormentas y los vientos. Oh, poco aguanta el Júbilo cuando la Verdad se le acerca acompañada del Pesar, que nunca queda rezagado. Ya puede esta cabeza mía descolgarse sobre mi pecho, su peso seguirá siendo excesivo. Por mucho que me golpee en las costillas mi corazón seguirá siendo prisionero impaciente encerrado entre barrotes de hierro. Todos los hombres son cancerberos de sí mismos y en el universo de la Opinión mantienen la parte más noble de su alma como cautiva de la más vil, como el disfrazado rey Carlos al ser capturado por los campesinos. ¡El corazón! ¡El corazón! Sólo él ha sido ungido por Dios; ¡sigamos pues su mandato!».

II

Pero si el presentimiento de Pierre relativo al orgullo de su madre, por parecerle intolerante y hostil ante la noble empresa que ardía por emprender, le resultaba doloroso, mucho más aún le desesperaba otra hostilidad más profunda, fruto del aspecto espiritual de su progenitora. Nunca sería tan grave el desprecio inspirado por la soberbia como los recuerdos de su vida de desposada, que la impulsarían a rechazar con horror la acusación sin palabras que implicaba el mero hecho de la existencia de Isabel. ¿A qué catacumbas de conjetura, a qué abismo horrible poblado por ranas y escorpiones la arrojaría tal revelación? Siempre que pensaba en aquello, la mera idea de confiarle el secreto a su madre no sólo le parecía rechazable por desesperada, al constituir un ataque demasiado débil contra la ciudadela de su arrogancia, sino que además le hacía sentirse inhumano en el más alto grado porque significaba torturarla en sus más tiernas remembranzas y profanar el más purificado altar de su santuario.

Si bien la convicción de que nunca debía descubrirle la existencia de Isabel a su madre era algo surgido espontáneamente, sin necesidad de meditación, como proveniente de una inspiración implícita, en el momento de tomar decisiones Pierre estaba realizando auténticos esfuerzos por analizar cada una de las circunstancias que rodeaban al asunto para que nada quedase descuidado. Sentía, aunque con vaga intensidad, que de la ocultación o revelación de aquel asunto, en relación con su madre, dependería su conducta en el curso de toda su vida futura, su felicidad terrena y el bienestar de su hermana. Pero cuanto más reflexionaba, más y más se fijaba en su ánimo la convicción inicial de no hacer a su madre partícipe del secreto. Consideraba como muy probable que en caso de decidirse a desvelar el misterio, ella rechazaría, desdeñosa, la súplica de que la hermana fuese admitida con todos los honores en la ilustre mansión de los Glendinning. Entonces pensaba de forma inconsciente: «Si le ruego a mi madre que reconozca a Isabel no haré más que obligarla a ingerir el fuerte veneno de la triste verdad sin provecho para nadie y con profundo perjuicio para todos». Como un puñal atravesaba la mente del joven la idea funesta de que resultaba incomprensible, pero cierto, que la verdad no debe exponerse siempre a la luz, ya que a veces el engaño resulta angélico y la realidad infernal. «Sería pues —se repetía—

filialmente infernal si con una vil ráfaga de verdad destruyese el bendito recuerdo de mi padre que anida en el alma de mi madre y clavase en ella la punzante daga de la desolación. ¡No lo haré!».

Pero como la resolución ofrecía a sus ojos oscuras y dolorosas imágenes, se esforzó en no pensar de momento en aquel desafortunado asunto, posponiendo toda reflexión hasta que el encuentro con Isabel diese de un modo u otro una forma definitiva a sus propósitos. Porque, cuando recibe en forma inesperada el impacto de nuevas e irrefutables revelaciones que sabe que han de revolucionar hasta la más pequeña circunstancia de su vida, el hombre, en un principio, trata por todos los medios de rehuir cualquier conclusión consciente en sus pensamientos y planes para el futuro, por estar convencido de que las líneas que darán forma definitiva a su dolor presente y que le marcarán el camino a seguir sólo pueden ser trazadas por estacas de afilada punta que penetran y practican cortes profundos en su corazón.

III

De todas las horas del día la que más invita a la melancolía es aquella larga y gris que, para el observador que se sienta junto al quinqué, parece hacer de puente entre la noche y el día; en ese lapso la llama y el hombre dado a la meditación están más atareados que nunca y adquieren, por la palidez de la luz, un aspecto enfermizo. El ser que permanece despierto contemplando el paso de la tiniebla al resplandor, al no buscar ninguna felicidad en el alba, no ve en ella más que deslumbrantes vapores y casi invoca a la maldición para que caiga sobre el día intruso que osa invadir su solitaria noche de sufrimiento.

La pequeña ventana junto al gabinete daba a los páramos, al río y, más allá, a las distintas cimas de aquellas montañas cuya historia iba tan unida a la de las hazañas perpetradas por los Glendinning. Muchas veces se había asomado Pierre a aquella ventana antes de la salida del sol para contemplar el amanecer que por un instante teñía de rojo las purpúreas montañas, envolviéndolas en su manto como una bandera. Pero aquel día la mañana se presentaba lluviosa y gris a causa de una niebla que penetró en su corazón cual si se tratase de una llovizna. Sin embargo, a medida que el día fue avanzando y le mostró una vez más las acostumbradas formas de su alcoba por medio de esa luz natural que hasta entonces había iluminado sólo su vida de deleite, Pierre fue comprendiendo que era éste, y no la noche, el principal testigo de su pena. La temida realidad se cernió sobre él con pasmosa nitidez. Se sintió poseído por un sentimiento de insoportable abandono, debilidad, impotencia y desolación tan infinita como eterna. No se trataba sólo de algo mental, sino también corpóreo. No podía permanecer de pie, y cuando trataba de sentarse sus brazos se desplomaban atados a invisibles pesas. Arrastrando sus grilletes se dejó caer sobre el lecho, ya que cuando el ánimo se deprime el cuerpo sólo puede descansar en agradable inclinación; por tal motivo la cama acostumbra a ser el primer refugio del Sufrimiento. Tan estupefacto como si hubiese inhalado aromas de opio, cayó en un profundo sueño.

Al cabo de una hora despertó, recordando al instante la noche, pero más fortalecido. Permaneció acostado, silencioso y tranquilo, como si hubiese perdido la sensibilidad en el cuerpo, pero con el alma en estado de discreta alerta. Tratando de

no romper el hechizo por medio del menor movimiento de sus miembros o un leve giro de cabeza, Pierre se enfrentó con resolución a su pesar, contemplándolo cara a cara y en profundidad; sólo entonces comprendió, con calma, fijeza y precisión —al menos eso fue lo que creyó—, lo que se exigía de él, cómo debía actuar de un modo inmediato, cuál había de ser el curso de conducta a adoptar en su próxima e inevitable conversación con su madre durante el desayuno y en qué modo convenía planificar su futuro con Lucy, por lo menos de momento. Le quedaba ya poco tiempo para reflexionar. Se incorporó y levantó recuperando en un instante la estabilidad perdida y, acto seguido, se dirigió a su escritorio y trazó, en líneas primero vacilantes y luego más seguras, la siguiente nota:

«Debo rogarte que me perdones, Lucy, por ausentarme de un modo tan extraño la noche pasada. Pero me conoces lo bastante como para estar segura de que no habría actuado de ese modo sin tener un motivo importante para ello. Me encontraba en la calle acercándome a la casa cuando llegó a mis manos un mensaje en el que se me indicaba de forma imperiosa que abandonase cuanto estaba haciendo. Se trata de un asunto que absorberá todo mi tiempo y atención durante dos o tres días. Te lo comunico para que te prepares a no verme durante ese lapso. Sé que por mucho disgusto que te cause esta noticia soportarás la separación en beneficio mío, porque te aseguro, Lucy, más aún, te prometo, que ni siquiera soñaría en estar lejos de ti durante tantas horas si no me viese ineludiblemente forzado a ello. No vengas a la mansión hasta que yo haya ido a visitarte; y no manifiestes ninguna curiosidad o ansiedad en relación a mí si en este intervalo te encontrases con mi madre en cualquier otro lugar. Conserva tu expresión alegre, como si estuviese contigo en todo momento. Te conjuro a que lo hagas: ¡Adiós!».

Plegó la nota y estaba a punto de sellarla cuando vaciló un instante y, desdoblándola de nuevo, la releyó. Pero no consiguió distinguir las palabras que había trazado, porque una inesperada nube le cubrió los ojos. Pasados aquellos segundos de aturdimiento, volvió a tomar la pluma y añadió la siguiente posdata:

«Lucy, esta nota puede parecer misteriosa. Si es así, no está en mi ánimo transmitirme esa impresión. No sé, sin embargo, cómo evitar que así sea. La única razón es la siguiente, Lucy: el asunto al que he aludido es de una naturaleza tal que por el momento me he comprometido de un modo virtual a no revelarlo a ninguna persona, excepto a aquellas que se ven involucradas en él de forma directa. Cuando un secreto no puede ser desvelado, escribir acerca de él hace que parezca más enigmático todavía. De modo que tranquilízate

pensando que no corro el menor riesgo y que te querré y respetaré hasta el fin de mis días. No te inquietes, pronto volveremos a vernos».

Selló por fin la nota y tocó la campanilla. Le dio el mensaje al criado que acudió a su llamada, ordenándole que lo entregase en persona y sin confiarle su existencia a nadie en el primer momento que le fuera posible. También le indicó que no debía esperar respuesta. Pero cuando el lacayo abandonaba la estancia le rogó que se acercase de nuevo y tomando una vez más en sus manos la nota sellada, la ahuecó con la mano y garabateó en lápiz las siguientes palabras: «No me escribas; no preguntes por mí». A continuación se la devolvió al sirviente, que abandonó por fin la alcoba dejando a Pierre absorto en sus pensamientos.

Pero pronto reaccionó, se puso en pie y salió de la casa, dirigiéndose —ya que buscaba un lugar donde refrescarse— al frío torrente que regaba los páramos y se bañó en un rincón donde este último formaba una especie de alberca profunda y sombreada. Luego regresó con nuevo vigor a su aposento, donde se cambió de ropa para el desayuno, concentrándose en los más superficiales detalles de su toilette para desterrar por completo todo pensamiento que pudiese pesar sobre su alma. Nunca antes se había ataviado con tanta solicitud para causar el efecto deseado. Su madre tenía entre otros el capricho de perfumar el más ligero contenido de guardarropa de Pierre; y entre los rasgos de femineidad de este último destacaba el de mostrarse sensible a las fragancias agradables —actitud que aunque parezca sorprendente se da con frecuencia en hombres de cuerpo robusto y espíritu elevado, como por ejemplo Mahoma—. De modo que cuando volvió a abandonar la mansión para refrescar una vez más sus mejillas y enfrentarse luego con la aguda mirada de su madre, a quien no podía revelar el secreto de su posible palidez, Pierre despedía aromas penetrantes. Pero ¡ay!, su cuerpo no era sino la mortaja cerulenta que contenía los restos de su alma muerta.

IV

Su paseo fue más largo de lo previsto; y tras regresar por el Linden Walk que conducía al salón donde acostumbraban a desayunar, subió los escalones de la galería y lanzó una mirada a través del gran ventanal, divisando a su madre sentada no muy lejos de la mesa; ella volvió el rostro, dejó oír su alegre voz y sobre todo su jubilosa y animada risa, acusándolo a él, y no a sí misma como de costumbre, de ser en aquella ocasión el perezoso matinal. Dates estaba muy atareado con cucharas y servilletas en una pequeña mesa accesoria.

Convocando al júbilo para que acudiese a su rostro, Pierre entró en la estancia. Al recordar el cuidado con el que se había bañado y vestido, y sabiendo que no existe aire tan apropiado para dar vida y color a la mejilla como el de una mañana fresca, húmeda y brumosa como aquélla, se persuadió de que escasa huella podía encontrarse en su rostro de su larga noche en vela.

—Buenos días, hermana. ¡Qué paseo tan largo! He llegado hasta...

—¿Dónde? ¡Por todos los cielos! ¿Dónde has ido para tener ese aspecto? ¿Qué ha ocurrido, Pierre? ¿Qué es lo que te atormenta? Dates, tocaré la campanilla cuando te necesite.

Durante todo el tiempo que el buen criado permaneció entre servilletas y cubiertos, como reticente a abandonar de un modo tan repentino su deber acostumbrado y no sin emitir algún intermitente murmullo vago y ensayado, como corresponde a un antiguo servidor doméstico que no acepta quedar del todo excluido de un asunto que afecta a la familia entera, la señora Glendinning mantuvo la mirada fija en Pierre, quien, sin darse cuenta de que aún no estaba listo el desayuno, se sentó a la mesa y empezó a servirse, sin acertar a disimular el estado nervioso en que se encontraba, crema de leche y azúcar. En el momento en que la puerta se cerró tras Dates su madre se puso en pie casi de un salto y rodeó con los brazos a su hijo; pero el joven notó que sus corazones no latían al unísono como en anteriores ocasiones.

—¿Qué es lo que te consume y posee, hijo mío? Habla, te lo ruego. Esto es incomprensible. ¿Lucy? ¡Qué vergüenza! Pero no, no veo en tus ojos una disputa amorosa. ¡Habla, habla, querido mío!

—Mi querida hermana —empezó a decir Pierre.

—No me llames ahora hermana, Pierre; recuerda que soy tu madre.

—Bien, pues, mi querida madre, tú me resultas a mí tan incomprensible como yo a...

—Habla más deprisa, Pierre. Tu calma me hiela la sangre en las venas. Dime lo que sea. ¡Por mi alma! Algo muy misterioso ha de haberte sucedido. Eres mi hijo, y te ordeno que te expliques. No se trata de Lucy, sino de alguna otra cosa. Adelante, vamos.

—Mi querida madre —dijo Pierre empujando la silla con el cuerpo para apartarla de la mesa—, desearía hacerte comprender que en realidad no tengo nada que contarte. Por favor, cree en mis palabras. Ya sabes que en ocasiones, cuando por motivos desconocidos me siento analítico y filosófico, resulto tan necio que no consigo conciliar el sueño hasta muy tarde. Me quedo sentado en mi alcoba y de repente se me ocurre, en un acceso de estupidez, salir a tomar el aire y a pasear durante largo rato por los páramos. Anoche estuve vagando por ahí hasta muy tarde y me quedé luego poco tiempo para dormir.

Y lo poco que descansé no me ha servido de nada. Pero no volveré a actuar en forma tan irresponsable, al menos por ahora; así que te lo ruego, querida madre, deja de mirarme de ese modo y desayunemos. ¡Dates! Tira del cordón, puesto que está a tu alcance, hermana.

—Espera un momento, Pierre. Hay algo que pesa en el ambiente. Siento, sé, que me estás engañando. Quizá he cometido un error al tratar de arrancarte un secreto; pero, créeme, hijo mío, nunca pensé que hubiese nada que quisieras ocultarme excepto tus primeros sentimientos de amor hacia Lucy y eso, por el mero hecho de ser mujer, me parecía lógico y perdonable. Pero ahora es diferente. ¿Qué puede ocurrirte? ¡Pierre, Pierre! Reflexiona antes de decidirte en firme a retirarme tu confianza. Soy tu madre. El resultado de tu determinación puede ser fatal. ¿Crees que algo que no se desea poner en conocimiento de una madre sea bueno y virtuoso? No permitamos que nuestras manos se suelten para no volver a unirse, Pierre. Piensa que si tú dejas de confiar en mí yo también perderé todo deseo de confesarte mis intimidades. Y ahora, ¿quieres que suene la campanilla?

Pierre, que hasta aquel momento había tratado en vano de mantener sus manos ocupadas con una cucharilla y una taza de café, se quedó inmóvil y de un modo inconsciente lanzó a su madre una indefinible mirada de desconsuelo. Una vez más lo asaltaron presentimientos relacionados con el aspecto del carácter de su madre que acababa de serle revelado. Preveía la supuesta indignación que había de provocar en ella el orgullo herido y el enajenamiento que el conocimiento de la verdad había de crear en sus afectos. No ignoraba sus firmes e incluso exageradas ideas acerca de la lealtad inalienable de un hijo. Tembló al pensar que había llegado el momento de la

dura prueba. Pero si bien comprendía la importancia de la actitud de ella, que permanecía de pie con el cordón en la mano, mirándole con expresión resuelta; aunque sintiese que en el momento en que se abriese la puerta para dar paso a Dates la confianza que hasta entonces había existido entre ambos se deslizaría afuera, cruzándose con el criado; y a pesar de saber que aquél era también el pensamiento latente de su madre, estaba resuelto a no alterar la bien considerada decisión.

—¡Pierre, Pierre! ¿Tiro del cordón?

—Detente, madre. Te lo ruego, hermana.

Sonó la campanilla y Dates acudió presto a la llamada. Al entrar, miró a la señora Glendinning y dijo como si deseara anunciar un acontecimiento:

—El Reverendo ha llegado, mi señora, y espera ser recibido en el salón del ala oeste.

—Acompaña hasta aquí de inmediato al señor Falsgrave; y trae el café; ¿no te he dicho que lo esperaba a desayunar esta mañana?

—Sí, mi señora; pero pensé que... que en aquel momento... —respondió balbuceante y mirando con expresión de alarma a madre e hijo.

—Vamos, buen Dates, no ha ocurrido nada —exclamó la señora Glendinning, con una leve sonrisa de amargura y mirando a su hijo—. Acompaña al señor Falsgrave. Pierre, anoche no te vi y no pude decírtelo; el reverendo desayuna hoy con nosotros porque yo le invité. Estuve ayer en la parroquia para hablar con él acerca de ese desdichado asunto de Delly, y decidimos que hoy mismo llegaríamos a una conclusión en cuanto a lo que debe hacerse. Mi mente ha encontrado ya una solución respecto a Ned; no debemos permitir que un libertino corrompa este lugar. Tampoco la desgraciada Delly puede permanecer aquí.

Por fortuna la abrupta entrada del sacerdote desvió la atención general del semblante de Pierre, en el que se dibujaba una repentina palidez, y le proporcionó unos minutos para recobrar la compostura.

—Buenos días, Madame; buenos días, señor —dijo el señor Falsgrave en el tono singular, suave y agudo, similar al de una flauta, que utilizaba para dirigirse a la señora Glendinning y a su hijo. La dama lo recibió con su habitual cordialidad, pero Pierre se sentía demasiado turbado para comportarse de idéntico modo. Durante el breve instante que el señor Falsgrave permaneció de pie frente a la pareja, antes de tomar asiento en la silla que le ofrecía Dates, su aspecto fue eminentemente atractivo.

Hay en la vida de todo hombre ciertos momentos que siempre serán recordados con especial ternura, momentos en los que varias circunstancias insignificantes se unen para hacerle olvidar durante unas horas todo cuanto hay de duro y penoso en su existencia y también para predisponerlo a la amabilidad y a la alegría, sobre todo si la escena y la compañía más inmediata le resultan en verdad agradables. Si en esos instantes el hombre antes desgraciado adopta de forma casual e involuntaria una

postura corporal favorecedora ante los demás, por muy momentánea que ésta sea, el espectador atento vislumbrará la noble estatura de su Ángel del Bien al captar de un modo fugaz ese carácter celeste que poseemos todos los seres humanos. Así ocurrió con el señor Falsgrave en aquella ocasión. No había otra casa en cien kilómetros a la redonda que visitase con tanto placer como la mansión de Saddle Meadows; y si bien el asunto que le había llevado hasta allí aquella mañana le resultaba cualquier cosa menos sabroso, de momento no pensaba en él; parecía como si se hubiese borrado de su memoria. Ante él se encontraban, unidos en una sola persona, la dama más exaltada por su belleza —ya legendaria— en aquellos contornos y el joven más elegante, intelectual y sociable que conocía. Además se sabía en presencia de la fundadora e incansable protectora de la hermosa iglesia de mármol que el bondadoso obispo había consagrado hacía escasamente cuatro años. Y por último era consciente de que ante él se hallaba —aunque bajo el disfraz de la discreción— la también inagotable benefactora de cuyo portamonedas, no podía menos que sospecharlo, salía gran parte de su salario, obtenido en forma de alquiler de los bancos de su iglesia. Había sido invitado a desayunar; una comida que, en una acomodada familia residente en el campo, constituye la más jubilosa circunstancia de la vida cotidiana. Llegaba hasta él el aroma de las especies de Java procedente de la cafetera de plata y no ignoraba la fluida delicia que pronto emanaría de ella. Pero más importante que todo aquello y otras minucias similares que no vienen ahora al caso era el hecho, ante el que no podía permanecer insensible, de que la señora Glendinning mostraba una cierta predilección por su persona (si bien no lo suficiente para casarse con él, algo que una amarga experiencia diez veces vivida le había revelado) y que Pierre no le andaba a la zaga.

Y el buen cura se merecía la una y la otra. La Naturaleza se había mostrado más generosa con él. En momentos felices como el que estaba viviendo, su rostro aparecía radiante, investido de una benevolencia cortés pero dulce; su cuerpo, noble y robusto, le confería un aspecto digno; y al mismo tiempo la notable pequeñez de sus pies y la casi infantil delicadeza y viva blancura inmaculada de sus manos contrastaban de forma sorprendente con su corpulencia y estatura. En países como América del Norte, donde no existe una casta definida y hereditaria de caballeros, quedando las leyes de la sucesión perpetuadas de modo ficticio al igual que los caballos de carreras y los Lores en tierras monárquicas; y en particular en las zonas rurales, donde, de entre cien manos que depositan una papeleta en la urna electoral para la presidencia, noventa y nueve están ennegrecidas y fortalecidas por el trabajo, la exquisitez de los dedos unida a un aspecto eminentemente viril adquiere una notoriedad incomprensible para los europeos.

La forma exterior del predicador no perdía su atractivo al quedar al descubierto sus modales, pulidos y discretos, pero sobre todo insinuantes, si bien sin el menor rasgo

de afectación. El cielo le había concedido una persona agradable y de argentina calidad, como si de una flauta en buen uso se tratase, instrumento que dominaba casi a la perfección y del que se servía con gran soltura. Sus gráciles movimientos poseían el carácter ondulatorio de melodiosas tonadas. A veces casi se tenía la sensación de oírle, no de verle. A causa de su elegante pero natural caballerosidad, en más de una ocasión la señora Glendinning se lo había puesto a su hijo como un ejemplo excelente de las influencias que ejercía el Cristianismo sobre la mente y los modales del ser humano, puliéndole y contribuyendo a su refinamiento. Muchas veces había declarado la madre de Pierre que por muy extravagante que pareciese siempre había compartido la opinión de su esposo en cuanto a que ningún hombre podía convertirse en un perfecto caballero y presidir con dignidad su propia mesa si no participaba de los santos sacramentos de la iglesia. Tampoco en el caso del señor Falsgrave resultaba del todo absurda aquella máxima. Hijo de un pobre granjero del norte que se había casado con una hermosa modistilla, no poseía ninguna línea heráldica de ilustres antepasados que pudiese ahora mostrar a sus parroquianos como garantía y explicación de su bella apariencia y suaves modales. La primera era el resultado del favoritismo de la naturaleza; los segundos, consecuencia de una vida dedicada al estudio atemperada por el buen gusto a la hora de elegir la compañía femenina que, por escasa que fuera, él siempre había considerado como el más sabroso aliciente de la existencia. Si sus maneras correspondían por completo a su persona, su mente permanecía a la altura de ambas, constituyendo la más delicada ilustración de estas últimas. Además de su elocuente poder de persuasión en el púlpito, varios escritos ocasionales de su puño y letra sobre temas relacionados con la naturaleza, el arte y la literatura, no sólo daban fe de su refinada afinidad a la belleza visible o etérea, sino que también demostraban que poseía un genio especial para celebrar lo extraordinario. En una persona menos indolente y más ambiciosa, aquel don habría culminado tiempo atrás en una dedicación a la poesía, compañera inseparable de la hermosura. El señor Falsgrave estaba llegando a la flor de la vida; una época que, para un hombre como él, representa el momento más dulce de la existencia y que ante los ojos de una mujer madura, resulta el más atractivo de la vida masculina con diferencia. La juventud aún no ha desaparecido con la belleza, gracia y fuerza que le son inherentes; tampoco la senilidad, con sus decrepitudes, se ha insinuado, si bien sus aspectos más agradables y menos inmundos, es decir, la serenidad y sabiduría, han tomado la delantera como chambelanes, celosos guardianes del decoro, que preceden a la silla de manos de un rey durante su traslado.

Así era el señor Falsgrave, el predicador que estaba en aquellos momentos sentado a la mesa de desayuno de la señora Glendinning con la esquina de una de las generosas servilletas de la dama en cuestión introducida de tal modo en su pecho

color de nieve, que sus pliegues revestían su persona hasta casi el borde de la mesa; en verdad parecía un sacerdote sagrado desayunando ataviado con su sobrepelliz.

—Por favor, señor Falsgrave —dijo la señora Glendinning—. ¿Querrá partir el panecillo y darme el trozo más pequeño?

Ignoro si eran sus experiencias sacerdotales las que le habían refinado y espiritualizado en un proceso tan simple como el de partir el pan; o quizá fue el aspecto inmaculado de sus manos lo que hizo que el señor Falsgrave obedeciese a la simple petición de su anfitriona de un modo que, de haber sido observado siglos atrás por Leonardo, le habría proporcionado un material nada despreciable para su celestial pintura. Pierre no dejó de mirarle mientras permaneció allí sentado con su ademán dulce y sumiso, ofreciendo una imagen de pureza extraterrenal gracias a la blancura de sus manos, semblante y servilleta; y al sentir las suaves radiaciones de humanidad que emanaban de la belleza viril y redonda del predicador y recordar todo lo bueno que sabía acerca de aquel hombre y las excelencias que había oído decir de él, comprendió cuan intachable había sido siempre su conducta. En aquel momento pensó en su propia aflicción y en su callado sentimiento de abandono; y al contemplar la abierta beatitud y la radiante e infinita bondad que se reflejaban en el rostro del pastor atravesó por su mente un pensamiento: si existía un ser viviente preparado para darle un consejo practicable que le ayudase a trascender la turbulenta situación en la que se encontraba, si a alguien había de dirigirse con cristiana propiedad y una sombra de esperanza, era precisamente al hombre que estaba sentado frente a él.

—Por favor, señor Glendinning —dijo en tono cordial el pastor al ofrecerle Pierre en silencio una bandeja de lengua—: No me permitiría nunca robársela, y menos esta mañana en la que parece tener tan poca, por lo que veo. Perdóneme, sé que se trata de un juego de palabras execrable; pero —volviéndose hacia la señora Glendinning— cuando uno se siente feliz gracias a los demás, está en una predisposición tal que acaba diciendo necedades. Felicidad y necedad. ¡Ah, sospechosa coincidencia!

—Señor Falsgrave —intervino la anfitriona—, su taza está vacía. ¡Dates! Ayer estuvimos hablando, señor Falsgrave, de un hombre perverso llamado Ned.

—Bien, Madame —respondió el predicador dando muestras de sentirse ligeramente incómodo.

—No va a permanecer en las tierras que puedo considerar mías; mi decisión es irrevocable. ¡Infame malhechor! ¿Acaso no tiene una esposa tan virtuosa y bella ahora como el día cuando se la entregué en su altar, padre? Ha sido un acto de libertinaje gratuito y evidente por demás —el sacerdote asintió con la cabeza mientras una expresión de tristeza se dibujaba en su rostro. La dama siguió hablando, sonrojada por la sincera indignación que sentía—. Los hombres como él son más detestables que los asesinos. Ése es mi modo de pensar.

—Creo que su actitud es más inflexible de lo debido, mi querida señora —replicó el señor Falsgrave con suma humildad.

—¿No opinas como yo, Pierre? —inquirió la dama, mirando con gesto severo a su hijo—. ¿No crees que el hombre que ha pecado como ese Ned es peor que un asesino? ¿Acaso no ha sacrificado por completo a una mujer y ha cubierto de infamia a otra? Ha destruido a las dos por igual. Si su hijo legítimo le odiase, no me atrevería a censurarle su actitud.

—Mi querida señora —interrumpió el sacerdote, cuyos ojos, habiendo seguido a los de la señora Glendinning, estaban fijos en el semblante de Pierre y, al notar en él un extraño sobresalto, escrutaban con mayor atención la emoción no del todo reprimible reflejada en la mirada del joven—. Mi querida señora —prosiguió inclinándose sobre su propia persona, de aspecto episcopal y majestuoso—, es probable que la virtud tenga en usted a su más ferviente defensora. Creo que se acalora usted demasiado, mientras el señor Glendinning, aquí presente, parece estar enfriándose por momentos. Le ruego, señor Glendinning, que nos haga el honor de exponer su punto de vista.

—No voy a pensar ahora en el hombre —dijo por fin Pierre, despacio, desviando la mirada de la de sus dos contertulios—. Hablemos de Delly y de su hijo: he oído que acaba de tener uno, aunque la verdad es que no prestaba mucha atención. Su caso es triste en extremo.

—La madre se lo merece —replicó la dama en tono cada vez más inflexible— y en cuanto al niño... Reverendo, ¿cuáles son las palabras de la Biblia?

—«Los pecados del padre recaerán sobre sus hijos hasta la tercera generación» —recitó el señor Falsgrave accediendo no sin cierta reticencia a los deseos de su anfitriona—. Pero, Madame, eso no significa en absoluto que la comunidad entera tenga que tomar entre sus manos y de forma voluntaria la infamia de los hijos, como consciente delegada de los designios inescrutables del Señor. El hecho de que haya sido declarado que las infames consecuencias del pecado han de ser hereditarias no significa que nuestro odio personal y activo contra el pecado tenga que descender desde el pecador culpable hasta su hijo inocente.

—Comprendo sus palabras —le atajó la señora Glendinning con un ligero rubor en las mejillas—, y sé que considera mi actitud demasiado severa. Pero si olvidamos por completo quién es el padre de la criatura y la recibimos en todo como a cualquier otra, sintiendo por ella lo mismo que por los demás habitantes de la zona, sin atribuirle ni una sombra de ignominia, ¿cómo se obedecerán los designios de Dios expresados en la Biblia? ¿No nos convertiremos acaso en un obstáculo para su cumplimiento cayendo en una forma de impiedad?

El rubor subió ahora al rostro del predicador, acompañado de un temblor apenas perceptible en el labio inferior.

—Excúseme —continuó la dama en un tono más cortés—, pero si hay algo reprochable en el carácter del reverendo padre Falsgrave, es que debido a la benevolencia de su corazón tiende a falsear el santo rigor que caracteriza a las doctrinas de nuestra iglesia. Por mi parte, detesto al hombre, rechazo a la mujer y no deseo ver nunca al hijo de ambos.

Tras estas palabras se produjo una pausa durante la que, afortunadamente para Pierre, a causa del embrujo social que acompaña a tales ocasiones, los ojos de los tres quedaron fijos en el mantel; por el momento cada uno dio rienda suelta a sus penosas meditaciones sobre el asunto en curso de debate y el señor Falsgrave pensó con irritación que la escena resultaba más embarazosa a cada segundo que pasaba.

Pierre fue el primero en romper el silencio, manteniendo como antes la mirada apartada de la de sus oyentes. Si bien no nombró en absoluto a su madre, algo denunciaba en su tono de voz que las palabras iban dirigidas sobre todo a ella.

—Puesto que parece que de un modo inexplicable hemos acabado por tener que considerar el aspecto ético de este desagradable asunto, supongamos que deseamos adentrarnos en él y permítaseme formular la siguiente pregunta: ¿Qué ocurrirá entre el hijo legítimo y el bastardo, ambos del mismo padre, cuando haya concluido la etapa de la infancia?

Al oír aquello el pastor levantó los ojos y miró a Pierre de un modo tan penetrante y sorprendido como su buena educación le permitía.

—Por todos los cielos, Pierre —exclamó la señora Glendinning, no menos atónita y sin el menor deseo de ocultarlo—; es muy extraña tu pregunta; has prestado más atención de la que yo imaginaba a este asunto. ¿Qué quieres decir, hijo mío? No he acabado de comprenderte.

—¿Debería el hijo legítimo rehuir al otro, a pesar de tener ambos un mismo padre? —insistió Pierre, inclinando aún más la cabeza sobre el plato.

El señor Falsgrave bajó también la mirada y permaneció en silencio; pero volvió de modo casi imperceptible la cabeza hacia el lado donde se encontraba su anfitriona, como esperando su réplica a la cuestión suscitada por Pierre. La reacción de ella no se hizo esperar.

—Pregúntaselo al mundo, Pierre —dijo muy acalorada—. Y también a tu propio corazón.

—¿A mi propio corazón? Así lo haré, Madame —respondió el joven alzando la mirada esta vez con gran resolución—; pero ¿qué opina usted, señor Falsgrave? —añadió, dejando que sus ojos se posasen una vez más en el plato—. ¿Cree que el legítimo tendría que esquivar al otro? ¿Sería justo que el hijo reconocido le negase al natural todo sentimiento de perfecto amor y simpatía, aunque este último hubiese sido rechazado por la sociedad y por el mundo entero? ¿Cuáles hubiesen sido en su

opinión las palabras de nuestro venerado Salvador en relación con un asunto como éste? ¿Qué le dijo a la adúltera? ¿No la trató con dulzura?

Por el semblante del sacerdote se deslizó una nube de vivo y repentino color rojizo que incluso tiñó su amplia frente; se movió en su silla de un modo que traicionaba nervios contenidos y miró con expresión insegura a la madre y al hijo. Daba la impresión de ser uno de esos hombres perspicaces y con excelente disposición que al ser colocados entre opiniones —sólo opiniones— contrarias se abstienen de exponer la suya propia a pesar de estar persuadidos por completo de que su idea es la justa, porque les desagrada en extremo manifestar un disentimiento de las honestas convicciones de cualquier persona a la que estiman y aprecian desde un punto de vista tanto social como moral.

—Y bien, ¿qué le replica usted a mi hijo? —inquirió la señora Glendinning tras un breve silencio.

—Madame, caballero —comenzó el sacerdote, recuperando el aplomo y la sangre fría perdidos—. Uno de los inconvenientes con los que debemos contar los hombres de púlpito al emprender nuestra labor es el de sentirnos obligados a saber más de los deberes morales de la humanidad que cualquier laico. Y todavía constituye una mayor desventaja para el mundo el que nuestras opiniones, aunque hayan surgido en una conversación no precedida por la suficiente reflexión, relativas a los más complejos problemas de ética, sean consideradas con excesiva frecuencia como leyes provenientes en forma indirecta de la Iglesia, lo que les otorga una autoridad que no poseen. Pues bien, nada puede ser más erróneo que dichas nociones y nada me incomoda tanto, privándome por entero de esa serenidad imprescindible para emitir cualquier punto de vista realmente firme en asuntos de moral, como el que se me formulen preguntas inesperadas de este tipo cuando me encuentro acompañado. Les ruego me disculpen por este largo preámbulo, porque poco más me queda por decir. No todas las preguntas, por directas que sean, pueden ser respondidas en forma consciente por un sí o un no, señor Glendinning. Existen millones de circunstancias que modifican las cuestiones de tipo moral; de modo que si bien la conciencia puede dictarnos con entera libertad la actitud a adoptar en un caso especial por nosotros conocido, el crear una máxima universal que abarque todas las contingencias de esa naturaleza me parece vano y absurdo. Y no sólo eso; considero que el mero intento de definir de una forma general estos asuntos constituye una pérdida de tiempo.

En aquel instante la servilleta similar a un sobrepelliz se desprendió del pecho del pastor, dejando al descubierto un diminuto camafeo, tallado con exquisito buen gusto, que representaba la alegórica unión entre la serpiente y la paloma. Le había sido obsequiado por un amigo agradecido y acostumbraba a lucirlo en ocasiones seculares como aquélla.

—Comparto su opinión, señor —dijo Pierre haciendo una ligera reverencia—; estoy de acuerdo con usted. Y ahora, Madame, hablemos de otra cosa.

—Me tratas de un modo muy puntilloso esta mañana, señor Glendinning —replicó la madre sonriendo con amargura y ocultando con dificultad su disgusto y su asombro por el comportamiento hostil de Pierre.

—«Honrarás a tu padre y a tu madre» —recitó Pierre y añadió de un modo inconsciente—: A ambos, a tu padre y a tu madre. Y ahora que caigo en ello, señor Falsgrave, y que nos hemos puesto extrañamente polémicos, permítame que le diga que como este mandamiento, según se afirma con mucha razón, es el único que conlleva un compromiso, parece ser que no existe contingencia alguna capaz de obstaculizar su aplicación. No creo equivocarme al declarar, corriójame en caso contrario, señor, que los padres más falaces e hipócritas deben ser honrados por su hijo como si de los más puros se tratase.

—Así ha de ser en efecto según las estrictas palabras del Decálogo.

—¿Y cree usted que este precepto divino tendría que ser respetado y aplicado en nuestra vida cotidiana? Por ejemplo, ¿estaría obligado a honrar a mi padre si supiera que fue un seductor?

—¡Pierre! ¡Pierre! —exclamó su madre poniéndose casi en pie mientras un intenso rubor coloreaba sus mejillas—. No hay ninguna necesidad de manifestar suposiciones que incitan a la controversia. Esta mañana parece haber perdido toda noción del equilibrio y el control de tu persona.

—Sólo era una ilustración del inquietante asunto que tratamos, que en mi opinión es de interés general, Madame —replicó Pierre haciendo gala de gran frialdad—. Mil perdones. Si su anterior objeción no es aplicable a este caso, señor Falsgrave, ¿me hará el honor de responder a mi pregunta?

—Lamento tener que decirle que hemos vuelto a caer en lo mismo —respondió el sacerdote, agradecido por la insinuación de Pierre—, nos encontramos, señor Glendinning, ante una cuestión de cariz moral que no puede ser resuelta por medio de una máxima universal aplicable en cualquier caso —una vez más el sobrepelliz se soltó de su punto de ajuste sin que nadie tirase de él.

—De modo que acabo de ser rechazado de nuevo, aunque sólo sea tácitamente —repuso Pierre en voz baja—. Pero me veo obligado a admitir que es más que probable que tenga usted razón, señor mío. Y ahora, Madame, ya que entre el señor Falsgrave y vos hay asuntos que discutir en los que mi presencia resulta innecesaria y es posible pues que quede dispensada, permítanme ambos que les abandone. Voy a dar un larguísimo paseo, de modo que os ruego que no me esperéis para el almuerzo. Buenos días, señor Falsgrave; buenos días Madame —concluyó, mirando a uno y a otra.

Al cerrarse la puerta tras él, el señor Falsgrave habló de esta manera:

—El señor Glendinning parece hoy un poco pálido; ¿ha estado enfermo?

—No que yo sepa —respondió la dama con indiferencia—. ¿Pero ha visto usted jamás joven más arrogante? ¡Esto es extraordinario! —murmuró—. ¿Qué puede significar? Madame por aquí, Madame por allá... Su taza vuelve a estar vacía, señor —añadió, alargando la mano.

—Nada más, nada más, Madame —suplicó el pastor.

—¿Madame? Le ruego que no vuelva a aplicarme ese tratamiento, señor Falsgrave: le he tomado un odio repentino.

—¿Prefiere que me dirija a usted como Su Alteza? —preguntó el predicador en tono galante—; más de un poeta invoca así a las reinas de Mayo. ¿Por qué no pues a una soberana de Octubre?

—Vamos, vamos —replicó la dama con una sonrisa—. Pasemos a otra estancia para solucionar el asunto del infame Ned y la desafortunada Delly.

V

La pronta e ineludible oleada que, con su primer impacto, había sumergido a Pierre en un mar de confusión, por su carácter repentino y su inevitabilidad, no sólo había vertido en el alma del joven un tumulto de imágenes y emociones nuevas, sino que de momento también había barrido al pasar todo sentimiento anterior. Todo cuanto de un modo u otro guardaba relación con el significativo hecho de la existencia de Isabel se mantenía vivo y animado en su presencia; pero aquello que afectaba más a su persona y a su condición personal, indisoluble ya para siempre de la de su hermana, no se mostraba a su imaginación con igual nitidez y realidad. Las conjeturas sobre el pasado de Isabel desembocaban a cada paso en pensamientos sobre su padre, de tal modo que la idea de éste tiranizaba su espíritu. Y el posible futuro de Isabel, esencial aunque indirectamente sujeto a cualquier línea de conducta que su madre, ignorante, adoptase en lo venidero en relación con él, conducta que en su caso particular se había alterado ya con carácter irremisible a causa de la presencia de su hermana; el destino pues de su protegida y las consideraciones que éste le inspiraba colocaban en primer término la deslumbrante imagen de su madre.

Después de todo, el cielo se había compadecido del hombre caído en la desgracia; las más pavorosas ráfagas del Destino no son del todo destempladas para con la naturaleza humana. Cuando se siente asaltada por la amenaza de un desastre cuya última consecuencia permanece oculta por el terror, el alma del hombre, bien por estar convencida de un modo instintivo de que no puede luchar contra todas las huestes a la vez, bien cegada, por pura benevolencia, en presencia del arco exterior del círculo en el que ha quedado confinada, nunca llega a enfrentarse a su desdicha con pleno conocimiento de causa. El amargo brebaje es ingerido sorbo a sorbo por el ser desafortunado; hoy absorbe una parte de su pesar, mañana un poco más y así sucesivamente hasta beber la última gota.

No es que debido al despotismo de otras imágenes el pensamiento de Lucy se hubiese desvanecido por completo, unido a la conciencia del sufrimiento de incalculable intensidad en el que con toda probabilidad había de verse sumergida a causa de la amenazadora incertidumbre sobre el propio futuro de Pierre, dedicado a

Isabel en gran parte, a pesar de los peligros que pudiera entrañar. La idea de su prometida se había deslizado como una gélida serpiente en su alma, desbancando a otras imágenes no menos estremecedoras; pero los demás pensamientos, al verse reducidos, se alzaban de nuevo absorbiendo a su rival, que acababa por desaparecer del campo de aprensiones que le era coetáneo. Pierre podía pues enfrentarse a todo lo relativo al caso de Isabel, que ocupaba en su mente un puesto muy sobresaliente, con ánimo dispuesto y ojos abiertos; en cuanto a la aparición ocasional de Lucy — aunque fuese imaginaria—, sólo acertaba a rechazarla al dibujarse ante él, cubriendo sus perplejos ojos con sus no menos confundidas manos. No actuaba así guiado por la cobardía que se deriva del egoísmo, sino debido a la infinita sensibilidad de su alma. Podía soportar el agonizante pensamiento de Isabel porque estaba por completo decidido a ayudarla, mitigando así su sufrimiento; pero de momento no resistía la mera idea de la existencia de Lucy, porque la misma resolución que anunciaba alivio a su hermana comprometía de forma oscura la eterna paz de su amada, y por lo tanto constituía una amenaza más que grave para la felicidad de una semejante. Lo que a Pierre le sucedía era que los presentimientos trazados a lápiz en su mente y relativos a Lucy, tan pronto borraban como pintaban imágenes torturadoras. De pie, medio envuelto en la niebla, contemplaba desde el monte de su Destino un amplio panorama que quedaba oculto tras las nubes; pero de cuando en cuando alguno de los misterios que poblaban el paisaje se deslizaban hacia un lado o, dicho de otro modo, se producía una grieta en la etérea espesura, descubriendo en lontananza, aún parcialmente velado por la bruma, el sereno valle y sinuoso torrente donde se había desarrollado la feliz existencia anterior de Lucy. A través de la repentina resquebrajadura de la nube, vislumbraba por un fugaz instante su rostro expectante y angélico asomándose a la ventana ataviada de madreselvas de su aposento; unos segundos después, las tormentosas alas de las nubes se cerraban de nuevo sobre ella y todo se sumía en la oscuridad, confundándose en el cirro arremolinado y en vapores misteriosos. Sólo por medio de una inspiración inconsciente que lo había liberado de la trampa en que cayera había conseguido escribir aquella nota admonitoria y oscura a Lucy, asistido por una fuerza desconocida; nota cuya suavidad, calma y sosiego no eran sino precursores naturales pero insidiosos de la asombrosa lluvia de flechas que iba a tener lugar en un futuro no muy lejano.

Pero mientras tanto la condición de su Lucy, alejada de sus ojos y su mente sin por ello dejar de afectarle, se desenmarañaba, a medida que pasaban los minutos, de la red de oscuridad en que se había visto envuelta, definiéndose no sólo a través de la lejana bruma, sino también por encima de la espesa niebla general. Porque al ser atraídos a la superficie los elementos más sutiles del hombre no siempre se revelan en el momento de fraguar la acción; sino que, como las demás fuerzas, se manifiestan sobre todo junto con los resultados cuando ha sido tomada la última resolución. Un

entretreído extraño y desordenado, si bien simétrico y recíproco, se estaba confeccionando en el interior del pecho de Pierre, a pesar de su apariencia caótica. Al mismo tiempo que en sus determinaciones conscientes la desolada Isabel estaba ya siendo arrebatada al cautiverio al que la había reducido el abandono del mundo, en una cámara más profunda y secreta del alma la sonriente Lucy, ahora mortecina y cenicienta, se estaba convirtiendo sin que él lo sospechase en un rescate perfecto para la salvación de Isabel. Ojo por ojo, diente por diente. El Destino, siempre inexorable e indiferente, no es sino un mercader carente de corazón que comercia con las penas y alegrías del hombre.

No es que aquella ocultación personal, general y espontánea de los más perentorios intereses de su amor inevitablemente indisociables de sus decisiones respecto a Isabel no estuviese secundada, debido a su carácter independiente, por el impulso de su juicio consciente en relación con su amada, cuando a pesar de la tiranía que ejercía en él el acontecimiento principal se le permitía al razonamiento entrar en acción por unos momentos. Pero no podía por menos que comprender que toda meditación sobre Lucy era peor que inútil. ¿Cómo podía trazar el mapa de la joven existencia de ambos, si no divisaba más que una blanca nebulosa y una espumosa y rompiente oleada? Aún había más: sintiendo como sentía que había de obrar por inspiración divina, que era dictado del Creador lo que le destinaba a ayudar y defender a Isabel en todas las contingencias posibles tanto del Tiempo como del Azar, ¿cómo podía rechazar los caminos insidiosos trazados por su propio interés y mantener intacta su altruista magnanimidad, si permitía una sola vez que el pensamiento de Lucy le disputase al de Isabel la supremacía y posesión de su alma?

Y si —aunque aún a un nivel inconsciente— estaba preparado en forma casi sobrenatural para sacrificar los más queridos objetos de veneración y se sentía dispuesto a renunciar por completo a la más remota esperanza de felicidad común, en el caso de que unos u otra obstaculizasen su elevada y entusiasta resolución; si estaba en fin decidido a cumplir con su cometido, toda consideración convencional y vulgar se le antojaba tan superflua como una telaraña, y más fina e impalpable que los hilos de la más etérea gasa. ¿Qué significaban su hereditario deber filial y su prenda de honor y fe ofrecida en público a su amada el día de su compromiso matrimonial en forma de una mano y un sello?

No es que aquellos pensamientos se le presentasen a Pierre como acabamos de formularlos; se encontraban en su mente en una fase fetal. Las impregnaciones de grandes entusiasmos por él recibidos y las ahora incipientes crías que se desarrollaban, produciendo penosas y vagas vibraciones, en su alma, habían de tratar con desprecio toda relación personal con Pierre y de tener por nulo cualquier interés de su corazón cuando viesan por fin la luz en forma de hechos reales.

Así nació Jesucristo, concebido por el cielo para cumplir con su Deber con Entusiasmo; nunca reconoció padre mortal, y desdeñó y rasgó las cadenas que conlleva lo humano.

VI

Una noche, una mañana y parte de su correspondiente tarde le llevó a Pierre prepararse para su trascendental entrevista con Isabel.

«Ahora, gracias a Dios —pensó el joven—, ha concluido la noche, portadora de Caos y Muerte; sólo queda una mañana y la ladera del atardecer. Le ruego al cielo que vuelva a templar mi alma permitiéndome confirmar aquel sentimiento por el que creía asemejarme a Cristo. Deseo que hasta mis más amorfos pensamientos adquieran la inflexible consistencia que proporciona el derecho divino. No dejaré que se cruce en mi camino ninguna tentación ruin e indigna de un hombre; ninguna vil piedra yacerá en él para obstaculizarme el paso. En este día desecharé la compañía y reprobación de mis congéneres para buscar el sufragio de la casi sagrada población de árboles, que en estos momentos me parece más noble que la raza humana. Sus elevados follajes derramarán sobre mí su perfección; mis pies, en contacto con sus poderosas raíces, me conferirán un vigor inmortal.

¡Guiadme, investidme, guardadme en este día, oh, fuerzas soberanas! Atadme con cadenas indestructibles; evitadme todo aquello que por siniestro me resulte fascinante y tentador; que a partir de este momento se borren de mi alma las detestables y distorsionadas imágenes de las mentiras convencionales y subterfugios con apariencia de deber que caracterizan la hundida moralidad terrena. Llenadme de fuego para que se consuma en él la falsedad; embocad en mí el frenillo de vuestra intención. No permitáis que ninguna sirena mundana venga a cantarme y con lisonjas anule mi valor. Hoy ha de forjarse mi nuevo molde para la eternidad. ¡Oh, fuerzas! Por mi fe incondicional en vosotras, invisibles, arriesgo tres felicidades, tres vidas enteras. Si me abandonáis ahora me despido de la Fe, de la Verdad y de Dios; desterrado por siempre de la presencia del creador y de la humanidad, me declararé tan poderoso como ambos. ¡Lucharé libremente con el Día y la Noche, con el pensamiento, con aquello que pertenece a la mente y a la materia y que es abrazado tanto por el firmamento como por el infierno!».

VII

Pero a pesar de estar cargado con el fuego de la divinidad, Pierre poseía una forma exterior hecha con el limo de la tierra: ¡Ah, mosquetes realizados por los dioses para contener mil combustiones y sin embargo revestidos de limo!

Sálvame de mi esclavitud a la Verdad, señor majestuoso, que has marcado mi camino hasta ahora. ¿Cómo lograré penetrar aún más en el alma de Pierre y mostrar que el fuego celeste se había instalado en su persona con la ayuda de unas contingencias cuya naturaleza le resultaba desconocida? Pero seguiré el fluir del inagotable y serpenteante río que conduce a las profundas cavernas del ser humano, sin preocuparme por dónde llegaré a parar ni considerar en qué lugar tomaré tierra de forma definitiva.

¿Acaso aquel rostro no era hermoso, embrujador a pesar de su pesaroso mutismo? ¡Cuán insondables son los ojos prodigiosos de la luz sobrenatural! El Dolor y la Belleza se zambulleron y bucearon unidos en sus embrujadas profundidades. Tan maravillosa, tan mística, tan asombrosamente tentadora, hablando de un sufrimiento mucho más dulce y atractivo que el júbilo en cualquiera de sus manifestaciones; tan gloriosa en fin resultaba aquella faz desolada, de la que emanaba el más conmovedor encanto, que era imposible sustraerse a su influjo. Aquél era el rostro de la hermana de Pierre, pertenecía a Isabel; nuestro joven lo había visto con toda claridad, había penetrado en sus ojos sobrenaturales. A causa del hechizo del fraternal semblante Pierre sabía con toda seguridad antes del encuentro que le había sido propuesto que en un grado trascendente no era la fealdad de una mujer, sino su belleza, lo que le invitaba a defender una causa justa. Que nada quede oculto en este libro consagrado a la sagrada verdad. ¿Qué habría sucedido si, saliéndole al encuentro en una angosta callejuela, una muchacha jorobada, tullida y de aspecto repugnante hubiese tirado del dobladillo de sus vestiduras, exclamando: «¡Sálvame, Pierre, ámame, reconóceme, hermano; soy tu hermana!»?. Ah, si el hombre hubiese sido formado por completo en el Cielo, ¿por qué habría de recordársele la existencia del Infierno? ¿Y por qué en el noble pilar de mármol que se alza bajo la inmensa bóveda siempre hemos de columbrar una vena siniestra? Por naturaleza nos encontramos muy cerca de Dios; y si

bien durante el curso del torrente que constituye nuestra vida somos contaminados por agentes misteriosos desde las riberas que atravesamos en nuestro fluir, sin embargo en la superficie del manantial, que es donde permanece la humanidad, la cascada de la existencia indica de un modo infalible que nos encontramos en las fuentes más puras.

Por lo tanto no insinuemos siquiera una palabra reprobadora sobre el ente mortal de Pierre. Fácil me resultaría actuar con astucia y esconder los pequeños defectos del joven, haciéndolo parecer tan perfecto como inmaculado, nada expuesto a compartir la inevitable naturaleza y común destino de los humanos. Soy más sincero con Pierre que los mejores hombres consigo mismos. Mi magnanimidad no tolera ocultaciones; por esa razón y ninguna otra permito que contemplen sus debilidades. Los hombres construyen personajes grandiosos con la ayuda de la reserva y no con la de la revelación. Aquel que sea cien por cien honesto, si bien más noble que Ethan Allen, correrá el riesgo de merecer el más vulgar desdén por parte de la humanidad.

Libro VI

Isabel; primera parte de su historia

Deseoso en parte de que llegase la hora del encuentro, si bien estremeciéndose con más y más frecuencia a medida que se acercaba el momento; con los ojos secos y el cuerpo húmedo por la lluvia que oscurecía el día, Pierre emergió a la caída de la tarde de los espesos bosques de Saddle Meadows, donde se había dado a la meditación y el ensueño, y permaneció inmóvil un instante en la empinada ladera.

Donde se detuvo en realidad fue en el abrupto lindero de los bosques que sólo frecuentaban los trineos durante los meses de nieve; justo en el lugar en que los últimos árboles marcaban la frontera de la espesura formando una angosta arcada que servía de puerta imaginaria a los distantes y vastos pastos que se extendían, ondulantes, hasta el lago. En aquel anochecer brumoso y húmedo los temblorosos olmos que se diseminaban por el prado parecían resistir a las inclemencias de un mundo inhóspito y permanecer arraigados a la tierra por un inescrutable sentido del deber. En la lejanía se divisaba, como un espacio en blanco, la inmutable superficie del lago, sumido en el silencio y sin que la brisa o un aliento alterasen su monotonía; sus aguas yacían sujetas por invisibles cadenas, sin la vida suficiente como para reflejar el arbusto o la rama más diminutos. Sin embargo en aquel lago se veía el duplicado del cielo inalterable. Sólo en días de sol le estaba permitido a su superficie captar imágenes verdes y alegres, que no hacían sino desplazar el simbólico mutismo de un firmamento sin rasgos propios.

A ambos lados, aun más distantes, pasada la orilla del manso lago, se elevaban las montañas, largas, misteriosas y masivas, hirsutas con sus pinos y tsugas, místicas de exhalaciones vaporosas e indefinibles y, en aquella oscuridad, negras por el miedo y lóbreguez que inspiraban. Los profundos bosques se erguían extasiados en sus laderas; en sus lejanas profundidades pobladas de lechuzas existían grutas, hojas secas y una vegetación virgen, inexplorada, exuberante y profusa, en la que abundaba la madera añeja, por carencia de cuyos troncos más finos podía en otros climas más rigurosos estar pereciendo un mendigo. De la inhumanidad infinita de los insondables pinares surgía un sonido quejumbroso, rugiente, vago, discontinuo y siempre cambiante, emitido por árboles impotentes que se sacudían las gotas de lluvia, por el

desprendimiento de rocas socavadas, el rompimiento final de las ramas partidas desde hacía tiempo y la diabólica algarabía formada por los fantasmas forestales.

Pero más cerca, en la orilla próxima del pacífico lago, en el lugar donde formaba una ladera semicircular y hueca donde se sembraba el maíz, se alzaba la pequeña granja roja. Su antiquísimo tejado constituía un lecho perfecto para el musgo resplandeciente; en su fachada norte (el viento del musgo sopla en esa dirección) este último permanecía incrustado, recordando el conjunto a la capa septentrional del vasto tronco de un arce en los boscajes. En uno de los extremos provistos de gabletes, una parra enmarañada reclamaba apoyo pagando por él con generosos obsequios de verdor profuso; una de sus saetas cubierta de enredaderas se encaramaba entre los ladrillos de la chimenea, donde sobresalía como si de un ondulante pararrayos se tratase. Contra el otro gablete se divisaba el cobertizo bajo de la vaquería, con las fachadas laterales envueltas en una red de viñedos de Madeira; y un observador más próximo que se hubiese asomado por entre aquella tracería aprisionante habría vislumbrado tras los finos listones que cercaban el alféizar de una ventana los agradables cautivos allí retenidos: peroles de leche, quesos holandeses blancos como la nieve colocados en hilera y moldes para la confección de áurea mantequilla y jarras de suave crema. Delante se erguían tres rectos y gigantescos tilos, centinelas del verde rincón. Las ramas que coincidían con la cumbrera de una granja estaban casi desprovistas de follaje; pero a partir de aquella altura ya considerable los árboles sostenían en equilibrio, como si de tres enormes globos se tratase, sus tres grandes conos, invertidos y redondeados de verdor.

Tan pronto como Pierre depositó la mirada en aquel lugar, se sintió sacudido por un temblor. No sólo a causa de Isabel, como albergadora, sino también debido a dos extrañas coincidencias relacionadas con el asunto que había vivido aquel mismo día. Había acudido a desayunar con su madre con el corazón cargado y desbordado de presentimientos sobre la exaltada y noble disposición que merecía un ser como Isabel si apelaba a su amor maternal: y he aquí que aparece el reverendo señor Falsgrave y se discute el caso de Ned y Delly; todo cuanto tiene que ver con la desafortunada pareja se comenta en detalle sin excesiva gravedad y Pierre tiene la oportunidad de exponer ante su madre consideraciones sobre la ética que de otro modo habría desesperado de manifestar, que le permiten averiguar sus opiniones de un modo claro y confirmar sus propias conjeturas. Gracias pues a una asombrosa coincidencia había conocido a la perfección el punto de vista de la señora Glendinning y recibido una advertencia que parecía venida del cielo de no desvelar de momento el secreto ante su madre. Aquello había ocurrido por la mañana y ahora, al anochecer, al lanzar una mirada furtiva a la casa donde moraba Isabel, reconoció en ella la granja alquilada de Walter Ulver, padre de la mismísima Delly, difamada para siempre por las crueles artes de Ned.

Invadieron a Pierre sentimientos extraños, casi sobrenaturales. Coincidencias como las mencionadas que poco pueden conmovier y espantar a seres menos susceptibles, poéticos y reflexivos que el joven, inundan a las almas complejas con sensaciones que trascienden toda forma de expresión verbal. Se apoderan del problema más sutil de la vida. Con la rapidez del rayo surge un espontáneo interrogante: ¿Casualidad o Dios? Si al mismo tiempo la mente así influenciada está presa de alguna aflicción determinada, el interrogante se ensancha y acaba por envolver en su círculo gigantesco el pensamiento entero del hombre. Siempre se ha sabido que las almas que sufren con sinceridad meditan más que las otras sobre las causas remotas. El corazón, cuando se agita en profundidad, encuentra una simpatía correlativa en el cerebro, que también se halla conmocionado. Ante el ser desdichado, si es de esencias intelectuales, todas las eras del mundo pasan maniatadas en una siniestra procesión y los eslabones de sus cadenas, que se cuentan por millares, golpetean un lúgubre misterio.

Mientras caminaba bajo las alargadas sombras del elevado bosque esperando que llegase la hora del encuentro, Pierre trató de imaginarse la escena que había de producirse unos minutos después. Pero la imaginación le abandonó por completo, ya que la realidad se imponía con excesiva fuerza; sólo el rostro acudió a su pensamiento; en los últimos tiempos estaba tan acostumbrado a confundirla con las mil formas que toma el aire, que casi se estremeció al pensar que aquel rostro al que debía hacer frente iba a hallarse frente a él al cabo de unos instantes.

Empezaban a caer las sombras más densas, impidiéndole toda visión del lugar; sólo los tres oscuros tilos le servían de norte mientras descendía por la montaña que se cernía sobre la granja. Sin que él lo advirtiera su ruta meditativa era sinuosa, como si en aquellos momentos se uniese al torrente de su pensamiento, también serpenteante, que estaba obstruido lateralmente por insinuantes recelos sobre la conveniencia última y práctica de mantener su entusiasta resolución. Sus pasos disminuían en velocidad a medida que se aproximaba y vislumbraba con más y más claridad un débil resplandor que luchaba por sobrevivir en la doble hoja batiente, de estilo rústico y sencillo. No ignoraba en absoluto que su voluntaria decisión lo alejaba para siempre de las deslumbrantes arañas de la mansión de Saddle Meadows, obligándole a unirse a la trémula y miserable luz que acompañaba la pobreza y el sufrimiento. Pero su sublime capacidad intuitiva también le pintaba en la mente glorias brillantes, que como el mismo sol de la verdad y virtud divinas, a pesar de ser oscurecidas por las densas nieblas terrenas, al final resplandecerán despejadas y radiantes, proyectando su luminosidad sobre el zafirino tronco del Señor.

II

Pierre se detuvo ante la puerta; la casa estaba sumida en el mayor silencio; golpeó y, en el mismo instante, la luz del batiente tembló ligeramente y desapareció. Oyó dentro una puerta que chirriaba sobre sus goznes y su corazón empezó a latir con una fuerza incontrolable cuando se levantó el picaporte exterior. Sujetando la luz sobre su cabeza sobrenatural, Isabel apareció ante él. Era ella. Ninguno pronunció una sola palabra; por aquellos parajes no se veía un alma. Entraron en la estancia del doble batiente y Pierre tomó asiento, oprimido por una extraña debilidad de cuerpo y una temerosa admiración en el espíritu. Elevó los ojos, que se encontraron con una expresión de soledad muy atractiva dibujada en el semblante de Isabel; y ella, con una voz queda, dulce y sollozante, investida de una musicalidad más que natural, dijo:

—Así que eres mi hermano. ¿Cómo debo llamarte? ¿Pierre?—, Pierre la observó un instante, con una primera y última mirada inquisitiva y determinante concentrada en la persona de la mística muchacha que afirmaba ser su hermana; reconoció a la vez en su rostro no sólo las facciones y aspecto conmovedor y misterioso de la costurera, sino también la sutil expresión del retrato de joven de su propio padre trasladada al sexo opuesto de forma sorprendente y combinada con una desconocida y extranjera femineidad. La Memoria, la Profecía y la Intuición proclamaron a coro: «Pierre, no tengas reservas; no existe la menor posibilidad de duda; este ser es tu hermana; estás contemplando carne y sangre de tu padre».

—Así que eres mi hermano. ¿Cómo debo llamarte? ¿Pierre?

Él se puso en pie de un salto y la tomó en sus brazos, que ya no albergaban la menor sombra de duda, exclamando:

—¡Es cierto! ¡Es cierto!

Notó una débil lucha en el ser que con tanta fuerza había apretado; la cabeza de Isabel se inclinó contra su cuerpo, que se vio bañado en el ondulante brillo de la larga melena suelta. Retirando los mechones que cubrían el rostro de la muchacha fijó la mirada en su apagada belleza, que no le transmitió sino una tristeza imperecedera. Parecía ahogada, víctima de ese tipo de muerte que no menoscaba la dulzura y serenidad latentes en el semblante humano.

Estaba decidido a pedir auxilio a voces, cuando los ojos de la muchacha se fueron abriendo despacio; se clavaron en él por un momento y notó que el letargo la abandonaba poco a poco. Una vez hubo empezado a recuperarse, Pierre notó que luchaba de nuevo entre sus brazos, como si se sintiera avergonzada y dudase del derecho moral de él de estrecharla contra su pecho. Entonces se arrepintió de su ardor imprudente y un sentimiento de veneración se apoderó de él. La acompañó solícito hasta un banco que se hallaba bajo el doble batiente de la ventana, se sentó a su lado y esperó en silencio a que el primer impacto de aquel encuentro la dejase más compuesta y preparada para comunicarse con él.

—¿Cómo te sientes ahora, hermana mía?

—¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Una vez más el poder dulce e imbatible de la musicalidad que caracterizaba su voz, así como un extraño y suave matiz de acento extranjero —al menos así lo concibió la imaginación de Pierre—, hicieron vibrar su alma entera. Se inclinó y la besó en la frente, notando cómo la mano de Isabel buscaba la suya y al encontrarla la estrechaba sin pronunciar palabra alguna.

Todo su ser estaba condensado en la sensación que le producía aquella mano al aferrarse a él; era pequeña y fina, pero estaba provista de una extraña dureza. Al notar su tacto comprendió que sólo gracias a la labor de sus manos la hija de su propio padre había podido sobrevivir en el mismo mundo donde él, su hermano, había llevado una existencia tan ociosa como vana. Volvió a besar su frente con profundo respeto y su cálido aliento murmuró una plegaria a los cielos sin despejarse de ella.

—No tengo lengua para hablarte, Pierre, hermano mío. Todo mi ser, los pensamientos y anhelos de mi vida entera están en deuda contigo, en una deuda que nunca podré saldar. ¿Cómo osaré entonces hablarte? Si fuese voluntad divina, mi mayor deseo sería desplomarme sobre el lecho y morir. Sólo así obtendría la paz. Sé indulgente conmigo, Pierre.

—Lo seré por toda la eternidad. ¡Mi querida Isabel! No hables todavía, si prefieres guardar silencio o no te es posible hacerlo. Esta mano que aprieto es toda la lengua que necesitas.

—No sé por dónde empezar, Pierre; sin embargo mi alma está rebosante.

—Desde las profundidades de mi corazón te amo y te respeto. Mis sentimientos no conocen el pasado ni el presente; te pertenecen por toda la eternidad.

—¡Oh, Pierre! ¿No puedes curar mi estado de ensueño y confusión? Mi pobre cabeza da vueltas y vueltas, incapaz de tranquilizarse. A este paso no seguiré viviendo mucho tiempo; mi espíritu está repleto y no acierta a descargarse. Conjura las lágrimas para que acudan a socorrerme y eviten que mi corazón se rompa con este sentimiento que ahora me embarga, más mortífero que todas las penas pasadas.

—¡Oh, vosotros, cielos que saciáis la sed de la tierra; y vosotros, rocíos y brumas de las montañas, destilad vuestras gotas de humedad en estos ojos! El rayo ya ha pasado. ¿Por qué no acude su inseparable aguacero? ¡Ayudadla a sollozar!

La cabeza de Isabel buscó el apoyo fraternal y gruesas gotas cayeron sobre su pecho. Transcurridos unos instantes la muchacha apartó la cabeza con suavidad y se sentó a su lado tras haber recuperado el aplomo.

—Si tú dices que tus pensamientos están en deuda conmigo, hermana mía, considera que algo semejante me sucede a mí a la inversa. Me faltan palabras para dirigirme a ti. Pero siempre que me mires, hermana, ten por seguro que estás contemplando a alguien que ha hecho en su alma votos inalterables de ser para ti en todos los aspectos, y dentro de los más extremos límites y posibilidades del Destino, un hermano dispuesto a protegerte y reconocerte.

—No es el sonido de las frases corrientes, sino los tonos íntimos que brotan de las más profundas melodías de mi corazón lo que debes escuchar ahora. Tú le hablas a un ser humano, pero son las esencias celestes las que están obligadas a responderte; que te conteste una flauta etérea e inmaterial; porque estoy segura de que hasta tus acentos más inopinados han sido oídos en las alturas. Todas las bendiciones que resultan inimaginables para cualquier mortal deben derramarse sobre ti por lo que acabas de decir.

—Que Dios permita que esta bendición vuelva a su origen, recayendo sobre quien la ha pronunciado. No puedo bendecirte, hermana, porque eres tú la que se bendice a sí misma al bendecir mi indignidad. Pero, Isabel, si mantenemos viva la llama que ilumina el milagro de nuestro encuentro nuestros corazones se debilitarán en extremo. Deja pues que te refiera quién es en realidad Pierre, qué tipo de vida ha llevado hasta ahora y cómo va a desarrollarse su existencia en lo venidero. De este modo estarás preparada.

—No, Pierre, es a mí a quien compete relatar su historia; tienes derecho a escuchar primero todo cuanto a mí concierne y luego, si lo tienes a bien, me obsequiarás con tu propia narración, que considero un don inmerecido. Óyeme pues. Las esencias invisibles me darán fuerzas. No es mucho lo que he de decirte, Pierre, ni hay nada maravilloso ni espectacular en ello. Me siento lo bastante serena como para confiarme a ti.

Durante las breves pausas que se habían producido hasta entonces en la conversación, Pierre había oído el ruido de unas pisadas, lentas, tristes, intermitentes y, por así decirlo, meditativas en el piso superior. En los frecuentes silencios que interrumpieron la extraña historia del siguiente capítulo, aquellos pasos suaves, lentos, tristes, intermitentes, meditativos y melancólicos continuaron haciéndose perceptibles, cada vez con más insistencia.

III

—No conocí a mi madre. El más remoto trecho en el largo camino de mi memoria no alberga el menor rasgo de un rostro maternal. Si en realidad hubiese existido un ser al que pudiese llamar madre, habría muerto hace ya tiempo sin proyectar ninguna sombra en el suelo que pisó. Pierre, los labios que ahora te hablan nunca rozaron un seno femenino. A veces creo que no he nacido de mujer alguna. Mis primeros y oscuros recuerdos se apiñan en torno a una casa antigua, casi en ruinas, ubicada en una región desconocida; en estos momentos no poseo un mapa para buscarla. Si existió el lugar que ahora evoco, parece haber sido borrado de la faz de la tierra. Se trataba de una mansión oscura y destartalada construida en el centro de un espacio redondo y muy inclinado; tras limpiar el terreno se había practicado un hueco en lo que antes había sido un espeso bosque de pinos, achicado en su corazón a tal propósito. Por las noches siempre me abstenía de asomarme a la ventana de mi aposento por miedo a que los pinos fantasmales penetrasen en ella y estirasen sus brazos para arrebatarme y llevarme hasta sus pavorosas sombras. En verano el bosque entero susurraba a todas horas misteriosas voces de pájaros y otros animales desconocidos. En invierno las profundas nieves cubrían la zona si bien como ocurre con cualquier mapa de papel, había senderos nocturnos trazados y punteados, en este caso por criaturas de cuatro patas que nunca se exponían a la luz del sol ni a la vista de ser humano alguno. La casa se elevaba solitaria y oscura en el espacio redondo que le había sido robado a la naturaleza, sin hallar cobijo en ninguna rama ni hoja verde; sin refugio ni sombras, en el mismo corazón de las tinieblas y la envolvente espesura. Algunas de las ventanas habían sido entabladas con gran tosquedad a base de planchas rectas sujetas por medio de clavos en la parte superior e inferior; sus aposentos correspondientes permanecieron siempre vacíos. Jamás penetró nadie en ellos a pesar de no haber puerta. Pero con frecuencia los miraba con el rabillo del ojo desde el pasillo cargado de ecos, no sin cierto temor. Las chimeneas que los adornaban estaban en ruinas; la hilera más baja de piedras se había quemado hasta convertirse en blancos escombros y los ladrillos negros se habían desplomado sobre el fondo, apiñándose aquí y allá con el hollín que aún se desprendía de fuegos apagados

desde hacía largo tiempo. Todas y cada una de las piedras que quedaban sobre los derruidos hogares estaban partidas en dos por largas resquebrajaduras; los suelos se inclinaban en los extremos y en el interior la base del edificio, que descansaba sobre unos bajos cimientos de verdes pedruscos, se hallaba salpicada por un polvo amarillento y como oxidado proveniente de las soleras medio destartadas. En la casa no existía mención de nombre alguno, ni emblemas grabados o escritos por sus anteriores ocupantes. Ni siquiera había un libro que tratase de ellos. El caserón entero se encerraba en un mutismo similar al de la muerte. Tampoco se hacía visible ninguna lápida, túmulo o altozano que delatase el lugar donde yacían enterrados los restos de ninguno de sus moradores, hombres o niños. Y de este modo, sin huella alguna de su historia pasada, fue pereciendo y alejándose de mi memoria sin que se me haya permitido llegar a conocer el lugar donde se erguía ni la región donde pasé mi infancia. En una ocasión vi láminas de fachadas de castillos franceses que me recordaron en gran manera su oscura imagen y en particular las dos hileras de diminutas ventanas de gablete que se proyectaban desde el tejado similar a una tolva. Pero mi casa era de madera, no de piedra como las mansiones de los grabados. De todos modos en ocasiones pienso que si bien no estaba ubicada en nuestro país, debía de encontrarse en tierra europea, quizá en Francia. Este asunto me perturba; no debes mirarme con expresión de sorpresa, ya que de un tema tan desconcertante como éste sólo puede hablarse con desatino.

»En aquella casa nunca vi alma viviente, a excepción de una pareja de ancianos. El rostro de él estaba ennegrecido por la edad, habiéndose convertido en un nido de arrugas; su canosa barba estaba siempre enmarañada y jaspeada por el polvo de la tierra. Creo que en verano trabajaba un poco en el jardín, si es que así podía llamársele, situado a un lado del edificio. Mis ideas son inciertas y confusas. Pero la pareja de viejos parece haberse instalado en mi memoria de forma indeleble. Supongo que es el hecho de que fueron los únicos seres humanos a mi alrededor lo que provocó el impacto que produjeron en mi persona. Casi nunca me hablaban; pero en las noches oscuras y de tormenta acostumbraban a sentarse junto al fuego y a pasar la velada contemplándome, murmurando entre sí y volviéndome a contemplar. No se comportaron nunca de un modo del todo desagradable, pero, repito, nunca o en muy raras ocasiones me dirigían la palabra. Los términos empleados o la lengua en que se comunicaban conmigo y entre sí son cosas que no consigo recordar. Muchas veces lo he deseado, ya que así quizá sabría si la casa se encontraba en este país nuestro o en ultramar. En este punto debo decir que a veces me viene a la mente no sé qué tipo de vaga remembranza de una época, algo posterior a la que estoy describiendo ahora, en la que parloteaba en dos idiomas infantiles distintos, de los cuales uno fue languideciendo a medida que el otro se afianzaba. Más adelante trataré de nuevo este asunto. Era la mujer quien se encargaba de alimentarme, ya que no comía con ellos.

En una ocasión estaban sentados junto al fuego con una hogaza de pan y una botella de vino clarete cuyo bouquet desconozco; me acerqué a ellos, les rogué que me permitiesen acompañarles y toqué la hogaza con la mano. Pero al instante el hombre hizo ademán de golpearme, si bien no me rozó siquiera y la mujer, mirándome con una ira indescriptible, me arrebató el pan y lo echó al fuego que ardía en el hogar. Atemorizada, abandoné a la carrera la estancia y busqué a una gata con la que había tratado de crear una cierta intimidad a base de paciencia; por causas que escapan a mi entendimiento, nunca me gané su amistad. Pero debido al susto y a la soledad me aferré a su compañía; por fin la encontré en el piso superior, arañando con gran suavidad los escombros de las chimeneas abandonadas y buscando algún objeto escondido. La llamé, porque no me atrevía a penetrar en ninguna de aquellas estancias encantadas; pero ella se limitó a mirar de reojo, como si no se hubiese percatado de mi presencia, hacia el pasillo donde me hallaba y prosiguió con su silenciosa búsqueda. La llamé de nuevo y esta vez giró en redondo y emitió una especie de silbido desaprobatorio. Bajé las escaleras como una exhalación; me atormentaba pensar que había sido rechazada por segunda vez. No sabía adónde ir para librarme de mi soledad. Por fin salí de la casa y me senté sobre una roca; pero su frialdad me llegó al corazón y me puse en pie, y permanecí unos minutos en aquella postura. Fue entonces cuando me di cuenta de que la cabeza me daba vueltas y las piernas no me sostenían; caí al suelo y perdí el conocimiento. A la mañana siguiente desperté en mi lecho, en un aposento irremisiblemente lúgubre, con pan moreno y una taza de agua a mis pies.

»Te he relatado esta reminiscencia de mi vida infantil en aquella casa porque es la que ha acudido a mi memoria. Podría contarte otras muchas de índole similar, pero creo que con una basta para mostrarte el tipo de vida que llevaba entonces.

»Cada día de mi existencia notaba cómo todo cuanto veía y oía resultaba más y más extraño, causándome un temor que no iba sino en aumento. Para mí el hombre y la mujer eran como la gata; ninguno de ellos me hablaba; no lograba entenderles. Y el hombre, la mujer y la gata eran para mí iguales a las verdes piedras que servían de cimientos; ignoraba su procedencia y el motivo por el que estaban allí. Te digo una vez más que a aquella mansión no llegó nunca alma viviente; sólo moraba en ella la pareja de ancianos. En ocasiones el viejo se alejaba caminando penosamente hacia el camino que conducía a los bosques y no regresaba hasta muy avanzada la tarde; traía consigo pan moreno y vino clarete. Si bien la entrada del bosque no distaba mucho de la puerta, caminaba con tanta lentitud y dificultad, arrastrando su pequeña carga con un paso tan enfermizo, que parecían transcurrir horas y horas de tedio entre el momento en que lo divisaba entre los árboles y aquel otro en que atravesaba el astillado umbral.

»Las amplias y vagas reminiscencias de mi vida anterior están empezando a desvanecerse en una espesa nebulosa. Desaparecen de mi mente por completo. Es

posible que en la época de la que pierdo el hilo enfermase de gravedad y padeciese unas fiebres durante un intervalo lo bastante prolongado como para que me pierda en él. O quizá sea cierto lo que he oído decir; los seres humanos recuerdan y evocan con facilidad la primerísima etapa de su vida, pero luego se produce un paréntesis mental que les impide recordar una época posterior, tras el cual aparecen de nuevo vagas impresiones de acontecimientos que abarcan casi todo nuestro pasado, desde la actualidad hasta la laguna que acabo de mencionar.

»Sea como fuere, mis reminiscencias de la casa y el amplio espacio abierto circundante acaban ahí; ignoro cómo abandoné el lugar, aunque estoy convencida de que era aún muy niña cuando ocurrió. Pero acude a mi mente, como una sacudida, el incierto recuerdo de otro espacio abierto, circular, muchísimo más vasto que el anterior, no delimitado por un cinturón de bosque. Sin embargo con frecuencia me parece vislumbrar una escena en la que se dibujan árboles altos y rectos como pinos, cerca de mi residencia, que se agitan y crujen pavorosamente como los de mi hogar primero al desatarse tormentas en las montañas. Y los suelos se hunden en el extremo con un ángulo de inclinación aún mayor que los de la vieja casona; son tan irregulares, que al pensar en ellos creo todavía que van a desmoronarse bajo mis pies.

»Me parece que fue entonces cuando empecé a parlotear en dos idiomas distintos y también cuando dejé de hacerlo. Recuerda que te he hablado de ello hace escasos minutos. Había personas a mi alrededor que se expresaban en una u otra lengua, de modo que aprendí ambas, si bien una me resultaba más difícil que la otra; la que más dominaba, aunque en principio la diferencia de fluidez fuera casi imperceptible, fue desplazando poco a poco a la otra. Los hombres que —a veces creo verlos como en un sueño de irrealidad— trepaban por los tres extraños objetos similares a pinos utilizaban, si mi memoria no me engaña y puede evocarse con certeza algo tan ilusorio, el idioma que se fue desvaneciendo en mí con el tiempo. Era muy lindo; da la impresión, aun ahora, de algo alegre, brillante y ligero. Resultaba la lengua más adecuada para una niña como yo si no hubiese estado siempre tan triste. Era en verdad un lenguaje infantil, Pierre. ¡Tan similar a un gorjeo, al canto de un pájaro!

»Debes ahora percibir con los ojos de la mente la mayoría de mis recuerdos, que, si bien inconcretos, insinúan de forma vaga la existencia de un barco en alta mar. Pero las imágenes no cobran claridad. En ocasiones ni siquiera sé si estoy narrándote hechos o los sueños más irreales que puedan imaginarse. En mí hasta lo más sólido se funde en un sueño, y los sueños adquieren solidez. Nunca me he recobrado del todo de los efectos de mi misteriosa vida infantil. Tanto es así que incluso en este momento mi existencia envuelve a tu forma visible, hermano mío, con una extraña bruma, de tal modo que un segundo rostro, y un tercero, y un cuarto, asoman a mi vista desde tu propia persona. A cada segundo que pasa se hace más y más oscuro el recuerdo de cómo tú y yo llegamos a conocernos. Una vez más camino a tientas entre formas de

todo tipo que se alejan de mí; avanzo entre sombras. Sin embargo ellas poseen ojos que me miran con insistencia. Doy media vuelta y me observan; doy un paso adelante, y también me contemplan. Permíteme que calle unos minutos; no me hables.

IV

Acosado por una perplejidad ilimitada en relación con aquel extraño ser, Pierre respetó el silencio, si bien no apartó los ojos del rostro de la muchacha, que había desviado la mirada. Los abundantes y suaves bucles de su pelo azabache le caían sobre el rostro como de soslayo, produciendo un efecto similar al de una cortina a medio correr ante un santo encerrado en un relicario. A Pierre se le antojaba un ser irreal; pero su apariencia ultramundana se debía sólo al misterio que la envolvía, no a algo que le resultase repulsivo o amenazador. Las quedas melodías de su distante voz interior flotaban en forma de dulces ecos que inundaban la estancia, pisoteados y prensados como la uva que se aplasta a borbollones, por aquel caminar firme e invisible que se hacía audible desde el piso superior.

Isabel salió de su inmovilidad y tras errar de un extremo a otro se detuvo y continuó su relato con mayor coherencia.

—El siguiente recuerdo sobre el que creo que puedo apoyarme con buena base es el de otra casa, situada también en lugar poco frecuentado por seres humanos, en el corazón de una región menos silenciosa que las anteriores. Los campos adyacentes al edificio eran atravesados por un serpenteante río cuyas aguas verdosas fluían con lentitud. Supongo que mi tercera morada estaba en tierras bajas. La primera, en cambio, debía de haber sido construida en plena montaña; aún retumba en mis oídos el eco de los distantes saltos de agua y ante mis ojos flotan los contornos de las nubes que permanecían suspendidas con firmeza, sin perder su abrupta forma, tras la casa al caer la tarde. Pero esta otra mansión, la segunda o tercera, no sé ya cuál, se encontraba, repito, en el llano. No había pinos a su alrededor y los árboles que la circundaban eran escasos; la tierra no aparecía tan inclinada como la que rodeaba a mi primera residencia. En el entorno se divisaban vastos cultivos y más lejos granjas, dependencias diversas, ganado, aves de corral y otros habitáculos y animales familiares. Estoy persuadida de que por aquel entonces me había instalado ya en este país, a este lado del océano. Se trataba de una casa enorme y llena de gente; pero en su mayoría vivían separados. Había varios ancianos, jóvenes de ambos sexos, algunos

de ellos muy hermosos, y niños de distintas edades. Sus habitantes parecían felices; la mayoría estaba siempre riendo; pero a mí me parecía un lugar de aflicción.

»De todos modos puede que me equivoque al hablar de felicidad, ya que no consigo identificar tal sentimiento con plena conciencia de su significado, me refiero a los recuerdos de mi vida pasada. No sé qué es eso que llaman dicha, cuya prenda más representativa es una carcajada, una sonrisa o una silenciosa serenidad dibujada en los labios. Quizá conociera algunos momentos de gozo que más tarde han sido borrados de mi memoria. Tampoco siento ardientes deseos de alcanzar ese estado de júbilo, como ocurre con algo que nunca se ha experimentado; mi espíritu no busca alimento en la felicidad, ya que creo sospechar qué es. He sufrido la desdicha, pero no por ausencia de su contrario, que nunca he suplicado conocer. Lo que anhelo es la paz, la quietud absoluta; deseo sentirme a mí misma, y como una planta absorber la vida sin buscarla o, mejor dicho, existir sin verme turbada por ninguna sensación individual. Estoy convencida de que el sosiego y la individualidad son incompatibles. Por lo tanto, espero saberme un día embebida en ese poderoso espíritu que todo lo anima con su soplo de vida. Aquí estoy en el exilio. A veces creo haberme extraviado. Sí, veo que sonrías de un modo muy significativo. Pero deja que guarde silencio unos minutos más. No me repliques. Cuando reanude mi relato no divagaré, lo prometo. Concluiré con pocas palabras.

Resuelto a obedecer, a no ofrecer el más remoto obstáculo manifiesto o insinuado que pudiera detener la singular historia que le estaba siendo referida y a sentarse pasivamente con el fin de recibir en su alma las maravillosas confesiones, por prolongadas que fuesen las pausas, y, debido a consideraciones menos místicas, persuadido de que sólo actuando de aquel modo podría inferir la parte menos nebulosa e imperfecta de la historia de Isabel, Pierre esperó la conclusión con los ojos fijos en la bellísima oreja de la muchacha que, asomando casualmente por entre sus mechones, se cobijaba en la negrura como la perla translúcida en su ostra.

Isabel se movió de nuevo y tras vagar una vez más por la estancia prosiguió con un mayor grado de coherencia, mientras el ruido de pasos en el piso superior cesaba por un momento.

—He hablado de mi segundo, o mejor dicho, tercer lugar que guarda mis recuerdos del pasado, tal y como se me apareció en un principio; eso significa que me he referido a las personas que moraban en aquella casa de acuerdo con la primera impresión que, según mi memoria, recibí al conocerlas. Viví en aquella comunidad varios años —cinco, seis, quizá siete— y durante la época allí transcurrida todo cambió a mis ojos, porque aprendí más, si bien siempre de una forma nebulosa. Algunos de sus ocupantes la abandonaron; las sonrisas de otros se transformaron en lágrimas; hubo quien se pasaba el día enjugando estas últimas y mostrándose abatido. Unos pocos se volvieron tan salvajes y violentos que fueron arrastrados por unos seres que

parecían mudos a un lugar subterráneo y profundo del que nunca supe nada en concreto; pero no he olvidado los gritos desconsolados que se oían a través del suelo, ni los gemidos y las caídas de resonancia metálica, como de hierro sobre paja. De vez en cuando, al mediodía, traían a la casa féretros, que a los cinco minutos eran transportados fuera de ella, pesando más que al entrar —o por lo menos así me lo parecía—; pero nunca vi quién iba en su interior. En una ocasión observé cómo empujaban un ataúd de enormes dimensiones a través de una ventana inferior tres hombres que no pronunciaron una sola palabra; al rato tiraron de él por el mismo procedimiento y desaparecieron. Las personas invisibles que abandonaban la casa de un modo tan extraño eran siempre reemplazadas por otras asimismo invisibles que llegaban en carruajes cerrados. Algunos, vestidos con harapos y andrajos, venían a pie, o mejor dicho eran impulsados por hombres a caballo. Una vez oí unos terribles alaridos y al asomarme por la ventana vi a un hombre robusto pero deforme y escuálido, probablemente un campesino, atado con cuerdas de largos extremos que eran sujetadas desde atrás por cuatro seres de aspecto ignorante que con la ayuda de un látigo guiaban los pasos de su agresiva y flaca víctima hacia la casa. Entonces llegaron a mis oídos, en respuesta a aquel alboroto, palmadas, chillidos, bramidos, risas, bendiciones, oraciones, juramentos, himnos y todo tipo de confusiones procedentes de los distintos aposentos de la granja.

»A veces entraban en la casa, si bien su estancia podría calificarse de transitoria ya que la abandonaban a las pocas horas de su llegada, personas cuyo aspecto me llamaba la atención en gran manera. Su compostura era perfecta de tan serena: no reían, no gruñían, no sollozaban, no adoptaban extrañas expresiones, no ofrecían aspecto de ilimitada fatiga, no iban ataviadas de modo fantástico ni curioso... en una palabra, no se asemejaban en nada a los seres humanos con quienes estaba acostumbrada a convivir, si exceptuamos cierto parecido con unos pocos moradores de la casa que actuaban como si tuvieran autoridad sobre el resto. Aquellos individuos cuyo aspecto tanto me sorprendía me daban la impresión de ser dementes o algo por el estilo; si bien su semblante reflejaba cordura, su mente divagaba. Eran compuestos de cuerpo y errantes de alma; extraños orates, les llamaría yo.

»Con el tiempo la casa pareció cambiar de nuevo; o quizá lo que sucedió en realidad fue que mi mente empezó a captar mejor lo que ocurría a mi alrededor, modificándose en consecuencia mis primeras impresiones. Me alojaba en un diminuto aposento del piso superior en el que apenas había mobiliario alguno. A veces deseaba abandonarlo, pero la puerta estaba cerrada con llave y pestillo. En ocasiones venían a sacarme de allí para conducirme hasta una sala de grandes dimensiones donde pasaba unas horas junto a muchos de los moradores de la casa, que a su vez parecían haber sido traídos desde habitaciones distantes y separadas. En aquel enorme lugar acostumbraban a vagar de un lado a otro con la mente como vacía y a charlar de un

modo incomprensible con los demás. Algunos permanecían horas y horas en el centro de la estancia mirando obstinadamente al suelo, sin mover ni siquiera un dedo; sólo respiraban y dejaban que transcurriese el tiempo con la mirada fija en el piso. Otros se sentaban en cuclillas en una esquina y así se quedaban, inmóviles, inhalando aire agazapados en los rincones. También había quien se ponía la mano sobre el corazón y la apretaba con fuerza mientras paseaba despacio de arriba abajo lamentándose con voz queda, para sí mismos. Uno decía a otro: "Acércate y pon la mano en mi pecho, verás como notas la hendedura". El interpelado respondía: "Roto, roto, roto" en un susurro, sin acertar a encontrar una frase; sólo repetía la palabra roto. Pero en su mayoría permanecían mudos; no podían o no querían hablar, o habían olvidado cómo hacerlo. Casi todos estaban siempre pálidos. Algunos tenían el cabello blanco como la nieve, a pesar de ser bastante jóvenes. No faltaba quien cotorreaba sin cesar acerca del Infierno, Dios y la Eternidad, o bien de otros temas universales instituidos como trascendentales; ni quien estaba en desacuerdo con las creencias manifestadas, provocándose interminables discusiones en las que nadie parecía estar muy convencido de sus propias ideas. Pero en una ocasión todos los presentes —incluso los mudos, los que se enjugaban las lágrimas y los ociosos acuclillados— rompieron a reír, cuando tras un día entero de vacua conversación dos de aquellos oponentes, que defendían o negaban la predestinación, concluyeron del modo siguiente: "Me has convencido, amigo; pero estamos en tablas, porque yo también te he convencido a ti de lo contrario; así que discutámoslo todo otra vez desde el principio; aunque nos hayamos convertido mutuamente, estamos en desacuerdo de nuevo". Algunos platicaban con los muros, otros apostrofaban al aire, o le hacían reproches, o le sacaban la lengua, o golpeaban en el vacío moviéndose como si forcejeasen con un enemigo invisible; éste los soltaba tras sujetarlos y sacudirlos, dejándoles sin resuello tras un apretado e imaginario abrazo.

»Como en los casos anteriores, debes de haber sospechado, antes de que llegase a este punto de mi relato, qué tipo de lugar era esta mi segunda o tercera morada. Pero no pronuncies ahora una palabra, porque la que estás pensando nunca ha salido de mis labios; incluso ahora, cuando oigo este vocablo, salgo huyendo; al verlo impreso en un libro, interrumpo la lectura del mismo. Me resulta insoportable. Ignoro quién me llevó hasta aquella casa y cómo llegué a ella. Lo único que sé con certeza es que pasé en la extraña granja un período bastante largo; digo que lo sé, y sin embargo no estoy segura de que así sea. Ha vuelto a apoderarse de mí, oh, Pierre, ese estado de azoramiento y ensueño; tal sentimiento nunca me abandona. Permíteme que calle unos segundos antes de proseguir.

Se inclinó apartándose de él y se apoyó la diminuta pero áspera mano contra la frente; entonces la bajó, muy despacio pero con firmeza, hasta la altura de los ojos, y los mantuvo cubiertos unos minutos sin hacer el más leve movimiento. Daba la

impresión de haber muerto en aquel instante. Entonces avanzó un paso y continuó con su vago y aterrador relato.

—Debo ser más breve; no tenía intención de empezar a andarme por las ramas de mi historia; pero a veces me dejo llevar por ese estado de irrealidad del que antes te hablaba. En esos momentos, dominada por mi impotencia, obedezco a una vaga exigencia más fuerte que yo. Sé indulgente conmigo, Pierre, en lo sucesivo trataré de resumir.

»Por fin un día me enteré de que había en la casa una disputa sobre mi persona; una querrela de la que tuve conocimiento gracias a un rumor posterior, no mientras tuvo lugar. Habían llegado a ese sitio unos forasteros enviados con urgencia y un propósito determinado. Al día siguiente de su aparición en la granja me pusieron unas vestiduras nuevas y hermosas, si bien muy sencillas, me llevaron a la planta baja, me sacaron y por fin me hicieron subir a un simón donde me esperaba una mujer desconocida pero de aspecto agradable. Nos alejamos del lugar; estuvimos viajando casi dos días, albergándonos por la noche en un lugar que he olvidado; al anochecer de la segunda jornada nos detuvimos ante otra casa, bajamos y nos quedamos en ella.

»Se trataba de un edificio mucho más pequeño que el anterior; después del bullicio en que había vivido, me pareció dulcemente silenciosa. Había en ella una hermosa criatura de corta edad, que siempre me sonreía con ingenuidad y picardía al mismo tiempo que me hacía señas con la mano para que fuese a jugar con él; aquel niño me permitía pasar ratos agradables, sin pensar en nada, sólo en alegrarme y regocijarme. Fue aquel bello y diminuto ser quien obró el milagro de que tomara conciencia de mí misma; él me hizo sentir por vez primera diferente de las piedras, los árboles y los gatos. También deshizo el encantamiento por el que yo imaginaba que todo el mundo era como una piedra, un árbol o un gato. La dulce idea de la humanidad penetró en mí, abriéndome los ojos a su infinita compasión, ternura y belleza; sí, fue aquel niño espléndido quien despertó en mí por vez primera la noción de la Hermosura, y al mismo tiempo y de forma similar esa sensación tan peculiar que produce la Tristeza. Ahora comprendo que debí haber muerto hace ya muchos años... Pero no, detenme, no permitas que siga hablando de ese modo. Todo se lo debo a aquella maravillosa criatura. ¡Oh, cuánto lo envidiaba cuando yacía junto al seno materno que en su felicidad derramaba vida y alegría, mientras una amplia y perpetua sonrisa se desprendía de su núcleo, transmitiéndole al pequeño su blanco júbilo! Aquel ser inocente me salvó, si bien también provocó en mí algún desasosiego. Fue en aquella época cuando empecé a reflexionar, a esforzarme por recordar mi pasado; pero por mucho que lo intentaba, no lograba evocar más que confusión, y estupor, y aturdimiento, lagunas, y oscuridad, y el vacuo torbellino propio del azoramiento. Deja que descansen unos instantes.

Las pisadas del piso superior se reanudaron.

V

—Debía de tener nueve, diez o como máximo once años cuando la mujer de aspecto agradable me alejó de la casa grande. Estaba casada con un granjero, de modo que su casa de campo se convirtió en mi nueva residencia. Me enseñaron a coser, así como a trabajar e hilar la lana; casi siempre me mantenía ocupada. Creo que el hecho de estar atareada contribuyó a que naciera en mí la capacidad de sentirme un ser real, humano. Sí, fue un cambio importante en mi existencia, ya que entonces empecé a percibir diferencias entre los animales y los hombres. Al ver una serpiente reptando entre la hierba y lanzando veneno por la boca, me decía a mí misma: «Eso no es un ser humano; yo en cambio sí». Lo mismo me ocurría con objetos y hechos de diversa índole. En una ocasión observé cómo un rayo surcaba el cielo y partía en dos un hermoso árbol, arrebatándole todo su verdor. También entonces pensé para mis adentros: «Ese rayo no es humano como yo». No me resulta sencillo expresarme de un modo coherente; tenía la impresión de que todos los hombres y mujeres inocentes eran realmente seres humanos, en pugna contra un mundo de serpientes, rayos e inhumanidades tan horribles como inescrutables. No he recibido instrucción de ningún tipo. Todos mis pensamientos adquieren experiencia por sí mismos. Ignoro si cuanto estoy manifestando en estos momentos pertenece a mi confuso pasado o constituye el resultado de consideraciones posteriores. Pero el universo de la mente es como es y no puede hacerse nada por alterarlo. Nunca traté voluntariamente de imponerme una idea; jamás ha habido el menor grado de afectación ni de falseamiento en mis reflexiones. Cuando hablo doy plena libertad a mi lengua, que a veces es incluso más rápida que mi cerebro; de ese modo, mis propias palabras constituyen auténticas enseñanzas.

»Al principio nunca pregunté a la mujer, a su esposo ni a sus dos hijas por qué me habían llevado a aquella casa, ni cuánto tiempo había de permanecer en ella. Estaba allí por el mismo azar del destino que me había traído al mundo. El misterio que envolvía mi nacimiento no me resultaba más extraño que la causa de mi llegada a la granja; ni uno ni otro me preocupaban en lo más mínimo. No sabía nada sobre mí, ni sobre mis pertenencias. Sentía mi pulso y mi pensamiento, pero ignoraba todo lo

demás excepto la nueva sensación de formar parte del género humano en un universo de esencias que no lo eran. A medida que fui creciendo, mi mente se abrió poco a poco. Empecé a percatarme de nuevos detalles sobre mí misma y a apreciar diferencias más sorprendentes e insignificantes. Llamaba a la mujer madre, al igual que las otras muchachas; sin embargo ella besaba a mis hermanas con frecuencia y a mí casi nunca. Siempre les servía primero el plato de comida. El granjero casi no me dirigía la palabra. Transcurrieron los meses y los años y mis supuestas hermanas empezaron a observarme con curiosidad. Entonces volvió a apoderarse de mí el primitivo aturdimiento que me habían causado las miradas, de idéntica expresión, de la solitaria pareja de ancianos que consumían sus vidas y la mía en la resquebrajada solera del hogar de un viejo caserón desierto situado en un espacio abierto, redondo y desolado. Asimismo las verdes y asombradas pupilas de la gata volvieron a clavarse en las mías, a la par que sus hostiles silbidos de serpiente retumbaban en mis oídos. La actitud de las muchachas me hizo recordar una vez más el infinito abandono que había marcado mi existencia. La mujer, sin embargo, se comportaba conmigo con gran amabilidad; enseñó a sus hijas a no hacer uso de la crueldad y solía llamarme para que me acercase a ella, hablándome en tono alegre y cálido. En aquellos momentos daba gracias, no a Dios, ya que desconocía su existencia, sino al brillante estío humano y al jubiloso sol que lucía en el cielo como otro humano más refulgente aún, por haberme otorgado a aquella mujer. A veces me escapaba para tumbarme en la hierba verde y hermosa, desde donde ofrecía mis votos de adoración al estío y al sol; con frecuencia pronunciaba para mis adentros aquellos dulces términos: sol... estío...

»Siguieron transcurriendo las semanas y los años, y mi cabello empezó a crecer y poblarse; a menudo escuchaba la palabra "hermosa" en relación a mi melena y "bella" al referirse a mí. No utilizaban esas palabras cuando hablaban conmigo, pero en alguna ocasión había oído por casualidad cómo las susurraban entre sí. Aquellos términos me producían un gran regocijo por el matiz de humanidad que efundían. Se equivocaban al no emplearlos abiertamente en mi presencia; mi júbilo habría sido tanto mayor cuanto más sinceridad hubiesen mostrado; sé que el hecho de oírlos en voz alta me habría llenado de un irrefrenable deseo de ser amable con todo el mundo. Hacía ya meses que escuchaba el secreto que acabo de referirte, cuando empezó a frecuentar la casa un nuevo ser, al que todos llamaban "señor" o «caballero». Su rostro me parecía extraordinario. Creía haber visto con anterioridad otro que se le asemejaba mucho pero que por otra parte era distinto; no acertaba a recordar dónde ni cuándo, pero al pensar en ello mi alma se impregnaba de extrañeza. Un día, al asomarme a contemplar la tranquila superficie de una charca que había tras la casa, mis ojos se posaron en la imagen de un semblante idéntico, pero diferente, el de nuestro visitante. Había algo misterioso y sorprendente en todo aquello. El enigma de su cara invadía mi espíritu. El nuevo ser, el caballero, me trataba con gran benignidad; parecía sentirse

confundido y aturdido siempre que me encontraba en su presencia. Solía mirarme y luego sacaba de su bolsillo un cuadro muy pequeño de forma redonda —creo que era una pintura— que contemplaba a su vez antes de guardarlo de nuevo. Nunca quiso mostrármelo. Entonces me besaba y al volver a fijar sus ojos en los míos se dibujaba en su rostro una expresión de ternura y de pesar. Más de una lágrima suya me mojó el cabello. Un día murmuró algo que sólo yo pude oír: «Padre», el mismo término que utilizaban las dos muchachas al dirigirse al granjero. Comprendí entonces que se trataba de una palabra que invitaba al amor y a los besos. Besé al caballero.

»Aquel día lloré una vez hubo abandonado la granja, porque temía que no regresase. Pero volvió. A partir de entonces le llamé siempre padre. Venía a verme una vez al mes, quizás algo menos. Pero de pronto dejó de visitarme y al preguntar en un mar de lágrimas qué había ocurrido, alguien pronunció la palabra Muerto. Como no era la primera vez que la oía, aunque ignorase su significado acudieron a mi memoria las desconcertantes imágenes de aquel ir y venir de ataúdes en la casa grande y populosa donde había residido antes. ¿Qué era estar muerto? ¿Qué es estar vivo? ¿En qué estriba la diferencia entre la Vida y la Muerte? ¿Había estado muerta alguna vez? ¿Estaba viva entonces? Permíteme un breve silencio. No me hables.

Las pisadas del piso superior volvieron a dejarse oír.

—Transcurrieron los meses. De algún modo me enteré de que mi padre le había hecho llegar dinero a la mujer de vez en cuando para costear los gastos que mi manutención le ocasionaba; los envíos se habían interrumpido tras su muerte y no quedaba ya ni un solo penique de los que él le había entregado. La mujer del granjero me miraba preocupada y pesarosa, mientras la expresión del rostro de él reflejaba cada vez más la impaciencia y el desagrado. Sentía que algo iba mal, y eso me hacía sufrir. Por fin me dije: «Aquí estás de más; debes partir de este lugar encantador». El estado de estupor y el sentimiento de soledad y abandono que habían presidido toda mi solitaria y desamparada vida hicieron de nuevo presa en mí. El aturdimiento, así como el ahogo que éste produce, me abrumaron como tantas otras veces me había ocurrido. Solía sentarme al aire libre, cerca de la casa, sin conseguir tan siquiera prorrumpir en sollozos.

»Pero era fuerte y además por aquel entonces ya se me podía considerar una muchacha adulta. De modo que le dije a la mujer: “Hágame trabajar duro, manténgame ocupada día y noche, pero déjeme seguir viviendo aquí con usted”. Por desgracia las otras dos jóvenes resultaban suficientes para abarcar toda la labor; además, no querían saber nada conmigo. El granjero me observaba con disimulo, lo que no impedía que sus aviesas miradas hablasen por él en estos términos: “A ti no te queremos. Aléjate de aquí. Sobras en esta casa. Peor aún, nos irrita tu presencia”. Entonces recurrí a la mujer, y le pedí que me alquilase, que me permitiese trabajar

para otra persona... Pero me estoy extendiendo demasiado. Ha llegado el momento de concluir.

»Mi protectora me escuchó y por medio de ella fui a vivir a otra casa, donde me ganaba un jornal. Mi trabajo consistía en ordeñar las vacas, hacer mantequilla, hilar la lana y tejer alfombras con finas tiras de tela. Un día llegó al lugar un buhonero. Entre sus enseres figuraba una guitarra vieja y con las cuerdas rotas, pero muy hermosa en verdad. La había conseguido en un astuto intercambio con los criados de una gran mansión que se encontraba a cierta distancia. A pesar de tener, como ya te he dicho, las cuerdas rotas, aquel objeto me parecía fascinante y lleno de gracia; sabía que en él se escondía, esperando a ser descubierta, alguna forma de armonía. Nunca antes había visto una guitarra; ni siquiera había oído hablar de ellas; pero en mi corazón retumbaba un extraño lamento que profetizaba misteriosamente el plañido melódico que había de brotar del instrumento. Comprendí por pura intuición que las cuerdas no estaban como debieran, de modo que le propuse al hombre el siguiente trato: "Te compraré eso que llamas guitarra si le pones unas cuerdas nuevas". Tras una corta búsqueda las encontré, las traje, las colocó en su lugar y afinó el instrumento. De modo que la compré con parte de mis ganancias. La llevé directamente a mi alcoba, situada en el gablete, y la deposité sobre el lecho con sumo cuidado. Empecé a murmurar, a cantarle y susurrarle dulces melodías con una voz tan queda que apenas podía oírla yo misma. Alteré las modulaciones de los sonidos y seguí cantando, susurrando, sin elevar el tono ni endurecerlo. Llevaba ya varios minutos así cuando de repente oí un sonido desconocido que no por repentino dejaba de ser armonioso y suave. Di unas palmadas de júbilo; la guitarra me estaba hablando, mi querido instrumento cantaba por fin para mí. De él se desprendían deliciosos lamentos. Entonces cambié una vez más la modulación de mi voz y volví a emitir un gemido musical y prolongado, al que respondió con una cuerda diferente; siguió sollozando durante un rato, alternando la intensidad y duración de su voz. Un ser humano me estaba mostrando su propio secreto. La guitarra misma fue quien me enseñó a tocar la guitarra. Nunca he tenido otro profesor de música más que mi propio instrumento. Se convirtió en una amiga entrañable a la que amaba con todo mi corazón. Nos cantábamos mutuamente; con ella el querer se hacía recíproco y perdía así el egoísmo y sufrimiento propios de la estima unilateral. Todo cuanto hay de milagroso e indefinible en el universo, los prodigios más inimaginables eran traducidos por la misteriosa armonía que se desprendía al rasguitarla. Ahora ella conoce mi vida entera. A veces interpreta para mí las místicas visiones de la confusa casona que nunca llamo por su nombre. En ocasiones trae hasta mí el gorjeo de los pájaros, que flota en el aire, o toca en mi alma extasiadas pulsaciones de deleites legendarios que nunca experimenté. Acércame la guitarra.

VI

Fascinado y perdido como si errase en plena ofuscación, deslumbrado por innumerables luces que danzaban en el vacío, Pierre escuchaba, inmóvil, petrificado, a aquella muchacha de grandes ojos y cabello espeso surgida del misterio.

—¡Acércame la guitarra!

Despertando del hechizo, Pierre echó una mirada rápida a la estancia y descubrió que el instrumento se hallaba apoyado en el muro, en un rincón. Lo cogió sin pronunciar una palabra, se lo entregó a la muchacha y volvió a sentarse.

—Ahora, escucha su canto; ella te contará la secuela de mi historia en un lenguaje mucho más apropiado que la palabra, puesto que no encuentro términos para concluir yo misma. Escucha lo que la guitarra tiene que decirte.

La sala se pobló al instante de numerosos sonidos de melodías, desesperación y prodigiosidad; el aire bullía en deliciosas notas ininteligibles que parecían bailar un vals o pender oscilantes de los rincones como refulgentes carámbanos hasta caer sobre Pierre en un tañido argentino para desprenderse de nuevo y volar hacia el techo, de donde se volvían a colgar marcando distintos vaivenes, y se desplomaban una vez más con resonante zumbido. Sonoras luciérnagas vibraban en el aire; se diría que los relámpagos veraniegos se hacían audibles, cobrando vida y ligereza, entre los sonidos que invadían la estancia.

La asombrosa muchacha rasgueaba y rasgueaba su guitarra y el oscuro rocío de sus bucles le caía sobre el cuerpo ocultándolo y a través del velo azabache se elevaba la hormigueante dulzura de los sonidos de la guitarra, que a pesar de su carácter ininteligible estaban impregnados de infinitas significaciones intraducibles.

—¡Muchacha de perplejidad y de misterio! —exclamó Pierre—. Háblame, hermana; si en verdad eres mortal, háblame. ¡Si eres Isabel, no te detengas!

«¡Misterio! ¡Misterio!

¡Misterio de Isabel!

¡Misterio! ¡Misterio!

¡Isabel y Misterio!»

Entre el valseo, la caída y el hormigueo de los sonidos, Pierre creyó oír otros tonos más altos que se infiltraban de un modo clandestino y se entremezclaban sinuosamente con los mil ecos tortuosos de la otra melodía. Se introducían en forma inadvertida y serpenteaban en torno a los sonidos del instrumento, pero poseían una libertad y un coraje prodigiosos que les hacían retumbar con abandono de muro en muro, como si allí existiera una multitud de obstáculos contra los que resonar. El rostro envuelto en cabello de Isabel se mecía al compás de las sílabas que parecían surgir de un modo improvisado, casual, indomable y jovial. Aquello no se asemejaba en nada a una canción; no parecía provenir de labios humanos, sino deslizarse a través del velo que ocultaba la guitarra a los ojos de Pierre.

La frente del joven ardía en una llama salvaje y extraña. En un movimiento repentino se la cubrió con la mano. Al instante la melodía cambió, languideció, se transformó en un lamento, volvió a cambiar, y siguió metamorfoseándose; a medida que se transformaba se replegaba poco a poco sobre sí misma; acabó por enmudecer.

Pierre fue el primero en romper el silencio.

—Isabel, me has llenado de asombro; estoy tan atónito que todo cuanto deseaba decirte cuando acudía a tu encuentro parece haberse desvanecido; no consigo recordar ni una de las palabras que me había propuesto pronunciar. Siento que hay algo más que aún no me has revelado. Espero que lo hagas en otro momento; pero ahora no puedo permanecer más tiempo contigo. Antes de separarnos quiero que sepas que siempre tendrás en mí a un hermano que te ama, respeta y admira. Nunca te abandonaré, Isabel. Permíteme ahora que te bese antes de partir. Regresaré mañana por la noche para abrirte mi pensamiento y confiarte mis planes para ambos. Deja pues que te bese y ¡adieu!

La muchacha permaneció sentada e inmóvil escuchando las palabras de despedida. Sentía que podía profesarle una fe firme e incuestionable. Al cabo de unos instantes se levantó en silencio y le ofreció su frente en un ademán de ilimitada confianza. Él la besó tres veces y abandonó el lugar sin pronunciar una sola sílaba.

Libro VII

Interludio entre los dos encuentros de Pierre con Isabel en la granja

Pierre no consiguió de momento, ni siquiera al cabo de largo rato, asimilar del todo o en parte la escena que acababa de desarrollarse ante él. Pero en su alma se había infiltrado una vaga revelación de que el mundo visible, que hasta entonces le había parecido con frecuencia vulgar e inteligible, por resultar demasiado fácil de comprender, que el universo entero y todo lo que contenía de asequible y corriente a primera vista era un escarpado precipicio que se perdía en simas de incalculable profundidad guardando un misterio que los humanos se desesperaban por no poder desvelar. Primero la enigmática historia de la muchacha, impregnada de sinceridad, si bien envuelta en una oscura nebulosa que a él se le antojaba como un milagro; aquel extraño relato había reemplazado en su alma a cualquier sentimiento común y ordinario. Además, el inexplicable hechizo de la guitarra y la sutilidad de las melodiosas súplicas que encerraban las breves palabras entonadas por Isabel como conclusión de su canto le habían embrujado y embelesado mientras había permanecido sentado, inmóvil, replegado sobre sí mismo cual visitante que, transformado en árbol y doblado por el peso del misterio como único fruto concebible, hubiese quedado atrapado y atado a conciencia en el jardín de un nigromante.

En su precipitado despertar del encantamiento salió corriendo camino adelante, esforzándose por disipar su místico sentimiento, o por lo menos tratando de posponerlo temporalmente hasta que tuviera ocasión de recobrar en cuerpo y alma de las consecuencias más inmediatas de los prolongados ayunos y delirios de aquel día, que habían culminado en una escena al anochecer que nunca había de olvidar. En aquellos momentos luchaba con todas sus fuerzas por desterrar todo pensamiento y ocuparse de las necesidades de su cuerpo.

Al atravesar el pueblo silencioso oyó tañir las campanas; era ya medianoche. Apresurándose cuanto pudo, llegó por fin a la mansión y penetró en ella por una puerta secreta cuya llave estaba oculta en el exterior. Sin desvestirse se desplomó sobre el lecho. Pero antes de abandonarse al descanso se puso en pie de un salto y ajustó el despertador de modo que sonase a las cinco. Se estiró de nuevo y, alejando todo pensamiento intruso, cedió a los efluvios del sueño; a los pocos minutos había caído, primero con reticencia y luego con una mayor resolución, en esos brazos

hospitalarios y acogedores. A las cinco se levantó, justo a tiempo para contemplar las primeras lanzas del centinela del día.

Había sido su propósito ausentarse de la mansión a una hora temprana para evitar todo contacto casual con algún compañero de residencia que pudiese impedirle pasar el día vagando por el bosque, único preludio adecuado para un encuentro con un ser tan singular como su recién hallada hermana Isabel. Pero las familiares visiones caseras de su aposento ejercieron una cierta influencia sobre él. Por un instante casi le podría haber suplicado a Isabel que regresase al prodigioso mundo del que había emergido de forma tan incierta y resbaladiza. Durante unos segundos la tierna y transparente mirada azul de Lucy desplazó a la también dulce pero desolada, oscura e inescrutable expresión de Isabel. Parecía estar colocado entre ambas y obligado a elegir una u otra. Las dos le pertenecían; pero los ojos de Lucy reflejaban mucha menos desolación que los de su hermana, aunque no lograban aliviarlos.

Una vez más la debilidad y la fatiga debidas a la pesadez de su existencia parecieron entumecerle los miembros. Abandonó la mansión y expuso su frente al viento. Volvió a entrar en la casa y ajustó el despertador para que repitiese su llamada a las siete. A continuación se dejó caer sobre el lecho, si bien no consiguió dormirse. A la hora señalada se cambió de ropa; a las ocho y media descendió por la escalinata dispuesto a encontrarse con su madre ante la mesa del desayuno tras oír los pasos de esta última desde su aposento.

II

La saludó; pero ella, sin responder, le miró con expresión a la vez grave y alarmada. De pronto, al reparar mejor en él, sus ojos cambiaron, reflejando un pánico mal contenido. En aquel momento Pierre comprendió que debía de haber sufrido una prodigiosa transformación. Su madre siguió sin hablarle, ni siquiera para devolverle los buenos días. Se dio cuenta de que se sentía profundamente ofendida con él por causas diversas y que además parecía asustada. No obstante, por mucha que fuera su preocupación, su orgullo herido había de triunfar sobre cualquier aprensión. Pierre conocía a su madre lo suficiente como para saber con entera certeza que aunque en aquel momento desplegase en su presencia el pergamino de un mago, ella no daría por medio de la palabra la menor muestra de interés ni trataría de arrebatarle una explicación, por somera que fuese. Sin embargo, no resistió por completo a la tentación de comprobar la intensidad y poder de su reserva.

—No he estado mucho por aquí, hermana Mary —dijo, con afectada afabilidad.

—Sí, Pierre. ¿Qué te parece el café esta mañana? Es nuevo.

—Muy agradable; fragante y sabroso, hermana Mary.

—Me complace que te guste tanto, Pierre.

—¿Por qué no me llamas hermano Pierre?

—¿Acaso no me he dirigido a ti en esos términos? Pues bien: hermano Pierre. ¿Está mejor así?

—¿Por qué me miras con tanta frialdad e indiferencia, hermana Mary?

—¿De veras te miro con frialdad e indiferencia? Me esforzaré por adoptar otra expresión. Pásame las tostadas, Pierre.

—Estás muy ofendida conmigo, querida madre.

—No, en absoluto. Te equivocas, Pierre. ¿Has visto a Lucy últimamente?

—No, no la he visto, madre.

—¡Ah! Un poco de salmón, por favor, Pierre.

—Eres demasiado orgullosa para manifestar con franqueza lo que sientes en estos momentos, madre.

La señora Glendinning se levantó de su silla despacio, y su estatura de mujer bella y majestuosa se impuso y dominó por un instante la estancia.

—No sigas tentándome, Pierre. No trataré de obligarte a revelar tu secreto; todo será voluntario entre nosotros, como siempre hasta fecha muy reciente, o mejor será romper nuestra relación. Guárdate de mí, Pierre. No hay un solo ser en el mundo con quien debas mostrarte más precavido. De modo que persiste un minuto más en tu actitud y deberás atenerte a las consecuencias.

Tomó asiento de nuevo y enmudeció. Pierre respetó su silencio, y tras dar unos mordiscos a un bocado sin que su paladar acertase a distinguir de qué se trataba, abandonó la mesa, la sala y la mansión sin que una palabra más mediase entre ellos.

III

Una vez se hubo cerrado la puerta del comedor tras la salida de Pierre, la señora Glendinning se puso en pie de forma inconsciente, con el tenedor en la mano. Mientras recorría la estancia sumergida en profundos y rápidos pensamientos, advirtió al tacto un objeto extraño y sin mirarlo para averiguar de qué se trataba lo arrojó por encima de su hombro en un impulso incontenible. Se oyó un ruido de aire desplazado, similar al de una flecha al acercarse a su blanco, seguido de una vibración. Se volvió para ver qué había ocurrido, comprobando que aquel retrato suyo en el que aparecía sonriente y que estaba colgado al lado del de Pierre había sido traspasado por el tenedor, cuyos dientes de plata se habían ido a clavar en el pintado regazo y se habían enconado en la herida, donde yacían con un raro temblor.

Se precipitó hacia el retrato destruido y quedó petrificada, pero no sin valentía, ante él.

«En efecto, has sido apuñalada. ¡Pero ha habido un error! No es mi mano quien te ha matado, sino el certero y plateado golpe de la tuya —exclamó para sus adentros, mirando al rostro de Pierre en el cuadro vecino—. ¡Pierre, Pierre, tú me has apuñalado con una daga emponzoñada! Siento cómo la composición química de mi sangre se altera por momentos. Yo, madre del único superviviente de la estirpe de los Glendinning, tengo la impresión de haber traído al mundo al último miembro de una raza que ha de extinguirse en breve. Ya que poco ha de perdurar una familia cuyo único heredero es capaz de amenazar su existencia sobre la tierra con un acto vergonzoso. Algo en efecto vergonzoso o aún más dudoso y oscuro debe de ocultarse en tu alma; o bien ha sido un espectro falseador de lo auténtico con apariencia brumosa y el deshonor reflejado en el rostro lo que ha ocupado tu asiento hace tan sólo unos minutos. ¿Qué puede ocurrirte? ¡Pierre, descúbrete! Desvéleme tu secreto en vez de sonreír con tanta ligereza mientras me consume el sufrimiento. Respóndeme: ¿Qué sucede, muchacho? ¿Podría... podría acaso...? No. Sí; seguro que... ¿Podría? ¡No, eso es imposible! Pero ayer no acudió a visitar a Lucy y ella tampoco estuvo en casa. No vino a verme cuando la llamé, como ha hecho en otras ocasiones. ¿Qué presagia este hecho? Me cuesta aceptar que la mera ruptura de un casamiento esté

destrozando mi orgulloso corazón, sobre todo si se trata de una de esas disputas de enamorados que luego se resuelven con lágrimas emocionadas y una jubilosa reconciliación. Quizás eso sea parte de lo que Pierre me oculta, pero no todo. Mas no, no, no; no puede ser, es imposible. Él no actuaría de un modo tan irreflexivo ni tan poco piadoso. Era un rostro en extremo sorprendente, si bien no se lo confesé a él; ni siquiera le insinué que lo había visto. Pero no, no, no, no puede ser. Semejante calidad de incomparable en un semblante tan humilde y joven no puede tener un origen honesto. Los lirios no poseen tallo de cizaña, aunque crezcan entre ella y sufran su influencia. Debe de ser tan pobre como vil; seguro que constituye el fruto casual del libertinaje de un ser tan espléndido como despreciable y que está predestinado a heredar ambas partes de la infecciosa porción que le ha sido inoculada; la perversidad y la belleza. Apenas me atrevo a pensar eso de él. Pero entonces, la pregunta sigue en pie: ¿qué está sucediendo? En ocasiones he temido que el orgullo abra en mi alma la llaga de un pesar incurable, obligándome a cerrar los labios y barnizando mi frente cuando en realidad debería humillarme y adoptar una actitud sumisa e implorante. Pero ¿quién se atreve a enfrentarse con su corazón con el fin de corregir los propios defectos? Rectificar por un momento en presencia de otra persona es algo que todos hacemos; pero cuando esa otra persona no es en realidad sino nuestro segundo yo, siempre prevalecen nuestras esencias primeras. Daré pues rienda suelta a mi naturaleza apoyándome en mi soberbia. No cederé, permaneceré imperturbable. Pase lo que pase, no daré un paso ni para darle la bienvenida ni para rechazarlo. ¿Acaso debe una madre rebajarse ante su hijo cuando éste no es más que un mozalbete? ¡Ha de ser él quien me hable de sí mismo o pierda mi consideración y estima!».

IV

Pierre se adentró en el corazón del bosque y caminó sin pausa durante largo rato. De hecho no se detuvo hasta llegar a una piedra de considerable tamaño, o mejor dicho, a una lisa masa de roca tan enorme como un granero que permanecía aislada en sentido horizontal a pesar de estar flanqueada en todo su contorno por hayas y castaños.

Tenía una forma similar a la de un huevo alargado, pero era más plana en su superficie y más puntiaguda en los extremos. No es que acabase en forma de lanza, sino que poseía cantos irregulares, recordando su conjunto a una cuña. Cerca del centro de su cara inferior se distinguía una arista lateral que descansaba en uno de sus ángulos sobre otra roca asimismo abrupta y alargada que apenas sobresalía del suelo. Exceptuando aquel oscuro y diminuto punto de contacto, la gigantesca y voluminosa masa no rozaba ningún otro objeto en el vasto mundo terrenal. Se trataba de una visión capaz de dejar sin respiración al que la contemplase. Uno de sus amplios y abovedados extremos oscilaba a unos centímetros del suelo, inclinándose hasta el punto en el que se establecía el sutil contacto; pero no llegaba a rozarlo y vacilaba en el aire. En el lado opuesto, hendido y medio dividido en dos partes, existía una distancia bastante mayor que desafiaba a las leyes de la gravedad; el espacio vacío no era sólo suficiente, sino incluso adecuado para que un hombre se introdujese gateando. Sin embargo jamás alma humana tendría la intrepidez para hacerlo.

Aquella roca podría haberse transformado en un prodigio para todos los habitantes de la zona. Pero, por extraño que parezca, si bien había a su alrededor un gran número de hogares en forma de casa de campo —donde durante las largas noches de invierno los ancianos fumaban su pipa y los jóvenes desgranaban el maíz— que poco distaban de aquel fenómeno, no se sabe de ningún otro ser viviente que lo descubriera de modo oficial antes que Pierre, quien, al hacer público su hallazgo, lo bautizó con el imaginativo nombre de Memnon Stone. Con toda probabilidad la razón por la que aquel singular objeto había permanecido tanto tiempo oculto a los ojos del mundo no era tanto porque nadie hubiera reparado en su existencia —aunque en verdad al estar flanqueado y cubierto por la abundante y espesa vegetación de la selva aborígen yacía

como el casco de la nave hundida del capitán Kidd en la garganta que se forma en las tierras altas del río Hudson, cuyo diamante quedó enterrado por lo menos a ocho brazas de una superficie de alto follaje que hacía su eclosión en primavera, gran estación en la que sube la marea del crecimiento— como por el escaso motivo que tenían los campesinos para visitar en absoluto su inmediata vecindad, ya que obtenían la madera y el combustible de zonas más accesibles. Por añadidura si alguna de aquellas sencillas personas hubiese observado por casualidad la existencia de la roca, a causa de la sensibilidad que le había sido negada por burla de la naturaleza no la habría considerado como algo maravilloso y por consiguiente no le habría parecido apropiado publicarla a los cuatro vientos. Así que en verdad podría haberla visto, olvidando después una circunstancia tan insignificante. En resumen, la maravillosa Memnon Stone nunca sería objeto de admiración para mentes simples, que verían siempre en ella un enorme bloque oscilante cuya presencia había que lamentar por ser un vasto obstáculo para la posible creación de un útil camino transversal que, aunque angosto, habría acortado las distancias en la zona más silvestre de los campos que circundaban la mansión.

Un día que Pierre se encontraba reclinado cerca de su flanco observándola con atención y pensando en lo sorprendente que resultaba que en una aldea establecida hacía tantos años hubiese tenido que ser él la primera persona capaz de apreciar, discernir y por lo tanto proclamar la valía de tan impresionante curiosidad natural, arrancó varias capas sucesivas de musgo ya viejo, pelusa gris abundante pero casi pelada al rape, y descubrió con gran asombro unas iniciales grabadas de modo muy primario sobre la roca, medio borradas por el efecto del moho y el tiempo: «S. ye. W.». Entonces comprendió que por muy ignorantes de la piedra que hubiesen sido durante siglos los toscos habitantes del lugar, no era él el único ser humano capaz de darle su auténtico valor a aquel prodigioso y amenazador espectáculo; habían transcurrido ya cientos de décadas desde que la roca fuese contemplada por vez primera, quedando el milagro que encerraba perfectamente captado, así al menos parecían testificarlo las iniciales labradas con tanta dificultad por algún hombre ya desaparecido que, si en aquellos momentos hubiese estado vivo, con toda probabilidad habría podido acariciar una barba tan añeja como el roble más venerable. Pero ¿quién, en nombre de Matusalén, quién podría ser aquel «S. ye. W.»? Pierre reflexionó un rato sin que su imaginación echase luz alguna sobre el asunto. Las iniciales parecían pertenecer a un período histórico anterior al descubrimiento del hemisferio por Cristóbal Colón. Al mencionar de un modo casual su extraña existencia a un anciano caballero pariente suyo y residente en el mismo lugar (quien, tras una vida prolongada y cambiante, si bien infortunada, había hallado su solaz en el Antiguo Testamento, libro que estudiaba a todas horas con creciente admiración), éste, una vez hubo averiguado todos los detalles particulares relacionados con la roca, a saber, volumen, altura y ángulo preciso

de su amenazadora inclinación, y después de meditar el asunto, emitir largos suspiros, mirar con los ojos de la experiencia —que son los únicos que confieren vetusta comprensión—, repasar ciertos versículos del Eclesiastés y demás preliminares igualmente tediosos, depositó su trémula mano sobre el firme y joven hombro de Pierre y declaró en un lento susurro: «Muchacho, se trata del sabio Salomón». Al oír dicha frase Pierre no pudo reprimir una sonrisa, divertido por lo que en su opinión constituía una interpretación absurda y extravagante, imputable a la supuesta senectud de su venerable pariente que, según creía recordar, en una ocasión había mantenido que la antiquísima y bíblica ciudad de Ofir se hallaba en algún lugar de la zona norte de nuestra costa. Así que no resultaba sorprendente que el anciano se mostrase convencido de que el rey Salomón, habitante de dicha urbe, hubiese realizado un corto desplazamiento en calidad de sobrecargo aficionado, surcando las aguas en una embarcación de oro zarpada desde puertos similares a los de Tiro o Sidón, y descubierto por casualidad la Memnon Stone mientras vagaba por aquellos contornos cazando perdices con arco y flecha.

Pero no era júbilo el sentimiento que en general embargaba a Pierre cuando pensaba en la roca; y aún menos el que presidía en su ánimo siempre que se sentaba en los bosques y, en la profunda significación que encerraba el silencio forestal, observaba su prodigiosa amenaza. En ocasiones había pasado por su mente la idea fugaz de que ninguna lápida sepulcral le agradaría tanto como aquella masa imponente en la que, a veces, cuando el follaje circundante se mecía en un ligero susurro, parecía agazaparse un lamento desesperado y quejumbroso dedicado a algún muchacho dulce fallecido en tiempos antediluvianos.

Resultaba más que probable que la majestuosa superficie pétreo no hubiese constituido sólo un milagro para los rudos moradores de la zona, sino también motivo de pánico. En algunas ocasiones, cuando se hallaba sumido en un místico talante al contemplar su pesada inescrutabilidad, Pierre la había llamado la Roca del Terror. Pocos eran los que se habrían dejado embaucar para trepar por ella hasta alcanzar su vertiginosa cima y reptar por su extremo más flotante. Parecía como si la mera caída de una semilla desde el pico de la más diminuta ave hubiera de derribar y volcar la inmensa masa, precipitándola contra los árboles adyacentes.

Para Pierre el hecho de encaramarse al peñasco constituía algo familiar; a menudo había escalado sus caras laterales colocando largos postes y buscando apoyo en los escalones naturales que se forman en el declive a causa de la corrosión; o bien subiéndolo a las hayas circundantes y dejándose caer desde las elásticas ramas sobre la cumbre, similar a una frente humana. Pero nunca había hecho acopio del suficiente valor —quizá convendría decir: nunca había sido tan inconsciente— como para introducirse gateando bajo el espacio vacío que quedaba entre la tierra y el lado más

distante del suelo. Aquella hazaña se veía amenazada por la posibilidad de que la Roca del Terror le cayese encima.

V

Avanzando con resolución, como guiado por una predeterminación interna y observando la masa con firmeza, se lanzó al suelo, quedando postrado sobre las hojas del bosque que habían caído el año anterior, y se deslizó en el terrible intersticio, cayendo en él como un cadáver. No pronunció una sola palabra, su mente dio paso a divagaciones cada vez más inenarrables; hasta que por fin, en el interior del mismísimo rostro sobresaliente y amenazador de la Roca del Terror la voz de Pierre se hizo audible:

«Si las aflicciones de todo aquello que hay en mí de inconfesable llegan alguna vez a desmontarme del sitio que me corresponde como humano; si consagrarme a la Virtud y a la Verdad no me convierte más que en un esclavo tembloroso e indigno de confianza; si la Vida ha de ser una carga que no sepa llevar si no es con la ayuda de deshonrosas adulaciones; si en realidad nuestras acciones han sido previamente ordenadas y no somos más que humillados siervos del Destino; si un Lucifer invisible ríe con disimulo al vernos llevar a cabo nuestras batallas más nobles; si la Vida no es más que un sueño traicionero y la virtud no significa nada ni obtiene como recompensa una bendición como la que proporciona a medianoche la tonificante copa de vino; si al sacrificarme en nombre del Deber mi propia madre aumenta mi suplicio; si la esencia de ese Deber es un espectro fantasmal y al hombre no le está nada prohibido, no pudiendo sufrir ningún castigo; entonces, Muda Pasividad, ¡cae sobre mí! Has esperado durante siglos; si mis palabras son ciertas, te suplico que no te demores ni un segundo más. ¿A quién podrías aplastar mejor que a aquel que yace aquí bajo tu sombra, invocándote?».»

Un pájaro descendió, como una saeta, cantando sin cesar; y posándose, todo ligereza, sobre el imperturbable e inamovible balanceo de la Roca del Terror, gorjeó con júbilo, como si deseara comunicarse con Pierre. Las ramas de los árboles se inclinaron y mecieron al son de una brisa acariciante y repentina; y Pierre gateó despacio, se puso en pie con ademán arrogante, ya que a nadie tenía que dar gracias, y prosiguió su triste camino.

VI

Cuando en una de sus imaginativas meditaciones de adolescente Pierre había bautizado a la sorprendente roca con el evocador y resonante nombre de Memnon, lo había hecho a causa de reminiscencias asociativas relacionadas con el prodigio egipcio del que hablan todos los viajeros. Y al aceptar el fugitivo deseo de que la piedra en cuestión se convirtiese en su lápida mortuoria, no había hecho sino ceder a una de esas innumerables nociones antojadizas, teñidas de una soñadora e inofensiva melancolía, que con frecuencia le son sugeridas a la mente de un joven poético. Pero en una etapa posterior de su vida en la que se encontraría en circunstancias muy diferentes de las que le rodeaban en sus páramos, Pierre habría de reflexionar sobre la roca y sus nociones de adolescente relativas a ella, así como sobre el desesperado acto que suponía arrastrarse hasta su interior; entonces habría de comprender la inmensa trascendencia de los ya lejanos en el tiempo movimientos inconscientes de su inexperto corazón, que habían de parecerle proféticos, ya que de un modo alegórico iban a ser verificados por los acontecimientos subsiguientes.

No hablemos ahora de los significados diferentes y más sutiles agazapados bajo la colosal superficie de la piedra considerada como la imponente y amenazadora Roca del Terror, oculta a los ojos de los toscos granjeros y campesinos pero revelada a Pierre. Veamos en ella a la Roca de Memnon. No olvidemos que Memnon era un joven puro, perteneciente a la casa real, hijo de Aurora y nacido para convertirse en soberano de Egipto que, al lanzarse con entusiástica temeridad en favor de otra persona a una justa batalla, luchó frente a frente con su poderoso adversario y murió de forma prematura en medio de un atroz sufrimiento bajo las murallas de Troya. Sus conmovidos vasallos construyeron un monumento en Egipto en memoria de su malogrado destino. Al ser acariciada por el aliento de la desolada Aurora, su estatua emitía cada amanecer un sonido roto que reflejaba aflicción, como si alguien hubiese separado de repente la cuerda de un harpa desgarrando el instrumento entero.

Vivimos todos en un mundo en el que el sufrimiento es imperecedero. En esta fábula impregnada de lamentación encontramos personificado el hamletismo de la era clásica, un hamletismo que cuenta con tres mil años de edad: «La flor de la virtud

cortada por un extraño infortunio». La tragedia inglesa no es sino el Memnon egipcio, modernizado y tratado desde un punto de vista que recuerda a Montaigne; ya que al ser sólo un mortal, Shakespeare también imitaba a sus antecesores.

Del mismo modo que ha sobrevivido hasta nuestros días la estatua de Memnon, el carácter noble y luchador, si bien siempre acosado por el desastre, de algunos jóvenes reales —no olvidemos que tanto Memnon como Hamlet eran hijos de reyes—, prevalecerá por los siglos de los siglos; la referida estatua constituye un símbolo del ser valiente y melancólico. Pero las penas esculpidas de Memnon resonaron en una ocasión en forma de melodía; ahora es el mutismo el que domina. Emblema este muy apropiado que viene a demostrar que antiguamente la poesía era una consagración y una exequia a las vidas humanas presididas por la calamidad; pero en una era de chanzas e insensibilidad, prosaica y desalmada, el lamento musical de Aurora se ha perdido entre nuestras arenas movedizas, donde se ha sumergido tanto el monumento como el salmo fúnebre por él entonado.

VII

A medida que Pierre se fue adentrando en el corazón del bosque le abandonó todo pensamiento, salvo los relacionados con Isabel. Se esforzó por condensar su misteriosa vaguedad con el propósito de convertirla en una forma definida y comprensible. No podía por menos que inferir que el sentimiento de confusión que, según había insinuado durante su primer encuentro, se apoderaba de ella con frecuencia era el principal causante de que se apartase de la línea recta de su narración, induciéndola a continuas digresiones y por fin a concluir su relato dejando a su hermano en una abrupta y enigmática oscuridad. Pero también estaba seguro de que como aquello ocurría sin la menor intención por su parte, ella era la primera en lamentarlo, así que su segunda charla había de contribuir a la aclaración de gran parte del misterio, si consideraba que aquel intervalo que tocaba ya a su fin la ayudaría a tranquilizarse y a recobrar las fuerzas para disipar la irrealidad que la envolvía. Por ese motivo no acusaba de irreflexiva su decisión de posponer la hora de la reunión, si bien, al contemplar desde el amanecer el panorama que le ofrecía el día, éste le había parecido tan absurdo como interminable. No podía exponerse a ningún enfrentamiento con cualquier rostro o fachada; un campo arado, un mero objeto que indicase que se llevaba a cabo la labranza, el tocón ya podrido de un pino derribado tiempo atrás, la huella más ligera del paso de un hombre y cualquier otro signo de vida humana le resultaban desagradables y molestos. Del mismo modo en su propia mente todos los recuerdos y pensamientos relacionados con la humanidad corriente y general se habían convertido, de momento, en imágenes de singular repugnancia. Sin embargo, a pesar de detestar todo cuanto había de común en los dos mundos distintos —el exterior y el que sólo existía en su alma—, en la región más recóndita y sutil de su espíritu cargado de esencias, Pierre no alcanzaba a vislumbrar una ramificación de su pensamiento lo bastante agradable como para posar en ella su fatigada alma.

Los hombres en general no acostumbran a sufrir semejante miseria de espíritu. Si Dios no les hubiese otorgado la bendición de una incurable frivolidad, los seres humanos apelarían a una virtud secreta denominada arrogancia, propios

ensalzamientos por los méritos adquiridos. Los hombres casi siempre se han sacrificado con mayor o menor intensidad por un congénere y, de ese modo, en las horas frecuentes y reiterativas de abatida lasitud que con intervalos tan diversos como cambiantes se apoderan de casi todo ser civilizado, el que es agredido por el pesar piensa en su buena obra particular, o en sus dos o tres hazañas altruistas, derivando de sus recuerdos alivio, consuelo y un detalle más o menos compensatorio. Pero en el caso de personas desdeñosas de su propia valía en cuyas almas escogidas el cielo ha dictado sin transformar su doctrina con palabras por medio de una primaria persuasión, existe esa virtud tan cristiana consistente en restar importancia a los actos más valientes y beneficiosos para el prójimo; las casuales reminiscencias de piedad benevolente no destilan en ellos ni una gota de sosiego, del mismo modo que la evocación —en armonía con la correlativa doctrina de las Sagradas Escrituras— de sus errores y fechorías del pasado no les produce la menor punzada de remordimiento ni la más leve sombra de reproche.

Aunque el misterio insoluble que impregnaba el relato de Isabel no adoptase de momento un aspecto repulsivo en el ánimo de nuestro Pierre, algo ha de ocupar el alma del hombre, e Isabel era entonces la persona que más próxima a él se encontraba. Así que en este caso en vez de dirigir sus reflexiones, como ocurre con frecuencia, al terreno de la desolación, Pierre pensó en su hermana; al principio con aflicción e inquietud, pero luego (ya que el cielo recompensa al final al pensador resuelto y fiel cumplidor del deber) con una decreciente repugnancia que había de convertirse poco a poco en buena voluntad y deseo de congeniar. Recordó sus primeras impresiones, o por lo menos algunas de ellas, mientras le narraba su extraña historia; le vinieron a la memoria aquellas repentinas pero místicas confirmaciones que, al surgir de su pensamiento y reminiscencias del pasado, habían iluminado de un modo tenue el relato de la muchacha, incrementando su misterio y al mismo tiempo confiriéndole una nueva e interesante sustancia.

La primera remembranza de Isabel digna de ser narrada era una mansión vieja y destartalada, semejante a un castillo, en un país extranjero y afrancesado que, según creía imaginar en su borrosa visión del pasado, se encontraba al otro lado del océano. ¿Acaso no era sorprendente la coincidencia entre aquel casi olvidado hogar y ciertas inferencias naturales que podían extraerse del relato de tía Dorothea acerca de la desaparición de la dama francesa? Sí, el hecho de que aquella joven se hubiese desvanecido de esta orilla del océano no hacía sino corroborar la posibilidad de su reaparición en un país europeo. Pierre se estremeció al tratar de reconstruir el resto de su existencia, que no podía haber sido sino oscura y desgraciada, al serle arrebatada su pequeña en forma violenta para ser luego encarcelada en la agreste espesura de la montaña.

Pero Isabel tenía también vagas impresiones de haber cruzado el mar; recruzado, pensó Pierre enfáticamente al reflexionar sobre la espontánea presunción de que con toda probabilidad había surcado el océano por primera vez sin tener conciencia de ello oculta por ser ilícita bajo el corazón de su infortunada madre. Pero al esforzarse por inferir algo de lo que él mismo había oído relatar tratando de hallar una prueba coincidente o la elucidación de la suposición según la cual Isabel habría surcado las aguas del Atlántico a tan tierna edad, Pierre sintió hasta qué punto eran insuficientes sus recuerdos, incluso unidos a los de Isabel, para desvelar el misterio de la primera etapa de la vida de ella. No le quedó más remedio que rendirse a la evidencia de aquella insondable oscuridad y luchó por alejarla de su mente como algo peor que inevitable. Del mismo modo intentó en cierto grado esquivar todo pensamiento acerca de los recuerdos que conservaba su hermana de aquel caserón cuyo auténtico nombre resultaba impronunciable y que por fin había abandonado para vivir con la agradable mujer que la liberara en un simón. Aquel episodio era el más sugestivo debido a su crueldad, aumentada por la idea de que su padre se había visto involucrado en un asunto de índole particular que el espíritu de Pierre calificaba, si bien con desmayo, de asombroso y aborrecible. Pero era imposible echar más luz sobre el asunto, ya que como es lógico a Pierre le estaba negado el derecho a exonerar a su padre, muerto tiempo atrás, para averiguar si a Isabel le era fiel la memoria en esta visión de su mente y en otras suposiciones aún más imprecisas que se insinuaban ante ella de un modo espontáneo. Tanto aquella parte de la historia de Isabel como las posibles acusaciones de ella derivadas se habían grabado en el ánimo del joven con un poder tan infernal e intenso, que sólo podían provenir de la pronta malignidad del mismo Satanás. Pero por muy perversas y sutiles que resultasen aquellas sugerencias de origen desconocido que se habían infiltrado en su corazón, Pierre se opuso a ellas con igual malicia y delicadeza; y con gran algazara en su alma las persiguió, llevado por su ilimitada indignación, hasta el reino tártaro de donde habían surgido.

Cuantas más vueltas daba a la historia de Isabel, más rectificaba la idea original de que gran parte de su oscuridad se disiparía en un segundo encuentro. Comprendía, o por lo menos así lo creía él, que no era Isabel quien, en su temperamento, había enmarañado la narración, sino que por el contrario el misterio insondable y esencial de su existencia, la investía con los prodigiosos enigmas que ella, a su vez, le transmitía a él.

VIII

El resultado de aquellas reconsideraciones se tradujo en la convicción de que todo cuanto de un modo razonable podía anticipar respecto a Isabel y a la subsiguiente divulgación de su vida eran unos pocos particulares adicionales que habían de empalmar el pasado con el presente, así como algún que otro detalle que pudiese llenar una parte superficial de los huecos producidos por cuanto le había ya revelado. Estaba persuadido de que no quedaba mucho por decir. Isabel no había expuesto su relato de un modo tan digresivo ni vago como pensara en un principio. ¿Qué más podía tener que comunicarle, excepto los medios extraños por los que al final había logrado descubrir la existencia y paradero de su hermano y la declamación deprimente de su pugna por sobrevivir, dada su desamparada condición? ¿No le quedaba acaso por narrar cómo había abandonado un refugio en el que se veía obligada a trabajar con ahínco por otro no mucho mejor, hasta convertirse en criada del granjero Ulver, situación en la que la había conocido? «¿No es increíble —pensó Pierre— que viva en este mundo vulgar y rutinario una criatura capaz de relatar su historia en menos de cuarenta palabras, historia de la que, pese a su pequeñez, fluye un insondable misterio que nunca ha de agotarse? ¿Es posible, después de todo, que, a pesar de los ladrillos y los rostros afeitados, este mundo esté poblado de misterios, y que tanto yo mismo como el resto de la humanidad, bajo nuestras vestiduras de trivialidad, ocultemos enigmas que ni las estrellas, ni tan siquiera el más elevado serafín, son capaces de resolver?».

El hecho cierto desde un punto de vista intuitivo, pero por probar desde un prisma efectivo, del estrecho lazo de unión existente entre Isabel y él le parecía un firme eslabón que había de atarle como nunca antes imaginara a una eterna cadena de misterio. La propia sangre parecía deslizarse por las arterias con desusada sutilidad al pensar que la misma marea bañaba las místicas venas de Isabel. Todas las dudas ocasionales que lo asaltaban en relación con el tema que gobernaba su vida, la realidad de la relación física, se replegaban bajo el triunfo recién obtenido de la certeza y la indisolubilidad.

«Es mi hermana; la hija de mi propio padre. Bien, ¿y por qué lo creo? Hace escasos días ni siquiera había oído el más remoto rumor acerca de su existencia. ¿Qué ha ocurrido desde entonces capaz de hacerme cambiar? ¿Qué pruebas incontestables de la veracidad de sus palabras se me ha permitido comprobar? Ninguna en absoluto. Pero la he visto; aunque sé positivamente que podría haber visto a un millar de muchachas desconocidas por vez primera sin reconocer a ninguna de ellas como hermana mía. Pero ¿y el retrato, el retrato sedente, Pierre? Piensa en eso. Fue realizado antes del nacimiento de Isabel, así que, ¿qué relación puede guardar con ella? No es Isabel la persona que en él está representada, sino mi padre. Sin embargo mi madre jura que no se parece en nada a él».

Por muy entregado que estuviese a todos aquellos pormenores, resultado de su lucha y su ansia de saber, que podían ayudarle a descubrir cualquier hecho por insignificante que fuera relacionado con el asunto, Pierre estaba persuadido de que Isabel era su hermana; estaba tan seguro de ello como de que había de morir algún día. ¿Cómo podía Pierre, de natural poético y por lo tanto penetrante, equivocarse y no reconocer la existencia de ese prodigio ultramundano y universal que, cuando el hombre vulgar, imperfecto y aislado, observa en relación con algún hecho de su vida denomina en su insignificancia Dedo de Dios? Pero en este caso no se trataba sólo del Dedo, sino de la Mano toda del Creador. Porque ¿acaso no está escrito en la Biblia que Él nos mantiene a todos en el hueco de Su mano? ¡Un hueco es, en efecto!

Mientras vagaba por el bosque Pierre observaba las vistas que le ofrecía la siempre furtiva y sombría espesura. Alejado de la presencia e incluso de la huella de esa raza extraña y obstinada que en un sórdido tránsito del barro al limo está siempre tratando de destruir el carácter naturalmente celeste de su alma, nuestro joven se vio asaltado por pensamientos y fantasías que jamás sobrevienen en el corazón de una ciudad. Algunas concepciones sólo acuden a nosotros en la atmósfera especial de los bosques prístinos, los cuales, con el océano eterno, constituyen los únicos lugares generales que han permanecido imperturbables hasta nuestros días desde aquellos otros en que soportaron, poco después de su nacimiento, la penetrante mirada de Adán. Porque en verdad son los elementos más inflamables o evaporables de la tierra, la madera y el agua, los que, a pesar de las apariencias, más tiempo perduran sin sufrir la corrosión.

Todas las meditaciones de Pierre, por muy digresivas que fueran, giraban en torno a Isabel, único centro posible en aquellos momentos; tras desviarse regresaban a ella, derivándose de su retorno nuevos y diminutos gérmenes de sorpresa y reflexión.

Se le ocurrió pensar en el Tiempo. ¿Qué edad tenía Isabel? Según toda inferencia razonable en cuanto a las presuntas circunstancias de su vida era por supuesto mayor que él, si bien no acertaba a adivinar en cuántos años. Sin embargo por su aspecto general no hacía mucho que había abandonado la infancia. En cualquier caso, Pierre no sólo era consciente de su gran fuerza muscular que, por así decirlo, despertaba en

él un sentimiento espontáneo de protección, no sólo experimentaba una cierta superioridad debida a su mayor conocimiento del mundo y a la sapiencia que proporciona la cultura; además de ello, a pesar de lo que indicase la razón y sin considerar sus meros cálculos lógicos, notaba cómo crecía en él un algo indefinible e independiente que lo convertía en un adulto en lo relativo al Tiempo, fenómeno que le permitía a Isabel continuar siendo por siempre una niña. Aquella extraña pero acentuada concepción proveniente de una persuasión misteriosa tenía sin duda origen inescrutable en su propia mente y se había ido formando a partir de las ideas nacidas de sus devotas meditaciones sobre la infantilidad sin artificio del rostro de la muchacha que, aunque profundamente triste en su expresión general, no perdía por ello, y bajo ningún concepto, ni ápice de su natural ingenuidad. Conviene tener presente que los semblantes de los auténticos niños en la más temprana etapa de su vida reflejan con frecuencia un pesar tan hondo como inagotable. Pero, hablando con propiedad, no eran ni la aflicción ni la inocencia de la cara de Isabel lo que en forma tan singular le había impresionado con la idea de su original e inmutable adolescencia. Era en realidad algo diferente, que escapaba por completo a su comprensión.

Exaltadas por la imaginación y el voluntario sufragio de la humanidad entera, y ascendiendo a reinos más puros que los que habitan los hombres, las mujeres hermosas, o por lo menos aquellas que poseen tanta belleza en el alma como en el cuerpo, parecen permanecer durante largo tiempo, desafiando con ello a la implacable ley de la fugacidad terrenal, preservadas de un modo misterioso de los hechizos de la degeneración; porque a medida que el atractivo externo las abandona rasgo por rasgo, el resplandor del espíritu reemplaza la florescencia en declive con encantos que, al no derivar de una esencia huidiza como las que pertenecen a nuestro mundo, poseen la indelebilidad de las estrellas. Si no, ¿cómo es posible que mujeres de sesenta años hayan atrapado en las más perennes redes del amor y la fidelidad a hombres lo bastante jóvenes como para ser sus nietos? ¿Y por qué la muy seductora Ninón rompió sin pretenderlo docenas de corazones tras cumplir los setenta? A causa de la imperecedera dulzura femenina.

Además de la infantil pero no por ello menos eterna desolación que se reflejaba en el rostro de Isabel, a Pierre le impresionaba esa angélica pureza que, según insinúa nuestro Salvador, constituye la única investidura de las ánimas transformadas que pueblan —incluso las de los niños— el más allá.

Sin detenerse ni secarse, como los prodigiosos ríos que en siglos anteriores han bañado los pies de generaciones primitivas y aún hoy perduran para fluir como torrentes junto a las tumbas de sus sucesores y los lechos de cuantos conservan la vida, el pensamiento de Isabel se deslizaba inagotable a través del alma de Pierre, a cada minuto más fresco, alcanzando zonas en verdad profundas de su espíritu. Pero cuanto mayor era el cauce del meditativo río, tanto más misterio flotaba en su

superficie; asimismo, su certeza de que el enigma nunca quedaría desvelado iba en aumento. En la vida de la muchacha había algo por desenredar y él sentía que así seguiría siendo por toda la eternidad. No tenía la menor esperanza de llegar a aclarar la oscuridad de su relato y de su persona; ni siquiera soñaba con disipar cuanto había de sombrío y pesaroso en ella introduciéndola en una resplandeciente atmósfera de júbilo y luminosidad. Como todos los jóvenes, Pierre había aprendido de memoria las lecciones de las novelas, de las cuales había leído más que la mayoría de los muchachos de su edad. Pero los intentos falsos e invertidos de la ficción, que no hace sino sistematizar para siempre cuanto hay de insistemizable y su audaz y comedida impotencia para desenmarañar, divulgar y clasificar los hilos más finos y sutiles que constituyen la compleja telaraña de la vida, no ejercían en aquellos momentos la menor influencia sobre Pierre. Atravesó su inútil condición miserable sin la menor dificultad y la sensacional verdad que anidaba en su alma traspasó como un majador de almirez las mentiras especulativas que encerraba la literatura que había devorado hasta entonces. Comprendió que la vida humana proviene de eso que todos los hombres han dado en llamar Dios y que participa de la eterna inescrutabilidad de su Creador. También despertó, por un presentimiento infalible, al hecho de que la lobreguez inicial de la existencia no concluye forzosamente en una explosión de dicha. No siempre son las campanas del himeneo las que tañen en la última escena del quinto acto de la vida; y mientras las incontables tribus de novelas comunes tejen afanosamente velos de misterio sólo para descorrerlos en su conclusión y así complacer a los eventuales lectores, y los incontables dramas vulgares no incurren sino en algo similar, las emanaciones más profundas de la mente humana, cuya función consiste en ilustrar todo cuanto el hombre puede saber de la existencia mortal, nunca desenredan sus propios nudos ni acostumbran a tener un final feliz. De hecho las contingencias acaban por crear secuelas imperfectas, imprevisibles y decepcionantes (como si de tocones mutilados se tratase) que desembocan en abruptas fusiones con las eternas mareas del tiempo y el destino.

Por todas estas razones Pierre renunció a la mera idea de que el oscuro farolillo de Isabel fuera iluminado alguna vez. Su luz estaba cubierta por una tapa clausurada a perpetuidad. Ni siquiera sentía dolor al reconocer este hecho. Si se apostaba como un centinela, entresacaba de aquí y allá algunas reminiscencias de la historia familiar e interrogaba con astucia a los parientes aún vivos de la rama paterna, posiblemente recogería en el rastrillo de la curiosidad algunos granos de hechos dudosos e insatisfactorios que no servirían más que para obstaculizar de forma inútil sus resoluciones prácticas. Por consiguiente decidió no husmear en absoluto en aquel sagrado asunto. Para él el enigma de Isabel poseía todo el embrujo de la misteriosa bóveda de la noche, cuya tenebrosidad evoca la fascinación de la hechicería.

El río de la meditación seguía su imperturbable curso, pero ahora flotaba en él algo diferente.

Sin duda de la carta de Isabel manaba un sagrado anhelo fraternal de abrazar a su hermano; y asimismo, en términos en extremo abandonados, describía la angustia de su alejamiento perdurable de él. Si bien en efecto la muchacha prometía con gran solemnidad que sin su amor y simpatía continuados la vida se convertiría para ella en una desolación que había de impulsarla a arrojarse al estanque más próximo e insondable o al torrente de curso más precipitado, durante el primer encuentro no se había repetido ninguna de aquellas enardecidas declaraciones. Ella había dado más de tres veces gracias a Dios y había derramado sobre Pierre las más gloriosas bendiciones por haber acudido a su llamada, aliviando su soledad. Pero no había demostrado el menor afecto fraternal normal y corriente. Además, ¿acaso no había luchado por desasirse de sus brazos? Ni siquiera lo había besado; tampoco él lo había hecho, excepto cuando él y sólo él había iniciado un saludo cordial.

Pierre empezó a ver misterios penetrados por otros misterios y enigmas que aludían a enigmas similares. Incluso le pareció vislumbrar la suposición irreal y nebulosa de la existencia de aquello que se considera el principio más sólido de asociación humana. Era el Destino el que había obrado de aquel modo. Sí, éste había separado a dos hermanos del sexo opuesto para que ninguno de ellos pudiese considerar al otro como tal. Las hermanas no rehúyen el beso fraternal. Pierre sentía que nunca sería capaz de estrechar a Isabel en sus brazos como un verdadero hermano; por otra parte, la idea de cualquier caricia de tipo doméstico y familiar se hallaba ausente de su alma impoluta, ya que nunca había penetrado en ella de una forma consciente.

Desposeído por designios del Destino de una hermana a pesar de haberla hallado, y destituido por dos veces y según las apariencias para toda la eternidad de la más remota posibilidad del sentimiento de amor que le había conducido hasta su Lucy — que continuaba siendo objeto de las más ardientes y profundas emociones de su alma—, Pierre contempló cómo Isabel se elevaba ante él más allá del reino de la existencia mortal, transfigurándose a sus ojos en el más alto y etéreo cielo del Amor incorrupto.

Libro VIII

Segundo encuentro y segunda parte de la historia de Isabel. Su compulsivo efecto inmediato en Pierre

El segundo encuentro con Isabel fue más satisfactorio pero en absoluto menos conmovedor o místico que el primero, si bien al principio, para su no leve sorpresa, resultó más extraño y desconcertante.

Como en la ocasión anterior fue Isabel quien le franqueó la entrada a la granja; no pronunció una sola palabra hasta que ambos estuvieron sentados en la estancia del doble batiente y él rompió el silencio para dirigirse a ella. Si Pierre había determinado con anterioridad cuál había de ser su modo de actuar en aquel momento, había sido en un único sentido: manifestar por medio de un signo visible su profundo afecto por su hermana. Pero el hermético silencio de esta última y la atmósfera de evanescencia que la investía lo clavarón a su asiento con un gélido sentimiento; sus brazos se negaron a abrirse y sus labios desobedecieron al deseo de encontrarse con el rostro de Isabel para besarla con un cariño fraternal. Durante todo el rato su corazón rebotó amor profundo; además, sabía con toda certeza que su presencia resultaba grata, más allá de lo que las palabras pueden expresar, a la muchacha. Nunca antes el amor y el respeto habían reaccionado y armonizado en una intimidad más absoluta; nunca la piedad se había unido al asombro hasta el punto de hechizar los movimientos de un cuerpo, cerniéndose sobre el ser con total superioridad.

Tras unas palabras de Pierre que reflejaban su embarazo y una breve respuesta de Isabel, se produjo una pausa, durante la cual no sólo se hicieron audibles los lentos y ahogados pasos del piso superior que también retumbaran la víspera, a intervalos más o menos prolongados, sino también ruidos ligeros y domésticos en una habitación adyacente. Al observar la involuntaria expresión interrogativa del rostro de Pierre, la muchacha le habló en estos términos:

—Veo, hermano mío, que aprecias la originalidad y misterio que envuelven mi existencia y mi persona, y por lo tanto no tengo el menor desasosiego respecto a la posibilidad de que malinterpretes alguno de mis actos. Es sólo cuando uno se niega a admitir la singularidad de sus semejantes y también de las circunstancias que les impulsan, cuando forja los conceptos erróneos que conducen al deterioro de los sentimientos. Hermano, si en alguna ocasión me muestro reservada y esquiva contigo, no permitas que mi actitud te haga desconfiar ni dudar de la autenticidad de mi

corazón. Hermano mío, los sonidos que has escuchado en la otra estancia te han sugerido interesantes preguntas relacionadas conmigo. No hables; te comprendo fervientemente. Te explicaré en qué condiciones he venido a parar a esta casa y cómo se me permite a mí, una empleada, recibirte en esta aparente intimidad; porque como debes haber imaginado con acierto, éste no es mi aposento. Todo eso me recuerda que aún me quedan por contarte ciertas trivialidades acerca de las circunstancias que han acabado por otorgarme tan angélico hermano.

—No puedo aceptar ese epíteto —dijo Pierre en un tono suave pero firme, y se acercó un poco al lugar donde se sentaba su hermana—; sólo a ti puede aplicarse con todo derecho.

—Hermano mío, debo proseguir con mi relato y revelarte todo cuanto deseas saber, además de lo que, si bien de modo vago y oscuro, te fue relatado anoche. Hace unos tres meses, los amos de la granja donde residía entonces deshicieron su hogar y partieron hacia una región del Oeste cuyo nombre ignoro. De momento no se presentó ninguna mansión donde pudieran ser requeridos mis servicios; pero fui recibida por un hospitalario y anciano vecino, que me acogió en su hogar y me invitó, haciendo gala de gran amabilidad, a alojarme en él hasta que alguien me ofreciera un empleo. Pero no esperé a que el azar acudiese en mi auxilio; mi búsqueda culminó en el conocimiento de la triste historia de Delly Ulver y en el de que, por culpa del destino cebado en ella, sus padres, ya entrados en años, se hallaban sumergidos en un punzante dolor, además de verse privados de la ayuda doméstica de su única hija, circunstancia tremenda que no puede ser apreciada así como así por aquellas personas que siempre han vivido atendidas por sirvientes y criados. Si bien en realidad mi natural talante, así habré de denominarlo por ausencia de un término mejor, quedó conmovido al considerar que el infortunio de Delly había de redundar en mi beneficio y satisfacción, aquel pensamiento no ejerció sobre mí ninguna influencia práctica, la mayoría de mis más auténticas e íntimas reflexiones casi nunca han afectado a mis actos, y por consiguiente me dirigí en seguida al lugar de la desgracia; mis manos atestiguan que mi viaje no fue del todo baldío. Hermano, desde que abandonaste esta casa ayer ha anidado en mí una honda sorpresa a causa de tu desinterés sobre un asunto que debiera inquietarte en extremo: cómo y cuándo averigüé que el nombre de Glendinning estaba asociado en forma entrañable con mi persona, y cómo acabé por enterarme de que Saddle Meadows era el lugar dónde estaba establecida la familia. También ha de despertar tu curiosidad el hecho de que me decidiera a escribirte a ti, Pierre, y no a otra persona. Ignoras asimismo a qué cabe atribuir la memorable escena en el hogar de las hermanas Penny durante la sesión de costura.

—Me pregunto por qué asuntos de tal importancia han estado ausentes de mi mente hasta ahora —replicó Pierre—; pero es que tu abundante cabello, Isabel, se desplomó sobre mí como un mágico hechizo que destierra toda consideración

corriente y me deja sensible tan sólo al poder de tus ojos. Prosigue, cuéntame eso y también lo demás. Deseo saberlo todo, Isabel; mas no quiero que me reveles nada que no sea por voluntad propia. Siento que ya he encontrado la médula esencial de tus vivencias; mi afecto parece haber alcanzado su límite más extremo y, sea lo que fuere lo que te queda por relatar, no puede sino confirmar y corroborar mi amor y mi intuición. Continúa, querida mía; sí, adelante, mi única hermana.

Isabel fijó sus maravillosos ojos en los de él y vertió sobre ellos una mirada apasionada. Entonces se puso en pie de un salto y avanzó deprisa hacia él; pero en un movimiento aún más repentino se detuvo y volvió a sentarse en silencio. Así permaneció un rato, con la cabeza desviada y descansando sobre su mano, sin pronunciar palabra, contemplando desde el batiente abierto algún ocasional relámpago de calor que se hacía visible en el cielo.

Continuó el relato.

II

—Hermano, recordarás que en cierta parte de mi historia, la que se refería a mi primera infancia y transcurría en un lugar remoto, introduje al caballero, a mi, sí, a nuestro padre, Pierre. No puedo describirte, porque en realidad no acabo de recordar mis impresiones de entonces, cómo fue que, a pesar de llamarle en ocasiones padre mío, denominación que también recibía por parte de los habitantes de la casa cuando me hablaban de él, supongo que debido básicamente a la perenne reclusión en la que había vivido con anterioridad, no asocié de momento con la palabra «padre» todas las singulares connotaciones que acostumbra dicho término a inspirar en la mente de los niños. Aquella palabra significaba para mí amor y afecto desde un punto de vista general, poco o nada más; no parecía implicar un tipo de título o lazo especial en ningún sentido. No pregunté cuál era el nombre de mi padre por no tener el menor motivo para desear conocer su identidad, como no fuera el de individualizar a la persona que se comportaba de una forma tan amable y extraordinaria conmigo; además, esto ya lo había hecho, puesto que sólo a él denominábamos el caballero y, a veces, mi padre. No tengo razones para suponer que si entonces o más adelante hubiese interrogado a los habitantes de la granja acerca del nombre más personal con el que mi padre efectuaba su paso por este mundo ellos me lo habrían revelado, ya que por ciertas razones particulares estoy convencida de que en aquel punto habían hecho voto de silencio; nunca habría llegado a averiguar el apellido familiar de mi padre, y por consiguiente jamás habría existido para mí la menor sombra de noticia sobre ti, Pierre, o sobre tus parientes, de no producirse un incidente insignificante que pronto me puso al corriente de vuestra identidad, si bien no comprendí de momento el valor que para mí tenía aquella información casual. La última vez que mi padre visitó la casa dejó en ella un pañuelo sin que ninguno de nosotros reparase en su descuido. Fue la mujer del granjero la primera en descubrirlo. Lo recogió del suelo y agitándolo con torpeza unos instantes, como si quisiera examinarlo al vuelo, me lo arrojó diciendo: «Mira, Isabel, éste es el pañuelo del buen caballero; guárdalo con cuidado hasta que venga a ver de nuevo a la pequeña Bell». Tomé el pañuelo con gran alborozo y lo apreté contra mi pecho. Era blanco y, al escudriñarlo con mayor atención,

encontré en el centro una línea muy corta escrita con un delicado y amarillento bordado que el paso del tiempo había hecho casi desaparecer. En aquella época no sabía leer ni la letra impresa ni la manuscrita, de modo que mi hallazgo no aumentó en nada mi sabiduría; pero sin embargo un instinto secreto me indujo a pensar que la mujer no me habría confiado el pañuelo con tanta facilidad si hubiese sabido que había en él una inscripción. Me abstuve de hacerle ninguna pregunta a ella y preferí esperar el regreso de mi padre para inquirir en secreto el significado de aquellos signos. El pañuelo se había empolvado al caer en el suelo sin alfombras; de modo que me lo llevé al arroyo para lavarlo, poniéndolo a secar sobre la hierba en un lugar oculto donde sabía que nadie podría verlo, lejos de zonas frecuentadas por seres humanos. Luego lo planché bajo mi delantal para no llamar la atención de nadie. Pero mi padre no volvió nunca más. A causa del pesar que me afligía mi estima por el pañuelo fue aumentando; absorbió muchas de las lágrimas que derramé en secreto en memoria del querido amigo desaparecido a quien, a causa de mi pueril ignorancia, había llamado tanto mi padre como el caballero. Sin embargo, cuando la impresión de su muerte se fijó en mi cerebro, lavé, sequé y planché una vez más su preciosa reliquia y la deposité en un lugar recóndito donde sólo yo pudiese hallarla. Resolví no mancillarlo nunca más con mis lágrimas. Lo plegué de forma que el nombre quedase enterrado en su corazón y no resultase visible a ojos humanos algunos. Para mí, observarlo era como abrir un libro y volver numerosas páginas en blanco hasta que por fin mi mirada se topaba con la misteriosa línea; sabía que un día conseguiría leerlo sin la ayuda directa de nadie. Decidí aprender las letras y el arte de leer para averiguar por mí misma el significado de aquellos ininteligibles y descoloridos signos. No había en mi ánimo ningún otro propósito cuando empecé a adiestrarme en la lectura. No me costó demasiado esfuerzo inducir a la mujer para que me diera algunas enseñanzas; como fui sorprendentemente rápida y además me alentaba un gran anhelo de aprender, pronto dominé el alfabeto, me inicié en el arte del deletreo y acabé por leer con fluidez, lo que me permitió descifrar por completo la talismánica palabra: Glendinning. Pero aún era muy ignorante. «Glendinning —me repetía a mí misma—, ¿qué significaría? Suena parecido a gentleman; Glen-din-ning; las mismas sílabas que gentleman; y empieza por G; idéntica letra; sí, claro, debe significar gentleman, caballero, mi padre. A partir de ahora pensaré en él utilizando esta palabra; no lo denominaré el caballero, sino Glendinning». Cuando por fin abandoné aquel hogar para trabajar en otro y luego en un tercero, a medida que iba creciendo y maduraba mi capacidad de pensar, aquella palabra siguió resonando con insistencia en mi mente; al cabo de unos años comprendí que había de convertirse en simple indicio en el que no debía detenerme. Pero me contuve y no actué guiada por una curiosidad malsana, sentimiento que nunca permití que anidase en mi corazón.

No pregunté por nadie que hubiese pasado por el mundo con el nombre de Glendinning; ni sobre su lugar de residencia; ni por la existencia de algún muchacho o doncella que lo hubiesen llamado padre, como yo. Decidí mantener la paciencia, como si por alguna extraña razón estuviese convencida de que el Destino se encargaría de revelarme el secreto en el momento debido, por lo menos todo cuanto Él considerase que me convenía o interesaba saber. Pero ahora, hermano mío, debo hacer una breve digresión. Acércame la guitarra.

Sorprendido y a la vez entusiasmado por el giro imprevisto del relato de Isabel, impregnado en esta ocasión de una dulce lucidez y una espontánea simplicidad, sobre todo si se comparaba con las oscuras y fascinantes revelaciones de la noche anterior, y ansioso porque continuara con idéntica limpieza y claridad, pero recordando el tumultuoso y aterrador estado en el que su mente se había sumergido al escuchar las melodías interpretadas la víspera, Pierre, en el instante de poner el instrumento en manos de Isabel, no pudo reprimir una vaga expresión de pesadumbre acompañada de una extraña sonrisa que reflejaba un dulce humor. Su hermana no pudo por menos que observar el cambio y, al recibir la guitarra, clavó los ojos en el rostro fraternal mientras dibujaba en el suyo algo que en cualquier otra persona habría parecido picardía, pero que en el caso de Isabel resultaba difícil de determinar a causa de las sombras en que su infinito cabello sumía a aquellos ojos de insondable profundidad.

—No te alarmes, hermano mío; no es necesario que sonrías. Hoy no voy a interpretar para ti el Misterio de Isabel. Ahora, aproxímate. Sostén la lámpara de forma que ilumine el instrumento.

Mientras hablaba iba aflojando algunas clavijas de marfil de la guitarra con el propósito de practicarle una abertura.

—Ahora sujétala así, hermano; eso es; trata de ver lo que puedas por la improvisada rendija. Pero espera un instante; te acercaré el quinqué.

Diciendo esto mientras Pierre sostenía el instrumento como le había sido indicado, Isabel tomó la lamparilla de forma que la luz se derramase sobre el sonoro orificio redondo y alumbrase el mismo corazón del instrumento.

—Ahora, Pierre, vamos.

Pierre obedeció con gran ansiedad; pero se sintió algo decepcionado, si bien sorprendido, por lo que vieron sus ojos. La palabra Isabel, legible pero con el dorado barniz decolorado, apareció ante él, grabada sobre uno de los lados, en el lugar en el que se iniciaba una saliente curvatura.

—Has elegido un rincón un tanto extraño para dejar constancia de la posesión de la guitarra. Me gustaría mucho saber cómo consiguió alguien introducir la mano para escribir y adornar así tu nombre.

Isabel le miró atónita unos instantes, transcurridos los cuales le arrebató el instrumento y se asomó a la rendija para ver por sí misma la palabra trazada en su interior. Depositó la guitarra en el suelo, apoyándola en la pared, y prosiguió:

—Veo, hermano, que no comprendes lo que trato de mostrarte. Cuando una persona lo sabe todo acerca de un objeto, acostumbra a tener tendencia a suponer que una leve insinuación bastará para que los demás capten el significado que ella ve en él. No fui yo quien hizo inscribir este nombre en letras doradas, hermano.

—¿Cómo? —exclamó Pierre.

—Quiero decir que ya estaba ahí cuando compré la guitarra, aunque yo lo ignorara. Todo hace pensar que el instrumento fue confeccionado en especial para alguien cuyo nombre era Isabel; el grabado sólo pudo realizarse antes de montar las piezas.

—Prosigue, rápido —interrumpió Pierre.

—Un día, después de poseerlo durante largo tiempo, se apoderó de mí un extraño antojo. Como sabes, no resulta en absoluto infrecuente que los niños rompan sus más queridos juguetes sólo para satisfacer una demente curiosidad por descubrir qué hay escondido en su corazón. Y Pierre, siempre he sido y tengo la sensación de que seguiré siendo una persona pueril, aunque la muerte no me lleve hasta cumplir setenta años. Dominada pues por aquel repentino capricho, quité las clavijas de la parte que te he mostrado, me asomé a su interior y vi la palabra «Isabel». Ahora que lo recuerdo, no te he explicado aún que desde tiempos tan lejanos como mis primeras reminiscencias me permiten evocar, he respondido en toda ocasión al nombre de «Bell». Y en la época particular a la que me refiero mis conocimientos en asuntos generales y triviales estaban lo suficiente avanzados como para saber que Bell a menudo se utiliza como diminutivo de Isabella o Isabel. Por lo tanto no es extraño, de tener en cuenta mi edad y otras circunstancias entonces relacionadas con el asunto, que asociase de un modo instintivo el nombre de Isabel, encontrado en la guitarra, con la abreviatura del mío y me dejase arrastrar a una serie de absurdas fantasías. Ahora vuelven a cernirse sobre mí. Te ruego que no me hables.

Se alejó de él mirando hacia el batiente, que quedaba iluminado como la víspera de un modo intermitente; durante unos segundos pareció luchar contra un aturdimiento incontrolable. Acto seguido dio media vuelta en forma imprevista y su rostro se enfrentó con el de Pierre, emanando su perpetuo misterio.

—A mí me llaman mujer y a ti hombre, Pierre; pero no existe tal diferencia entre nosotros. ¿Qué motivo puede haber para que no te hable con toda franqueza? En nuestra inmaculada pureza la palabra sexo está fuera de lugar. Pierre, el nombre grabado en la guitarra me turba y estremece hasta un extremo que no puedes imaginar. ¡Piensa! ¡Piensa! ¿Cómo es posible que no lo comprendas? Es increíble. ¿No captas lo que quiero decir, Pierre? El misterioso nombre de la guitarra me conmueve, me agita, me aturde, me hace dar vueltas; tan enigmático, tan oculto y sin embargo

tan imperecedero en el seno del instrumento; invisible, insospechable, siempre vibrando al compás de esas cuerdas cuyo lamento parece provenir de un corazón roto. ¡Oh, mi madre, mi madre, mi madre!

A medida que la honda endecha de Isabel atravesaba el núcleo de su alma como si se tratase de punzantes flechas, penetraba en él el primer indicio de una extraordinaria y vaga noción que ya había sido insinuada, aunque en forma huidiza, por sus palabras hasta entonces ininteligibles.

Ella elevó sus ojos secos y ardientes, y su orla de fuego pareció querer quemar la mirada de su oponente.

—Pierre, no tengo ninguna prueba, pero esta guitarra le perteneció a ella. Lo sé, siento que así fue. ¿Recuerdas que anoche te expliqué cómo cantó para mí por vez primera sobre mi lecho y me respondió sin necesidad por mi parte de tocarla siquiera? ¿Y cómo entonaba siempre dulces melodías, se comunicaba conmigo, me tranquilizaba y me amaba? Escucha ahora con atención y oirás al espíritu de mi madre.

Rasgueó con sumo cuidado las cuerdas de la guitarra, afinándolas primero con todo celo; entonces depositó el instrumento en el banco situado bajo el batiente y se arrodilló ante él; y con notas quedas, suaves, moduladas en múltiples variaciones, tan poco audibles que Pierre tuvo que inclinarse sobre sí mismo para captarlas, susurró la palabra madre tres veces consecutivas. Se produjo un silencio absoluto pero breve y de pronto la mágica e intocada guitarra respondió a la más baja y menos perceptible de aquellas notas por medio de una chispa melódica, que vibró y se fue apagando en un tintinear expandido por toda la estancia tras un corto interludio. Pierre, cada vez más asombrado por el prodigio, contempló casi a hurtadillas mil diminutos centelleos que temblaban en las cuerdas metálicas del instrumento, capturados por él dada su estrecha proximidad con la ventana.

La muchacha seguía arrodillada; pero una expresión por completo insólita se reflejó de pronto en su semblante. Lanzó a Pierre una rápida y penetrante mirada; luego con un simple movimiento de la mano desplomó sus salvajes bucles sobre su rostro y su pecho, de modo que su cabello cubrió su arrodillada efigie, y la protegió como una tienda india, hasta el suelo, que había sido barrido con su incontenible redundancia. Nunca una saya de muchacha limeña en forma de masa opaca, de la catedral de Santo Domingo, embozó tan por completo una figura humana. A Pierre el ahuecado nicho de roble bajo el doble batiente ante el cual permanecía arrodillada Isabel le pareció el inmediato vestíbulo de un atroz sepulcro, revelado en forma tanto misteriosa como mística a través de la oscura ventana entreabierta y a partir de aquel instante iluminada a perpetuidad por los suaves relámpagos del calor y de la tierra que no cesaban de ondear en el exterior con su ilimitada belleza, surcando el impenetrable aire de la serena noche de verano ataviada de ébano.

Se encontraba ya en los labios de Pierre una palabra incontenible, pero una voz inesperada surgió a través del velo, condenándole al silencio.

—¡Madre, madre, madre!

De nuevo, tras un breve preludio, la guitarra respondió en forma tan mágica como antes; las chispas se estremecieron a lo largo de sus cuerdas y Pierre se sintió de nuevo en presencia inmediata del espíritu.

—¿Ahora, madre? ¿Estás dispuesta? ¿Deseas relatármelo? ¿Ahora? ¿Ahora?

Aquellas palabras fueron murmuradas en tono quedo y dulce, como la palabra madre, y al igual que esta última sus cambiantes modulaciones se hicieron audibles en la estancia; al compás del tercer ahora la mágica guitarra entonó la esperada respuesta. Isabel atrajo hacia sí el instrumento estirando rápido el brazo y dejándolo oculto junto con su rostro bajo el negro manto de cabello. En aquella acción y a medida que los largos bucles se deslizaban sobre las cuerdas, los extraños y súbitos resplandores que aún temblaban entre ellas atraparon las fascinantes olas azabache; todo el batiente quedó de pronto iluminado por chispas entrelazadas, para languidecer de nuevo. En la subsiguiente oscuridad, en cada uno de los rizos que se desplomaban ondulantes y en todos los abundantes mechones convertidos en trenzados tirabuzones, brillaba aquí y allá un rayo fosforescente, como los que se reflejan en el océano a medianoche. Al mismo tiempo los cuatro vientos del universo melódico se liberaron y una vez más, como la noche precedente, sólo que de un modo aún más sutil e inexplicable, Pierre se sintió rodeado por millares de espíritus y gnomos, y su alma fue agitada y sacudida por mareas sobrenaturales. De nuevo oyó las prodigiosas, resonantes palabras entonadas como un cántico:

«¡Misterio! ¡Misterio!

¡Misterio de Isabel!

¡Misterio! ¡Misterio!

¡Isabel y Misterio!

¡Misterio!»

III

Casi privado del conocimiento por el hechizo de la fabulosa muchacha, Pierre desvió la mirada sin advertirlo siquiera, suspendiéndola en el vacío. Cuando por fin la quietud envolvió la estancia con su manto —con la excepción de los pasos en el piso superior—, y el joven hubo recuperado el dominio de sí mismo, dio media vuelta para comprobar en qué extraño universo se encontraba, y vio para su sorpresa que Isabel permanecía sentada en el banco, con total compostura pero con el rostro algo desviado; su trenzada y abundante melena le caía sobre la espalda sin que ningún brillo deslumbrase al observador. La guitarra estaba de nuevo apoyada en un rincón.

Estaba a punto de formular una pregunta irreflexiva, cuando ella se anticipó y le rogó en un tono quebrado pero autoritario que no hiciera la menor alusión a la escena que acababa de presenciar.

Se detuvo tratando de ahondar en su pensamiento y por fin comprendió que desde la primera invocación de la guitarra hasta las mágicas palabras procedían, sin premeditación alguna, de un súbito impulso de la muchacha inspirado en el peculiar estado de ánimo en el que la había sumergido, sin que ella pudiera resistirse, la conversación del principio y sobre todo el contacto con el instrumento.

Pero el halo de preternaturalidad que cubría la escena, del que no conseguía liberar su mente; la, por así decirlo, sensibilidad de la guitarra, que la había impulsado a responder por su propia voluntad de un modo nada inteligible; las cuerdas que habían centelleado en forma extraña; la cabeza de Isabel, de pronto glorificada; estas y las demás visiones que habían contemplado sus ojos no le parecían en aquellos momentos haberse producido por causas naturales ni frecuentes. Para los dilatados sentidos de Pierre, Isabel parecía nadar en un fluido eléctrico; la vivida rodela de su frente se le antojaba una placa magnética. Durante aquella velada Pierre despertó por vez primera a algo que, en la superstición nacida de su apasionado entusiasmo, no podía definir más que como el físico y extraordinario magnetismo proveniente de Isabel. Y, como si se derivase de la prodigiosa cualidad imputada a su hermana, trató de sensibilizarse, aunque en forma vana, a la existencia de un milagroso poder de la muchacha sobre su persona y sus más íntimas actitudes y pensamientos. Se trataba de

una fuerza tan omnipresente que rebasaba los confines del mundo visible y parecía inclinada a cernirse más sobre su alma que sobre el mundo exterior. Dicho magnetismo parecía atraerle hacia Isabel con carácter irresistible, pero aún más apartarle de otras regiones de un modo que podría calificarse tanto de perverso como de intencionado e ignorante, además de independiente, de cualquier consecuencia ulterior, por lo menos en apariencia. Su única función al inundar el ambiente era aproximar a Pierre e Isabel. Por encima de cualquier otro elemento flotaba una bruma de ambigüedades que se movía despacio y se condensaba para fundirse en la resplandeciente electricidad en la que parecía nadar la muchacha. A menudo Pierre habría de recordar el magnetismo de la primera velada y tendría la sensación de haber quedado ligado a su hermana por un extraordinario embrujo atmosférico, tanto físico como espiritual, cuya acción encantatoria no había logrado disipar; pero reconocería el alcance de aquel poder sobrenatural hasta mucho después de habituarse a su imperio. Ese embrujo se asemejaba en gran manera al irradiado por el Panteísmo, que encierra en un perpetuo misterio y en un mutismo absoluto el universo sujeto a sus leyes. La física electricidad que se desprendía de Isabel se hacía recíproca con los relámpagos del calor y de la tierra cerca de los cuales le había sido revelada a Pierre. Su hermana había sido moldeada a partir del fuego y el aire y vivificada en una acumulación voltaica de nubes de trueno agrupadas en Agosto contra el ocaso.

La ocasional simplicidad, inocencia y humildad que caracterizaban el relato de Isabel, no desprovisto de dulzura; su aspecto a menudo sereno y abierto; su recatada tristeza, honda pero tranquila; la emotividad creada por su tono menos desacostumbrado; todos aquellos factores no hacían sino señalar y poner de relieve por medio del contraste el aspecto más íntimo, sutil y místico de su persona. Pierre tomó conciencia de ello sobre todo cuando tras otro intervalo de silencio ella retomó el relato de un modo tan suave, y confidencial, franco y llano —en este punto comparable a la forma de expresarse de un campesino— y trató algunos detalles con tan escaso intento de sublimarlos, que a él le pareció casi imposible que esa retraída doncella fuese el mismo ser oscuro y regio que le había ordenado callarse en un tono tan imperativo, y alrededor de cuyas magníficas sienes había surgido una prodigiosa gloria eléctrica. Sin embargo no procedió con tanta ingenuidad largo rato sin que a intervalos emanasen de ella atenuadas chispas, que habían de fundirse a su vez en rasgos humanos y femeninos; cuando esto último ocurría las lágrimas fruto del entusiasmo y ternura afluían sin derramarse a los ojos de Pierre en señal de compenetración.

IV

—Recordarás, hermano mío, que anoche te conté cómo la... bueno, ya sabes lo que quiero decir, eso que está ahí —dijo, casi tartamudeando y señalando la guitarra, que seguía en su remoto rincón—; en fin, que te expliqué cómo había llegado a mis manos. Pero lo que quizá no te relaté es que el buhonero afirmó que la había conseguido en un trueque con los criados de una gran mansión situada a cierta distancia del lugar donde residía yo entonces.

Pierre movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Aquel hombre pasaba por la casa en cuestión a intervalos largos pero regulares, puesto que se encontraba en su ruta de comercio entre las pequeñas ciudades y los pueblos. Cuando descubrí la palabra grabada en caracteres dorados estuve espiando su regreso, ya que si bien estaba por completo persuadida de que el Destino nos dispensa sus secretos en el momento apropiado, también consideraba que en algunos casos procede por medio de una vaga insinuación y espera que nuestra mente la recoja y sea capaz de seguir la señal que nos proporciona esta última hasta desvelar por nosotros mismos el profundo secreto tanto tiempo oculto. De modo que me mantuve al acecho; en la próxima ocasión en que se detuvo ante mi puerta, sin permitir que adivinase mis motivos, me las ingení para sonsacarle dónde le había sido entregada la guitarra. Y, hermano mío, resultó ser que en la casa grande de Saddle Meadows.

Pierre se sobresaltó al oír esto último, pero Isabel prosiguió impertérrita con su relato:

—Sí, hermano mío, Saddle Meadows; «Lugar de residencia del viejo general Glendinning, afirmó el buhonero; pero el héroe de la región hace tiempo que murió y que ha desaparecido para siempre del lugar; y, por desgracia, también el joven general, su hijo, ha abandonado la faz de la tierra; pero queda todavía un nieto aún adolescente que preservará el cargo y el título que sobrevive a las vidas de quienes los ostentan. Sí, incluso el nombre de pila se conserva: Pierre. Pierre Glendinning se llamó el general de canoso cabello que luchó en batallas contra indios y franceses; y

homónimo suyo sigue siendo su jovencísimo nieto». Comprendo que me mires de ese modo, hermano. Se refería a ti, sí, sí, hermano.

—Pero ¿y la guitarra? ¡La guitarra! —exclamó Pierre—. ¿Cómo fue a parar a Saddle Meadows? ¿Cómo abandonó el lugar en calidad de trueque de los criados? Explícamelo, Isabel, te lo ruego.

—No seas tan impetuoso, Pierre. Así acabarás por invocar al antiguo y quizá maligno hechizo, que ha caído sobre mí. No está en mi mano responder a esas preguntas con precisión y pleno conocimiento de causa. Podría conjeturar. Pero ¿de qué serviría? Oh, Pierre son un millón de veces mejores y más dulces los misterios que las suposiciones. Por muy insondable que resulte un enigma, no dejará de poseer la impenetrabilidad de la plenitud; pero el juicio aventurado no constituye sino una hueca vaciedad carente de significado.

—Pero nos encontramos en el punto más inexplicable de todos cuantos me has comunicado hasta ahora. Dime una cosa, Isabel: ¿acaso no has pensado en todo este asunto de un modo especial?

—Ya lo creo, Pierre, he meditado mucho; pero sólo en el misterio que encierra, nada más. Aunque pudiera, no desearía conocer las razones por las que la guitarra llegó a Saddle Meadows, ni la forma en que pasó a ser posesión de los criados que se desprendieron de ella intercambiándola por nimiedades con un pacotillero. Me basta con que la guitarra me hallase al fin, viniese a mí y me hablase, cantase y acariciase, convirtiéndose en mi joya más preciada.

Cesó de hablar unos instantes, mientras Pierre reflexionaba de forma vaga acerca de esas extrañas revelaciones. Pero cuando empezó a hablar de nuevo toda la atención de él se centró en sus palabras.

—Ahora sostengo el ovillo con la mano de mi mente, hermano. Pero al principio no tiré del hilo; en mi soledad me sentía colmada por haber averiguado dónde podía encontrar a la familia de mi padre. Hasta entonces no se había infiltrado en mi ánimo el menor deseo ni intención de presentarme ante los tuyos para revelarles el secreto de mi personalidad. Y como estaba convencida de que por razones obvias ninguno de sus parientes vivos había de reconocerme como descendiente de un Glendinning aunque me viese a la luz del día, me sentí muy segura ante la posibilidad de toparme con alguno de ellos por casualidad. Pero mis inevitables desplazamientos de casa en casa me llevaron por fin a una granja que distaba menos de veinte kilómetros de Saddle Meadows. Una creciente ansiedad empezó a anidar en mí; pero al mismo tiempo se fue desarrollando en mi alma un sentimiento nuevo de orgullo, en eterno conflicto con la curiosidad: sí, Pierre, he dicho orgullo. ¿Fulguran mis ojos? Si no lo hacen, me están traicionando. No se trata de una mezquina arrogancia, hermano, porque ¿qué motivos tiene Isabel en este mundo para incurrir en el pecado de la soberbia? Se trata del amor propio de... de un corazón que ama y aspira a ser amado, Pierre, de la dignidad que

provocan un prolongado sufrimiento y un inextinguible pesar. ¡Así es, hermano mío! Vencí mi vehemencia usando la poderosa arma de una altivez justificada, Pierre. De modo que no estaría aquí, en esta estancia, ni tú habrías recibido una sola línea por mí garabateada, ni, con gran probabilidad habrías oído hablar siquiera de una muchacha llamada Isabel Banford, sin que hubiese llegado a mi conocimiento la noticia de que en el hogar de Walter Ulver, situado tan sólo a cinco kilómetros de Saddle Meadows, la pobre Bell había de encontrar a una familia lo bastante amable como para darle un jornal a cambio de su trabajo. Toma mi mano y tócala, hermano.

—¡Mi querida y divina hermana, mi idolatrada Isabel! —exclamó Pierre asiendo la mano que se le ofrecía con una emoción incontrolable—. Me resulta difícil creer que una dureza tan sorprendente y una pequeñez aún más asombrosa puedan unirse en la misma mano. Pero estas dos cualidades sugieren en su opuesta analogía la dulce capacidad de un corazón que hizo la mano áspera pero dotada de celestial sumisión a tu inmerecido destino de mártir. Ojalá, Isabel, estos besos lleguen a tu corazón y puedan sembrar en él júbilo y paz eternos.

Se alzó de un brinco y permaneció ante ella con la cálida majestad que confiere el amor y la ternura; la muchacha lo contemplaba como si se tratase de la única estrella bienhechora en su perpetua noche.

—Isabel —exclamó Pierre—. Yo cumpliré la penitencia que corresponde a mi padre, tú debes asumir la de tu madre. Por medio de nuestros actos en la tierra hemos de redimir y santificar su destino eterno; nos amaremos con un amor puro y perfecto como el que se profesan los ángeles entre sí. Si algún día te abandono, querida Isabel, que Pierre caiga en desgracia por siempre jamás, sumergiéndose en la vacua nada y en la noche de los siglos.

—Hermano mío, no me hables de ese modo, es demasiado para mí. ¡Desacostumbrada a recibir afecto hasta ahora, el tuyo, tan celestial e inmenso, me oprime! Tus expresiones de amor resultan casi tan difíciles de soportar como el odio. Guarda silencio; no me hables.

Ambos enmudecieron unos instantes, transcurridos los cuales habló la muchacha en estos términos:

—Sí, hermano; el Destino me había traído a menos de cinco kilómetros de ti; y... Pero ¿he de proseguir y contártelo todo, Pierre? ¿Todo? ¿Hasta los detalles? ¿Estás investido de divinidad tal que yo pueda ser del todo franca y exponer mis pensamientos sin preocuparme dónde desemboquen o qué puedan acarrear sus aguas?

—Continúa sin temor —replicó Pierre.

—El azar quiso que viera a tu madre, Pierre, en unas circunstancias que me permitieron averiguar quién era; y... ¿Debo seguir adelante?

—Vamos, Isabel mía, no te inquietes más; te topaste con mi madre. ¿Y bien?

—Al verla, si bien no intercambié con ella una sola palabra, mi corazón supo en seguida que nunca alcanzaría su amor.

—Tu corazón no se equivocó —susurró Pierre para sus adentros—. Pero no te detengas.

—Juré y perjuré una vez más que nunca revelaría mi identidad en su presencia.

—Un juramento muy acertado —volvió a murmurar el joven—. Te escucho.

—Pero te vi también a ti, Pierre; y un sentimiento más profundo que el que le profesó mi madre a tu padre se alzó en mi corazón. Supe en seguida que si algún día decidía presentarme ante ti, tu generoso amor haría que me abrieses las puertas de par en par.

—Una vez más estabas en lo cierto —suspiró él en voz queda—. Adelante. ¿Volviste a jurar?

—No, Pierre; aunque sí, lo hice, pero en otro sentido. Juré que eras mi hermano. ¡Con amor y orgullo afirmé que el noble y joven Pierre Glendinning era mi hermano!

—¿Eso fue todo?

—Así es, Pierre; ni siquiera a ti quise revelarte mi identidad y mi presencia en tus tierras.

—¿Qué ocurrió entonces? Porque ahora me has confesado quién eres.

—En efecto; pero fue obra de Dios, Pierre, no de la pobre Bell. Escucha. Me sentía muy melancólica aquí, con la desdichada y querida Delly, debes de haber oído parte de su historia, y la casa entera sumida en hondo pesar. ¡Escucha las pisadas que se oyen a través del techo! Son suyas, no alcanzan a hallar pausa ni sosiego. Siempre está caminando, caminando, caminando; en su andar sin rumbo pero siempre idéntico tropieza una vez y otra con la alfombra. Su padre rehúsa incluso mirarla, y en cuanto a su madre, la ha maldecido en su propia presencia. Pierre, Delly no ha abandonado su alcoba ni un segundo durante las cuatro últimas semanas, o quizá más; nunca, durante este período, se ha echado a descansar en su lecho, que preparamos para ella hace cinco semanas. Sólo pasos, pasos y más pasos día y noche, hasta pasadas las doce. Al llegar la madrugada a veces se sienta en una silla con la mente perdida en el vacío. A menudo deseo acercarme a ella, consolarla; pero cuando me oye a través de la puerta dice: «No, no, no», y sólo no, una vez y otra, desde su jaula cerrada con pestillo. Esas expresiones siempre negativas provienen de la alcoba, cuyo acceso quedó cortado por medio del cerrojo y la falleba hace ya veintiún días, cuando con mis mejores artes le robé el bebé muerto y con estos dedos que aquí ves, sola, en la inmensidad de la noche, cavé una fosa improvisada y, siguiendo el caritativo dictado del cielo, sepulté al dulce y diminuto símbolo de su vergüenza no imperdonable en un rincón alejado de la cruel pisada del hombre. Sí, tres semanas ha permanecido encerrada a cal y canto, sin abandonar su prisión ni tan siquiera una vez; me veo obligada a deslizar su alimento

por la rendija a modo de ventanilla que hay sobre la alacena. Pierre, en los últimos siete días no ha ingerido la cantidad de comida que cabe en mis manos extendidas.

—¡La maldición, como los agujones de mil avispas, se clave en el villano de Ned, torturándole hasta causarle la muerte! —exclamó Pierre, afectado por aquel lamentable relato—. ¿Qué puede hacerse por ella, dulce Isabel? ¿Hay algo que desees pedirle a Pierre?

—Si tú o yo no acudimos en su auxilio, será la siempre hospitalaria tumba la que se convierta en su inmediato refugio, hermano. Tanto su padre como su madre están más que muertos para ella. Creo que incluso la habrían expulsado del hogar de no ser por mis continuadas súplicas.

El profundo interés de Pierre dio paso a una momentánea mirada de benevolente inteligencia.

—Isabel, acaba de asaltarme una idea que podría beneficiar a Delly; pero aún no he dado con la mejor forma de actuar de acuerdo con ella. En cualquier caso he resuelto socorrerla. Te ruego que no ceses en tus repetidos ruegos hasta que mis planes hayan madurado más. Ahora, por favor, sigue narrándome tu historia para distraerme del eco de las pisadas, ya que cada una de ellas me destroza el alma.

—Tu noble corazón está formado por numerosas estancias, Pierre; veo que la de las riquezas no ocupa espacio suficiente para desplazar a la de Isabel. Eres un testimonio palpable, hermano mío, de las invisibles esencias angélicas de cuya existencia desconfiamos en nuestras horas más grises. El evangelio de tus acciones tiene largo alcance. Si todos los hombres se asemejasen a ti, nuestra raza se habría extinguido... ¡para convertirse en estirpe de serafines!

—Las alabanzas deben dedicarse a los seres vulgares, y no sirven sino para atraer hacia ellos a la hermosa Virtud. Siempre halagamos a personas cuya perversidad ignoramos tratando de imputarles cualidades que no poseen. De modo que no me hagas bailar la cabeza, dulce Isabel. No exaltes mi bondad. Prosigue con el relato.

—Ya te he comentado la melancolía que me invade en este lugar; se apoderó de mí el día en que llegué a la casa. A pesar de haberme ido acostumbrando a la tristeza, si así puede llamársele, en esta granja la aflicción era tan aguda, y sus habitantes estaban dominados por tal grado de desolación en su desesperanza de encontrar un remedio por insignificante que fuese, que incluso la pobre Isabel apenas acertaba a soportar la opresiva atmósfera sin buscar en algunos momentos pequeñas evasiones, trasladándose a escenas de carácter opuesto. De modo que me adentré en rincones propicios para el deleite con el único propósito de regresar fortalecida a este universo de sufrimiento y poder así combatirlo. Porque has de saber que la continua residencia en el seno del dolor continuo no hace sino llenarnos de estupor y convertirnos en auténticos cadáveres. Decidí pues salir en los momentos más oportunos, visitando los hogares vecinos donde el alboroto infantil, símbolo de alegría y de vida, no dejaba

espacio vacante para lo tenebroso. Por fin un día me enteré por pura casualidad de la existencia de un círculo de costura que había de tener lugar en casa de las hermanas Penny. Según me contaron, ambas deseaban inducir a colaborar con su amable caridad a todas las doncellas de la comarca. En varias granjas adyacentes a la nuestra se me suplicó que me uniera a dicho círculo, persuadiéndome por fin de que la noble empresa me necesitaba. No es que de una forma espontánea me sintiese renuente y por ello me hiciese rogar en tan repetidas ocasiones; pero al principio me espantaba la posibilidad de encontrarme, en alguna de las veladas, próxima a algún miembro de la familia Glendinning; la mera idea de que se produjese tal circunstancia me resultaba en extremo aborrecible. Por medio de furtivas indagaciones averigüé que la dama de la gran mansión no había de honrarnos con su presencia. Si bien aquella información resultó engañosa, en aquel momento me convenció y decidí participar en las reuniones. El resto ya lo sabes.

—En efecto, así es. Pero, Isabel, vuelve a contármelo para que capte mejor tus emociones al respecto.

V

—Aunque sólo haya pasado un día, desde nuestro primer encuentro en esta vida, hermano, emana de ti un magnetismo tan celeste que el contenido de mi alma desea volcarse en la tuya. Así pues, me dispongo a proseguir. Como tuve que aguardar la llegada del carro de un vecino a causa de la distancia que me separa del pueblo, llegué tarde al círculo de costura. Al entrar, las dos estancias que se habían transformado en una estaban colmadas. Con las hijas de nuestro vecino granjero atravesé la sala para instalarme en el rincón apartado donde tus ojos se posaron en los míos por vez primera. Mientras me abría paso llegaron a mis oídos cuchicheos y sentí cómo las cabezas se volvían hacia mí. Oí frases como: «Es la nueva ayudante en casa del desdichado Walter Ulver», «Se han ido a buscar una muchacha bien extraña», «Apuesto que se cree hermosa y deslumbrante; pero nadie sabe quién es ni de dónde viene», «¡Qué recatada es! Claro que no creo que ése sea un buen síntoma. No, no me gustaría estar en su pellejo», «A lo mejor su suerte la ha convertido en otra Delly, obligada a escapar del hogar paterno: ¡Ramera!». Era aquélla la primera ocasión en la que la pobre Bell se hallaba en compañía de tantas personas juntas; y poco ducha en reuniones había pensado que una velada dedicada a la dulce caridad no podía estar presidida por la menor vileza, la cual nunca debiera anclar en el puerto de la bondad. De todos modos aquellos comentarios eran fruto de la irreflexión y fueron pronunciados sin la menor malicia. Sin embargo, mi corazón se vio invadido por una inmensa tristeza, porque sentí de qué modo la sospecha y la desconfianza pesaban sobre mí a causa del dolor extraño y solitario que me afligía, como siempre ocurre cuando se somete el sufrimiento a los ojos de seres ordinarios. ¡Como si el pesar no fuese ya bastante por sí solo, y la inocencia no constituyese una coraza capaz de protegernos cuando la gélida infamia se cierne sobre nosotros! Remembranzas desoladoras acudieron a mi mente, incluso en medio de resplandecientes muchachas en capullo y mujeres en la flor de la vida; eran ecos infelices de la desdicha en que me había sumido la carencia de sentimientos observada en mis congéneres durante mi existencia pasada, cuyas circunstancias más sobresalientes te he narrado ya. Pero Pierre, bendito Pierre, no me contemples con tristeza, e incluso, creo adivinar, con

reproche. A pesar de haber estado sola y perdida amo a los miembros de mi especie; además, hago uso de mi caridad e inteligencia para compadecer a todos cuantos me desprecian sin apelar a esos atributos. Y tú, tú, bendito hermano, has iluminado numerosos rincones sombríos de mi alma, porque me has enseñado de una vez por todas que a veces el prójimo es capaz de realizar hazañas que en el universo angélico serían calificadas de gloriosas. De modo que desvía tus ojos de mi rostro hasta que hayas aprendido a reflejar en ellos expresiones más corrientes.

—Son viles falsificadores de mis sentimientos si así te miran, Isabel. Ignoro qué puedes haber leído en su apariencia, pero te aseguro que mi corazón se ha ensombrecido al proferir mal contenidas recriminaciones contra el cielo, que ha osado permitir en forma tan implacable que una inocencia como la tuya haya sufrido tanto. Pero continúa con tu historia, me resulta en extremo conmovedora.

—Me senté en silencio y empecé a coser, sin poder hacer acopio del suficiente valor para alzar la mirada, y agradeciéndole a mi buena estrella que me hubiese conducido hasta un rincón semiculto en el extremo más alejado de la estancia. Me concentré pues en la costura de una camisa de franela, suplicándole a Dios a cada puntada que el corazón que latiese bajo la protección de aquel paño recibiese todo el calor que yo trataba de transmitirle y permaneciese lejos de la frialdad inmensa como el mundo que mi carne sentía, sin que ni franela ni piel de abrigo ni fuego ardiente alguno pudiesen remediarlo. Estaba pues en mis silenciosas ocupaciones cuando oí unas palabras anunciadoras que se han grabado en mi espíritu tan hondo que nada ni nadie alcanzará nunca a borrarlas: «¡Ah, señoras, señoras! ¡Madame Glendinning! ¡Nuestro señor, Pierre Glendinning!». Al instante la afilada aguja me atravesó el costado y embastó mi corazón; la camisa de franela se me cayó de las manos y grité con todas mis fuerzas. Tú mismo oíste el alarido. Pero aquellas buenas mujeres me tomaron en sus brazos, me aproximaron al batiente más cercano, abriéndolo de par en par; entonces la respiración de Dios, que no el aire, sopló sobre mí devolviéndome a la vida. Dije a modo de excusa que se trataba de un simple ataque al que estaba acostumbrada, y que les daba las gracias de todo corazón; luego les rogué que me abandonasen a mi suerte, asegurándoles que era el mejor medio para acabar de restablecerme. Por fin volví a mi quehacer: una vez me sentí recuperada por entero, volví a tomar la aguja y a hilvanar la franela que me habían encomendado, esperando que las personas cuya presencia no estaba prevista abandonasen pronto el lugar o que de lo contrario algún espíritu misterioso me alejase de él. Proseguí pues con mi costura hasta que ¡oh, Pierre, Pierre!, sin alzar la vista, ya que no osé hacer tal cosa en toda la velada, salvo en una ocasión, y tratando por todos los medios de concentrarme en la franela colocada sobre mi rodilla y de desclavar la aguja de mi corazón, sentí, sí, Pierre, he dicho sentí, una mirada de magnética significación fija en mí. Durante largos instantes me volví de un lado, encogiéndome en mi asiento, con la intención de

observar a la persona que así me contemplaba; pero no pude conseguirlo, hasta que un ser ultramundano acudió en mi ayuda, apoderándose de mí y obligando a mi alma entera a elevarse a tu altura para hacer frente a tu rostro, que en aquellos instantes se topó con el mío. Con aquello bastó. El Destino estuvo presente. Se derramaron sobre mí la soledad de mi vida entera, mis anhelos sofocados. No podía escapar a su influjo. Por primera vez me di cuenta del deplorable estado en el que me hallaba: mientras tú, hermano, tenías una madre y un ejército de tías y primos, así como una armada de amigos tanto en el campo como en la ciudad, yo, Isabel, hija de tu propio padre, había sido arrojada lejos de las puertas de los corazones y condenada a estremecerme en la ruta del invierno. Y aquello era lo de menos. Ni siquiera la pobre Bell sabría describirte las sensaciones que la invadieron entonces, ni en qué orden penetraron en ella. Fue como un remolino de azoramientos pasados y presentes, entremezclados entre sí e inclinados hacia una omnipotente locura. Pero fue el aspecto dulce, inquisitivo, amable e interesado de tu rostro, tan sorprendentemente similar al de tu padre, único ser que había amado de verdad, lo que más avivó la perturbadora tormenta que se había declarado en mi alma; me impregnaron inmensos deseos de que un ser por cuyas venas corría mi misma sangre me conociese, aceptase mi identidad y parentesco aunque sólo fuera una vez y se apartase de mi lado para siempre. ¡Oh, mi querido hermano! ¡Pierre! ¡Pierre! Si pudieses arrancarme el corazón, sostenerlo en la palma de tu mano y observarlo, te encontrarías con que todo él está escrito, tachado, reanotado y vuelto a rectificar, con líneas continuas de anhelos que no dejaron de existir hasta que te atraje hacia mí de forma tan imprevista. ¡Llámale! ¡Él acudirá!, exclamaba mi corazón; también me exhortaron a hacerlo las hojas de los árboles e incluso las estrellas cuando aquella misma noche regresaba a casa. Pero surgió el orgullo, que tenía su origen en mi propia ansiedad; así que un brazo se extendía y el otro lo retenía. Conservé la calma y me decidí por el silencio. Pero el Destino es el Destino, y había dictado sentencia. Mis ojos se habían cruzado una vez con tu penetrante mirada, que no por rápida había dejado de ser persistente; había tenido la ocasión de captar el carácter angelical de tu persona y éste había vencido a mi alma, cortando de raíz la anterior soberbia que la habitaba. Pronto apareció la enfermedad en el capullo de la arrogancia, extendiéndose por las profundidades de mi ser hasta que comprendí que había de marchitarme y perecer si no me liberaba de tan altivo sentimiento. Con el clarín de la pluma soplé con todas mis fuerzas, consiguiendo que emanara de él un agudo sonido que alcanzase el espíritu de mi querido Pierre y lo impulsara a venir hasta mí. Estaba colmada, y a medida que la suplicante tinta adquiría rasgos precisos sobre el papel las lágrimas vertidas por mis ojos contribuían a formar una extraña aleación. Me sentía aliviada porque veía que mis amargos sollozos, última huella profunda de mi angustia, nunca serían descubiertos por ti, ya que tras bañar la tinta

habían de secarse dejando todo de nuevo en orden, antes de que la carta sumergida en su propio flete se mostrase a tus ojos.

—Te engañas, Isabel —replicó Pierre en un impulso incontenible—; tus lágrimas no se secaron sin dejar huella, ya que empaparon tu misiva en una mancha de tono rojizo similar a la sangre; nada conmovió tanto el más íntimo rincón de mi alma como aquella trágica visión.

—¿Cómo es posible, Pierre, hermano mío? ¿Se secaron dejando círculos rojos? ¡Oh, terrible encantamiento! ¡Fenómeno jamás soñado!

—No, no, se trataba de la tinta. Alguna sustancia química transformó tus lágrimas, con ella mezcladas, en un líquido de aspecto sanguinolento; eso fue todo, mi pobre hermana.

—¡Oh, Pierre! Es en verdad prodigioso, así me parece a mí, que nuestros corazones no sepan nunca hasta qué extremo están sufriendo; a veces sangramos, cuando creemos que no es sino agua lo que fluye por nuestros ojos. De nuestros pesares, como de nuestro talento, las personas que nos rodean son con frecuencia mejores jueces que nosotros mismos. ¡Pero detente! ¡Oblígame a retomar el hilo de mi historia! De todos modos creo que ya lo sabes todo; bueno, no por completo. Ignoras el motivo preciso y exacto que me impulsó a escribirte.

Pero ni la pobre Bell puede echar luz sobre este asunto, ya que estaba demasiado delirante entonces para planear y seleccionar razones. Fue el impulso lo que se despertó en mí para llamarte, no Bell. En ocasiones llegó a creer que fue Dios y no yo quien te trajo hasta este lugar. Incluso ahora que ha pasado una noche desde que te vi por última vez y escuché con plena atención tus bondadosas expresiones de amor, sigo perpleja y no entiendo qué puede ocurrirme en este instante ni qué ha de sobrevenirme en el futuro a consecuencia de haber reclamado tu reconocimiento de un modo tan irreflexivo. Pierre, ahora, ahora, un vago sentimiento de angustia me invade. Dime si el amarme y considerarme como hermana, sea en público o en privado... ¿Implica tu dedicación a mí algún sufrimiento vital para ti? Habla sin reservas, con la mayor sinceridad ¡Como lo hago yo! Vamos, ¡cuéntame todo!

—¿Acaso el Amor es un sentimiento dañino? ¿Puede la Verdad conducir al dolor? Dulce Isabel, ¿cómo puede el sufrimiento infiltrarse en el camino de Dios? Ahora que lo sé todo sobre ti, ¿cómo podría olvidarte, negarme a reconocerte como hermana y amarte ante la extensión de bronce que constituye el corazón del universo entero? Si me comportase así tendrías motivos justificados para formular esas preguntas y decir: «Dime, Pierre, al permitir que se ahoguen en ti las sagradas afirmaciones de la pobre Bell, ¿acaso no estás forjando tu propia desolación?». Mi alma, en su autenticidad, añadiría: «¡Desolación eterna!». No, no, no. Tú eres mi legítima hermana y yo soy tu verdadero hermano; la parte del mundo que conoce mi identidad debe aceptarte a ti

también y reconocerte como quien eres. ¡O por el cielo que haré que el desdeñoso mundo se arrodille ante ti, mi dulce Isabel!

—Las amenazas que se dibujan en tus ojos me aportan entrañables deleites; me elevo al unísono con tu gloriosa dimensión y veo en ti, hermano mío, al indignado embajador de Dios que ha descendido hasta mí para decir: «¡Arriba, arriba, Isabel! No te doblegues a las condiciones del mundo común, ¡eres tú quien ha de imponer su ley y defender su propio derecho con la fiereza que confiere la justicia divina!». Tu contagiosa nobleza hace que olvide cuál es mi sexo, hermano. Ahora sé que, en su momento de mayor exaltación, la mujer deja de sentir la suavidad innata de sus senos gemelos para albergar una armadura encadenada que palpita con la fuerza de un ejército.

Su alterada actitud de hermosa audacia; su larga cabellera altiva, que ondeaba pesada como una bandera desgredada; sus prodigiosos ojos transfigurados en los que se alzaban meteoros sin fin; así, su expresión toda le pareció a Pierre por un instante obra de un hechicero invisible. Isabel se había transformado en su presencia; y el muchacho se inclinó en una profunda reverencia, signo del reconocimiento de esa majestad que apuñala a la humanidad y prescinde de ella, y cuando hace su aparición resulta tan amenazadora y arrogante en la mujer como en el hombre.

Pero la dulzura propia de su sexo regresó a Isabel; se sentó junto al nicho del batiente sin pronunciar palabra y dejó vagar la mirada por los suaves relámpagos de la tierra que poblaban la eléctrica noche estival.

VI

Pierre rompió la pausa con una sonrisa triste, y dijo:

—Hermana mía, eres tan rica, que debes darme una limosna; tengo un apetito terrible, porque desde el desayuno he olvidado hasta la existencia de algo llamado alimento. Te ruego pues que me traigas una hogaza de pan y un tazón de agua, Isabel, antes de abandonar tu compañía. Anoche me vi obligado a asaltar una despensa, como haría un ladronzuelo vulgar en el horno de un panadero; pero hoy deseo que cenemos juntos, Isabel; ya que, como es posible que de ahora en adelante compartamos el mismo techo, justo es que también comamos juntos. Isabel alzó la mirada con emoción súbita y profunda; en sus ojos se reflejaba un dulce asentimiento. Transcurridos unos instantes abandonó la estancia en silencio.

Cuando regresó, Pierre, con la mirada en el techo, pronunció las siguientes palabras:

—Ahora está tranquila, los pasos han cesado por completo.

—Pero no los latidos. Sus pies se han detenido, pero no su corazón. Hermano mío, no está en calma; el sosiego ha abandonado tanto su cuerpo como su espíritu hasta tal punto, que incluso la paz basculante que impregna esta noche constituye una locura estridente para ella.

—Dame pluma o lápiz, y también papel, Isabel.

La muchacha depositó sobre la mesa la hogaza, el plato y el cuchillo y fue a buscar pluma, tinta y papel como su hermano había ordenado.

Pierre tomó la pluma y preguntó:

—¿Por ventura es ésta la que utilizaste?

—Así es, hermano mío; te encuentras en un hogar muy pobre donde no poseemos más que una.

Él le lanzó una intensa mirada. Entonces volvió hacia la mesa y escribió con resolución la siguiente nota:

«Para Delly Ulver: con la profunda y sincera consideración de Pierre Glendinning, unida a la más auténtica simpatía.

»Vuestra historia —que ya conocía en parte— ha llegado hasta mis oídos con detalle a través de alguien cuyos sentimientos por vos no pueden ser más veraces, y que me ha hecho partícipe de la sinceridad que la caracteriza. Deseáis abandonar este vecindario para desplazaros a un lugar donde halléis reposo y un retirado trabajo adecuado a vuestro sexo y edad. Me encargaré con sumo placer de buscaros algo, y os aseguro que pondré en ello todo mi empeño. Haré acopio de mi mayor habilidad. Por lo tanto —si el consuelo que podemos brindaros no es pisoteado por vuestra inmensa pena, algo que ocurre con demasiada frecuencia, aunque es una insensatez del sufrimiento sentir de ese modo—, por lo tanto, repito, son dos los amigos entrañables que ahora os suplican que levantéis ese marchito corazón para que florezca de nuevo, y que penséis que vuestra vida no ha concluido aún; el Tiempo posee un bálsamo curativo que aplica sin pausa. Conservad pues la calma y la paciencia hasta que vuestro destino futuro haya quedado resuelto por medio de nuestro esforzado auxilio. Sabed pues que tenéis en Isabel y en mí mismo amigos leales de cuyo amor sincero no debéis dudar».

Le entregó la misiva a Isabel. Esta última la leyó en silencio, la depositó sobre la mesa, puso sus manos extendidas sobre ella y en un solo movimiento de cabeza alzó la mirada hacia Delly y hacia Dios.

—¿Crees que no le entristecerá recibir estas líneas, Isabel? Tú sabes mejor que yo lo que debe hacerse. Pensé que antes de que nuestra ayuda de hecho llegue hasta ella, una promesa anticipada podría resultar reconfortante. Pero guárdala y actúa según tu criterio.

—Entonces voy a llevársela de inmediato, hermano mío —replicó Isabel dejando la estancia.

Una quietud inamovible remachó con su roblón la noche, fijándola con clavos a aquella parte del mundo. Solo de nuevo en aquella hora, Pierre no pudo por menos que escuchar. Oyó cómo Isabel ascendía por la escalera, se acercaba a él desde el piso superior y golpeaba la puerta con sus nudillos en forma muy suave; luego le pareció percibir el ruido producido por algo que crujía y pensó que se trataba de un papel —su nota— que se deslizaba por un umbral, bajo la puerta. En aquel instante unas pisadas temblorosas avanzaron en sentido inverso hasta el lugar donde habían cesado las de Isabel; los pasos se distanciaron, e Isabel regresó sin demora a la estancia.

—¿Has golpeado la puerta y deslizado mi nota por debajo de esta última?

—Sí, ahora ya está en su poder. ¡Escucha! ¡Un sollozo! Gracias al cielo el pesar árido y prolongado ha encontrado por fin algo que temer. La piedad y la simpatía lo han conseguido. Pierre, por tu entrañable acción has sido beatificado antes de tu muerte.

—¿Tienen los santos un apetito descomunal? —replicó Pierre, esforzándose por desviar la conversación—. Vamos, Isabel, acércame la hogaza; pero no, sírveme tú

misma, hermana, te lo ruego. Gracias; éste es pan de dulzura por partida doble. ¿Lo has horneado tú misma, Isabel?

—Así es, hermano mío.

—Pásame el tazón. Dámelo con tus propias manos. Así; Isabel, mi corazón y mi alma están ahora impregnados del respeto más profundo, a pesar de lo cual me atrevo a denominar este refrigerio «real sacramento de la cena». Comamos pues juntos.

Compartieron el humilde alimento sin decir palabra. Sin decir palabra Pierre se levantó, la besó en la pura e inmaculada frente y sin decir palabra abandonó la casa.

VII

Desconocemos cuáles fueron los pensamientos de Pierre Glendinning al alcanzar el pueblo y pasar bajo los árboles que con frecuencia habían constituido una capa protectora. No se divisaba resplandor humano alguno ni se oía el más leve eco que delatase a algún congénere. Lo único que observó Pierre, a intervalos y a sus pies, fueron los breves relámpagos de la tierra que, como serpientes, parecían jugar a infiltrarse en la hierba para desaparecer al instante. También entre los árboles vislumbró la luz del cielo, distante y blanquecina, y percibió el alejado y resonante murmullo de la tierra, dormida pero que conservaba respiración profunda.

Se detuvo ante una casa apartada de las otras, de aspecto agradable a causa de la silvestre maleza que la rodeaba. Subió los escalones del porche y golpeó la puerta con los nudillos en el preciso instante en que el reloj del pueblo daba la una. Nadie acudió a su llamada. Insistió y esta vez oyó que alguien levantaba el bastidor de una ventana situada en el segundo piso. De ella surgió la voz de una persona sorprendida en extremo que preguntaba por la identidad del inoportuno visitante.

—Soy Pierre Glendinning y deseo mantener una entrevista con el reverendo Falsgrave en este mismo instante.

—¿He de dar crédito a mis oídos? En el nombre del cielo, ¿qué es lo que sucede, joven caballero?

—Sucede todo, sucede el mundo entero. ¿Va usted a permitirme la entrada, señor?

—Claro que sí, se lo suplico; no, quiero decir, aguarde, en seguida bajo.

En menos tiempo del previsible la puerta se abrió de par en par y apareció el reverendo Falsgrave dispuesto a franquearle la entrada a Pierre. Había acudido él en persona; sostenía en la mano una vela y se había cubierto con una favorecedora bata de lama en forma de capa escocesa que le daba aspecto de estudiante.

—Por el amor del cielo. ¿Qué le ha traído hasta aquí, señor Glendinning?

—El cielo y la tierra son los responsables, señor. ¿Le parece bien que subamos al estudio?

—Desde luego; pero...

—Vayamos pues.

Ascendieron por la escalera interior y pronto se encontraron en el lugar de recogimiento del sacerdote, donde ambos tomaron asiento; el atónito anfitrión continuaba asiendo la vela en su mano sin acertar a depositarla sobre un mueble y contemplaba a Pierre con una mirada persistente que reflejaba cierta aprensión.

—Según creo, señor, es usted un hombre de Dios.

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Qué soy yo? A fe mía que no entiendo una palabra, señor Glendinning.

—Sí, señor, el mundo le llama a usted emisario de Dios. Pues bien. ¿Qué ha decidido usted, hombre de Dios, durante su conversación con mi madre en relación con el caso de Delly Ulver?

—¡¡Delly Ulver!! Veamos, ¿qué significa esta locura?

—Significa, señor mío, que quiero saber qué resolución han tomado ustedes esta mañana sobre la persona de Delly Ulver.

—¿Ella? ¿Delly Ulver? Debe abandonar este vecindario. ¡Caramba, si hasta sus propios padres la rechazan!

—¿Y en qué condiciones ha de partir? ¿Quién va a hacerse cargo de ella? ¿Adónde se dirigirá? ¿Va usted a protegerla y cuidarla? ¿Quién la alimentará? ¿Qué o quién la mantendrá apartada de la corrupción a la que personas como ella son arrojadas por la detestable falta de caridad y de amor que presiden los corazones de los habitantes de este mundo? ¿Cómo evitar que se sume al número de desgraciados que nosotros mismos creamos?

—Señor Glendinning —respondió el pastor tras recobrar la calma, depositar la vela y arrojarse con su bata en un gesto de dignidad—: Señor Glendinning, no voy a mencionar ahora la natural perplejidad que causa en mí esta visita inusitada y la extraordinaria hora de la noche en que ha sido realizada. Me ha rogado que le proporcione una información sobre un determinado punto, y he cumplido sus deseos como mejor he sabido. A todas sus preguntas posteriores e incidentales prefiero no responder. Me sentiré muy honrado de gozar de su compañía en cualquier otro momento, pero por ahora debe usted excusar mi presencia. Buenas noches, señor.

Pero Pierre permaneció inmóvil en su asiento, de modo que el sacerdote no pudo por menos que quedarse de pie en su lugar.

—Debo comprender pues, señor, ya que sus palabras no dejan lugar a dudas, que Delly Ulver va a ser desterrada y por lo tanto condenada a depravarse o a morir de hambre; y que todo eso va a ocurrir con la plena aquiescencia de un hombre de Dios. Señor Falsgrave, el asunto de Delly, si bien me preocupa en forma muy honda, no es sino el prefacio de otro más grave que me inquieta en mucho mayor grado, en relación con el cual había abrigado la ligera esperanza de que usted, debido a su calidad de cristiano, habría de aconsejarme con sinceridad y honradez. Pero aun ahora el cielo me insinúa que no hay nada en lo que usted pueda asistirme, por carecer de firmeza y del

desdén necesario hacia nuestra sociedad. Me veo pues obligado a invocar a Dios en Persona, Quien, ahora lo comprendo, nunca delega en sus hombres Sus admoniciones más sagradas. Pero no le reprocho su actitud; empiezo a vislumbrar que su profesión, sin que nadie pueda evitarlo, está comprometida con la carne y no alcanza a moverse con libertad divina en un universo de beneficios materiales. Me siento más triste que indignado. Perdóneme por esta visita descortés, y sepa que no me considero enemigo suyo. Buenas noches, señor.

Libro IX

Más luz, enturbiada por las sombras.

Más sombras, disipadas por la luz

La Verdad entusiasta, la Seriedad y la Independencia conducen a toda mente preparada por la naturaleza para el pensamiento profundo e intrépido a regiones hiperbóreas donde los objetos se ven bajo una luz dudosa, incierta y refractaria. Al ser contempladas a través de esa atmósfera enrarecida, las máximas aceptadas con carácter más inmemorial por el género humano empiezan a resbalar, a fluctuar, quedando por fin invertidas de principio a fin. El mismísimo cielo no es ajeno a este efecto de aturdimiento y confusión, ya que es sobre todo en su seno donde aparecen estos espejismos prodigiosos.

Pero el ejemplo de un gran número de mentes perdidas para la eternidad, cual exploradores del Ártico extraviados en medio de regiones traicioneras, nos previene para que nos mantengamos por entero apartados de ellas. Con el paso del tiempo aprendemos que no le conviene al ser humano seguir hasta demasiado lejos el rastro que deja la verdad, ya que al hacerlo pierde el norte de su mente; al llegar al Polo, que es la zona a la que conduce su aridez, la aguja de la brújula señala el vasto horizonte con total indiferencia por los cuatro puntos cardinales.

Pero incluso las regiones del pensamiento menos distantes no carecen por completo de una introversión peculiar. Casi ningún hombre sincero cuyos poderes reflexivos sean corrientes, aunque no esté acostumbrado a explotarlos al máximo, se ha visto asaltado por una idea independiente, distinta de las que acostumbra a sembrar su cerebro: lo que con tanto entusiasmo se aplaude como la frontera mental no es sino el conglomerado de rutas internas de la Verdad, que a partir de ese punto conducen al Error. Aquellos que no pierden la esperanza siempre han considerado que dicha Verdad es una esencia fundamental cuya posesión debe tratar de conseguirse por medio de la fervorosa plegaria, ya que constituye la más divina bendición católica sobre la tierra. Todo hombre pensante en un momento u otro ha creído vislumbrar que en un oculto lindero del cerebro permanece al acecho un error tremendo; no es el mundo entero quien avanza siempre hacia la Verdad de un modo gregario, sino algunos individuos aislados que se esfuerzan por alcanzarla en ciertos momentos de su vida y que, al hacerlo, dejan atrás al resto de los mortales, apartan para toda la

eternidad de la simpatía de sus congéneres y se convierten en seres que inspiran desconfianza, desagrado y —si bien estos sentimientos quedan en ocasiones velados— simples temor y odio. No resulta pues extraño que estas mentes avanzadas que, a pesar de ir enriqueciéndose, dan la impresión de haber sufrido un desarreglo a veces se vean incitadas a alterar sus actos en tal medida que éstos sean calificados de inexcusables agresiones por sentimientos y opiniones definitivamente rezagados. Cierto es también que en sus primeras etapas de desarrollo, sobre todo en las mentes juveniles, que aún no han alcanzado el sosiego de la madurez, dicha agresividad se manifiesta a la menor oportunidad, siendo deplorada después por quienes la han expresado sin reflexionar sobre la acción o la palabra.

Aquel impacto asombroso de verdad práctica que apenas había evolucionado con el transcurso de las horas y los días se había trasplantado a la mente de Pierre como por encantamiento, permaneciendo más allá de la zona de la comprensión común; no puede afirmarse que no estuviese asistido por la lamentable agresividad contenida que hemos tratado de describir en el párrafo anterior. Cediendo a su injustificable talante, había invadido el profundo sueño de medianoche del reverendo padre Falsgrave y declarado la guerra a una persona gentil y amistosa de la forma más descortés que pueda imaginarse. Pero al igual que, al dejarse arrastrar por las extrañas fuerzas de las circunstancias, el aumento de su introspección había sido rápido en extremo, su progreso en una especie de sabiduría teñida de espíritu caritativo tampoco le anduvo a la zaga; las palabras que habían sellado su discusión con el señor Falsgrave mostraban con la suficiente claridad que antes de abandonar el estudio del pastor ya había empezado a arrepentirse de haber entrado en él en una misión semejante a la suya.

Mientras caminaba sumido en profundas meditaciones, inducido por la hora, y mientras todo cuanto había en su interior se agitaba en forma incontrolable, sacudido con intensidad por el fuego siempre creativo de la entusiasta gravedad, despertó por completo a diversas consideraciones aliviantes que, de habersele ocurrido antes de la visita, le habrían prohibido de un modo taxativo abandonarse a aquella impulsiva intromisión en la intimidad del respetable sacerdote.

Es a través de la malicia de este aire terrenal como, al ser culpable de Insensatez, el hombre mortal alcanza en numerosos casos la percepción del Buen Sentido. Este es un pensamiento que debería liberarnos para siempre de pronunciar irreflexivas imprecaciones durante los intervalos de Locura que con tanta frecuencia se apoderan de nosotros sin que podamos evitarlo; porque si la Insensatez es nuestra maestra, el Buen Sentido es la lección que imparte. Cuando la Extravagancia nos abandona por completo el Sentido ulterior es su compañero de vuelo, y nosotros nos quedamos a mitad de camino en la ruta de la Sabiduría. Sólo la milagrosa vanidad del hombre le persuade de que incluso la mente más rica y dotada arriba a un período en la tierra en

el que puede decirse a sí misma sin temor a equivocarse: «He llegado al Extremo del Conocimiento Especulativo Humano; a partir de ahora, moraré en este punto sin alejarme de él». Pero los súbitos ataques de una nueva verdad le asaltan y derriban como los tártaros hicieron en China; porque no existe muralla alguna que el ser humano pueda construir en su alma para prevenir a perpetuidad las irrupciones de las hordas bárbaras que la Verdad nutre en las ijadas de su congelado aunque prolífico Norte. Así que el Imperio del Conocimiento Humano no puede perdurar en ninguna dinastía en particular, ya que la Verdad no cesa de otorgar al mundo nuevos Emperadores.

Pero los pensamientos que aquí describimos como pertenecientes a Pierre deben ser discriminados con sumo esmero de aquellos que sobre él arriesgamos. Ignorante en aquellos momentos de toda idea acerca de la reciprocidad y asociación entre la Insensatez y el Buen Sentido como esencias que contribuyen al crecimiento mental y moral del pensamiento, Pierre se reprochaba con ardor su irreflexión y su alma empezaba a vacilar, recelosa del cambio radical que se había producido en sus sentimientos y que lo había precipitado a cometer un acto de notoria necedad. Su insensatez le impulsaba a desconfiar de sí mismo, y eso es lo más funesto que pueda sucederle a un ser humano. Pero su recelo no era una suspicacia del corazón, porque estaba persuadido de que el mismo cielo lo había santificado con su bendición. La sospecha estaba centrada en su intelecto, que al abrazar en forma indisciplinada la causa viril y entusiasta de su corazón parecía cubrir dicha causa con un manto de reproche.

Pero si bien el corazón firme y serio posee para toda la eternidad un bálsamo capaz de aliviar el más deplorable error de la cabeza, en el intervalo el hombre encuentra escasa mitigación y se sume en una indescriptible melancolía. En ese período parece como si las resoluciones más magnánimas y virtuosas existiesen sólo en calidad de emociones espirituales, no en la de meros preludios para su traducción corporal en acciones; ya que al tratar de ponerlas en práctica hemos quedado ante nosotros mismos como miserables chapuceros y por lo tanto sentimos una vergüenza ignominiosa incluso de nuestra propia persona. Es entonces cuando las nunca totalmente rechazadas huestes de la Vulgaridad, el Convencionalismo y la Prudente Preocupación por la Opinión Mundana vuelven a la carga, presionando el alma titubeante y, con abucheos inhumanos, su nobleza, como si ésta no fuera más que simple excentricidad que sin duda alguna ha de curar la sabiduría y la experiencia futuras. El hombre permanece atado de pies y manos y de los extremos de la cuerda tiran, convulsionándole, sus propias indecisiones y dudas. La Tiniebla enarbola su bandera en este cruel altercado, y el hombre flaquea y desfallece bajo sus pliegues.

En este estado se hallaba la mente de Pierre cuando, a eso de las dos de la madrugada, cruzó con desmayo y agotamiento el umbral privado de la mansión de Saddle Meadows.

II

En el hondo silencioso corazón de una casa llena de servidores y doncellas entregados al sueño Pierre se sentó en su cuarto ante la acostumbrada mesa redonda, aún cubierta con los libros y papeles que hacía tres días había dejado en ella de forma abrupta, al quedar su mente absorbida por pensamientos más tiránicos. Sobre la pila aparecían, más conspicuos que el resto, el *Inferno* de Dante y *Hamlet* de Shakespeare.

Sus reflexiones eran vagas y errantes; su brazo se movía errante y vago. Pronto sus ojos se encontraron ante una página abierta del *Inferno* y toparon con las siguientes líneas, inscritas en forma alegórica sobre el interior del arco que franquea la salida de las entrañas de la vida humana:

Por mí se va a la ciudad doliente;
Por mí se va al eternal dolor,
Por mí se va con la perdida gente
Perded toda esperanza al traspasarme

Soltó el fatal volumen, que se desplomó sobre el suelo y abandonó su cabeza, cuyo destino también estaba escrito, dejándola caer sobre su pecho.

Sus reflexiones eran vagas y errantes; su brazo se movía errante y vago. Pasaron unos momentos y sus ojos se encontraron ante una página abierta de *Hamlet* y se toparon con las siguientes líneas:

Tiempos fuera de quicio, oh, sino maldito
haber nacido para

Soltó el volumen cuya verdad era demasiado dolorosa, que se desplomó en el suelo; su petrificado corazón se precipitó en un vacío interior como un guijarro en el pozo de Carisbrooke.

III

Como hombre, Dante Alighieri recibió afrentas e insultos imperdonables por parte del mundo; en su calidad de poeta, Dante Alighieri nos legó un testamento inmortal en forma de sublime maldición implícita en el *Inferno*. La vehemente lengua cuyas falsas informaciones políticas le valieron la pérdida del solaz del que puede gozarse en la tierra, encontró una maliciosa contrapartida en la musa de fuego que había de impedir para la eternidad a la ingente masa formada por la humanidad el disfrute que todos soñamos con alcanzar en mundos venideros. Por fortuna para la tranquilidad del diletante literario, las espantosas significaciones alegóricas que se hallan en el *Inferno* no aparecen en la superficie; pero por desgracia para aquellos jóvenes que desean formalmente penetrar en la verdad y la realidad, dichas significaciones pavorosas instilan, al ser descubiertas, su veneno en un lugar no provisto antes del soberano antídoto consistente en esa seguridad que no capitula ante ningún enemigo y sólo poseen las almas más avanzadas y profundas.

Juzgad pues vosotras, mentes Juiciosas, el talante de Pierre frente a la conmoción que había de producir en él aquel pasaje de Dante.

Si de entre las más hondas significaciones de su siempre presente imprecisión — que quedan escondidas del lector común gracias a la astucia de su artífice, excepción hecha por supuesto de los escasos expertos—, de la fecunda tragedia de Hamlet se desprende una moraleja aplicable en extremo a la vida ordinaria de un hombre cualquiera, es sin duda la siguiente: toda meditación resulta inútil a no ser que impulse a la acción; no le corresponde al hombre permanecer titubeante en medio de las conflictivas invasiones de sus impulsos circundantes. En el instante en que aparece la primera convicción, el ser debe alzarse y atacar, a ser posible con la fuerza y precisión de un rayo.

Pierre siempre había sido un admirativo lector de Hamlet; pero hasta entonces ni su edad ni su experiencia mental le habían habilitado para captar las insinuaciones iniciales de la desesperada desolación de su mensaje subyacente, ni tampoco para extraer del argumento general las lecciones superficiales y por completo casuales entre las que el moralista aplicado divaga complacido.

La más intensa luz de la razón y la revelación combinadas no puede iluminar las hondas verdades del hombre con la misma precisión que el tenebroso abatimiento. Nuestra guía es entonces la oscuridad, que nos permite distinguir, como los gatos, cualquier objeto a través de algo que la visión común definiría como ceguera total. ¿Por qué la Desolación y el Pesar han sido celebrados desde la noche de los tiempos como los más selectos chambelanes del Conocimiento? ¿A qué se debe que el desconocer la Desesperación y el Sufrimiento equivalga a ignorar aquello que todo héroe debe aprender?

A la luz de las tinieblas Pierre estuvo pasando las páginas del alma de Hamlet. No sabía —o por lo menos no lo sentía— que Hamlet, a pesar de la estrecha relación que guardaba con la vida, provenía después de todo del aliento que podría calificarse de mágico y cruel de un creador, que por fin lo había desterrado con gran perversidad a los eternos vestíbulos del infierno y la noche.

Es el privilegio no otorgado en forma imparcial de las introspecciones últimas revelar al mismo tiempo no sólo las profundidades, sino también en ocasiones —aunque no en modo tan nítido— algunas de sus cumbres correspondientes. Pero cuando uno se encuentra a mitad de camino del abismo los peñascos escarpados cubren por completo las bóvedas superiores y la mente errante cree que se halla ante una sima de incalculable profundidad en la que impera la negrura.

Juzgad pues vosotras, mentes Juiciosas, el talante de Pierre frente a la emoción que le había producido aquel pasaje de Hamlet.

IV

Desgarradas en mil pedazos yacían a sus pies las páginas impresas del *Inferno* y de *Hamlet*, mientras sus desnudas cubiertas vacías parecían burlarse de él con sus títulos vanos. Dante le había exhortado a la vehemencia, y *Hamlet* le había insinuado que la lucha era inútil e imposible. El *Inferno* le había mostrado que tenía una amarga causa que defender; la tragedia inmortal de Shakespeare le indicaba en forma evidente que había de desfallecer en la batalla. Pierre empezó de nuevo a maldecir su destino, porque creía vislumbrar que después de todo había estado haciendo sutiles juegos malabares consigo mismo, posponiendo cualquier decisión y perdiendo, por medio de sentimentalismos meditativos, instantes preciosos que debían haberse consagrado a una acción instantánea.

Habían transcurrido cuarenta y ocho horas, e incluso más. ¿Había reconocido a Isabel? ¿Había caminado ya públicamente llevándola del brazo? ¿Quién sabía algo acerca de la identidad auténtica de Isabel, excepto Pierre? Como un cobarde que esquiva el mundo había vagado todo el día por el bosque y como un timorato indigno la había frecuentado a hurtadillas por la noche. Había permanecido sentado, igual que un ladrón, tartamudeando y palideciendo en presencia de su madre: ¡En una causa de Derecho Sagrado había permitido que una mujer creciese y se convirtiese en un Héctor victorioso! ¡Ah!

Fácil es para el hombre pensar como un héroe; pero más duro le resulta actuar como tal. Todas las audacias imaginables penetran sin dificultad en el alma; pero pocas salen de ella de un modo intrépido.

¿Tenía o no una intención firme de pasar a la acción? ¿Era o no deber suyo cumplir con tan arduo cometido? ¿Por qué diferir la cuestión? ¿Por qué posponerla? ¿Qué ganaba dando largas al asunto? Si la resolución ya había sido tomada, ¿por qué no ejecutar sus planes? ¿Qué le quedaba por averiguar que no supiese ya? ¿Qué otra cosa podía llegar a sus oídos que resultase esencial para el público reconocimiento de Isabel, después de haber hojeado por vez primera su única misiva y haber constatado la realidad sobre su existencia? ¿Le había sobrevenido alguna duda sobre su identidad capaz de detenerle? Ninguna en absoluto. Contra el muro de espesa oscuridad que

constituía el misterio de Isabel, inscrito en él por un dedo fosfórico, destacaba el hecho flagrante de que Isabel era en efecto su hermana. ¿Entonces por qué? ¿Y cómo? ¿A qué venía la ausencia total de acción? ¿Acaso vacilaba al pensar que en el momento en que le anunciase a su madre la existencia de Isabel y su resolución de reconocerla con amor y valentía, su orgullosa progenitora rechazaría la verdad por lo que ésta reflejaba de la personalidad de su desaparecido padre, y por consiguiente repudiaría a Pierre y a Isabel, denunciándolos a ambos y odiándolos a ambos en el mismo grado como cómplices desnaturalizados que trataban de mancillar el buen nombre del más puro padre y esposo? En absoluto. No era aquello lo que le inquietaba. ¿Por ventura no había decidido ya que su madre no debía enterarse de la realidad de Isabel? Pero ¿y entonces? ¿Qué había de hacer? ¿Cómo iba a reconocer a su hermana ante el mundo y al mismo tiempo ocultarle su identidad a su madre, dejando a ésta en la ignorancia de tal reconocimiento? ¡Corto de vista, farsante miserable, mercachifle! ¡Has estado jugando contigo mismo a un juego absurdo y necio guiado por tu autoindulgencia! ¡Insensato cobarde! ¡Cobarde insensato! ¡Desgárrate ante ti mismo y lee en tus entrañas la confusa historia de tu ciega estupidez! Tus dos gloriosas resoluciones —el reconocimiento público de Isabel y el caritativo acto de disimular su existencia ante tu madre— no pueden llevarse a cabo al mismo tiempo porque son contradictorias. Del mismo modo, tu magnánimo propósito de proteger la venerable memoria de tu padre de todo reproche y tu otra idea, reivindicar públicamente tu lazo de sangre con Isabel, también resultan discordantes. Y el que de un modo individual hayas acariciado estas cuatro determinaciones sin percibir que al unir una con otra debían expirar por excluyentes, ¡eso, esa inefable necedad, Pierre, marca por siempre tu frente como la de un enorme imbécil!

¡Bien puedes desconfiar de ti mismo, maldecirte y destrozar tu Hamlet y tu Inferno! ¡Oh bufón, ciego payaso y un millón de veces asno! ¡Aléjate de mí, sujeto pobre y débil! ¡Las acciones elevadas no son para las larvas atontadas como tú! ¡Abandona a Isabel y refúgiate en los brazos de Lucy! Con humildad, ruégale a tu madre que te perdone y a partir de ahora sé con ella más obediente y mejor hijo. ¡Oh, Pierre, Pierre, Pierre, desgraciado!

Resultaba imposible describir la confusión del alma de Pierre, sobre todo desde el momento en que los absurdos mencionados en los párrafos anteriores se presentaron por vez primera ante su conciencia combinatoria. De buena gana habría repudiado la memoria y la mente que habían provocado tal escándalo con la cordura y el sano juicio. Entonces las ígneas inundaciones del Inferno y la oscilante lóbreguez de Hamlet lo ahogaron en sus llamas y niebla respectivos. Las mejillas de su alma se desmoronaron; se arrojó con ciega fiereza, en un súbito acceso de locura, contra el muro de su aposento y cayó en medio del vómito de su detestada identidad.

Libro X

La inaudita resolución definitiva de Pierre

Honrada sea la memoria de aquel que dijo por vez primera: «La más profunda desolación precede al día». No vamos ahora a preocuparnos de si esta lapidaria frase siempre resulta cierta; basta con que a veces se cumpla en los confines de la finita tierra.

A la mañana siguiente Pierre se alzó del suelo de su aposento, donde se había desplomado de madrugada, macilento y con el cuerpo hecho jirones, pero con ánimo sereno, estoico y equilibrado al gozar por anticipado de una visión de su perfecto Futuro. Creía adivinar que la imprevista tormenta que se había desencadenado sobre él de un modo incontenible no había hecho sino beneficiarle, ya que el lugar que en un principio había ocupado sin que él detectase su presencia por resultar demasiado oscuro se había despejado convirtiéndose en un cielo azul que bañaba su alma toda. Tenía la sensación de poder gobernar el nuevo horizonte que divisaba a la perfección.

Su resolución era extraordinaria y sorprendente pero precisamente por eso resultaría más efectiva en un caso de emergencia tan desusado. No sólo era extraña y pasmosa por la novedad que suponía, sino también maravillosa por la sin par renuncia que demandaba.

Estaba decidido desde el principio a impedir por todos los medios que la memoria de su padre fuese violada debido a cualquier acción suya relativa a la protección de Isabel y a su propia entrega como hermano amante y respetuoso. También había determinado no destruir la duradera paz de su madre con la inútil exposición de unos hechos en extremo desagradables. Pero por otra parte había hecho votos sinceros, desde lo más profundo de su alma, de abrazar a Isabel ante el mundo y derramar sobre ella su constante consuelo y compañía. Y como no encontraba el modo de armonizar sus contradictorios propósitos si no era a través de un acto de piadosa impostura, que creía que el cielo justificaría en un caso como el suyo puesto que él había de ser la única víctima abnegada, la resolución que tomó con carácter definitivo e inamovible fue la siguiente: fingir ante la sociedad que en un rito secreto Pierre Glendinning se había desposado con la joven Isabel Banford. Aquella usurpación de la realidad le proporcionaría el medio de vivir siempre junto a ella sobre una base de igualdad y de llevarla consigo a cualquier lugar donde fuese admitida su presencia. Al

mismo tiempo, casándose con Isabel, o simulando hacerlo, desterraría cualquier inquisición siniestra sobre la memoria de su desaparecido progenitor e impediría que la paz de su madre quedase perturbada, consecuencia indisoluble de su conocimiento de la verdad. Ciertamente que, aunque en embrión, vislumbraba que su extraordinaria resolución atribularía cual flecha emponzoñada el corazón de su madre, hiriéndolo de forma tan directa como inevitable; pero eso le parecía parte del ineludible y elevadísimo precio que había de pagar su entusiasta virtud. Confrontando las posibilidades, prefería causarle a su madre viva un dolor agudo que podía ser curado en la intimidad, que deshonorar en el mundo entero y de modo irremediable —eso pensaba— a su fallecido padre.

Es probable que sólo un ser como Isabel podía haber producido en Pierre impresiones lo bastante poderosas como para provocar una resolución tan singular como aquella. Pero la prodigiosa melodía de su pesar había acertado a tocar el instrumento acústico que guardaba en secreto en su pecho por una magia aparente similar a la que había movido a la lengua de cuerda de la guitarra a responder a los musicales lamentos de su melancólico corazón. La profunda voz que emanaba del ser de Isabel lo llamaba desde más allá de las inmensas distancias del cielo y el aire y parecía no existir ningún veto terrenal capaz de ahogar sus celestes súplicas.

Desde que tres días atrás entablara conocimiento personal con ella y fuera atraído por una fuerza magnética hasta su morada, otras persuasiones y potencias distintas de las directas e implícitas en sus deslumbrantes ojos y su asombrosa historia habían dejado en él su indeleble huella, contribuyendo en gran manera a su resolución sin que ni él mismo tomase conciencia de ellas. Isabel lo había impresionado como la gloriosa hija del Orgullo y la Desolación en cuyo semblante estaban trazados los ultramundanos rasgos de sus padres. El Orgullo le confería su indefinible nobleza; la Desolación daba a su gallardía una suavidad angelical, que a su vez aparecía embravecida por una caritativa humildad, cimiento indiscutible de su más elevada excelencia.

Ni de palabra ni en su carta había revelado Isabel el más leve destello de esos deseos y emociones vulgares que podrían atribuírsele no sin cierta justificación a una persona corriente en circunstancias similares. A pesar de su extrema pobreza, no había invocado la liberalidad pecuniaria de Pierre, y aunque había guardado un absoluto silencio en relación con aquel tema, él no podía por menos que advertir que algo en el interior de Isabel parecía desdeñar la posibilidad de apoyarse en la mera munificencia de un semejante, aunque se tratase de su propio hermano. Si bien en formas diversas pero indescriptibles la muchacha había manifestado su conciencia de estar rodeada de seres inferiores e incompatibles con su persona, ya que ella descendía de un tronco de alcurnia y merecía las más refinadas compañías que la vasta sociedad podía proporcionar, nunca había exigido de Pierre que la ataviase con brocados y la

introdujera en el mundillo de las escasas damas opulentas que residían en aquella comarca. Por otra parte al poner de manifiesto su intuitiva elegancia y su auténtica nobleza por medio de ese total desapego para con cualquier motivo sórdido, tampoco había permitido que sus sentimientos se fundiesen en un enfermizo sentimentalismo de un afecto desbordado por el hermano que acababa de descubrir; semejante comportamiento no le habría resultado en absoluto fascinante a Pierre, sobre todo si Isabel hubiese sido una mujer menos atractiva. No. El anhelo intenso e indescriptible evidenciado, sobre todo, en las incoherencias de su misiva no procedía de motivos ruines, vanos ni comunes; constituía el grito inconfundible, que ningún humano sería capaz de sofocar, de la deidad que se expresaba a través de su alma, ordenándole a Pierre que volase en su auxilio y cumplierse así con su más elevado y glorioso deber en este mundo.

No es que dicho deber consistiese en volar con las alas de la obstinación hasta el marmóreo rostro del Pasado y esforzarse por invertir el decreto según el cual Isabel no podría nunca heredar iguales privilegios que un hijo legítimo de su padre. Tras cambiar de opinión en diversas ocasiones, Pierre estaba plenamente convencido de que si se daba este último caso no sólo la igualdad de ambos como hermanos había de resultar desatinada y cruel en sus efectos tanto para los vivos como para los muertos, sino que incluso había de parecerle indeseable a Isabel, quien, aunque hubiese cedido a un momentáneo acceso de entusiasmo agresivo, en su talante habitual, presidido por el pesar y la dulzura, no manifestaba delirios tan ilícitos. Tras un breve análisis sentía que la muchacha se conformaría con permanecer en la sombra en lo concerniente a la identidad paterna si de algún modo lograba apaciguar su ansiedad con la ayuda del amor constante, la simpatía y un entrañable contacto doméstico con algún miembro de su familia. De modo que Pierre no tenía el más remoto recelo en cuanto a su reacción al enterarse de la naturaleza de sus planes, ya que consideraría que no estaban lejos de sus propias esperanzas. En lo concerniente al misterio que la rodeaba —un misterio quizá invencible para mujeres remilgadas y triviales—, tampoco esperaba ningún obstáculo por parte de Isabel; su pasado entero había transcurrido en una enigmática nube, así que lo extraordinario resultaba más que adecuado para regir su vida futura.

Pero si Pierre hubiera leído una vez más el primer párrafo de la carta que su hermana le había dirigido habría inferido la posibilidad de una objeción que su carácter desinteresado ocultaba a los ojos de su entendimiento. Si bien Pierre tenía motivos sobrados para creer que, debido a su vida recoleta y humilde, Isabel ignoraba por completo su grado de relación con Lucy Tartán —ignorancia que al ser manifestada en forma indirecta e inconsciente por ella misma había resultado grata en extremo—; y aunque por una cuestión tanto de astucia como de benevolencia se hubiese abstenido de esclarecer la mente de su hermana en este punto; sin embargo,

a pesar de todo, ¿era posible que una muchacha noble y sincera de corazón como Isabel aceptase de buen grado, por beneficio propio, participar en algo que, a partir del momento en que se llevase a cabo, obstaculizaría para siempre la bendita dicha de su amor que de otro modo se habría consagrado por medio del matrimonio, y atrapar a alguien tan joven y generoso como Pierre en unos lazos ficticios, que aunque en la realidad no fuesen más que una telaraña de aire, en sus efectos se convertirían en un muro de hierro? Porque el mismo motivo que inducía al pensamiento a crear una tal alianza también impedía toda exposición tácita de su impostura, exposición que culminaría en una pública separación de su hermana. A Pierre le quedaba pues negada toda posibilidad de contraer nupcias con cualquier otro ser mientras viviera Isabel.

Pero según el prisma desde el que se mire constituye una dádiva misericordiosa o maléfica de los dioses para con el hombre el hecho de que en el umbral de toda empresa del todo nueva, trascendental y abnegada, los mil intrincamientos y riesgos ulteriores a los que va a conducirnos nuestra acción permanezcan en un comienzo ocultos; de ese modo, a través de su siempre prístina espesura, el Caballero de la Fortuna galopa sin cesar, tan ignorante de los palacios como de los precipicios abismales que se hallan en el corazón de la selva. Resultan sorprendentes, y están más allá de toda creencia ordinaria las extrañas omisiones e inconsistencias que engendra en las almas demasiado jóvenes y ardientes la entusiástica meditación sobre resoluciones únicas y extremas. La vastísima unidad y la sosegada representatividad por las que una mente firme y filosófica capta y atrae hacia sí, en su totalidad colectiva, el objeto de su contemplación, no constituyen las cualidades más características del joven ardoroso. A causa de su vehemente avidez, todo cuanto éste observa queda condensado en forma engañosa; como consecuencia de su ansiedad, cada centro de interés se le antoja separado del conjunto y por lo tanto no hay nada que no vea desde un ángulo equivocado tanto en lo esencial como en lo más relativo y particular. Ya hemos expuesto la pasajera falta de cordura que sufría Pierre, describiéndola lo mejor posible; su escaso sentido de lo absurdo le había inducido a alimentar cuatro propósitos a la vez que en realidad resultaban incompatibles. Y ahora contemplamos al desdichado joven deseoso de complicarse en tan inextricable filigrana del Destino, que casi ni siquiera las tres diestras doncellas acertarían a desembrollarlo si por fin se decidiera a atar sus enredados nudos en torno a sí mismo y a Isabel.

¡Ah, tú, imprudente muchacho! ¿Acaso no flotan mensajeros en el aire que te previenen de los riesgos que corres y te indican la dirección de los laberintos cretenses adonde te conduce tu cuerda de la vida? ¿Dónde están ahora las altas beneficencias? ¿Hacia qué lugar han huido los dulces ángeles que son los supuestos guardianes del hombre?

No es que el impulsivo Pierre ignorase por completo las amenazas que se cernían sobre él en el futuro si actuaba de acuerdo con su sin par resolución; pero al estar

irreflexivamente condensados en él los riesgos no ofrecían su real magnitud; además, debido a la determinación de su propósito, aunque le hubiesen sido arrojados a la cara, no habría renunciado a su renunciación. En lo concerniente a las contingencias más inmediatas derivadas de su resolución principal, en cierta medida las preveía y comprendía. Por lo menos parecía dar por sentado que la menor esperanza de unirse a Lucy Tartán debía ser desechada; intuía que su ruptura le causaría a su prometida una honda herida que en su natural reflujo redoblaría su sufrimiento, y que su heroísmo, por insospechado e inexplicable ante los ojos del mundo, engendraría reacciones: por infame y falso con la mujer amada, incapaz de observar los más sagrados votos humanos; por amante y esposo secreto de una muchacha enigmática y desconocida; por desdeñoso de todos los sabios consejos de una madre amantísima; por provocador de un imperecedero reproche contra un nombre honorable; por fatuo desheredado voluntario de una próspera mansión y una floreciente fortuna. En fin, toda su vida quedaría cubierta ante los ojos de la inmensa humanidad por una niebla omnipresente de incurable lobreguez, que de seguro no habría de disiparse ni en la hora de la muerte.

Ésos son, oh, tú, hijo del hombre, los peligros y calamidades que haces caer sobre ti, cuando, incluso en una causa virtuosa, te apartas en tu caminar de las líneas arbitrarias de conducta que el mundo ordinario, en su vileza y cobardía, te marca por tu bien como miembro de la sociedad.

En ocasiones resulta fantástico seguir el rastro de las cosas más extraordinarias y profundas para buscar su posible origen; con frecuencia se halla en algo trivial o trillado en extremo. Sin embargo así de extraña y complicada es el alma humana; evoluciona envuelta en tanta confusión hacia el exterior, llevan hasta ella tan vastos y diversos accesos desde todos los puntos posibles y resulta tan difícil distinguir un movimiento de otro, que el hombre más sabio habría de ser calificado de temerario si pretendiese señalar con total certidumbre el origen preciso e incipiente de sus pensamientos y acciones más definitivos. Según lo que nosotros, ciegos topos, alcanzamos a vislumbrar, la vida del hombre parece basarse en su respuesta a misteriosas insinuaciones; de un modo u otro se nos sugiere que hagamos esto o aquello. Porque sin duda alguna ningún simple mortal que haya penetrado en sí mismo tratará de hacernos creer que incluso el más ligero pensamiento o acto se ha originado tan sólo en su determinada identidad. Este largo preámbulo puede no resultar del todo innecesario para introducir la extraña noción de que, muy probablemente, el germen latente que impulsaba a Pierre a ejecutar su extraordinaria resolución —la conversión nominal de una hermana en esposa—, diera ya señales de vida cuando el joven había decidido considerar a su madre como una hermana; al hacerlo, Pierre había habituado a su voz y a su actitud a manifestarse en forma ficticia en una de las relaciones más domésticas que existen en la vida. La textura moral del

hombre podría calificarse de porosa, puesto que todo cuanto es absorbido en la superficie acaba por infiltrarse en el interior; de ahí que su costumbre de emplear un trato irreal como el que hemos mencionado en la frase anterior había predisposto su mente, sin que ni él mismo lo advirtiese, a aquel tipo de comportamiento; si bien de momento este último había estado hasta entonces presidido por la inocencia y el agrado. Si la idea expuesta resulta plausible, podría añadirse que para Pierre la época de placer ya contenía en toda su magnitud la hora futura de la gravedad; por medio del deporte había aprendido los ejercicios del pesar.

II

Si además de la resolución de socorrer para siempre con espíritu fraternal a Isabel existía en aquel momento una determinación inflexible en el ánimo de Pierre, que compartía también el carácter sagrado e indisoluble de su juramento, era la entusiasta y en apariencia superflua determinación de conservar intacta la memoria de su padre y no revelar a un solo ser viviente la paternidad de Isabel. Definitivamente muerto y desaparecido de la faz de la tierra, habiendo regresado al total desamparo según las reglas de este mundo, la efigie de su difunto padre parecía apelar al sentido del deber y a la capacidad de perdón de Pierre en términos mucho más conmovedores que si sus acentos proviniesen de labios mortales. Y aquello que, no a través de una falta de Pierre sino del pecado de su padre, hacía que la reputación del progenitor estuviese a merced del joven y que no pudiese permanecer inviolada más que por el voluntario sacrificio de la felicidad terrenal del hijo, ¿qué significaba para éste? Aquello no hacía sino rasgar las cuerdas más altas del seno filial, colmándolo de magnanimidades infinitas. Nunca había acariciado el generoso Pierre la pagana concepción según la cual en el mundo el Pecado constituye un objeto adecuado para ser extendido sobre las más crueles nubes de la etérea Virtud, de modo que esta última, con la propia satisfacción que le es consubstancial, se nutra en su ruin cobardía de la palidez de la angustia que acompaña al Pecado. En verdad la Virtud no reclama nuestra aprobación con menor fuerza que la empleada por el Pecado arrepentido en su irreparabilidad para exigir, no sin motivo, nuestra mayor ternura e interés. Cuanto más inmensa sea la Virtud, mayor ha de ser nuestro beneplácito; del mismo modo el Pecado posee un grado de santidad no inferior al que conlleva el comportamiento angélico. Un grave Pecado requiere más benevolencia que una Virtud escasa. ¿Qué hombre que merezca ese nombre no siente emociones más vividas y generosas por mediación del gran dios del pecado, Satanás, que por la de aquel mercero que sólo es pecador en los asuntos rutinarios y honorables relacionados con su negocio?

Pierre se estremecía en gran medida ante la nebulosa impenetrable, pero no por ello menos significativa dentro de su oscuridad, que la inconexa historia de Isabel elevaba en torno a la vida juvenil de su padre. Pero al recordar la muda ansiedad que

se desprendía de la invocación realizada por aquella mano vacía y cenicienta alzada en el lecho de muerte, sentía con punzante entusiasmo que por muy negra que fuese la sombra de la culpa de su padre, en la hora final el arrepentimiento había tratado de borrarla; el acto casi póstumo del moribundo había estado impregnado de una desolación sin límites, ya que sólo él conocía su causa, y ésta se había convertido para él en un secreto devastador. Considerando el asunto desde el punto de vista de su familia, ¿acaso su padre no habría muerto delirando? ¿De dónde podían provenir sus divagaciones, tras la próspera existencia que había llevado? ¿No tenían por ventura su origen en crueles remordimientos?

Conmovido y templado en todos sus nervios y vísceras para mejor preservar intacta la memoria de su padre, Pierre volvió su rostro sin temor y se enfrentó con Lucy Tartán, jurando solemnemente que ni siquiera ella conocería toda la verdad; no, no había de confiarle siquiera el menor detalle.

Una hiriente crueldad acompaña siempre el más exaltado heroísmo. La auténtica bravura no sólo consiste en permanecer impávido en la hora del sufrimiento, sino en soportar la adversidad añadiendo a nuestra aflicción la de un ser querido; podríamos establecer un límite a esta comunión en la desdicha si estuviéramos dispuestos a renunciar en un momento determinado a la gloriosa causa que provoca nuestro derramamiento de sangre y el de la persona amada, que sucumbe ante nuestros propios ojos. Si estaba resuelto a no someter la vergüenza y el deshonor de su padre al juicio del mundo, cuya opinión favorable en relación con su propia persona despreciaba, ¿cómo iba Pierre a revelar su secreto a la mujer que adoraba? A ella menos que a nadie podía descubrir el sepulcro de su padre y rogarle que contemplase de qué viles logros había brotado él, su prometido. Así que Pierre dio media vuelta y ató a Lucy a la estaca que él mismo había de soportar, ya que veía con extrema claridad que, aunque no fuese justo, sus dos corazones habían de arder y consumirse al unísono.

Sí, la determinación de preservar la memoria de su padre entrañaba la necesidad de simular incluso ante Lucy sus desposorios con Isabel. Ni siquiera a ella podía decirle la verdad. Aquello agravaría el dolor de la separación, al sugerir a la mente de Lucy conjeturas, tan infundadas como lógicas, que contaminarían en extremo, para desgracia de ambos, la idea que se había formado de él. Pero en aquel punto aún confiaba en conseguir, sin menoscabo de sus lazos filiales, por medio de insinuaciones significativas, detener esas oscuras suposiciones. Si no le era dado exponer la situación real, por lo menos debía ingeniárselas para no inducirla a un error completo.

Para su madre estaba Pierre más preparado. Consideraba que, por un decreto inescrutable cuya existencia constituía una necesidad tratar de evadir, rechazar o ignorar, la familia de los Glendinning había sido designada en forma imperiosa para ofrecer una víctima a los dioses de la desdicha, exigiendo de ella un gran holocausto.

Sólo su madre o él podían someterse al martirio. Si le revelaba el secreto al mundo, sería su madre quien sufriría las consecuencias; si por el contrario lo silenciaba contra viento y marea, el castigo recaería sobre él. Incluso se convertiría en una víctima con respecto a su madre ya que, dadas las peculiares circunstancias del caso, la ocultación del secreto culminaría en una errónea concepción por parte de su progenitora, que le acusaría de infame. Pero no le quedaba más remedio que someterse a la posibilidad de ser malinterpretado y cubierto de deshonor.

Había otra amenaza —es la última que mencionamos, ya que ocupaba un lugar remoto en la conciencia de Pierre— que le anunciaba con total seguridad el desastre. Aquello que de momento no era más que una insinuación leve pero oscura ejercía sobre Pierre una poderosa influencia al ser aprehendida, preparándolo para lo peor.

La última y fatal enfermedad de su padre había hecho presa en él de forma imprevista. Tanto la probable perturbación de su mente en relación con su vida pasada, a nadie revelada pero recordada en presencia de su hijo en una hora maléfica, como sus subsiguientes divagaciones, le habían impedido un nuevo testamento que invalidase el que había dictado poco después de contraer nupcias y antes del nacimiento de Pierre. Sus cláusulas nunca habían sido expuestas ante un tribunal de justicia; y dada su convicción de que tanto su futuro como el de su hijo habían de estar presididos por el amor y el buen entendimiento mutuos, la señora Glendinning sólo había tratado de someterlo a debate en una ocasión y de modo inconcluyente, guiada por la idea de reordenarlo todo de un modo mejor y más apropiado que lo adaptase a circunstancias no existentes en la época en que había sido escrito. En dicho testamento su padre había expresado el deseo de que, a su muerte, la entera propiedad de los Glendinning fuese heredada por su madre.

Pierre era sensible a las proféticas insinuaciones de su mente; éstas le ofrecían por adelantado la imagen de una madre arrogante y temperamental que, al sentirse ofendida en lo más profundo de su alma, había de mostrar toda amargura y desprecio al hijo que en un tiempo había constituido objeto de dicha y orgullo pero ahora se había convertido en un ser condenable, no sólo por su rebelión personal sino también por el deshonor flagrante en el que caía ante los ojos del mundo. También preveía con total certeza que, del mismo modo que su madre no habría permitido que Isabel Banford cruzara su umbral con su auténtica identidad, tampoco admitiría jamás su presencia en la mansión enmascarada en una personalidad y condición fingidas. Aún menos había de aceptarla como la muchacha desconocida e insidiosa que por medio de artes perniciosas había seducido a su hijo único, depravándolo y precipitándolo en un abismo de infamia. Pero rechazar a Isabel significaba excluir a Pierre de su vida, si no lo desterraba antes por motivos independientes, o lo que es lo mismo, movida por su exasperación.

Las sugerencias interiores sobre su madre tampoco se abstenían de dibujar a su soberbio corazón, enardecido contra él con llama inflexible hasta tal punto que, además de cerrar las puertas tanto a él como a su ficticia desposada, rehusaría rotundamente contribuir con una sola moneda de cobre a la manutención de una pareja cuya fingida unión le resultaba más que aborrecible. Y si bien Pierre no poseía el suficiente conocimiento de las ciencias legales para saber lo que dictaminarían si apelaba a la justicia para obtener como hijo la partición de la propiedad de su legítimo padre; aunque ignorase, repito, sus posibilidades en ese terreno, sentía sin necesidad de pasar a la acción una repugnancia invisible ante la mera idea de arrastrar la mano y el sello de su padre a público juicio, basándose en motivos viles y mercenarios y teniendo por antagonista a su propia madre. Sus infalibles presentimientos le pintaban el carácter de su progenitora de tal modo que dejaban al descubierto sus rasgos más fieros —hasta entonces mantenidos en reserva por el mero azar y felicidad de las circunstancias—; estaba persuadido de que la exasperación contra él la llevaría incluso a soportar la prueba de una contienda legal por la posesión de la fortuna de los Glendinning. Porque en verdad había latente en el carácter de su madre una fuerza nunca manifestada, además de una cierta masculinidad que bien justificaba los temores de Pierre. Existía también un hecho a considerar: fuesen cuales fuesen sus intenciones, durante casi dos años completos seguiría siendo un menor, un infante a ojos de la ley, incapaz de presentar en persona ninguna demanda judicial. Y por mucho que quisiera recurrir a un amigo entrañable, ¿quién aceptaría convertirse en un íntimo compañero cuando la ejecución de su gran propósito lo difamaría, cerrándole las puertas de toda sociedad humana?

Todos aquellos pensamientos y muchos otros parecían vigorizar el alma del infatuado y vehemente joven.

III

Existe en algunos corazones humanos un oscuro y loco misterio que a veces, en insólitos estados de ánimo, les despierta una ansiedad capaz de impulsarles a desatar los lazos más intensos del amor, en ese instante obstáculos para la consecución del objetivo que el desequilibrio les sugiere como trascendental. En esos momentos nuestras relaciones más entrañables se nos antojan nefastas por esencia; nos sentimos transportados hasta las cumbres más elevadas y creemos poder prescindir del valle que se extiende a nuestros pies; desdeñamos las caricias; los besos se nos antojan verrugas; y desechando todas las formas palpitantes del amor mortal, abrazamos en el vacío al infinito e incorpóreo aire. Tenemos la impresión de no ser humanos y nos convertimos a nosotros mismos en célibes y dioses; pero una vez más, como las divinidades griegas, nuestras inclinaciones nos impulsan a descender a la tierra ya que estamos satisfechos de esa complacencia amorosa nuestra que nos permite ocultar nuestras sobrenaturales cabezas en senos formados por una arcilla demasiado seductora para ser resistida.

Hastiado de la tierra inmutable, el marino incansable rompe la atadura de los brazos femeninos y se hace a la mar en la cresta de una ola, arrastrado por la tempestad y por el rugido del viento. Pero en las largas noches de vigilancia en las antípodas, ¡qué pesadez cobra el lóbrego océano cuyas emanaciones parecen desplomarse como vastos fardos sobre la cubierta! Entonces piensa que en ese mismo momento, en la aldea abandonada que le vio nacer, el sol del hogar está alto en el cielo y más de una doncella de ojos resplandecientes como el sol se halla, como éste en su apogeo, en el mediodía de la existencia. Maldice al Destino; a sí mismo se maldice y su demencia sin sentido, que no es sino su propia persona. Porque aquel que ha conocido la dulzura una sola vez y luego se ha alejado de ella se ve perseguido siempre por el sueño vengador.

Pierre era uno de aquellos vulnerables dioses; un marino que se recriminaba a sí mismo, visitado por sueños vengadores. Si bien en algunos aspectos se había liberado del engañoso hechizo y se había obligado a contemplar el porvenir tal como se presentaba, en lo concerniente a Lucy continuaba haciendo juegos malabares con la

realidad. Era cierto que Lucy estaba tan íntimamente entrelazada con su extraordinario propósito que le parecía imposible moldear su futuro sin encontrarle una perspectiva al amor sincero que profesaba por su prometida. Pero ignorante aún de la intensidad, o temeroso de averiguarla, actuaba como un especialista de álgebra: en sus pensamientos sustituía a la Lucy real por un signo, una x que representaba la vacía incógnita; y en la solución final del problema seguía sin reemplazar esa x por la persona que representaba.

Pero aquella mañana, tras alzarse del abatimiento que lo había arrojado al suelo de su aposento y elevarse por sobre la aún más profunda postración de su alma, Pierre creyó comprender que el horizonte de su incierto destino estaba por completo a su merced. En efecto, sus resoluciones se definían con total nitidez, ya que habían sido designadas con carácter inamovible; por fin, como punto culminante, la forma viva de Lucy se había deslizado hasta el más remoto rincón de su corazón respirando en forma audible. Los pulmones de Pierre parecieron detenerse; sus pupilas fulguraban porque la dulce imagen de la mujer amada, tanto tiempo sepultada, emergía de su tumba con nuevo vigor; su cabello dorado y luminoso arrojaba a su paso la mortaja que la había cubierto en profundidades abismales.

Durante unos instantes todas sus preocupaciones menores quedaron relegadas: su madre, Isabel, el mundo entero en su vasta extensión. Sólo una visión permanecía inmutable, un interrogante inmenso capaz de absorber cualquier pensamiento: ¿era Lucy o el mismo Dios?

Corramos un velo en este punto. Algunas batallas inefables libradas por el alma no pueden ser descritas; hay pesares inenarrables. Dejemos que la ambigua procesión de los acontecimientos revele la vaguedad que los envuelve.

Libro XI

Pierre cruza el Rubicón

Una vez ha sido absorbido por el torbellino, al hombre no le queda sino dar vueltas. Golpear desde un extremo la hilera más larga concebible de bolas de billar colocadas de forma que mantengan un estrecho contacto; la más lejana saldrá impulsada, mientras las demás permanecerán donde estaban; sin embargo aquella no había sido siquiera rozada por el taco. Del mismo modo, a través de gran número de generaciones previas, tanto de nacimientos como de meditaciones, el Destino se cernía indirectamente sobre una víctima tardía. El damnificado no admite el efecto del impacto porque no lo ha sentido, ya que en realidad no ha sido descargado sobre él. Pero Pierre en aquellos momentos no se debatía entre el Inapelable Destino y el Libre Albedrío; eran el Inapelable Destino y el Libre Albedrío los que luchaban por su posesión, saliendo el Inapelable Destino vencedor en la contienda.

Las peculiaridades de aquellas influencias que durante la noche y el alba siguientes al último encuentro con Isabel habían persuadido a Pierre de la necesidad de adoptar una resolución definitiva le impulsaban en estos momentos en forma irresistible a actuar con notable prontitud, aún más por haber resultado ser un haragán en las horas precedentes.

Sin detenerse a reflexionar y determinar que como primer paso debía comprobar si eran ciertas las objeciones atribuidas a Isabel en relación con el fingimiento de unas nupcias entre ambos, Pierre se precipitó a una acción que, por otro lado, aportaría una virtud efectiva a tal intención no ejecutada, arrebatándole su motivo correspondiente. Porque, ya que Lucy estaba implicada en modo tan deplorable en su primitiva resolución, la imagen de la muchacha ocupaba ahora toda su mente; de ahí que, al sentir una viva ansia de no mantenerla en suspenso por más tiempo y de pronunciar ante ella su destino por medio de una cierta especie de caridad (o quizá de crueldad), sus primeros pensamientos definitivos le indicaron que debía ir a visitar a la mujer amada aquella misma mañana. Sin duda alguna la trivial circunstancia que hacía que Lucy morase más cerca de la mansión que Isabel contribuyó con añadida si bien inconsciente influencia al esquema de acción trazado por su mente.

En días anteriores, cuando aún se sentía indeciso, Pierre se había esmerado en disfrazar sus emociones ante su madre, eligiendo su atavío con especial celo. Pero

aquella mañana en la que su alma entera debía permanecer cubierta por una máscara, decidió no ocultar su cuerpo bajo indignos paliativos o embozos. Acudió a la pequeña casa campestre de Lucy tan desordenado en su persona como demacrado en su rostro.

II

Ella aún no se había levantado. Así que la extraña e imperiosa prisa que se revolvía en su interior impulsó a Pierre a dirigirse como una exhalación hasta la puerta del aposento de la muchacha y, en una voz de sumisa invencibilidad, exigir inmediata audiencia porque el asunto era urgente y no admitía demora.

Inquieta y preocupada por su amado, que llevaba cuarenta y ocho horas ausente solucionando un asunto misterioso e irrevelable, Lucy, al oír su asombrosa y vehemente llamada, quedó sobrecogida por un súbito terror; y olvidando el sentido de la propiedad respondió a la demanda de Pierre con un inmediato asentimiento.

Tras abrir la puerta el joven avanzó hacia ella despacio pero con ademán deliberado; Lucy, al observar de cerca aquella faz pálida que reflejaba una incomprensible determinación, emitió un grito de inquisitivo pesar. Se incorporó temblorosa sin levantarse del lecho ni pronunciar palabra alguna.

Pierre se sentó junto a la cabecera y sus ojos se toparon con la mirada aterrorizada y virginal de la muchacha.

—Así, engalanada en el blanco de la pureza y con pálidas mejillas, estás en verdad preparada para el altar; pero no para aquel con quien sueña tu tierno corazón; ¡hermosa víctima!

—¡Pierre!

—La peor crueldad de los tiranos consiste en obligar a sus enemigos a apuñalarse entre sí.

—¡Corazón mío! ¡Mi amor!

—No sigas, Lucy; me he desposado.

La muchacha no estaba ya pálida, sino blanca como un leproso; las sábanas que cubrían su cuerpo temblaban al son de los ocultos estremecimientos de todos sus miembros. Por un momento permaneció sentada con la mirada perdida en el vacío pero los ojos clavados en los de Pierre, que no reflejaban la menor emoción; al cabo de un instante se desplomó sobre él, desvanecida.

Un presto furor ascendió al cerebro de Pierre; entonces todo el pasado se le antojó un sueño y el presente un horror ininteligible. La alzó por ambos brazos, extendió su

inmóvil forma sobre el lecho y golpeó con el pie en el suelo pidiendo auxilio. Martha, la doncella, entró a la carrera en la estancia y al contemplar aquellas dos inexplicables figuras dio un alarido de terror y se volvió contra la pared, de espaldas a ambos. Pero la persistente llamada de Pierre la reanimó de su espanto; abandonó precipitadamente el aposento, regresó con un potente restaurativo y por fin logró que Lucy recuperase el conocimiento.

—¡Martha! ¡Martha! —murmuró esta última en un suspiro casi inaudible, temblando entre los no menos vacilantes brazos de la doncella—. ¡Rápido, ven a mí! ¡Haz que se vaya, ahuyenta esta pesadilla! ¡Despiértame! ¡Despiértame!

—¡Ruego a Dios que le permita dormir de nuevo! —exclamó Martha, inclinándose sobre ella, abrazándola y medio girando la cabeza hacia donde se encontraba Pierre, sin poder reprimir una mirada de indignada repugnancia—. ¡En el sagrado nombre de Dios! Señor, ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Acaso sois presa de una maldición?

—¿Una maldición? Algo así es, en efecto. ¿Ha vuelto ya en sí, Martha?

—De algún modo la habíais asesinado; ¿cómo puede un muerto volver en sí? ¡Mi dulce señorita! ¡Oh, mi jovencísima dueña y señora! ¡Habladme! ¿Qué tenéis? —suplicó, arqueándose para oírla mejor.

Pierre, por su parte, avanzó hacia el lecho indicando con un gesto a la doncella que se retirase; pero tan pronto como Lucy se enfrentó de nuevo con su macilento rostro, volvió a gemir y susurrar estas palabras:

—¡Martha, Martha! ¡Ahuyéntala! ¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Es él! ¡Es él! —pronunciando estas palabras cerró los ojos convulsivamente, y extendió los brazos como para rechazar una horrible visión.

—¡Monstruo! ¡Enemigo incomprensible! —vociferó la doncella, dominada por un pánico aún más indescriptible—: ¡Alejaos! ¡Muere tan sólo de veros! ¡Desapareced! ¿Queréis aniquilarla, asesinarla por sorpresa? ¡Marchaos!

Rígido y helado por la emoción, Pierre dio media vuelta, y salió de la alcoba en silencio, descendió las escaleras como si tuviese un peso en los pies, anduvo como quien lleva una gran carga al hombro por el pasillo largo y estrecho que conducía a una de las alas traseras de la casa y, tras llamar con los nudillos a la puerta de la señora Llanyllyn, le rogó que acudiese a la cabecera de Lucy, quien, según explicó en breves palabras, se había desmayado. Sin aguardar respuesta, salió de la casa y regresó a la mansión sin demora.

III

—¿Se ha levantado ya mi madre? —le preguntó a Dates, con quien se tropezó en el vestíbulo.

—¡Aún no, señor! ¡Por todos los cielos! ¿Está enfermo el señor?

—Sí, enfermo de muerte. Déjame pasar.

Mientras ascendía la escalinata en dirección al aposento de su madre oyó unos pasos que se aproximaban y se topó con ella en el gran rellano central; en una hornacina lateral el marmóreo grupo formado por Laocoonte, corruptor de cultos, y sus dos inocentes hijos se retorcían en tormentos eternos atrapados en la maraña inextricable de las serpientes.

—Madre, regresemos juntos a tu alcoba.

La señora Glendinning contempló su repentina presencia al tiempo que trataba de reprimir un presentimiento oscuro; se irguió, arrogante y esquiva, y rechazando la proximidad de su hijo, dijo con labios temblorosos:

—Pierre, tú mismo me has negado tu confianza, y no me obligarás con tanta facilidad a recuperarla. ¡Habla! ¿Qué ocurre ahora entre nosotros?

—Me he desposado, madre.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Con quién?

—No con Lucy Tartán, madre.

—El mero hecho de que afirmes que no ha sido con Lucy sin mencionar en absoluto el nombre de tu nueva esposa constituye una prueba de la vileza de ésta. ¿Lo sabe ya Lucy?

—Vengo de su casa.

La rigidez de la señora Glendinning había ido cediendo poco a poco. Se asió con fuerza a la balaustrada, se inclinó hacia delante y permaneció temblando unos instantes. Acto seguido alzó su cuerpo arqueado haciendo acopio de toda su soberbia y quedó inmóvil ante Pierre, mientras en su rostro se reflejaba un sentimiento de pesar y desprecio implacables, desprovistos de la menor curiosidad.

—Mi alma, a pesar de estar en las tinieblas, profetizaba algo oscuro y aborrecible. Si todavía no has hallado otro alojamiento ni otra mesa que los que esta casa te

proporciona debes buscarlos en seguida. Mi techo y mi mesa no continuarán soportando la presencia de aquel que una vez se llamó Pierre Glendinning.

Dio media vuelta y con andar tambaleante ascendió la sinuosa escalera desapareciendo al fin de su vista. Pierre creyó sentir, al agarrarse a su vez a la balaustrada, que una súbita convulsión recorría todo su cuerpo; era como una prolongación del estremecimiento de su madre al sujetarse a ella.

Miró a su alrededor con ojos vacuos, y descendió bamboleándose a la planta baja para abandonar la mansión en silencio. Pero al cruzar el umbral su pie tropezó con el resalto elevado; su cuerpo salió despedido hacia delante sobre el portal de piedra y cayó de bruces. Parecía que estuviese siendo arrojado con escarnio de su propio techo ancestral.

IV

Pierre pasó por la puerta exterior del atrio, la cerró tras él y se volvió para apoyarse en ella y fijar sus ojos por última vez en la gran chimenea Central de la mansión, de donde salía un ligero humo azulado que serpenteaba en el aire matinal.

—Estos pies no reposarán más sobre la solera del hogar desde el que te elevas. Lo siento dentro de mí. Oh, Dios: ¿qué nombre le das a aquello que ha convertido a Pierre en un vagabundo?

Se alejó despacio y al pasar bajo las ventanas de Lucy alzó la vista; las blancas cortinas estaban corridas, la casa entera había enmudecido, encerrada en sus muros de nieve, y un albo caballo relinchaba atado a la puerta, con la silla colocada.

—Volvería a entrar, pero de nuevo sus sollozos de repulsión me alejarían de su presencia. ¿Qué puedo hacer o decir para aliviarla? Me es imposible darle explicaciones. Sabe ya cuanto he decidido revelarles. Sí, pero irrumpiste de una forma cruel en su aposento y en sus sueños para comunicárselo. ¡Tu impetuosidad, tu prontitud la han matado, Pierre! ¡No, no, no! ¿Quién podría dar tan terribles noticias con dulzura? Si es inevitable apuñalar, ¡el efecto de la daga debe ser instantáneo! Esas cortinas han sido corridas sobre su cuerpo; no me queda más que correr las cortinas de mi alma sobre su dulce imagen. ¡Duerme, duerme, duerme, duerme, ángel! ¡No despiertes más ante Pierre, ni ante ti misma, Lucy querida!

Aceleró el paso y al arrancar a andar de forma ciega, chocó contra un caminante que avanzaba en dirección contraria. El desconocido se detuvo perplejo; al levantar la mirada, Pierre reconoció en él a un criado de la mansión. La urgencia que ahora imprimía a todas sus acciones recobró una vez más su ascendiente sobre él. Ignorando la mirada de consternación del hombre al toparse de modo tan singular con su joven amo, Pierre le ordenó que le siguiera. Dirigiéndose con paso ligero al Black Swan, la pequeña posada del pueblo, entró en la primera estancia que encontró vacía e indicándole al sirviente que tomase asiento buscó al patrono y solicitó papel y pluma.

Si tal oportunidad se les ofrece, en momentos de desacostumbrada aflicción las mentes de cierto temperamento encuentran un alivio extraño e histérico en un humor perverso y desequilibrado, que aún les parece más fascinante por lo inapropiado que

resulta en la ocasión; si bien rara vez manifiestan dicho rasgo delante de aquellas personas que están más íntimamente relacionadas con la causa o efecto del sufrimiento en cuestión. El gélido espíritu crítico del filósofo definiría tal conducta nada más y nada menos que como demencia temporal; y quizá sea así, ya que, desde el punto de vista de la mera razón concentrada, que cabría calificar de inexorable e inhumana, todo pesar, tanto aquel que sentimos por nosotros mismos como el que nos viene inspirado por causas ajenas, culmina en la más diáfana sinrazón.

Presa de tal estado de ánimo, Pierre escribió el siguiente mensaje:

«A Dates, un muchacho estupendo.

»Dates, amigo mío, muévete en seguida. Ve a mi aposento, Dates, y bájate el cofre de caudales de caoba con cerrojo; es el que está cubierto de calicó azul. Sujétalo bien con correas, mi dulce Dates (pesa mucho), y llévalo hasta el portal. Déjalo fuera. Sube de nuevo y bájame el escritorio, que depositarás exactamente en el mismo sitio. Entonces repetirás el recorrido por tercera vez y colocarás en el atrio la cama de campaña (asegúrate de que estén todas las piezas), tras ligar la cubierta con una cuerda. En el cajoncito del rincón izquierdo de mi guardarropa encontrarás mis tarjetas de visita. Clava con tachuelas una al cofre, otra al escritorio y una última a la funda de la cama de campaña. Seguidamente reunirás mis vestiduras, sin olvidar ninguna, y las embalarás en baúles (sobre todo recuerda las dos viejas capas militares, muchacho), en los que asimismo ajustarás tarjetas con mi nombre. Luego darás tres vueltas indefinidas en círculo al aire libre y enjugarás parte de tu transpiración. A continuación... déjame pensar... sí, a continuación, mi buen Dates, ¿qué harás? Pues bien, esto que te ordeno: recoge todos los papeles, sean del tipo que sean, que encuentres esparcidos por la estancia y hazlos quemar. Por último prepara al viejo White Hoof, atándolo al carro de granja más ligero de la mansión y envíame el cofre, el escritorio, la cama y los baúles al Black Swan, desde donde daré orden de que me los mandes cuando esté preparado para recibirlos y no antes, dulce Dates. Así que Dios te bendiga, mi buen viejo e imperturbable Dates. ¡Adiós!

Tu viejo y joven amo,
PIERRE.

Nota bene: Fíjate bien en lo que voy a decirte, Dates. Si se diese el caso de que mi madre te interrumpiera en tu tarea, dile que estás siguiendo mis instrucciones y menciónale los objetos que me hago enviar; pero bajo ninguna circunstancia debes mostrarle esta carta. ¿Me oyes bien? PIERRE otra vez».

Doblando el pliego escrito de tal forma que adoptase una forma grotesca, Pierre le encargó al criado que se lo entregase a Dates de inmediato. Pero el hombre, perplejo, vacilaba revolviendo en su mano el billete. Pierre, una vez agotada su paciencia, le ordenó en forma estentórea y violenta que partiese hacia su destino; pero cuando el

hombre salía a toda prisa, dominado por el pánico, Pierre le rogó que regresara y se retractó de sus ofensivas palabras. Viendo que el sirviente se demoraba de nuevo, quizá con la idea de aprovecharse del arrepentimiento de su amo para reconvenirle o mostrarle su adhesión, Pierre le mandó que saliera aún con más violencia, pateando incluso en el suelo para obligarle a ir más aprisa.

Tras informar al viejo e igualmente estupefacto posadero que llegarían algunos objetos destinados a él (Pierre) en el curso de la mañana; una vez hubo expresado su deseo de que preparasen un aposento para él y su joven desposada, aposento que debía tener un anexo cómodo que sirviese de cuarto de vestir; y cuando hubo pedido que le reservasen una tercera alcoba para un sirviente, Pierre abandonó el lugar, dejando al anciano patrón mirándole con ojos vacíos y perdidos, atónito y preguntándose en silencio qué cosa horrible había sido capaz de trastocar la mente de su joven y elegante favorito, además de antiguo compañero de caza, maese Pierre.

Pronto aquel anciano de corta estatura avanzó con la cabeza descubierta hasta el bajo porche de la posada, descendió su único escalón y cruzó parte del camino, quedándose en el centro con la mirada fija en Pierre. Sólo cuando el joven se perdió sendero arriba su asombro y su afán hallaron una forma de expresión adecuada.

—Yo le enseñé; sí, yo, el viejo Casks; maese Pierre es el mejor tirador de toda la comarca; espero que ahora no se convierta en su propio blanco y acabe por disparar contra sí mismo. ¿Casado? ¿Desposado? ¿Y viene a dormir aquí? ¡Esto no huele bien!

Libro XII

Isabel, la señora Glendinning, el retrato y Lucy

Cuando la noche anterior Pierre había abandonado la granja que servía de morada a Isabel, se recordará que no se había asignado hora, ni del día ni de la noche, ni momento preciso para un tercer encuentro. Había sido Isabel quien por un motivo sin duda importante para ella había convocado su primera entrevista al anochecer.

Ahora que el sol se hallaba alto en el cielo Pierre se aproximó a la granja de los Ulver, distinguiendo a Isabel en la distancia; la muchacha permanecía de pie en el exterior del cobertizo-despensa donde se guardaban los lácteos, ocupada en disponer mil potes de leche relucientes como escudos sobre un estante alargado, a fin de purificarlos al sol. Sólo vislumbraba la espalda de la muchacha. Al cruzar Pierre la portezuela y caminar por el césped suave, verde y poco crecido, amortiguó su andar en forma inconsciente; se detuvo a muy poca distancia de su hermana, le dio una palmada en el hombro y se quedó muy quieto.

Ella se sobresaltó, se estremeció, dio media vuelta con gran rapidez, emitió un grito extraño y ahogado y entonces le miró con fijeza mientras en su rostro se dibujaba una expresión implorante.

—Tengo un aspecto un tanto singular, dulce Isabel, ¿no es cierto? —dijo Pierre por fin, esbozando una triste y torcida sonrisa.

—Hermano mío, ¡bendito seas! Habla; dime, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho? ¡Oh! ¡Oh! Tendría que haberte advertido primero de las consecuencias, Pierre, Pierre; es culpa mía. ¡Sí, sólo mía!

—¿Qué es lo que es culpa tuya, dulce Isabel?

—Has revelado la existencia de Isabel a tu madre, Pierre.

—No, no lo he hecho, Isabel. La señora Glendinning desconoce tu secreto.

—¿La señora Glendinning? Pero si es... es tu propia madre. Pierre, hermano mío, explícate, en el nombre del cielo. Desconoce mi secreto y tú apareces por aquí de súbito y con un deplorable aspecto. Vamos, ven conmigo adentro. Rápido, sígueme, Pierre. ¿Por qué no te mueves? ¡Oh, Dios mío! Yo, que a veces me veo aquejada de una extraña demencia, he tenido que contagiar mi propia locura a la persona que más me ama y que según me temo ha causado su propia ruina por defenderme. ¡Permítame el cielo no pisar un segundo más este césped que es mi tumba, y

concédame el don de caer postrada bajo tierra para no ver lo que sucede! ¡Cuéntame! —exclamó, agitando los brazos de Pierre con sus frenéticas manos—. Dime, ¿acaso destruyo sólo con la mirada? ¿Es mi rostro el de una Gorgona?

—No, mi dulce Isabel; pero posee un poder aún más soberano que aquella que convertía en piedra; el tuyo podría transformar en blanco mármol la leche materna.

—Acompáñame; vamos, rápido.

Entraron en el cobertizo y se sentaron en un banco, al lado del batiente enmarcado en madreSelva.

—Pierre, maldito y mortal sea para siempre el día en que mi anhelante corazón te llamó a mi lado si ahora, en la primavera de nuestro amor fraternal, tienes el propósito de engañarme; incluso aunque imagines que todo cuanto haces es por mi bien. ¡Háblame! ¡Oh, háblame, hermano mío!

—Has insinuado la posibilidad de que a veces se actúe con falsedad por el bien de alguien. Suponiendo, dulce Isabel, que en ningún caso te ocultes nada en absoluto, sea cual fuere la circunstancia, ¿estarías de acuerdo entonces en que tú y yo mintiéramos de forma piadosa al mundo, en su beneficio y también en el nuestro? No respondes, has enmudecido. Ahora es mi turno, dulce Isabel, de exhortarte a que te pronuncies. ¡Háblame! ¡Por favor, no prolongues tu silencio!

—Ese algo desconocido que se me aproxima parece portar malos augurios, hermano mío. Sus heraldos se me antojan insinceros. ¡Oh, Pierre, querido, querido Pierre; cuídame mucho! Este amor que ha nacido entre nosotros, tan extraño, misterioso e insólito, me hace maleable en tus manos. Sé amable conmigo. Ignoro casi todo cuanto existe fuera de mi persona. Para mí el mundo que me rodea es tan desconocido como la enigmática India. ¡Mírame, clava tus ojos en los míos, Pierre, y prométeme que te ocuparás de mí con gran esmero! ¡Júralo, júralo, Pierre!

—Si la filigrana más exquisita y frágil de Génova es manejada con sumo celo por su artesano; si la sagrada naturaleza cubre, caliente y con una atención inconcebible empolla y vigila cual eficaz centinela sus diminutos y maravillosos embriones; entonces, Isabel, he de protegerte con cuidado y ternura, oh, dulce entre las dulces, a ti y a tu destino. A falta del Todopoderoso, Isabel, no vive en la Tierra nadie que haya de ser más atento contigo, ni más considerado y delicado hasta las últimas consecuencias.

—Te creo desde lo más hondo de mi corazón, Pierre. Sin embargo puedes ser solícito en extremo en un momento en el que tu auxilio no resulte esencial y en una hora imprevista e impulsiva omitir cautela en el preciso instante en que la inadvertencia sería fatal. No, no, hermano mío. ¡Sol!, aclara estos mechones hasta que queden más blancos que la nieve si es que en mi pensamiento hay algún reproche contra ti, Pierre, o algo que delate la menor desconfianza. Pero la firmeza debe parecer sospechosa en ocasiones; de lo contrario no sería nada en absoluto. Pierre, Pierre, tu aspecto habla con toda elocuencia de alguna resolución ya ejecutada, nacida de un impulso

precipitado. Desde la última vez que te vi, Pierre, has llevado a cabo algo irrevocable. Tengo el alma tensa y rígida. Dime: ¿de qué se trata?

—Tú y yo y Delly Ulver abandonaremos mañana mismo este vecindario y nos dirigiremos a la distante ciudad. Eso es todo.

—¿No hay nada más?

—¿Acaso no es suficiente?

—Sé que hay algo más, Pierre.

—Aún no has respondido a una pregunta que te hice hace escasos minutos. Reflexiona, Isabel. Engañar a los demás, tanto tú como yo, en algo que sólo a nosotros incumbe, en nuestro beneficio y también en el suyo: ¿lo harías?

—Haría cualquier cosa que no amenazase tu buena y duradera fortuna, Pierre. ¿Qué deseas que hagamos juntos? Espero tu respuesta. ¡Estoy esperando!

—Vayamos a la estancia del doble batiente, hermana —replicó Pierre, levantándose.

—Ahora he de decir no; si no me lo puedes explicar aquí, tampoco me lo podrás confesar en otro lugar, hermano mío. Estoy segura de que se trata de algo que te perjudica.

—¡Muchacha! —exclamó Pierre con gran severidad—. Si por ti he perdido... — consiguió controlarse y calló.

—¿Perdido? ¿Por mi causa? Un presagio de algo fatal ensombrece mi alma. ¡Pierre! ¡Pierre!

—Me he comportado como un necio. Sólo trataba de asustarte hermana. Soy un estúpido. Prosigue con tu inocente tarea, y regresaré dentro de unas horas. Deja ahora que me ausente.

Se disponía ya a alejarse cuando de un brinco Isabel colgó ambos brazos de su cuello y se apretó contra él en una convulsión. Su cabello, que caía de un lado, se derramó sobre el cuerpo de Pierre, ocultándolo en parte.

—Pierre, si en verdad mi alma ha echado sobre ti la misma sombra negra que arroja mi melena; si te has visto privado de algo por mi causa, piérdase Isabel por toda la eternidad y no sobreviva a esta noche. Soy objeto de una maldición; pero no actuaré según el rol que me ha tocado, sino que traicionaré al aire y moriré en su seno. Te permito que partas por miedo a que un veneno desconocido pase de mis venas a las tuyas.

Se dejó caer y se apartó temblando. Pero Pierre la tomó entre sus manos y la sostuvo.

—¡Boba, más que boba! Fíjate, por el mero acto corporal de soltarte de mi cuello te aturdes en un vértigo y estás a punto de desplomarte; emblema irrefutable del apoyo que mi corazón debe prestarle al tuyo, mi dulce Isabel. ¡No hables sin sentido de marchas y despedidas!

—¿Qué has perdido por mí? Debo saberlo.

—Ha sido una pérdida que entraña una inmensa ganancia, hermana mía.

—Eso es mera retórica. ¿Qué has perdido?

—Nada que el rincón más oculto de mi corazón desee recordar. He comprado la estima interior y la gloria a un precio que, alto o bajo, no desearía ahora recuperar a cambio de devolver aquello que he adquirido.

—¿Es acaso el amor gélido y la gloria blanca? Tienes las mejillas muy pálidas, Pierre.

—Y así han de permanecer, porque creo en el nombre de Dios que soy puro a pesar de lo que el mundo pueda opinar de mí.

—¿Qué has perdido?

—No a ti, ni el orgullo y la gloria de amarte siempre y ser un auténtico hermano para ti, hermana excelente. Pero ¿por qué me ocultas tu rostro?

—Con hermosas palabras me lisonjea y engatusa, para evitar que averigüe su secreto. Aléjate, Pierre, y regresa cuando lo desees. Me he fortalecido y estoy preparada para lo peor, para lo último. Una vez más afirmo que haré cualquier cosa, sí, cualquier cosa que Pierre ordene, porque, aunque por fuera se cierna la maldición sobre nosotros, en la profundidad de tu alma me cuidarás con solicitud y celo, ¿verdad, Pierre?

—Has sido hecha con esa seda fina e incomparable que Dios utiliza para la creación de sus serafines. Tu divina entrega a mí se ve correspondida por mi dedicación exclusiva a tu persona. Puedes sentirte tranquila y confiar en mí, Isabel; por muy extraño que te parezca lo que te propongo, espero que tu fe en mi amor te impida rechazarme. Con toda probabilidad no dudarás en sumergirte si yo lo hago primero ¡y de hecho ya me encuentro en las profundidades que hemos de compartir! No puedes quedarte más tiempo en la orilla. Escúchame y presta atención. No estoy tratando de obtener tu asentimiento para algo aún no realizado, sino que te invoco, Isabel, desde el fondo de un acto consumado, para ratificarlo. No me mires así y escucha. Te lo contaré todo desde el principio. Isabel, aunque temas dañar a cualquier ser viviente y aún más a tu hermano, tu auténtico corazón no prevé los millares de alianzas e intrincadas redes existentes entre los humanos, ni las infinitas marañas que envuelven a las cuestiones sociales, y que impiden que un hilo se escape de la trama para seguir su deber sin destruirse a sí mismo ni perjudicar al conjunto. Fíjate bien en cuanto voy a decirte. Todo lo que ha sucedido hasta este momento y pueda ocurrir en el futuro procede, según me asegura una súbita inspiración, del instante en que te vi por vez primera. Hasta el menor acontecimiento ha sido y será inevitable; no pudo ni podrá ser diferente. Por lo tanto siento que ésta es una cuestión de paciencia. Por todo objeto exterior que pueda pertenecerme y por las brillantes bendiciones que el cielo parece haber derramado sobre mí, juro que me resultaría imposible vivir sin reconfortarte y

amarte, Isabel, o habitar en un lugar apartado de tu compañía desde el punto de vista doméstico de tal forma que sólo pudiera acudir a tu lado, como auténtico hermano, a hurtadillas y por medio de esas viles complicidades que alberga la noche. En lo más hondo de mi corazón me mordería eternamente una víbora oculta nunca cargada de reproches e infamia. Sigue escuchando. Pero sin deshonorar de un modo gratuito una memoria que, con razón o sin ella, será para mí sagrada e inviolable para siempre jamás, no puedo convertirme públicamente en tu hermano, Isabel. Tampoco tú deseas ese tipo de reconocimiento, ya que no suspiras por un título vacío sino por una realidad vital. Lo que tú anhelas no es una revelación ocasional de mi amor fraterno; tú necesitas una confianza y unión continuadas. ¿No estoy descubriéndote los sentimientos más recónditos de tu corazón? ¿No es así, Isabel? Bien, pues entonces no te pierdas ni una sola de mis palabras. Tenemos una sola solución; resulta extraña por demás, pero puede servirnos para engañar a ese mundo que nunca te ha amado por ti misma. Además, el camino que he elegido es por completo inofensivo; tan noble es en esencia, Isabel, que tengo la impresión de que Pierre ha consultado al mismísimo cielo y éste no ha respondido con un No. Atiende bien un momento más; ten presente cuanto te digo. Del mismo modo que tú sabes que sin mí te abandonarías y acabarías por morir, también yo perecería si tuviera que renunciar a tu compañía. En ese terreno estamos en tablas; recuerda también este hecho, Isabel. Ni yo me degrado ante ti, ni tú debes humillarte ante mí. ¡Ambos estamos luchando unidos por alcanzar un ideal glorioso! La continuidad, el secreto y la domesticidad de nuestro amor: ¿cómo armonizamos sin comprometer la sagrada memoria que te he insinuado? ¡Sólo hay una salida, una, sí, sólo una! Una solución extraña, pero pura en extremo. Escucha. Prepárate bien; ven, permíteme que te sostenga y que te susurre al oído mi decisión, Isabel. Acércate; si yo te sujeto, no puedes caer.

La tomó tembloroso en sus brazos; ella se inclinó hacia delante para aproximarse más a él; sus labios humedecieron su oído y flotó un murmullo en el aire.

La muchacha permaneció inmóvil mientras sus estremecimientos languidecían; apoyó el rostro en el pecho de él mientras sentía latir en su alma la extrañeza inexpresable de un amor intenso, nuevo e inexplicable. El semblante de Pierre tradujo de pronto una terrible revelación de sí mismo; imprimió ardorosos y repetidos besos en su faz y apretó su mano con todas sus fuerzas, como si no quisiera dejar escapar la dulce y asombrada pasividad de la muchacha.

Ambos cambiaron de actitud; se enroscaron el uno en el otro y permanecieron mudos.

II

La señora Glendinning caminaba de un extremo a otro de su aposento, tras aflojarse las vestiduras, pensando: «¡Que tan infernal vileza proceda de mí! Ahora el mundo, que no perdona en sus habladurías, dirá: ¡Ved al abominable hijo de Mary Glendinning! ¡Traidor, embustero! Cargado de culpabilidad, cuando yo creía que era todo candidez y tierna docilidad conmigo. ¡No ha ocurrido! ¡No estamos en pleno día! Si fuese real me volvería loca, tendrían que encerrarme y no podría andar de un lado a otro de la casa, cuyas puertas están abiertas. ¡Mi único hijo, casado con una... cosa desconocida! Mi propio vástago, falso en su voto público más sagrado, que es el de empeñar su palabra en matrimonio permitiendo que el mundo entero lo sepa. Lleva mi nombre: Glendinning. Me negaré a reconocerle; si fuera como un vestido, ¡me despojaría de mis apellidos, lo desgarraría y lo quemaría hasta que se consumiera por completo y no quedase de él ni un rizo! ¡Pierre! ¡Pierre! Regresa, Pierre, y júrame que estoy soñando. ¡No puede ser! Espera; tocaré la campanilla, y comprobaré si es cierto».

Tiró del cordón con violencia, y pronto oyó el ruido de unos nudillos tras la puerta que acudían a su llamada.

—¡Adelante! No, no quiero titubeos —añadió mientras se cubría el cuerpo con un gran chal—. Ahora sí, adelante. Quédate ahí y dime si te atreves a decir que mi hijo ha estado en la mansión esta mañana y se ha topado conmigo en la escalinata. ¿Osas afirmar tal cosa?

Dates observó perplejo su desusado aspecto.

—¡Vamos, habla! ¿Se te ha extraviado la lengua? ¡Si es así me arrancaré la mía de raíz y te la arrojaré! ¡Júralo!

—¡Mi querida dueña y señora!

—¡Yo no soy tu dueña! Ahora tú eres mi amo; porque si corroboras mis palabras me volveré loca. ¡Oh, vil muchacho! ¡Abandonarme a mí, y de este modo!

Al salir el criado, cerró la puerta con pestillo y siguió recorriendo la estancia de prisa y aturdida. Se detuvo un instante y, corriendo las cortinas de un solo sacudón, impidió la entrada del sol por ambas ventanas.

Golpearon la puerta de nuevo. Abrió.

—Señora, su Reverencia está en el vestíbulo y solicita ser recibido. Yo no deseaba molestar a la señora, pero su Reverencia insistió.

—Acompáñale hasta aquí.

—¿Aquí? ¿De inmediato?

—¿No me has oído? Ruégale al señor Falsgrave que suba.

Como si hubiese recibido una advertencia inesperada por parte de Dates del incontrolable humor de la señora Glendinning aquella mañana, el pastor atravesó la puerta abierta del aposento de esta última con una reticencia disculpadora y una no menos honesta aprensión por algo que no alcanzaba a definir.

—Tome asiento, señor; pero deténgase; primero cierre la puerta y eche el pestillo.

—¡Madame!

—Bien, yo lo haré. Siéntese. ¿Lo ha visto?

—¿A quién, Madame? ¿A maese Pierre?

—Sí, a él; responda rápido.

—He venido aquí para hablar de él, Madame. Ayer me dispensó una visita más que extraordinaria. A medianoche.

—Y usted lo unió en matrimonio a... ¡Maldito sea, señor Falsgrave!

—No, no, Madame. Aquí ocurre algo que no me explico; he venido a traerle unas noticias, pero usted tiene algo más sorprendente que revelarme.

—No voy a pedir perdones, pero creo que podría lamentarlo. Señor Falsgrave, mi hijo, prometido oficialmente en matrimonio a Lucy Tartán, ha contraído nupcias en secreto con otra muchacha. ¡Una mujerzuela, seguro!

—¡Imposible!

—Tan cierto como que está usted aquí. ¿Entonces ignoraba todo el asunto?

—Por completo. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo en esta casa. ¿Quién es la desposada?

—¡Una ramera, ya se lo he dicho! En estos momentos no soy una dama, sino algo más profundo: ¡una mujer! ¡Sí, una mujer ultrajada y envenenada por el orgullo!

Dio media vuelta en forma precipitada y una vez de espaldas a su interlocutor reanudó su deambular por la estancia, enloquecida y sin tener en cuenta ninguna otra presencia, ni siquiera la del predicador. Éste decidió esperar a que se detuviera, pero todo fue en vano; entonces avanzó hacia ella con lentitud y suavidad y habló con extrema deferencia, tanta que pareció casi una servil humillación en vez de un discurso:

—Ha llegado para usted la hora del pesar; confieso que mi sotana no puede prestarle de momento el consuelo que necesita. Permítame que me retire dejándole mis plegarias por compañeras para que encuentre un remanso de paz antes de que se haya puesto ese sol al que le niega la entrada ahora. Cuando requiera mi presencia hágame llamar y acudiré presto. ¿Me permite partir ahora?

—¡Váyase de una vez! Estoy deseando dejar de oír esa voz blanda y remilgada, infamante para un hombre. ¡Fuera, ser inútil, incapaz de ayudar a nadie!

Volvió a recorrer el aposento una y otra vez, veloz como si se le acabara el tiempo, mientras murmuraba en forma también precipitada: «Ahora, ahora, ahora lo veo mucho más claro; ¡transparente como el día! Mis primeras y oscuras sospechas estaban bien encaminadas. ¡Demasiado bien! Sí, ¡el círculo de costura! ¡Fue allí, estoy segura! Aquel alarido; lo sorprendí mirando a la muchacha con un interés poco frecuente. Rehusó hablar conmigo de regreso a casa. Le reproché su silencio, pero él evadió todo comentario con mentiras. ¡Mentiras y más mentiras! Sí, se ha casado con ella, con ella. ¡Con ella! Quizá ya lo había hecho entonces. Y, sin embargo, ¿cómo es posible que haya sucedido? Lucy, Lucy; después de aquella aciaga velada vi cómo la contemplaba; parecía dispuesto a morir feliz por ella. ¡Por ella se habría dejado arrastrar hasta el infierno, que es donde merecería estar! ¡Oh, acabar de un plumazo sensual y despiadado con la bella sucesión de una raza honorable! ¡Mezclar el vino de bouquet más exquisito con el agua inmunda de la charca plebeya, convirtiendo el conjunto en una podredumbre amorfa y maloliente! ¡Oh, víbora! ¡Si estuvieras ahora en mi vientre, de un golpe certero me haría al mismo tiempo asesina y suicida!».

Por tercera vez llamaron a la puerta. Abrió.

—Señora, he pensado que podría molestaros, ya que está justo encima de donde nos encontramos, así que aún no lo he vaciado.

—Descifra este galimatías. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Mil perdones. Creí que la señora ya lo sabía; pero claro, eso es imposible.

—¿Qué es ese papel arrugado que tienes en la mano? Dámelo en seguida.

—Le he prometido a mi joven amo no hacerlo, mi dueña y señora.

—Pues te lo arrancaré de la mano y así estarás libre de todo reproche. ¿Qué, qué, qué? ¡Está peor que loco! «A Dates, un estupendo muchacho». ¿Qué significa esto? ¡Además de haber perdido la cabeza, parece alborozado! ¿Cofre... vestiduras... baúles? ¿Los quiere? Pues bien, arrójalos por la ventana de su alcoba. Y si él está debajo, asegúrate de que le caigan en la cabeza. Desmantela todo el cuarto. Desgarra la alfombra. Juro que no quedará en esta mansión el menor vestigio de su paso. ¡Aquí, en este preciso lugar! Justo donde ahora me encuentro puede haber estado también él; sí, recuerdo que ató el cordón de mi zapato no hace mucho. Fue aquí mismo, no cabe duda. ¡Sí, éste es terreno resbaladizo, lo noto! ¡Dates!

—Señora mía.

—Haz lo que te ordena. Me ha infamado ante los ojos del mundo; yo conseguiré que cargue solo con su culpa. Escucha y no te engañes deduciendo que me he vuelto loca. Ve a esa habitación —añadió, señalando con el dedo hacia arriba— y vacíala por completo; en el lugar donde te ordenó que depositases el cofre y los baúles, colocarás el contenido completo de la estancia.

—¡Pero si me dice en su carta que lo deje todo ante el portal de la casa!

—Si no hubiera escogido él mismo el atrio no te ordenaría yo que llevases allí sus cosas. ¡Estúpido! Ojalá el mundo entero se enterase de que lo repudio y desprecio. ¡Haz lo que te digo! Espera, detente. No vacíes la estancia; bájale sólo aquello que pide.

—Así lo haré, señora.

Tras abandonar Dates el aposento, la señora Glendinning prosiguió con su limitado y veloz caminar, y también con su precipitado susurro: «Si fuese una mujer menos fuerte y arrogante, este asunto ya habría quedado concluido. Pero los volcanes profundos arden largo tiempo antes de la erupción. ¡Oh, ojalá el mundo estuviera hecho de un material tan maleable que pudiésemos dar rienda suelta a los más ardientes deseos de nuestro corazón en su presencia sin titubear! Malditas sean las tres sílabas sonoras que componen esa palabra vil: Propiedad. Es como la cadena y la bola que en forma de grillete debe arrastrar el cautivo. ¿Arrastrar? ¿Qué sonido es éste? Existe el arrastre de baúles... el viajero...; sí, el viajero arrastra baúles en sus desplazamientos. Si pudiera arrastraría mi corazón como los pescadores lo hacen con los ahogados, hacia arriba. De ese modo conseguiría hacer emerger mi hundida felicidad. ¡Muchacho, muchacho! Así es peor que si me lo trajeran aún goteando, rescatado ya cadáver de las profundidades del lago; se ha sumido en una gélida infamia. ¡Oh, Dios!».

Se desplomó en el lecho, se cubrió el rostro y permaneció inmóvil. Pero de súbito se incorporó y corrió hasta el cordón de la campanilla, del que tiró con gran ímpetu.

—Abre ese escritorio y prepárame el descanso para escribir. Ahora aguarda y lleva este mensaje a la señorita Lucy.

Con un lápiz trazó las siguientes líneas en unos instantes:

«Mi corazón sangra por ti, dulce Lucy. No puedo ni siquiera hablar. Lo sé todo. Búscame apenas me recobre un poco».

Volvió a estirarse sobre el lecho y se quedó en él rígida como una estatua.

III

Aquella misma tarde, al ponerse el sol, Pierre se encontraba en una de las tres alcobas de la posada del Black Swan; el cofre cubierto de calicó azul y el escritorio estaban ante él. Sus manos buscaban ansiosas algo que debía hallarse en sus bolsillos.

—¡La llave, la llave! Nada, no aparece. Tendré que forzar la cerradura. Parece un mal augurio. Sin embargo es una suerte que algunos banqueros puedan romper estas cajas de caudales en sus bóvedas cuando fallan los demás medios. Claro que no siempre. Veamos: sí, probemos con esas tenazas. Y pensar que hago todo esto por la dulce visión del oro y la plata, que hasta el día de hoy nunca me habían interesado. He ido acumulando objetos diversos y guardándolos en este cofre; pequeños obsequios, reliquias antiguas de tías, tíos, innumerables primos y... pero no deseo mencionarlos ahora, porque desde este momento para mí están todos muertos. Seguro que este oro añejo hoy se apreciará mucho. Hay algunas joyas muy grandes, recuerdos de mi... no lo menciono, Pierre, cuya antigüedad es superior a cinco décadas. Bien, bien. Nunca pensé en arrojarlos de nuevo a la sórdida circulación de la que procedían. Pero si deben ser invertidos, ahora es el momento, en esta última necesidad; ésta es la causa más sagrada por la que puedo desprenderme de ellos. ¡Qué estúpido bodoque es esta alzaprima! ¡Ah! Ahora cede, vamos a ello: ¡ruido de serpientes!

Forzada de forma inesperada, la tapa del cofre se abrió y le reveló con idéntica prontitud el retrato sedente, que yacía sobre el resto de los objetos, ya que Pierre lo había ocultado allí hacía tan sólo unos días. Colocado boca arriba, se topó con él sin perder su silenciosa, indescifrable, ambigua e impávida sonrisa. La repugnancia inicial del muchacho se vio incrementada con una nueva emoción. Aquel cierto contorno del rostro, latente pero suavizado por otras innumerables características más nobles y dulces, resultaba también visible en el semblante de Isabel. Así pues aquel rasgo furtivo le parecía detestable; aún más, se le antojaba aborrecible, inefable y repulsivo. No discutió la razón consigo mismo; lo sentía con vehemencia y eso bastaba.

Omitiendo cualquier inquisición más sutil en relación con un tema tan tortuoso creo que será suficiente insinuar, quizá, que con toda probabilidad una de las raíces de aquel nuevo sentimiento de odio se asentaba de un modo primario e inconsciente en

alguna de las ideas profundas que a veces se insinúan en forma atmosférica, por así decirlo, incluso a mentes muy vulgares. En la relación, reciprocidad y transmisión existentes con carácter inexplicable entre el retrato del padre, muerto desde hacía largos años y el rostro de la hija animado por la vida, es posible que Pierre viera reflejada, por medio de símbolos visibles e irrefutables, la tiranía del Tiempo y el Destino. Pintado antes de que Isabel naciera o incluso fuera concebida, el retrato, como un mudo observador, parecía elevar su profético dedo para señalar al vacío aire del que la muchacha por fin había de emerger. En ese óleo diminuto se ocultaban una inteligencia mística y una exuberante vitalidad. Si bien en la remembranza que conservaba de su padre Pierre no conseguía recordar ningún rasgo definido que le hubiese sido transmitido a Isabel, en el cuadro que ahora contemplaba adivinaba una vaga e indefinible semejanza; por lo tanto, no era el progenitor de Pierre, tal como él lo conservaba en su memoria, sino el yo escondido en su reproducción artística, de aquel al que cabía considerar padre auténtico de Isabel. El más elemental sentido común le indicaba que su hermana había heredado una singular característica que sólo el pincel había sido capaz de trazar.

Y puesto que estaba tratando por todos los medios de desterrar a su padre de su mente, por haberse convertido en amarga presencia, mientras que Isabel había recibido la bienvenida como objeto de intenso amor, a Pierre le resultaba detestable que en aquel retrato, sonriente y ambiguo, su dulce y sombría imagen apareciera torcida, desfigurada y mutilada de forma tan siniestra.

Una vez pasado el primer impacto y transcurrida una pausa, alzó la efigie de su padre con ambas manos y la sostuvo de lado, lejos de su mirada.

—No seguiré viviendo. Hasta hoy he estado acumulando recordatorios y monumentos del pasado; he sido un adorador de todo valor hereditario; he archivado con entusiasmo cartas, mechones de cabello, cintas, flores y mil y una menudencias que el amor y la memoria creen santificar... ¡Pero ahora eso se ha acabado para siempre! Si a partir de este momento una remembranza me resulta entrañable, no la momificaré en un templo conmemorativo para que el polvo de cualquier mendigo errante se apile sobre ella. El museo del amor es tan vano y ridículo como las Catacumbas, donde las víboras sonrientes y los abyectos lagartos son embalsamados como si de verdad simbolizasen algún encantamiento imaginado. El pasado sólo habla de muerte y putrefacción, y nada más; de la putrefacción y muerte de innumerables, infinitas generaciones; en sus manos la tierra queda convertida en un molde. ¿Cómo podría la ausencia de vida constituir un monumento adecuado para aquello que existe? Basta ya de evocar dulzuras extinguidas. En cuanto al resto, he aprendido algo: en las reliquias más comunes el sombrío hecho de la muerte descubre de un modo secreto todas las ambigüedades que se ocultaban en la persona u objeto desaparecidos, despidiendo oblicuas suposiciones e insinuando viles conjeturas que

por toda la eternidad ya no podrán hallar explicación plausible para el que queda. Dios Todopoderoso decretó que la Muerte fuese la postrera escena del último acto del drama del hombre, drama que, se inicie en tono de farsa o de comedia, culminará en un fatal desenlace de tragedia, ya que el telón caerá inevitable sobre un cadáver. Por lo tanto nunca más interpretaré el rol de ruin pigmeo ni trataré, por medio de insignificantes reliquias, de invertir el gran decreto de la muerte perpetuando en forma pobre e insatisfactoria la imagen del original. ¡Dejemos que lo mortal muera y se mezcle de nuevo con el polvo! ¡Lo que ha de acabar, que acabe! ¿Por qué habría de preservarlo tras su desaparición? ¿Qué razón hay para conservar aquello que no puede contemplarse con paz? Estoy dispuesto a impedir que este recuerdo público permanezca inviolado: lo destruiré, ya que lo que tengo ahora en mis manos es una prueba trascendental, condenatoria e insobornable cuyo misterio me enloquece. En tiempos de la Grecia clásica antes de que el cerebro humano cayese en la servidumbre de la senilidad y palidiese o fuese pisoteado en las desbordantes prensas de Baco, las cuatro extremidades perdían su bárbara belleza y su color de bronce; mientras el mundo alrededor se mantenía fresco, rosado y aromático como una manzana recién arrancada del árbol. ¡Todo está marchito en nuestros días! En aquellas bravías épocas, los grandes muertos no eran, como los pavos, servidos en platos trincheros ni bajados a una zanja cavada en la tierra con profusa guarnición para saciar a la condenada Cíclope cual si de un festín caníbal se tratase, sino que la noble y envidiosa Vida traicionaba a la ávida lombriz y quemaba al cadáver, manifestando así su gloria, de modo que el espíritu apuntase a las alturas y fuese aventado con la horca hacia el cielo.

»Así que ahora voy a honrarte con mis servicios. Si bien la solidez de la que ahora eres frágil duplicado se sometió hace largo tiempo al voraz rito de la tumba; y aunque sólo Dios sabe si aquel manjar de la muerte constituyó una verificación apropiada de una parte de ti, por segunda vez voy a asistir a tus exequias, quemándote para que ocupes la inmensa urna de vidrio que denominamos aire. ¡Ven, vamos!

Habían encendido en el hogar un pequeño fuego de leña para purificar la estancia, largo tiempo cerrada; ahora se había casi extinguido, reduciéndose a un montículo de resplandecientes ascuas. Separando y desmontando el marco dorado pero deslustrado, Pierre depositó las cuatro piezas sobre las brasas; su sequedad pronto despertó chispas. El joven se apresuró entonces a arrojar el lienzo invertido hasta convertirlo en un pliego de invisible contenido, lo ligó bien y lo depositó entre las ya clamorosas y crepitantes llamas. Contempló con determinación cómo la pintada lámina doblada como un pergamino se encrespaba y ennegrecía, pero se sobresaltó cuando, desatándose de pronto del chamuscado cordel que lo había mantenido atado, el contorsionado ser del retrato clavó en él sus atormentados ojos con expresión suplicante; tras unos breves segundos de horrores visibles a través del fuego y el

humo, el lienzo quedó envuelto en una amplia y elevada llama de aspecto untuoso y desapareció para siempre.

Cediendo a un impulso súbito e incontrolable, Pierre introdujo su mano entre las llamas para rescatar la implorante faz; pero en seguida la retiró. Aunque estaba quemada y ennegrecida, no prestó atención a las heridas.

Se acercó a la carrera al cofre y asiendo un gran número de idénticos fajos de cartas familiares y todo tipo de reliquias heterogéneas en papel, echó unas tras otras al fuego.

—¡Así, así! A tus crines arrojó despojos frescos. ¡Derrama todas mis memoranzas en una única libación! ¡Vamos, vamos! Ya va bajando más y más. ¡Se acabó, no quedan sino cenizas! A partir de ahora el desterrado Pierre no reconoce ni paternidades ni pasado alguno; y puesto que el futuro no es más que un espacio en blanco para cualquier mortal, Pierre, doblemente desheredado, seguirá siendo el mismo, sin traba alguna, y vivirá en un eterno presente, ¡libre para actuar según su libre albedrío y su momentáneo antojo!

IV

Aquel mismo atardecer Lucy yacía en su alcoba. Se oyó a alguien que golpeaba la puerta solicitando audiencia; Martha acudió a abrirla, encontrándose con el semblante de la ya resuelta y autocontrolada señora Glendinning.

—¿Cómo está tu señorita, Martha? ¿Me permites entrar?

Sin esperar respuesta ni darse tiempo para recobrar el aliento, avanzó y penetró con determinación en la estancia, obligando a la doncella a apartarse de su camino.

Se sentó junto a la cabecera y sus ojos se toparon con los de Lucy, que estaban abiertos, con su boca cerrada y pálida. Observó aquel semblante con mirada inquisitiva; al cabo de unos instantes se volvió estupefacta hacia Martha, como tratando de hallar confirmación a un pensamiento estremecedor.

—Señorita Lucy —dijo la doncella—, es vuestra... es la señora Glendinning. Decidle algo, vamos, señorita Lucy.

Como paralizada tras la última postura asumida en una ya pasada contorsión de dolor, Lucy no estaba extendida en la posición normal de una persona que debe guardar cama; estaba medio al bies, con dos blancas almohadas apuntalando su pálida efigie y una sola sábana cubriendo su cuerpo, como si su corazón se hallase tan sobrecargado que su albo cuerpo no pudiese soportar ni el peso de una pluma. Del mismo modo que en una estatua de mármol el ropaje parece adherido a las extremidades, la sábana color de nieve investía a Lucy, definiéndola en su delgadez. Recordaba uno de esos lienzos con los que se oculta el cuerpo del ahogado bajo los que se adivina el contorno del muerto.

—Es la señora Glendinning. ¿No vais a hablarle, señorita Lucy?

Los finos labios temblaron y se movieron durante un instante; pero pronto volvieron a su actitud inicial mientras una palidez aún más intensa cubría el rostro de la muchacha.

Martha trajo más estimulantes; y cuando el aspecto de la enferma fue de nuevo el de antes le hizo a la visitante un elocuente gesto por el que le indicaba que debía retirarse y le susurró al oído las siguientes palabras:

—No hablará con nadie; ni siquiera conmigo. El doctor acaba de salir, ha estado aquí cinco veces desde esta mañana, y dice que debe quedarse muy quieta y tranquila —señalando el descanso del escritorio, añadió—: Ya veis, señora, lo que ha dejado: meros restaurativos. Según él, la paz es ahora su mejor medicina. ¡Oh, paz, paz, paz! Oh, dulce calma, ¿cuándo vendrás a nosotras?

—¿Alguien le ha escrito ya a la señora Tartán? —susurró la señora Glendinning. Martha asintió con un movimiento de cabeza.

Así que la dama se puso en pie dispuesta a abandonar la estancia, tras afirmar que cada dos horas enviaría a alguien para preguntar por el estado de Lucy.

—Pero ¿dónde, dónde está su tía, Martha? —exclamó, en tono quedo, deteniéndose junto a la puerta y echando una rápida y sorprendida ojeada a la estancia—. Espero que la señorita Llanyllyn no... espero que...

—Pobre, pobre señora... A sus años —murmuró Martha sollozando—, se le ha contagiado el pesar que aflige a la dulce Lucy; subió a la carrera hasta aquí y nada más vislumbrar el lecho se desplomó en el suelo como muerta. El doctor tiene ahora dos pacientes, señora —afirmó fijando la mirada en el lecho y acercándose al pecho de Lucy para comprobar si aún latía el corazón, acción que llevó a cabo con extrema ternura—. ¡Ay de nosotras! ¡Oh, reptil! ¡Víbora que has destilado tu veneno en un seno tan dulce! ¡El fuego es demasiado frío para ti! ¡Maldito seas!

—¡Tu propia lengua te está formando ampollas en el paladar! —exclamó la señora Glendinning, emitiendo un chillido medio sofocado—. No te corresponde a ti, persona alquilada a cambio de un jornal, vituperar a mi hijo. ¡Aunque fuese el mismísimo Lucifer hirviéndose a fuego lento en el Infierno! ¡Corrige tus modales, descarada!

Abandonó la estancia, dilatada en su inexpugnable orgullo, dejando a Martha horrorizada ante el hecho de que tal belleza pudiese contener tanto veneno.

Libro XIII

Abandonan Saddle Meadows

Estaba anocheciendo cuando Pierre se aproximó a la granja de los Ulver en un carro de la posada del Black Swan. Encontró a su hermana en el portal, con chal y sombrero.

—Y bien, Isabel, ¿está todo preparado? ¿Dónde está Delly? No veo más que dos pequeñas e insignificantes valijas. ¡Diminuto es el cofre que guarda los bienes del desheredado! El carro espera, Isabel. ¿Está todo listo? ¿No os dejáis nada?

—Nada, Pierre; a no ser que al abandonar estas praderas... pero no quiero pensar en eso; todo está escrito.

—¡Delly! ¿Dónde está? Entremos a buscarla —dijo Pierre asiendo la mano de Isabel y dando media vuelta con gran rapidez. Mientras la arrastraba hacia la pequeña entrada iluminada le soltó la mano y apoyando la suya en el pestillo interior de la puerta, Isabel retuvo el brazo como si tratara de impedir su avance hasta haberle prevenido de Delly; pero de repente se sobresaltó y durante un instante, en el que señaló con el dedo la mano derecha de su hermano, pareció rehuir el contacto con él.

—No es nada. No estoy herido; es una ligera quemadura. Me he chamuscado con las brasas esta mañana. Pero ¿qué es eso? —añadió alzando más su mano—: ¡Humo! ¡Hollín! Esto ocurre por viajar de noche; la luz del sol me habría advertido. Espero no haberte tocado, Isabel.

Ella levantó su mano mostrando las señales y replicó:

—Vienen de ti, hermano mío; desearía arrancar también parte de tu llaga, para compartir así el sufrimiento contigo. Limpia tu mano y no te preocupes por la mía.

—¡Delly! ¡Delly! —exclamó Pierre—. ¿Por qué no puedo entrar a recogerla y traerla hasta aquí?

Colocándose un dedo sobre los labios en señal de silencio, Isabel abrió la puerta con gran suavidad y le mostró el objeto de su pregunta sentado de espaldas y medio embozado en una silla.

—No le hables, hermano mío —susurró Isabel—; y no trates de contemplar su semblante todavía. Pronto se le pasará, por lo menos así lo espero. Vamos, ¿emprendemos la marcha? Lleva a Delly hasta el carro, pero no le digas ni una palabra. Me he despedido ya de todos. Los ancianos se encuentran en una habitación de la parte trasera de la casa; me alegro de que prefiriesen no salir para despedirnos y

vernos partir. Vamos, Pierre, démonos prisa; no me gusta este momento y deseo que pase lo antes posible.

Pronto se apearon en la posada. Ordenando que le trajeran velas y quinqués, Pierre abrió el paso a las muchachas hacia el piso superior e introdujo a sus compañeras en la alcoba que se encontraba a un extremo de las tres adyacentes que habían sido preparadas.

—Mirad —dijo, dirigiéndose a la muda y aún medio desviada figura de Delly—; mirad, ésta es vuestra habitación, señorita Ulver; Isabel ya os lo habrá contado todo; ya conocéis la noticia secreta de nuestros desposorios; estará con vos unos momentos hasta que yo regrese de un pequeño asunto que me reclama en el exterior. Mañana, como ya sabéis, tomaremos la diligencia muy temprano. Es posible que no nos veamos hasta entonces, así que haced acopio de fuerzas y animaos un poco, señorita Ulver; buenas noches. Todo irá bien.

II

A la mañana siguiente al romper el día, es decir, a las cuatro de la madrugada, las cuatro fugitivas horas se personificaron en otros tantos impacientes caballos que sacudían sus arreos bajo las ventanas de la posada. Tres figuras emergieron del aire oscuro y fresco, tomando asiento en el simón.

El anciano hostelero había saludado a Pierre apretando su mano en silencio y con expresión de desaliento; el jactancioso encargado de conducirles a su destino estaba en el pescante, ajustando las cuatro riendas entre los dedos de sus guantes de cuero flexible; el acostumbrado y reducido grupo de mozos de cuadra con ojos admirativos, así como otros curiosos madrugadores, se había reunido alrededor del porche. En honor de sus acompañantes y ansioso por atajar cualquier vana demora en un instante de tan penosa crisis, Pierre emitió un impetuoso alarido ordenando que el simón se pusiera en movimiento. En un momento los cuatro jóvenes caballos, alimentados en aquellas praderas, brincaron con todo su generoso cuerpo y las cuatro ruedas, respondiendo a su empuje, rodaron formando un círculo completo mientras, con vastos floreos de su látigo, el regocijado cochero parecía un héroe de bravata firmando su ostentosa despedida en el vacío aire. Y así, en las horas más lóbregas del amanecer y al son del desafiante crepitar de la larga y resonante fusta, los tres huyeron para siempre de los dulces prados de Saddle Meadows.

El hostelero, bajo y anciano, estuvo siguiendo con la mirada la diligencia mientras se alejaba y, volviendo a entrar en la posada, se acarició la canosa barba y murmuró:

—He regentado esta casa durante treinta y tres años, y he visto pasar por ella mil cortejos nupciales con su largo tren de carruajes, a veces con fallas, sencillos coches de caballos, calesas, quitrines; eran siempre interminables y alegres procesiones, saltarinas como el corcho de una botella. Sí, una vez incluso desfilaron en carros de bueyes adornados con guirnaldas; y en otra ocasión la feliz desposada iba recostada sobre trébol fresco, oloroso y recién cortado. ¡Pero unos recién casados como los de esta mañana! Estaban tan tristes que parecían asistir a un funeral. ¡Y el excelente maese Pierre Glendinning es el protagonista! Siempre hay prodigios en la vida. Creía que ya nada había de sorprenderme después de los cincuenta; pero siguen pasando

cosas que no me explico. Ah, me siento como si acabase de bajar el féretro de un amigo hasta el interior de la tierra y notase las señales de las cuerdas arañándose las palmas. Es temprano, pero voy a echar un trago. Veamos; sidra, una jarra de sidra; es áspera y escuece como un espolón de gallo de pelea. La sidra es la bebida mejor para mitigar las penas. ¡Oh, Señor! Los gordos tendrían que tener la epidermis delgada y sufrir para simpatizar con el prójimo. Un hombre flaco con la piel pegada a los huesos no lo pasa tan mal porque debajo de ella no tiene nada. Y donde no hay, no se siente. Bien, bien, bien: de todos los cólicos, guardadme de los melancólicos; los melones verdes son lo más verde del mundo.

Libro XIV

El viaje y el panfleto

Todas las cosas profundas y sus consiguientes emociones van precedidas y acompañadas por el Silencio. ¿Qué suspense es aquel que antecede al sí quiero como respuesta de la desposada a la solemne pregunta del oficiante? ¿Tomáis a este hombre por esposo? Tampoco se oye ni una respiración cuando las manos, tras la ceremonia, se unen y aprietan. Sí, en silencio nació Jesucristo la noche de su venida al mundo porque el silencio es la sagrada consagración del universo. La invisible imposición de manos del Sumo Pontífice sobre los humanos está presidida por la ausencia de todo sonido. En la naturaleza entera la quietud constituye al mismo tiempo la más inofensiva y la más temible característica de lo sobrenatural, ya que habla de las Fuerzas Reservadas del Destino. El Silencio es la única voz de nuestro Dios.

Tampoco el tan augusto Silencio queda confinado sólo a aspectos conmovedores o grandiosos de la vida. Al igual que el aire, el silencio se filtra en todas partes y emana su mágico poder, tanto durante el peculiar humor que prevalece en las primeras horas de un viaje emprendido por un ser solitario no acostumbrado a ello, como en los inimaginables tiempos anteriores a la exigencia del mundo, cuando el silencio se cernía sobre la superficie de las aguas.

No pronunció una palabra ninguno de los ocupantes de la diligencia, mientras recorrían sendas sin fin y atravesaban a toda velocidad el amanecer oscuro para penetrar en la profunda medianoche que inundaba, sin que nadie acertara a desterrarla, los corazones de los bosques que cruzaba el serpenteante camino tomado a la salida del pueblo.

Al entrar en la diligencia Pierre presionó con su mano el asiento almohadillado con el fin de acomodarse mejor para el recorrido, apareciendo entre sus dedos unas arrugadas hojas de papel. Las asió de forma mecánica; el mismo estado de ánimo, tenso y extraño, que le había impulsado a actuar de forma tan instintiva prevaleció allí hasta el punto de hacerle retener los pliegos en su mano durante una hora o más en el intenso y asombroso silencio que reinaba en el rápido simón mientras se deslizaba por el corazón de los campos y bosques, envueltos en una inamovible paz matinal.

Sus pensamientos eran oscuros e indómitos; por un momento sólo hubo en su alma rebelión, espeluznante anarquía e infidelidad. Su talante temporal podría compararse con aquel otro que, según una historia narrada en una ocasión en el púlpito por un reverendo hombre de Dios, invadió el corazón de un excelente sacerdote: dicho pastor estaba en el centro de una solemne catedral, un nublado domingo por la tarde, ocupado en administrar a los fieles el pan del Sagrado Sacramento de la Cena, cuando el Maléfico le propuso que considerase la posibilidad de que la religión Cristiana no fuera sino un disparate. Un sentimiento similar al del sacerdote había anidado en el espíritu de Pierre; a él el Ángel Malvado le exponía la posibilidad de que su abnegado Entusiasmo fuera una bravata inútil. Satanás les había increpado llamándoles necios. Pero por medio de la plegaria sincera e instantánea —había cerrado los ojos mientras sostenía con ambas manos el pan del sacramento— el devoto eclesiástico había vencido al Impío. En este punto la historia no armonizaba con la actitud de Pierre. El imperecedero monumento de su Santa y Católica Iglesia, la inextinguible escritura de la Sagrada Biblia y la inacabable intuición de la verdad esencial de la Cristiandad habían constituido anclas indestructibles, capaces de sujetar al sacerdote a la roca de su firme Fe al ser asaltado por la imprevista tormenta desatada por el Diablo. Pero, Pierre, ¿dónde podía hallar la Iglesia, el monumento y la Biblia que habían de decirle de manera inequívoca: «Adelante; estás en el buen Camino; yo te respaldaré, no te detengas»? De modo que entre Pierre y el sacerdote existía una diferencia que estribaba en lo siguiente: el segundo se debatía entre la veracidad y la falacia de pensamientos personales e incorpóreos, mientras que para el joven se trataba de comprobar si ciertos actos vitales eran apropiados o erróneos. En esta insignificante neuz yace, en forma de germen, la solución de algunos abstrusos problemas y también el descubrimiento de algunas complicaciones adicionales y aún más profundas que se derivan de la conclusión de éstos. Tan cierta es esta máxima, que algunos seres rehúsan poner fin a más de una contingencia por miedo a encontrarse ante una labor aún más ardua.

El pensamiento de Pierre estaba ahora concentrado en la mágica y desolada carta de Isabel; recordaba la divina inspiración de una hora en la que de su corazón habían brotado heroicas palabras como: «Tranquilízate, estar a tu lado, luchar por ti... eso hará tu hermano, que te reconoce con el pecho henchido». Aquellas remembranzas se desplegaban en su alma como orgullosas exultaciones; al encontrarse ante los gloriosos estandartes de la Virtud, el Malvado de los pies deformes se desalentó por fin y huyó renqueando. Pero la temible y ominosa mirada de despedida de su madre apareció ante los ojos de la mente de Pierre y una vez más oyó las palabras que habían proscrito su corazón: «Mi techo y mi mesa no continuarán soportando la presencia de aquel que una vez se llamó Pierre Glendinning». También, desvanecida en su lecho blanco como la nieve, el cuerpo sin vida de Lucy yacía ante él, envuelto en los

reverberantes ecos de su agonizante alarido: «¡Corazón mío! ¡Mi amor!». Entonces se presentó de súbito una vez más la imagen de Isabel y con ella la indefinible atrocidad de su emoción hacia aquel ser misterioso, aún incipiente, indefinida y semiinconsciente. «Fíjate bien. ¡No dejas sino cadáveres a tu paso! —pensó Pierre, reprendiéndose—. ¿Puede entonces considerarse acertada tu conducta? Recapacitemos; por mi modo de comportarme parezco estar amenazado por la posibilidad de haber cometido un pecado anómalo y maldito, tan extraordinario que bien puede tratarse de aquel que según la Escritura no ha de ser perdonado. Cadáveres tras de mí, y un pecado mortal por delante; ¿cómo voy pues a estar en lo cierto?».

El silencio le acompañaba y contribuía a ensombrar su estado de ánimo; los primeros rayos visibles del sol matinal le hallaron sumido en acongojado talante y acudieron prestos a saludarle. Pasaron pronto la excitación y la noche sin sueños. El extraño narcótico de una angustia permanente y sosegada, la dulce inmovilidad del arte, el movimiento monótono que les mecía al avanzar por un camino tan llano como firme a causa de la refrescante tormenta de la noche anterior; todos aquellos elementos habían fraguado su influencia acostumbrada también en Isabel y Dely; con el rostro oculto ambas dormían profundamente apoyadas en el respaldo, ante la atenta mirada de Pierre. «Así, en el mundo de los sueños: ¡Oh, dulce Isabel, oh, afligida Dely, voláis hacia vuestros destinos, que son uno con el mío!».

De repente como si sus tristes ojos cayesen más y más al escudriñar sus figuras, mágicas de tan imperturbables, su mirada fue a posarse en su mano encogida, que descansaba sobre la rodilla. Una esquina de papel se había soltado. No sabía cómo había llegado hasta allí ni de dónde provenía, a pesar de haber apretado el pliego entre sus dedos, cerrados como garras. Elevó la mano y aflojó poco a poco la presión de sus dedos, liberó el pergamino, lo desenrolló y lo alisó con sumo cuidado para ver de qué se trataba.

Era fino, mugriento, similar a un pez desecado, impreso con tinta borrosa sobre un papel burdo y de mala calidad. Parecía el prólogo de algún viejo panfleto en estado ruinoso que hubiese contenido más o menos un capítulo de voluminosa disquisición. La conclusión había desaparecido. Con toda probabilidad había sido olvidado de forma accidental por algún viajero anterior, que quizás al sacar el pañuelo dejara caer aquel rollo de pergamino que llevaba sin excesivo celo.

Existe en la mayoría de los humanos una singular infatuación que les impulsa en algunos ratos perdidos entre sus ocupaciones regulares, solos en algún rincón o escondrijo tranquilo, a pegarse con indescriptible ansiedad a un resto ya ilegible de mero papel impreso —un fragmento sobre un hallazgo refutado hace ya largo tiempo—, para leerlo, analizarlo, volverlo a leer, escrutarlo, absorberlo y agonizar con satisfacción ante un detestable y medio ajado pliego que en otro momento y lugar ni

siquiera se habrían molestado en sujetar con pinzas. Algo similar le ocurría a Pierre. Pero si bien compartía con el resto de sus congéneres la tendencia a la alucinación ya mencionada, tras una rápida ojeada al título de la preliminar rutina, similar por su estado a un pez desecado y por su forma a un panfleto, casi se sintió tentado de arrojarlo por la ventanilla. Porque, sea cual fuere el talante de un hombre, ¿qué mortal juicioso tendría paciencia para sostener a sabiendas en su consciente mano durante un período de tiempo considerable un documento escrito (por añadidura borroso en lo que respecta a la tinta y grueso y burdo en relación con la calidad del papel), titulado de un modo tan metafísico e insufrible como el siguiente: «Cronometría y Horología»? Sin duda se trataba de algo muy profundo; pero conviene indicar que cuando un hombre se halla en un estado anímico hondo de verdad toda sima verbal o escrita, por insondable que resulte, se convierte en algo aborrecible en grado sumo que se le antoja más que pueril. Sin embargo, el silencio continuaba presidiendo la escena; el camino se extendía por una zona apenas habitada y sobre unos campos que nunca se habían abierto al yugo del arado; las durmientes seguían sumidas en su profundo sueño; su terrible humor se estaba convirtiendo en algo insoportable; así que, más por forzar a su mente a alejarse de las oscuras realidades de las cosas que impulsado por otro motivo, Pierre hizo grandes esfuerzos por sumergirse en la lectura del folleto en cuestión.

II

El joven de carácter grave o entusiasta acaba por conocer antes o después en esta vida el siguiente solecismo, pasmoso, que aprecia más o menos según el momento en el que lo descubra: mientras como grandiosa condición de la aceptación de Dios la Cristiandad invoca a todos los hombres a renunciar a este mundo, sin embargo, por extraño que parezca, los continentes más ricos de la Tierra —Europa y América— pertenecen tan sólo a naciones de credo cristiano que se regocijan de su posesión y parecen tener buenas razones para vanagloriarse.

Dicho solecismo es aparente desde un punto de vista tanto gráfico como práctico. No olvidemos la atenta lectura y relectura de los Evangelios; la intensa absorción en el real y maravilloso milagro de todas las religiones; el Sermón de la Montaña. Para los jóvenes que aman con sinceridad, desde ese lugar divino fluye un torrente inextinguible de ternura, bondad y caridad capaces de fundir el alma; y estos últimos se alzan exultantes sólo de pensar que el fundador de su sagrada religión pronunció frases tan infinitamente dulces y apaciguadoras como las que figuran en las Escrituras, máximas que encierran todo el amor que existió en el Pasado y también aquel que puede imaginarse en un concebible Futuro. Emociones como las que despierta el Sermón en el corazón exaltado son aquellas cuyo origen los jóvenes rehúsan adscribir a la humanidad. ¡Es Dios quien habla!, exclama el corazón; y en su grito cesa toda inquisición. Luego, con el Sermón recién leído latente en su alma, el adolescente trata de abarcar el mundo entero con la mirada, y al instante y como agravación del solecismo antes mencionado se apodera de él un opresivo sentido de la evidente y positiva falsedad de los hombres, que aparecen ante sus ojos como seres saturados y empapados de mentira. Le embarga entonces un sentimiento tan abrumador, que en un principio tiende a negar la evidencia que se le ofrece, del mismo modo que no admite una segunda verdad manifiesta relativa al movimiento del visible sol en el cielo, aunque con sus propios ojos vea en forma diáfana cómo es éste el que gira alrededor del mundo; puesto que personas autorizadas, de las que los astrónomos seguidores de Copérnico —a quien nunca conoció— constituyen el mejor testimonio, establecieron que es la Tierra la que da vueltas en torno al astro rey y no al revés, cree con

convicción que así ha de ser. Del mismo modo oye decir a personas buenas y sabias con tal sinceridad: este mundo nuestro sólo parece estar saturado y empapado de mentira, pero en realidad no se halla tan repleto ni impregnado de engaño; al lado de algunas falacias, se halla en nuestro universo una vastísima porción de verdad. Pero de nuevo consulta su Biblia y lee en ella una explícita frase según la cual el mundo está depravado y maldito sin límites y que sea como fuere el hombre debe tratar de apartarse de él. Pero ¿por qué alejarse de un mundo que es Auténtico y no Engañoso? Con toda seguridad, la sociedad humana es en general un nido de impostura e hipocresía.

Por consiguiente, en el alma del entusiasta se enfrentan dos ejércitos; y a no ser que resulte desleal o cobarde, o que dé muestras de credulidad, o que sea capaz de encontrar el Secreto Talismánico que reconcilie la realidad del mundo con su alma, se ha acabado la paz para él; en el resto de su vida no existirá ni la más breve tregua. Sin duda alguna dicho Secreto Talismánico no ha sido aún hallado; y por la naturaleza de cuanto se relaciona con lo humano no se descubrirá nunca. Ciertos filósofos han pretendido hacernos creer con insistencia que han dado con él; pero si al final no toman conciencia de su ilusión, otros lo harán por ellos antes de lo que se imaginan, y entonces tanto ellos como sus vanas teorías se deslizarán hasta caer en un práctico olvido. Platón, Spinoza, Goethe y muchos otros pertenecen al gremio de impostores ante sí mismos, al igual que una turbulenta y disparatada multitud de escoceses y yanquis considerados estudiosos cuyo zapato universitario y claveteado aún traza con mayor claridad la línea de sus predecesores originales griegos o germanos neoplatónicos. A ese profundo Silencio, esa única Voz de nuestro Dios a la que antes me refería; a la divinidad sin nombre, los filósofos impostores afirman sin el menor escrúpulo haber hallado una respuesta. Esa pretensión resulta tan absurda como la consistente en tratar de extraer agua de una roca y sentirse convencido de que se ha logrado. ¿Cómo puede el hombre obtener una voz a partir del Silencio?

Desde luego todos debemos admitir que si para una sola persona el problema de la posible reconciliación de este mundo con nuestra alma poseía un interés potencial singular, era precisamente para Pierre Glendinning en el período de su existencia que ahora narramos. En obediencia a las más elevadas instancias de su alma había realizado ciertos actos vitales que le habían de privar de la felicidad mundana y que, según presentía, habían de provocar en él al final y de forma indirecta un sufrimiento adicional en el que de momento prefería no pensar.

Así que pronto, cuando tras su inicial aprensión a causa del místico título, y una vez empezada su lectura para evadirse de sus preocupaciones, Pierre obtuvo por fin un vislumbre del profundo intento del autor del burdo y destrozado panfleto, sintió que se le despertaba un gran interés. Cuanto más leía y releía, más crecía su curiosidad, pero también más se asemejaba a un fracaso su esfuerzo por comprender el tema en

el que se extendía el desconocido escritor. De algún modo tenía la impresión de captar una noción vaga y general, pero el concepto central rehusaba aparecer ante él con toda claridad. El motivo no resulta fácil de exponer, ya que el corazón y la mente del hombre, engendrados de la razón, resultan órganos que no pueden ser descritos a la ligera. De todos modos nos atrevemos a aventurar algo que quizá no sea del todo desafortunado.

Si un hombre tiene alguna duda imprecisa y latente acerca de la intrínseca corrección y excelencia de su teoría general sobre la vida y el curso práctico de su existencia, cuando se topa por pura casualidad con otro, o con algún sucinto tratado o sermón que sin la menor intención ilustran, por así decirlo, en forma palpable la intrínseca equivocación e inexcelencia tanto de la teoría como de la práctica de su vida, ese hombre tratará con todas sus fuerzas —con mayor o menor conciencia— de impedirse a sí mismo la comprensión admitida de un asunto que de hecho le condena. Reconocer que ha captado el mensaje equivaldría a corroborar la condena sobre sí mismo implícita en el escrito o en el diálogo, y eso es algo que a los humanos les resulta siempre en extremo inconveniente e irritante. Y aún hay más. Si un ser viviente lee o escucha algo que para él es totalmente nuevo, en el momento en que ese algo le es anunciado por vez primera no consigue en absoluto ni siquiera vislumbrar su significado. Porque aunque parezca absurdo los entes superiores sólo son capaces de entender aquello que ya ha anidado en su pensamiento con anterioridad, aunque sólo sea en embrión. Lo que de momento les resulta desconocido es imposible hacérselo concebir tan sólo con exponerlo. Ciertamente que a veces fingen haber asimilado el asunto a la perfección, y que creen de corazón que así ha sido; y desde el exterior todo indica que sí les ha llegado el mensaje; incluso menean su poblada cola en ademán de inteligencia, pero a pesar de todas las apariencias siguen en una absoluta ignorancia. Existe una probabilidad de que más adelante consigan por sí mismos inhalar la nueva idea que ha quedado flotando en el aire circundante y así por fin se haga la luz en su mente, pero no de momento ni por ningún otro proceso. Se observará que no atribuimos a Pierre, en relación con el ajado panfleto, ningún punto de las especulaciones referidas, por lo menos en términos precisos. Es posible que ambos conceptos generales le sean aplicables; quizá ninguno lo sea. Sin embargo lo que sí estamos en posición de afirmar es que en aquel momento parecía creer de corazón que no comprendía en todo su significado el extraño trasfondo que trataba de transmitir su autor. Sin embargo, cabría calificar dicho trasfondo de evidente en extremo; era tan natural, que hasta un niño podría haberlo originado. Claro que el mensaje estaba tan hondo que ni siquiera el mismísimo Juggularius podía ser su autor, y por otra parte resultaba tan excesivamente trivial, que el hijo menor del mismo Juggularius habría sentido vergüenza de proclamarse su artífice.

En vista de que aquella curiosa ruina de papel inquietó a Pierre en tal extremo; presintiendo también que este último no había de quedar del todo libre de influencia en su conducta tras la lectura, cuando por otros medios llegase por fin a captar su contenido; o, acaso por encima de todo, sabiendo cuál sería la extensión de dicha influencia, ya que Pierre llegó a conocer al autor del escrito por reputación y, a pesar de no intercambiar con él una palabra, su espíritu se sintió envuelto en un sorprendente hechizo tras una distante mirada casual a su rostro; en suma, en todas estas razones considero poder basar mi apología para insertar en los capítulos siguientes la parte inicial de aquello que me parece una lectura imaginativa y mística más que filosófica, de la que confieso empero no haber llegado a extraer una conclusión capaz de satisfacer con carácter permanente los peculiares movimientos de mi alma, a la que según creo está dirigida de modo más preciso. Yo me atrevería a juzgarla más la reafirmación muy bien ilustrada de un problema que la resolución del mismo. Pero como tales exposiciones son casi invariablemente tomadas por soluciones (y quizá sean las únicas existentes desde un punto de vista humano), ésta puede contribuir a la paz temporal de más de una mente inquisitiva, y por lo tanto no resultar del todo inútil. En el peor de los casos cualquier persona tiene ante sí la posibilidad de saltar las siguientes páginas o, por el contrario, leerlas y juzgar por sí misma.

III

«El»,

por

PLOTINUS PLINLIMMON,

(en Trescientas Treinta y Tres Lecturas)

PRIMERA LECTURA

CRONOMETRÍA Y HOROLOGÍA

(No tanto el Umbral como el andamio temporal que conduce al Umbral de esta nueva Filosofía).

«Pocos de nosotros dudamos, caballeros, de que la vida humana en esta tierra no es sino un estado de prueba; lo que entre otras cosas implica que nosotros los mortales no tenemos que ver más que con aquello que debe considerarse provisional. Por consiguiente mantengo que nuestra así denominada sabiduría no posee un carácter definitivo.

»Tras exponer este preámbulo, comienzo.

»Me parece que existe una cierta disposición, singular en extremo, en algunas almas humanas que, al ser trasladadas con sumo cuidado al cuerpo, revelarán en casi cualquier ocasión y lugar la propia Verdad del Cielo, con mínima pizca de variación. Ya que proviniendo sobre todo de Dios, única fuente posible de dicha verdad celeste, y de la gran montaña y torre de Greenwich desde donde se calculan los meridianos universales que se pierden en el infinito, tales almas parecen cronómetros marinos (vocablo griego que significa indicadores del tiempo) de Londres, que del mismo modo en que la embarcación de la capital pasa flotando Támesis abajo ante Greenwich, están ajustadas con suma perfección a la hora que marca dicho meridiano y continuarán con normalidad dando la misma hora aunque se desplacen hasta las Azores. Resulta cierto que en casi todos los casos de prolongados viajes marinos hacia remotas tierras —a China, por ejemplo—, los cronómetros de la mejor manufactura y también aquellos que reciben los más meticulosos cuidados sufrirán una gradual variación más o menos intensa en relación con la hora de Greenwich, sin que exista la

posibilidad de que el error sea salvado por una directa comparación con su modelo; pero la atenta y hábil observación de las estrellas con la ayuda de un sextante servirá para disminuirlo de modo sustancial. Además, existe algo que se conoce como ajuste de un cronómetro; consiste en, tras haber comprobado su grado de inexactitud inorgánica, por insignificante que sea, añadir o deducir según el caso la pérdida o ganancia con precisión en cualquier cálculo cronométrico subsiguiente. Por lo tanto, volviendo a nuestro largo viaje oriental, el cronómetro puede ser corregido comparándolo con los de otro navío que se cruce con el nuestro y que haya abandonado el hogar con posterioridad.

»En un mundo artificial como el nuestro el alma del hombre se aleja más de Dios y de la Verdad Celeste que el cronómetro trasladado hasta China se distancia de Greenwich. Y del mismo modo que dicho indicador del tiempo, aunque su mecanismo resulte perfecto, señalará las doce del mediodía cuando la lectura de los relojes locales de China nos indique quizá que es ya la medianoche, el alma cronométrica, a pesar de ser leal en este mundo al gran Greenwich que existe en el otro, contradice de forma continua, con lo que se denominan intuiciones de lo correcto y lo erróneo, los modelos locales y los cerebros productores de exactitud no sólo horaria.

»La mente de Bacon era sólo la de un fabricante de relojes comunes; pero Cristo fue un cronómetro, el más exquisito, ajustado y exacto, y además el menos afectado por los irritantes ruidos terrenales, de cuantos han llegado a nosotros. La razón por la que las enseñanzas del Salvador les parecieron a los judíos meras insensateces fue que Aquél llevaba la hora del firmamento en Jerusalén; o por el contrario, los habitantes del lugar se orientaban por la local. ¿Acaso no pronunció Dios hecho hombre las siguientes palabras: "Mi sabiduría (tiempo) no es de este mundo"? Todo cuanto resulta realmente peculiar en el saber de Jesucristo parece tan absurdo en nuestros días como hace 1850 años; eso ocurre porque durante todo este intervalo su legado cronométrico ha preservado su meridiano horario original mientras que el Jerusalén que constituye nuestro mundo se ha obstinado en conservar el suyo.

»Pero si bien el cronómetro que ha viajado desde Greenwich hasta China exhibe en cualquier momento y lugar, por muy oriental que éste sea, la precisa hora verdadera de nuestro modelo occidental; y aunque al hacerlo contradiga necesariamente la indicación de las agujas temporales de China, eso no significa en absoluto que con respecto a esta última pretenda demostrar que los relojes están estropeados. Es justo lo contrario. La realidad de la diferencia existente constituye una presunción de que, en el remoto país oriental, los relojes marcan con total precisión. De ahí se deriva una consecuencia: los marcadores de la hora en China son tan verdaderos para su país como falsos resultan en relación con él los cronómetros de Greenwich. Además, ¿de qué le serviría a un chino un cronómetro occidental que funcionase según el horario de Greenwich? Si tuviese que guiarse por él para regular sus acciones diarias sería

culpable de todo tipo de absurdos: por ejemplo se acostaría a mediodía, en el mismo momento en que sus vecinos se dispusieran a almorzar. Del mismo modo, mientras la terrenal sabiduría del hombre es una celestial necedad para Dios, a la inversa, la celestial sabiduría de Dios constituye para los humanos un disparate terrenal. Si lo tomamos en forma literal, así ha de ser. No vayamos a creer que el Dios que mora en el Greenwich del firmamento espere que el hombre ordinario preserve la sabiduría de Greenwich en este remoto mundo chino nuestro, ya que algo así sería fuente de escaso provecho para los mortales, además de una falsificación de Sí Mismo, puesto que en ese caso la hora de China coincidiría con la occidental, convirtiéndose esta última en errónea.

»Pero ¿por qué entonces envía Dios al mundo de vez en cuando un cronómetro celeste como si se tratase de una piedra meteórica, según parece sin obtener ningún resultado positivo, para descubrir la mentira entre aquellos humanos que se preocupan por mantener sus relojes en hora? Porque no desea abandonar al hombre a su suerte sin ningún testimonio ocasional de lo siguiente: aunque las nociones chinas de los habitantes de la tierra respondan a sus necesidades locales, no se pueden aplicar en forma universal; el Greenwich central en el que habita Dios sigue un método algo distinto al que gobierna nuestro planeta. No debe sin embargo derivarse de esta última máxima que la Verdad del Creador es una cosa y la de los humanos otra, sino que —como ya ha sido insinuado y como será elucidado en lecturas posteriores—, debido precisamente a sus contradicciones, acaban por corresponderse entre sí.

»Por inferencia nos encontramos con que aquel que descubre en su interior un alma cronométrica y se esfuerza por mantener en vigor la hora celeste sobre la tierra no puede alcanzar un éxito absoluto y esencial en su intento. Y en lo referente a sí mismo, si trata de regular su conducta diaria según los dictados del espíritu, no hará sino disponer para el ataque en su contra a todos los seguidores del tiempo terrenal y por lo tanto provocar su propio sufrimiento e incluso su muerte. Estos dos elementos se revelan con toda claridad en el carácter y destino de Jesucristo, tanto en el pasado como en el presente de la religión que Él enseñó. Pero hay algo que debe ser observado con especial atención. Si bien Cristo se enfrentó al dolor en el precepto y en la práctica de su cronometría, nunca se vio afectado por el pecado ni la necedad humanas. Por el contrario, con los seres inferiores ocurre con excesiva frecuencia que el esfuerzo denodado por vivir en este mundo según las estrictas indicaciones de la cronometría acostumbra a arrastrarles a cometer pecados y caer en absurdos tan extraños como singulares, que nunca antes habrían podido imaginar. Así es antes o después. Nos encontramos ante la historia de la matrona de Éfeso convertida en alegoría.

»A cualquier hombre serio y capaz de introspección, una contemplación sincera de estas ideas acerca de Cronometría y Horología le servirá para esclarecer con carácter

provisional unas pocas de las más oscuras nociones que hasta el día de hoy han atormentado al hombre de pensamiento honrado desde la noche de los siglos. ¿Qué hombre que conserve en su interior un alma celestial no ha gemido al percibir que, a no ser que cometa una especie de suicidio en relación con cuanto hay de práctico en este mundo, no puede esperar conseguir nunca una regulación de su conducta terrenal por medio de su espíritu celeste? Y sin embargo un instinto infalible le susurra que su monitor no está equivocado.

»¿Y dónde está el grave y acertado filósofo, caballeros, que mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo, a través de todas las generaciones que en el mundo han sido, incluida la presente, no se haya visto asaltado mil veces por una especie de idea infiel, según la cual por mucho que Dios sea Señor de multitud de mundos, no lo es de este en el que vivimos? Nuestra tierra parece poner de manifiesto una gran contradicción, puesto que las actitudes que en ella observamos resultan repugnantes comparadas con las que creemos adivinar en los moradores del Cielo, de los que según doctrina divina no somos sino un exacto reflejo. Pero no, no puede ser; aquel que consulta su cronométrico concepto como es debido no toma nunca conciencia de idea tan pavorosa, que podría incluso inducirle a poner entre interrogantes la existencia del Creador. El pensador cabal acaba por comprender, o creer que comprende, que la aparente incompatibilidad del Todopoderoso con sus hijos, los hombres, es resultante de la meridiana correspondencia de estos últimos con Él.

.....

»Esta concepción cronométrica no conlleva en absoluto una justificación de todas las acciones realizadas por los malvados que pueblan nuestro planeta. En su perversidad, los malhechores pecan gravemente tanto contra sus propios relojes como contra el cronómetro celeste. Queda evidenciado que así es por su espontánea incursión en el remordimiento. No, la anterior exposición de ideas sólo trata de mostrar que para la masa humana la más elevada y abstracta perfección del firmamento no sólo resulta imposible, sino que además estaría por completo fuera de lugar en un mundo donde aparecería como un error. Poner la mejilla izquierda cuando la derecha ha sido golpeada es cronométrico; de ahí que ningún hombre medio nacido de mujer haya hecho nunca tal cosa. Sin embargo, si un hombre da una limosna a un pobre, haciendo gala de cierta generosidad en la que hay un matiz de autoconsideración, se abstiene de actuar con crueldad manifiesta en relación con sus semejantes; se esfuerza dentro de sus limitaciones y conveniencias generales por hacer el bien entre los miembros de su raza; cuida con atención y amoroso celo de su esposa e hijos, familiares y amigos; se muestra tolerante con las opiniones de los demás, sean cuales fueren; se comporta como honesto comerciante, ciudadano honrado y todo

eso; y, sobre todo, si cree que hay un Dios tanto para los infieles como para los que están convencidos de su existencia y actúa según este credo, entonces, aunque dicho hombre resulte deficiente en relación con el modelo cronométrico y sus actos no sobrepasen el grado de horológicos, no debe nunca desalentarse en exceso por considerarse culpable de alguna ofensa menor: palabras pronunciadas sin previa reflexión, bofetadas devueltas en un impulso, ataques de petulancia doméstica, disfrute egoísta de una copa de vino a sabiendas de que hay mortales a su alrededor que carecen de una hogaza de pan, y pecadillos por el estilo. Repito que en ningún caso tiene motivos para desanimarse a causa del perpetuo peligro que corre de actuar en forma reprochable; ya que el no cometer ningún error equivaldría a ser un ángel cronométrico, y ya hemos dicho que él no es más que un hombre horológico.

»Sin embargo el relojero horológico predica que la propensión a caer en según qué debe reprimirse dentro de lo posible, si bien es cierto que no alcanzaremos jamás a erradicar el mal por completo. Pero nuestras tendencias negativas han de ser sólo controladas, ya que si les damos libertad absoluta acabarán por convertirse en un total egoísmo y demonismo; cualidades que, como hemos insinuado, no encuentran en ningún caso justificación por parte del relojero.

»En resumen, este concepto cronométrico y horológico parece enseñar en concreto lo siguiente: en las cosas terrestres (horológicas) el hombre no debe estar gobernado por ideas celestiales (cronométricas); ciertas renunciaciones menores en esta vida son aconsejables, tal como el mero instinto y el bienestar cotidiano lo insinuarán; pero en ningún caso conviene que alguien se sacrifique de un modo completo e incondicional por favorecer a otro ser, causa o ideología. Porque, ¿acaso hay algo o alguien dispuesto a sacrificarse en forma asimismo completa e incondicional por él? El propio sol del Señor no disminuye ni en una partícula su calor de Julio, por mucho que los humanos desfallezcan bajo su rayo justiciero. Y si se aviniese a reducir su abrasador bochorno en nuestro beneficio, no madurarían ni el trigo ni el centeno; de ese modo, al auxiliar a un individuo provocaría el sufrimiento de la población entera.

»Así que una conveniencia virtuosa parece constituir la excelencia terrenal más deseable que la ingente masa humana puede llegar a alcanzar, siendo la única que el Sumo Hacedor incluyó en sus planes al fabricarnos. Cuando los hombres vayan al cielo todo cambiará. Allí podrán exponer la mejilla izquierda porque a nadie se le ocurrirá golpear la derecha. Allí estarán en disposición de dárselo todo a los pobres, mostrando su gran magnanimidad, porque no habrá pobres entre quienes repartir riquezas. La debida apreciación de este asunto beneficiará al lector, ya que hasta ahora sus dogmáticos maestros le han enseñado con tono autoritario que durante su paso por la tierra está obligado a apuntar hacia el cielo y a ganárselo por medio de sus acciones terrenales si no quiere recibir el castigo de la ira eterna. Al mostrarle la experiencia que resulta del todo imposible comportarse siempre en forma virtuosa, el

ser mortal, en su desolación, tiene tendencia a dejarse arrastrar por cualquier tipo de abandono moral, engaño de sí mismo e hipocresía (cubiertos por regla general bajo el aspecto de la más respetable devoción); eso si no busca refugio desesperado en el ateísmo, como un perro enloquecido.

»Dejemos pues que los hombres asimilen la lección que imparten la Cronología y la Horología, para que mantengan un incentivo basado en el sentido común al aplicar aquella porción de la virtud que resulte tanto practicable como deseable, y también para que tales alicientes se vean reforzados por la conciencia de los poderes con los que cuentan los humanos para alcanzar su meta; de ese modo ellos pondrán fin al irrazonado y fatal anhelo de perfección, que en excesivas ocasiones ha resultado ser la consecuencia —productora de vicio en numerosas mentes— de las concentradas doctrinas cronométricas enseñadas hasta ahora a la humanidad. Si algún hombre afirma que la tesis que expongo es falsa o impía, me limitaré a rogarle que por caridad consulte la historia de la Cristiandad durante los últimos 1800 años y a preguntarle luego si, a pesar de las máximas de Jesucristo, dicho relato no está tan repleto de sangre, violencia, error e iniquidad de todo tipo como cualquier fragmento de la historia del mundo. Por lo tanto me inclino a pensar que en lo concerniente a los resultados prácticos considerados bajo un prisma totalmente terrenal, la única doctrina moral original y grandiosa de la Cristiandad (es decir el devolver en forma cronométrica y gratuita el bien por el mal, que debe diferenciarse del perdón de las culpas horológicas enseñado por algunos filósofos paganos) ha resultado ser falsa (para los relojeros horológicos), ya que tras 1800 años de innumerables predicaciones en púlpitos tratando de inculcarla, queda demostrado que es totalmente impracticable.

»No hago sino referir lo que ponen en práctica todos los días los mejores seres mortales y aquello que les está negado a los hombres verdaderamente perversos. Le presento un consuelo al hombre serio que, sumergido en las flaquezas humanas, es consciente durante su agonía de la belleza que acompaña a la excelencia cronométrica. Le ofrezco también al vicioso una virtud practicable sin interferir en una verdad eterna: antes o después, en cualquier caso, el pecado completo culmina en un sufrimiento absoluto.

»Además: si...»

Pero el panfleto había sido desgarrado en ese punto, llegando a una conclusión más que forzosa y descuidada.

Libro XV

Los primos

Si bien estaba resuelto a enfrentarse con toda la magnitud de su situación hasta las últimas consecuencias y a cualquier riesgo, Pierre no había emprendido su marcha a la ciudad sin trazar antes algunos planes razonables, tanto en relación con sus circunstancias más inmediatas como con su condición ulterior.

En la metrópoli residía un primo suyo, Glendinning Stanly, mejor conocido por la familia en general como Glen Stanly y por Pierre como el primo Glen. Como nuestro joven, era hijo único; sus padres habían muerto cuando él era sólo un niño y durante el año que nos ocupa había regresado de una prolongada estancia en Europa para entrar, a la edad de veintiuno, en la libre e ilimitada posesión de una noble propiedad que había ido acumulando en manos de fieles tutores capaces de aumentar la fortuna.

Durante su pubertad y adolescencia Pierre y Glen habían mantenido una relación afectiva superior a la habitual entre primos. A los diez años habían ofrecido un vivo ejemplo de aquella verdad según la cual la amistad entre muchachos generosos de corazón se alimenta en el bienestar y elegancia de la vida que engendran los romances, trascendiendo a veces las fronteras de la mera puerilidad y revelándose durante un tiempo en el empíreo de un amor que sólo carece, en cierto grado, del dulce sentimiento que se profesan entre sí los seres de sexos opuestos. Tampoco le faltan a este afecto entre muchachos desazones y sabrosas amarguras ocasionales, que por medio de una aparente mitigación estimulan las delicias permanentes de aquellos amantes más avanzados unidos en el cesto de Venus. Los celos hacen su aparición, la existencia de otro joven que congenie en exceso con el objeto amado de uno de los muchachos llenará a este último de emociones semejantes a las de Otelo; un desastre imaginario o cualquier disminución en las muestras diarias de cálidos sentimientos le impulsará a acumular en su corazón ácidas recriminaciones y reproches, o bien se sumergirá en tenebrosos humores para los que sólo la negra soledad constituye ideal compañera.

Tampoco las cartas que se entrecruzan los adoradores de Afrodita están más cargadas de precipitados votos y protestas, ni aparecen más escritas de través, ni más atestadas de sentimentalismos discursivos, ni son más constantes en su casi semanal o incluso diaria frecuencia, que las misivas de amorosa amistad entre muchachos. Entre

los papeles que Pierre había destruido en un momentáneo arrebató en la estancia de la posada, había dos haces de cartas profusamente escritas y en numerosos casos corregidas con frases en tinta roja sobre la negra; el afecto en dichos mensajes tenía dos capas de profundidad y una pluma y un pigmento resultaban insuficientes para pintarlo. El primer fajo contenía las cartas de Glen para Pierre, el segundo las que Pierre le había dirigido a Glen y que, justo antes del largo viaje de este último a Europa, el joven le había rogado que le entregase a fin de poder releerlas en su ausencia y fortalecerse en su afecto reviviendo, por medio de la consulta, las jóvenes y ardientes horas en las que había realizado tales manifestaciones.

Pero al igual que el fruto en sazón se impulsa hacia fuera desplazando a la hermosa florescencia, en gran número de casos el amor definitivo por el sexo opuesto reemplaza al querer entrañable y preliminar que se profesan los compañeros de adolescencia. La amistad externa puede sobrevivir en mayor o menor grado; pero el singular sentimiento que emanaba de ella se ha desprendido del tronco, pereciendo para siempre.

Si dentro de la inmovible lógica de la realidad y la verdad el terrenal corazón del hombre se fija en una mujer determinada que se convierte en único objeto de su eterna devoción sin que exista la menor sombra de recelo concerniente a su fe, por personificar a sus ojos la perfección del más bello y elevado sueño de aquello que denominamos encanto femenino; si es cierto que esto sucede —y cabe rogarle al cielo que así sea—, debemos tener en cuenta empero que antes de llegar a este punto en la mayoría de los casos metropolitanos, el amor del amante menos perceptivo no es casi invariablemente sino el establecimiento definitivo de innumerables miradas tan errantes como furtivas sobre varios objetos específicos. Ya ha sido advertido que si permitimos que el prodigioso alcance y variedad de los atractivos femeninos se balancee ante nuestros ojos sin tomar una decisión, acabará por confundir nuestra capacidad de selección. El célibe recalcitrante es, por lo menos en América, casi siempre tanto una víctima de una apreciación demasiado profunda del infinito poder de hechicería de la mujer como un solitario vitalicio a causa del legítimo dominio sobre su persona de un temperamento frío desprovisto de buen gusto.

Si bien los peculiares anhelos del corazón propios de su edad habían hallado por fin una resplandeciente respuesta en el seno de Lucy, durante una época anterior a su hallazgo Pierre no había permanecido insensible a los variados impulsos de su pasión. Hasta tal punto había escuchado las insinuaciones de sus sentidos que antes de convertirse en enamorado —con declaración incluida—, el Amor había tenido en él a uno de sus generales votantes; así que una capa de enfriamiento se había ido extendiendo sobre el ardiente sentimiento que en años anteriores le había profesado a Glen.

El mundo da vueltas y vueltas, sirviendo de blanco a la emboscada de un francotirador que arranca una por una las hermosas ilusiones de la juventud con el despiadado tiroteo de un rifle formado por la realidad de cada época. Si por un lado el amor general por las mujeres había modificado de forma sensible el particular sentimiento de Pierre hacia Glen, tampoco las mil fascinaciones indefinibles de los entonces brillantes paraísos que constituían Francia e Italia habían dejado de ejercer su seductora influencia sobre muchas de sus emociones iniciales. Porque del mismo modo que las mejores ventajas y comodidades de la vida no se ven libres de algún que otro inconveniente envidioso, los prolongados viajes por el extranjero tienen también un aspecto negativo: en las mentes jóvenes y poco sólidas desalojan algunos de los sentimientos más puros que ha depositado en ellas la naturaleza desde su nacimiento, reemplazándolas por una enojosa arrogancia que, al igual que el supuesto federalismo fanático de tiempos pasados, no molería su café diario —según la leyenda política— en ningún molinillo que no hubiese sido manufacturado en Europa y que, por otra parte, habría incluso pensado, o por lo menos así se afirma en tono satírico, en importar aire del viejo continente para su consumición doméstica y cotidiana. La mutua, acortada, espaciada, pospuesta y por fin abandonada correspondencia entre Pierre y Glen constituía el testimonio melancólico de un hecho que quizá ninguno de los dos consideró de corazón con la severidad que merecía y que, desde luego, ni uno ni otro censuraron en su oponente.

En los primeros tiempos de transición entre el generoso impulso de la juventud y la prudente cautela de la madurez, interviene por regla general una breve pausa de desagradable reconsideración en la que el alma, encontrándose de nuevo ante sus esencias espontáneas desplegadas en toda extensión, duda en abandonarse al total egoísmo, se arrepiente de sus divagaciones y empieza a sentirse poco a poco deliberada incluso en el amor, y estadística hasta en la piedad. Las penitencias del hombre no son más que transitorias y al final, impulsado por la vertiginosa corriente de la vida, el joven exaltado e impulsivo no deja huella reconocible en el adulto; pero mientras dura el impacto de ese período intermedio, el adolescente hace aún esfuerzos denodados por rescatar las ingenuas espontaneidades que se le escapan de las manos. Por desgracia todos sus intentos están tan bien aleados con el incipiente egocentrismo, que casi sería mejor no realizarlos en absoluto, ya que con excesiva frecuencia no parecen sino arranques vacuos y fruto del engaño de sí mismo o, peor aún, meras hipótesis carentes de sinceridad.

Al regresar Glen tras la prolongada ausencia la más elemental cortesía, por no decir los imperativos de la relación de sangre, impulsaron a Pierre a darle la bienvenida por medio de una carta que, aunque no demasiado larga y poco entusiasta, despedía un vaho de consideración familiar y de amabilidad, intensificado en extremo por el entonces franco y atractivo espíritu de Pierre. A dicha misiva Glen, menos serio y por

completo europeizado, había respondido en afable urbanidad lamentando, en un alarde de artística naturalidad, el aparente declive de su amistad y confiando con entusiasmo en que, a pesar de su larga separación, reviviese aún con mayor sinceridad. Al fijar de forma accidental su mirada en el saludo que figuraba en el encabezamiento del delicado mensaje, Pierre creyó percibir ciertos rasgos caligráficos que no podían disfracarse del todo, indicativos de que el «Mi muy querido Pierre» inicial había sido originariamente un simple «Querido Pierre»; su intuición le hacía suponer que una vez concluida la escritura de la carta, incluso tras haber trazado su firma en ella, el primo Glen había reconsiderado su «Querido Pierre», anteponiendo pues las palabras «Mi muy» como un ardiente prefijo; conjetura casual que, si bien infundada, se había traducido a la práctica en un retraso de cualquier réplica afectiva por parte de Pierre, temeroso de que su generosa llama ardiese sólo para una pluma ostentosa. No contribuyó en nada a apagar aquella sospecha la recepción de una segunda misiva, esta vez salpicada de asuntos de negocios —así, a caballo entre la amistad y el comercio anduvieron casi todas las restantes—, en la que el «Mi muy querido Pierre» había quedado reducido a un «Mi querido Pierre» y en una tercera ocasión a «Querido Pierre»; en su cuarto mensaje el remitente reunió todas sus fuerzas y se aventuró a una exaltada marcha que culminó en un «Queridísimo Pierre». Todas las fluctuaciones que acabamos de describir constituían un mal augurio para determinar un amor que, por muy consagrado que estuviera a una causa, parecía dispuesto a alzarse y navegar bajo la bandera de cualquier nación. No pudo por menos que aplaudir una nota posterior de Glen que, de forma abrupta y casi indecorosa dadas las circunstancias, se lanzaba a los acordes de la amistad sin obertura ni saludo de ningún tipo; era como si al final, debido a la infinita delicadeza de su lírico amor, Glen hubiese desesperado de definir con precisión la naturaleza de éste y hubiese preferido dejar la expresión de su sentimiento en manos del corazón y la imaginación de Pierre, mientras él se limitaba a seguir celebrando su relación general por medio de innumerables frases edulcoradas de heterogénea devoción. Resultaba curioso y entretenido desde un punto de vista sarcástico comparar las tácticas magistrales —pero no del todo presididas por el éxito—, además de indefinidas, utilizadas por el versado Glen con el incesante torrente de «Queridos Pierres», que no sólo fluían a lo largo del margen superior de sus cartas iniciales, sino que también emergían aquí y allá desde sus subterráneos canales, creando resplandecientes intervalos entre las sucesivas líneas. La casual remembranza de todo aquello no había detenido la precipitada mano de Pierre al echar los fajos de cartas tanto nuevas como viejas al más honesto y sumario de los elementos, que ni respeta a las personas ni hace una remilgada crítica del estilo de los escritos que arden en su seno, sino que, como la Verdad última de la que constituye símbolo, consume todo cuanto cae en su poder.

Cuando el compromiso matrimonial entre Pierre y Lucy se hizo público, el cortés Glen, además de las acostumbradas felicitaciones por el acontecimiento, no había desperdiciado tan magnífica oportunidad para volver a ofrecerle a su primo sus anteriores tarros de miel y melaza, acompañados en tal ocasión por cajas de limón y ciruelas confitadas. Pierre le dio las gracias con gran amabilidad; pero mediante ciertas pequeñas ambigüedades socarronas solicitó permiso, basándose en la saciedad que sentía, para readjuntarle la mayor porción de su presente, cuyo carácter insustancial quedaba tipificado en forma alegórica por la carta que lo contenía, puesto que su franqueo fue el habitual.

El amor verdadero puede, como todo el mundo sabe, resistir a muchas repulsas por rudas que éstas sean. Pero no voy a discutir ahora si fue el amor o la corrección de Glen lo que en aquella ocasión resultó invencible. Sí estoy en posición de afirmar que el joven volvió impávido a la carga y, por medio de una pronta e inesperada respuesta, le extendió a Pierre todas las cortesías de la ciudad, además de ofrecerle con gran hospitalidad cinco suntuosos aposentos, que tanto él como su lujoso entorno pensaban ocupar de forma nominal en el hotel particular más en boga de la opulenta urbe. No se detenía Glen en esta invitación sino que, como Napoleón, parecía dispuesto a ganar la batalla lanzando todos sus regimientos contra un solo punto de ataque y conquistando este último contra viento y marea. Enterado por algunos rumores oídos a la mesa de sus parientes que había de fijarse en breve una fecha para las nupcias reales de Pierre, Glen había registrado todos sus portapliedgos parisinos buscando el más rosado pergamino y, con tinta aromática y una pluma de oro, había redactado una carta tan lustrosa como fragante en la que, tras invocar a Apolo y Venus, a las Nueve Musas y también a las Virtudes Cardinales para que derramasen su bendición sobre los desposados, concluía con un en verdad magnífico testimonio de su amor.

Según afirmaba en su carta, entre las propiedades heredadas en la ciudad figuraba una pequeña casa antigua, encantadora, totalmente amueblada, decorada en el estilo del siglo pasado y situada en un barrio que, si bien en la actualidad no estaba tan a la moda como en los brillantes años precedentes, poseía grandes atractivos para los retirados arrullos y caricias que acompañan a una luna de miel. En realidad había solicitado permiso para bautizarlo como «Nido de arrullos», y si tras el trasiego de los festines nupciales Pierre le concedía el honor de visitar la ciudad con su recién estrenada esposa para permanecer en ella durante un mes o dos, el Nido se sentiría más que feliz de poder albergarlos. Su dulce primo no debía tener la menor aprensión. Debido a la ausencia de un digno aspirante a la casa, esta última llevaba desocupada largo tiempo, exceptuando a un viejo confidencial y soltero, empleado de su padre, que sobre la base de un alquiler nominal colgaba su pulido sombrero en el vestíbulo, más por ocuparse de la buena conservación de la propiedad que por ninguna otra

causa. El viejo y servicial inquilino ahuecaría el ala a la primera insinuación de que la casa iba a tener nuevos ocupantes. Glen se ofrecía asimismo a encargarse personalmente de proporcionarles por adelantado un adecuado séquito de criados, para que antes de su llegada encendieran los hogares de las estancias que habían permanecido largo tiempo vacías, y no sólo sacaran el polvo sino también devolvieran su lustre original a las venerables, antiguas y grotescas caobas así como a todos los mármoles, marcos de espejo y molduras. La cocina contaba con más utensilios de los necesarios para cocinar; la antigua caja fuerte de plata que pertenecía a la mansión desde tiempo inmemorial podía ser trasladada sin dilación desde las bóvedas secretas de un banco vecino; las porcelanas que se conservaban en la casa serían desembaladas con gran facilidad, de modo que sin causar apenas molestias al igual que los objetos de plata, quedasen restituidos a sus alacenas y adornasen el conjunto sin monotonía; al girar la espita del sótano, la mejor agua de la ciudad no dejaría de contribuir como un ingrediente más a la confección de una apetitosa copa de sangría, apropiada para momentos antes de retirarse a descansar.

La excesiva maliciosidad de algunas mentes críticas e insanas, así como la pusilanimidad moral de otras, obstaculizaban en el mismo grado la aceptación de favores tan afectivos como sustanciales provenientes de personas cuyo motivo, al ofrecerlos, no resulta del todo evidente ni reprochable por haber demostrado antes frialdad o indiferencia. Pero cuando dicha aceptación resulta tan conveniente como deseable para una de las partes y no está acompañada por la menor congoja de la otra, parece que no debe existir ninguna objeción juiciosa para aprovechar de inmediato el ofrecimiento. Cuando el favorecido es en general un igual tanto en rango como en fortuna en relación con el que derrama su generosidad, o incluso su superior, de modo que cualquier cortesía que reciba pueda ser ampliamente devuelta en el curso natural de acontecimientos futuros, todos los motivos posibles para declinar tal muestra de amabilidad deben disminuir en extremo. Y en cuanto a las mil razones inconcebibles y remilgadas relativas a los pros y los contras de imaginarias idoneidades, correcciones y consistencias personales, gracias al cielo en los momentos en que tenemos el corazón sano ningún titubeante aparejo de navegación detendrá el curso hacia adelante de un hombre con mente escarpada. Éste toma el mundo como es y se acomoda sin recelo a sus caprichosos humores, sin sentir el menor escrúpulo al recibir los mayores favores posibles de parte de aquellos que son tan capaces de conceder como libres de donar. Él también otorga cuando le llega la ocasión de hacerlo; así que, en el fondo, es la caridad ordinaria lo que hace su entrada para dictar una consideración favorable en relación con cualquier ofrecimiento liberal; la aceptación del mismo no hace sino enriquecer a quien lo recibe, puesto que de un modo indirecto le proporciona oportunidades para realizar actos benéficos en el futuro.

Y en el caso de aquellas personas que fingen una conducta irreprochable por medio de consideraciones de genuina benevolencia y reciben corteses gentilezas no desprovistas de hipocresía provenientes de seres que, según sus sospechas, son enemigos secretos; a éstos no sólo sus tácticas les prohíben rechazar, haciendo gala de incívica incorrección, la dadivosidad de sus supuestos adversarios, sino que, si contienen cierta frigidez y maliciosidad, o incluso si son capaces de sentirse gratificados por un sentido de inexpresable superioridad y dominio (algo que les ocurre a unos pocos hombres que debemos conservar como preciadas joyas), ha de resultarles delicioso, a guisa de mera aquiescencia de su propia urbanidad voluntaria, utilizar en forma harto gentil a sus antagonistas. Porque nos agradaría saber para qué existen los enemigos sino para aprovecharse de ellos. En tiempos remotos los humanos cazaban tigres con jabalina, ya que los odiaban por considerarlos fieras salvajes con mentes perversas y crueles; pero en esta nuestra era de las luces, aunque amemos al felino menos que nunca, tratamos de atraparle sobre todo para hacernos con su piel. El hombre sabio y culto luce cada día su tigre particular; todas las mañanas se lo pone en forma de manto para abrigar y adornar su figura. Desde este punto de vista, un adversario resulta más deseable que un amigo, porque ¿quién cazaría y daría muerte a su fiel y querido perro con el fin de arrebatarse la piel? ¿Acaso el pelo del can es tan valioso como el de un salvaje felino? Existen casos en los que el sentido de la sobriedad aconseja que convirtamos por medio de artes directas a personas que desean nuestro bien en antagonistas. Es falso que la más elemental política exige que el hombre no predisponga a nadie en su contra. Como entes cargados de buena voluntad algunas personas pueden llegar a ser no sólo inútiles sino incluso obstáculos declarados en nuestros planes particulares; sin embargo, en calidad de enemigos, siempre estamos a tiempo de conglutinarlos de forma que se subordinen a nuestros propósitos.

Pero Pierre no se había iniciado aún en los refinamientos más sutiles de la gélida política toscana, ya que sus experiencias hasta entonces no habían sido lo bastante variadas ni adultas para formarle en este sentido; además, fluía por sus venas demasiada generosidad. Sin embargo, en una época posterior caracterizada por un menor grado de inmadurez, aunque no tuviese la suficiente sangre fría como para actuar según las máximas expuestas en el párrafo precedente, su cerebro había de comprender su practicabilidad en todos los matices, caso que no siempre se da. En general, dentro de la sabiduría mundana acostumbra a negársele a una persona la posesión de toda introspección sólo porque ésta no se revela por medio de los actos externos, cotidianos y prácticos. Constituye un error muy frecuente en algunos hombres de mente infiel y sin escrúpulos, además de egoístas, carentes de principios o por completo bellacos, suponer que los creyentes de corazón bueno o los honestos no saben lo suficiente como para ser egocéntricos o desconsiderados, o no se atreven a

comportarse como auténticos bribones. Y de ese modo, ¡gracias al mundo!, existen muchos espías en el campo de batalla de la tierra que son tomados por simples paseantes de forma equivocada. Y los supuestos bobalicones parecen actuar según el siguiente principio: en algunas ocasiones no aprendemos tanto mostrando que ya poseemos vastos conocimientos, como dando la negativa impresión de ser muy ignorantes. Estamos ahora adentrándonos más allá de las fronteras de ese tipo de sabiduría que es una suerte poseer pero no resulta sagaz mostrar. Claro que existen más de uno y más de dos que, sintiéndose saturados del mundo, no le conceden ninguna atenta consideración al terrenal contenido, de tal modo que se preocupan muy poco de cualquier imprudencia social de la que puedan ser señalados como culpables.

Volviendo a nuestra historia, si no fueron conscientes reflexiones como las muy benevolentes o por completo neutrales recién mencionadas, era desde luego algo indisociable de ellas lo que había inducido a Pierre a responder al ofrecimiento de morada de su primo por una misiva directa y viril en la que le agradecía en repetidas ocasiones su supererogatoria amabilidad en relación con la adquisición previa de siervos y la puesta en orden de la plata y la porcelana, y en la que además le recordaba que había descuidado toda mención especial de los vinos suplicando que surtiese sus bodegas con algunos de los más exquisitos bouquets. También se sentiría muy agradecido si se encargaba personalmente de comprarle en un comercio de ultramarinos, entonces muy de moda, un paquete pequeño de café Moka auténtico; pero Glen no debía ocuparse de hacerlo tostar ni moler, porque Pierre prefería que las dos operaciones de tan suma importancia para decidir el aroma del producto se realizasen justo en el instante previo a las de hervir y servir tan delicioso brebaje. No indicaba que fuese a pagar los vinos y el Moka; se contentaba con censurar la negligencia de su primo y le señalaba cuál era el mejor modo de remediarla.

Concluía su carta notificándole que, si bien el rumor de que se había fijado una fecha cercana para sus nupcias era por desgracia infundado, no le parecía oportuno considerar que su amable ofrecimiento estaba basado en aquella presunción y que, por consiguiente, debía de anularse si sus desposorios no eran inmediatos; por el contrario estaba dispuesto a creerlo vigente en cualquier momento en que le pareciese oportuno. Se había prometido en matrimonio sin posibilidad de duda y esperaba ver realizado su propósito antes de la muerte. Entre tanto Glen le ofrecería aún un mayor motivo de reconocimiento enviándole al confidencial empleado una nota indicándole que abandonase la mansión.

Si bien atónito al principio —ya que con toda probabilidad su ofrecimiento podría haber procedido tanto de un impulso de ostentación como de cualquier otro motivo y no esperaba ni por asomo una aceptación tan firme y clara—, el primo de Pierre era un precoz hombre de mundo y como tal no podía por menos que tomarse la misiva de

una forma amigable, familiar, humorística y sin embargo práctica; algo que puso de manifiesto en una respuesta mucho más sincera en su forma, y más digna de crédito por lo que mostraba tanto de su corazón como de su cerebro, que cualquiera de las que había remitido desde los días de su adolescencia. De este modo, por la baladronada y, en cierto sentido, la carencia de contrición de Pierre, el en gran medida artificial joven se traicionó a sí mismo forzándose a actuar con efectiva amabilidad, a quitarse la vacua máscara de la ostentación y a colocar en su lugar las cordiales facciones de un rostro genuino. Por procesos parecidos se ven algunos hombres mundanos obligados a mostrar una benevolencia práctica a causa de una broma, ya que, en según qué caso, fracasarían la indiferencia, la frialdad, los resentimientos y las solemnes pláticas.

II

Pero poco comprenderíamos la peculiar relación existente entre Pierre y Glen —una relación cuyos resultados finales habían de ser serios por no decir otra cosa— si no arrojásemos sobre la equívoca narración general ya concluida el relato de una situación aún más incierta que absorberá en su seno a todas las de carácter más insignificante, de modo que una ambigüedad de gigantescas proporciones se convierta en única explicación posible a todos los dudosos detalles.

Pierre había imaginado durante largo tiempo que, antes de sentir él una especial devoción por Lucy, el espléndido Glen no había permanecido del todo insensible a los sorprendentes encantos de la muchacha. Pero no podía basar en nada sólido su incipiente idea. Desde luego su primo nunca se había delatado en relación con similar afecto por medio de la menor insinuación concebible y en cuanto a Lucy, la misma delicadeza instintiva que impedía a Pierre por siempre jamás interrogarla sobre el particular cerraba en forma voluntaria sus propios labios. Entre Pierre y Lucy la discreción había estampado su sello sagrado sobre el cofre del secreto, que como la cera de un ejecutor testamentario sobre su escritorio, si bien se funde convirtiéndose en nada bajo el efecto de la más diminuta vela, sigue poseyendo para las personas respetuosas la misma virtud prohibitiva que un barrote o un pestillo.

Si bien Pierre consideraba desde un punto de vista superficial la conducta de Glen hacia él, no conseguía encontrar en ella ninguna advertencia que pudiese inducirle a abandonarse a su sospecha. ¿Por ventura los celos sonrían con tal benignidad y ofrecen su hogar a la amada, siendo ésta prometida de otro? Sin embargo, por otra parte, al penetrar bajo sus vestiduras de brocado, Pierre creía vislumbrar la herida sin curar de aquella execración que con tanta frecuencia se ulcera en los amantes rechazados en relación con el rival suplantador, en el caso de Glen agravada por su antigua amistad y la sin par relación de sangre existente entre ellos. Ahora, enfocados bajo el prisma de su magistral composición química, todos los singulares enigmas de Glen; su caprichosa actitud en materia epistolaria, en forma de «Queridos Pierres» y «Queridísimos Pierres»; la caída veleidosa desde la llama febril de la cordialidad hasta un bajo cero de indiferencia; la inesperada y vertiginosa ascensión al trato caluroso; y,

sobre todo, su enfática y superabundante devoción tan pronto como los reales desposorios de Pierre parecían estar a punto de consumarse; todos los dobleces, en fin, quedaban al descubierto, disolviéndose, a pesar de la destreza de Glen. Porque algunos hombres, cuanto más hondo sienten un secreto o una dolorosa emoción, tanto más apilan las superficies engañosas. El afable comportamiento del primo debía ser considerado en directa proporción con su odio acumulado; y el clímax de dicha aversión se evidenciaba en el gesto de abrir las puertas de su casa a la pareja. Pero si el aborrecimiento era la causa abstracta, no podía constituir el motivo inmediato de la conducta de Glen. ¿Tan hospitalario es el odio? La razón primera de su aparente generosidad tenía que ser entonces un intenso deseo de disfrazar ante los ojos del vasto mundo una realidad, humillante en extremo para su arrogante alma, entretejida con dorado encaje: el hecho de haber sido sustituido por Pierre, victorioso en la lid. Sin embargo la hábil actitud de Glen, adoptada para lograr su grandioso propósito de ocultación, resultaba tan artificiosa de principio a fin, que no hizo sino introducir forzosamente en la mente del primo la conjetura que por un método idéntico su primo concentraba todos sus esfuerzos en conseguir que le resultase imposible concebir. De ahí debemos concluir que, puesto que el secreto de cualquier sentimiento intenso resulta más que difícil de guardar por un procedimiento negativo, una de las empresas más infructuosas de la existencia es tratar de presentar ante los demás hombres, por medio de usurpaciones afirmativas, una emoción por completo opuesta a la que ocultamos. Por consiguiente la sabiduría decreta que si hay algo que deseemos mantener en secreto nos comportemos como Quietistas y no hagamos ni digamos nada al respecto. Entre todas las pobres oportunidades con las que contamos, ésta es la menos inútil. Las pretensiones y sustituciones constituyen sólo el recurso de los estudiantes de primer curso en la carrera de la vida terrenal, una ciencia en la que Lord Chesterfield, a pesar de hallarse en su campo, no sería más que un mediocre preceptor. El más primario instinto del infante y la experiencia senil se unen para afirmar que la sencillez constituye la más auténtica y profunda característica del hombre. Además, la simplicidad es tan universal y abarca tantos campos como regla del comportamiento humano, que el ser perverso más sutil y el hombre más puro en su bondad, al igual que el sabio de más extensos conocimientos, la ostentan en el lado de su personalidad expuesta a la sociedad, a este mundo nuestro tan inquisitivo y poco escrupuloso.

III

El asunto de la casa había quedado en suspenso en el momento de la gran revolución en la vida de Pierre, es decir por la época en que recibió la carta de Isabel. Y aunque naturalmente Pierre no pudiese por menos que dudar ante la posibilidad de aceptar la morada de su primo en las tan diferentes circunstancias en que se hallaba entonces; y si bien en un principio las objeciones más vivas y espontáneas basadas en su personal independencia, orgullo y desdén general habían declarado con grandes clamores dentro de su pecho la inconveniencia de actuar de aquella guisa; sin embargo, al final el mismo tipo de motivo carente de contrición y siempre adaptable que le había inducido a acoger de buen grado el ofrecimiento le había impulsado a mantenerlo irrevocable. De momento contribuiría a evitarle toda tribulación inmediata relativa a lecho y alimento y al proporcionarle refugio por un plazo indefinido le permitiría considerar y buscar con calma el mejor medio para asegurarse el bienestar permanente de aquellas que el Destino había confiado a su responsabilidad.

Independientemente, según parece, del amplio despertar general de su ser más profundo, a consecuencia de las extraordinarias pruebas con las que se había encontrado en los últimos tiempos y que se habían acumulado una sobre otra, le había asaltado un pensamiento que le llenó de indignación: el mundo era, en verdad, peor que aborrecible y desdeñable si admitía que un ofrecimiento aceptado en forma superflua en la hora de la abundancia fuese rechazado en momentos de la mayor necesidad. Y sin imputarle a su primo ninguna singular magnanimidad, no puso en duda ni por un instante que bajo el alterado aspecto de su situación, Glen no haría sino fingir mayor entusiasmo en albergarle en una casa suya, ahora que la aparente cortesía ofrecida y aceptada se convertía en una positiva y urgente perentoriedad. Cuando reflexionaba en que no era el único que se veía afectado por este estado de cosas, sino que dependían de él dos semejantes por completo indefensas, de las que una estaba ligada a él por los lazos más sagrados y le inspiraba cada día más una emoción que sobrepasaba todo precedente humano en su alcance confuso y misterioso; cuando dichas consideraciones tomaban posesión de él, derribaban todos

los restantes dictados del vago edificio de su orgullo y falsa independencia, si en verdad alguna vez había poseído tales prerrogativas.

Aunque el intervalo transcurrido entre su decisión de partir con sus compañeras rumbo a la ciudad y su marcha real en la diligencia no hubiese dejado tiempo suficiente para recibir una respuesta por parte de su primo, y si bien Pierre tenía algo más importante que hacer que esperar dicha contestación, le había remitido a Glen una carta en la que le preparaba para su llegada a la urbe. No dudaba de que el futuro confirmaría que tal modo de proceder resultaba aconsejable.

En hombres de fuerte personalidad, por más jóvenes e inexpertos que sean ante algunas situaciones, las importantes y súbitas emergencias que no hacen sino confundir a los tímidos y a los débiles sirven para convocar a los elementos que yacen latentes y abundantes en su mente y lograr que emerjan y les enseñen, como por inspiración, extraordinarias máximas de conducta cuya contrapartida en otros hombres es el resultado de una larga y esforzada vida repleta de pruebas de la más diversa índole. Una de dichas máximas es que cuando por una u otra causa pasemos de forma imprevista de la opulencia a la necesidad, o del respeto general a una pésima reputación, y comprendamos que no conviene contradecir aquello que nos ha precipitado al abismo —por lo menos el hecho básico que se nos imputa—, ante alguien que sentía por nosotros una gran consideración convencional y a quien acudimos para solicitar algún acto de auténtico auxilio; en el momento en que eso ocurra, debemos desechar toda explicación o paliativo; la prontitud, la valentía, un total espíritu de gladiador, así como una desafiante ausencia de humildad, deben marcar cualquier sílaba pronunciada, todas y cada una de las líneas que tracemos.

La carta de preparación remitida por Pierre a Glen penetraba desde el principio en el meollo de la cuestión, siendo quizá la más breve que le había escrito en su vida. Si bien estas características no son en absoluto exponentes invariables del humor predominante ni de la disposición general de un hombre (ya que algo tan accidental como un dedo entumecido, una pluma de mala calidad, una tinta pobre, un papel escuálido o un desvencijado escritorio pueden producir todo tipo de modificaciones), sin embargo, en el presente ejemplo se daba el caso de que la caligrafía de Pierre confirmaba y corroboraba el espíritu de su comunicado. La página era de gran tamaño; pero las palabras estaban escritas en líneas densas y al mismo tiempo rápidas como en un cartel de unos seis a ocho renglones. Del mismo modo en que el lacayo de un noble visitante, quizá un conde o un duque, anuncia la llegada del carruaje de su señor por medio de una estruendosa llamada con los nudillos en el portalón principal, Pierre advirtió a su primo Glen con el gigantesco, arrollador y prodigioso sobreescrito de su misiva de la clase de hombre que se hallaba de camino.

En el momento en que se siente una fuerte emoción, una sorprendente fuerza condensadora afina la lengua y la pluma de tal modo que las ideas son enunciadas con

una precisión y rapidez sólo comparables a las que caracterizan a los cañones de salvas, mientras que en cualquier otra hora desprovista de turbación y estímulo requerirían considerable tiempo y esfuerzo para quedar expuestas verbalmente.

No podemos aquí y ahora reproducir el contenido exacto del mensaje de Pierre sin caer en una tautología que poca justicia había de hacerle a las ideas mismas. Si bien el miedo a la repetición innecesaria es el tormento continuo de algunas mentes formales y, como tal, llega a convertirse en una de sus debilidades, y aunque ningún hombre reflexivo ponga en duda que el meticuloso Virgilio deseó con todas sus fuerzas quemar su Eneida por constituir un monstruoso cúmulo de superfluidad ineficiente, la cualidad de no temer a la redundancia sólo corresponde a los envidiables estúpidos que Dios en su parcialidad ha favorecido por toda la tierra con los ricos e inextinguibles dones de la vanidad, la extravagancia y la ciega autocomplacencia.

Algún rumor acerca de la discontinuidad de su compromiso con Lucy Tartán; de sus ya consumadas nupcias con una huérfana humilde y sin amigos; del rechazo de su madre al enterarse de dichos acontecimientos; tales habladurías, decía Pierre a su primo en su carta, precederían con toda probabilidad a su llegada a la metrópoli, al haber sido divulgadas en los salones de sus familiares y conocidos. Pero ni una de sus palabras insinuaba el menor comentario relativo a aquellos asuntos. Se limitaba a añadir que en aquellos momentos, a causa del azar que gobierna la existencia, que no era sino la proverbial fortuna incierta de la guerra, se hallaba en una situación que le exigía apoyarse en sus propios recursos, para su mantenimiento y el de su esposa, así como la subvención provisional de una muchacha que tenía un reciente y excelente motivo para tomar bajo su protección. Se proponía establecerse en la ciudad con carácter definitivo y no carecía de planes casi transformados en auténticas posibilidades de procurarse unos ingresos competentes sin necesidad de acudir a ninguno de los miembros de su acaudalada, profusa y ramificada familia. La residencia cuya ocupación temporal Glen le había ofrecido hacía un tiempo, mostrando su gran liberalidad, le resultaba deseable casi por triplicado en aquellos momentos. Pero los sirvientes anticipados, la porcelana antigua, la ancestral plata, los añejos vinos y el Moka se habían convertido en objetos del todo innecesarios. Pierre no haría sino ocupar durante un corto intervalo el lugar del respetable empleado y, en lo concerniente a Glen, sabía que podía contar con un guardián de su morada hasta que hubiese madurado más sus planes. En un principio su primo había abierto sus magnánimos brazos para dar la bienvenida a la supuesta esposa de Pierre; y, si bien era otra dama la que había reemplazado a su prometida original en el altar, Pierre consideraba el ofrecimiento impersonal en aquel sentido, y por lo tanto extensible a cualquier joven capaz de reivindicar su posesión de la mano de Pierre.

Puesto que en relación con tales asuntos no existía ninguna ley universal sobre la que basar las opiniones, Glen podía, como hombre de costumbres mundanas, llegar a

la conclusión de que la auténtica señora Glendinning no resultaba para Pierre un partido tan conveniente como otras muchas damas pertenecientes a su círculo. A pesar de su posible aversión previa podía estar seguro de que su esposa estaba dispuesta a corresponder con sinceridad a sus atenciones y detalles como primo. Por fin Pierre le informaba que él y sus acompañantes habían resuelto partir de inmediato y con toda probabilidad estarían en la ciudad dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes al franqueo de su misiva. Por lo tanto, le rogaba que se encargase de hacer colocar los objetos más imprescindibles en orden para que así los encontrasen a su llegada a la mansión, que mandase ventilar e iluminar las estancias y que advirtiese al confidencial empleado de los acontecimientos. Acto seguido, sin despedirse por medio de alguna fórmula acostumbrada y afectiva como: «Tuyo con toda el alma, mi muy querido primo Glen», terminaba su mensaje con la abrupta y desolada firma de «PIERRE».

Libro XVI

La noche de su llegada a la ciudad

La diligencia llevaba retraso.

El camino rural que habían tomado penetraba en la ciudad por una calle más ancha y serpenteante de lo normal, en una zona de gran tránsito habitada por los ciudadanos menos opulentos. Era una noche sin luna; unas pocas estrellas centelleaban en el cielo. No hacía falta consultar el reloj para comprender que era la hora que sirve de preludeo a la noche, cuando los comercios acaban o están a punto de cerrar, y el aspecto de los caminantes al cruzar por los desiguales haces de luz que se proyectan desde las ventanas evidencia a unos seres que se apresuran no para alejarse, sino para llegar a sus hogares. Si bien la vía pública resultaba más que tortuosa, ninguna de sus curvas obstruía realmente el largo e imponente panorama que ofrecía; de modo que cuando el simón alcanzó la cumbre de la prolongada y gradual pendiente que conducía al oscuro corazón de la ciudad, la destelleante perspectiva de las dos alargadas hileras de farolas a ambos lados del empedrado se reveló ante sus ojos —farolas cuya finalidad no parecía ser tanto la de disipar la negrura general como la de indicar la dirección del camino que la atravesaba y que guiaba a los viajeros hacia una oscuridad más lejana y profunda—; en el momento en que el vehículo hubo ascendido al punto culminante, la gran urbe triangular se extendió a sus pies y pareció capitular en forma nebulosa y abatida ante el forastero.

Antes de deslizarse la diligencia por el declive también gradual, justo en la cima de la colina, los ocupantes evidencian un gran cambio en la naturaleza del terreno, debido a los numerosos traqueteos secos y enojosos, así como a la laboriosa forma de rodar del simón, que parece arrastrarse con dificultad. Tienen la impresión de estar avanzando sobre balas de cañón de todos los calibres. Aferrándose al brazo de Pierre, Isabel le preguntó, anhelante y presagiosa, cuál era la causa de aquella transición tan extraña y desagradable.

—El empedrado, Isabel; estamos en la ciudad.

Isabel guardó silencio.

En cambio Delly habló, por vez primera tras semanas de mutismo.

—No es tan blando y suave como la verde hierba, maese Pierre.

—No, señorita Ulver —respondió el interpelado en tono amargo—; los corazones enterrados de algunos ciudadanos ya muertos deben de haber subido a la superficie.

—¿Perdón? —inquirió Delly.

—¿Tan duro tienen aquí el corazón? —añadió Isabel.

—Pregúntaselo a los adoquines que cubren la tierra. La leche que se derrama del bidón del lechero en diciembre no se hiela más deprisa en estas piedras que la inocencia blanca como la nieve que en su pobreza pueda caer.

—Entonces que Dios me ayude en mi terrible destino, maese Pierre —murmuró Delly en sollozos—. ¿Por qué habéis arrastrado hasta aquí a una pobre desterrada como yo?

—Perdonadme, señorita Ulver —exclamó Pierre con repentino acaloramiento no desprovisto de un singular respeto—; perdonadme; hasta ahora nunca había entrado en la ciudad de noche y, por un motivo que desconozco, nuestra llegada me ha llenado de tristeza y amargura. Vamos, alegraos, pronto estaremos los tres instalados con todo género de comodidades y nos repondremos de estos malos momentos; el viejo empleado del que os he hablado está sin duda alguna contemplando con gran pesar el sombrero que ha colgado en el gancho del vestíbulo. Vamos, tú también, Isabel, ánimo; ha sido un largo trayecto pero por fin hemos llegado. ¡Vamos! Casi puede oírse ya la bienvenida que nos deparan.

—Oigo un extraño sonido, como si alguien empujase un objeto pesado. Es una especie de matraqueo —observó Delly, estremeciéndose.

—Y parece que haya menos luz que hace unos momentos —añadió Isabel.

—Sí, en efecto —replicó Pierre a ambas—, están cerrando los comercios a cal y canto; es la hora en que se acostumbra a echar la llave, el pestillo, la falleba y las barras sujetas con palometas tanto a las ventanas como a las puertas; conviene atrancar las entradas antes de entregarse al descanso nocturno.

—¡Ruego a Dios que lo encuentren! —suspiró Delly.

—Así que se aseguran un sueño tranquilo con cerrojos y barrotes, ¿no es eso, Pierre? —inquirió Isabel.

—Sí, y estás pensando que eso no es un buen augurio para la bienvenida de la que os hablaba hace unos minutos.

—Has leído en mi alma; sí, en eso pensaba. Pero ¿adónde conducen esos tenebrosos callejones, largos, angostos y deprimentes que pasamos de vez en cuando? Parecen terriblemente silenciosos. Casi no vislumbro ninguna forma humana en su interior; mira, ahora cruzamos por delante de uno de ellos. Fíjate en el macilento aspecto que le dan las farolas separadas entre sí al reflejar su tenue luz en todas direcciones. ¿Qué significan esos lúgubres pasajes, querido Pierre? ¿Adónde llevan?

—Son los estrechos afluentes, dulce Isabel, del vasto y pobre Orinoco por el que avanzamos; y como todos los afluentes auténticos, provienen de lugares recónditos y

ocultos, de las profundidades oscuras y de los prominentes secretos de la piedra y la argamasa; atraviesan en su fluir las prolongadas ciénagas rodeadas por la hierba de la villanía y más de una rama o viga trasplantada de la que han colgado desdichados y malhechores.

—No entiendo lo que tratas de explicar, Pierre. Pero no me agrada la ciudad. ¿Crees que llegará un día en el que la tierra entera esté pavimentada?

—¡Gracias a Dios eso es imposible!

—Estos silenciosos callejones son horribles. ¡Mira! Creo que ni por todo el oro del mundo me adentraría en uno de ellos.

En aquel preciso instante la rueda delantera más cercana rechinó emitiendo un seco sonido bajo el cuerpo del simón.

—¡Valor! —exclamó Pierre—. ¡Ya llegamos! Después de todo, estas angostas calles no resultan tan solitarias; aquí se acerca un viajero.

—¡Escuchad! ¿Qué es eso? —dijo Delly—. ¿No oís un ruido metálico, como de hierro? Es un sonido agudo, penetrante. Acaba de cruzarse con nosotros.

—Se trata del agudo y penetrante viajero al que me refería —explicó Pierre—. Lleva en los talones de sus botas tinas placas de acero; supongo que será un hijo mayor de tierno corazón.

—Pierre —murmuró Isabel—, esta quietud no es natural, me llena de temor. Los bosques no están nunca tan silenciosos.

—Porque el ladrillo y la argamasa encierran secretos más hondos que la madera y la tala del monte, dulce Isabel. Volvemos a tomar un recodo: si no me equivoco, dos más y estaremos ante la puerta. Valor, todo irá bien: sin duda nos habrán preparado una cena inolvidable. Valor, Isabel. Vamos, ¿qué prefieres, té o café? ¿Pan de hogaza, o tostadas crujientes? Seguro que también habrá huevos; e incluso quizá pollo en fiambre —mientras decía esto, musitaba—: ¡Espero que no sea cierto lo del refrigerio! Demasiada comida fría hay ya en el empedrado de la calle, abandonada ante los portales para alimento de los famélicos mendigos. No, no pienso probar el pollo frío —y añadió en voz más alta—: ¡Volvemos a girar! Justo como pensaba. ¡Eh, cochero! —exclamó, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡A la derecha! ¡A la derecha! ¡Tiene que estar a la derecha! ¡La primera casa a ese lado que tenga una luz sobre el portal!

—Aquí no hay más luz que la de las farolas de la calle —respondió el cochero en tono arisco.

—¡Estúpido! Ha pasado de largo. Sí, sí, ¡eso es lo que ha ocurrido! ¡Eh! ¡Eh! Detenga el simón y haga marcha atrás.

¿No acaba de cruzar por delante de unas ventanas iluminadas?

—No hay más luces que las de la calle —insistió con áspera voz el interpelado—. ¿Qué número es el que buscamos? ¡El número! ¡No me van a tener dando vueltas de un lado a otro toda la noche! ¡El número, digo!

—Lo ignoro; pero conozco bien la casa; repito que debe haber pasado de largo. Tiene que dar media vuelta. Seguro que había alguna ventana iluminada y no la hemos visto.

—Quizá sea negra la luz que arde dentro y por eso no se puede vislumbrar desde la calle. Conozco la ciudad; aquí viven viejas mozas y ahora todas están en la cama; el resto son almacenes.

—¿Va o no va a detenerse? —exclamó Pierre, encolerizado por la testarudez del cochero, que persistía en seguir adelante.

—Obedezco órdenes; la primera casa con una luz; y, según mis cálculos, claro que desde luego no sé nada de esta ciudad donde nací, me crié y viví toda mi vida, según mis cálculos, digo, la primera luz que encontremos será la del pabellón del cuartel de la policía. ¡Ahí está! ¡Perfecto! Han reservado un alojamiento muy económico: nada han de pagar, y los víveres están incluidos.

Para ciertos temperamentos, sobre todo cuando con anterioridad se han visto agitados por algún sentimiento profundo, no hay nada más exasperante y capaz de hacer estallar el autocontrol que la insolencia desabrida y burlona de un cargador, cochero o simón. Como un gran número de ellos se encarga de ir a buscar y transportar a la peor infamia de la ciudad y están familiarizados con los rincones más abandonados, conducen, en el corazón de la desesperanza, uno de los más mercenarios de todos los comercios de la culpabilidad. Seres adormecidos y haraganes en sus perezosos pescantes a la luz del sol, felinos que velan por la noche con ojos de gato; habituados a las calles sólo frecuentadas por rateros escurridizos y libertinos disolutos, casi siempre en celestina liga con los más aborrecibles sumideros, tan pronto se muestran solícitos como aprensivos con cualquier pasajero que se encuentran en la negrura, ya que éste puede resultar licencioso o incluso ser un auténtico bribón. Esta pavorosa horda de ogros y de remeros de Caronte que conduce a la corrupción y la muerte y que de un modo natural se desliza por la más calvinística visión de la humanidad opina que todo hombre es en el fondo un objeto apropiado para la más mordaz procacidad y mofa. Sólo las capas elegantes y los bolsillos llenos consiguen flagelar a estos perros sarnosos para que actúen con decencia. La más leve impaciencia, el más ligero acceso temperamental, una palabra de protesta seca de un cliente cubierto con una raída prenda de abrigo o cualquier atavío que delate su evidente pobreza, por muy indirecto e insignificante que sea —ya que en el aspecto pecuniario resultan ser los más penetrantes e infalibles jueces de los hombres—, provocará, casi con toda seguridad, su desdén más inadmisibile.

Acaso fue la transferencia inconsciente a la persona del cochero de ideas como las que acabamos de exponer lo que incitó al muy encolerizado Pierre a actuar de un modo que, en otro momento más benigno, su razón y sentido de la lógica le habrían aconsejado abstenerse de poner en práctica.

No vio la luz a la que se había referido el citado postillón; y no observó, a causa de su acceso de ira repentino, que el simón había aminorado la marcha al acercarse a ella. Antes de que Isabel pudiera impedirselo, abrió la portezuela de par en par, saltó sobre el empedrado, montó de un brinco sobre uno de los caballos y con violencia sujetó las riendas de los que trotaban en primera fila a la altura de sus cabezas. El cochero cogió la fusta, que era apropiada para un coche de cuatro equinos, y tras emitir una descarga de imprecaciones estuvo a punto de golpear a Pierre con su látigo largo y ondulante, cuando su brazo se detuvo bajo la presión de la mano de un guardián del orden que, tras encaramarse en un movimiento súbito al pescante, le ordenó que mantuviera la calma.

—¡Hable! ¿Cuál es su dificultad? Tranquilas, señoras, no ha ocurrido nada serio. ¡Hable, vamos!

—¡Pierre! ¡Pierre! —exclamó Isabel, alarmada. En un instante Pierre estaba a su lado junto a la ventanilla y, volviéndose hacia el oficial, le explicó que el cochero había persistido en pasar de largo de la casa ante la que tenía instrucciones de detenerse.

—En este caso girará a la derecha dando la vuelta, tal como es su deseo, señor; y en la mitad de tiempo. ¿Me oyes, cochero? Os conozco más que de sobra, truhanes. Vamos, bellaco, da media vuelta y lleva al caballero a donde te ordenó.

De los labios del cochero atemorizado brotaba una cascada recriminatoria de explicaciones cuando el policía se dirigió a Pierre y le rogó que tomase asiento de nuevo, no sin añadir que deseaba asegurarse de que llegase bien a su destino. Uniendo la acción a la palabra se acomodó en el pescante junto al cochero amedrentado y pidió que le indicase cuál era el número que le había dado el caballero.

—No sabe el número; ¿no se lo ha dicho ya? Por eso me ha puesto fuera de mí.

—Silencio —ordenó el oficial—. Señor —preguntó girándose en redondo para mirar a Pierre, que ya se encontraba en el interior del coche—, ¿adónde desea ir?

—Desconozco el número exacto, pero se trata de una casa situada en esta calle; hemos pasado por delante; creo que es la cuarta o la quinta a este lado de la última esquina que hemos doblado. Debe de estar iluminada. Busco una pequeña morada de estilo antiguo con cabezas de león sobre las ventanas. Pero será mejor que dé la vuelta y mantenga la marcha lenta; pronto le indicaré cuál es el edificio al que nos dirigimos.

—No puedo ver leones en la oscuridad —gruñó el cochero—. ¡Leones! ¡Ja, ja! Es más probable que antes encontremos asnos.

—Cuidado con lo que dices —replicó el oficial—, porque me aseguraré de que tengas un albergue acogedor y apretado esta noche si no cesas en tu jerigonza. Caballero —añadió, reanudando su diálogo con Pierre—, estoy seguro de que alguien ha cometido un error. Sé perfectamente a qué casa se refiere. He pasado ante ella

hace menos de media hora; todo estaba tan silencioso y tranquilo como siempre. No creo que esté habitada; nunca vi ninguna luz. ¿Está seguro de no equivocarse?

Pierre guardó silencio; se encontraba perplejo y acababa de verse asaltado por una premonición. ¿Era posible que Glen hubiese desatendido su carta? No, algo había ocurrido. Quizá la misiva aún no había llegado a sus manos; el correo sufría a veces retrasos considerables. Además, no resultaba del todo inconcebible que, después de todo, la casa estuviese a punto aunque ningún signo externo así lo indicase. Pero no, eso era bastante improbable. En cualquier caso, el cochero afirmaba que sus cuatro caballos y pesado vehículo no podían girar en redondo en aquella calle y que, si tenía que retroceder, no le quedaba más remedio que avanzar hasta la esquina y dar la vuelta a la manzana para desandar lo andado y repetir el recorrido desde el principio. Pierre sabía que, si tras realizar tal maniobra se confirmaba su desengaño, el cochero quedaría justificado por lo menos en parte por su descortés rudeza; y como por añadidura nuestro joven detestaba al villano, para no correr riesgos, llegó a una conclusión sobre la marcha.

—Le debo a usted mucho, mi buen amigo —le dijo al oficial—, por su tan oportuno auxilio. Para ser franco, lo que acaba de explicarme en relación con el lugar donde me proponía detenerme me ha dejado no poco atónito. ¿No hay ningún hotel en el vecindario donde puedan cobijarse las damas mientras voy a buscar a mi amigo?

Acostumbrado como estaba a toda guisa de engaños y consagrado a un deber que de modo inevitable le hace a uno desconfiar de las apariencias, por muy vistosas y honestas que éstas sean, el en verdad bondadoso oficial empezó a observar a Pierre bajo la tenue luz para tratar de escrutarlo con ademán desagradable. Abandonando el «señor» o «caballero» y cambiando en forma sensible su tono de voz, replicó:

—No hay ningún hotel ni posada en este vecindario; está demasiado lejos de las vías transitadas.

—Vamos, vamos —exclamó el cochero, de nuevo envalentonado—; usted será todo lo oficial del orden que quiera, pero yo soy un ciudadano. No tiene ya ningún derecho a exigirme que permanezca fuera de mi cama. No sabe dónde quiere albergarse porque no tiene adónde ir, y eso es todo; voy a descargar aquí mismo, y usted no se atreverá a impedírmelo.

—No seas impertinente —replicó el policía con menos firmeza que minutos antes.

—¡Voy a hacer uso de mis derechos ahora mismo, dese por enterado! Suélteme el brazo; maldita sea, y baje de mi pescante; ahora la ley aquí soy yo. «Señor caballero», apéese ahora mismo y a caminar se ha dicho; ahí va su equipaje —y mientras farfullaba sus improperios arrastró hacia él un ligero baúl situado en la parte superior de la diligencia.

—Acalla a tu lengua de una vez —ordenó la autoridad— y no tengas tanta prisa — entonces se dirigió hacia Pierre, que había descendido de nuevo del vehículo, en estos términos—: Bien, esto no puede continuar. ¿Qué es lo que tiene intención de hacer?

—En cualquier caso, no seguir con este hombre. De momento nos detendremos aquí mismo.

—¡Ja, ja! —rió el cochero—. ¡Je, je! Curioso hospedaje, aquí nos quedamos; paramos justo delante del cuartelillo. ¡Ja! ¡Qué divertido!

—Descarga entonces el equipaje, cochero —mandó el policía—; sujeta el baúl y bajémoslo; no olvides desatarlo por la parte de atrás.

Durante el desarrollo del conflicto Delly había guardado un perfecto silencio en su alarma rústica y temblorosa, mientras Isabel, llamando a Pierre en algunas ocasiones, había tratado de obtener alguna explicación. Pero si bien su completo desconocimiento de la vida ciudadana había hecho que las dos acompañantes de Pierre contemplasen hasta entonces la escena con un exceso de azoramiento, ahora, cuando en la oscuridad de la noche y en el corazón de una extraña urbe Pierre les hubo tendido la mano para ayudarlas a abandonar el simón y se vieron en la calle desnuda con su equipaje apilado tan cerca de la blanca luz de un cuartel de policía, su misma ignorancia invirtió por así decirlo sus efectos sobre ellas; ya que poco imaginaban las circunstancias adversas y desdichadas en las que habían pisado por vez primera el enlosado de la capital.

Mientras observaban cómo la diligencia se alejaba con pesadez y rodaba hacia la distante y vasta oscuridad, Pierre hizo el siguiente comentario al oficial:

—Confieso, amigo mío, que ha sido un extraño accidente; pero a veces ocurre...

—En las mejores familias —atajó su interlocutor con cierto acento irónico.

Pierre, enojado por el tono del policía, tuvo tiempo antes de responder para pensar: «No debo discutir con este hombre». Entonces preguntó:

—¿Hay alguien en su... oficina?

—De momento no. Todavía es demasiado temprano.

—¿Tendrá entonces la amabilidad de proporcionarles albergue a las damas mientras me apresuro a conseguir para ellas un mejor alojamiento? Acompáñelas, se lo ruego.

El uniformado pareció dudar unos instantes, pero por fin accedió; pronto pasaron bajo la luz blanquecina y penetraron en una estancia amplia y de aspecto aborrecible que tenía por todo mobiliario unos bancos de madera de lados irregulares y literas adosadas en las paredes; además una baranda ante un escritorio situado en un rincón. El guardián permanente del lugar estaba leyendo un periódico en silencio junto a la lámpara de gas situada en el centro, parecida a las alas desplegadas de un murciélago; mientras, tres oficiales descansaban y meneaban la cabeza sentados en un banco esperando a entrar en servicio.

—No es el lugar más confortable del mundo —comentó el policía que los había introducido, sin alterar su tono de voz—; tampoco gozamos siempre de la mejor compañía, pero tratamos de ser corteses. Tomen asiento, señoras —añadió acercándose con gran corrección un pequeño banco.

—¡Eh, amigos! —exclamó Pierre, aproximándose al trío inactivo y dándoles unas palmadas en el hombro—. ¡Eh, vosotros! ¿Estaríais dispuestos a hacerme un pequeño favor? ¿Queréis ayudarme a entrar unos baúles que hemos dejado en la calle? Os daré satisfacción por las molestias y además me sentiré muy agradecido.

Al instante los tres oficiales que en realidad estaban echando una cabezada abrieron los ojos y miraron fijos a Pierre. Estaban acostumbrados a despertar de súbito, de modo que en unos segundos, cuando se hizo sobre ellos la luz del murciélago y la del primer oficial, que les explicó lo sucedido, entraron el equipaje atendiendo a los deseos de Pierre.

Este último se sentó bruscamente junto a Isabel y con pocas palabras le dio a entender que se encontraba en el lugar más seguro que pudiera imaginarse aunque resultase poco acogedor; que los oficiales se ocuparían de proporcionarle todo cuanto pudiese necesitar, mientras él se apresuraría más de lo que pudiera para llegar a la casa y comprobar efectivamente si todo estaba en orden o si, por el contrario, había ocurrido algún incidente. Esperaba estar de regreso con buenas noticias en menos de diez minutos. Tras explicar sus intenciones al primer oficial y suplicarle que no dejase solas a las muchachas hasta su vuelta, salió a la calle de forma precipitada. Pronto estuvo ante la mansión, que identificó de inmediato sin el menor titubeo. Pero todo en su interior permanecía silencioso y oscuro. Llamó, pero no obtuvo respuesta alguna; y tras esperar —el tiempo prudencial para estar seguro de que la casa estaba en realidad desierta o bien que el viejo empleado se hallaba ausente o tenía un sueño tan profundo que era imposible despertarlo, y una vez hubo comprendido que en cualquier caso nadie había hecho el menor preparativo para darles la bienvenida a su llegada—, Pierre regresó junto a Isabel más que desengañado con el fin de transmitirle la desagradable información.

De todas formas, algo había que hacer y sin demora. Volviéndose hacia uno de los policías le rogó que fuese a buscarles un coche de alquiler dispuesto a conducirles a un alojamiento respetable. Pero el hombre, al igual que sus compañeros, declinó el encargo alegando que no había parada en su ronda de guardián y que en su calidad de centinela no podía abandonar el puesto bajo ningún pretexto. De modo que debía ocuparse de ello Pierre en persona. No le agradaba en absoluto la idea de volver a dejar a Isabel y Delly para emprender una expedición que podía tomarle varios minutos. Pero todo parecía indicar que no quedaba otro remedio y el tiempo apremiaba imperioso. De modo que, tras comunicarle su intención a Isabel y reiterar su petición de servicios particulares al oficial con la promesa de que no quedaría sin

recompensa, Pierre volvió a salir como una exhalación. Miró hacia ambos extremos de la calle y prestó su oído; pero no oyó que se aproximase ningún vehículo. Echó a correr, dobló la esquina y dirigió sus veloces pasos hacia la avenida de la ciudad más ancha y transitada, seguro de que era el único sitio donde podía hallar lo que buscaba. Se encontraba dicha vía a cierta distancia, así que Pierre no perdía la esperanza de cruzarse con algún simón vacío antes de llegar a ella. Pero los pocos vehículos perdidos con los que se topó iban ocupados por embozados pasajeros. Siguió avanzando y por fin desembocó en la gran avenida. Al no estar habituado a las escenas ciudadanas, Pierre quedó de momento sorprendido al dejar atrás la última calleja angosta, oscura y muerta, y sentirse precipitado de súbito en el bullicio aún no reprimido, y las pendencias y la deslumbrante vida nocturna propia de una vasta vía céntrica, abarrotada de caminantes durante el día e incluso entonces, casi de madrugada, radiante de luces procedentes de locales de diversión y plena de los ecos de numerosas ruedas raudas como el viento y las pisadas de los viandantes.

II

—¡Eh, guapísimo! ¡Cariño! ¡Cielo! ¡Joven, sí, tú! Oh, amor mío, llevas mucha prisa, ¿no es cierto? Vamos, descansa un ratito ahora, aquí tienes a una dulce amiguita.

Pierre dio la vuelta; y en las destelleantes, siniestras y maléficas luces cruzadas que iluminaban la vitrina de un antro sus ojos se toparon con la persona de una joven preciosa de hermosísimos rasgos; sus mejillas eran de color escarlata, su atavío resultaba deslumbrador y su figura despedía una gracia natural acompañada por una vivacidad postiza. Sin embargo, a pesar de su sofisticado poder de atracción, los haces luminosos verdes y amarillos del local le otorgaban aspecto pavoroso.

—¡Dios mío! —murmuró un Pierre estremecido que aceleró el paso—. ¡Vaya una primera bienvenida a la ciudad para un joven!

Estaba cruzando la céntrica avenida para dirigirse hacia un lugar al otro lado, donde había una hilera de simones detenidos, cuando sus ojos se posaron en un nombre corto y dorado que presidía en forma reservada y aristocrática la entrada de una mansión vasta y bella, cuyo segundo piso se hallaba profusamente iluminado. Miró hacia arriba y comprendió con total certeza que en aquel edificio se encontraban las habitaciones alquiladas por Glen en la metrópoli. Cediendo a un súbito impulso subió de un salto el único escalón de entrada y llamó a la puerta, a la que acudió un negro muy cortés.

Al franqueársele el acceso al vestíbulo, Pierre oyó en el interior un sonido distante de músicaailable y bulliciosa algarabía.

—¿Está en casa el señor Stanly?

—¿El señor Stanly? Sí, pero está ocupado.

—¿En qué?

—Está en los salones, ignoro el lugar exacto. Mi dueña da una fiesta a los inquilinos.

—¿Ah sí? Pues dile al señor Stanly, si no te importa, que deseo hablar con él un momento. No le retendré más que unos minutos.

—No me atrevo a comunicarle que estáis aquí, señor. Dijo que era posible que alguien preguntase por él esta noche, todos los días viene alguien buscando al señor Stanly, pero que no debía admitirle la entrada a nadie con el pretexto de la fiesta.

Una sospecha oscura y amarga cruzó con la velocidad de una flecha la mente de Pierre, quien cedió a ella sin conseguir controlarla. Resuelto a comprobar sin demora su veracidad le habló al negro en estos términos:

—Mi asunto es urgente. Debo ver ahora mismo al señor Stanly.

—Lo lamento, señor, pero órdenes son órdenes; yo soy aquí su criado particular, el que ve su dinero todos los días festivos. No puedo desobedecerle. ¿Me permite que cierre la puerta, señor? Tal como están las cosas, me es imposible facilitarle la entrada.

—Los salones se encuentran en el segundo piso, ¿no es así? —preguntó Pierre con gran aplomo.

—Sí, en efecto —respondió el negro, que se detuvo sorprendido pero sin desasir la puerta.

—Creo que la escalera está allí.

—En esa misma dirección, señor; pero aquí tiene lo que le corresponde —y al decir esto el negro, asaltado por la sospecha, estaba a punto de estampar el portalón en la persona de Pierre cuando este último lo arrojó con gran violencia hacia un lado y, plantándose en dos zancadas en el segundo piso, se encontró ante una puerta abierta a una sala de donde procedía un estallido de brillantez y melodía combinadas que habían de resultar doblemente confusas para alguien proveniente de la calle. Pero a pesar de su momentáneo aturdimiento y perplejidad no dudó en irrumpir en la estancia, dejando boquiabierto a la asombrada concurrencia a causa del sombrero gacho e inamovible sobre su cabeza, sus mejillas pálidas y sobre todo su aspecto general, feroz, polvoriento y sucio a causa del viaje.

—¡El señor Stanly! ¿Dónde está el señor Stanly? —exclamó, y avanzó en línea recta rompiendo una paralizada cuadrilla de baile mientras se detenía la música y todas las miradas quedaban fijas, no sin cierta expresión de temor, en su persona.

—¡Señor Stanly! ¡Señor Stanly! —repitieron varias voces en tono agudo, mientras Pierre se dirigía hacia un apartado rincón de una lejana sala, donde el primer asistente que había pronunciado su nombre dijo en forma clara y audible—: Hay aquí un tipo muy peculiar que pregunta por usted. ¿Quién diablos es?

—Creo que lo veo —replicó una voz en extremo fría, pausada y más bien lenta en su enunciación, aunque también argentina y acaso muy resuelta—. Me parece que ya lo vislumbro; amigo mío, le ruego que permanezca donde está; señoras, retírense, háganse a un lado, no se interpongan entre mí y aquel sombrero.

El cortés acatamiento de los presentes así interpelados le reveló a Pierre, que no había dejado de avanzar, la figura alta y robusta de un joven de apariencia espléndida en extremo que se había dejado crecer una poblada barba castaña e iba ataviado con

una sencillez sorprendente que casi cabría calificar de modestia en una ocasión como aquélla; pero la simplicidad de su traje no resultaba evidente en un principio, dada la elegancia del material elegido y la perfección admirable con que se ajustaba a su silueta. Se hallaba acomodado con gran descuido en un amplio sofá, donde estaba recostado de lado cuan largo era; daba la impresión de haber sido interrumpido en agradable charla con una morena diminuta pero vivaracha que ocupaba el otro extremo del mismo asiento. El petimetre y el hombre; la fuerza y el afeminamiento; el valor y la indolencia se confundían de un modo tan extraño en aquel joven de soberbios ojos, que a primera vista parecía imposible decidir si había en él temple y fortaleza.

Habían transcurrido varios años desde la última vez en que los dos primos se habían visto; años muy productivos en relación con los mayores cambios concebibles que se producen en el aspecto personal de los seres humanos. Sin embargo, los ojos casi nunca sufren alteraciones. En el instante en que intercambiaron una mirada fugitiva se reconocieron el uno al otro. Pero ambos no lo demostraron por igual.

—¡Glen! —exclamó Pierre, quien se detuvo a pocos pasos de su primo. Pero este último no hizo sino arrellanarse aún más en su ya casi horizontal postura y sacándose del bolsillo del chaleco con gran aplomo un monóculo pequeño, sin montura ni pretensiones, examinó a Pierre con actitud atenta si bien no del todo insinuante, dadas las circunstancias. Luego soltó la lente, dio media vuelta y se dirigió a los caballeros presentes en estos términos, haciendo gala de la misma voz peculiar, por su ambigua musicalidad, que había utilizado minutos antes:

—No le conozco; se trata de un completo error. ¿Por qué no se lo llevan los criados y sigue la música? Como le iba diciendo, señorita Clara, las esculturas que vio usted en el Louvre no deben ser mencionadas en términos comparativos con las de Florencia y Roma. Claro que está la tan venerada estatua del «Gladiador» del Louvre que es una auténtica obra de arte...

—¡Esto es el «Gladiador»! —atajó Pierre fuera de sí, al tiempo que emitía un alarido y avanzaba de forma brusca hacia él como un Espartaco. Pero contuvo su salvaje impulso a causa del griterío de las mujeres espantadas y de los gestos enloquecidos que observó a su alrededor. Cuando se hubo calmado un poco varios caballeros se le aproximaron con la aparente intención de sujetarlo, pero, sacudiéndoselos con fiereza, permaneció erguido y aislado durante un instante, transcurrido el cual fijó una mirada de indignación en su primo, que seguía reclinado y no parecía sentirse en absoluto conmovido, pronunciando las siguientes palabras:

—Glendinning Stanly, te niegas a reconocer a Pierre, pero no lo aborreces tanto como él a ti. Por todos los cielos juro que si tuviera un cuchillo, Glen, te lo clavaría aquí mismo para dejar que se derramase toda la sangre Glendinning que corre por tus

venas, y luego cerraría la herida con costura; así conservarías los viles restos. ¡Perro, tacha que cubre a la humanidad toda!

—Esto es extraordinario; nos encontramos ante un caso combinado de impostura y demencia. Pero ¿dónde se han metido los criados? ¿Por qué no viene el negro? Llévate a este hombre de aquí, buen Doc, échalo de la casa. ¡Con cuidado, con cuidado! Espera —añadió, metiendo la mano en un bolsillo—. Toma este dinero y haz que conduzcan al pobre hombre a cualquier lugar apartado.

Pierre concentró su rabia, ya que era imposible satisfacerla por medio de ninguna conducta y menos aún en lugar como aquél, dio media vuelta, descendió las escaleras a gran velocidad y abandonó la casa con toda la precipitación que sus piernas le permitían.

III

—¿Desea alquilar un coche el señor? ¿Le llevo, caballero? ¿Necesita un buen simón?

—¿Busca un simón? ¿Un carruaje? ¿Un carruaje?

—¡Venga por aquí, caballero! ¡Sígame! ¡No, yo le conduciré a su destino!

—¡Es un bribón! ¡No viaje con éste! ¡Es un pillito!

Pierre se encontró rodeado por una multitud apretada de cocheros rivales que se le disputaban con largas fustas en la mano, mientras otros le hacían marcada señal de que se aproximase, sin bajar del pescante, donde permanecían sentados y elevados entre los dos farolillos de sus carruajes como santos desechados y andrajosos. Los tronchos de los látigos se apiñaron a su alrededor; resonaron en sus oídos diversas muestras de cómo un duro flagelo puede crujir en una superficie. Como acababa de dejar atrás una escena tan triste y estimulante como la que había tenido lugar en el aparatoso salón entre él y su desdeñoso primo Glen, a Pierre aquella muchedumbre imprevista que le rodeaba con duras fustas y látigos ondeantes se le antojó similar a la arremetida contra Orestes de los castigadores espíritus maléficos. Pero se abrió paso a la fuerza entre la multitud, asió la primera manecilla metálica con la que topó su mano y, entrando de un brinco en el simón, llamó en voz alta y chillona a su cochero para que subiera a su pescante y le condujera hiera de allí a la dirección que él había de indicarle.

El vehículo arrancó avenida abajo y a unos metros de la escena que acababa de tener lugar se detuvo. El cochero le preguntó a su cliente adónde había de llevarle, a qué lugar en concreto.

—A la casa de vigilancia de la... Policía —exclamó Pierre.

—¡Je, je! A entregarse, ¿verdad? —sonrió el hombre en su interior—. Bueno, supongo que de todas formas eso es honesto. ¡Eh, perros, fuera! ¡Chitón, eh, vosotros! ¡Aire! ¡Paso, oh, paso!

Las visiones y los sonidos que se presentaron a los sentidos de Pierre al volver a entrar al cuartel le llenaron de un horror y una furia indescriptibles. Aquel lugar que en un principio le había parecido decente y soñoliento ahora bullía en indescriptibles imágenes. Casi imposible resultaba adivinar cuál era la causa u ocasión concebibles

que durante la relativamente corta ausencia de Pierre había reunido a tan vil congregación. En desorden y envueltos en un inenarrable vaho hombres y mujeres de todas las razas, frenéticos, de aspecto enfermizo y ataviados con ropajes inimaginables por su ostentación grotesca y su andrajosa inmodestia, saltaban, chillaban y proferían maldiciones recorriendo la estancia de un lado a otro. Los deshilachados pañuelos de Madras de las negras y los quimonos colorados de las amarillas, que caían como pingajos desde sus desnudos senos, se entremezclaban con las galas de alquiler de las mujeres blancas cuyos labios pintados de rojo sobresalían entre el asombroso enjambre; las llamativas camisas de tipos pálidos, ojerosos, en general con pobladas patillas y mostachos procedentes de todas las naciones parecían espantados a causa del lecho que les había caído en suerte tras haber sido sorprendidos en medio de una danza desenfrenada y extravagante. Por todas partes se oían voces con acento beodo en inglés, francés, español y portugués, tanto masculinas como femeninas, entreveradas de vez en cuando con la más inmundada de todas las jergas humanas, ese dialecto del pecado y la muerte conocido por salmodia plañidera o lenguaje de rateros.

Algunos de los oficiales corrían entre aquella confusión casi bíblica de personas y voces esforzándose en vano por apaciguar el tumulto, mientras otros se ocupaban de esposar a los más desesperados; aquí y allá enloquecidas ruinas humanas, tanto hombres como mujeres, presentaban batalla a los guardias; incluso aquellos que habían sido ya maniatados daban golpes en el aire tratando de abatir a sus celadores con los brazos unidos por las manillas de hierro que sujetaban sus muñecas. Mientras tanto palabras y frases irrepetibles bajo el resplandor solar y tan desconocidas como inimaginables para decenas de miles de habitantes decentes de la ciudad, sílabas obscenas y condenatorias emanaban de las bocas de aquellos seres en forma de alaridos y en tonos que evidenciaban la familiaridad y frecuencia con que las utilizaban. Las cuevas de ladrones, los burdeles, los hospitales para incurables donde se atendía a los aquejados de inconfesables dolencias, las enfermerías y hogueras del infierno parecían haber efectuado una combinada salida campestre, derramando sobre la tierra un vil vomitivo obtenido en una bodega que más vale no mencionar.

Si bien las hasta entonces imperfectas y casuales experiencias de Pierre en la ciudad no habían aún sido asimiladas por él de forma que pudiese comprender por completo el significado específico del aterrador espectáculo, conocía de oídas lo suficiente sobre el aspecto infame de la vida metropolitana como para intuir de dónde provenían y quiénes eran los sujetos que tenía frente a él. Pero en aquel momento toda su conciencia quedó absorbida por el horrorizado pensamiento de Isabel y Delly, forzadas a presenciar una escena que Pierre casi no lograba soportar; era más que probable que estuviesen sumergidas en el tumulto y por lo tanto sometidas a un estrecho contacto personal con aquella aborrecible visión. Irrumpiendo en la

desordenada algarabía y sin prestar atención a los golpes y maldiciones que flotaban en la atmósfera y con los que se iba topando a su paso estuvo buscando a Isabel enloquecido, hasta que por fin la divisó luchando por desasirse de los delirantes brazos de un individuo de enormes patillas y medio desnudo que trataba de aprisionarla con actitud tambaleante. Con la inmensa fuerza bruta de su puño zurró al infortunado y, tomando a Isabel entre sus brazos, llamó con gritos a dos oficiales que había cerca, ordenándoles que le abriesen camino hasta la puerta. Estos últimos obedecieron y a los pocos minutos Isabel jadeaba sana y salva al aire libre. Habría permanecido a su lado, pero su hermana le conjuró a que regresase para rescatar a Delly, expuesta a insultos aún peores. Como en aquel instante se aproximaba una cuadrilla armada de alguaciles, Pierre la encomendó al cuidado de uno de ellos y rogando a otros dos que se unieran a él, entró una vez más en la estancia. En otro rincón vislumbró a Delly; dos mujeres tiraban de sus manos con la vista empañada por el alcohol y expresión feroz, que con grotescas muecas se burlaban de ella haciendo escarnio de su vestido sin escote; le habían desgarrado y arrancado el pañuelo. La muchacha lanzó un grito de angustia y regocijo al observar la presencia de Pierre, quien pronto consiguió sacarla de allí y reunirse con Isabel.

Mientras Pierre estaba buscando un coche de alquiler y en un momento en el que Isabel y Delly permanecían silenciosas en espera de su regreso, la puerta se había abierto de súbito y había entrado un destacamento de policía rodeando y encerrando a todos los heterogéneos ocupantes nocturnos de un famoso lupanar que habían batido con el fin de arrestar a los participantes en una ultrajante orgía, sorprendida en su punto culminante. La primera visión del interior del puesto de guardia y el hecho de verse apiñados unos contra otros en forma tan repentina entre sus cuatro impersonales paredes había desencadenado el desenfreno del gentío; de modo que, olvidando cualquier otra consideración momentánea, la fuerza entera de la policía se había concentrado en un esfuerzo conjunto para sofocar la revuelta interior. Por consiguiente Isabel y Delly, abandonadas a su propia protección, habían quedado a merced de la chusma.

Pierre no consideró el instante oportuno para manifestar su indignación ante el oficial —incluso aunque lograra hallarlo entre tanta confusión—, que había descuidado de aquel modo su promesa particular de guardar bajo su custodia la preciosa carga que le había sido encomendada. Tampoco era ocasión adecuada para molestarse en buscar su equipaje, que permanecía dentro del cuartelillo. Abandonándolo todo a su suerte desplomó a las dos muchachas perplejas y medio muertas en los asientos del simón que les aguardaba y que, siguiendo las instrucciones de Pierre, dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la parada en la que lo había tomado el joven.

Una vez el simón se hubo alejado considerablemente del tumulto Pierre le rogó al cochero que se detuviese y le dijo que deseaba ser conducido a un hotel o a una casa

de huéspedes cercana del tipo que fuera, siempre que estuviese seguro de su respetabilidad. El tipo en cuestión —errado a causa de su malicia y por cuanto había ocurrido hasta entonces— respondió con un asentimiento ambiguo que delataba un insano regocijo. Pero recordando su anterior altercado con el rudo cochero de la diligencia, Pierre hizo como si no advirtiese el tono de su interlocutor y con calma, autocontrol y determinación repitió sus instrucciones.

Por fin, tras dar vueltas y más vueltas se detuvieron en una calle secundaria de apariencia respetable, ante una mansión de agradable aspecto iluminada por dos farolas muy altas que flanqueaban el portal y que despedían un resplandor blanquecino. Pierre observó complacido un cierto movimiento en el interior a pesar de la tardía hora de la madrugada. Un hombre sin sombrero, pulido y de expresión inteligente apareció con un cepillo para la ropa y escrutó a los recién llegados con aguda y desconfiada mirada; pero al avanzar Pierre hacia la luz de modo que su rostro se hiciera visible a los ojos del hombre, este último, adoptando un ademán respetuoso pero que aún delataba cierta perplejidad, invitó a entrar al trío, acompañándoles hasta un saloncito adjunto al vestíbulo, cuyas sillas desordenadas y general aspecto polvoriento ponían de manifiesto que tras un día de actividad la estancia aguardaba con ansia los servicios matinales de las criadas.

—¿Equipaje, señor?

—Lo he dejado en otro lugar —respondió Pierre—; mañana enviaré a buscarlo.

—¡Ah! —exclamó el de la astuta mirada, como si hubiese renacido su recelo inicial—. ¿Desea que despida al simón?

—No, espere —atajó Pierre, reflexionando y llegando a la conclusión de que era mejor que aquel desconocido ignorase su último lugar de procedencia. Yo mismo le despediré, gracias.

De modo que saliendo a la vereda pagó sin discutir una suma exorbitante al cochero que, ansioso por asegurarse unas ganancias ilegales, se plantó en el pescante de un brinco y se alejó a todo galope rumbo a algún lugar distante donde su cliente no pudiese abrigar la esperanza de recuperar su dinero.

—¿Quiere usted pasar al despacho de recepción, señor? —dijo el hombre haciendo una ligera reverencia con el cepillo—. Por aquí, señor, se lo ruego.

Pierre le siguió hasta una habitación casi desierta, con un mostrador por toda decoración e iluminada con gran pobreza. Colocándose tras el tablero, el hombre dio la vuelta, para que quedase de cara al cliente, a una especie de libro mayor tan profusamente inscrito con nombres como cualquier directorio y le alargó una pluma ya humedecida en tinta.

Comprendiendo la insinuación general, aunque irritado en secreto a causa de algo misterioso que se desprendía de la actitud del hostelero, Pierre se acercó el libro y escribió con mano firme al pie de la última columna rellena:

—Señor y señora Pierre Glendinning y señorita Ulver.

El tipo leyó lo que Pierre había escrito con expresión inquisitiva y añadió:

—La otra columna, señor; donde pone «procedencia».

—Cierto —respondió Pierre, mientras anotaba «Saddle Meadows».

El sagaz interlocutor volvió a examinar la página y acarició su bien afeitada barbilla con un tenedor formado por el dedo pulgar a un lado y los otros cuatro dedos juntos al otro, a la par que decía con lentitud y suavidad, casi en un susurro:

—¿Se trata de algún lugar de esta zona, señor?

—Sí, en el campo —respondió Pierre evadiendo el interrogatorio y conteniendo su ira—. Pero ahora le ruego que me acompañe a dos de sus aposentos; el que ocuparemos mi esposa y yo debe tener conexión con otro, un tercero, por pequeño que sea; necesito un vestidor.

—Vestidor —repitió, en un tono irónico y deliberativo el hombre—. Vestidor. ¡Ejem! En ese caso deseará que lleven su equipaje al cuarto de vestir, ¿no es así? Oh, se me olvidaba; el equipaje del señor no ha llegado todavía. ¡Ah, sí, sí! Hasta mañana no habrá equipaje. Oh, sí, claro, claro, mañana. ¡Es lo natural! Por cierto, señor: no quisiera parecer descortés y estoy convencido de que no me tendrá por tal; pero...

—¿Bien? —interrumpió Pierre, congregando todo su poder de autocontrol para soportar la impertinencia que estaba a punto de escuchar.

—Cuando a esta casa vienen forasteros sin equipaje, aunque sean caballeros a todas luces, nos vemos obligados a pedirles que paguen su cuenta por adelantado, señor; eso es todo, señor.

—Permaneceré alojado aquí esta noche y mañana todo el día, sea como fuere —replicó Pierre, alegrándose de que no fuera más que aquello lo que tanto le había alarmado—. ¿Cuánto me costará? —añadió, sacando su bolsa.

Los ojos del hostelero se fijaron anhelantes en el objeto que acababa de aparecer ante ellos; miraron hacia este último y luego se clavaron en el rostro de quien lo sostenía; luego pareció dudar un instante y despertando de su ensueño en forma súbita dijo con inesperada suavidad:

—No se moleste, no se moleste, señor; aunque los bribones tengan en ocasiones un aspecto elegante y engañoso, los auténticos caballeros nunca viajan sin sus diplomas acreditativos. Sus diplomas son sus amigos; y sus únicos amigos son sus dólares; usted tiene por compañera a una bolsa llena de íntimos. Tenemos aposentos, señor, que le convendrán, estoy seguro. Traiga a las damas que le acompañan y les guiaré hasta ellos de inmediato —diciendo esto aquel hombre tan sutil dejó caer su cepillo, encendió un quinqué y, tomando otros dos apagados con la mano libre, condujo a Pierre, que le siguió junto con Isabel y Delly a través del sombrío vestíbulo emplomado.

[Libros XVII y XVIII]

Libro XIX

La Iglesia de los Apóstoles

Era en la zona más baja y anticuada de la ciudad, y más concretamente en una angosta calleja —casi un callejón— antes flanqueada por moradas de modesto aspecto, pero ahora llena de inmensos y elegantes almacenes pertenecientes a importadores extranjeros; no muy lejos de la esquina donde dicho callejón se entrecruzaba con una vía considerable pero demasiado estrecha para mercaderes, empleados, carreteros y cargadores, se erguía en la época que nos ocupa un singular edificio antiguo, reliquia de tiempos más primitivos. El material con el que había sido construido era piedra gris, cortada en forma burda y convertida en muros de espesor y fortaleza sorprendentes; a lo largo de dos de dichas paredes —las laterales—, había sendas hileras de suntuosos ventanales con arcos distribuidos de modo regular. Una torre grande, cuadrada y desprovista de todo adorno se elevaba en la parte anterior hasta una altura que doblaba la del cuerpo de la iglesia; tres de los lados del campanario habían sido horadados a base de aberturas pequeñas y estrechas. Hasta el momento, en su aspecto externo, la edificación, que contaba con más de un siglo de existencia, testimoniaba en forma suficiente el propósito para el que había sido fundada. En la parte posterior había una ancha y majestuosa estructura de ladrillo que daba en su cara frontal a la calle trasera, quedando espalda con espalda con la iglesia y dejando en el centro un espacio vacío cuadrangular, reducido y enlosado. A los lados de dicho cuadrángulo tres pisos de columnas de ladrillo común proporcionaban al paseante una comunicación cubierta entre el viejo templo y el más moderno anexo. Una verja de hierro desmantelada, oxidada y descuidada cercaba un diminuto patio frente al nuevo bloque; parecía insinuar que había usurpado un espacio vacío, con anterioridad consagrado a cementerio. Tal idea habría resultado cierta por completo. Pero cuando aquella zona de la ciudad estaba dedicada a residencias particulares y no a almacenes y oficinas como en la actualidad, la Iglesia de los Apóstoles había vivido días de santificación y gracia; por desgracia la marea del cambio y el progreso había inundado su nave central y también las laterales, barriendo a su paso la mayor parte de la congregación a un lugar que se hallaba en los barrios altos, a cuatro o cinco kilómetros. Algunos ancianos y testarudos mercaderes y contables habían quedado rezagados, permaneciendo en los bancos de madera cubiertos de polvo para escuchar

las exhortaciones de un buen pastor entrado a su vez en años que, aferrado a su puesto a pesar del éxodo de sus fieles, seguía sosteniendo su medio paralizado cuerpo en el carcomido púlpito y a veces aporreaba —claro que con mano menos vigorosa— la apolillada balaustrada del mismo. Pero sucedió que el decrepito sacerdote dejó de existir; y cuando los escasos mercaderes y contables, todos de cabello canoso o sin un pelo en la coronilla, siguieron al féretro con gran respeto, para acompañar al buen clérigo hasta su última morada desde el altar mayor, fue la última vez que el antiguo edificio presenció desde sus muros la partida de una asamblea de devotos creyentes. Los venerables comerciantes y hombres de números celebraron una reunión en la que quedó decidido que, por muy dura y desagradable que resultase la necesidad, no había de servir para nada disfrazar el hecho de que el edificio no podía permanecer consagrado en forma eficiente a su uso primitivo. Debía dividirse en pisos, distribuirse en oficinas y donarse como alojamiento a los gregarios letrados. Se ejecutaron tales planes construyéndose oficinas incluso en lo más alto de la torre; el éxito obtenido fue tal que al final el cementerio se vio invadido por un edificio suplementario que también habían de alquilarse promiscuamente a los hombres de leyes. Pero la nueva construcción superaba en altura el cuerpo de la antigua iglesia.

Tenía unos siete pisos; una temible pila de titánicos ladrillos se alzaba hasta las tejas de su cumbre, a un nivel comparable con el viejo campanario de la sagrada torre.

En aquella edificación los propietarios llegaron unos pasos, o mejor dicho unos pisos, demasiado lejos. Porque como la gente casi nunca se complicaba voluntariamente la existencia con altercados legales, a no ser que sus abogados estuviesen muy a mano para auxiliarles, siempre resultaba interesante que las oficinas de los letrados estuviesen tan aseQUIBLES como servibles y cercanas a la calle; a ser posible en la planta baja, sin el mínimo declive que representa un escalón y si no, desde luego nunca en el séptimo piso de un edificio, donde sus clientes podrían disuadirse a sí mismos de consultarles al verse forzados a escalar siete prolongados tramos de escaleras, uno tras otro, con muy breves rellanos, para pagar las preliminares facturas de retención. Así que, poco después de ser inauguradas, las plantas más altas del moderno edificio adjunto quedaron casi sin ocupantes; y los abandonados ecos de sus vacuidades, justo sobre las cabezas de los caballeros que trataban asuntos legales y prosperaban en su profesión, debieron sugerir a estos últimos —al menos a algunos de ellos— desagradables similitudes en relación con el apiñamiento de sus bolsillos en comparación con la melancólica condición de sus áticos; dicho en otras palabras, con toda probabilidad les hablaron de bolsas llenas en cabezas huecas. Este lamentable estado de cosas se vio por fin alterado, para mejor, a medida que las estancias superiores fueron siendo pobladas por veintenas de heterogéneos aventureros de la vida diaria, indescritibles y ambiguos profesionales ataviados de negro tan amables como andrajosos, tipos inclasificables en suma, con

aspecto de extranjeros y gafas azules caladas en la nariz que, tras emigrar de partes desconocidas del mundo, como las cigüeñas en Holanda, habían tomado tierra en los aleros y áticos de elevadas construcciones antiguas en las poblaciones que constituían amplios puertos marítimos. Solían tomar asiento y charlar como cotorras o bien descender a la búsqueda de un improbable alimento, permaneciendo destripados sobre los bordillos ante las casas de comidas o formando hilera como flacos pelícanos con el corazón roto en las playas; sus bolsillos siempre estaban vueltos del revés, colgando flácidos como los buches de algunas aves cuando les resulta difícil atrapar pescado. Pero esos pobres diablos sin un penique luchaban por compensar su abandono físico recreándose con gran resolución en el universo de las arrobadas ideas.

Se trataba sobre todo de artistas de tipo diverso; pintores escultores, estudiantes indigentes, profesores de idiomas, poetas, políticos franceses fugitivos, filósofos germanos. Sus tendencias mentales, por muy heterodoxas que fueran a veces, eran por regla general distinguidas y espirituales; ya que la vaciedad de sus fondos económicos les impulsaba a rechazar el ácido materialismo de Hobbes e inclinarse por las etéreas exaltaciones de la filosofía iniciada por Berkeley. Al buscar a tientas y en vano una moneda en sus bolsillos no podían por menos que ceder a los vórtices cartesianos; la abundancia de ocio en sus buhardillas (tanto física como figurativa), unida a la inactividad de sus estómagos, les predisponía en grado eminente a prestar una atención imprescindible e indivisible y, de ese modo, digerir en forma adecuada las sublimadas Categorías de Kant; especialmente porque el vocablo Kant (can't, «no puedo» en inglés) simbolizaba una realidad palpable en sus ante todo intangibles existencias. Eran éstos los gloriosos paupérrimos de los que aprendí los misterios más insondables; ya que su mera supervivencia en la terrible precariedad de sus escasos medios de manutención constituía un misterio que han intentado aclarar, en vano, muchos cascanueces especulativos. Permítaseme en este punto ofrecer tres mechones de mi cabello a la memoria de los admirables desheredados de la fortuna que han vivido y muerto en este mundo. Con certeza y sinceridad honro su recuerdo —en el fondo son hombres nobles— y por esa razón oso bromear a su costa; porque allí donde se encuentra la nobleza fundamental y donde se debe un honor esencial, el regocijo nunca está considerado como algo irreverente. Sólo los necios, por pretendientes a humanos, y los impostores, por babuinos entre los dioses, se sienten ofendidos por la zumba; porque tanto las deidades como los hombres cuyos títulos de eminencia son seguros no suelen preocuparse de la charlatanería sediciosa de las viejas vendedoras de manzanas ni de las travesuras de los alegres rapaces en la calle.

Cuando desaparece la sustancia, el hombre se aferra a la sombra que deja. Los lugares destinados de forma especial a elevados propósitos retienen su nombre inicial aunque sean reconvertidos para usos más cotidianos. Parece ser que, como si se

sintieran obligados por el imperativo Destino a renunciar a la realidad de lo romántico y exaltado, los humanos que viven en el presente descaran crearse un compromiso reteniendo algún resto de puro carácter imaginativo. El curioso efecto de esta tendencia queda a menudo evidenciado en los venerables países del viejo mundo transatlántico; existe un puente sobre el Támesis que aún conserva su monástico nombre de «Frailes Negros» (Blackfriars), aunque ni un solo monje vestido de oscuro, sino más bien rateros callejeros, haya circulado por él y sus alrededores desde épocas anteriores a la de la reina Bess. Hay en el viejo continente innumerables anomalías históricas que recuerdan al hombre del presente, con dulzura y nostalgia, la prodigiosa procesión que antecedió a su nueva generación. Tampoco —aunque nuestra más reciente fundación en el litoral descubierta por Colón excluya toda participación considerable en estas atractivas anormalidades— estamos nosotros, en nuestras más viejas poblaciones, del todo libres de absurdos aquí y allá. Algo así ocurría con la centenaria Iglesia de los Apóstoles —mejor conocida incluso en su época más primitiva por la forma abreviada de Los Apóstoles—, que, si bien se había alejado en modo considerable de su finalidad original al utilizarse para menesteres tan opuestos, guardaba sin embargo su majestuoso nombre. El inquilino, letrado o artista, de sus estancias, tanto en el nuevo edificio como en el antiguo, al preguntársele dónde podía uno encontrarlo respondía en cualquier caso: «En los Apóstoles». Pero puesto que ahora, por fin, debido a los inevitables trasplantes en una población floreciente y en plena expansión de las más diversas profesiones, el venerable lugar no ofrecía tantos alicientes como antes a los leguleyos; y como los extraños e indescritibles aventureros, artistas y filósofos indigentes de todas las tendencias iban ocupando el interior del viejo templo con tanta rapidez como lo abandonaban los legales caballeros; a causa del metafísico misterio que encerraban sus curiosos moradores y a consecuencia de la circunstancia que hacía que varios de los que allí se reunían fueran teóricos teológicos, reformistas sociales y propagandistas políticos de toda clase de heterodoxos dogmas; y en parte, acaso, debido a cierto carácter chocarrero del público, el inmemorial nombre popular de la antigua iglesia fue transferido a quienes la habitaban. Así que acabó por ponerse de moda denominar de forma familiar Apóstol a todo aquel que residía en una de sus estancias.

Pero como cada efecto no es sino la causa de otro subsiguiente, ocurrió que, encontrándose transformados en un clan —no del todo desafortunado— por la vox populi, los ocupantes de la venerable iglesia empezaron a abandonar sus cuevas para crear entre sí una comunión social más estrecha, atraídos unos hacia otros por el idéntico título que ostentaban. A partir de ese momento y con el paso del tiempo se fueron organizando casi de forma insensible hasta convertirse en una peculiar sociedad que, si bien carente de toda conspicuidad y casi nada perceptible en sus manifestaciones públicas, acabó por despertar sospechas; en efecto, se rumoreaba

que los Apóstoles tenían un propósito ulterior y misterioso, relacionado en cierto sentido con el absoluto derrocamiento del Estado y la Iglesia y el apresurado y prematuro avance de un desconocido milenio político y religioso. Si bien algunos fervientes devotos de la moral y conservadores dejaron aviso en el cuartel de la policía para que ésta no abandonase la cautelosa vigilancia de la vieja iglesia; y aunque en alguna ocasión un oficial u otro mirase con expresión inquisitiva en dirección de las estrechas y sospechosas ranuras de las ventanas de la elevada torre, sin embargo, a decir verdad, el lugar parecía tranquilo y decoroso y sus ocupantes un grupo de personas inofensivas a quienes sólo cabía reprochar sus capas eflorescentes y sus sombreros de copa resquebrajada expuesta al sol.

Si bien al mediodía muchos fardos y cajas rodaban sobre carretillas por los establecimientos cercanos a los Apóstoles y por su críticamente angosta vereda los comerciantes corrían con todas sus fuerzas, en ocasiones, para hacer efectivos sus cheques antes de la hora de cierre de los bancos, la calle, destinada sobre todo al mero almacenaje y no utilizada como vía pública, constituía casi siempre un rincón, recoleto y silencioso. Desde una o dos horas antes de la caída del sol hasta las diez o las once de la mañana siguiente estaba tranquila y despoblada, excepción hecha de los Apóstoles; los domingos, en particular, presentaba un aspecto de sorprendente y pasmoso estado de reposo, casi de inmovilidad, no ofreciendo al espectador más que un largo panorama de seis o siete pisos de inexorables ventanas de hierro a ambos lados de la calzada. Algo muy similar ocurría en la calle, que, como ya hemos dicho, se entrecruzaba con el pasaje de los almacenes, no muy lejos de los Apóstoles. Porque aunque aquélla fuese diferente del callejón de la vieja iglesia por estar llena de comedores económicos para empleados, restaurantes y otros locales de concurrencia comercial, el único murmullo que se oía en ella quedaba restringido a las horas laborables; por la noche estaba desierta de todo ocupante salvo las farolas. El domingo, caminar por ella equivalía a avanzar por una avenida de esfinges.

Ésa pues era la condición actual de la antigua Iglesia de los Apóstoles; poblada por el zumbido de unos pocos y equívocos letrados que habían quedado atrás y permanecían en la planta baja, e invadida en la parte superior por poetas, pintores, pobres y filósofos. Un misterioso profesor de flauta se balanceaba en uno de los pisos más altos de la torre y, con frecuencia, en las silenciosas noches de luna sus elevadas y melodiosas notas volaban como un gorjeo por los tejados de los diez mil almacenes que había a su alrededor. Recordaba su armonía a la de la campana sobre los domésticos gabletes de una generación ya desaparecida.

II

La tercera noche tras la llegada del trío a la ciudad, Pierre estaba sentado a aquella hora misteriosa entre el día y la noche junto a una alta ventana del edificio trasero de los Apóstoles. La estancia resultaba mezquina incluso para la vileza. Ninguna alfombra cubría el suelo; ningún cuadro adornaba la pared; sólo había en ella una larga, baja, curiosa y simple armadura de cama que podía servir con toda probabilidad de jergón a algún célibe inteligente, un cofre amplio y azul cubierto de calicó, y una silla antigua de caoba destartada y reumática [* * *].

Allí, en la tercera noche, durante el ocaso, estaba Pierre sentado junto a la elevada ventana de una estancia para pedigüeños en el edificio posterior de los Apóstoles. Aparentemente estaba completamente ocioso; sus manos se hallaban vacías. Pero quizá algo bullía en su corazón. De vez en cuando lanzaba una mirada furtiva a la extraña y oxidada armadura de cama. Le parecía más que simbólica, y en verdad lo era. Se trataba en efecto del viejo lecho de campamento desmontable y transportable de su abuelo, desafiante defensor de un fuerte y valiente capitán en mil y una campañas, en las que nunca había sucumbido. En aquella misma cama, bajo la tienda en el campo de batalla, el glorioso y entrañable general de ojos dulces y corazón guerrero había reposado y despertado para ceñirse a un lado del cinto la espada hacedora de caballeros; porque noble había de considerarse el que cayese atravesado por el arma del gran Pierre; en el otro mundo los fantasmas de sus enemigos se jactaban de la mano que les había proporcionado el pasaporte.

¿Acaso el duro lecho de la Guerra había descendido por las leyes de la herencia hasta el blando cuerpo de la Paz? En la pacífica época de los graneros llenos, cuando el eco del mayal recorría los campos y el murmullo del comercio resonaba, ¿podía el nieto de dos generales comportarse también como un guerrero? ¡Oh, no era por nada que en tiempos de aparente paz se mostraban ante Pierre los recuerdos de dos antecesores amantes de la lucha! Pierre era también un batallador; la Vida era su campaña y tres fieros aliados, el Pesar, el Desdén y la Necesidad, sus adversarios. El ancho mundo conspiraba contra él, tratando de vencerlo. ¡Guardaos vosotros sus enemigos! ¡Mantiene en alto el estandarte de la Razón y jura por lo Eterno y lo

Auténtico! Ah, Pierre, Pierre, cuando te estires sobre el lecho, ¡qué humillante ha de resultarte observar que tu cuerpo extendido en toda su longitud no mide los orgullosos casi dos metros y medio de tu antecesor, el gran «Fulano de Tal»! La estatura del guerrero queda menguada al reducirse la gloria de la lid. Es más heroico derribar al valiente enemigo en el auténtico campo con tiendas incluidas que hacer huir, en los conflictos de un alma noble con un mundo cobarde, al vil rival que nunca dará la cara.

Allí pues, en la tercera noche, durante el crepúsculo, junto a la elevada ventana de una mísera habitación, estaba Pierre sentado en el edificio nuevo de los Apóstoles. En aquel instante estaba asomado a dicha ventana. Pero salvo la forma de la torre del homenaje gris y antigua no parecía haber nada que valiese la pena contemplar; sólo una jungla de tejas, pizarra, ripias y hojalata se ofrecía a la vista; nada más que una desolada superficie colgante de tejas, pizarra, ripias y hojalata con las que nosotros, modernos habitantes de Babilonia, reemplazamos los bellos jardines de los hermosos tiempos asiáticos cuando reinaba el excelente Nabucodonosor.

En su cueva estaba pues sentado, como un exótico extraño trasplantado desde las deleitosas alcobas de una vieja mansión a un suelo avaro donde echar raíces. Nunca más habían de acudir flotando en el aire para vivificar su mejilla las dulces bocanadas purpúreas de las montañas que cercaban los verdes campos de Saddle Meadows. Sentía el cambio como una flor; el rojo había desaparecido de sus mejillas, que estaban pálidas y marchitas.

Desde la alta ventana de su mediocre aposento, ¿qué observaba Pierre con tanta atención? No había ningún tramo de calle a sus pies; como una profunda cañada negra la zona cuadrangular abría su tenebrosa sima ante él. Pero al otro lado, en el extremo más alejado del inclinado tejado de la antigua iglesia, se erguía cual sombra vaga la gris, grandiosa torre; emblema para Pierre de una inmovible fortaleza que, enraizada en el profundo corazón de la tierra, desafiara los bramidos del viento.

En la alcoba de Pierre había una puerta frente a la ventana: alguien la estaba golpeando con suavidad, alguien que al mismo tiempo emitía dulces palabras por medio de las cuales preguntaba si podía entrar.

—Sí, para ti siempre estoy a punto, dulce Isabel —respondió Pierre alzándose y acercándose a la puerta—. Eso es: arrastremos la cama de campaña y nos servirá de sofá; vamos, roma asiento, hermana mía, e imaginemos que estamos donde a ti te plazca.

—Entonces, hermano, finjamos hallarnos en un país fantástico, donde reina la paz, estemos siempre a media luz donde no haya de salir el brillante sol para evitar la negra noche, su incondicional seguidora. Ligera penumbra y tranquilidad, ¡quietud y crepúsculo, hermano mío!

—En la hora de luz menguada estamos, hermana; y en verdad que por lo menos esta parte de la ciudad parece silenciosa.

—Dices bien, el resplandor se debilita; pero para desaparecer y dar paso a la negrura. Un breve rayo más de sol y luego otra larga noche. Ahora nos invade la paz, pero dentro de poco vendrán el sueño y la nada, pasada la cual será para ti la hora de trabajar duro, hermano mío, hasta la caída del dulce ocaso.

—Alumbremos una vela, Isabel; la oscuridad se cierne sobre nosotros.

—¿Para qué necesitamos la luz, querido Pierre? Aproxímate y siéntate junto a mí, hermano.

Este último se acercó a ella y la rodeó con su brazo; la dulce cabeza de la muchacha se apoyó en su pecho y ambos sintieron los latidos del corazón del otro.

—Oh, mi adorado Pierre, ¿por qué estamos siempre anhelando la llegada de la paz y luego nos impacientamos cuando por fin la alcanzamos? ¡Dímelo tú, hermano! Aún no hace dos horas suspirabas por el crepúsculo y ahora necesitas una vela para precipitar la desaparición de esta deliciosa media luz.

Pero Pierre no parecía escuchar sus palabras; su brazo la estrujó con mayor fuerza y todo su cuerpo empezó a temblar de forma casi inapreciable. Luego, de súbito, en un tono bajo de prodigiosa intensidad, susurró:

—¡Isabel! ¡Isabel!

La joven le rodeó con uno de sus brazos, al igual que él. El estremecimiento pasó de uno a otra; ambos permanecieron sentados, mudos.

Por fin Pierre se levantó y sus pasos recorrieron la estancia.

—Bien, Pierre; has venido aquí para ordenar tus bártulos. Por lo menos eso has dicho. ¿Qué has hecho hasta ahora? Vamos, enciende esa vela.

El muchacho obedeció y prosiguieron con su charla. [* * *]

—Pierre, deja que los brazos que sólo tú llenaste te atraigan de nuevo hacia la paz de la media luz. ¡Aunque el resplandor sea en extremo opaco!

Apagó la vela e hizo que Pierre se sentase a su lado; sus manos se entrelazaron.

—Dime, hermano; ¿no se han disipado tus tormentos?

—Han sido reemplazados por... por... por... ¡Oh, por Dios, Isabel, suéltame! —exclamó Pierre poniéndose en pie de un salto—. ¡A vosotros, cielos, que os habéis ocultado en el negro manto de la noche, a vosotros os invoco! Si sigo a la Virtud hasta la cumbre de su más impresionante precipicio, lugar nunca alcanzado por las almas comunes, y si al hacerlo el panorama que se revela a mis pies pertenece al infierno y el extremo de la Virtud resulta ser después de todo una traicionera celestina del más monstruoso vicio, entonces ¡paredes de piedra, cerraos sobre mí, aplastadme y haced que todo se desplome en el abismo!

—¡Hermano mío! ¿Qué delirio incomprensible es éste? —gritó Isabel con todas sus fuerzas, rodeándole con sus dos brazos—. ¡Hermano mío! ¡Hermano mío!

—Escucha con atención lo que tiene que decirte el rincón más oculto de tu alma — replicó Pierre con una voz de acero pero también temblorosa—. ¡No vuelvas a llamarme hermano! ¿Cómo sabes que soy tu hermano? ¿Te lo dijo tu madre? ¿Acaso mi padre me confesó algo a este respecto? Yo soy Pierre y tú Isabel, hermano y hermana como el vasto resto de la humanidad, y eso es todo. Por lo demás, dejemos que los dioses se ocupen de su propio combustible. Si han colocado en mi interior barriles de pólvora, ¡que se cuiden de ellos! ¡Ah! Ahora empiezo a vislumbrar, creo percibir en forma vaga que de algún modo el más elevado ideal de perfección en el hombre está completamente errado. Los semidioses pisotean los desechos, y la Virtud y el Vicio no son sino eso, desperdicios. [* * *]

—Pierre, soy una pobre muchacha, nacida en medio del misterio, criada en el misterio y que aún hoy en día trata de sobrevivir al misterio. Tan misteriosa soy yo misma, que no puedo pronunciar la palabra tierra o aire a sabiendas; me faltan términos para expresar algunos conceptos. Pero éstos son los prodigios del entorno ambiental. Tus palabras, tus pensamientos, abren para mí otros universos inimaginables a los que la mera idea de acercarme me produce miedo. Pero confíate a mí, Pierre. Contigo, sí, contigo me atrevería a nadar en un mar sin estrellas y a ser tu boya cuando tú, el más fuerte, languidezcas. Tú, Pierre, hablas de Virtud y de Vicio; Isabel, que ha permanecido recluida toda su vida, no conoce ni la una ni el otro como no sea de oídas. ¿Qué son en esencia, Pierre? Háblame de la Virtud. ¡Vamos, empieza!

—Si los dioses enmudecen en este punto, ¿por qué habría de definirla un pigmeo? ¡Pregúntale al aire!

—Entonces la virtud no es nada.

—Algo así diría yo.

—¿Y el Vicio?

—Mira; la nada es una sustancia que refleja una sombra en un sentido y otra en el opuesto; las dos sombras provienen de una misma nada; y estas prolongaciones del vacío son, a mi entender, la Virtud y el Vicio.

—Entonces, ¿por qué te atormentas de ese modo, mi querido Pierre?

—Es ley.

—¿Cómo?

—Que una nada atormente a otra nada; porque yo soy un vacío. Todo es un sueño: soñamos que hemos soñado que soñábamos.

—Pierre, cuando asomaste tras la tapia, en lo alto, me pareciste un enigma; pero ahora que estás sumergido en la profunda sima de tu alma, ahora, cuando con toda probabilidad los sabios te tacharían de lunático, ahora empieza la pobre e ignorante Isabel a comprenderte. Ese sentimiento que te aflige lo he experimentado en mi propia piel con anterioridad. La prolongada soledad, la interminable angustia me han descubierto milagros. ¡Sí, todo es un sueño!

De pronto él la tomó en sus brazos y exclamó:

—¡De la nada nada puede nacer, Isabel! ¿Cómo puede pecarse cuando se está soñando?

—Primero, dime: ¿qué es el pecado, Pierre?

—Otra forma de llamar a aquello otro, Isabel.

—¿Te refieres a la Virtud, Pierre?

—No, al Vicio.

—Sentémonos de nuevo, hermano mío.

—Me llamo Pierre.

—Pues tomemos asiento, Pierre; ven, acércate. ¡He de sentir tu brazo!

Y de ese modo, la tercera noche, cuando ya se había extinguido la luz de la penumbra y no había ninguna lámpara encendida, tras la elevada ventana de una estancia miserable, Pierre e Isabel se quedaron en silencio.

Libro XX

Charlie Millthorpe

Pierre había sido inducido a alquilar un alojamiento en los Apóstoles por uno de sus moradores, viejo conocido suyo y oriundo como él de Saddle Meadows.

Millthorpe era hijo de un granjero muy respetable, ya fallecido, poseedor de una inteligencia superior a la normal, cuyos hombros caídos y sencillez en el vestir eran sobrepasados por una cabeza digna de un filósofo griego, y de unas facciones tan elegantes y regulares que podrían haber agraciado a más de un caballero opulento. Los cruzamientos políticos y sociales de todo tipo de elementos humanos producen en América curiosas anomalías individuales desconocidas en otras tierras del mundo. Pierre recordaba bien al viejo granjero Millthorpe, a aquel anciano atractivo, melancólico, mudo y de pausado temperamento, en cuyo rostro refinado y ennoblecido por la naturaleza, aunque curtido con aspereza y atenuado por más de una prolongada jornada de trabajo en la cosecha, la rusticidad y el clasicismo estaban unidos en forma extraña. El delicado perfil de su semblante reflejaba la más elevada aristocracia; sus nudosas y huesudas manos se asemejaban a las de un mendigo.

Si bien durante sucesivas generaciones los Millthorpe habían residido en tierras de los Glendinning, podían trazar en un modo tan vago como carente de ostentación su genealogía hasta un emigrado caballero inglés que había surcado el océano en tiempos del viejo Carlos. Pero la indigencia que había llevado a dicho caballero a abandonar su aristocrático país para dirigirse a la rugiente espesura era la única herencia que había legado a sus disminuidos descendientes en cuarto y quinto grado. En la época en que databan las primeras remembranzas que Pierre tenía de aquel interesante ser, éste hacía un par de años que había dejado ya de vivir en una amplia granja por su total imposibilidad de hacer frente al arrendamiento de la mansión, y se había convertido en el ocupante de un pequeño lugar muy pobre y contraído en el que apenas se sostenía una diminuta casa medio en ruinas. En esta última vivía con su mujer, persona amable y discreta, sus tres hijas aún muy jóvenes y su único hijo, un muchacho de edad similar a la de Pierre. La belleza hereditaria y florecencia juvenil del muchacho; su dulzura de carácter y un cierto refinamiento natural que contrastaba con la irremediable rudeza y en ocasiones sordidez de sus vecinos; en suma, sus cualidades se habían atraído desde un principio la amistad espontánea y solidaria de

Pierre. Acostumbraban a dar paseos juntos, a vivir uno con otro aventuras infantiles; e incluso la severa y crítica señora Glendinning, siempre tan atenta a los compañeros de juegos de Pierre, nunca había puesto la menor objeción a su intimidad con un niño rústico tan agradable y hermoso como Charles.

Los muchachos son a veces ágiles y agudos al formarse un juicio sobre el carácter de las personas. No hacía mucho que eran compañeros de andanzas cuando Pierre llegó a la conclusión de que, por muy delicada que resultase su faz y dulce su temperamento, el joven Millthorpe era poco vigoroso desde un punto de vista mental y además poseía una presunción constitucional y ampulosa, así como una cierta dosis de egocentrismo; algo que, sin embargo, al no tener para alimentarse más que las comidas a base de patatas que le proporcionaba su padre y su propia disposición en esencia tímida y humanitaria, presentaba tan sólo una faceta anómala de su personalidad, divertida e inofensiva aunque incurable, que no había de menoscabar el compañerismo y buena voluntad de su amigo; porque incluso en su infancia Pierre había poseído un admirable sentido de la caridad capaz de hacerle pasar por alto las pequeñas imperfecciones de sus inferiores, a las que restaba importancia con gran regocijo tanto si se trataba de avatares de la fortuna como de desviaciones de la mente; se contentaba con abrazar lo bueno cuando se presentaba y en la persona en la que se manifestaba. De ese modo durante la niñez actuamos sin tener conciencia de ello según los principios peculiares que en máximas racionales y verbalizadas regulan de forma sistemática nuestra madurez; hecho este que por fuerza ilustra la necesitada dependencia de nuestra existencia y nuestra subordinación no ante nosotros mismos, sino ante el Destino.

El adulto de buen gusto posee no sólo cierta visión para detectar lo pintoresco en el paisaje natural, sino que también tiene una aguda percepción de aquello que puede denominarse sin deterioro de la propiedad como la pobreza en el panorama social. Para tal ser no resulta más curioso y conspicuo el desmantelado tejado de haces de paja de una granja pintada por Gainsborough que los mechones del cabello de un mendigo, enmarañados a causa del tiempo y desvirtuados por la necesidad, que diversifican en modo pobretón aquellos cuadros del mundo reducidos, bien dispuestos y realizados en el estudio del artista, los cuales, una vez enmarcados y barnizados con gran exquisitez, quedan colgados en la sala de estar de hombres humanitarios de buen gusto y, sobre todo, en las de los amables filósofos de la escuela de la «Compensación» y de la «Optimista». Estos últimos niegan la existencia del pesar y la miseria excepto cuando incluyen con gran frivolidad el sutil elemento pobretón en la ilustración general de la Tierra. «¡Vamos, hombre, los desposeídos no son más que un concepto!» Dios ha depositado efectivo en el banco del orden caballeresco, bendiciendo con su infinita bondad a los humanos con una estival alfombra verde.

¡Aléjate, Heráclito! ¡Las lamentaciones de la lluvia sólo sirven para confeccionar nuestro arco iris!

No es que en esta equívoca referencia al pobre granjero Millthorpe tengamos la intención de sugerir un determinado comportamiento en relación con Pierre. Sin embargo, ningún hombre escapa del todo a su entorno. Aunque sin tomar conciencia de ello, la señora Glendinning había sido siempre uno de esos curiosos Optimistas; y en su vida juvenil Pierre no había quedado totalmente exento del contagio materno. Pero a menudo al ir a la granja en busca de Charles algunas mañanas de principios de invierno se topaba con las dolorosas, turbadas, flacas y débiles facciones de la señora Millthorpe y las miradas inquisitivas, tristes, desesperadas y envidiosas de las tres hermanas de su amigo; al permanecer de pie en el umbral, Pierre captaba con frecuencia plañidos ahogados, de anciano hastiado de la vida, provenientes de un nicho invisible desde la puerta. Era entonces cuando Pierre adquiría una noción vaga y pueril de la existencia de algo más que lo pobre en la pobreza; indicios de lo que había de significar ser viejo y mísero, estar gastado y reumático, sentirse con la estremecedora muerte en los talones y saber que la vida por otra parte no era sino monótona y depresiva; un vislumbre de lo que había de ser para aquel que en la juventud se levantaba de la cama de un vigoroso salto, impaciente por dejarse acariciar por el sol del alba y por no perder ni una dulce gota de su existencia, llegar a detestar los rayos que en un tiempo tanto había amado y buscado, dar media vuelta en el lecho para esquivar su luz y sin embargo posponer el paso que le llevaría a ese día funesto cuando el astro rey no es de oro, sino de cobre, el cielo tan azul se torna gris, y la sangre, como vino del Rhin, demasiado tiempo detenida en su curso por la Muerte se aclara y agria en las venas. Pierre no había olvidado que la aumentada penuria de los Millthorpe era atribuida, en la época pasada que ahora tratamos, por los murmuradores que frecuentaban la posada del Black Swan, a ciertas negligencias morales del granjero. Así al menos se insinuaba. «Ese viejo empina demasiado el codo», dijo en una ocasión en forma audible para Pierre un tipo con cuello de botella mientras representaba una postura idéntica a la que le imputaba a Millthorpe, con la copa medio vacía en la mano. Pero si bien el cuerpo del anciano estaba roto, su semblante, aunque triste y flaco, no traducía la más leve señal de haber sido o ser un borrachín. Nunca se supo públicamente que fuese un asiduo de la posada y muy de tarde en tarde abandonaba los escasos acres que cultivaba junto a su hijo. Y a pesar, por desgracia, de su indigencia, se comportaba con intachable honradez a la hora de pagar con puntualidad las pequeñas deudas en peniques y chelines contraídas al comprar sus víveres. Y si bien el cielo sabía que contaba con motivos más que justificados para desear obtener con premura el dinero que ganaba, Pierre recordaba que un otoño se le compró un marrano para la mesa de los sirvientes de la mansión y el hombre nunca reclamó su plata hasta mediados del invierno siguiente; y aun

entonces con dedos casi temblorosos agarró con ansiedad las monedas y dijo con tono inseguro: «No tengo un uso que darle ahora; podría haber esperado más tiempo». Fue en aquel instante cuando, oyendo estas palabras por puro azar, la señora Glendinning miró al viejo y con una mirada amable y benigna que reflejaba cierto interés por lo pobretón, murmuró: «¡Ah! El antiguo caballero inglés no ha perdido aún toda su sangre. ¡Bravo!».

Un día, a la vista de Pierre, nueve figuras silenciosas aparecieron tras la puerta de la casa del viejo Millthorpe; se depositó un féretro en el carro de un vecino; y un cortejo de unos nueve metros de largo, incluida la estirada lanza y la cama de la carreta, avanzó serpenteante por Saddle Meadows hasta una colina donde por fin acostaron al anciano en un lecho donde el sol naciente no había de enojarle con su inoportuna presencia. ¡Oh, la maternal tierra está hecha del más suave y delicado lino holandés! Allí, bajo la sublime probadora del infinito firmamento, como emperadores y reyes, duermen, con grandioso rango, los mendigos y pobres de la tierra. ¡Celebro que la Muerte sea tan democrática y desespero de las demás democracias auténticas y permanentes, pues abrazo la idea de que, aunque en la vida algunas cabezas estén coronadas con oro y otras rodeadas de punzantes espinas, las lápidas mortuorias, sea cual fuere su cincel, no difieren mucho entre sí!

Este retrato más o menos peculiar del padre del joven Millthorpe nos ayudará a comprender mejor la condición menos inmadura y la personalidad del hijo, a quien había ido a parar la responsabilidad del sustento de la madre y las hijas.

Aunque descendiente de un granjero, Charles era especialmente enemigo del duro trabajo de la labranza. No resultaba del todo imposible que, por medio de una resuelta y dura tarea en el campo, hubiese conseguido por fin colocar a su familia en una situación mucho mejor que cualquier otra que pudiese recordar. Pero no era ése su destino; el benevolente Estado tenía, en su gran sabiduría, otro decreto para él.

En el pueblo de Saddle Meadows había una institución, medio escuela y medio academia, subvencionada por el gobierno tanto en el aspecto financiero como en su regulación. En ella se enseñaban no sólo los rudimentos de la cultura inglesa, sino también pinceladas de literatura, composición y ese baluarte tan aburrido de nuestra América: la declamación. En el elevado escenario de la Academia de Saddle Meadows los hijos de los más indigentes braceros solían enunciar despacio la fiera retórica revolucionaria de Patrick Henry o gesticular con ímpetu a través de las dulces cadencias del Culprit Fay de Drake. No era pues de extrañar que los sábados, cuando no había declamación ni poesía, los muchachos se sintieran melancólicos y desdeñasen los mangos pesados y difíciles de manejar de las horcas de estiércol y las azadas.

A los quince años la mayor ambición de Charles Millthorpe era convertirse en orador o en poeta; en cualquier caso, en un gran genio de un arte u otro. Evocaba al caballero ancestral y pisoteaba indignado el arado. Detectando en él el primer germen

de su inclinación, el viejo Millthorpe había razonado con su hijo con gran seriedad previniéndole contra los peligros de su vagabunda vocación. Una ambición de aquel tipo únicamente correspondía a indudables genios, muchachos ricos o pobres que estuvieran solos en el mundo sin que nadie tuviese que depender de ellos. Mejor sería que Charles reconsiderase el asunto; su padre estaba viejo y enfermo, no iba a durar ya mucho; no había nada que pudiese dejar de su paso por la tierra a excepción del arado y la azada que le pertenecían; su madre era un ser enfermizo, sus hermanas estaban siempre pálidas y delicadas de salud; y por fin la vida era un hecho y los inviernos en aquella zona del país resultaban en extremo rigurosos, largos y fríos. De los doce meses del año durante siete nada crecía en los pastos y todo el ganado debía ser alimentado en los graneros. Pero Charles no era más que un muchacho; de todas las enunciaciones humanas, el consejo es lo que con más frecuencia y crueldad se pierde; el hombre no deposita su confianza en la experiencia, y quizá tenga razón al no hacerlo, ya que determinadas sabidurías son por completo inútiles; debemos hallar nuestras raíces por nosotros mismos, de modo que no nos queda más remedio que andar a tientas un día y otro.

Sin embargo, Charles Millthorpe era un joven tan afectuoso y cumplidor de su deber como ufano de su cerebro; ignoraba que poseía un don excelente y angélico, propio tan sólo de un corazón generoso. Su padre murió y él resolvió ser para los suyos un segundo cabeza de familia y un celoso abastecedor de dinero y alimentos. Pero no por medio del duro faenar de sus manos, sino con el auxilio de la suave práctica de su mente. Había leído ya muchos libros: historia, poesía, romance, ensayos y un largo etcétera. Los estantes de la biblioteca de la mansión habían sido a menudo honrados con sus visitas, actuando Pierre como consejero literario. Por no alargar su relato, nos limitaremos a añadir que a los diecisiete años Charles vendió el caballo, la vaca, el cerdo, el arado, la azada y demás aperos y animales existentes en su granja; y, transformándolo todo en efectivo, abandonó el campo en compañía de su madre y hermanas para instalarse en la ciudad, basando sobre todo sus esperanzas de éxito en vagas representaciones de un pariente boticario allí residente. Cómo él, su madre y sus hermanas batallaron para salir adelante; cómo se consumieron y pasaron hambre durante una temporada; cómo se dedicaron las mujeres a coser y Charles a copiar, sin que apenas les bastara para ir viviendo, son hechos que pueden imaginarse sin dificultad. Pero una misteriosa y latente buena voluntad del Destino para con él había impedido hasta entonces que Charles tuviera que acudir a un asilo para pobres; de hecho su fortuna había aumentado en cierto grado. En cualquier caso esa vaga presunción inofensiva y el inocente egocentrismo que hemos advertido con anterioridad en su personalidad no habían detenido su avance; porque de los hombres más vacuos puede observarse con frecuencia que son los últimos en desalentarse. La

gloria de una ampolla consiste en que nunca puede hundirse; el reproche que se le hace al cofre del tesoro es que una vez a bordo acaba por sumergirse para siempre.

II

Una vez llegado a la ciudad, y tras descubrir la cruel negligencia de Glen, Pierre, al buscar a alguien que pudiese auxiliarle en el aprieto en que se hallaba, pensó en su antiguo compañero de juegos, hizo pesquisas para averiguar su paradero y por fin dio con él. Vio entonces ante él a un joven de veintidós años, alto, crecido, flaco y pálido aunque no por ello menos atractivo, cualidad que Charlie poseía en grado sumo, y supo que ocupaba un despacho de abogado de reducido tamaño en la tercera planta del viejo edificio de los Apóstoles. El viejo cantarada fingió estar llevando un vasto negocio que se incrementaba de hora en hora entre casilleros vacíos y bajo la directa supervisión de un tintero por abrir; su madre y sus hermanas moraban en las estancias del piso superior y en cuanto a él, no sólo seguía la profesión de las leyes para proporcionarle un pasar a su cuerpo sino que además estaba identificado con los peculiares y secretos esquemas teológico-político-sociales de la orden masónica de los así llamados Apóstoles, y propagaba una Filosofía cruda y trascendental, tanto para contribuir a su subvención como para alimentar su intelecto.

Pierre quedó al principio algo impresionado por sus modales extremadamente francos y familiares; toda deferencia al señor de la mansión había desaparecido, se había disipado, y eso que debido a lo imprevisto de su primer encuentro Charlie no podía saber que Pierre había sido expulsado.

—¡Hola Pierre! ¡Cuánto me alegro de verte, muchacho! Escucha, el próximo mes tengo que dar un discurso ante la orden Omega de los Apóstoles. Plinlimmon, el gran maestro, acudirá a la reunión. Sé de muy buena tinta que en una ocasión dijo de mí: «Ese joven conserva en su interior las Categorías Primitivas; está destinado a asombrar al mundo». Caramba, amigo mío, he recibido propuestas de los redactores de la publicación *The Spinozist* para escribir una columna semanal en su revista; en ella sólo están admitidos los Últimos Trascendentales. Óyeme con atención; estoy pensando en despojarme del disfraz apostólico y dar la cara con valentía. ¡Pierre! Creo que voy a retar al Estado predicando nuestra doctrina filosófica a las masas. ¿Cuándo has llegado a la ciudad?

A pesar de todas sus tribulaciones, Pierre no pudo reprimir una sonrisa ante aquel recibimiento tan digresivo; conociendo bien al joven no llegó a la conclusión, tras un estallido de entusiástico y audaz egotismo, de que su corazón se había corrompido; ya que el egocentrismo es una cosa y el egoísmo otra distinta. Tan pronto le hubo confiado Pierre su condición, Charlie se convirtió de inmediato en un ser grave y en extremo amable; le recomendó los Apóstoles como el mejor lugar donde podía alojarse —cómodo, barato y bien situado en relación con la mayoría de los lugares públicos—; se ofreció a ocuparse de que un simón transportase el equipaje de Pierre; pero por fin prefirió subir las escaleras para mostrarle las estancias vacantes. De todos modos cuando se tomó la decisión relativa a la morada, Charlie, lleno de regocijo y alacridad, marchó con Pierre al hotel para ayudarle en el traslado; se agarró con fuerza a su brazo en el momento en que pasaban bajo el gran arco que formaba la puerta de la torre de los Apóstoles y al instante se abandonó de nuevo a sus divertidas manifestaciones heroicas, que no cesaron hasta que los baúles estuvieron a la vista.

—¡Dios mío! ¡Mi trabajo legal me agobia! Debo acompañar a algunos de mis clientes; no puedo retrasarme en mi ejercicio físico, y este abrumador y creciente negocio me roba el tiempo para practicarlo. Además, estoy en deuda con la sublime causa de la humanidad; me veo obligado a desplazar algunos de mis alegatos en favor de mis tratados metafísicos. Todo mi aceite no debe malgastarse con cauciones e hipotecas. Pero creo que has comentado que te habías casado, ¿no? —y sin esperar respuesta alguna, continuó con su animada charla—: Bueno, supongo que es una idea sensata, después de todo. He oído decir que estabiliza, centra y confirma al hombre. No, no es verdad, no lo he oído, soy yo quien lo ha pensado. Es una idea que ha asaltado casualmente mi mente, ¡eso es! Sí, el tener esposa hace que el mundo se vea más definido; desaparece la mórbida subjetividad y todo parece más objetivo; por ejemplo, cabe considerar a nueve hijos como algo objetivo. ¡Desposado, eh! Sin duda algo estupendo: doméstico, bonito, hermoso; todo resulta entonces más agradable. ¡Pero, amigo mío, yo le debo algo al mundo! Si me casara contribuiría a aumentar la población de la Tierra, pero no a mejorar el censo de la mente. Todos los grandes hombres son célibes, ya lo sabes. Su familia es el universo; diría que el planeta Saturno es su hijo mayor y Platón su tío. ¿Así que has contraído nupcias? —pero una vez más, sin esperar ni desear respuesta, siguió hablando—: Pierre, muchacho, una idea; una idea para ti, para ayudarte; insinúas por tu aspecto que tu bolsa casi no suena; pues bien, yo haré que se llene. Pronuncia el equivalente a una arenga política sobre la filosofía kantiana. ¡Un dólar por cabeza! Como digo, tu discurso ha de ser práctico, no teórico; consiste en que alquiles la piel de castor a ese precio; te harás rico. Tengo absoluta confianza en la penetración y magnanimidad de las personas. Pierre, presta oídos y escucha con atención; en mi opinión el mundo no funciona como debiera. ¡Chitón! Sí, un craso error. La sociedad exige un Avatar, ¡un Curtius, muchacho! Que

salte al fiero abismo y al perecer en él salve al imperio entero de los hombres. Pierre, desde hace tiempo he renunciado a la fascinación de la vida y la moda; fíjate en mi capa, y comprenderás hasta qué punto las menosprecio. ¡Pierre! Pero detente. ¿Te queda aún un chelín? Tomemos aquí un fiambre; es un lugar barato. A veces vengo a comer algo. Vamos, entremos.

Libro XXI

[* * *]

Noticias de Saddle Meadows. Plinlimmon

[* * *]

II

[* * *] Siguiendo su plan de evitar todo contacto con cualquiera de sus familiares y amigos residentes en la ciudad —si bien tras su derrumbamiento social estos últimos trataban a su vez con gran diligencia de no seleccionarle entre sus íntimos—, y obstinándose en no acudir ni enviar a nadie a buscar mensajes del exterior, a pesar de que la oficina de correos estaba justo a la vuelta de la esquina, ya que no habiendo despachado carta alguna, tampoco esperaba recibir nuevas de nadie. Hacía pues varias semanas que Pierre permanecía aislado del mundo [* * *] cuando le llegaron noticias verbales de tres acontecimientos a cual más vital.

Primero: había muerto su madre.

Segundo: Saddle Meadows había pasado a manos de Glen Stanly.

Tercero: se creía que Glen Stanly cortejaba a Lucy, quien, convaleciente de una dolencia casi mortal, residía ahora en la ciudad, en el hogar materno.

Fue sobre todo la primera de estas nuevas la que se clavó como una saeta en el corazón de Pierre, causándole una natural ansiedad. No le había llegado ninguna misiva; no se le había enviado anillo ni recuerdo alguno; no se había hecho la menor mención de su nombre en el testamento; y sin embargo se rumoreaba que la mortal enfermedad de su madre había sido causada por un inconsolable pesar, que con el tiempo la había llevado hasta la demencia acabando con su vida de forma repentina. Al llegar a sus oídos la información sobre el infortunio, hacía ya veinticinco días que su frío cuerpo yacía bajo tierra.

¡Con qué claridad hablaba aquello del inmenso orgullo y de la igualmente infinita pena de su magnífica madre! ¡Cuán agonizante era la insinuación que dejaba traslucir de su amor herido de muerte por su único y adorado Pierre! En vano razonó este último consigo mismo; en vano trató de exponerle a su entendimiento todo género de argumentos estoicos para contener la violenta embestida de la natural pasión, que por ser eso, natural, fue la que prevaleció; con lágrimas que como un ácido le abrasaban y ennegrecían el rostro al deslizarse sollozó y deliró por la amarga pérdida de su progenitora, cuyos ojos habían sido cerrados por manos alquiladas y no pertenecientes a un miembro de su familia, pero cuyo corazón se había roto, tras arruinar su raciocinio, a consecuencia de las acciones de su pariente más cercano, su propio hijo.

Durante cierto tiempo pareció como si el corazón se le hubiese de partir en dos y su lucidez estuviese a punto de nublarse. El sufrimiento le resulta insoportable al hombre cuando la Muerte apuñala a su víctima y arroja fuera del alcance del que queda la menor posibilidad de hallar solaz y consuelo. En la tumba no existe el auxilio; ninguna plegaria llega hasta ella, ni de ella surge el perdón. Para el penitente cuyo mártir reposa bajo la tierra impidiéndole que combata contra su desesperación, el fatal sino es eterno; ya puede ser Navidad para toda la cristiandad que para él será día de Difuntos; su hígado estará carcomido para siempre.

Con qué maravillosa precisión y exactitud pasó revista a los detalles más diminutos de la antigua vida con su madre en Saddle Meadows, tan llena de goces y felicidad. Empezó por su propio aseo personal cada mañana; luego su tranquilo paseo a través de los campos, y su jovial regreso para visitar a su madre en su aposento, y el alegre desayuno... y tantas otras costumbres a lo largo del dulce día hasta que madre e hijo se besaban y con corazones ligeros y tiernos se separaban para ir a acostarse antes de disponerse a vivir otra jornada de deliciosa afectividad. El recordar la inocencia y el júbilo en la hora de la tristeza y el remordimiento fue como calentar hasta la incandescencia las tenazas que habían de destrozarle. Pero en el delirio de su alma, Pierre era incapaz de definir el lugar donde se hallaba la línea divisoria entre el dolor natural por la pérdida de un ser querido y aquel otro que nace de la contrición. Luchó para distinguir un pesar de otro, pero sin éxito. Se esforzó por engañarse a sí mismo al obligarse a creer que su desesperación era natural y que si existía algún otro tipo de sufrimiento provenía, no de su conciencia de haber actuado de forma indebida, sino de la angustia que produce descubrir a qué precio se paga la posesión de las más exaltadas virtudes. No fracasó del todo en su lucha consigo mismo. Al final desterró la memoria de su madre a la misma bóveda oscura donde hasta entonces había reposado la desvanecida silueta de Lucy. Pero del mismo modo en que a veces los hombres son sepultados en un estado de trance que se asemeja a la muerte, es posible enterrar en el alma una aflicción cataléptica suponiendo de forma errada que ya no poseía más vitalidad para la pesadumbre. No, lo inmortal sólo engendra inmortalidad. Resultaría casi un argumento pretencioso, debido a la infinita duración del alma humana, afirmar que es imposible, tanto en el tiempo como en el espacio, matar cualquier compunción originada al haber herido en forma cruel a un congénere fallecido.

Antes de desterrar a su madre con carácter definitivo a la profunda bóveda de su alma, de buen grado habría extraído un pobre alivio de una circunstancia que en cualquier caso, considerada con imparcialidad, parecía capaz tanto de mitigar como de intensificar el dolor. En el testamento de su madre en el cual esta última, sin mencionar a Pierre, legaba algunas de sus propiedades a sus amistades y dejaba Saddle Meadows y sus títulos de arrendamiento a Glendinning Stanly, figuraba la fecha del día

siguiente a aquel en que de un modo tan fatal su hijo le había anunciado en la escalinata los fingidos desposorios con Isabel. Le obsesionaba la idea de que, si bien todas las evidencias de que la implacabilidad de su madre contra él se había adormecido eran negativas, había una única prueba positiva, por así decirlo, dentro de la negatividad; en el mencionado documento se omitía toda alusión a su nombre. Como además la fecha de confección del mismo era tan significativa cabía llegar a la conclusión razonable de que había sido dictado durante un arrobamiento incontrolado nacido de la espontánea indignación inicial. Pero poco consuelo le proporcionaba aquella noción, al considerar la demencia final de su madre, porque ¿dónde había sido engendrada su locura sino en un inexorable sufrimiento de odio, del mismo modo que su padre había perdido la razón a causa de la desesperación por un pecado irreparable? Tampoco dejaba de impresionarle el notable doble sino de sus padres ni de llenarle de presentimientos relativos a su propia suerte la posibilidad hereditaria de terminar sus días como un deficiente mental. He utilizado el término presentimiento; pero ¿qué es, qué significa en realidad? ¿Cómo se define en forma coherente un presagio y cómo extraer de él conclusiones lúcidas, a no ser que afirmemos que no es ni más ni menos que un juicio disfrazado? Y si en verdad es una opinión no descubierta en forma racional y posee al mismo tiempo el carácter sobrenatural de la profecía, ¿cómo escapar a la conclusión llena de destino de que estamos sujetos sin que podamos evitarlo a las seis manos de las Hermanas? Porque aunque temamos a la fortuna que nos espera, no dejamos por ello de saber de qué se trata. Entonces, ¿cómo se puede tener presciencia de algo y sentir al mismo tiempo espanto, a no ser que con el aparente poder divino de la premonición armonice la real ineficacia de la impotente defensa?

El hecho de que su primo Glen Stanly hubiese sido elegido por su madre como heredero de los dominios de Saddle Meadows no le resultaba a Pierre del todo sorprendente. Glen no sólo había sido siempre un favorito de su progenitora debido a su soberbia persona y a su coincidencia con ella en la visión mundana, sino que además era, excepto Pierre, su relación de sangre más próxima entre los miembros vivos de la familia y llevaba en su nombre de pila las sílabas hereditarias: Glendinning. Por lo tanto si las tierras de su hacienda debían pasar a manos de alguien que no fuese su propio hijo la persona adecuada por excelencia parecía ser Glen, a causa de las razones generales que acabamos de exponer.

Pero no es natural en un hombre, sea quien fuere, ver cómo un noble patrimonio que le corresponde por derecho inalienable desciende a la posesión de un ser ajeno que no sólo ha sido su rival en lances amorosos, sino que también se ha convertido en un cruel y desalmado enemigo —porque Pierre no podía entonces ver a Glen de otro modo—; no es pues natural en un hombre contemplar tal usurpación sin sentir singulares emociones de odio y desazón. En el caso de Pierre tales sensaciones no

quedaron precisamente mitigadas al enterarse de las renovadas atenciones de Glen a Lucy. Porque algo hay en el alma de todo hombre que hace que se ofenda al tener noticia de los galanteos amorosos de otro hombre con una mujer a la que amó, aunque haya descartado toda esperanza de casarse con ella. De buena gana se apropiaría, mostrando por cierto un gran egoísmo, de cuantos corazones se han confesado suyos de un modo u otro. Además en Pierre el resentimiento se veía incrementado por la previa conducta hipócrita de su primo. Todas sus sospechas parecían ahora confirmarse con creces; y comparando las fechas, dedujo que la visita de Glen a Europa había sido realizada tan sólo para borrar la punzada de dolor que le había causado el rechazo de Lucy, un rechazo que constituía una consecuencia tácita de no haberse negado a entablar una relación amorosa con Pierre.

Pero ahora, bajo la máscara de la compasión que con el tiempo había de madurar para convertirse en amor por una hermosísima muchacha abandonada por su rufián prometido, Glen podía permitirse actuar con total libertad y cortejar de nuevo abiertamente a su amada sin exponer su antigua cicatriz ante la sociedad. Eso al menos era lo que creía Pierre. Además, Glen podía abordar a Lucy bajo los más favorables auspicios. Podía acercársele como un amigo que simpatizaba con su desgracia, deseoso de aliviar su pena pero sin insinuar de momento su egoísta intención de casarse con ella; si representaba su papel con prudencia, evitando todo clamor y haciendo gala de una devoción tranquila y desinteresada pero también indestructible, no podía por menos que sugerirle a la mente de Lucy comparaciones muy naturales entre él y Pierre, que a la larga no harían sino rebajar a este último en su concepto. Además, ninguna mujer —como podía parecer en ocasiones— está del todo libre de la influencia que ejerce una posición social privilegiada por parte de su cortejador, sobre todo si éste es joven y agraciado. Y Glen volaría ahora a su lado como dueño y señor de dos inmensas fortunas y heredero, por elección voluntaria no menos que por parentesco de sangre, del ancestral salón abanderado y de las vastas praderas señoriales de los Glendinning. De ese modo el espíritu de la madre de Pierre parecía apoyar las pretensiones de Glen. En verdad, dada la situación en la que se encontraba, su primo podía convertirse ante el mundo en el más espléndido duplicado de Pierre sin que cayese sobre él ni un ápice de su vergüenza; al reemplazarle se convertiría en una perfecta suplantación de lo que en una ocasión había representado él para Lucy. Y al igual que un hombre que ha perdido a su dulce esposa tras rechazar durante largo tiempo cualquier consuelo y encuentra por fin cierto solaz en la compañía de la hermana de la difunta, que resulta poseer una peculiar semejanza familiar con esta última, y le propone matrimonio debido a la fuerza sin par de las influencias asociativas, no parecía del todo irrazonable suponer que la gran belleza viril de Glen, tan similar en ciertos aspectos a la de Pierre, provocara en el corazón de Lucy asociaciones capaces de inducirla por lo menos a buscar —y quién sabe, quizá a

encontrar también— mitigación para la amarga pérdida de alguien que para ella estaba muerto y desaparecido por toda la eternidad y a reemplazarle por un pariente cercano de considerable parecido. De ese modo Glen podía convertirse en Pierre resucitado.

Debemos ahondar con ahínco y perseverancia si deseamos comprender el corazón humano y descender por algo semejante a una escalera de caracol a través de un pozo sin fondo pero cuya cualidad de infinito queda oculta por la forma de la escalera y por su propia negrura.

Al conjurar Pierre al fantasma de Glen transformado en una semblanza de sí mismo y figurárselo avanzando hacia Lucy y tomando su mano para besarla con devoción, se sentía poseído por una infinita furia y una inextinguible malicia. Eran numerosas las emociones enmarañadas que se combinaban para desencadenar aquella tormenta. Pero la más importante de todas se parecía a la indefinible execración que sentimos contra cualquier impostor que ha osado arrogarse nuestro nombre y aspecto en relación con un asunto equívoco o deshonesto; una emoción que queda intensificada si el usurpador es en el fondo un malvado villano y además, por un antojo de la naturaleza, resulta ser casi un duplicado personal del hombre cuya identidad ha asumido en forma tan ilícita. Ésta y huestes completas de otras nociones tan desesperantes como resentidas en su origen recorrían el alma de Pierre. Todas las defensas nacidas de la fe y fraguadas en el entusiasmo, el estoicismo y la filosofía acababan de ser abatidas por la súbita tempestad que la naturaleza había desatado en su interior. Porque no hay fe, ni estoicismo, ni filosofía que pueda evocar el hombre mortal capaces de soportar la prueba final de una auténtica arremetida desapasionada de la Vida y la Pasión. Todos los fantasmas hermosos que el hombre se formó y nutrió en la niebla de sus creencias desaparecen, desvaneciéndose cual espectros al cantar el gallo. Porque la Fe y la filosofía son aire, mientras que los acontecimientos están hechos de latón. Entre las grises elucubraciones del ser, la Vida irrumpe en el alma como una mañana.

Mientras perduró en él aquel estado de ánimo, Pierre se maldijo por despiadado villano y estúpido necio; despiadado villano por haber asesinado a su madre y estúpido necio porque había echado por la borda toda su felicidad y de alguna manera había dimitido de su noble derecho de nacimiento para otorgárselo a un astuto pariente a cambio de un insípido potaje convertido en cenizas en su boca.

Resuelto a ocultarle a Isabel sus nuevos y según le parecía indignos motivos de agudo sufrimiento abandonó su aposento con intención de dar un largo paseo errante por los suburbios de la capital, para tratar de mitigar la pena antes de presentarse de nuevo ante ella.

III

Cuando Pierre, que había abandonado su hogar a toda prisa, atravesaba a paso ligero una de las más altas columnatas que enlazaban el edificio antiguo con el nuevo, avanzó hacia él desde el moderno bloque una figura simple, compuesta y viril cuyo semblante algo pálido tenía un aspecto limpio; ninguna arruga surcaba aquel rostro. La frente, la barba, la solidez de la cabeza y la firmeza del paso indicaban edad madura; sin embargo los ojos azules, brillantes pero reposados en su expresión, ofrecían un vivo contraste. En aquella mirada parecía estar encerrado como en un relicario el joven alegre e inmortal Apolo, mientras que en la frente, presidida por un trono de marfil, estaba sentado el viejo Saturno con las piernas cruzadas. El rostro de aquel hombre, su aspecto, su aire, emanaban una jovial satisfacción. Sí, jovial resulta el calificativo más apropiado por ser su significado contrario a sombrío; Satisfacción constituye a su vez un adecuado sustantivo, ya que no se trataba de Felicidad ni de Delicia. Sin embargo, aunque el portante personal del desconocido fuese tan cautivador, algo había latente en él, no del todo invisible, que inspiraba cierta repulsión. Ese algo podría caracterizarse como No Benevolencia. Me parece que se trata del término que mejor se ajusta a la realidad, porque no era ni Malicia ni Mala Voluntad lo que emanaba del carácter de aquel hombre, sino una cualidad pasiva. Como colofón una atmósfera flotante parecía investir y acompañar al misterioso individuo. Dicha atmósfera sólo parece transformarse en palabras gracias a la existencia del vocablo Inescrutabilidad. Si bien los atavíos del tipo en cuestión estaban en estricto acuerdo con el estilo general del traje habitual vestido por un discreto caballero, sin embargo en aquel caso las vestiduras corrientes parecían disfrazar a quien las lucía. Casi incluso me atrevería a decir que hasta el rostro y la aparente naturalidad de su expresión ocultaban la identidad del desconocido.

Pues bien, al cruzarse con Pierre en forma deliberada, el hombre se quitó el sombrero, hizo una graciosa reverencia, sonrió con amabilidad y siguió caminando. Pero Pierre estaba de lo más confundido; se sonrojó, le miró de soslayo y tropezó con la mano en el sombrero al ir a devolverle la cortesía; parecía haber quedado atónito con sólo haber visto un saludo cortés, una correcta inclinación y una suave mueca

social procedentes de un ser cuyo control de sí mismo resultaba casi milagroso y su aspecto era de persona no benevolente.

¿Quién era aquel individuo? Ni más ni menos que Plotinus Plinlimmon. Pierre había leído un tratado suyo en la diligencia que le trasladaba a la ciudad y había oído hablar de él con frecuencia a Millthorpe y otros, que le habían asignado el título de Gran Maestro de cierta Sociedad Mística de los Apóstoles. Todo el mundo ignoraba de dónde venía. Su apellido era galés, pero había nacido en Tennessee. Parecía no poseer familia ni lazos de sangre de ningún tipo. No se sabía que hubiese trabajado nunca con las manos ni escrito con ellas (ni siquiera una carta había brotado de su esfuerzo manual); nadie le había visto nunca con un libro. De hecho no había obra literaria alguna en su morada. Sin embargo, un día u otro debía de haber adquirido conocimientos librescos; pero aquel tiempo pertenecía según las apariencias al pasado lejano. En cuanto a las obras de mala calidad que circulaban con su nombre, no eran más que sus comentarios orales, copiados muy al azar y metodizados en forma de chapuza por sus jóvenes discípulos.

Encontrando a Plinlimmon tan desprovisto de libros como de papel y pluma e imputando el hecho a una posible indigencia, un caballero extranjero rico y estudioso que le había conocido por casualidad le envió un amplio surtido de efectos de escritura y una serie de importantes volúmenes, entre los que figuraban Cardan, Epicteto, el Libro de Mormón, Abraham Tucker, Condorcet y el Zend-Avesta. Pero el cultivado foráneo visitó a Plinlimmon el día siguiente —tal vez con la esperanza de recibir alguna expresión de agradecimiento por su extremada amabilidad— y quedó boquiabierto al ver su presente depositado ante la puerta —por fuera, se entiende— de la casa del curioso individuo, que no lo había desembalado, ni tocado siquiera.

—Enviado a dirección equivocada —dijo Plotinus Plinlimmon, con gran placidez—; si algo esperaba de un noble como usted, era un curasao de escogido bouquet. Me sentiría muy honrado, mi querido conde, al aceptar un garrafón de buen curasao.

—Creía que la sociedad de la que es usted cabeza visible prohibía ese tipo de bebida —replicó el conde.

—Así es, querido conde; pero hasta el mismo Mahoma se concedía alguna dispensa de vez en cuando.

—Ah, comprendo —corroboró el noble erudito con expresión astuta.

—Me temo que no comprenda usted nada, querido conde —repuso Plinlimmon; y al cabo de unos segundos, ante los ojos del conde, la inescrutable atmósfera empezó a hacer remolinos sin fin alrededor de Plotinus Plinlimmon.

El casual y fugaz encuentro en la columnata fue la primera oportunidad que tuvo Pierre de contemplar de modo directo la figura y el rostro de Plinlimmon. Muy poco después de establecer su alojamiento en los Apóstoles había quedado impresionado por una faz firme, observadora y de ojos azules que estaba asomada a una de las

ventanas más altas de la vieja torre gris situada en el lado opuesto del espacio cuadrangular que él ocupaba. Ya hemos indicado que el campanario se elevaba con gran prominencia frente a su propia alcoba. Sólo a través de dos paños de vidrio, el suyo y el del desconocido, había percibido Pierre hasta entonces aquel semblante notable por su reposada actitud —un reposo que no era ni de Dios ni del hombre, ni procedente de nada hecho con la materia del segundo ni con la espiritualidad del primero, sino todo lo contrario: pertenecía a una cara y eso era todo—. Una mirada liviana a aquel rostro ofrecía a los observadores más filosóficos la noción de algo hasta entonces no incluido en su esquema del Universo.

El templado sol no ve en el cristal un obstáculo, sino que transmite a través de él la luz y la vida; del mismo modo el rostro de la torre, lejos de permanecer oculto, le había comunicado a Pierre, de ventana a ventana, su extraño misterio.

Sintiéndose cada día más interesado por la sorprendente cara, Pierre le había preguntado a Millthorpe qué sabía de su poseedor.

—¡Dios se apiade de tu alma! Por tu descripción te estás refiriendo a Plotinus Plinlimmon. ¡Nuestro Gran Maestro Plotinus Plinlimmon! Por Dios que has de conocerle más a fondo, como vengo haciendo yo desde hace tiempo. Acompáñame y te lo presentaré en este mismo instante.

Pero Pierre declinó el ofrecimiento y no pudo evitar el pensar que, si bien con toda probabilidad humana Plotinus comprendía bien a Millthorpe, este último no podía haber penetrado ni en el alma ni en el cerebro del maestro. Claro que sin duda Plotinus —que en ocasiones era capaz de asumir un aire franco, confidencial y simple, casi frívolo quizá— podía, por razones que sólo a él alcanzaban, haber fingido de forma tácita ante Millthorpe que el antiguo labriego había penetrado culebreando en la esencia más recóndita de su espíritu.

Es posible que un hombre le regale un libro a otro y al volver la espalda el donante, el receptor lo tire en la próxima esquina sin concederle mayor importancia, ya que no siente la menor ansiedad por asimilar sus enojosas enseñanzas. Pero señaladle al autor con el dedo, de forma personal, y apuesto diez contra uno a que regresa al lugar donde se deshizo del volumen, lo toma en sus manos, le quita el polvo a la cubierta y con mucha atención lee su valiosísimo contenido. Uno no cree por completo en otra persona hasta que sus ojos la han contemplado de cerca. Si debido a la fuerza de sus peculiares circunstancias Pierre se había consagrado en la diligencia a un atento escrutinio del panfleto sobre Cronometría y Horología, ¿cómo no había de aumentar su interés al mirar más adelante, aunque sólo fuera de reojo, al autor del mismo? Como en el curso de la primera lectura no había sido capaz —o por lo menos así lo creía— de captar la idea-eje del tratado y toda idea incomprendida no sólo es causa de perplejidad sino también de insolente reproche para la mente, Pierre había dejado por completo de estudiarlo y de tomarse la molestia de preocuparse por él de forma

consciente durante el resto del viaje. Pero creyendo que quizá lo había retenido quedándose de un modo automático, registró todos sus bolsillos sin éxito. Le suplicó a Millthorpe que hiciera los posibles por proporcionarle otro ejemplar; pero resultó imposible hallar ninguno. Ni el mismo Plotinus podía facilitárselo.

Entre otros esfuerzos Pierre había realizado el de abordar a un viejo renqueante que vendía libros en un puestecillo callejero no muy lejano a los Apóstoles.

—¿Tiene usted Cronometría, amigo mío? —preguntó, habiendo olvidado el título exacto.

—Muy malo, terrible —respondió el anciano, frotándose la espalda—; he tenido crónico, sí; reumatismo, creo que se llama. ¿Qué es lo que puede aliviarle a uno?

Dándose cuenta de su error, Pierre replicó que no conocía ningún remedio infalible.

—¡Chitón! Yo te diré uno, rapaz —atajó el viejo tullido cojeando hacia él y poniendo la boca casi en su oreja—. No pillarlo nunca, librarse de él. ¡Ahora que eres joven, puedes permitirte! ¡No caigas!

Con el tiempo el rostro de ojos azules y mística suavidad de la ventana superior de la vieja torre gris empezó a adueñarse del ánimo de Pierre en un grado considerable. Cuando en momentos de peculiar depresión y desesperanza se apoderaban de él pensamientos oscuros de su condición miserable y acudían a su mente sombrías dudas del carácter maligno sobre el singular rumbo que había tomado su existencia, [* * *] si su mirada se cruzaba con la del rostro místico y dulce, Pierre notaba cómo el efecto de la influencia de esta última era tan sorprendente que ni él ni nadie podría haberla descrito con palabras.

«¡Vano! ¡Vano! ¡Vano!», le decía la misteriosa cara. «¡Necio! ¡Necio! ¡Necio!», le gritaba. «¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!», le ordenaba. Pero cuando interrogaba al rostro para averiguar por qué le había llamado tres veces vano y necio y le había mandado que se fuera, no obtenía contestación alguna. Porque el semblante no respondía a ningún estímulo. ¿No he dicho ya antes que se trataba de una faz distinta, única, independiente? Ningún ser u objeto que se baste a sí mismo necesitará relacionarse con los demás por medio de nuestra forma habitual de comunicación. Si afirmar es ensanchar el ego aislado y negar es contraer la identidad, responder equivale a suspender el mencionado aislamiento. Aunque la cara de la torre fuese limpia y gentil y tuviese al joven Apolo enmarcado en el ojo y al anciano y paternal Saturno sentado con las piernas cruzadas en la frente de marfil, de algún modo su poseedor dedicaba a Pierre una maliciosa mirada de soslayo. Quizá los kantianos dirían que se trataba de una impresión subjetiva de Pierre. Sea como fuere, aquel semblante parecía observar al joven de reojo y decirle: «¡Burro! ¡Burro! ¡Burro!». Su expresión se hacía insufrible. Pierre se procuró muselina de la ventana de su vestidor y su rostro quedó atrapado en una cortina, como algunos retratos. Pero ni así logró evitar la maligna mirada, porque sabía que aquellos azules ojos lascivos se agazapaban tras el velo que había

interpuesto entre ambos. Lo más terrible del caso era el presentimiento de Pierre de que por medio de artes mágicas el desconocido se había enterado de su secreto. «¡Ay! —pensaba Pierre con un estremecimiento—. Esa cara sabe que Isabel no es mi esposa. Creo que ésa es la razón por la que sus ojos se clavan en mí con perversa picardía».

Entonces las incontables imágenes que le ofrecía su imaginación flotaban en su alma con total libertad y acudían a él algunas frases sueltas de la Cronometría, con tanta vivacidad como si acabase de leer el panfleto. Se trataba de frases que de momento no había logrado comprender, pero que ahora iluminaban su peculiar condición de modo extraño y funesto, denunciándola con mucho énfasis. Una vez más trató por todos los medios de conseguir la publicación y volver a examinarla auxiliado por el mudo comentario del rostro místico y gentil. Volvió a registrar sus vestiduras por si en alguno de los bolsillos aparecía el ejemplar de la diligencia, pero en vano.

Y cuando en el crítico momento en que abandonó su alojamiento al recibir por la mañana las fatales nuevas aquella faz, aquel hombre, el mismísimo e inescrutable Plotinus Plinlimmon pasó por su lado por el largo pasillo de ladrillo de la columnata y toda la trepidación que había sentido con anterioridad a causa de su aspecto misterioso y amable desde la ventana de la torre se redobló en una fracción de segundo, Pierre se sonrojó, le miró de soslayo y tropezó con la mano en el sombrero cuando se disponía a saludarle tal como ha sido descrito. Una vez más le abrasó el deseo de obtener un ejemplar del panfleto. «Maldita sea mi suerte por haberlo perdido —exclamó para sus adentros—. Y aún más debo ser condenado por haberlo tenido en mis manos, haberlo leído y haber sido tan papanatas como para no comprender su contenido. ¡Ahora es ya demasiado tarde!».

Sin embargo —permítaseme anticiparme a los acontecimientos— cuando años después un viejo sastre judío revolvió los bolsillos de un gabán de Pierre que sin saber cómo había ido a parar a sus manos, sus dedos de lince palparon algo extraño entre la tela y el pesado forro acolchado con bombasí. Desgarró el forro de dicha prenda y halló varias páginas de un viejo panfleto, suaves al tacto y tan gastadas que parecían casi de tisú, pero aún lo bastante inteligibles como para revelar su título: Cronometría y Horología. Pierre debía de habérselo metido en el bolsillo en un gesto reflejo durante el viaje en la diligencia y el escrito se había abierto camino por un descosido penetrando en el forro y contribuyendo a rellenar el almohadillado. Así que todo el tiempo que había pasado a la caza y captura de su panfleto lo había llevado puesto sin saberlo. Al cruzarse de forma tan veloz con Plinlimmon en el corredor de la columnata y sentir un deseo renovado y ardiente de releer su tratado, su mano derecha no estaba más que a escasos centímetros del objeto de su ansiedad.

Es probable que esta curiosa circunstancia ilustre su supuesta no comprensión del contenido del panfleto, leído por vez primera en el simón que lo trasladaba a la capital. ¿Era posible que hubiese conservado en su mente, de un modo muy fiel la

preclara captación de las ideas en él expuestas sin despertar al hecho de que las entendía a la perfección? Creo que enfocado desde cierto punto de vista el rumbo posterior de la vida de Pierre tenderá a demostrar que había comprendido. Y quizá venga a cuento sugerir de forma casual, como si de una bagatela se tratase, la siguiente pregunta: ¿Existen algunos fenómenos o acontecimientos que los hombres creen ignorar y que por lo tanto no alcanzan a examinar con gran celo, realidades que a pesar de estar contenidas por así decirlo en el ser viviente siguen constituyendo un secreto para aquellos que se obstinan en negar su existencia? La idea de la Muerte podría ser un buen ejemplo.

[Libro XXII]

Libro XXIII

Carta para Pierre. Isabel. Llegada del caballete y los baúles de
Lucy a los Apóstoles

Si una plaza fuerte fronteriza puede ser tomada por los indios salvajes con el fin de trasladarla a la lejana y profunda espesura, donde se mantiene como cautiva sin que exista la más remota posibilidad de devolución, lo más aconsejable para los hombres que no han sido apresados es excluir de su memoria por el método que sea las más insignificantes imágenes de los entrañables objetos que les han sido arrebatados. Porque cuanto más deliciosos resultasen durante la época en que formaban parte de sus posesiones ahora perdidas, más agonizantes les parecerán en el recuerdo ulterior. Y si bien un hombre fuerte puede a veces ahogar las remembranzas que le atormentan, sin embargo, si al principio permite que estas últimas se enrosquen en su mente sin prevenirse contra ellas, al final se convertirá en un deficiente incapaz de todo razonamiento. Expongamos el caso de un esposo separado de su amada por un continente y un océano, privado de su compañía por una causa imperiosa durante un plazo de largos años: si en verdad su pasión se ha concentrado en la mujer elegida y además resulta que es sensible y espiritual, será mejor que olvide el objeto de su adoración hasta que pueda abrazarla de nuevo y que la borre de su capacidad evocativa si se entera de que ha muerto. Aunque tales suicidios mentales le resulten del todo imposibles, debe tener en cuenta que los afectos vacuos y ostentosos son los únicos que pueden ir y venir por los departamentos de las memorias necrológicas sin perecer en ellas. Amor profundo como la muerte: ¿qué significan esas cinco palabras sino que el amor no sobrevive para recordar sin descanso que el ser reverenciado ya no está? A mayor profundidad, más necesidad de olvido. Si en verdad así sucede en los casos presididos por una total carencia de remordimientos en relación con la persona amada y ausente, tanto más intolerable ha de resultar la toma de conciencia de la desesperación de la víctima, acompañada de reprobaciones latentes en el que recuerda quien se sabe provocador, aunque no sea de forma voluntaria, del sufrimiento de ambos. Parece que el único recurso cuerdo para ahuyentar ciertas organizaciones del talante es, para aquel en quien éstas irrumpen en tales circunstancias, correr a un lado y otro, suceda lo que suceda, hasta perderlas de vista.

Si hasta ahora hemos hablado poco o nada de Lucy Tartán en relación con Pierre tras abandonar Saddle Meadows, es porque la imagen de la muchacha no ocupó el

espíritu del novel escritor. Había realizado denodados esfuerzos para desterrarla de su pensamiento; y en una única ocasión, al recibir la noticia de que Glen había reanudado sus atenciones para con ella, se había debilitado la intensidad de su lucha, por sentir que todo intento de borrarla entonces de su recuerdo había de resultar impotente a causa de su múltiple y abrumadora postración.

No es que el pálido semblante de Lucy desvanecido en su albo lecho y su inexpresable angustia al exclamar: «¡Corazón mío! ¡Mi amor!», no se le apareciesen sin ser convocados por sus sentidos, causándole un estremecimiento general no lejano a un terrorífico horror intraducible en palabras. Pero el carácter turbador de los recuerdos impulsaba a Pierre a esquivarlos con la fuerza que aún le quedaba en su espíritu.

No permanecían ausentes otras influencias mucho más prodigiosas, aunque sólo vagamente conscientes en el pecho de Pierre, capaces de actuar como revulsivos al enfrentarse el joven con la silueta implorante de la amada. [* * *] Pierre tenía siniestras preocupaciones de una índole más sutil y temible, de las que ya hemos anticipado ligeros vislumbres.

Aquella mañana estaba sentado en su aposento; [* * *] con la cabeza inclinada hacia el suelo desnudo, donde había clavado los ojos, se entretenía en seguir las grietas que como alambres guiaban desde donde se encontraba hasta la puerta hasta desaparecer bajo esta última y penetrando en el cuarto de Isabel, cuando unos nudillos golpearon dicha entrada, sobresaltándole. Al cabo de unos segundos oyó el acostumbrado y dulce susurro de Isabel:

—Pierre, tengo una carta para ti; ¿me oyes? Una carta. ¿Puedo entrar?

La punzada de la sorpresa y la de la aprensión atravesaron su corazón, porque se hallaba en una condición general tal con respecto al mundo exterior que no le permitía esperar racionalmente más noticia que la de algún desastre o por lo menos de algún suceso desagradable. Asintió e Isabel penetró en la estancia con un billete en la mano.

—Es de una dama, Pierre; ¿de quién puede tratarse? No es de tu madre, de eso estoy segura; la expresión de su rostro, tal como yo la vi, no concuerda con la que se adivina en la persona que ha escrito este mensaje.

—¿Mi madre? ¿De mi madre? —murmuró Pierre en un vacío insondable—. ¡No! ¡No, es poco probable que venga de ella! Mi madre ya no escribe, ni en sus tabletas privadas. La muerte le ha robado la última hoja, borrándolo todo excepto la inscripción del inefable y eterno «hic jacet».

—¡Pierre! —exclamó Isabel aterrorizada.

—¡Dame eso! —gritó él con vehemencia, al tiempo que extendía la mano—. Perdóname, dulce, dulce Isabel, mi mente estaba errante [* * *]. Trae, veamos —en tono indiferente—; déjame solo, te lo ruego. Supongo que será de alguna

encantadora tía o prima de las muchas que tengo —añadió, abanicándose descuidado con la misiva.

Isabel abandonó la estancia; en el momento en que la puerta se cerró tras ella, Pierre abrió la carta con gran ansiedad y leyó su contenido, que era el siguiente:

II

«Esta mañana lo he jurado, mi queridísimo y adorado Pierre. Hoy me siento más fuerte, porque recuerdo mejor tu propia fuerza sobrehumana y angélica, de la que me ha sido transferida una escasa porción. Oh, Pierre, Pierre, con qué palabras voy a dirigirme a ti ahora; ahora, cuando sin saber nada de tu secreto, algo de él se presenta a mi entendimiento como una profética sospecha. El dolor, un profundo e inexplicable dolor me ha convertido en adivina. Pierre, acabaría con mi vida cada vez que pienso en mi anterior ceguera; pero esta última provenía sólo del desfallecimiento inicial. Todo me parecía terrible, avasallador; pero ahora comprendo que tenías razón al ser tan espontáneo conmigo y no escribirme nunca más, Pierre; sí, ahora te entiendo y te adoro más por ello.

»¡Ah, Pierre, noble y angélico! Un ser como tú no puede sentir el amor como los demás mortales; sólo los ángeles se igualan a ti al no vivir para ellos mismos, sino para auxiliar a los demás. Pero seguimos siendo uno, tú y yo; tú te estás sacrificando y yo me apresuro a unirme de nuevo a ti para atrapar tu fuego y los ardientes y multitudinarios brazos que puedan abarcar nuestras llamas comunes. No he de preguntarte nada, Pierre; no es necesario que me reveles ningún secreto. Tenías mucha razón cuando el día de nuestra excursión a las montañas te negaste a pronunciar el entusiástico pero necio juramento que exigía de ti. Sí, mucha razón, toda la razón; ahora la luz se ha hecho sobre mi mente.

»Si me comprometo con solemnidad a no tratar de arrancarte el más mínimo secreto que tú no desees poner en mi conocimiento; si por otra parte, por acciones externas, reconozco como tú la peculiar posición de ese misterio por siempre sagrado; entonces, ¿qué razón existe para que no viva contigo? No te resultaré enojosa. Sé bien dónde estás y cómo tratas de sobrevivir; sólo en ese lugar y de ese modo, Pierre, me resulta la existencia soportable o posible. Ella nunca sospechará, porque estoy segura de que hasta ahora no le has revelado lo que una vez significué para ti. Finjamos que soy una prima devota que de forma inamovible ha consagrado sus días a permanecer cerca de ti durante tu extraño exilio. No me muestres, no me des nunca prendas visibles y conscientes de amor. Yo actuaré igual contigo. Nuestra existencia mortal, mi

celestial Pierre, consistirá a partir de ahora en un arrullo mutuo y silencioso, sin declaración oficial, sin desposorios, hasta que nos encontremos en el puro reino de la bendición divina final, hasta que nos unamos donde el mundo, tan dado a interrumpir y a inmiscuirse, ni pueda ni ose acercarse, donde tu oculto y glorioso altruismo quede patente en todo su esplendor bajo la luz celestial, donde, no viéndose forzada a cubrirse con los más crueles disfraces, ella ocupe también su auténtico puesto en la gracia sin sentirse amenazada por ninguna dureza, alcanzando, por el contrario, más dicha porque tu dulce corazón pueda pasar a pertenecerme sin reservas ni engaños. Pierre, Pierre, ¡Pierre de mi corazón! Este pensamiento, esta esperanza, la sublime fe que ahora me invade, me sostienen y apoyan. Bien está el desvanecimiento en el que me dejaste; pero de aquello hace ya una eternidad. Bien está, querido Pierre, que entonces sólo saliera de él para mirar a la nada y andar a tientas, y que al perder el conocimiento y la visión volviera a desmayarme, hasta avanzar de nuevo en la oscuridad, para acabar por hundirme en ese universo parecido al sueño. Y bien está que todo aquello crease un vacío en mi alma y en mi mente; no podía asir casi ningún objeto, ni tener conciencia de nada; era menos que un sueño, Pierre mío, y no pensaba en ti, mi amor; no había ante mí más que un espacio en blanco, un abismo vacío. ¿Acaso no habías desaparecido de mi existencia? ¿Qué podía quedar de la pobre Lucy? Pero ahora aquel grávido estado tan largo y penoso ha pasado; he resucitado a la luz y a la vida. Pero ¿cómo emerger de las tinieblas, cómo ser, querido Pierre, sino en ti? Así que en el mismo instante en que salí de mi prolongado trance se apoderó de mí una fe inmortal en tu persona, que aunque no podía ofrecerme el más mínimo argumento de sentido común en tu favor, resultaba más imperativa, acaso por su misteriosa carencia de lógica, Pierre mío. Has de saber, pues, adorado Pierre, que teniendo las razones más flagrantes del mundo para desconfiar de tu amor, me entrego en cuerpo y alma a creer en él de forma inapelable. Porque siento que el amor es el amor y nada hay capaz de alterarlo, Pierre; creo que el cielo me ordena emprender el camino hacia ti en una incomprensible misión. Al precipitarme a aquel estado de letargo casi permanente, en el que según Martha apenas probaba las tres comidas ordinarias, el cielo, ahora lo sé, me estaba preparando para el sobrehumano servicio que acabo de mencionar; me estaba arrancando de la superficie terrenal, aunque mi cuerpo permaneciese en ella; me estaba adecuando para una divina función con mis inferiores elementos. ¡Oh, otórgame tu entrañable fuerza! No soy más que una pobre y débil muchacha, querido Pierre, que te amó una vez con demasiada pasión y mundana inconsistencia. Pero ahora seré catapultada al etéreo aire y me elevaré hasta donde permaneces entronado en tu tranquilo y sublime firmamento de heroísmo.

»No trates de disuadirme, Pierre. ¿Volverías a apuñalarme una y un millón de veces más, sin acabar nunca de apagar mi aliento de vida? Debo ir a ti. ¡Tengo que hacerlo!

Ni el mismo Dios puede detenerme, porque es Él quien me envía. Sé muy bien cuáles serán las consecuencias de mi huida; mi madre se quedará perpleja, mis hermanos montarán en cólera y el mundo entero me desdeñará y se burlará de mí. Pero tú eres mi madre, mis hermanos, la sociedad, el cielo y todo mi universo; tú eres mi Pierre. Sólo existe un ser al que mi alma desee servir; y ése eres tú, Pierre. Así que volaré hasta ti sin demora. Mañana mismo abandonaré este lugar y nunca más te dejaré, Pierre. Háblale a ella de mí sin más dilación; tú sabrás mejor que nadie lo que conviene decirle. ¿No existe una lejana relación de sangre entre nuestras familias, Pierre? He oído a menudo a mi madre trazar su línea genealógica. Creo que somos primos, en un grado que desconozco. Si apruebas mi proposición le dirás que soy tu prima, Pierre; tu resuelta e inamovible prima monjil, que ha hecho votos de vivir contigo por siempre jamás para servirlos a ambos y protegerlos durante toda su existencia. Prepárame algún rincón en un lugar por ti elegido; mi única condición es estar cerca de ti. Antes de llegar a tu lado enviaré un reducido equipaje y mis herramientas de trabajo, Pierre, con las que contribuiré al bienestar de todos nosotros. Espérame; ¡no tardarás en verme de nuevo! Ya me siento próxima a ti, Pierre, porque una muy profunda voz me asegura que a pesar de tu nobleza te acecha un terrible riesgo, que mi continua presencia no hará sino alejar. ¡Ya voy! ¡Ya voy!

»LUCY».

III

Cuando está rodeado por una dotación mundana vil y mercenaria el hombre, acostumbrado desde siempre a contemplar a su raza con un desdén matizado de sospecha, es acariciado por una angélica pluma de humanidad movida por los acentos terrenos del amor sobrenatural y los ojos de la gloria y belleza celestiales, que se derraman de improviso sobre su persona, ¡cuán maravilloso y temible ha de ser el impacto que tal sorpresa le produce! Es como si la capa consistorial del firmamento se desgarrase y desde el oscuro valle de Josafat se captasen vislumbres superiores de los serafines en visible actitud de adoración.

Pierre sostuvo la sincera y angelical misiva en su mano mecánica; de pronto se sobresaltó, miró a su alrededor, se asomó a la ventana que presidía el cuadrángulo desnudo, desolado y aborrecible y se preguntó si era aquél el lugar que un ángel escogería para visitar la tierra. Se apoderó de él un vasto y ampuloso sentimiento de triunfo porque la muchacha, cuyos excepcionales méritos había discernido su intuitiva alma con tanta pasión y claridad al mismo tiempo, había reaccionado con infinita majestad ante una prueba tremenda y cruel como aquélla.

Luego su mente se apartó de ella una vez más para hundirse en una sima sin fondo y atravesar con estremecimiento sus pavorosas galerías de desesperación en búsqueda de una forma blanca e indefinida. De pronto, dos impenetrables ojos oscuros se toparon con los suyos: eran los de Isabel, que se presentaba a él muda y triste, aunque no por ello menos arrebatadora.

Se alzó de un brinco [* * *] y atravesó la estancia para alejarse del lugar donde aquellas dulces, sublimes y terroríficas revelaciones se habían ofrecido a su alma.

Se oyó un tímido y a la vez seco golpe en la puerta; esta vez se trataba de Isabel en carne y hueso.

—Pierre, Pierre; ahora que te has levantado, déjame que entre. Será sólo un momento, Pierre.

—Adelante, Isabel.

Se aproximaba a él tan dulce, misteriosa y apesadumbrada como era su costumbre, cuando Pierre retrocedió unos pasos y extendió el brazo, no para invitarla a acercarse sino con el fin de advertirla de que no deseaba su proximidad.

Ella le lanzó una mirada de gran intensidad, pero permaneció donde estaba, como si acabase de echar raíces.

—Isabel, otra mujer acude a mí... No dices nada, hermana... Viene a quedarse junto a nosotros el resto de nuestros días, Isabel. ¿No hay nada que desees comunicarme?

La muchacha siguió atrapada en sus imaginarias raíces; sus ojos, antes fijos en el rostro de Pierre, seguían abiertos de par en par y clavados en los suyos.

—Vamos, Isabel, habla —le exhortaba Pierre, aterrorizado por su aspecto de gélida e inmóvil estatua, pero demasiado amedrentado para expresarle su espanto. Se le acercó despacio; Isabel elevó un brazo con ligereza, como para agarrarse a un invisible apoyo, volvió la cabeza poco a poco hacia la puerta por la que había entrado en la estancia y sus labios secos se separaron para dar paso a las siguientes palabras:

—¡Mi cama! ¡Acostadme, acostadme!

El esfuerzo verbal rompió la rigidez producida por el hechizo de hielo y su derretido cuerpo se deslizó por la ladera del aire. Pero Pierre llegó a tiempo de tomarla en sus brazos, llevarla hasta su aposento y tenderla sobre el lecho.

—¡Abanícame! ¡Necesito aire!

Pierre obedeció, avivando la desvanecida llama de su existencia. Al cabo de unos instantes la muchacha recuperó su pleno sentido y dijo, volviéndose despacio hacia él:

—¡Oh, la mención de una mujer en tus labios, querido Pierre! ¡Ese otra, ese otra! Pierre permanecía sentado en silencio, abanicándola, mientras Isabel proseguía:

—Oh, yo no necesito en este mundo a nadie más que a ti, hermano. ¡A ti y sólo a ti! ¡Y, oh, Dios mío! ¿No tienes bastante conmigo? La tierra yerma se me antojaría el mismísimo cielo si mi hermano estuviera en ella; pero mi vida y alma enteras no son capaces de contener a mi hermano en su seno, son demasiado pequeñas para él.

Pierre seguía mudo, escuchando; una curiosidad terrible y consumidora había anidado en él, ocupando su corazón y privándole de vida. Pero de momento todo cuanto había dicho Isabel era ambiguo.

—¡Si lo hubiera sabido antes! ¡Qué amarga crueldad es revelarme ahora su existencia! ¡Ese otra! ¡Ese otra! —se puso en pie de pronto, plantándose ante él casi con fiereza—. O bien has desvelado tu secreto, o esa mujer no merece ni el amor más común de un hombre. Habla, Pierre. ¿En cuál de estos casos estamos?

—El secreto sigue siendo un secreto, Isabel.

—Entonces es una persona sin valía, Pierre, sea quien fuere. ¡Su amor por ti es una necedad, una locura! ¿No cree acaso la gente que yo soy tu esposa? ¡No vendrá! Su

presencia empañaría de una forma execrable nuestra felicidad. ¡No he de consentirlo! ¡Una sola mirada mía la destruirá, Pierre!

—Todo esto es pura demencia, Isabel. Vamos, razona. ¿No te he dicho antes de abrir esta carta que sin duda sería de alguna tía o prima joven?

—Habla rápido; ¿una prima?

—Una prima, en efecto, Isabel.

—Sí, pero de todas formas no es del todo imposible que... bueno, eso es lo que he oído. Explícate, he de saber más. ¡Rápido, más, más!

—Se trata de una extraña prima, Isabel; casi una monja en sus nociones. Al enterarse de nuestro misterioso exilio y sin conocer la causa ha decidido por un motivo que desconozco consagrar su existencia a nosotros; no tanto a mí como a ambos, Isabel, a ambos, a ambos. Su deseo es servirnos; y por un dulce y celestial antojo, guiarnos y guardarnos.

—Entonces es posible que todo vaya bien, Pierre, hermano mío. Hermano mío. ¿Puedo ya llamarte así?

—Todos los términos del mundo te pertenecen; las palabras y los universos con su entero contenido serán a partir de ahora tus esclavos, Isabel —la muchacha le miró con una inquisitiva expresión de ansiedad; bajó los ojos, tomó la mano de Pierre y volvió a contemplar su rostro, diciendo:

—¡Dime más cosas, hermano! Eres mi hermano. ¿O acaso no lo eres? Cuéntame lo que sepas de... ella; para mí constituye una completa novedad, un ser extraño, Pierre.

—Ya te he comentado que vive guiada por su incontrollable vocación monjil. Su voluntad es fuerte en ese sentido; en su carta promete haber resuelto venir y así lo hará; ningún ser viviente sobre la tierra podrá impedirselo. No debes sentir celos fraternales, Isabel. La encontrarás amable, discreta y dispuesta a ayudar. Nunca hará la menor referencia a aquello que no deba ser mencionado; ni siquiera una enojosa insinuación saldrá de sus labios. No olvides que no sabe absolutamente nada. Sin embargo, aunque ignore el secreto, tiene una sensación vaga y oscura de su naturaleza; digamos que es como un místico presentimiento. Su amor por lo divino ha desterrado a su curiosidad femenina, razón por la que no desea verificar dicho presentimiento. Se contenta con seguir los dictados de su vaga intuición, que según cree provienen del cielo y le impulsan a acudir a nuestro lado; eso es todo cuanto necesitas saber, Isabel. ¿Has comprendido bien cuanto te he dicho?

—No comprendo nada, Pierre; no hay nada que estos ojos hayan visto cuyo significado se haya grabado en mi alma. Incluso ahora camino a tientas en el vasto misterio de las cosas. Sí, dejemos que venga; ¿qué importa un enigma más o menos? ¿Habla en sueños, Pierre? ¿Te parece bien que durmamos juntas, hermano?

—Movida por el deseo de no molestarte y por el ansia de respetar tu intimidad, y... y... no sabiendo con exactitud qué es lo que hay entre nosotros, es posible que tenga

otros planes, hermana —ella observó fijamente su faz, firme en el exterior pero no tanto en su espíritu, y bajó la mirada en un silencio que al cabo de unos instantes rompió con las siguientes palabras:

—Sí, que venga, hermano, que venga. Pero su llegada trenzará un hilo más en la enigmática trama general. ¿Posee eso que llamáis memoria, Pierre? ¿Tiene recuerdos?

—Todos los tenemos, hermana.

—No todos, no todos. La pobre Bell conserva muy pocos. ¡Pierre! Creo que la he visto ya en sueños. Tiene el cabello rubio y los ojos azules; no es tan alta como yo, pero poca diferencia existe entre nuestros talles.

—¿Has visto a Lucy Tartán en Saddle Meadows? —preguntó Pierre atónito.

—¿Se llama Lucy Tartán? Quizá, es posible; pero sobre todo la vislumbré en un sueño; en él se acercaba a mí con sus ojos azules vueltos hacia los míos, en actitud suplicante; parecía querer persuadirme para que me mantuviese apartada de ti. Creo que no era sólo tu prima, sino ese buen ángel de la guarda que según se dice revolotea en torno al alma para guardarla del mal; yo, por el contrario, tuve la sensación de ser tu otro ángel, Pierre. Mira: fijate en estos ojos, en mi cabello, o no, mejor aún, en mis mejillas: ¡todo oscuro, oscuro, oscuro! ¡Ah, aquel ser de ojos azules, cabello dorado y pómulos sonrosados! —sacudió sus bucles de ébano, que se le vinieron a la cara, y fijó sus ojos negros en los de él—. Dime, Pierre, ¿no opinas que me envuelve una atmósfera de funeral? ¿Has visto carroza fúnebre tan emplumada? ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto habría deseado nacer con cabello rubio y ojos azules! ¡Ellos sí llevan la librea del cielo! ¿Has oído hablar alguna vez, Pierre, de un ángel bueno con ojos oscuros? No, todos los tienen azules, azules, azules, que es el color del firmamento y de esos límpidos, claros e indefinibles cielos de junio, despejados de toda nube. Pero ahora el ángel bueno acude en tu auxilio, Pierre. Tus dos sombras permaneceremos cercanas; y quizá así tengas ocasión de elegir. ¡De elegir! Dejemos pues que venga; sí, que venga cuanto antes. ¿Cuándo estará aquí, querido Pierre?

—Mañana, Isabel. Eso afirma en su carta —la muchacha fijó la mirada en el arrugado billete que sostenía en la mano y sus labios pronunciaron las siguientes palabras:

—Quizá sea una vileza pedírtelo, Pierre, pero no creo que sea antinatural el hacerlo. Pierre... bueno, ya supones lo que deseo, no necesito decirlo. ¿Me permites que...?

—No, no te permito leerla, hermana; no puede ser. No tengo derecho a hacerlo. No, ningún derecho, eso es; ni hablar. Voy a quemarla ahora mismo, Isabel.

Se alejó de ella para dirigirse a la estancia adyacente, arrojó el mensaje a la estufa y tras contemplar sus últimas cenizas volvió a reunirse con Isabel. Esta dijo, al verle entrar:

—Se ha quemado sin consumirse; se ha ido sin perderse. Por la estufa, la tubería y el cañón de la chimenea se ha elevado en llamas y ha partido cual rollo de pergamino

hacia el cielo. Volverá a aparecer, hermano mío. ¡Pobre de mí, oh, pobre de mí! No me hables ahora, déjame sola. ¡Va a venir aquí! El ángel maligno ha de servir al bueno; vivirá con nosotros, Pierre. No desconfíes de mí; su consideración conmigo será sólo vencida por la mía con ella. Permíteme que ahora me quede sola, hermano mío.

IV

Pierre, al acceder a la inesperada petición de Isabel de volver a su intimidad, petición que casi nunca podía negarle ya que ella se abstenía de un modo que cabría calificar de religioso de formularla a no ser por algún motivo razonable, navegaba en una serie de emociones secundarias, en constante conflicto, y se sometía de forma inmediata al primer y prodigioso efecto de la extraña carta de Lucy. Si bien el joven se había visto forzado a fingir ante Isabel un aire de seguridad y de comprensión del contenido de la misiva, en el fondo, era presa de todo tipo de devoradores enigmas.

Al abandonar el aposento de Isabel los misterios que le invadían volvieron a ocupar su pensamiento; y al sentarse mecánicamente en la silla del comedor que Dely le había ofrecido con gran amabilidad —al notar que había en él algo extraño que reclamaba quietud—, su mente daba vueltas y más vueltas en torno a una idea; le parecía imposible o por lo menos inconcebible que Lucy hubiese sido inspirada por mágicos presentimientos de algo aparente o disfrazado, o etéreo, relativo a su actual posición ante la sociedad. Las incontroladas palabras de Isabel resonaban en sus oídos. Constituía un ultraje a todas las mujeres del mundo imaginar que Lucy, por muy fiel que le siguiera siendo en lo más profundo de su corazón, deseara acudir a su lado si suponía, como el resto de los mortales, que Pierre era un hombre casado. Pero ¿cómo, qué razón, qué posible indicio podían haberla inducido a sospechar lo contrario o a creer que alguna falsedad se le ocultaba? Porque ni en aquella época ni en ningún período subsiguiente podría Pierre imaginar que en sus maravillosos presentimientos de Amor su antigua prometida hubiese adquirido una noción definida de la naturaleza del secreto que, en forma tan velada para el mundo exterior, lo había hechizado y ahora le abrumaba. Estaba entregado a estas meditaciones cuando de pronto le vino a la mente un peculiar pensamiento.

Entre sus remembranzas sociales se le apareció el notable caso de un joven que, estando comprometido en matrimonio con una hermosa muchacha —esta última respondía a los latidos de su corazón con una pasión incipiente—, de un modo casual y momentáneo traicionó a sus propios sentimientos con una ternura imprudente y manifiesta, pero pasajera, hacia una segunda dama. Los preocupados amigos de dicha

dama hicieron que llegase a sus oídos que las comprometedoras atenciones con las que la había abrumado por un corto espacio de tiempo no habían dejado de ejercer su natural influencia sobre ella, al comprobar por sí mismo que su amante languidecía hasta casi fenecer por la cruel infidelidad de su supuesto galán; el joven en cuestión quedó tan conmovido al escuchar las agonizantes súplicas provenientes de una mujer en verdad adorable que, desconsiderando de un modo casi mórbido el hecho de que si dos féminas le reclamaban la primera tenía más derecho a obtener su mano, y atendiendo a los reproches de su conciencia en relación con la segunda dama, decidió que un pesar eterno se apoderaría de su persona desde aquellos mismos instantes si no renunciaba a su primer amor —por muy terrible que les resultase a ambos el esfuerzo— y se casaba con su desfallecida amante. Así lo hizo en efecto; durante el resto de su vida, la delicadeza y honor hacia su esposa le impidieron explicarle a la prometida inicial por qué había actuado de aquella manera, de forma que el corazón de esta última no recuperó la paz perdida. En su completa ignorancia, la despechada muchacha creyó que su antiguo novio era un desaprensivo que la había engañado aposta, opinión que la llevó a una lunática muerte.

Pierre sabía que aquella historia de la vida real a Lucy no le resultaba desconocida, ya que habían hablado de ella en repetidas ocasiones. Además, la primera prometida del enloquecido joven había sido compañera de escuela de Lucy, que había de ser su dama de honor el día de los desposorios. Aquella idea pasajera le sugirió a Pierre que quizá se hubiese infiltrado en la mente de Lucy la idea de una situación parecida entre él e Isabel. Pero tal suposición resultó al final indefendible, ya que no bastaba para explicar de modo satisfactorio el motivo que había impulsado a Lucy a decidirse a dar tan extraordinario paso y, según la más elemental ley de la propiedad, tampoco justificaba la resolución de la muchacha. Por lo tanto Pierre no sabía qué pensar, ni siquiera qué imaginar. En relación con el amor se cantan prodigios y aún más, patentes milagros; Pierre se encontraba no ante una idea, sino ante un inexplicable y maravilloso hecho. Porque sentía en el fondo de su alma sin temor a equivocarse que Lucy, cualesquiera que fuesen su extraña noción, su enigmática ilusión y su tan secreto como inexplicable motivo, permanecía inmaculada en su transparente y virginal corazón sin la menor sombra de tacha ni grieta. Sin embargo, ¡cuán impensable conducta proponía en su apasionada carta! Estaba confundido, perplejo.

En aquel momento un sentimiento vago y atemorizador penetró en él; por mucho que se mofen los ateos existe un algo divino, misterioso e inescrutable en el mundo; un Dios, un Ser Omnipresente. «Él está aquí ahora —pensó—; el aire se ha partido en dos al sentarme en esta silla. Al hacerlo he desplazado al Espíritu, que se ha condensado en otro lugar no muy lejano». Miró con aprensión a su alrededor y le invadió un gran júbilo al contemplar la humanidad de Delly.

Estaba sumido en el vértigo del misterio cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta principal. Delly se puso en pie titubeando y dijo:

—¿Le hago pasar, señor? Creo que es la mano del señor Millthorpe.

—Será mejor que vayas a ver quién es —respondió Pierre distraídamente.

En el momento en que se abrió la puerta Millthorpe —porque era él, en efecto— vio la silueta sentada de Pierre, pasó como una exhalación ante Delly y entró en la estancia con gran estruendo.

—¡Ja, ja!

Volvieron a llamar a la puerta.

—¡Oh! —exclamó Millthorpe volviéndose de súbito—. ¡Se me había olvidado! Venía a decirte que ahí fuera hay un mozo de cuerda con un montón de trastos extraños que pregunta por ti. Me lo he encontrado en los pasillos de abajo por pura casualidad y le he dicho que me siguiera hasta aquí, que yo le indicaría el camino. Ahí está, esperando. Ve a abrirle, Delly, por favor.

Hasta aquel momento la animada conversación de Millthorpe no había producido más efecto que el de aturdir al ya de por sí abstraído Pierre. Pero de pronto el joven se puso en pie de un salto. Un hombre permanecía en el umbral, con el sombrero puesto y un caballete en la mano.

—¿Es éste el aposento del señor Glendinning, caballeros?

—¡Oh, adelante, adelante! —exclamó Millthorpe—. Sí, es aquí.

—¿Así que es usted mismo, señor? Pues bien, aquí tiene —añadió, depositando el caballete en el suelo.

—Bien, muchacho —exclamó Millthorpe dirigiéndose a Pierre—. [* * *] Mira: esto es lo que la gente corriente llama caballete, amigo mío. Caballete, caballete, que nada tiene que ver con un caballo pequeño; lo miras como si te acabasen de introducir un equino vivo en la habitación. Vamos, despierta, ¡despierta! Supongo que lo encargaste y aquí te lo traen. [* * *]

—¿Pregunta usted por el señor Glendinning? —dijo Pierre por fin al mozo de cuerda en un tono lento y gélido.

—Señor Glendinning, sí, señor; es aquí, ¿no?

—En efecto —respondió Pierre maquinalmente, lanzándole otra mirada entre perpleja y arrobada al caballete—. Pero aquí falta algo. Sí, ahora sé lo que es. ¡Villano! ¡Las enredaderas! ¡Has destrozado las fibras del corazón! ¡No has dejado más que el seco esqueleto del dulce árbol donde ella se cobijó una vez! ¡Tú, bruto, desalmado, patán perverso! ¿Puedes tan siquiera imaginar con tu marchito hígado el eterno daño que has causado? ¡Devuélveme en seguida el verde emparrado! ¡Deja de pisotearlo, maldito! ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Cómo pueden revivir las viñas marchitas, maltratadas, trituradas y pulverizadas en todas sus fibras? ¡Perecerán aunque vuelva a plantarlas! ¡Tú, maldícete a ti mismo!... No, no —añadió malhumorado—, estaba

divagando, hablaba conmigo mismo —entonces añadió con rapidez y acento burlón—: ¡Perdón, perdón, mozo! Debo implorar su elevada disculpa con la mayor humildad —su tono cambió de nuevo; esta vez pareció imperativo—: Vamos, muévase, hombre; seguro que abajo tiene más cosas para mí: súbalo todo.

El atónito cargador se volvió y le susurró a Millthorpe:

—¿Está en su sano juicio? ¿Quiere que traiga ya sabe a quién?

—No se preocupe, todo va bien —respondió el interpelado con una sonrisa—; yo me ocuparé de él. Nunca es peligroso cuando estoy presente. ¡Vamos, vamos, usted a lo suyo!

A los pocos minutos aparecieron dos baúles con una casi ilegible inscripción en los extremos: «L. T.».

—¿Eso es todo? —dijo Pierre mientras el otro colocaba el aparente equipaje de viaje justo delante de él—. ¿Cuánto le debo? —en aquel instante sus ojos captaron por vez primera las borrosas iniciales.

—Me han pagado por adelantado, señor; pero no me opongo a recibir más.

Pierre siguió donde estaba, mudo y con la mente en blanco, contemplando fijamente los débiles caracteres grabados en los baúles. Su cuerpo se contorsionó y se inclinó hacia un lado como si acabase de fulminarlo una parálisis aunque si hubiese sido de verdad no se hubiera dado cuenta del ataque.

Sus dos compañeros se quedaron de momento inmóviles en las respectivas posturas que habían adoptado al observar el notable cambio que se había producido en el joven. Pero como si se sintiese avergonzado por haberse dejado afectar, Millthorpe, con tono jocosos y voz muy alta, avanzó hacia Pierre y, dándole unos golpecitos en el hombro, exclamó:

—Vamos, despierta. ¡Despierta ya, muchacho! Dice que ya le han pagado, pero que estaría dispuesto a aceptar algo más.

—Pagado; ¿qué diablos significa? ¡Fuera, fuera, a paliquear con los monos!

—Curioso caballero, ¿no le parece? —le dijo Millthorpe al cargador en un tono despreocupado—. Veamos, voy a repetírtelo: le han abonado el encargo, pero no le enojaría recibir unas monedas, ya me entiendes.

—¡Ah! Bien, pues tome esto —respondió Pierre depositando algo metálico en la mano del mozo con la mirada perdida en el vacío. Este preguntó, sorprendido, tras mirar el contenido de su palma abierta:

—¿Qué he de hacer con esto?

—Beber a la salud de alguien. Pero no a la mía. ¡Eso sería una burla!

—¿Con una llave, señor? Es eso lo que me ha dado.

—¡Ah, bueno! Desde luego, no puede ser que esté en su poder aquello que abre mi propia cerradura. Devuélvame la llave y tome esto.

—Estupendo, eso sí que tintinea. Gracias, gracias. Me lo voy a beber todo. No me llaman «esponja pesada» porque sí. El mote me define. ¡Ah! Mi número es el 2151. Si tiene algún trabajito, no se olvide de venir a verme.

—¿Ha transportado usted algún féretro, hombre de Dios? —preguntó Pierre.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Millthorpe, riendo alborozado—. [* * *] Pero... bueno, es igual, dejémoslo. Mozo, este caballero está siguiendo un tratamiento médico. Sería mejor que se ausentase. ¿No me ha entendido? ¡Largo de aquí, cargador! Bueno, muchacho, ya se ha ido; yo sé cómo hay que tratar a esos tipos. Tengo un truco infalible, ya me entiendes, amigo mío, una especie informal y desenfadada de... ¿Cómo se dice? Bueno, ya comprendes lo que quiero decir por un truco. ¡Ése es el quid de la cuestión! Todo en este mundo tiene su truco; si lo conoces, te sales con bien, si no, las cosas van mal. ¡Ja, ja!

—¿Así que el mozo de cuerda ya se ha ido? —preguntó Pierre más tranquilo—. Señor Millthorpe, le ruego que tenga la bondad de seguirle.

—¡Extraña broma! Admirable. Buenos días, señor. ¡Ja, ja, ja!

Y con una hilaridad indestructible Millthorpe abandonó la estancia.

Pero apenas se había cerrado la puerta y el vecino había retirado la mano del tirador exterior cuando de repente se abrió de nuevo; asomando su rubia y rizada cabellera, Millthorpe dijo:

—Por cierto, muchacho, tengo algo que decirte. ¿Recuerdas aquel tipo grasiento que te ha estado acosando últimamente? El acreedor, ya sabes. Pues tranquilo, que ya le he pagado tu deuda. Ayer de repente me dio un arrebató y la saldé; son cosas que van y vienen como la marea, algo normal en mí. Puedes devolverme el dinero cualquier día, no hay prisa. Eso es todo. No, hay algo más. Parece que vais a tener compañía; envía a buscarme si necesitas mi ayuda para montar una armadura de cama, o mover objetos pesados. ¡No lo vayáis a hacer ni tú ni las mujeres! ¡Ni hablar! Eso es todo. Adiós, amigo. ¡Cuídate!

—¡Espera! —suplicó Pierre alargando una mano pero sin avanzar un solo paso—. ¡Espera! —repitió, atrapado en sus emociones anteriores pero al mismo tiempo impresionado por el gesto singular de Millthorpe. Sin embargo la puerta se cerró bruscamente y el joven se alejó cantando Fa, la, la, y bailando y brincando pasillo abajo con su raído gabán.

—A más corazón, menos cabeza —murmuró Pierre con los ojos fijos en la puerta—. ¡Por todos los cielos! El dios que creó a Millthorpe era mejor y más grande que el que moldeó a Napoleón y a Byron. ¡A más cabeza, menos corazón! ¡Puah! El seso se agusana sin el órgano vital, ya que este último es como la sal, imprescindible para la buena conservación. Puede seguir latiendo sin la ayuda del cerebro. ¡Delly!

—¿Señor?

—Mi prima, la señorita Tartán, va a quedarse a vivir con nosotros, Delly. El caballete y los baúles son suyos.

—¡Dios bendito! ¿Que viene para quedarse? ¿Su prima? ¿La señorita Tartán?

—Sí, creo que habrás oído hablar de nosotros; pero rompimos nuestro compromiso, Delly.

—¿Señor? ¿Señor?

—No tengo que darte ninguna explicación, Delly; no toleraré expresiones de asombro de ningún tipo. Es mi prima, recuérdalo bien. Mi prima, la señorita Tartán, viene a instalarse aquí. La habitación contigua a ésta, al otro lado, está desocupada. Será la suya. Debes atenderla y servirla también a ella, Delly.

—Pues claro, señor, claro; haré lo que se me ordene —respondió la muchacha, temblando—. Pero ¿y mi señora, la señora Glendinning? ¿Lo sabe ya?

—Mi esposa está al corriente de todo —atajó Pierre con tono firme—. Bajaré ahora mismo a buscar la llave; lo primero que has de hacer es barrer a fondo la habitación.

—¿Cómo la amueblaremos, señor? La señorita Tartán... bueno ella está acostumbrada al lujo, a ricas alfombras, un nutrido guardarropa, espejos, cortinas... ¡Madre mía!

—Mira —replicó Pierre, poniendo el pie en una alfombra vieja—. Ya tienes algo con que cubrir el suelo; arrástrala hasta su alcoba. Toma esta silla, y colócala allí también. Y en cuanto a la cama... Sí, sí —bisbiseó para sus adentros—, ya se la he preparado sin consultarla, ¡y en ella yace ahora sin comerlo ni beberlo! Todos hemos de cargar con nuestra responsabilidad, ¡oh Dios! Pero sobre Lucy cae el peso de la ajena.

—Escuche, mi señora me llama —exclamó Delly, avanzando hacia el extremo opuesto.

—¡Espera un momento! —ordenó Pierre asiéndola por el hombro—. Si ambas requiriesen tu presencia a la vez desde sus respectivos dormitorios y las dos estuviesen desvaneciéndose, ¿a cuál de ellas atenderías primero?

La muchacha le miró un instante asustada, sin acertar a comprender, y por fin respondió, quizá a causa de la confusión, apoyando su mano en el picaporte de Isabel:

—A ésta, señor.

—Bien. Puedes irte —permaneció en idéntica postura hasta el regreso de Delly—. ¿Cómo está mi esposa?

Sobresaltada de nuevo por el peculiar énfasis que había puesto en la palabra mágica, esposa, Delly, que con anterioridad se había sorprendido por la escasa frecuencia con que la utilizaba, le miró perpleja y dijo casi de forma inconsciente:

—¿Su esposa, señor?

—Sí. ¿Acaso no lo es?

—Dios sabe que lo es. ¡Qué cruel es preguntarle eso a la pobre, pobre Delly, señor!

—¡Basta de lágrimas! ¡No vuelvas a negarlo nunca más! ¡Juro ante el cielo que lo es!

Con estas bruscas palabras Pierre tomó su sombrero y salió de la estancia, murmurando algo acerca de la llave del aposento vecino que iban a alquilar.

Al cerrarse la puerta Delly cayó de rodillas. Alzó el rostro hacia el techo, pero lo bajó de nuevo, como si el miedo a su tiranía lo empujase hacia el suelo. Se inclinó aún más y todo su tembloroso cuerpo quedó postrado.

—¡Dios que me creaste, y que no has sido tan duro conmigo como merezco! ¡Dios que me hiciste, a Ti te suplico! ¡Mantén la maldición alejada si es que viene a buscarme! No seas sordo a mis palabras; esos muros de piedra... Tú oyes a través de ellos. ¡Piedad, piedad! ¡Dame Tu gracia, Señor! Si no están desposados, si yo en mi penitencial búsqueda de la pureza me he convertido en servidora de un pecado más grave que el que yo misma cometí, entonces, ¡piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Apiádate de mí! ¡Oh, Dios que me creaste! ¡Mírame aquí y ahora! ¡Mírame! ¿Qué puede hacer la pobre Delly? Si me alejo de aquí, sólo los villanos se me acercarán. Si me quedo, ¿qué es lo que debo hacer?... Si me quedo y no están casados, entonces, ¡piedad! ¡Piedad, piedad, piedad!

Libro XXIV

Lucy con los Apóstoles

A la mañana siguiente la estancia recién alquilada anexa al extremo opuesto del comedor presentaba un aspecto muy diferente del que había ofrecido a la vista de Delly cuando la tarde anterior había descorrido el pestillo de la puerta con Pierre. Dos alfombras cuadradas con distinto diseño cubrían la parte central del suelo dejando entre ellas y el zócalo un amplio margen hueco. Colgaba un pequeño espejo del entrepaño y debajo había un velador que reposaba sobre una espesa alfombrilla. En un rincón se hallaba un catre equipado con ropa de cama bien planchada. En el lado exterior se había colocado una cuarta alfombrilla alargada. Los delicados pies de Lucy no debían tiritar al toparse con el suelo desnudo.

Pierre, Isabel y Delly estaban en el aposento; Isabel tenía los ojos fijos en el camastro.

—Creo que ha quedado muy acogedor —dijo Delly, dando una ojeada tímida a su alrededor y colocando mejor la almohada.

—Pero ¡no hay ningún medio de calefacción! —replicó Isabel—. Pierre, no hay estufa en la habitación. Pasará mucho frío. ¿No podríamos desviar la tubería hacia aquí? —al pronunciar estas palabras miraba al joven con mayor intensidad de la que parecía requerir el caso.

—Dejemos la tubería donde está —respondió Pierre devolviéndole la penetrante mirada—. Es mejor que quede abierta la puerta del comedor. Nunca le ha gustado dormir en una estancia calentada de forma artificial. Que siga todo como lo hemos colocado; así está bien. ¡Eh! ¡Pero si hay una chimenea! Compraré carbón. Sí, sí, es fácil; un pequeño fuego por la mañana no será nuestra ruina. Esperad, encendamos uno a guisa de bienvenida. Así siempre tendrá calor.

—Pierre, es mejor que desviemos la tubería —replicó Isabel—; eso será permanente y nos ahorrará el carbón.

—Ni hablar, Isabel; ¿acaso no es esa tubería la única fuente de calor que hay en tu alcoba? ¿He de robarle a mi esposa, gentil Delly, aunque sea para beneficiar a mi abnegada prima, tan afectuosa?

—¡Oh, yo diría que no, en absoluto, señor! —contestó Delly casi histérica.

La llama del triunfo iluminó los ojos de Isabel; sus entrañas ardieron de placer; pero permaneció en silencio.

—Puede llegar en cualquier momento, Isabel —dijo Pierre—. Venid, la recibiremos en el comedor; como sabéis, ésta es nuestra sala de recepción.

Los tres se dirigieron a donde Pierre había ordenado.

II

No hacía mucho que estaban en la citada estancia cuando Pierre, que la había estado recorriendo una y otra vez, se detuvo de súbito, como asaltado por algún pensamiento tardío que se le había ocurrido tras muchas horas de cavilación. Primero miró a Delly como si fuese a rogarle que abandonara la sala mientras hablaba en privado con Isabel; pero como si una posterior reflexión le hubiese indicado que el procedimiento opuesto resultaba más aconsejable, sin vacilar se dirigió a Isabel en su acostumbrado tono casual. De modo que a Delly no le quedó más remedio que escuchar sus palabras.

—Mi querida Isabel; aunque, como ya te he dicho, mi prima la señorita Tartán, esa muchacha mística extraña, decidida y monjil, haya decidido venir a vivir con nosotros pase lo que pase, va a ser casi imposible que sus amigos aprueben un paso tan singular como el que va a dar; su determinación es mucho más extraordinaria de lo que tú, por falta de sofisticación, puedes imaginar. Me sorprenderá mucho que alguno de ellos no luche con todas sus fuerzas para impedirle que se instale aquí. Lo que voy a añadir puede resultar totalmente innecesario, dadas las circunstancias, pero no puedo dejar de decirlo.

Isabel estaba sentada en silencio, con las manos vacías, contemplándole con fijeza y expectación; Delly por su parte ocupaba una silla posterior a la de la muchacha y estaba con la cabeza inclinada hacia adelante, tejiendo —había tomado la labor al empezar Pierre a hablar— y cogiendo los puntos de sus largas agujas con dedos temblorosos. Estaba muy nerviosa. Era evidente que esperaba los acentos de Pierre con mucho menos entusiasmo que Isabel. Observando la expresión de Delly, y sin sentirse molesto, Pierre prosiguió, y aunque no hubiera ningún tono externo ni mirada significativa alguna parecía dirigir su plática a otra persona que no fuese Isabel.

—Lo que quiero decir, Isabel, es lo siguiente: si la probable hostilidad por parte de los amigos de la señorita Tartán contra la extraña resolución de mi prima... si esa hostilidad se manifestara ante tus ojos, espero que sepas cómo tomártela; estoy seguro de que no extraerás ni una mínima inferencia que en el más leve grado concebible signifique un pensamiento siniestro hacia mí. No, sé que eso no ocurrirá,

mi queridísima Isabel. Porque entiende bien esto; la inexplicable actitud de la pobre Lucy responde a algo que está por encima de mi comprensión; mi prima parece presa de un ardoroso entusiasmo causado por un velado misterio cuya naturaleza escapa a mi entendimiento. Deseoso de no interferir en la ignorancia en algo que parece casi sobrenatural, no impediré su venida por mucho que sus amigos más violentos traten de evitarla. No mostraré ninguna repulsa, del mismo modo que de mis labios no ha salido la menor invitación. Pero en ocasiones una actitud neutral despierta sospechas. Pues bien, lo que quiero decir es esto: deja que esas vagas sospechas acerca de mí queden confinadas, si llegan a darse, a los amigos de Lucy; no permitas que celos absurdos se infiltren en mi querida Isabel y provoquen en ella una natural desazón. ¡Isabel! ¿He hablado lo bastante claro para que me entiendas? En verdad, quizá mis palabras no sean del todo innecesarias; cuando uno es consciente de algo, tiene tendencia a parecer escrupuloso en un grado superficial, desagradable e indecoroso, ¿no es cierto? Vamos, Isabel, te escucho —añadió, acercándose a ella con el brazo extendido.

—Contigo soy, Pierre, como un caldero de fundidor. Tú derramas sobre mí la masa de hasta tus más ligeros pensamientos; yo me encargo de solidificarte, de asumirte y conservarte en mí hasta que vuelvas a moldearme. Si me dices cuál es tu inquietud, ¿cómo impedir que se convierta de inmediato en la mía?

—¡Los dioses te fraguaron en un día santo, cuando el mundo corriente ya había sido creado! ¡Sí, te formaron en sus horas de ocio, destinadas a elaborar un parangón!

Tras pronunciar estas palabras en un acceso de amor admirativo y de entusiasmo, Pierre siguió recorriendo la estancia mientras Isabel a su vez permanecía sentada apoyada sobre su mano y con el rostro casi oculto bajo los cabellos. Las nerviosas puntadas de Delly se hicieron menos convulsivas. Parecía más calmada; la noción oscura y vaga que la había poseído parecía haberla abandonado gracias a lo que Pierre había expresado de forma directa o a lo que ella había inferido de sus palabras.

III

—¡Pierre! ¡Pierre! ¡Ven! ¡Rápido! ¡Me llevan! ¡Corre, querido Pierre, ayúdame!

—¿Qué es eso? —exclamó Isabel sobresaltada, poniéndose en pie de un brinco y mirando hacia la puerta que daba al pasillo.

Pierre abandonó la estancia a toda velocidad, prohibiéndoles a ambas que le siguieran.

En las escaleras de acceso había una figura ligera, etérea y casi sobrenatural aferrándose con ambas manos a la balaustrada, mientras dos jóvenes, uno de ellos ataviado con el uniforme naval, trataban en vano de desasir los blancos y finos dedos sin herirlos. Eran Glen Stanly y Frederic, el hermano mayor de Lucy.

En un momento las manos de Pierre se habían mezclado con las otras.

—¡Villano! ¡Maldito seas! —exclamó Frederic; y soltando a su hermana, golpeó con fiereza a Pierre.

Pero este último pareció no sentir el impacto.

—¡Maldito bribón, has embrujado al más dulce de los ángeles! ¡Defiéndete!

—No, no —dijo Glen, sujetando el espadín desenvainado por el frenético hermano y deteniendo a éste con su potente brazo—. No va armado; no son éstos lugar ni hora apropiados para hacerle expiar su afrenta. Tu hermana, la dulce Lucy; salvémosla primero a ella, y luego haremos lo que quieras. ¡Pierre Glendinning, si hay en ti un solo dedo de hombre, vete ahora mismo de aquí! ¡Tu depravación y tu corrompida existencia hacen de ti un ser perverso, pero aun así no puedes desear que esto ocurra! ¡Esta muchacha se ha vuelto loca!

Pierre retrocedió unos pasos y miró, pálido y macilento, al forcejeante trío.

—No rendiré cuentas ante nadie; soy como soy y eso basta. En cuanto a esa dulce muchacha, ese ángel a quien profanáis con sólo tocarlo, sabed que ya ha alcanzado la madurez según las leyes humanas y que por lo tanto es dueña de sus actos. Y ahora, ¡jurad que se hará su voluntad! ¡Soltadla! Dejadla en paz. Mirad, está a punto de desmayarse. ¡Retirad vuestras garras ahora mismo! —de nuevo sus manos se entremezclaron en el desorden táctil.

Estaban luchando con gran violencia cuando de pronto el cuerpo de la pálida muchacha se inclinó y se desplomó del lado donde estaba Pierre. Al no estar preparados para aquello, los dos valerosos contrincantes abandonaron a su presa de un modo inconsciente, tropezaron, chocaron entre sí y cayeron rodando escaleras abajo. Pierre tomó a Lucy al vuelo en sus brazos, se alejó del lugar a la velocidad del rayo; alcanzó la puerta de sus aposentos, arrastrando con el ímpetu de su carrera a Isabel y a Delly, que, asustadas como estaban, no habían osado moverse; e irrumpiendo en la estancia que le había preparado a Lucy, depositó a esta última en el camastro. Luego, en una exhalación, abandonó la alcoba y encerró a las tres en ella. Tanta fue la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos que Pierre casi aún no había oído cómo se corría el pestillo de la alcoba cuando Glen y Frederic ya habían irrumpido en el comedor y se erguían amenazadores ante él.

—Caballeros, todo ha terminado. La puerta está cerrada a cal y canto y Lucy se encuentra en manos de otras mujeres. ¡Deteneos!

Cuando los enfurecidos jóvenes iban a lanzarse sobre él para obligarle a hacerse a un lado, varios Apóstoles penetraron en la estancia atraídos por el estruendo.

—¡Lleváoslos de aquí! ¡Apartádmelos! —exclamó Pierre—. ¡Son unos intrusos! ¡Fuera con ellos!

En un segundo Glen y Frederic estuvieron atrapados en una maraña de veinte manos que, obedientes a la señal de Pierre, los arrastraron al exterior, los empujaron escaleras abajo y por fin los entregaron a la custodia de un oficial que pasaba por allí, afirmando que se trataba de alborotadores, que habían invadido el santuario del privado retiro.

En vano protestaron acaloradamente. Comprendiendo por fin que no podían hacer nada sin una previa acción legal, se declararon con renuencia y enfado listos para partir. Fueron soltados en el acto, pero no se alejaron del lugar sin antes amenazar a Pierre con una pronta retribución a su infamia.

IV

Afortunado es el mundo en el momento de la pasión. No profiere amenazas impulsivas y casi nunca se traiciona a sí mismo en la transición de la cólera a la calma.

Mientras se dirigían a la amplia avenida situada cerca de los Apóstoles, Glen y Frederic llegaron, tras una breve charla, a la conclusión de que no les sería fácil rescatar a Lucy por la intimidación ni por la fuerza. La determinación inescrutable y pálida de Pierre, así como su robusta intrepidez, empezaron a obsesionarles, ya que lo extraordinario y grandioso todavía resulta más impresionante en retrospectiva. Lo que Pierre había dicho sobre la edad adulta de Lucy ante la ley se volvió a ofrecer a sus mentes. Tras largas tribulaciones en el pensamiento, Glen, menos apasionado, propuso que la madre de Frederic visitase los aposentos de Pierre; imaginaba que aunque insensible a sus unánimes intimidaciones, Lucy no sería sorda a los ruegos maternos. Si la señorita Tartán hubiese sido distinta, si en realidad hubiese sufrido las agonías desinteresadas de un corazón generoso en vez de mortificaciones casamenteras, por muy punzantes que éstas fueran, las esperanzas de Frederic y Glen habrían sido más fundadas. En cualquier caso se probó el experimento, que fracasó de forma insigne.

Ante la combinada presencia de su madre, Pierre, Isabel y Delly, y dirigiéndose a Pierre e Isabel como señor y señora Glendinning, Lucy hizo los más solemnes votos de residir con sus anfitriones actuales hasta que éstos la expulsasen de su domicilio. En vano su madre, ora suplicante, ora exasperada, cayó de rodillas ante ella o pareció casi a punto de golpearla; en vano le describió el desdén y el odio de la sociedad, insinuó con gran diplomacia las atenciones del apuesto y galante Glen y la amenazó en caso de que persistiera en su actitud con el abandono de toda su familia, que aunque desfalleciese de hambre no había de ofrecerle un solo bocado a una muchacha tan desleal y peor que deshonorosa.

A todo aquello Lucy, libre de amenazas corporales, respondió con sus acostumbrados modales dulces y celestiales pero con un aplomo y firmeza que sugerían que no había esperanza para su progenitora. Su actuación no era el resultado de la propia decisión; había sido provocada por las influencias circundantes que

llegaban hasta ella desde arriba, desde abajo y en suma desde todas partes. No le inquietaba su propia condición, ya que sólo podía sufrir por simpatía. No esperaba recompensa; la esencia de la acción residía en la conciencia de haber hecho el bien sin pensar en recibir nada a cambio. En cuanto a la pérdida de la riqueza y el lujo mundanos y de los brocados aplausos de los salones, nada de todo aquello constituía desgracia alguna porque nunca había merecido su consideración. No estaba pues renunciando a nada, sino que, al actuar según los dictados de su inspiración, estaba heredando cuanto deseaba poseer. Indiferente al desprecio, no había de mendigar piedad alguna. En lo referente a su cordura, era éste un tema cuyo veredicto correspondía a los ángeles, no a la sórdida opinión de los mortales. Si alguien porfiaba con el pretexto de que estaba desafiando los sagrados consejos de su madre, sólo tendría una respuesta: su madre contaba con toda su deferencia filial, pero su palabra de obediencia incondicional estaba empeñada en otra causa. Convenía desechar de una vez por todas cualquier esperanza de convencerla. Sólo algo podía conmovérla y ese algo había de moverla para volverla inamovible; se trataba de la muerte.

Tan prodigiosa fuerza en tan maravillosa dulzura, tanta inflexibilidad en un ser tan frágil, habrían sido materia de admiración sin límites para cualquier observador. Pero para su madre era más que eso; porque, al igual que otros seres superficiales, se había formado una opinión errónea sobre Lucy a partir de la delicadeza de su persona y de la amabilidad de su temperamento, y por lo tanto siempre había imaginado que su hija sería incapaz de actuar con osadía. Como si la más auténtica excelencia fuese incompatible con la heroicidad; precisamente ambas cualidades no existen por separado. Ni siquiera Pierre, que conocía a Lucy mejor que ninguna otra persona, dejó de quedar perplejo ante tan singular comportamiento. Ni siquiera el misterio de Isabel le había fascinado con mayor intensidad, con un embrujamiento salpicado de tanto horror. El mero aspecto exterior de Lucy había cambiado a causa de su vida en los últimos tiempos, y este hecho llenaba al joven de nuevas y poderosas emociones. Aquella tez sin mácula de la rosada adolescencia había desaparecido por completo, aunque sin ser reemplazada por la palidez que generalmente invade otros rostros en una etapa o circunstancia similar. Y como si su cuerpo fuese en verdad el templo del Señor y el mármol fuese el único material adecuado para un santuario tan sagrado, una blancura brillante, sobrenatural, refulgía en sus pómulos. Su cabeza reposaba sobre sus hombros como la de una estatua cincelada, y la suave y firme luz de sus ojos parecía un prodigio; toda ella era una escultura con el don de la vista y la inteligencia.

Isabel también quedó conmovida por el dulce y etéreo aspecto de Lucy, si bien éste no apeló a su corazón sino que más bien abrumó de forma inconsciente su alma cual señal del cielo. En la deferencia con la que satisfacía las pequeñas necesidades ocasionales de Lucy había más espontaneidad irreflexiva que compasiva voluntad. Y cuando, debido quizás a alguna desagradable vibración de la guitarra distante y

solitaria, el día en que Lucy hablaba con aparente docilidad en presencia de su madre, una respuesta musical, súbita, sumisa y apenas audible atravesó con su encordado tono la puerta del aposento adjunto, Isabel, dominada por un temor espiritual, cayó sobre sus rodillas ante la muchacha e hizo un rápido gesto de homenaje; ni siquiera en aquella ocasión dio evidencias de actuar según su propia voluntad.

Al comprobar que sus ardientes esfuerzos resultaban inútiles, la señora Tartán, ya desesperada, incitó a Pierre y a Isabel a abandonar la sala con el fin de redoblar en privado sus súplicas y amenazas. Pero Lucy, con un movimiento de la mano, les rogó que se quedasen y se volvió hacia su madre asegurándole que a partir de entonces no tendría para ellos más secretos que aquellos que conservan su inviolabilidad en el cielo. Todo cuanto el firmamento consideraba público lo sería también en la tierra. No había entre ella y su madre nada que ocultar a su nueva familia.

Desarmada por el carácter inescrutable de las respuestas de su demente e infatuada hija, la señora Tartán miró con expresión enfurecida a Pierre y le pidió que la siguiera. Pero una vez más Lucy declaró que tampoco respetaría ningún secreto entre su madre y Pierre. Anticipándose a todo cuanto pudiera suceder, rogó que le acercasen papel y pluma, así como un libro para depositarlo sobre sus rodillas y tener así un apoyo, trazó las siguientes líneas y se las entregó a su madre:

«Soy Lucy Tartán. He venido a vivir con el señor y la señora Glendinning por todo el tiempo que ellos deseen, por mi propia voluntad y sin que nadie solicitara mi presencia. Si ellos lo quieren, me iré; pero ningún otro poder me arrancará de este lugar excepto el de la violencia. Y contra cualquier tipo de violencia tengo el derecho de apelar ante el juez».

—Lea esto, Madame —dijo la señora Tartán alargándole con mano trémula el mensaje a Isabel y contemplándola con una expresión tan apasionada como desdeñosa.

—Ya lo he leído —repuso Isabel tras dar un rápido vistazo a la nota y pasársela a Pierre como si por medio de aquella acción quisiera mostrar que no tenía decisión personal que tomar en el asunto.

—¿Y usted, señor, también va a ser un cómplice indirecto? —dijo la señora Tartán a Pierre una vez él hubo leído el mensaje.

—No soy yo quien ha de rendir cuentas, señora. Esta nota parece ser la decisión escrita, serena y definitiva de su hija. Como tal, le aconsejo que la respete y abandone esta casa —la señora Tartán miró a los presentes desalentada y dijo, en un acceso de cólera; y con los ojos puestos por fin en su hija:

—¡Muchacha! Desde aquí donde ahora estoy te repudio para siempre. Nunca más serás molestada por mi ruego maternal. Daré instrucciones a tus hermanos para que se olviden de ti; le ordenaré a Glen Stanly que borre tu despreciable imagen de su corazón, si no lo ha hecho ya a causa de tu inconcebible necedad y depravación. ¡Y en

cuanto a usted, señor monstruo, el juicio de Dios se encargará de darle su merecido! A usted, señora mía, sólo me resta decirle que no tengo palabras con las que dirigirme a la mujer que permite, con entera complicidad, que la amante ilícita de su propio marido se cobije bajo su techo. Y tú, deleznable muchacha —se refería a Delly—, no necesitas ampliaciones del discurso, lo que contiene te atañe a ti también. ¡Nido de vileza! Y ahora, aquella que el mismo Dios ha dejado de su mano puede ser sin duda abandonada por una madre que nunca más ha de visitarla.

La maldición materna de despedida pareció no ejercer el menor efecto visible en Lucy; era tan marmóreo el color de su tez, que el miedo no podía blanquearlo, si es que un tal sentimiento se había infiltrado en su corazón. Porque al igual que el éter más elevado, puro e imperceptible permanece inalterable ante los tumultos del aire inferior, el transparente halo de las mejillas de Lucy y el suave y límpido azur de sus ojos no mostraron la menor señal de pasión cuando su terrenal madre desencadenó su tormenta de improperios. Tuvo el auxilio de brazos inmóviles; una invisible ayuda le hizo un guiño que sólo ella percibió; estuvo apoyada por las fuerzas del Amor inmortal, que, al desencadenarse la tempestad, hace que esta última sea vencida por la indoblegable resistencia de los débiles juncos.

Libro XXV

Lucy, Isabel y Pierre [* * *]

Uno o dos días después de la llegada de Lucy y una vez ésta se hubo recuperado del efecto nocivo que pudiesen haber dejado en ella los acontecimientos recientes — acontecimientos que no dejaron de producir su impacto tanto en Pierre como en Isabel, si bien de una forma distinta y que por lo menos aparentemente afectaron tanto a Lucy como a sus dos compañeros de residencia—, estaban sentados los tres tomando café, cuando Lucy expresó su intención de practicar el dibujo desde un punto de vista profesional. Para ella había de ser muy agradable dedicarse a alguna tarea, y además de aquel modo contribuiría a los gastos de mantenimiento de la casa. Pierre sabía que era una experta en el retrato; tenía gran habilidad para copiar un original y luego favorecerlo con buen juicio, sin alejarse demasiado de la realidad; no alteraba las facciones, sino que las rodeaba de una atmósfera embellecedora. Según Lucy los pedruscos de cantos más puntiagudos una vez arrojados a la laguna ofrecían, al contemplarlos, un aspecto agradable, lleno de redondez, sin por ello sufrir transformación ninguna. También yo lo he oído decir. Si Pierre se tomaba la simple molestia de traerle a su alcoba algunos clientes que quisieran posar para ella, Lucy estaba segura de que llegaría a obtener una buena cosecha de cabezas. Entre los numerosos compañeros de Pierre en los Apóstoles debía de haber más de uno y más de dos dispuestos a hacer de modelo sin poner objeciones. Además, aunque hasta entonces había tenido escasas oportunidades de ver a los moradores de la vieja iglesia, estaba convencida de que entre tantos poetas, filósofos y místicos de todo tipo había algunos rostros sorprendentes y curiosos. Así, expresó su satisfacción porque la estancia ya estaba preparada para ella, puesto que había sido con anterioridad el estudio de un artista; se había elevado una de las ventanas y por medio de un arreglo especial de los postigos interiores la luz entraba en diferentes direcciones, según el deseo del pintor.

Pierre ya se había imaginado las intenciones de Lucy; la visión del caballete en los Apóstoles se lo había sugerido. De modo que su respuesta no fue del todo impensada. Dijo que en lo que a Lucy respectaba, la práctica sistemática de su arte tendría una gran ventaja, puesto que le proporcionaría un medio delicioso de ocupar su tiempo. Pero puesto que no cabía esperar mecenazgo alguno por parte de los

amigos ricos y bien relacionados de su madre —además, con toda probabilidad aquello estaba muy lejos de sus deseos—, que sólo los Apóstoles eran clientes potenciales, por lo menos de momento, y teniendo en cuenta que dichos Apóstoles formaban una comunidad de hombres dejados de la mano de Dios y sin un triste penique a pesar del aspecto de riqueza que ofrecían algunas de aquellas fantásticas cabezas, Lucy debía conformarse con unos emolumentos iniciales muy escasos. Al cabo de no demasiado tiempo podía conseguir alguna suma sustancial, pero en principio no le quedaba más remedio que ser moderada en sus aspiraciones. Aquellas amonestaciones eran la consecuencia —si bien algo modificada— de un cierto talante estoico y obstinado de Pierre, nacido de su forma de vida actual, que le había enseñado a no esperar nada bueno y a estar siempre preparado para lo peor, sin despreciar lo contrario si llegaba y alegrándose doblemente en este último caso; lo positivo es más fácil de asimilar y por lo tanto requiere menos predisposición. Añadió que aquella misma mañana iría por todos los aposentos y pasillos de los Apóstoles para anunciar sin oficialidad ninguna que su prima, artista del retrato al grafito, ocupaba el aposento adyacente al suyo, donde se sentiría muy feliz de recibir a cualquiera que deseara posar para ella.

—Y bien, Lucy, ¿cuáles son tus condiciones? Ése, como bien sabes, es un punto muy importante.

—Supongo, Pierre, que no debo tener pretensiones —respondió Lucy, mirándole con expresión meditativa.

—No, Lucy, ninguna; conviene que pidas muy poca remuneración por tu trabajo.

—Bueno, digamos diez dólares, por ejemplo.

—¡Diez Bancos de Inglaterra, Lucy! —exclamó Pierre—. Pero, Lucy, si eso es una cuarta parte de los ingresos anuales de la mayoría de estos hombres.

—Cuatro dólares entonces.

—Yo te diré cuánto has de exigir. Pero primero, dime: ¿cuánto tiempo se tarda en completar un retrato?

—Dos sesiones y dos mañanas más de trabajo en el estudio, Pierre.

—Y veamos: ¿qué materiales usas? Creo que no resultan demasiado costosos. Tus herramientas de trabajo no han de cortar vidrio alguno, y por lo tanto no tienen que ser afiladas con diamantes. ¿No es así?

—Mira, Pierre —replicó Lucy, extendiendo su mano con la diminuta palma hacia arriba—: Un puñado de carbonillos, una punta de pan, un lápiz o dos y una lámina de papel; eso es todo.

—Bien, pues entonces cobrarás un dólar setenta y cinco por retrato.

—¿Sólo uno setenta y cinco, Pierre?

—Me temo que los Apóstoles lo encuentren demasiado caro, Lucy. No debes comportarte como una extravagante. Mira: si tus condiciones fuesen de diez dólares y

decidieses fiar a los clientes que no pudiesen pagar de inmediato, tendrías un montón de interesados y muy escasas ganancias. Pero si exiges una suma muy moderada y añades que necesitas recibir el pago al instante y al contado, no te sobresaltes al oír la expresión «al contado», quizá vengan a retratarse sólo unos pocos, pero tus beneficios serán algo mayores que en el caso anterior. ¿Me comprendes?

—Se hará como tú digas, Pierre.

—Bien; te haré un pequeño cartel con esas condiciones y lo colocaré en tu habitación-estudio en un lugar visible, para que los Apóstoles sepan a qué atenerse.

—Gracias, gracias, primo Pierre —dijo Lucy, poniéndose de pie—. Me alegro mucho de que tu opinión sobre mi pobre plan haya sido favorable y me animo al ver que abrigas una esperanza de éxito. Necesito hacer algo; tengo que ganar algún dinero. Esta mañana he comido mucho pan para desayunar y no he contribuido en su compra.

Pierre midió con una mirada a la vez triste y humorística los considerables restos del único mendrugo que había tocado Lucy y se volvió para hablarle en tono burlón; pero la muchacha se había retirado sigilosamente a su habitación.

Fue despertado del extraño ensueño en el que se había sumido por Isabel, que posó su mano sobre la rodilla del joven al tiempo que le echaba una mirada larga y expresiva. Durante el coloquio entre Pierre y Lucy la muchacha había guardado un completo silencio; pero un observador desocupado quizás habría notado que en su interior habían ido naciendo unas emociones nuevas y poderosas que pugnaban por salir al exterior.

—¡Pierre! —exclamó, inclinándose hacia él para atraer su atención.

—Bien, bien, bien, Isabel —replicó Pierre con un ligero balbuceo, mientras su rostro se teñía de un misterioso color rojizo, al igual que su cuello y su frente. De un modo inconsciente se apartó un poco de aquel cuerpo que lo cercaba con su proximidad.

Isabel se detuvo al percibir el movimiento de su hermano y le contempló con una siniestra intensidad; acto seguido se puso en pie y con una inmensa y lúgubre dignidad se plantó ante él muy tiesa y dijo:

—Si en alguna ocasión tu hermana se acerca demasiado a ti, Pierre, díselo antes de que vuelva a hacerlo; porque el sol de septiembre no retira el vapor con el que ha envuelto el valle de la desdeñosa tierra con un celo superior al que pondrá mi dios secreto en alejarme de ti, si me aproximo demasiado a tu persona.

Mientras hablaba se llevó la mano al pecho, como si sintiese una imperiosa necesidad de ocultar algo allí escondido; pero Pierre, cautivado más por su actitud general que por aquel gesto en particular, no observó el significativo movimiento de la mano de la muchacha; si bien luego había de recordarlo y comprender a la perfección su oscura razón de ser.

—¿Que te acercas demasiado a mí? ¿Qué quieres decir, Isabel? ¡Con sol o con rocío, tú me fertilizas! ¿Pueden los rayos del sol y las gotas de rocío acercarse demasiado a aquello que calientan y riegan? Ven a sentarte junto a mí, Isabel, apriétate contra mi ser; filtrate por mis costillas, si puedes, para que mi cuerpo pueda contenernos a ambos en su estructura.

—He oído decir que a veces el hábito sí hace al monje —replicó Isabel con amargura—. Pero ¿acaso las buenas palabras corresponden siempre a los actos nobles? ¡Pierre, acabas de apartarme de tu lado!

—Cuando deseamos abrazar a alguien con todas nuestras fuerzas, primero extendemos nuestros brazos hacia atrás; sólo me he retirado para aproximarme a ti con más ímpetu, Isabel.

—Las palabras son buenas aliadas en las escaramuzas, pero son las hazañas las que configuran al ejército. Sea como tú dices, aún tengo confianza en ti. Pierre.

—Mi aliento espera el tuyo. ¿Qué sucede, Isabel?

—Me he bloqueado más que un bloque. ¡He enloquecido de sólo pensarlo! Loca, porque su gran dulzura no ha hecho más que poner en evidencia mi propia estupidez. ¡Pero no me tomará la delantera! ¡Pierre, de un modo u otro debo trabajar para ti! Venderé mi melena; me haré extraer algunas muelas. ¡Te traeré dinero, sea como fuere!

Pierre la contemplaba asombrado. Se dibujaron en su rostro las pinceladas de una gran determinación; algo había sido herido, y de gravedad, en lo más profundo de su ser. Asomaba a los labios del joven una palabra apaciguadora y su brazo estaba extendido para acogerla, cuando de pronto, se le mudó el semblante y exclamó, en un susurro de alarma:

—¡Escucha; se acerca Lucy! Guarda silencio.

Alzándose encolerizada, Isabel fue hasta la puerta del aposento de Lucy, la abrió de par en par y vociferó casi histéricamente.

—Lucy, presta atención. ¡Fíjate qué esposo tan extraño tengo, que no quiere ser sorprendido hablando con su esposa!

Con la caja de los pinceles y pinturas a sus pies —quizás había sido el ruido metálico producido al abrirla lo que había sobresaltado a Pierre—, Lucy estaba sentada en el centro de su alcoba, justo enfrente de la puerta; así que en aquel momento veía con total nitidez a Pierre e Isabel. El tono singular de la voz de esta última le hizo levantar la vista al instante. Un súbito rayo de comprensión —no podía determinarse si le resultaba o no agradable— atravesó su rostro. Farfulló una respuesta vaga e incoherente y se inclinó hacia el suelo para coger algo de la caja, afirmando que estaba muy atareada.

Isabel cerró la puerta y se sentó de nuevo junto a Pierre. En su semblante se dibujaba una expresión de impaciencia; sus rasgos estaban contraídos. Daba la

impresión de que la emoción más intensa de su vida estaba atrapada en una contienda sorda e inútil con las circunstancias, y que a pesar de luchar por desatarse sabía de antemano que había de resultar vano su esfuerzo; de momento no hacía sino crecer bien amarrada, aunque considerando y desafiando la red de obstáculos que la contenían. Pierre se estremeció al contemplar a su hermana. Pero aquel estado de ánimo quedó pronto disipado; la dulce tristeza tomó el lugar de la pasión y aquel algo tan insondable y místico propio de la Isabel de costumbre inundó de nuevo su ser.

—Pierre, antes del día de hoy, e incluso antes de conocerte, he cometido de forma inconsciente actos absurdos que aún recuerdo con cierta vaguedad. Pero al pensar en ellos llego a la conclusión de que no era yo quien obraba de modo tan imperdonable. Mi reacción de hace unos instantes era un reflejo de ese fenómeno.

—No has hecho más que poner de manifiesto tu fuerza, mientras yo me abandonaba a mi debilidad, Isabel. Sí, ante el mundo entero eres mi esposa; y también ante ella. ¿Acaso no le he dicho yo mismo que nos habíamos desposado? He sido más débil que un gato recién nacido, Isabel; y tú has demostrado que tu poder es comparable al de esos seres angélicos de los que se alimenta la suprema belleza.

—Pierre; palabras como las que acabas de pronunciar antes me parecían tan refrescantes como el rocío; ahora, si bien salen de tus labios con igual calor y fluidez, van a derramarse en una zona de obstáculos, donde se hielan para llegar por fin a mi corazón golpeteando como el granizo. ¡No le hablas así a ella!

—Ella no es Isabel.

La muchacha clavó en él una mirada tan fugaz como inquisidora, luego pareció calmarse y pronunció las siguientes palabras:

—Mi guitarra, Pierre; sabes bien hasta qué punto la domino. Antes de conseguirle clientes a la dibujante, le traerás discípulos a la profesora de música. ¿Lo harás? —preguntó, lanzándole una mirada conmovedora y persuasiva que a Pierre se le antojó casi mortífera.

—Mi pobre, pobre Isabel —replicó el joven—; tú dominas la dulzura natural de la guitarra, no sus artificios inventados y regulados, que es lo que el necio estudiante pagará por aprender. Lo que tú posees no puede enseñarse. ¡Ah, tu dulce ignorancia me conmueve! ¡Dulce, dulce! ¡Querida, divina muchacha! —dejó de hablar y la apretó impulsivamente contra su pecho.

Al alumbrarse el primer fuego de los sentimientos de Pierre, pero antes de que la tomase entre sus brazos, Isabel había retrocedido hasta la puerta que conectaba la estancia con el estudio de Lucy; ésta se había abierto de súbito en el momento en que se abrazaban, como por su propia voluntad.

Pierre e Isabel se confundieron en su ardoroso abrazo ante los ojos de Lucy, que no se movió de su asiento; los labios de Pierre se posaron en la mejilla de su supuesta esposa.

II

A pesar de la visita maternal a Lucy y de la perentoria conclusión de ésta al declarar la señora Tartán que se iba para no regresar nunca, Pierre creía conocer bastante a fondo el corazón humano en general y el carácter de Glen y Frederic en particular, como para quedarse impasible ante la posible reacción de éstos. Se sentía inquieto por lo que los dos enfurecidos jóvenes podían estar tramando contra él, supuesto monstruo a causa de cuyos trucos infernales Lucy Tartán parecía haber sido seducida y arrancada a los usos del decoro terrenal. El hecho de que la señora Tartán hubiese ido sola a ver a su hija y de que Glen y Frederic hubiesen dejado transcurrir cuarenta y ocho horas sin dar la menor señal de hostilidad ni de neutralidad no le llenaba precisamente de dicha, sino que por el contrario venía a confirmar sus presagios funestos. Al principio pensó que habían contenido su salvaje impulso por estar decididos a adoptar un método más lento pero también más seguro de arrebatarse a Lucy; un proceso legal. Pero tal idea fue desechada tras diversas consideraciones.

No sólo Frederic poseía un tipo de temperamento, característico en los militares, que le impulsaría sin duda, sobre todo en un asunto tan personal, privado y familiar como aquél, a desdeñar la publicidad alquilada del indeciso brazo de la ley y tomarse la justicia por su mano vengadora impelida por el fuego de su furia, ya que para él contaba tanto el sentimiento de ultraje y afrenta familiar cometido contra él a través de Lucy como la supuesta culpa en la que había caído esta última y que, fuese más o menos negra, no podía por menos que afectarle en lo más profundo de su ser; no sólo era pues la personalidad de Frederic la que le preocupaba a Pierre. Nuestro joven sabía muy bien que Glen no tenía corazón para actuar por amor, pero sí sentimientos para reaccionar movido por el odio. No ignoraba que aunque su primo se hubiese comportado como un ser sin sentimientos en la memorable noche de su llegada a la ciudad, cerrándole por así decirlo la puerta en sus mismas narices, no por ello dejaba de ser probable que su enardecido corazón le empujase a abrir de repente la puerta de Pierre si creía por un instante que la riña se vería coronada por un éxito permanente.

Además Pierre estaba convencido de lo siguiente: tan invencible es el espíritu natural, indómito y latente de la brava virilidad en el hombre, que aunque este último

haya sido educado durante miles de años en el homenaje arbitrario a las leyes como única satisfacción permitida para aquel que ha sido ofendido, sin embargo siempre y en todo lugar entre los caballeros valientes el haber proferido amenazas personales de venganza contra el enemigo y luego acabar arrastrándose por los tribunales alquilando y sobornando a una banda de picapleitos ululantes para que libren la cruenta batalla por él proclamada es un acto de decoro en la superficie, fruto de una sabia y prudente reflexión posterior, pero en el fondo una miserable y deshonrosa ignominia. Frederic no tenía agua, sino sangre en las venas. El caso de Glen ya era más ambiguo: quizás era más flor de invernadero.

Sin embargo Pierre sabía con total certeza que sólo presentando a Lucy como una demente y tratando de probarlo por medio de mil detalles insignificantes podría el peso de la ley obligarla a abandonar el refugio que ella había elegido voluntariamente; un procedimiento aborrecible para los litigantes fuera cual fuese su postura.

¿Qué planes tenían aquellos dos seres a quienes les bullía la sangre en las venas? Quizá tenían intención de patrullar por las calles para raptar a Lucy en la primera ocasión que la vieses sin compañía. Y si Pierre iba con ella, le golpearían a tuertas o a derechas, jugando limpio o sucio, y entonces huirían con Lucy. Si Lucy no abandonaba por nada ni nadie su aposento, siempre podían lanzarse sobre Pierre en un lugar público, derribarle y cubrirle hasta la saciedad de insultos e innumerables manifestaciones de odio, hasta que una vez destrozado en la rueda del deshonor se sintiera débil y soltase a su presa como una muestra más de vileza.

Ni los susurros de los fantasmas en un viejo caserón embrujado, ni una señal infernal y portentosa aparecida por la noche en el cielo, pondrán los pelos tan de punta como un hombre orgulloso y honorable dándole vueltas en su alma a la posibilidad de caer en una desgracia corporal grave y pública. No es miedo, sino el terror que da la arrogancia, un sentimiento mucho más pavoroso. En medio de otras imágenes tremendas el hombre amenazado ve y siente la señal criminal de Caín ardiendo en su frente y el cuchillo que ha realizado el estigma oxidado de sangre, atrapado en la mano que se anticipó a su capacidad de reacción.

Pierre estaba completamente seguro de que aquellos jóvenes estaban tramando algo terrible contra él; en sus oídos aún resonaban sus despreciativas maldiciones en las escaleras de los Apóstoles —maldiciones a las que había respondido al instante a pesar de realizar un gran esfuerzo por dominar sus impulsos—; conocía demasiado bien el carácter sobrenatural del odio enloquecido e incontenible que se apodera de un hermano valeroso contra aquel que ha mancillado el honor de una hermana, siendo como es el amor fraternal la menos comprometedor de todas las pasiones humanas; y no ignoraba el hecho, por anómalo que pareciese, de que si el hermano afrentado apuñalaba a su enemigo en la mesa de su propia madre, la sociedad y los jurados no le condenarían, afirmando que todo le estaba permitido a un alma noble, enloquecida

por la vergüenza provocada en su hermana a causa de un maldito seductor. Además se imaginaba qué sentiría si estuviese en la misma situación que Frederic creía ser la suya. Recordaba que el amor era a veces como una víbora, y que los celos de Glen habían sido doblemente excitados y envenenados por culpa de la extraordinaria malicia de las aparentes circunstancias en las que Lucy había rechazado sus brazos para acudir en busca de su rival, casado pero victorioso como siempre, con la intención de cobijarse bajo sus alas en una actitud injustificable y desprovista del menor sentido de la vergüenza. Al recordar los estímulos que llamaban a la acción a sus dos enemigos, Pierre no podía por menos que prepararse para un inminente enfrentamiento cruel y sanguinario. La tempestuosa pasión de su alma se reafirmaba en los momentos más fríos, ya que la conclusión era en ambos casos la misma. En efecto, el desenfreno y la serenidad le decían invariablemente: ¡Cuidado, Pierre! Los asesinatos son cometidos por maníacos; pero los pensamientos serios sobre el crimen anidan en los desesperados reflexivos. Esto último le ocurría a Pierre; el destino o lo que fuese le había hecho como era. Tenía su propia personalidad y eso bastaba. Cuando flotaban ante él aquellas imágenes de venganza; cuando pensaba en las ambigüedades que lo cercaban por todas partes, en los muros de piedra que le rodeaban sin que pudiera franquearlos, y en los mil agravantes de su perversa suerte, la última esperanza de felicidad que le quedaba se desvanecía entre las llamas de un fuego interior y su único horizonte se configuraba como un insondable abismo de negra culpabilidad, a cuyo borde avanzaba tambaleándose a cada instante. En aquellos momentos acogía el ilimitado odio de Glen y Frederic con gran júbilo y la muerte de éstos provocada en un acto de salvaguarda contra el ignominioso ataque sufrido públicamente le parecía la única consecuencia coherente de su desesperada carrera en la vida.

III

Al igual que una estatua colocada en un pedestal giratorio muestra primero un miembro, y luego el otro, ora la parte frontal, ora la dorsal, ora el perfil, cambiando así sin cesar su perspectiva, el alma humana da vueltas en su hieratismo impulsada por la mano de la Verdad. Sólo el engaño permanece inmutable, así que no busquemos un inmovilismo en Pierre. Además, aquí no hay ningún presentador que vaya a anunciarnos con su jerigonza sus fases y evoluciones; es nuestra propia introspección la que debe captarlas.

Transcurrió un tercer día; Glen y Frederic seguían mudos y ausentes, y Pierre, Isabel y Lucy, juntos. La presencia diaria de Lucy había empezado a ejercer un notable efecto en el ánimo de Pierre. A veces Isabel, observadora pertinaz pero sumamente discreta, tenía la impresión de que cuando Pierre miraba a Lucy se reflejaba en sus ojos una expresión que no concordaba en absoluto con su supuesto y singular parentesco; en algunas ocasiones la contemplaba de una manera totalmente inexplicable, ya que, además de los sentimientos que Isabel creía adivinar, había una mezcla de miedo y admiración unidos por la impaciencia. Pero la actitud general de Pierre con Lucy, observada con más detalle, respondía en apariencia a la consideración y afecto propios de un primo: nada más. Nunca estaba a solas con ella, mientras que a veces pasaba ratos con su supuesta esposa.

Lucy no daba muestras de tener el menor deseo de usurpar el puesto a nadie; no se manifestaba en ella ninguna tirantez malsana en relación con Pierre, ni tampoco ninguna tirantez dolorosa en lo que a Isabel respectaba. Sin embargo parecía deslizarse entre ellos, poco a poco, sin tocarles, de un modo inexplicable. Pierre notaba a su alrededor una extraña influencia celestial que le libraba de todo mal; Isabel sentía cómo un elemento indescriptible la iba desplazando. Cuando estaban los tres juntos, la maravillosa serenidad, la dulzura y la inocencia —incapaz de la menor sospecha— acostumbradas en Lucy impedían que se produjese una situación incómoda, que por otra parte habría sido de lo más natural; sin embargo al quedarse Pierre a solas con Isabel, una vez se había retirado la ingenua Lucy, se producía cierta tensión.

[* * *]

Libro XXVI

Un paseo; retrato de un extraño; una salida en barca; final

—Ven, Isabel; ven Lucy; aún no hemos dado ningún paseo juntos. Hace frío, pero el día está despejado; una vez hayamos salido de la ciudad veremos brillar el sol. Vamos, preparaos y salgamos a caminar por el muelle y luego por la bahía, donde atracan los vapores. Lucy, estoy seguro de que la bahía te parecerá un escenario sugestivo para ese dibujo secreto en el que estás tan ocupada, mientras esperas a que vengan clientes, y en el que trabajas con tanta abnegación en la soledad y a puerta cerrada.

Al oír estas palabras la expresión de débil, agradable y suave agitación de Lucy [* * *] se convirtió en otra de significación infinita, muda e indefinible, que le impulsó a posar en el suelo sus confusos ojos llenos de lágrimas.

[* * *] Cuando pasaban por el vestíbulo de techo bajo y abovedado que separaba el edificio de la calle se cruzó con ellos un marino de rostro curtido y humor bromista, que exclamó:

—Cuidado con el timón, muchacho. ¡Estás en un istmo estrecho y apurado!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lucy con su habitual suavidad—. En verdad este pasillo es como un angosto callejón.

Pierre no respondió. Estaba demasiado ocupado sintiendo el temblor inesperado que le transfería Isabel al susurrarle al oído una frase inarticulada.

Tomaron una calleja que desembocaba en una de las avenidas principales; una vez en esta última pasaron cerca de un letrero que estaba colocado sobre una puerta y anunciaba una exposición de pinturas recién importadas de Europa en el piso superior, en exhibición gratuita hasta el día de su venta en subasta. Si bien aquel descubrimiento no entraba en los planes de Pierre, el joven, cediendo a un impulso espontáneo, les propuso a sus acompañantes una visita a dicha exposición. Las muchachas asintieron, y subieron la escalera.

En la antesala le pusieron un catálogo en la mano. Se detuvo para echarle una ojeada rápida pero completa. Entre largas columnas de nombres como Rubens, Rafael, Angelo, Domenichino, Da Vinci, todos ellos apostrofados con las palabras «auténtico» o «supuesto», Pierre leyó la siguiente y breve línea:

«Núm. 99. Cabeza de extraño. Autor desconocido».

Parecía evidente que el conjunto era una colección de pintorrajos importados de mala calidad que, a causa de la increíble desfachatez característica de algunos marchantes extranjeros en América, eran bautizados con los nombres más importantes conocidos en el mundo del arte. Pero al igual que los torsos más mutilados de las perfecciones de la antigüedad, que no dejan de ser merecedores de la atención del estudiante, tampoco las chapuceras imitaciones modernas inacabadas resultan del todo despreciables para el observador, ya que en ambos casos se trata de torsos, los primeros de perfecciones que perecieron en el pasado, y los segundos de posibles perfecciones anticipadas, que quizá se vean consumadas en el futuro. A medida que recorría los muros enriquecidos de modo tan variopinto detectando la infatuada vanidad que debía haber impulsado a aquellos artistas desconocidos a ejecutar con mano débil los temas más vigorosos, Pierre no podía reprimir un augurio extremadamente melancólico en relación con su persona. Todas las paredes del mundo parecían estar adornadas de modo profuso con pinturas vacías e impotentes perfiladas con afán de grandiosidad pero completadas con absoluta pobreza artística. Los óleos más humildes, aquellos en los que había representadas escenas familiares y sencillas, eran realmente los mejores; pero a pesar de no resultar desagradable su contemplación, no despertaron ninguna majestad adormecida en el alma de Pierre y, por lo tanto, en conjunto le parecieron insuficientes e insatisfactorios, incluso merecedores de cierto desdén.

Por fin Pierre e Isabel llegaron a la altura del cuadro que el joven buscaba por puro capricho: el número 99.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mira esto! —exclamó Isabel, presa de una gran excitación—. ¡Sólo el espejo me ha mostrado antes esa mirada! ¡Fíjate, míralo bien!

Por un mágico juego del azar o una bellaquería sutil y premeditada, una auténtica joya del arte italiano se había infiltrado en aquella híbrida colección de falsificaciones.

Nadie que haya visitado las vastas galerías de arte de Europa sin sentirse confuso ante la maravillosa multitud de lienzos de insuperable excelencia cuya abundancia neutraliza la capacidad discriminatoria o individualizadora de las mentes vulgares ha podido pasar ante la desafiante hilera de los dioses sin sentir ciertas emociones de índole muy especial provocadas por uno o varios cuadros, a los que sin embargo tanto los catálogos como las críticas de los más famosos conocedores rehúsan conceder un mérito coincidente con el efecto producido en el aficionado de forma tan casual. No hay tiempo ahora para mostrar cómo puede ocurrir tal fenómeno; basta con indicar que en tales casos no es siempre la perfección abstracta, sino con frecuencia la afinidad accidental, lo que ocasiona dicha emoción tan trascendente. Claro que el individuo imputa a menudo su insigne fervor a causas distintas; pero no olvidemos los casos que se han dado de admiración calurosa e imprudente de una o dos personas por obras artísticas que luego no reciben alabanzas del resto del mundo y que incluso

pasan inadvertidas para la humanidad. Es esto algo que ha sido calificado por muchos de inexplicable.

En aquella «Cabeza de extraño, de autor desconocido», la excelencia abstracta general se unía a la coincidencia accidental y sorprendente para producir una acumulativa y poderosa impresión tanto en Pierre como en Isabel. Tampoco era completamente independiente tal fenómeno de la obvia falta de interés de Lucy por aquella pintura en concreto. En realidad Lucy, debido a una sacudida sin importancia de otros visitantes, se había soltado del brazo de Pierre y a partir de entonces había ido recorriendo la exposición con mayor rapidez que sus acompañantes, a quienes había tomado la delantera. La muchacha había pasado por delante de la extraña pintura sin hacer ninguna pausa especial para contemplarla; en su deambular había llegado a la pared de enfrente y se había detenido ante un lienzo que estaba justo encarado con el retrato que tan atónitos había dejado a Pierre e Isabel. En aquel momento estaba admirando sin mover un músculo una copia más que tolerable (la única pieza, además de la ya mencionada, digna de alabanza) de la más dulce, conmovedora y al mismo tiempo temible de las cabezas femeninas imaginables; la de Beatriz Cenci, por Guido. El carácter prodigioso de dicha cabeza estriba quizá en un sugestivo y sorprendente contraste, más o menos análogo en su aspecto a aquel otro a veces visible en las exóticas doncellas de países tropicales, consistente en la coincidencia de dulces ojos azules —armonizando con una tez extremadamente pálida— con un pañuelo azabachado que recuerda a un velo funerario. Aunque en el lienzo de Guido los ojos claros y la piel blanca de la Cenci estén coronados por una melena dorada que le da al conjunto una estricta naturalidad física, la anomalía acaso imaginaria del dulce serafín rubio queda sugerida por un doble marco del rostro y parte del cabello: un crespón negro de luto por dos crímenes, de los que en un caso es objeto y en el otro agente, que cabe considerar como los más terribles que pueda concebir un ser humano civilizado: el incesto y el parricidio.

Cenci y el Extraño estaban a cierta altura, en línea recta, en una de las hileras superiores; parecían haber sido colocados de forma premeditada y daban la impresión de estar entregados a una conversación gestual sobre las cabezas del público que circulaba a sus pies.

A todos les resulta familiar el aspecto de la Cenci. «El extraño» era una oscura cabeza de hombre joven y bien parecido con la portentosa mirada fija en un lugar sombrío y una invisible y ambigua sonrisa esbozada en los labios. No se percibía ningún fondo; la cabeza, con su cabello bien definido, ondulado y de tono azabache, parecía estar desenredándose de cortinas y nubes inconcretas. Pero Isabel veía tanto en sus ojos como en su frente ciertos rasgos vagos pero inconfundibles de su propia fisonomía, mientras que para Pierre aquel rostro era en parte la resurrección del que había arrojado a las llamas en el hogar del albergue. No es que las facciones,

contempladas una a una, fuesen las mismas; pero el aspecto global, reflejo de una sutil actitud interna del ser allí reproducido, resultaba casi idéntico. Sin embargo el desconocido tenía un aire inequívoco de extranjero, de europeo, a causa tanto de su rostro como del carácter general del cuadro.

—¿Acaso es... es...? ¿Puede ser? —murmuró Isabel con intensa vehemencia.

Isabel no sabía nada del retrato que había destruido Pierre. Se refería tan sólo al ser humano que, bajo la designación de «padre», la había visitado en la alegre casa a la que había sido trasladada en su infancia, desde aquella otra mansión grande e inefable, por la agradable mujer del simón. Sin duda —aunque quizá no era consciente de ello en su mística mente— de algún modo debía de haberse imaginado que a lo largo de toda su vida aquel ser siempre había ofrecido a los demás un aspecto idéntico al que tenía en la época en que la visitaba a pesar de un intervalo muy breve de su existencia. Al recordarle, o creer que lo hacía —a veces lo evocaba como en un sueño—, con aquellos rasgos y aquella expresión, no podía concebir que éstos se hubiesen alterado. Es más que improbable que las consideraciones de Isabel se le ocurriesen a Pierre en aquel momento. En cualquier caso no le dijo nada para engañarla ni para mostrarle la realidad, para aclarar ni para oscurecer los hechos. En realidad, el joven estaba demasiado cautivado por las emociones que se habían despertado en lo más profundo de su ser como para analizar las que sentía Isabel en el mismo instante. Estaba sucediendo algo digno de mención; si bien ambos estaban excitados a causa de un único objeto, sus mentes y recuerdos se habían encaminado hacia campos de contemplación totalmente distintos, y sin embargo cada uno suponía de un modo tan irrazonable como falso que el otro estaba ocupado en el mismo pensamiento, fruto de su idéntica visión. Pierre tenía presente el retrato de su padre sentado; Isabel, el rostro del hombre vivo. Las febriles exclamaciones de Isabel referentes al ser real en movimiento recibían, por así decirlo, la respuesta mecánica de Pierre en sílabas evocativas del pequeño lienzo quemado. Sin embargo todo fue tan sutil y espontáneo que ninguno de ellos descubrió quizá nunca aquella contradicción; los acontecimientos se arremolinaron después de una forma tan precipitada y perentoria que no les quedó ya tiempo de entregarse a los ensueños, retrospectivos y serenos, imprescindibles para un tal descubrimiento.

—¿Acaso es... es...? ¿Puede ser? —fue el vehemente susurro de Isabel.

—No, no puede ser y no lo es —replicó Pierre—; una coincidencia mágica e inexplicable, eso es todo.

—Con esa palabra siempre tratamos en vano de explicar lo inexplicable. Dime la verdad, ¡sí que es! ¡Tiene que ser! ¡Es un prodigio!

—Salgamos de aquí y mantengamos silencio eterno —replicó Pierre, hablando de prisa; y, buscando a Lucy, abandonaron de súbito el lugar rehuendo aparentemente a

cuantos les conocían y acelerando de forma inconsciente el paso mientras se vieron obligados a andar por las vías principales de la ciudad.

II

Mientras avanzaban a toda prisa, Pierre guardaba un silencio absoluto; pero sus pensamientos, siempre incontrolables, se agolpaban y vociferaban en su corazón. Las nociones más tremendas relacionadas con Isabel se alzaban en su interior, desplazándose y revolucionándose entre sí, sin resultarle, aunque entonces su conciencia lo ignorase, del todo desagradables.

¿Cómo sabía que Isabel era su hermana? Dejando aparte la nebulosa leyenda de tía Dorothea en la que, en algunos puntos oscuros, la historia aún más vaga de Isabel parecía encajar de un modo no del todo concreto —además ambas narraciones coincidentes de forma tan confusa, consideradas bajo el prisma desprovisto de absurdos escrúpulos de la razón real y desnuda, eran cualquier cosa menos concluyentes y legítimas—; olvidando por un momento sus inciertas reminiscencias personales —los delirios de su padre en el lecho mortal—, ya que si bien dichas reminiscencias podían haberle impulsado en un sentido a presumir que su padre podría haber tenido una hija no reconocida, desde luego no aclaraban nada en cuanto a la posible identidad de la supuesta criatura y lo que le preocupaba a Pierre por encima de todo era no que su progenitor hubiese concebido una hija, sino que, suponiendo que ese hecho fuese auténtico, Isabel, y no otro ser viviente, fuese esa hija; desconsiderando las múltiples persuasiones trascendentales y místicas, que parecían replegarse sobre sí mismas y que habían nacido, ahora creía comprenderlo, de un intenso entusiasmo procreativo —entusiasmo que en la actualidad no poseía una potencialidad tan extraordinaria como en un principio—; borrando pues de su mente toda suposición y enfrentándose a los hechos claros y palpables, ¿cómo sabía que Isabel era su hermana? Nada de lo que veía en su rostro lo había observado años atrás en su padre, tal como lo recordaba. El retrato sedente, aquello era el resultado y la sustancia de toda la evidencia posible, rastreable y por completo presumible a la que estaba en su mano apelar. Acababa de contemplar otro retrato, que esta vez representaba a un extraño, un europeo; un lienzo importado de ultramar que iba a ser vendido en pública subasta y constituía una prueba tan concluyente como la que le proporcionaba la reproducción del semblante de su padre ahora inexistente. Por lo

tanto, el original de aquel segundo retrato tenía tantas probabilidades de ser el padre de Isabel como su propio progenitor. Quizá después de todo ni siquiera existía tal original para la pintura que acababa de admirar; podía muy bien tratarse de una obra imaginativa, idea que el estilo poco caracterizador del matizado final no hacía sino apoyar como testimonio nada despreciable.

Con aquellas meditaciones confusas en su interior, que se hinchaban como olas rompientes y que le iban ganando terreno a la orilla de los secretos más latentes de su alma, y con Isabel y Lucy tocándole con sus cuerpos al andar, los sentimientos de Pierre no podían ser traducidos con palabras.

En los últimos tiempos, mucho más que en épocas anteriores, la historia de Isabel era para Pierre un enigma, un delirio de la imaginación [* * *]. Porque aquel que de un modo tan práctico como profundo conversa con misticismos y misterios a menudo está más predispuesto que los demás mortales a calificar según qué fenómenos inexplicables acaecidos a sus semejantes de engañosos y artificiales, y por consiguiente tiene tendencia a volverse materialista en sus nociones más personales (como quizá eran en su vida diaria los sacerdotes de las religiones eleusinas); un hombre así se siente más que cualquier otro inclinado, en el fondo de su alma, a mostrarse escéptico y enemigo de compromisos en relación con toda nueva hipótesis visionaria, sea del tipo que fuere. Sólo los no místicos o los medio místicos son crédulos en toda la intensidad de la palabra. En Pierre se había ido pues forjando la aparente anomalía de un cerebro que al ahondar en las verdades auténticas había dejado de creer en cuantas profundidades se le ofrecían de un modo gratuito, aunque en general se suponga lo contrario en relación con ese tipo de mentes.

Por medio de artes extrañas, la fabulosa historia de Isabel podía haber sido de algún modo y por una razón desconocida creada para ella durante su infancia y grabada luego con gran habilidad en su cerebro de adolescente; era más que probable que, como una diminuta señal en un árbol joven, su huella hubiese ido creciendo con su persona, hasta convertirse en aquel agrandado prodigio inmenso y conspicuo. Al ser comprobada de un modo real, práctico y razonable, su narración iba perdiendo credibilidad; por ejemplo, Pierre la había interrogado en diversas ocasiones sobre su viaje en barco a través del océano durante la niñez, descubriendo que ni siquiera sabía que el agua del mar era salada: detalle simple pero significativo que le inducía a pensar que aquella aventura había sido imaginaria.

III

Pierre estaba sumido en aquellas confusiones mentales, cuando llegaron al muelle. Seleccionando la más atrayente de cuantas embarcaciones había a ambos lados de los tres o cuatro varaderos para transbordadores, que además era la que realizaba de forma regular una travesía de media hora por aquella bahía de espléndida belleza, pronto se encontraron flotando sobre las aguas y deslizándose con un movimiento rápido y suave.

Permanecieron apoyados en la barandilla del pequeño puente mientras la puntiaguda nave se abría paso como una flecha entre los elevados bosques de mástiles y el enmarañado sotobosque —cañaveral formado por los diminutos palos de los balandros y chalanas—. Pronto las agujas pétreas de la ciudad se confundieron con los palos mayores de las embarcaciones amarradas; la bifurcación de los ríos gemelos hacía que la gran urbe, construida como una cuña, se fuese perdiendo de vista. Rodearon a una velocidad considerable dos islitas distantes del litoral; describieron una curva cerrada que les alejaba de las cúpulas de piedra franca y mármol y llegaron a la bóveda grandiosa y sublime que formaban las aguas de la bahía al abrirse.

En la confinada ciudad había corrido poco aire aquel día; pero la agradable brisa de la naturaleza soplabá ahora en sus rostros. Las olas empezaron a crecer y a rodar sobre las aguas; justo cuando las primeras estaban llegando al punto en el que, entre altos promontorios de fortalezas, la vasta bahía desembocaba en el Atlántico, Isabel se convulsionó, se asió con fuerza al brazo de Pierre y habló como atrapada en una súbita pasión:

—¡Lo siento! ¡Lo noto! ¡Sí! ¡Es eso!

—¿Qué es lo que sientes? ¿De qué se trata?

—¡El movimiento! ¡El movimiento!

—¿No lo entiendes, Pierre? —intervino Lucy, observando con asombro y preocupación su aspecto pálido y su inexpresivo semblante—. Las olas; Isabel te está hablando del balanceo de las olas. Mira, avanzan hacia nosotros directamente desde el océano.

Pierre se sumió en un silencio y un ensueño aún más extraños.

Era completamente imposible sustraerse a la fuerza de convicción de aquella confirmación patente del pasaje más sorprendente e improbable de la supuesta historia de Isabel. Pierre recordaba perfectamente la vaga reminiscencia de la muchacha del vaivén producido por las aguas, que según sus recuerdos nada tenía que ver con los desniveles de la casona vieja, abandonada y misteriosa, ubicada en las montañas de un país que podía ser Francia.

Mientras estaba concentrado en aquellos pensamientos que se neutralizaban entre sí, a saber la descripción de aquella época de la niñez de Isabel y las últimas exclamaciones de ésta, la embarcación arribó a su destino, una aldea junto a la playa no muy alejada del amplio y azulado punto con el océano, que resultaba ahora aún más visible.

—No nos detengamos aquí —exclamó Isabel—. ¡Sigamos la travesía hasta allí, mirad! ¡Bell tiene que llegar a aquel lugar! ¡Mirad, mirad! ¡Sigamos por el azul! ¡Más lejos, más lejos! ¡Hacia fuera, hacia fuera, muy, muy lejos! ¡Hasta aquel punto tan distante donde los dos azules se encuentran y se confunden! ¡Bell tiene que ir hasta allí!

—Pero, Isabel —murmuró Lucy—, eso sería ir hasta la lejana Inglaterra o Francia; encontrarías pocos amigos en la distante Francia, Isabel.

—¿Amigos en la distante Francia? ¿Y qué amigos tengo aquí? ¿Eres tú amiga mía? ¿Me deseas lo mejor en el fondo de tu corazón? Y en cuanto a ti, Pierre, ¿qué soy sino una vil carga que te arrastra más y más lejos de la felicidad? Sí, me iré muy lejos, más allá del mar; llegaré hasta allí. ¡Sí, sí! ¡Soltadme! ¡Dejad que me sumerja en las aguas!

Durante unos instantes Lucy estuvo mirando a uno y a otro sin entender nada de cuanto ocurría. Pero pronto reaccionó, y tanto ella como Pierre asieron con fuerza, aunque de forma maquinal, los brazos de la frenética Isabel cuando ya se precipitaba hacia la barandilla de la cubierta. Por fin lograron arrastrarla a un lugar más seguro. Le hablaron; trataron de calmarla; pero Isabel, aunque menos vehemente, siguió observándoles de un modo muy penetrante, a Lucy con desconfianza y a Pierre con reproche.

No abandonaron la embarcación como tenían planeado hacer y se sintieron muy aliviados cuando esta última soltó amarras y dio media vuelta para regresar al punto de partida.

Una vez en tierra firme Pierre se apresuró a cruzar con sus compañeras las vías muy transitadas de la urbe, inevitables en su recorrido, y aminoró la marcha al llegar a las callejas más recoletas.

IV

De vuelta a los Apóstoles, Pierre dejó a sus acompañantes en sus respectivos aposentos, abandonándolas a su propia intimidad, y se sentó en silencio y con determinación junto a la estufa del comedor, donde permaneció un rato. Estaba en el pasillo a punto de entrar en su gabinete cuando de pronto Delly se puso en pie, le alcanzó y le dijo que había olvidado mencionarlo antes pero que encontraría [* * * una carta] en su aposento; la había pasado bajo la puerta [* * *] durante su ausencia.

Entró en su alcoba, corrió despacio el pestillo —que a falta de algo mejor era una vieja daga despuntada—, se aproximó sin quitarse el sombrero a la mesa y se quedó mirando [* * * la carta. La tomó y rasgó el sobre:]

«Tú, Pierre Glendinning, eres un embustero villano y perjuro. Nuestra única finalidad al escribir esta carta es dejar constancia escrita de tu categórico engaño, para que una vez haya penetrado en tu corazón reciba el mismo impulso que tu sangre y recorra tus venas. Hemos dejado pasar un intervalo en la inactividad para confirmar y solidificar nuestro odio. Juntos y por separado te marcamos con el estigma de la mentira, cuyas células invaden tus puntos más vitales; y llamar a un hombre mentiroso es imponerle el título más desdeñable y odioso que cabe en la imaginación humana, ya que constituye un compendio de diversas infamias.

»Firmado: GLENDINNING STANLY
FREDERIC TARTÁN».

«[* * *] El pan, símbolo de vida en el mundo, y el honor, que todo ser humano debe inhalar de la atmósfera, me han sido arrebatados; pero desafío al alimento y al aliento de mis congéneres. ¡Saldré al encuentro de los mundos que en el espacio abierto han desenvainado sus espadas, y les retaré uno por uno a combate! ¡Oh, Glen! ¡Oh, Fred! ¡Me entregaré con ánimo fraternal a vuestro abrazo, aunque me rompa todas las costillas en el empeño! ¡Oh, cuánto os amo a los dos, aunque me abráis el camino del odio en un mundo que por otra parte no merece más que un permanente desprecio! [* * *]».

Con el sombrero puesto y la carta de Glen y Frederic tan arrugada en la mano que resultaba casi invisible, atravesó la alcoba de Isabel casi como un sonámbulo y ésta emitió un alarido prolongado pero casi inaudible a causa de la pavorosa blancura y el aspecto macilento de su rostro. La muchacha sintió que le abandonaban las fuerzas y no acertó a dar un paso; se quedó petrificada en su silla, como si hubiese sido embalsamada y vidriada con un gélido barniz.

Pierre no prestó la menor atención a la joven; cruzó las dos estancias que lo separaban del aposento de Lucy y penetró en él sin llamar ni premeditar lo que estaba haciendo. Habría pasado por allí también como una exhalación y sin pronunciar palabra, pero algo le detuvo antes de salir al pasillo.

La marmórea Lucy estaba sentada ante su caballete. Tenía al lado una cajita con un carboncillo al que ya había sacado punta y unos cuantos lápices; su carboncillo estaba apoyado firmemente en el dibujo que realizaba; con dos dedos de una mano sujetaba el carboncillo y en la palma de dicha mano sostenía también una corteza de pan; estaba borrando un trazo del retrato que no le parecía adecuado. El suelo estaba cubierto de montoncillos de migas y polvo del carbón. Pierre se situó tras el caballete y vio el contorno de su propio rostro esbozado en la lámina.

Al verle, Lucy no se sobresaltó, ni se movió siquiera; pero como si la tarea la hubiese hipnotizado, permaneció en actitud de trance.

—Los rescoldos apagados de fuegos ya extinguidos se extienden a tus pies, pálida muchacha; con ascuas muertas tratas de avivar la llama de un amor que ya no existe. ¡No malgastes tu pan; cómetelo con amargura!

Se volvió y salió al pasillo, donde se detuvo con los brazos abiertos ante las puertas de las habitaciones de Isabel y Lucy.

—Elevo ahora por vosotras una oración que no ha de diluirse, para que nunca os levantéis con vida de vuestras sillas congeladas e invisibles. ¡El bufón de la Verdad, la Virtud y el Destino os abandona para siempre!

Avanzaba raudo por los tortuosos pasillos, cuando alguien le saludó a grandes voces desde una escalera.

—¡Eh, amigo mío! ¡Eh, muchacho! ¿Adónde vas con tan tempestuosa prisa? ¡Hola! ¡Eh!

Sin prestarle la menor atención, Pierre siguió avanzando. Millthorpe le miró unos segundos con ansiedad y alarma e incluso hizo un ademán hacia adelante para correr tras él; pero por fin se detuvo y contempló cómo se alejaba, murmurando:

—Siempre ha habido una vena negra en este Glendinning; ahora la vena se ha inflado, como si estuviera justo encima de un torniquete demasiado ceñido. Apenas me atrevo a seguirle las pisadas; sin embargo mi corazón recela y me dice que debería hacerlo. ¿Por qué no ir a sus habitaciones a preguntar qué mosca negra le ha picado? No, no, podría parecer chafardería; se dice que soy un poco dado a eso. Esperaré,

quizá ocurra algo pronto. Me llegaré hasta el portal delantero y daré un paseo por la calle; luego ya veremos.

V

Pierre se dirigió a un apartado rincón del edificio y entró de improviso en las habitaciones de uno de los Apóstoles, conocido suyo. No había nadie. Titubeó un instante y luego se acercó a un armario que tenía cajones en la parte inferior.

—Le vi ponerlas aquí; en éste... no... este otro... sí, probaré suerte con éste.

De un brusco tirón abrió uno de los cajones cerrados y aparecieron ante sus ojos varias pistolas, un cuerno de pólvora, una bolsa con balas y una caja redonda de color verde con cápsulas fulminantes.

—¡Ja, ja! ¡Quién sabe cuáles fueron las herramientas prodigiosas de las que se valió Prometeo! Pero aún son más maravillosas estas que en un instante pueden destruir las tres cuartas partes superiores de su obra. Veamos; aquí hay dos tubos que rugirán con más fuerza que las mil gaitas de Harlem. ¿Sale música de ellos? ¿No? Bien, pues les echaremos un poco de pólvora para el timbre de tiple, tacos para el tenor y una bala de plomo para el bajo final. Y... y... y sí, ¡con el taco superior les devolveré su mentira y la plantaré socarrada en su seso!

Rompió la parte de la carta de Glen y Fred en la que mencionaban su engaño de un modo más reiterativo y, partiéndola a su vez en dos mitades, aplastó éstas con fuerza contra dos de las balas.

Se colocó con gran rapidez dos pistolas en el gabán, una a cada lado, y tomando los pasillos más extremos salió a la calle trasera, dirigiendo después sus pasos veloces hacia la vía principal de la ciudad.

Era un día más bien soleado, tranquilo, frío pero despejado. Debían ser entre las cuatro y las cinco de la tarde, una hora en la que la vasta y brillante avenida estaba siempre atestada de simones muy elegantes en su paseo vespertino y de caminantes igualmente altivos cuyos pasos producían un singular rumor. Pero estos pasos estaban en su mayoría confinados a la calzada de la izquierda; la otra se hallaba casi desierta, siendo sólo transitada por porteadores, mozos y recaderos con paquetes de los comercios. Por la zona oeste, en cambio, dos torrentes de vida reluciente con echarpes y vestiduras de velarte se entrecruzaban a lo largo de casi cinco kilómetros, rozándose sin cesar con los esplendorosos vecinos; la escena recordaba a aquella en la que dos

pavos reales rivales suelen provocarse entre sí con sus largas, ostentosas y colgantes colas.

Sin mezclarse con la multitud, Pierre anduvo majestuoso entre los viandantes; a causa de su aspecto salvaje y fatal algunos de ellos siguieron su camino junto al muro, y los que iban en dirección opuesta se arrimaron al bordillo. Así que a pesar de estar frente al gentío Pierre no quedó atrapado en su maraña. El joven obraba de acuerdo con una intención directa y matemática. A medida que avanzaba su mirada volaba de un lado a otro; sus ojos se fijaban sobre todo en la desierta calzada de enfrente, ya que el muchacho no se dejaba engañar por el hecho de que estuviese vacía; él mismo había a menudo paseado en solitario para mejor escudriñar el bullicioso apiñamiento en el que se hallaba ahora más o menos inmerso.

Justo al alcanzar un espacio triangular, ancho y abierto, rodeado por los majestuosos edificios públicos de la ciudad —era en verdad el proscenio de la misma—, vio a Glen y Fred avanzando hacia él por el lado desierto. Estaban aún distantes. Siguió caminando, y pronto cruzaron oblicuamente la calle como para toparse con él frente a frente. Continuó andando hasta que de repente Glen, dejando atrás a Fred, quien se detuvo con expresión de cólera —en un asalto directo y personal contra un solo hombre Fred no podía consentir vencer por mayoría de número—, dio un salto frontal hacia Pierre exclamando: «¡Embustero! ¡Villano!». Entonces, con gran fiereza y una rapidez similar a la del rayo, descargó su látigo sobre la mejilla de su oponente, abriendo en ella un estigma medio lívido y medio ensangrentado.

Durante un breve instante el gentío retrocedió en todas direcciones, formando un círculo de pánico que envolvió a los rivales, ahora separados.

Palmeándose el pecho con ambas manos, Pierre se deshizo con gran brusquedad de dos muchachas muy blancas que de súbito le habían asido por el brazo, extrajo las dos pistolas del gabán y salió sin pensarlo al encuentro de Glen.

—¡Recibe dos muertes a cambio de tu único latigazo! ¡No puedo expresar con palabras lo dulce que me resulta matarte!

Las salpicaduras de la sangre de su propia familia cubrieron el pavimento; con su mano había extinguido su apellido, aniquilando al único ser humano que de una forma legal podía ostentar el nombre de Glendinning. De pronto se vio cercado por cien manos que le sujetaban por todas partes, tratando de contenerle.

VI

Al atardecer de aquel mismo día Pierre estaba en un solitario calabozo de la prisión de la ciudad. El incómodo techo de piedra descansaba casi sobre su frente, de tal modo que las largas hileras de macizas galerías de celdas que había encima de él parecían estar apiladas sobre su cabeza. Su mejilla inmortal, inmutable y pálida estaba seca; pero las mejillas de piedra de los muros rezumaban humedad. La media luz acorralada en el contraído patio entraba a través de los barrotes de una ranura casi tan fina como una flecha, proyectando en el suelo de granito una sombra cuadriculada.

—Así que éste es el final infinito de la existencia, con el último capítulo bien hilvanado en el centro. ¡Ni el libro ni su autor dejan secuela alguna, aunque ambos concluyan con una frase determinante! ¡Qué ambiguo resulta todo! Si hubiese sido un desalmado, y me hubiese negado a reconocer a la muchacha de Saddle Meadows y a prestarle ayuda, habría sido feliz durante toda mi existencia terrenal, ¡y quizá también durante la eternidad del cielo! Sin embargo ahora sólo me espera el infierno en ambos mundos. Bueno, así sea. Confeccionaré una trompeta de llamas y con mi aliento candente haré que resuene en el universo mi desafío. ¡Pero primero dame otro cuerpo! Siento un deseo inmenso de morir, de librarme de esta mejilla deshonorada. Colgará del cuello hasta su muerte. ¡Sin embargo no será así si me adelanto a esa condena! A partir de ahora seguir viviendo será morir, y perecer me hará volver a la existencia. ¡Ojalá tuviera una espada! Ella sería mi comadrona para el otro mundo. ¡Pero alto! ¿Qué es eso que oigo? ¿Será el verdugo? ¿Quién se acerca?

—Su esposa y su prima, o por lo menos eso dicen; espero que no mientan; pueden quedarse hasta las doce —respondió jadeante un alcaide mientras empujaba a las muchachas tambaleantes hacia el interior de la celda y cerraba de nuevo la puerta.

—Pálidos fantasmas, si éste fuera el otro mundo no seríais bienvenidas. ¡Fuera de aquí! ¡Ángel Bueno, Ángel Malo, salid! ¡Pierre es ahora neutro, no pertenece a ninguna vida!

—¡Oh, vosotros, tejados de piedra, y vosotros, cielos de siete capas de roca! No eres tú el asesino, sino tu hermana. ¡Ella es quien te ha matado, hermano mío, oh, hermano!

Mientras Isabel aullaba estas palabras, Lucy se contrajo como una ostra y se desplomó sin hacer ruido a los pies de Pierre; este último se arrodilló para oír los latidos de su corazón, y exclamó:

—¡Está muerta! —entonces se volvió a Isabel, la apretó contra sí con todas sus fuerzas y añadió—: ¡Muchacha! ¡Esposa o hermana, santa o diablo! ¡De tus senos no manará nunca la leche de la vida para el recién nacido, sino el flujo de la muerte, que sólo tú y yo hemos de beber! ¡El líquido! —y desgarrándole el vestido, de una sacudida, a la altura del corazón, asió el frasquito que había allí oculto.

VII

Por la noche, el alcaide, chaparro y asmático, se detuvo oscilante en la mal iluminada galería de hierro ante la puerta de una de las celdas que se multiplicaban en largas hileras alveolares.

—Supongo que seguirán en ese agujero los dos ratoncitos que traje hasta aquí. ¡Puf!

De pronto columbró al otro extremo de la galería la oscura silueta de alguien que cruzaba la arcada de acceso y se acercaba al lugar donde él estaba, corriendo con gran ímpetu y seguido por un oficial.

—Vienen más parientes. Esos tipos que corren tanto quieren siempre llegar a tiempo para ver la segunda muerte, ya que se han perdido la primera. ¡Puah! ¿Qué está mascullando ése? ¡Su resuello es más sonoro que el mío!

—¿Dónde está ella? —exclamó Fred Tartán fuera de sí—. No está en las habitaciones del asesino. Fui a buscar a la dulce muchacha un momento después de la desgracia; pero el extraño ser mudo que encontré allí no hizo más que retorcer sus inexpresivas manos hacia la puerta. ¡Ambos pájaros habían volado! ¿Dónde está, carcelero? Lo he registrado todo, a lo largo y a lo ancho, excepto este lugar. ¿Acaso ha tomado tierra algún ángel en tu infierno de granito?

—De tanto ventosear ha acabado por soltarse, ¿no? —replicó con resoplido jadeante el alcaide al oficial que por fin les había dado alcance.

—Este caballero busca a una dama joven, su hermana, que mantiene una relación inocente con el preso que acabamos de traer. ¿Ha venido a visitarle alguna mujer?

—Sí, ahora mismo hay dos con él —respondió el hombre, señalando hacia atrás con su pulgar mutilado y oscilante.

Fred salió como una flecha y se plantó ante la celda indicada.

—Calma, calma, joven —dijo el alcaide haciendo tintinear su enorme manajo de llaves—; un poco de paciencia, hasta que escoja la adecuada; aquí soy como el ama de casa que ha de elegir los alimentos en el mercado. Mira por dónde; ahí viene otro.

Tras franquear la arcada a toda prisa, otra silueta impetuosa y rauda en su caminar se acercaba a ellos dejando asimismo atrás al oficial que le escoltaba.

—¿Cuál es su calabozo? —preguntó Millthorpe en tono imperativo.

—Viene a entrevistarse con el preso recién llegado —explicó el segundo oficial.

—Así mataré dos pájaros de un tiro —murmuró el carcelero casi sin resuello, mientras abría de par en par la puerta de la celda, que emitió un sonido irritante—. Aquí tienen el saloncito, caballeros; pasen, por favor. Una agradable ratonera, ¿no les parece? Desde aquí podría oír a un conejo excavando su madriguera al otro lado de la pared. ¿Se habrán quedado todos dormidos?

—¡Tropiezo con algo! —exclamó Fred desde el interior—. ¡Lucy! ¡Una luz, una luz! ¡Lucy! —empezó a nadar a tuestas por la celda sin rumbo fijo, hasta que en su ciego deambular se topó con Millthorpe, que también trataba de moverse en la oscuridad.

—¡No me moleste, hombre! ¡No me toque, maldito impertinente! ¡Eh! ¿Qué pasa con esa luz? ¡Lucy, Lucy! ¡Se ha desmayado!

Tropezaron uno contra otro, cayendo en direcciones distintas; durante unos segundos reinó el más absoluto silencio, como si se hubiesen puesto de acuerdo para contener la respiración.

Cuando por fin se hizo la luz en la celda, Fred estaba en el suelo sosteniendo a su hermana entre los brazos y Millthorpe se había arrodillado junto a Pierre y tomado su ya insensible mano entre las suyas. Isabel se movía con dificultad; estaba reclinada contra el muro, justo en medio de la escena.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta! Sin ninguna herida visible; su dulce plumaje oculta la llaga. ¡Tú, carroña infernal, tú has perpetrado este crimen! ¡Con tu rifle de farsante has derribado a este pajarillo del cielo! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Esta escalofriante visión me pone los pelos de punta!

—La vena oscura ha estallado, y éste es el naufragio tras el diluvio: ¡todos han quedado aquí varados! ¡Ah, Pierre! ¡Viejo compañero de fatigas, de la escuela, de los juegos de la infancia! ¡Amigo mío! Recuerdo bien nuestras alegres excursiones por el bosque. Me habría gustado darte ánimos y prevenirte con mi humor contra tus sombríos talentos. ¡Pero nunca quisiste escucharme! ¡Qué desdeñosa inocencia se dibuja en tus labios, amigo mío! Tu mano está socarrada con la pólvora del criminal, y sin embargo es tan suave como la de una mujer. ¡Por todos los cielos, estos dedos se mueven! ¡Aprietan mi mano en silencio! Todo terminó.

—¡Todo terminó, y aún no le conocéis bien! —replicó una voz jadeante desde el muro; y de entre los dedos de Isabel cayó un frasquito vacío, una ampolleta usada que, al estrellarse contra el suelo, se hizo añicos. El cuerpo de la muchacha se inclinó hacia un lado y se desplomó sobre el corazón de Pierre; su larga melena se derramó sobre la yacente imagen del joven, cubriéndole como el ramaje de un emparrado de ébano.